I. BIGGI



PROYECTO MOISÉS



Lectulandia

Atrincherados en la llamada muralla del Atlántico, las tropas nazis esperan la inminente invasión aliada. En Inglaterra se prepara la mayor armada que ha conocido el mundo, hombres y máquinas se reúnen en una cantidad nunca vista.

En ese inicio del verano de 1945, un profesor español, exiliado tras combatir en el bando republicano, avisa de que los alemanes poseen una nueva y terrorífica arma; una arma devastadora, cuyo creador, un científico judío, asegura que puede acabar con una sola explosión con todas las tropas acantonadas al sur de Inglaterra.

El Alto Mando aliado se muestra escéptico. Pero no es momento de correr riesgos innecesarios y, ante la remota posibilidad, Winston Churchill organiza una misión de comandos. Dirigida por un atípico coronel estadounidense, y formada por hombres desahuciados, deberá adentrarse en la Alemania nazi y encontrar y acabar con la amenaza del físico judío y su bomba. El Día D se acerca, y nada ni nadie debe advertir el planeado asalto final a la fortaleza europea de Adolf Hitler.

Iñaki Biggi

Proyecto Moisés

ePub r1.0
Titivillus 21.04.2021

Título original: *Proyecto Moisés*
Iñaki Biggi, 2020

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para mi madre Pilar,
mi esposa Rebeca
y mi hijo Luca
(y para Sombra)

Anteprólogo

Jueves, 13 abril de 1944
Costa del mar del Norte

Georg se despertó sobresaltado. Se incorporó en la cama y miró alrededor, con el corazón latiéndole a toda velocidad. Aún no había amanecido y la habitación que compartía con su hermano pequeño seguía a oscuras.

Sin hacer ruido para no despertar a Oskar, que dormía abrazado a su oso de peluche, Georg se dirigió a la cocina para beber un vaso de agua.

Había pasado mala noche, nervioso por lo que le aguardaba. Por fin había llegado el gran día en el que, junto a su familia, visitaría la aldea de Daniella para pedir su mano. No podía dejar de preguntarse una y otra vez si el padre permitiría que su hija se casara con un humilde pescador.

Bebió un trago, tratando de calmarse, y se percató de que, fuera, los animales parecían estar también muy alterados. Los perros aullaban y ladraban, y desde el establo llegaban mugidos y balidos desesperados.

Echó un vistazo por la ventana, pero había luna menguante y no vio nada. Quizás había lobos cerca. Decidió comprobar que las puertas del corral estaban bien cerradas.

Con sigilo, salió de la casa. En el exterior todavía hacía mucho frío. Sin perder tiempo, rodeó la granja y se acercó al lugar donde los perros estaban atados. Georg se quedó atónito. Los dos animales aullaban enloquecidos y tiraban de las cadenas, volteándose en el aire con las sacudidas.

Y no eran los únicos. Otros perros de la aldea se habían sumado al concierto. Vacas, gallinas y ovejas parecían comportarse como si los llevasen al matadero. ¿Qué estaba ocurriendo?

Georg, asustado, miró a su alrededor. ¿Se habrían atrevido a bajar los lobos y estaban allí mismo, acechándolos? Su granja era la más apartada y la más elevada de la aldea que se extendía a sus pies, y por delante de esta podía ver débilmente las siluetas de los pequeños pesqueros que faenaban amarrados en el puerto.

En medio del alboroto, echó de menos algo. Intrigado, miró al cielo. No se oía ninguna gaviota. Las aves anidaban cerca y el ruido de sus chillidos estaba tan presente en la vida de la aldea como el aire que respiraban. Sin embargo, ahora no parecía haber ninguna, como si todas hubieran huido.

Confundido y sin saber qué pensar, volvió a mirar hacia el puerto. Debía de haberse levantado oleaje, porque los barcos se balanceaban arriba y abajo.

Los animales redoblaron sus lamentos. Uno de los perros había logrado soltarse de la traílla y corría con el rabo entre las piernas ladera arriba, abandonando a su compañero enloquecido, que mordía la cadena con un desagradable chasquido de dientes rotos.

De pronto, la tierra empezó a temblar con un estruendo grave que parecía aumentar en intensidad.

Muy asustado, corrió a despertar a sus padres, pero la sombra de uno de los pesqueros del puerto lo dejó clavado en el sitio. A pesar de estar una docena de metros por debajo del nivel de la granja, el barco parecía levantarse en el aire, sobrepasando enseguida la altura de la iglesia y después ascendiendo más arriba, hasta ocultar la escasa luna que había visto en el horizonte.

Sin poder dar crédito a sus ojos, Georg vio, espantado, cómo una inmensa montaña de agua se alzaba veinte metros por encima del puerto y engullía la aldea en medio de un ensordecedor bramido. La gigantesca ola, barriendo todo cuanto encontraba a su paso, avanzó hacia él.

Se lo tragó sin darle tiempo siquiera a comprender qué había sucedido.

Prólogo

Martes, 8 de febrero de 1944
Alemania

Los soldados de la Schutzstaffel permanecían en posición de firmes, inmóviles como estatuas a lo largo de los pasillos.

Embutidos en altas botas y uniformes grises, adornados con los rayos gemelos en el cuello de la guerrera, la llamativa banda roja con la esvástica en el brazo izquierdo y la calavera plateada en sus gorras, los soldados de las SS imponían temor entre los más de quinientos científicos y técnicos especializados reunidos en el laboratorio principal.

Con gestos inquietos, los doctores se atusaban una y otra vez los cabellos, se estiraban las puntas de las batas blancas impolutas, se mesaban las barbas —quienes las tenían—, e incluso se examinaban las uñas para ver si las tenían perfectamente limpias.

Un silencio ominoso se extendía entre ellos, y los escasos comentarios eran susurrados al compañero más próximo para preguntarle cuánto tardaría todo aquello o para advertirlo de algún detalle en su persona que pudiera resultar ofensivo al poderoso visitante.

La estancia de planta rectangular contenía toda clase de delicados instrumentos, llenos de luces, agujas, pantallas, gráficos y largas tiras de papel pautado que, de vez en cuando, emitían algún sonido electrónico.

Transductores, sonotrodos, osciloscopios, espectrómetros de masas, contadores Geiger y otra maquinaria de avanzada tecnología se acumulaban ordenadamente, rodeados de cables y tuberías, manómetros, alambiques, recipientes inmensos que contenían inquietantes productos, algunos de los cuales tenían letreros con la inscripción «Achtung» junto a una calavera pintada, para que nadie se acercara a ellos sin tomar las medidas necesarias.

En los huecos libres de las paredes, enormes pizarras llenas de complicadísimas ecuaciones, diagramas y fórmulas, incomprensibles para los

profanos, se repartían el escaso espacio con grabados, bocetos y planos de extraños artefactos.

A pesar de estar trabajando contra reloj por orden personal del *führer*, la visita había detenido toda actividad. Las grandes máquinas, sin personal que las supervisara, descansaban a la espera de continuar su tarea, mientras que aquellos aparatos cuyo funcionamiento no podía ser interrumpido eran controlados por personal auxiliar.

La paralización en las labores había tenido un curioso efecto sobre el plantel de científicos que permanecía encerrado en los laboratorios desde hacía tres meses, y que no abandonaría las estancias hasta concluir con éxito el extraordinario proyecto en el que se habían embarcado.

Durante todo aquel tiempo, habían trabajado sin pausa, salvo los descansos imprescindibles para dormir y alimentarse; sin alcanzar a ver en ningún momento la luz del sol, aislados de sus familias, de la guerra y del mundo exterior, del que no recibían ninguna clase de noticia.

El ruido de las máquinas, que día y noche emitían zumbidos, golpeteos rítmicos y otros indicios de frenética actividad, había resultado molesto los primeros días, pero ya hacía tiempo que se habían acostumbrado a él y ahora su ausencia aumentaba el desasosiego.

Más de uno de aquellos brillantes hombres, algunos de los cuales se encontraban a la cabeza de la comunidad científica mundial en sus respectivos campos, se lamentaba para sus adentros, y no por primera vez, por haber aceptado aquel apocalíptico encargo.

Los rumores y las especulaciones no lograban sino alimentar el nerviosismo, y es que, a pesar del aislamiento al que estaban sometidos, algunas noticias lograban filtrarse a través de los espesos muros, y quien más quien menos sospechaba que la contienda no marchaba como sus dirigentes políticos aseguraban.

Según parecía, el temido enemigo ruso avanzaba implacable, y los soldados alemanes tenían graves problemas para defender el frente, mientras que americanos e ingleses bombardeaban diariamente las ciudades alemanas con un coste abrumador en vidas humanas.

Ya antes del verano, los alemanes habían sido expulsados de África y peleaban metro a metro en terreno de su aliado Mussolini. Con Italia defendiéndose a duras penas, los japoneses inmersos en su propia guerra y los demás países del llamado Eje arrepintiéndose por haber mostrado su apoyo al *führer*, Hitler necesitaba un milagro que diera la vuelta a una situación día a día más adversa.

Tan solo él y sus más allegados, como el *reichsführer* Heinrich Himmler, que estaba a punto de entrar en el laboratorio, parecían convencidos de una victoria final. El resto de Alemania se debatía entre la desesperación por la guerra que los estaba destruyendo y el miedo a las desastrosas consecuencias que traería una nueva derrota.

Si la victoria de los aliados en la Gran Guerra había supuesto unas condiciones de rendición humillantes y catastróficas para Alemania, motivo principal por el que Hitler había llegado al poder, una segunda derrota los hundiría definitivamente.

Entre aquellos científicos que aguardaban, tensos, aún había quien seguía confiando ciegamente en el *führer*, pero cada vez eran menos, aunque, claro está, lo mantuvieran oculto. Una palabra contra el régimen podía suponer un inmediato ajusticiamiento.

Al principio, la llamada al honor de aquel loco austriaco había movido montañas, llevando la ilusión al pueblo alemán, que se sacudía de encima las vejaciones sufridas durante los últimos años. Hitler les había prometido orgullo, empleo y un añorado bienestar. Una Alemania fuerte, avanzada, libre y poderosa era un sueño que muy pocos germanos podían rechazar. Las fulminantes victorias sobre polacos, checos y franceses les habían hecho creer que pronto el mundo entero se arrodillaría ante ellos.

Las mentes más lúcidas habían sido emplazadas por el amado *führer* para participar en la construcción de un nuevo orden que habría de durar al menos mil años. Ciertamente, no habían tenido muchas opciones para negarse, pero era tal la euforia que a nadie se le hubiese ocurrido.

Era el sueño de todo científico hecho realidad. Magníficas condiciones e instalaciones, todo el material que pudieran necesitar, los últimos y más sofisticados aparatos, disponibilidad absoluta para desarrollar incluso los proyectos más absurdos y, por supuesto, sueldos muy por encima de los conocidos hasta entonces.

Ahora el sueño se derrumbaba. Con la amenaza de la derrota, las restricciones de presupuesto y materiales para la investigación habían aumentado. Casi no quedaba nada de aquel entusiasmo exacerbado de los primeros tiempos. Y, por si fuera poco, habían caído bajo la tutela implacable de las SS, que, en un ambiente de práctica esclavitud, los obligaban a trabajar sin descanso para poder alcanzar un milagro.

Porque Hitler había prometido a su pueblo ese milagro.

Y ese milagro se encontraba en aquel laboratorio.

Y no todos tenían fe en la panacea.

⁂

—*Achtung!*

Los presentes reaccionaron como un solo hombre ante el grito autoritario del teniente. Al menos el comportamiento militar inculcado en todos los estamentos de la sociedad se mantenía incólume.

Las puertas dobles se abrieron y otros dos miembros de las SS las sostuvieron, cuadrándose nada más entrar, para permitir el paso de un séquito de impecables uniformes y botas altas.

Abría la formación un curioso trío. En primer lugar, el jefe del proyecto, Karl Ignatz Gruber, visiblemente inquieto por la presencia de tan ilustres visitantes. Vestía un traje gris, bien cerrado el cuello con una corbata sobria, sobre el que tenía puesta la bata blanca de trabajo. Lo acompañaba un gigantón de dos metros; la cara cruzada por una cicatriz lo hacía aún más aterrador, si cabe: el general de las SS Ernst Kaltenbrunner, sucesor del temido Reinhard Heydrich, asesinado el año anterior. Entre ellos, erguido como un poste, caminaba el segundo hombre más poderoso de Alemania, el *reichsführer*, el mariscal Heinrich Luitpold Himmler.

Era este un hombre poco agraciado, con un rostro fofo adornado con unas gafas redondas que disimulaban unos ojos ligeramente rasgados, legado, al decir de sus numerosos enemigos, de una ascendencia no tan pura como la que exigía a sus hombres.

Sin embargo, el antaño asistente de agricultura era, en la actualidad, un fanático nazi tan odiado como temido entre el pueblo alemán, y los científicos del laboratorio, que se encontraban bajo su mando directo, compartían mayoritariamente estos sentimientos.

Al lado del enorme general, el jefe absoluto de las SS parecía un enano, aunque nadie dudaba acerca de quién de los dos era el que mandaba y el que tenía poder decisorio sobre la vida y la muerte de cuantos aguardaban expectantes.

El científico hablaba sin cesar, explicando al mariscal los últimos adelantos y la situación en la que se encontraba el proyecto. Himmler, que en cualquier otra circunstancia y lugar habría resultado ridículo por su forma pomposa de caminar y mirar cuanto le rodeaba, no perdía cuenta de lo que escuchaba en silencio.

—Y este es el plantel doctoral al completo, *reichsführer* —dijo Gruber cuando llegaron al centro de la estancia.

Inconscientemente, los científicos reunidos habían estirado la espalda todo lo posible, como si de soldados se trataran, mirando al frente con rostros circunspectos.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó el mariscal, deteniéndose ante ellos.

—Presentarle sus respetos, mi *reichsführer* —contestó su anfitrión, percatándose demasiado tarde de que aquella cortesía no iba a ser del agrado del lugarteniente de Hitler.

—Me parece, doctor, que no andamos sobrados de tiempo. Que se pongan a trabajar.

—Inmediatamente —repuso el otro, haciendo aspavientos a los reunidos para que se dispersaran.

Chocándose unos con otros en sus prisas por regresar a sus puestos, los científicos escaparon en todas direcciones.

—Dígame, doctor, ¿hay algo que le haga falta para finalizar su trabajo? ¿Necesitan más hombres o material?

—No, no, mi *reichsführer*. Tenemos todo cuanto necesitamos.

—¿Por qué no terminan entonces?

Preguntó sin cambiar de tono, como si se tratara de una conversación informal, pero al jefe del proyecto se le secó la boca. Miró con aprensión al gigantesco ayudante que escoltaba al mariscal, mientras este examinaba un osciloscopio que emitía unas fluctuantes curvas superpuestas en la pantalla, como si la contestación no tuviera mayor importancia.

El aterrado científico, en cambio, sabía que su respuesta podía tener como consecuencia su traslado inmediato a algún campo de concentración de los que abundaban por toda Alemania, y de donde, a pesar de la facilidad para entrar, resultaba completamente imposible volver a salir, al menos con vida.

—Pero no podemos avanzar más rápido —repuso atropelladamente, buscando inútilmente ayuda en el gigante—. Todos nosotros trabajamos día y noche. Estamos agotados.

—Quizá debiera relevarlos —contestó sin inmutarse el mariscal, asomándose al enorme mirador acristalado que cerraba el fondo del laboratorio.

Abajo, la actividad en el inmenso hangar era febril. Técnicos y personal auxiliar se afanaban como hormigas montando los distintos componentes del terrible ingenio en el que trabajaban. Las grúas se desplazaban de un lado a otro y los sopletes emitían una luz cegadora al soldar las planchas de metal.

—Pe… pero eso es imposible, mi *reichsführer* —se atrevió a protestar el científico—. Nuestros científicos son los mejores especialistas del mundo en

su campo. No se pueden sustituir. Créame, hacemos cuanto podemos.

—El *führer* y yo nos preguntamos si eso es suficiente. Quizá pudiesen ser de más ayuda en el frente. Necesitamos resultados.

—Estamos muy cerca. Es cuestión de tiempo —imploró Gruber.

—Es algo de lo que carecemos. El *führer* ha prometido a su pueblo un arma definitiva para acabar con el enemigo.

—Y la tendrá, se lo aseguro. Pero necesitamos más tiempo.

—¿Cuánto? —se limitó a preguntar el mariscal, sin dejar de observar por el mirador.

—Dos meses —contestó angustiado Gruber, tratando en vano de adivinar los pensamientos de aquel lunático, cuyo rostro no reflejaba emoción alguna.

—¿Dos meses?

—Tres, como máximo.

El silencio fue aplastante. El jefe de proyecto era capaz de escuchar a la perfección los latidos de su propio corazón, mientras aguardaba la respuesta con la respiración contenida. Pero el mariscal continuaba mirando por el cristal, impertérrito.

—¿Puedo decirle al *führer* que dispondrá de su arma en perfecto funcionamiento para finales de abril?

—¡Sí! —gritó el científico, sin poder reprimirse. Si hubiese estado en mitad del océano ahogándose y un barco le hubiese tirado una cuerda, no hubiera sentido tanto alivio—. Dígale a nuestro amado *führer* que para entonces contará con su arma. No se arrepentirá. Le aseguro que nada podrá enfrentarse a ella. Nuestros enemigos tendrán que rendirse de inmediato.

—Le hago responsable, profesor —dijo Himmler, alejándose repentinamente de la cristalera y dirigiéndose hacia la salida del laboratorio —. No me defraude.

Los científicos, fingiendo concentración en sus tareas, seguían discretamente con la mirada a su director, que corría servilmente tras el temible mariscal, ofreciéndole todo tipo de garantías y suspirando de alivio cuando los soldados de las SS abandonaron las instalaciones.

Fuera, bajo la lluvia, Gruber continuó con sus promesas, mientras el *reichsführer* y su ayudante, el general, montaban en un pequeño Kuwelwagen y se alejaban sin una sola palabra de despedida, arropados por su numerosa escolta motorizada.

Aliviado por perderlos de vista y preocupado a la vez porque no estaba seguro de poder cumplir su palabra, Gruber observó cómo la comitiva se adentraba en la noche y los ecos de los motores callaban. Inquieto, se frotaba

las sudorosas manos en el faldón de la chaqueta, repitiéndose que debería haber pedido más margen de tiempo.

Estaba desesperado. No se engañaba. Lo habían nombrado jefe del proyecto por estar afiliado al partido nazi desde sus inicios. Ese había sido su mérito: darse cuenta de que el futuro del país en las siguientes décadas estaría en manos de aquel visionario al que llamaban *führer*.

Sin embargo, era limitado como científico. Entre sus colegas, Gruber era considerado un físico de segunda fila, aunque el carné del partido le permitiera codearse con el mismísimo Werner Heisenberg, uno de los mayores genios mundiales en física nuclear, al que incluso había robado recursos para su propio proyecto.

Ahora se encontraba entre la espada y la pared. En la carrera por el arma definitiva que solicitaba Hitler creía haber ido en cabeza, pero las dificultades extremas en solventar los problemas teóricos habían retrasado algo que él soñaba entregar personalmente al *führer*, convirtiéndose en un héroe nacional.

Estos problemas, por suerte, se habían resuelto finalmente gracias a un auténtico genio, aunque a Gruber se le revolvía el estómago solo de pensar en ello. Que nunca fuera a saberse que un científico judío era en realidad el verdadero padre de aquella arma apocalíptica, no hacía que Gruber se sintiera mejor.

Últimamente no podía ni siquiera mirarlo a la cara, y había ordenado que el físico fuera confinado y aislado en su habitación hasta finalizar el trabajo. Nadie debía saber hasta qué punto Itzhak Steiner había sido quien resolviera las complejas ecuaciones que los tenían encallados.

Gruber era lo suficientemente listo como para reconocer que jamás podría llegar a la altura de Steiner, y lo suficientemente orgulloso para no aceptarlo. Fiel seguidor del ideario nazi, aunque no tanto de sus dirigentes, no alcanzaba a comprender por qué un asqueroso judío había sido bendecido con un intelecto que a él, un perfecto ejemplar ario, se le resistía.

Para más escarnio, había quedado en evidencia ante Himmler el verano anterior. Convencido de que el proyecto estaba en su fase final, y no queriendo arriesgarse a que alguien insinuara que en realidad era Steiner el padre del ingenio, se había deshecho de este pidiendo que fuese trasladado. Poco había tardado en darse cuenta de que el proyecto no estaba tan adelantado como esperaba y, furiosamente avergonzado, se había visto obligado a solicitar al *reichsführer* el regreso del maldito judío.

Le hervía la sangre al pensar que estaba en manos de aquel excéntrico, desagradable y maniático bastardo, a quien tan solo Heisenberg podía

comparársele. Pero, por fortuna, aquello habría de durar poco. Pronto trasladarían de nuevo a Steiner, y él, Karl Ignatz Gruber, podría atribuirse todo el éxito. Unas semanas más y aquel cerebro, injustamente privilegiado, terminaría por resolver las últimas ecuaciones.

Y después Gruber se encargaría personalmente de ello. Steiner subiría a uno de aquellos trenes de la muerte, donde almacenaban a los judíos como bestias para llevarlos a los campos de exterminio.

El científico sonrió. Aún quedaba mucho por hacer, pero pronto el mundo temblaría bajo el poder devastador de su criatura, y él, Karl Ignatz Gruber, pasaría a la historia.

Capítulo I

Lunes, 17 de enero de 1944
Londres, Inglaterra

El obús destrozó al muchacho con el que había estado hablando hacía un momento.

Se encontraban en la trinchera, en el valle del Ebro, disfrutando de un pequeño descanso en aquella batalla sangrienta como pocas habían visto antes. El muchacho, cuyo nombre era Andrés o Juan, no recordaba bien, se había incorporado a su grupo tan solo una semana atrás.

Era un chico de Gerona; de unos quince años, aunque él aseguraba tener diecinueve, flaco, con la cara llena de granos, el pelo cortado con una desafilada navaja e imberbe, y con dos orejas como dos asas, no gozaba de los favores de las muchachas.

A pesar de ello, Andrés o Juan era un aplicado alumno en aquella escuela de barbarie. Se movía con rapidez de un puesto a otro llevando los mensajes de los comandantes, luciendo un bamboleante pistolón en el cinto que, o mucho se equivocaba el sargento Menchaca, o jamás volvería a escupir un solo tiro.

El muchacho se lo enseñaba a todo aquel que lo quisiera ver, muy ufano. Aseguraba que había pertenecido a su padre durante la Gran Guerra. Nadie lo creía, pero todos fingían admiración al examinar aquel hierro con el cañón bruñido de tanto ser sobado, pues el muchacho era servicial y siempre estaba dispuesto a hacer cualquier favor a sus compañeros.

También los jefes le tenían aprecio. Andrés o Juan nunca se quejaba cuando le tocaba una guardia doble. Era capaz de permanecer toda la noche despierto y al día siguiente ponerse en marcha llevando a la espalda el doble de su peso, todo sin perder por un momento la sonrisa ni dejar de cantar una tonadilla pegadiza de su tierra.

El sargento Menchaca descansaba al fondo de la trinchera. Se encontraban cerca de Mora de Ebro, tratando de frenar el avance de las tropas franquistas

comandadas por García Valiño, para que el ejército republicano pudiera replegarse en la otra orilla del río Ebro. Si no se equivocaba, debían de estar a diez de noviembre de 1938, y el invierno se aproximaba.

Estaban detenidos desde hacía días. Sus viejas y defectuosas armas, facilitadas por Stalin, no servían para hacer frente a las más modernas de Franco, que los machacaba constantemente.

Aquella mañana se habían despertado, como siempre, al fragor de los morteros. Cubiertos de barro seco, pues llevaba varios días sin llover, habían tomado un sorbo de agua y un poco de pan lleno de gusanos antes de ocupar su puesto, tumbados en la trinchera.

Debían ahorrar munición, de la que no andaban sobrados. Sin embargo, los malditos soldados de Franco parecían no tener aquel problema, pues continuamente disparaban una lluvia de balas sobre sus cabezas, aunque poco hacían, aparte de asustar a los más miedosos.

Con los obuses obtenían mejor resultado, a pesar de su falta de precisión. Aunque solían quedarse cortos o pasar de largo, cuando acertaban con la distancia, sus efectos eran horrorosos. Por todos lados llovían trozos de carne y hueso, empapados en sangre. Contra los obuses, las trincheras no servían.

Hacia el mediodía, los franquistas habían detenido su continuo ataque, dándoles un pequeño respiro, el cual fue muy bien recibido. Con rapidez, habían repartido el escaso rancho del que disponían, día a día más exiguo, y cada uno comió en su puesto, sin apartarse de los vetustos fusiles.

Menchaca, cuyo rango le otorgaba la gracia de que alguien le acercara la comida, se frotaba las sienes cuando Andrés o Juan le trajo un plato de hojalata que contenía una masa informe e insípida. Como todos los días.

Solía agradecer que la comida no supiese a nada, pues no estaba seguro de querer conocer su procedencia, y, como hacía siempre cuando llegaba la hora, se dispuso a ingerir aquel amasijo, mientras el muchacho se ponía en cuclillas delante y lo martirizaba con sus preguntas acerca del desarrollo de la guerra.

Él le respondía vagamente, pues no tenía más información que los demás. Desde hacía días, las comunicaciones habían sido cortadas y permanecían aislados, a la espera de que el coronel Juan Modesto pudiera mandarles refuerzos, rezando porque estos no se demoraran en exceso.

Andrés o Juan, viendo que el sargento no sabía o no quería responderle, se incorporó y se alejó unos pasos para orinar, retomando la tonadilla que lo hacía inconfundible.

En ese momento, el mando franquista debía de haber considerado que la pausa para comer se alargaba demasiado y volvían a lanzar plomo sobre los

agazapados republicanos.

El primer obús alcanzó de pleno a Andrés o Juan, cuyos restos salpicaron a quienes terminaban su frío almuerzo. El sargento Menchaca sintió cómo la sangre del muchacho le quemaba el rostro, mientras una mano cercenada caía en su escudilla…

⁂

Menchaca despertó sobresaltado, jadeante y empapado de sudor, con el corazón latiéndole desbocado. Le costó un buen rato saber dónde estaba, mientras se esforzaba en calmar su respiración.

No se encontraba en las trincheras; de eso hacía ya seis años. Ahora estaba en una confortable cama, al lado de su esposa británica, en su casita de Londres, cerca del King's College, donde impartía clases de física, con Joseph en el cuarto de al lado.

Con cuidado para no despertar a Elizabeth, se levantó y fue al baño. Hizo uso del retrete y se lavó las manos mirándose en el espejo. ¿Qué le estaba ocurriendo? ¿Por qué regresaban las pesadillas después de tanto tiempo?

El hombre que le devolvía la mirada parecía fatigado y muy pálido. Quizá fuese fruto de la mala iluminación. Pero ¿también lo eran las bolsas moradas bajo los párpados?

Menchaca salió del cuarto de baño y, tras echar primero un vistazo a la habitación de su pequeño, que dormía ajeno a cuanto sucedía en el mundo, llegó a tientas hasta el sofá de la salita. Sabía que aquella noche el sueño ya se había marchado y era inútil perder el tiempo dando vueltas en la cama, molestando a su esposa.

Aún le temblaban las manos, pegajosas por el frío sudor. Quizá debía aprovechar para corregir algunos exámenes que tenía atrasados. Tal vez de esa forma la pesadilla se esfumara y pudiera regresar a la cama.

Pero no le apetecía levantarse a buscar los ejercicios de sus alumnos. Su mente analítica se empeñaba una y otra vez en descubrir qué era lo que marchaba mal y le impedía conciliar el sueño desde hacía unas semanas. Inquieto, se tumbó en el sofá, y se tapó con una pequeña manta que solían usar cuando se acomodaban en la salita para escuchar la radio.

A sus cuarenta años, Pablo Menchaca era uno de los muchos asilados que vivían en la capital británica, y aquella no era la primera vez que había tenido que cambiar su Barcelona natal por la ciudad inglesa.

Nacido en el seno de una familia liberal catalana que le había inculcado una profunda conciencia social, desde niño se había sentido fascinado por Isaac Newton, por lo que, al terminar el colegio, había decidido estudiar la carrera de Física.

Debido a la situación económica familiar, Pablo, en contra de su deseo, no había podido estudiar en Alemania, capital de la incipiente y misteriosa física subatómica, un universo desconocido donde las partículas no se comportaban de acuerdo con las leyes de la física convencional, y tuvo que contentarse con hacerlo en Madrid.

A la licenciatura le habían seguido el doctorado, un par de novias y dos años de prácticas en un laboratorio de Barcelona, antes de tener que abandonar el país por su participación en las revueltas contra el dictador Primo de Rivera.

El fin de la dictadura lo sorprendió en Alemania, cumpliendo sus sueños de investigador. Pero allí las calles no eran seguras. Los matones de Hitler sembraban el terror. El antisemitismo crecía y en el mismo saco entraban todos los que no fuesen alemanes arios, lo que obligó a Menchaca a hacer las maletas de vuelta a Barcelona.

No duró mucho. Primero, por participar en la revuelta asturiana, y después por combatir al general Franco en la terrible guerra civil, Menchaca tuvo que exiliarse en dos ocasiones, siendo la segunda, a causa de la victoria del caudillo gallego, la definitiva.

Mucho más delgado, con una cicatriz en un hombro y una desarreglada barba, había cruzado por última vez la frontera. Hasta llegar a Biarritz, donde se embarcó rumbo a Inglaterra.

En los primeros meses de 1939, el doctor Pablo Menchaca era admitido como profesor en el londinense King’s College. Se afeitó la barba, volvió a cobrar los kilos perdidos en las frías, húmedas y estremecedoras trincheras, y una capa de olvido cubrió los recuerdos más espeluznantes, como el de aquel muchacho, Juan, o quizás Andrés, que había sido hecho pedazos por un obús.

⁂

En Inglaterra, las cosas no estaban mucho mejor. Los alemanes, en sus planes de invadir Gran Bretaña, habían diseñado la Operación León Marino. Como paso previo para minar la moral de los británicos, destruir sus defensas y borrar de los cielos a la RAF, en una campaña de terror que dejaría miles de

muertos, edificios arrasados y monstruosos incendios en todas las ciudades, sus aviones bombardearon las islas durante cincuenta y siete noches seguidas.

Sin embargo, la temida Luftwaffe no había tenido en cuenta que los cazas, con poca autonomía y tras el viaje a través del canal, no podían proteger a los bombarderos Heinkel y Dornier durante mucho tiempo sobre suelo inglés, y, cuando los abandonaban, estos caían abatidos por los Spitfire y Hurricane, obligando a Hitler a olvidarse de la pretendida invasión.

Abortada la Operación León Marino, americanos y británicos se habían reunido en Casablanca, donde acordaron la creación de un segundo frente en Europa para añadirlo al del Ejército Rojo, que empujaba a los nazis desde el norte. Pero, para ello, eran necesarios miles de soldados y toneladas de material, que llegaban desde los Estados Unidos a las islas británicas en largos convoyes de barcos mercantes.

Durante aquellos eternos meses, la vida de los británicos había sido cualquier cosa menos normal. Oscuridad absoluta por las noches, cartillas de racionamiento, alarmas antiaéreas por la presencia de las bombas alemanas V-1, vuelos de escuadrillas de reconocimiento y tropas, muchas tropas…

Menchaca, sin poder olvidarse de la situación en España, había tratado de abstraerse de todo aquel jaleo profundizando en sus estudios y en sus clases.

Hasta ahora, cuando habían vuelto las pesadillas. Y algo en su cabeza le decía que el motivo tenía algo que ver con lo sucedido una semana atrás.

⁂

El claustro del King’s College celebraba con diez días de retraso el cóctel con el que tradicionalmente despedían el año. El motivo de tal retraso fue debido a la dificultad de conseguir algunas botellas y provisiones con las que agasajar al cuadro académico de la facultad y a sus invitados.

—¿Y qué me dice, amigo mío, de nuestra flota? Hace diez días mandó al fondo del mar a un acorazado alemán de cuarenta mil toneladas. Uno de sus buques insignia, según me han asegurado.

El que hablaba con tanto orgullo de los navíos de guerra británicos, en el salón de actos de la universidad, rodeado de colegas, era un eminente profesor.

Menchaca se movía entre los grupos que se habían formado nada más soltar el decano su discurso de costumbre, deseando a todos un feliz año y un pronto y feliz final de aquella guerra. Era viernes, y estaba deseando llegar a

su casa, donde lo estaría esperando su esposa, ya acostada, y el niño en su cuna.

—Dicen que los americanos han localizado la base donde los alemanes construyen las V-1 y que la han bombardeado hasta destruirla…

Dondequiera que se acercara, el tema era siempre el mismo: la guerra.

—Doctor Menchaca, acérquese, por favor.

Menchaca miró al grupo desde el que se reclamaba su presencia y se armó de paciencia. Aquellos hombres de ciencia, pacíficos poseedores de mentes preclaras, se comportaban como niños temerosos y habían adoptado la absurda costumbre de consultarle cualquier cuestión que tuviera relación con la confrontación bélica, dada su experiencia en la guerra civil española.

—¿Ha oído lo que sucedió en la Universidad de Oslo la semana pasada?

Menchaca negó con la cabeza. Los bulos y rumores eran contagiosos y peligrosos, como había podido comprobar en las trincheras.

—Los nazis entraron y se llevaron a mil quinientos alumnos y profesores.

Quien contaba el rumor era un profesor ya mayor, de la Facultad de Medicina, con una cerrada barba que no dejaba ver la boca, y unos ojos pequeños, habitualmente escondidos detrás de grandes bolsas, pero que ahora, por el temor, lucía muy abiertos.

—Los han deportado a Alemania —aseguró otro.

Los demás asentían gravemente, esperando que Menchaca diera su muy estimada opinión. A pesar de que este solía poner en cuarentena cuantos chismes le llegaban, en aquella ocasión la noticia parecía ser cierta.

—Los nazis llevan años encerrando a profesores, músicos, poetas… —apuntó uno de los invitados del decano.

—¿Qué cree que harían con nosotros, si perdiéramos la guerra?

Menchaca no tenía ni idea, pero, aunque podía imaginarlo, prefirió conceder una noche más de descanso a aquellos hombres desconcertados que se fiaban inmerecidamente de él. Con toda la seguridad que pudo, les aseguró que no tenían nada de qué preocuparse. Gran Bretaña no sería invadida. Además, ahora los americanos se habían tomado el asunto en serio. Antes del cóctel de fin de año próximo, la guerra habría acabado, les prometió.

—¿De verdad lo cree? —preguntó el profesor de la poblada barba. Aunque aún tenía dudas, estaba claro que la opinión carente de base de Menchaca había calmado un tanto su inquietud—. Hay quien asegura que Roosevelt no se lo ha tomado tan en serio como usted afirma.

—Es cierto —intervino el invitado—. Ha nombrado a un desconocido para dirigir la invasión de Europa. ¿Quién es ese tal Eisenhower? ¿Por qué no

ha mandado a un general con más experiencia? A Patton, por ejemplo.

—O al general Marshall —apuntó un recién llegado al círculo, sin soltar una copa semivacía que, por el aspecto de quien la sostenía, había sido rellenada numerosas veces.

—¿Y por qué no Montgomery? ¿Por qué tiene que ser un americano? Inglaterra lleva mucho más tiempo en guerra contra Alemania. La invasión partirá de aquí, y conocemos al enemigo.

—Churchill ha estado de acuerdo en el nombramiento de Eisenhower —dijo Menchaca cuando por fin lo dejaron intervenir—. Ike ha dirigido la toma de Italia.

—¡Bah! —repuso el de la copa semivacía, derramando parte del líquido sobre la costosa y gastada alfombra—. ¡Tonterías! Aún no han llegado a Roma y todavía les queda un largo camino.

El resto de los congregados le lanzó miradas reprobadoras. No era elegante menospreciar la opinión de un colega, y menos si este era un reputado experto en las artes bélicas como el doctor Menchaca.

—No se preocupen —repuso Menchaca tratando de calmar los ánimos, que se estaban acalorando—. La guerra no puede durar mucho más. Este año será la invasión de Europa. Americanos y británicos están avanzando en Italia y ya han echado de África a los nazis. Los rusos han hecho retroceder a las tropas alemanas y la resistencia crece en Francia, Noruega, Holanda, Bélgica…, en toda Europa. Están rodeados. Pronto no les quedará materia prima para fabricar armas, sus tropas están agotadas…

—Es verdad. Los soviéticos han conseguido recuperar el terreno perdido.

—¿Y creen ustedes que continuarán? —preguntó, escéptico, el de la copa, ajeno a las reconvenciones de sus colegas—. Stalin se ha quedado Polonia, que era lo que le interesaba, y ya no seguirá luchando. Volverán a pactar con Hitler.

—¡Eso sería un desastre! —exclamó el profesor de barba poblada—. Si los soviéticos llegan a un acuerdo con los alemanes, Hitler podrá retirar sus tropas del frente ruso y volver a tomar Italia.

—Y reforzar el Muro Atlántico, no lo olviden. Hoy mismo he leído en el periódico que estos días Rommel está supervisando las defensas alemanas en la costa norte. Las tropas de Eisenhower serían destruidas antes de pisar tierra.

—No se preocupen —volvió a decir Menchaca—. Stalin cumplirá con lo pactado en Teherán el mes de noviembre. Además, no perdonará la traición de Hitler ni los millones de muertos que le ha costado esta guerra.

—¿Está seguro? Como usted dice, han sufrido mucho y no les pueden quedar demasiadas ganas de continuar. Si llegan a un acuerdo, quizá Hitler se contentara con apropiarse el centro y el sur de Europa, mientras que ellos se anexionan Polonia, Finlandia y Turquía. El gobierno polaco los teme, y ya se están preguntando si los rusos han ido a liberarlos o a invadirlos.

El círculo donde participaba Menchaca, que antes de su llegada estaba compuesto por cinco miembros del profesorado, se había duplicado. Los rostros serios acompañaban la preocupante conversación.

—En el mensaje de Año Nuevo, Hitler ha avisado de que este año será duro para los alemanes, pero ha prometido la victoria antes de que finalice.

—¿Y qué esperaba? —dijo el que sostenía la copa, ahora ya vacía del todo—. No puede decir otra cosa. Nuestro querido primer ministro nos ha prometido justo lo contrario.

—Yo creo que conseguiremos derrotarlos —intervino por primera vez uno de los que componían el grupo original. Era un hombre alto y con la espalda encorvada; según sus alumnos, a causa del peso de las enormes gafas aupadas sobre el puente de la nariz—. Llevamos varios días bombardeando el paso de Calais prácticamente sin oposición. Hace dos días el bombardeo duró toda la jornada.

—Entonces, ¿será por Calais?

—¿Por dónde, si no? Son solo cuarenta kilómetros los que nos separan del continente por ese punto.

—Aún no se sabe —intervino el de la barba poblada—. Los alemanes no son tontos. Tendrán el paso muy protegido.

—Por eso lo estamos bombardeando, ¿no cree?

De nuevo, el comentario poco respetuoso del individuo que sujetaba la copa fue acogido con miradas reprobadoras.

—Yo creo que la invasión no será este año, a pesar de las promesas de los políticos; hechas, sin duda, para elevar la moral del pueblo y para calmar a Stalin. Sería precipitado. Aún están llegando tropas y material americano, y será necesario mucho más.

—Pues yo estoy convencido de que antes de que termine el año habremos pisado Berlín. No puedo decir de quién se trata, pero una fuente de toda confianza me ha asegurado que la invasión se llevará a cabo antes de las mareas de septiembre.

El resto del grupo frunció aún más el ceño ante esta nueva confidencia, valorando su importancia. Menchaca no se molestó. Todos los días fuentes de

toda confianza difundían los más disparatados chismes. Para su fortuna, en ese momento se acercó el decano a rescatarlo.

—Disculpen, caballeros —dijo con una sonrisa diplomática. El brillo en sus ojos delataba el efecto de los cócteles, algo que en aquellos tiempos de tristeza era comúnmente disculpado—. Si me hacen el favor, me gustaría robarles un momento al doctor Menchaca.

Tomándolo por el codo, lo condujo hasta una esquina donde una pareja charlaba con un individuo al que el traje, sin duda prestado, le quedaba bastante mal.

—El profesor Rundstedt es colega suyo. Le agradeceré que sea amable con él. Los últimos meses ha sufrido una verdadera odisea. Los nazis lo tenían encerrado trabajando en una fábrica cerca de la frontera con Suiza. Un bombardeo americano hizo saltar por los aires la instalación. El profesor logró sobrevivir y aprovechó el desconcierto para cruzar la frontera con ayuda de la resistencia. El gobierno de su majestad nos ha pedido que lo acojamos en nuestra universidad.

Los dos hombres que conversaban con el recién llegado saludaron al decano y se alejaron en busca del bufé.

—Profesor Rundstedt —dijo el decano—, permítame presentarle a un miembro preeminente de nuestro claustro, el doctor Pablo Menchaca.

—Es un honor —saludó el alemán con una inclinación de cabeza.

—Lo mismo digo —respondió educadamente Menchaca.

El individuo que le tendía la mano era vivaz, de pequeña estatura y nariz aguileña. Aparentaba andar sobre la cuarentena, pero con seguridad tendría unos cuantos años más. Los ojos inquietos detrás de unos anteojos redondos y sin montura se habían entornado al pronunciar el decano el nombre de Menchaca.

—¿Nos conocemos? —preguntó Rundstedt con fuerte acento—. Su rostro no me es familiar, pero juraría haber oído antes su nombre.

—El doctor Menchaca goza de una tremenda popularidad —ensalzó el decano, entusiasmado—. Y le aseguro que no es desconocido para ninguna de nuestras alumnas, ¿verdad, profesor?

Menchaca hizo un gesto para quitar importancia al poco delicado comentario, aunque era cierto que su pasado en las trincheras despertaba las fantasías de las jovencitas.

—Estudié de joven en su país —dijo Menchaca para salir del paso—. En la Universidad de Greifswald, del 30 al 34. Fueron buenos años.

—¡Vaya! Entonces conocería usted al profesor Gustav Lindt.

—Por supuesto. Creo que fue el primero que me hizo odiar la física.

Ambos hombres se rieron con la ocurrencia, y el decano, por educación, los secundó, a pesar de no haber entendido dónde estaba la gracia.

—Sí, le entiendo. Era un gran teórico, pero me temo que no tenía el don de la comunicación.

—Solíamos hacer apuestas —añadió Menchaca con una amplia sonrisa— sobre cuántas veces pronunciaría el término «caótico» a lo largo de la clase.

De nuevo ambos se rieron con ganas. Entre los dos hombres se había establecido una corriente que dejaba al margen al decano.

—El profesor Menchaca es un gran seguidor y conocedor de Sir Isaac Newton —dijo el decano, tratando de retomar el protagonismo perdido—. De hecho, alguna vez nos ha deleitado con una apasionante charla sobre ciertas ideas no demasiado convencionales de nuestro genio nacional.

—¿Newton? —repitió el recién llegado, volviendo a entornar los ojos, como si la mención del sabio le hubiese hecho recordar algo.

—Así es. Si tiene usted la mínima duda sobre él, no deje de consultarlo con nuestro especialista, ¿verdad, doctor?

Menchaca sonrió, dejando correr el tema. La primera vez que había ofrecido la charla sobre el físico y matemático británico, el decano no había puesto muy buena cara, al entender que trataba de plasmar la parte menos científica del sabio. Sin embargo, cuando se dio cuenta del interés despertado entre la comunidad científica por aquella conferencia, había tratado de acapararla.

—Ahora, caballeros, si me disculpan, voy a saludar a otros de nuestros distinguidos colegas.

Menchaca se quedó con el alemán, que no dejaba de mirarlo con atención.

—¿Conoce usted al doctor Itzhak Steiner? —preguntó Rundstedt repentinamente.

—Sí, claro —contestó, extrañado por el tono inquisitivo—. Precisamente lo conocí en la conferencia a la que se refería nuestro querido decano. Al terminar, tuvo la gentileza de concederme una breve e interesante conversación. Durante un tiempo seguí su trayectoria, pero hace ya unos años que no he vuelto a saber nada de él.

—Él parece acordarse de usted perfectamente.

—¿De verdad? —preguntó el español, sorprendido por el comentario.

—Así es. Creo que fue el pasado octubre cuando coincidí con él en Berlín. Allí escuché su nombre, doctor Menchaca.

—¿En Berlín? —inquirió Menchaca, frunciendo el ceño—. ¿Está usted seguro?

—Desde luego. Por entonces me tenían, junto a otros especialistas, trabajando en un laboratorio de nuestra hermosa capital, pero al parecer los bombardeos aliados obligaron a Hitler a dispersar sus fábricas. Nos llevaron a un colegio al sur de Berlín, donde nos tuvieron unas cuantas horas, mientras hacían los trámites para trasladarnos a nuestros nuevos destinos. Fue en aquella sala, mientras aguardábamos, bastante nerviosos, como podrá entender, cuando me percaté de la presencia del doctor Steiner.

—Disculpe, profesor. Creo que estamos hablando de personas distintas —dijo Menchaca—. Yo me refería al físico Itzhak Steiner…

—También yo.

—No puede ser. El doctor Steiner abandonó Alemania en 1935, y desde entonces está en los Estados Unidos. En Michigan, si no me equivoco. Allí imparte clases en la universidad.

—Así lo tenía entendido yo también. Comprenderá entonces mi sorpresa al verlo allí.

—¿Me está diciendo de verdad que el doctor Steiner está en Alemania? —preguntó Menchaca, sin poder dar crédito a lo que estaba escuchando.

—Al menos estaba allí en octubre del año pasado.

—¿Cómo puede ser? Steiner escapó de los nazis, convencido de que lo detendrían. ¿Por qué habría de volver?

—Lo desconozco. Steiner siempre ha sido un personaje poco convencional. Un excéntrico, individualista y anárquico en su manera de trabajar, según dicen. Nadie sabe qué pasa por su cabeza. Vive para la física, y está claro que Alemania lleva ventaja al resto del mundo en este campo. Quizá no era consciente del peligro que corría al volver.

—Qué extraño. ¿Y dice que le escuchó pronunciar mi nombre?

—Así es, profesor —respondió Rundstedt—. Verá. Nos encontrábamos todos en aquella sala, rodeados de soldados. Al menos éramos una veintena de matemáticos, ingenieros, físicos… Todos hombres de ciencia. Nos conocíamos entre nosotros, aunque solo fuese por nuestros trabajos, ¿entiende? Todos teníamos ascendencia judía y en estos días en Alemania nadie puede saber qué es de sus amigos ni colegas. A nosotros se nos encerraba en nuestros lugares de trabajo y apenas teníamos contacto con el exterior.

Menchaca no había podido dejar de darse cuenta de que por aquel individuo corría sangre judía, y sabía que los científicos judíos, al menos los

que no eran imprescindibles, habían sido apartados de los laboratorios en la Alemania nazi y, en muchas ocasiones, de la calle.

—El caso es que, como le decía, nos saludábamos efusivamente en aquella sala, alegrándonos de ver a los viejos colegas vivos, que no es poco. Por supuesto, todos estábamos muy nerviosos. Nadie sabía qué nos deparaba aquella espera ni qué rumbo nos tenían designado nuestros carceleros. Debe de saber que en las calles de Berlín, entre murmullos, claro, se habla de trenes de ganado llenos de personas que salen de las estaciones y no llegan a ningún destino.

—He oído esos rumores.

—No se engañe. Son más que eso. Como le decía, aprovechamos aquella inesperada reunión para compartir chismes, preguntar por la suerte de otros colegas, interesarnos por las familias y, por supuesto, tratar de ponernos al día sobre la situación de la guerra.

—Aquí tenemos esperanza de que el final no se demore demasiado.

—Lo sé, lo sé. Aunque su confianza no es la misma que teníamos allí. El rumor sobre una invasión aliada para la primavera estaba en la calle. De hecho, el propio Hitler lo ha confesado recientemente. Precisamente de esto discutíamos en un reducido círculo, en voz baja, por supuesto, para que nuestros carceleros no pudieran escucharnos, cuando, comentando las posibilidades de éxito de tal desembarco, una voz pesimista aseguró: «Fracasarán. El desembarco no tiene ninguna posibilidad».

—¿Steiner?

—Desde luego —respondió Rundstedt—. Como puede imaginar, en tales situaciones los agoreros no son bien recibidos, así que lo observamos con mirada reprobadora. Nunca había tenido la ocasión de conocer a Steiner en persona, pero lo reconocí a pesar de su aire descuidado. Había perdido pelo y peso, llevaba el rostro mal afeitado y lucía unas profundas ojeras. La ropa parecía ser varias tallas más grande que la suya, aunque este es un mal que ataca a casi toda la sociedad alemana.

»“¿Por qué dice usted eso?”, preguntó uno de mis acompañantes bastante molesto.

»“Porque es cierto. Los aliados no llegarán a pisar el continente”, respondió Steiner.

—Qué extraño —dijo Menchaca—. ¿Y explicó por qué lo creía así?

—No. No parecía estar con la cabeza allí, si entiende lo que quiero decir. Steiner había escuchado nuestra conversación e intervino con aquella demoledora respuesta, pero después aparentó recluirse en su interior. No

quiso responder a cuantas preguntas le fueron formuladas; se limitó a mirar el techo distraídamente. Finalmente dejamos de intentarlo y volvimos a charlar entre nosotros. Y entonces mencionó su nombre.

Menchaca no salía de su asombro. ¿Qué tenía él que ver en aquella extraña escena?

—Recuerdo perfectamente sus palabras por lo mucho que nos extrañaron: «Como decía el doctor Menchaca, Newton tenía razón» —citó Rundstedt.

—¿Eso es todo?

—Sí. No pudimos sonsacarle nada más. En ese momento, entró un oficial de las SS gritando como un loco. Todos nos quedamos helados, sin atrevernos a mover un solo pelo y con la mirada fija en el suelo. El oficial abroncaba a un subordinado y se dirigían hacia nuestro grupo. Yo ya me temía lo peor, como puede imaginar, pero el oficial se limitó a empujarme y señaló con el dedo a Steiner, que seguía sentado, ausente. El subalterno hizo un gesto y dos soldados lo prendieron por los brazos y se lo llevaron, mientras el oficial seguía gritando a su ayudante. Por lo que pude entender, Steiner debería haber permanecido aislado, y ese desliz podía terminar, de saberse, con el responsable en el frente. Seguro que era una exageración para asustar al soldado, pero tuvo un gran efecto. Puede creerme.

—«Newton tenía razón» —repitió el español, absolutamente perplejo.

—Eso es lo que dijo —afirmó Rundstedt—. Espero que no se ofenda, profesor, pero ninguno de los que allí nos encontrábamos habíamos oído hablar nunca de usted, por lo que aquellas palabras nos dejaron intrigados. Jamás supe a qué se podía referir. Y ahora que le tengo a usted ante mí, no puedo dejar pasar la ocasión de preguntarle por su sentido.

—Pues lamento defraudarle —contestó atónito Menchaca—. Pero no tengo ni la menor idea.

—¡Vaya! Pues sí que es una lástima —dijo Rundstedt, deseoso de olvidar los traumáticos tiempos pasados, antes de añadir—: Quizá más adelante dé usted con la solución del acertijo. Entretanto, tal vez pudiera hablarme un poco de mis nuevos colegas. La verdad es que tengo muchas ganas de ponerme a trabajar. Me temo que últimamente no he tenido demasiadas oportunidades.

⁂

Finalmente, el cóctel había terminado y Menchaca, con las dificultades propias del obligatorio apagón y la pertinaz lluvia, había regresado a su casa, animado por la interesante velada.

Tras ponerse el pijama, pasó por la habitación del pequeño y lo arropó. Cansado, se metió con cuidado en la cama para no despertar a Elizabeth y la abrazó. Cuando dormía con ella entre los brazos, los recuerdos se mantenían alejados. No más sobresaltos nocturnos ni despertares empapado en sudor, con la boca pastosa y la desagradable sensación de no saber dónde se encontraba.

Aquella noche, sin embargo, habían regresado las pesadillas.

Una tras otra, las noches se vieron invadidas por los espectros del pasado. Los recuerdos exagerados de lo sucedido en las trincheras y de los muchos compañeros muertos en ellas de las maneras más horribles hacían que se incorporase súbitamente en la cama, jadeante y embargado por el pánico.

Los primeros días no había dado demasiada importancia a este tormento nocturno. Pero cuando, después de varias noches, las pesadillas perduraron, empezó a preocuparse.

⁂

Dos semanas después de aquella reunión de profesores, con bolsas en los ojos por no descansar, se encontró en la facultad al profesor judío que le presentara el decano. Ambos tenían prisa y apenas pudieron detenerse un momento para intercambiar un par de frases antes de continuar con sus respectivas ocupaciones.

Tras la jornada, en casa, mientras lavaba los platos que le tendía Elizabeth, entre comentarios sobre cómo les había ido el día, Menchaca se acordó de Rundstedt, con el que se había cruzado, y se lo comentó a su mujer, contándole las circunstancias en las que lo había conocido.

—¿A qué se refería con eso de que Newton tenía razón? —preguntó curiosa Elizabeth, enjuagando una copa.

—No lo sé —había contestado, distraído fregando de forma mecánica un plato sopero ya inmaculado.

—Vaya, es halagador que un genio se acuerde de ti, ¿no?

—Supongo.

El plato ya estaba comenzando a desgastarse.

—¿Te preocupa algo?

—No estoy seguro. ¿Por qué haría Steiner ese comentario?

—No lo sé. Recordaría tu conferencia. ¿Crees que pudiera ser algo importante?

—¿Como qué? Apenas hablé con él unos minutos.

—¿Y por qué habría de acordarse de ti al cabo de tantos años? Algo dirías que le llamó la atención.

A oscuras en la habitación y con la cabeza de su dormida esposa sobre el hombro, Menchaca repasaba mentalmente la conferencia sobre Newton que había dado en el aula magna de la universidad y su posterior encuentro con el científico alemán. Cuantas más vueltas le daba, más nervioso se ponía, hasta que terminó por levantarse.

Una alarmante idea tomaba forma en su mente.

⁂

A primera hora de la mañana, se presentó en el despacho del decano. Este no había llegado aún y durante la espera no dejó de pasear de un lado a otro por el pasillo. Tenía una horrible corazonada.

—Buenos días, doctor. Fresca la mañana, ¿no es cierto?

—Debo hablar con usted.

—Claro, claro —contestó el decano, frunciendo el ceño ante el rostro de Menchaca—. Espero que no sea nada grave. ¿Se encuentran bien su esposa y su hijo?

—Perfectamente, gracias. No es eso de lo que quería hablarle.

Una hora después, Menchaca abandonó angustiado el despacho del decano. Este lo había escuchado en silencio, con el ceño cada vez más fruncido. El decano era un hombre amable y diplomático, pero no demasiado brillante, y estaba calculando las consecuencias de hacer lo que se le pedía. Un paso en falso a esas alturas de su carrera lo podía dejar en ridículo, algo que su ego no toleraría.

El decano le había prometido reflexionar sobre todo lo que Menchaca le había contado y hacer algunas averiguaciones. El español comprendió que la entrevista había sido una pérdida de tiempo. Si quería que alguien le prestara atención, debía llamar a otras puertas.

Había confiado en convencer al decano sobre el peligro que entrañaba su corazonada, pero, según la traducía en palabras, se iba dando cuenta de la

inconsistencia de la misma. Desde luego, carecía de la menor rigurosidad, y un hombre como el decano no se iba a mover por tan poco.

El mando militar contaba con asesores científicos escogidos entre los más renombrados de distintos campos, y Menchaca conocía la amistad que unía a alguno de ellos con el decano. Pero si este no se posicionaba de su parte, no tendría acceso a él.

Toda la mañana estuvo distraído dándole vueltas al problema. ¿Con quién podría hablar que diese crédito a sus sospechas y tuviese ascendencia sobre el mando militar?

Para la hora del té, un nombre se había abierto paso en su mente.

Capítulo II

Miércoles, 26 de enero de 1944
Chelsea, Inglaterra

—¡Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseamos, Clarissa, cumpleaños feliz!

La impaciente Clarissa sopló las tres velitas de la tarta mientras los demás aplaudían y el capitán Pickeray, su padre, la ayudaba a terminar de apagar la más rebelde.

Dejando a un lado el bizcocho relleno, al que su madre le quitaba las humeantes candelas, la pequeña buscó con ganas sus regalos.

Eran tiempos de carencias y la situación no estaba para grandes dispendios, pero Clarissa había sido la última en llegar a la familia y todos trataban de olvidar por unos momentos las privaciones que causaba la guerra.

Viendo cómo su hija desenvolvía los paquetes, Pickeray abrazó por la espalda a su mujer, rodeándole la cintura con sus enormes brazos, algo que a Alicia le encantaba, pues abrazada por aquel gigante se sentía a salvo.

Con suavidad, la mujer se desprendió del poderoso abrazo y cortó unos buenos trozos del pastel con un cuchillo. Entre primos, tíos, vecinos, abuelos y amigos sumaban unos cuantos convidados, y en aquella tarta se iba más de la parte que les correspondía por sus cartillas de racionamiento. Pero su niñita solo cumpliría tres años una vez en toda su vida, y la amorosa madre estaba dispuesta a hacer un sacrificio por darle una alegría.

—¿Te gusta, Clarissa? —preguntaba el vecino de la casa contigua, con una sonrisa de oreja a oreja.

La niña había abierto el paquete, que contenía una muñeca. Estaba casi nueva y el pequeño roto que tenía el vestidito había sido cosido con sumo cuidado. La pequeña, alborozada, los había abrazado a los dos entre gritos de alegría, despertando la envidia de sus abuelos maternos, que veían relegado su juego de pinturas.

La caja, dejada con descuido sobre la mesa, contenía pinceles y acuarelas, junto a unas hojas para que la niña pudiera emborronarlas, pero faltaba el color verde, justo el preferido de Clarissa. Con la sinceridad que caracteriza a los niños, no había dejado de hacerlo notar.

—Cada día se parece más a su madre —susurró Pickeray al oído de su mujer—. Llegará a ser una jovencita muy guapa.

—¿Sí? —preguntó ella, sonriendo con picardía—. ¿Y qué pasará cuando venga un apuesto joven a buscarla?

—Nada. Solo le arrancaré los brazos.

Alicia se rio con ganas. Sabía que su marido bromeaba, pero también que cuando llegara el día sufriría como un demonio al ver a su pequeña de la mano de otro.

Dentro de la casa se estaba a gusto. El capitán había conseguido una ración extra de leña para la ocasión y esta crepitaba en la chimenea. Abiertos los regalos, y para empañar la envidia del resto de los niños, Alicia repartió platos con la tarta, que todos se lanzaron a comer con voracidad.

Cuando las últimas migajas fueron rebañadas, los incansables infantes fueron sacados de la casa para que se desfogaran y dieran un poco de descanso a sus mayores.

Alrededor de la mesa, las conversaciones derivaron hacia el tema de siempre. Las locuras del canciller austríaco, que afortunadamente parecía haber desistido en su intención de invadir las islas, preocupaban, y mucho.

Pickeray, encajado en su sillón favorito y con las piernas estiradas dirigidas a la chimenea, escuchaba todos los chismes y bulos que corrían, indistinguibles de las noticias verdaderas tras pasar de boca en boca. La guerra terminaría pronto, Hitler iba a ser detenido en breve por sus propios compatriotas, Inglaterra jamás podría ser tomada. Estos y otros comentarios similares dejaba pasar con una sonrisa cansada en los labios.

Adormecido por los murmullos que cada vez le llegaban desde más lejos, el capitán del ejército de su majestad se fue sumiendo en un profundo sueño en el que aparecía una fiesta parecida, mucho tiempo atrás. Hacía por lo menos tres vidas de eso.

⁂

Herbert Pickeray cumplía nueve años, la primera contienda a nivel mundial acababa de terminar meses atrás y las naciones participantes se esforzaban por

retomar el pulso de la normalidad tras imponer unas condiciones draconianas a los derrotados, la misma Alemania que los amenazaría de nuevo dos décadas después.

Aquella fiesta era menos numerosa. Solo estaban presentes sus padres y él. El hermano mayor de Herbert había muerto años atrás de escarlatina, y el resto de familiares se encontraban lejos de Londres.

A Herbert le habían regalado sus padres unos soldaditos de plomo con el uniforme inglés y el chico no cabía en sí de gozo. Había abierto el regalo, finamente envuelto, sobre la colcha de la cama de matrimonio en la habitación de sus padres. Entretanto, su padre, William, abrazaba a su enfermiza mujer, que, acostada, sonreía al ver la expresión de asombro en el rostro de su hijo.

Aunque en ese momento los soldaditos atrajeron toda su atención, quizá no les hubiese hecho tanto caso de saber que iba a ser el último día que vería con vida a su madre. Aquella misma noche Gladys se durmió y no volvió a despertar, dejando a un hijo perplejo y a un marido abatido.

La vida de ambos continuó, como lo hacen todas. No importa cuál sea el peaje que pagar. William trató de ser un buen padre para el muchacho, aunque no disponía de mucho tiempo para estar con él. Recto, no muy dado a sonreír, trabajaba de sol a sol en un gabinete de abogados del que era socio, y su sueño era que algún día su hijo siguiera sus pasos.

Pero Herbert no tenía madera para estudiar. Era un buen muchacho, noble, leal y con un portentoso físico, que William no acertaba a saber de quién había heredado, pues él era de complexión mediana. En cambio, Herbert, con solo catorce años, ya medía más de un metro ochenta y tres, y cuando dejó de crecer solo le quedaban cuatro centímetros para llegar a los dos metros.

En el colegio había destacado en todos los deportes. Tenía una fuerza tremenda, un tórax admirado por las chicas y unos brazos como mazas. Era rápido y ágil. Pero las matemáticas y la gramática no le gustaban y, aunque no se atrevía a confesárselo a su padre, cuando se fue acercando la hora de escoger una carrera ya tenía tomada la decisión de no acceder a la universidad.

William Pickeray no se había convertido en un abogado de cierto prestigio por ignorar lo que sucedía a su alrededor y, viendo que su sueño nunca se cumpliría, no intentó luchar contra el destino.

Corría el año 1928 y la economía se estaba acercando a un colapso que solo los más perspicaces eran capaces de intuir. Una tarde de primavera, el

abogado había ordenado a su hijo que se acercara al gabinete a la salida del colegio.

El joven Pickeray, un hombrón que no pasaba desapercibido por la calle por su fuerte complexión, sus rasgos duros pero atractivos y un rebelde flequillo negro, se iba encogiendo según subía los escalones que ascendían hasta el tercer piso del edificio, donde en la gran puerta de madera noble se leía: «Sennett & Pickeray».

—Hola, Herbert —dijo William Pickeray cuando su hijo se asomó por la puerta del despacho—. Siéntate. Enseguida estoy contigo.

El hombre había utilizado el mismo tono que usaba para sus entrevistas profesionales, lo que no había calmado los ánimos agitados del muchacho, que temía el resultado de aquella conversación. El tema no podía ser otro que la entrada en la Universidad de Oxford, la misma en la que su padre se había licenciado.

A pesar de no ser un padre especialmente cariñoso, siempre se había portado bien con él, y no quería hacerle daño con su decisión. Así pues, mientras el abogado ultimaba unos papeles y los encuadraba con precisión en los distintos montones que ocupaban las esquinas de su mesa, Herbert buscaba en su cabeza la forma de darle la noticia.

—Bien, Herbert, ¿qué tal te ha ido hoy en la escuela?

Era una estampa curiosa. William Pickeray, cuya constitución era la mitad que la de su hijo, parecía agrandar su figura tras aquella mesa, mientras que a su hijo le sucedía lo contrario.

—Herbert, quería hablar contigo —continuó el padre, cruzando las manos —. Sé que no quieres ir a la universidad. No puedo decir que no lo lamente.

Al otro lado de la mesa, el muchacho abría los ojos como platos, sorprendido de lo que acababa de escuchar. Así que su padre sospechaba cuál era su decisión… y, además, no parecía estar enfadado.

—Dime, Herbert, ¿qué es lo que quieres hacer?

—No lo sé, padre —confesó el chico a contrapié—. He hablado con el director de la escuela. Me ha dicho que puedo encontrar trabajo fácilmente en una empresa que fabrica motores para automóviles. Están buscando empleados.

—¿Has pensado en el ejército? —preguntó el abogado, sin hacer caso a los balbuceos de su hijo.

—¿El ejército? —respondió el muchacho, sorprendido.

—Sí, el ejército. Verás… —continuó, echándose para atrás en la alta silla repujada en cuero—, creo que las cosas no van a tardar demasiado en

empezar a ir mal y, o mucho me equivoco, o aún veré otra guerra.

El joven Pickeray no daba crédito a sus palabras. ¿Otra guerra?

—Escucha, Herbert. No te voy a obligar a ir a la universidad. He hablado con un antiguo compañero y le he pedido que te admitan en la academia militar de Sandhurst. Cuando salgas de ella, tendrás el grado de teniente y podrás hacer carrera en el Cuerpo de Oficiales de Reserva. Si me equivoco y la economía no se derrumba, tendrás un buen empleo. Si no es así, mucha gente se quedará sin empleo y las condiciones serán desastrosas. Pero tú estarás en el ejército y con una buena paga. Además, en caso de que estalle otra guerra, serás oficial y no un simple soldado.

Herbert miraba a su padre con la boca abierta; no acertaba a contestar.

—Le he dicho a Bragg que eres un buen muchacho, obediente y servicial. Conoce tus proezas en el deporte. ¿Y bien?

—Gracias, padre, por no obligarme a ir a la universidad. ¿Puedo pensar en lo que me has dicho?

—Claro, Herbert —contestó el hombre, cogiendo unas cuartillas de una esquina y tomando la estilográfica, señal de que la conversación había terminado—. Bragg nos espera mañana a las diez en la academia militar. Vete a casa y descansa.

De esta manera, con dieciocho años, el cadete Herbert Pickeray había comenzado su instrucción militar, y durante los tres siguientes años fue integrándose en el ejército. Si al principio lo había hecho por no desairar a su padre, poco a poco se había ido dando cuenta de que aquella vida estaba hecha para él.

Entretanto, la Gran Depresión se había abatido como una de las plagas bíblicas sobre el mundo civilizado y la gente, arruinada, malvivía, cuando no decidía apartarse definitivamente de tanta miseria. Como dijera su padre, el ejército iba a ser para él la respuesta a semejante desolación.

Su naturaleza noble y obediente le granjeaba las simpatías de sus instructores, que no tardaron en darse cuenta del potencial de aquel musculoso muchacho. A la vez, se trataba de un buen compañero, siempre dispuesto a ayudar a sus camaradas, algo por lo que era muy apreciado entre los cadetes.

Esta combinación lo convirtió pronto en un líder amable y respetado, aunque poco hablador. Precisamente por ahí llegaron los primeros problemas. Su estricto sentido de la justicia en ocasiones le hacía enfrentarse con las despóticas y arbitrarias órdenes de algunos amargados oficiales. Comenzó a pensar más por sí mismo y a cuestionar según qué mandatos.

No lo hacía de manera violenta, a pesar de que cuando se enfurecía, algo muy poco corriente, su cuerpo en tensión y su mandíbula cuadrada proyectada hacia delante resultaban temibles. Pero si alguno de sus compañeros era castigado injustamente, no dejaba de presentar sus objeciones y terminaba compartiendo el castigo.

Si al principio sus superiores habían visto en él a un gran oficial, pronto lo desecharon. Fueron sus propios compañeros quienes lo eligieron como líder. Los hombres que estaban bajo su mando durante los ejercicios siempre vencían, y se convirtió en un héroe.

Pero la academia terminó tres años más tarde, y el ya teniente Pickeray supo que su carrera había concluido. Con mucho esfuerzo, quizá podría llegar a subir algún peldaño más, pero el camino hacia los puestos altos de la oficialidad había quedado definitivamente cerrado.

Durante dos años había sido olvidado en un puesto burocrático al que algún superior lo había desterrado. Aquello fue un golpe para él, que no supo encauzar.

Era el año 1934 y William Pickeray, de Sennett & Pickeray, había fallecido repentinamente y Herbert quedaba solo y abandonado por el mundo. Un mundo en el que la locura crecía y, como había pronosticado su padre, la guerra ya se palpaba en el ambiente.

El aburrimiento por el papeleo y su sentido de la justicia hizo que aceptara la oferta de un antiguo compañero de academia, uno de los pocos con los que aún se carteaba, y solicitara una excedencia en el ejército, tomando un barco hacia el norte de España, donde se unieron a los mineros asturianos insurrectos.

Aquel primer contacto con la guerra desnuda y cruenta lo marcó. Fue un gran combatiente, y se dio cuenta de que muchas de las cosas aprendidas durante sus tres años de academia en realidad no valían para nada. Cuando meses más tarde tuvo que volver a embarcar rumbo a su país para no ser apresado por los vencedores, aplastada la revolución, Pickeray no era el mismo.

Dos años después, haciéndose eco de la llamada de auxilio que llegó desde Francia, regresó junto a las Brigadas Internacionales para luchar contra los militares alcistas en la que sería la guerra civil española.

Participó en todas las grandes batallas: defendió Madrid, luchó en Guadalajara y en Teruel, cruzó el Ebro… Fue herido en varias ocasiones, aunque se recuperó gracias a su portentoso físico.

La victoria del general Franco lo obligó a huir en enero de 1939 y se reintegró en el ejército británico con el grado de capitán. Pero no tardaría demasiado en volver a tomar las armas. Cuatro divisiones de la Fuerza Expedicionaria Británica fueron enviadas a Francia para detener la amenaza nazi; en menos de seis meses debieron aceptar la evidencia de que la batalla estaba perdida.

Aquella derrota frente a los alemanes había resultado mucho más dolorosa que las dos anteriores. Si la primera vez unos mal armados y peor dirigidos mineros asturianos habían sido derrotados por un ejército disciplinado y mejor preparado, al menos los alzados habían cobrado una victoria muy ajustada y los componentes de las Brigadas Internacionales habían podido marcharse con la cabeza alta.

Pero en esta ocasión era el ejército británico el que se replegaba hacia una estrecha playa en Dunkerque, al norte de Francia, para tratar de escapar de los nazis.

Acosados por los Panzer alemanes, que iban cerrando su tenaza, los soldados británicos huían humillados a bordo de corbetas, destructores, dragaminas, navíos de transporte y patrulleras ayudadas por una flota de embarcaciones de recreo y barcas de pesca, bajo el intenso fuego de artillería de las baterías alemanas y los bombardeos de la Luftwaffe, la temida aviación de Hitler, en la que operaban los aborrecidos cazabombarderos Stuka.

La operación había sido considerada un éxito por lograr evacuar a más de trescientos mil soldados, entre ingleses, franceses y belgas. Soldados que serían muy necesarios en operaciones posteriores. Pero los que habían estado en aquella playa a merced del enemigo conocían la verdad, y el orgullo de Pickeray se había resentido. Como dijera el primer ministro británico, las guerras no se ganan con evacuaciones.

Sin embargo, un hecho inesperado ayudó a aliviar su amarga humillación.

Por hacer un favor a un compañero, a regañadientes, había asistido a una cena de oficiales. Su temperamento no casaba con aquella diplomacia en la que todos se sonreían a la cara y se apuñalaban por la espalda. Pero su amigo estaba convencido de que aquella iba a ser su noche y de que encontraría una bonita novia.

Las cosas, en cambio, resultaron diferentes. El amigo no había encontrado lo que buscaba, y sí, en cambio, una importante borrachera. Al contrario, Pickeray, que se había mantenido toda la velada alejado del alcohol, se había fijado en una muchacha de pelo rojizo con uniforme y rango de teniente segundo, sentada en una mesa con una pareja.

La muchacha había rechazado un par de invitaciones para bailar de apuestos oficiales, y al capitán ni se le hubiese pasado por la cabeza pedírselo, pues, a pesar de su destreza en los deportes, era un muy mal bailarín.

En un momento en el que se encontraba en la barra moviendo la bebida en su vaso, buscando a su amigo entre los invitados, quizá para despedirse, aún no lo sabía muy bien, ya que se estaba aburriendo y, además, el tiro del pantalón de su uniforme de gala le quedaba muy ajustado, una voz detrás de él hizo que se volviera.

—¿Capitán?

Se trataba del hombre que se sentaba en la mesa con su pareja y la muchacha de pelo rojizo.

—Mayor —respondió Pickeray, cuadrándose y haciendo un respetuoso movimiento de cabeza.

—Capitán, ¿por qué no se acerca a nuestra mesa en vez de estar aquí solo? Estoy acompañado por dos damas muy hermosas, pero me temo que no puedo luchar dialécticamente contra tan formidable adversario. Quizá pueda usted equiparar un poco las fuerzas.

El mayor hizo un gesto amplio con la mano, lo que significaba que aquello se parecía más a una orden que a una amable petición. Así pues, Pickeray, azorado, se había aproximado junto a su superior hasta la mesa. Ambas mujeres miraron al recién llegado, y en los ojos de la teniente segundo vio algo que hizo que se ruborizara.

—Permítanme que les presente. Mi mujer, Adela, y ella es la teniente Collingwood.

—¿Usted era el capitán…?

—Pickeray.

—Magnífico —repuso el mayor—, y ahora que nos conocemos todos, ¿por qué no se sienta, capitán Pickeray?

Había obedecido, y pronto se vio inmerso en una conversación de la que horas más tarde no recordaría nada. Había luchado en vano por no mantener contacto visual con la muchacha, pues cada vez que sus miradas se cruzaban se ruborizaba. Pero no pudo seguir ignorándola cuando el mayor, aduciendo que la pieza interpretada en ese instante por la banda de música era la favorita del matrimonio, se había llevado a su mujer al centro de la pista de baile.

Aquella misma noche habían concertado su primera cita para el día siguiente, algo que en los tiempos que corrían no sorprendía a nadie. La guerra estaba presente y el futuro era incierto, y más para los soldados, cuando por las noches los Heinkel y Dornier alemanes dejaban caer su letal

carga sobre Inglaterra. El primer ministro Churchill había advertido a su pueblo que los alemanes no se contentarían con haberlos echado del continente; debían prepararse para sufrir un asedio.

Meses después se habían casado. Alicia Collingwood había demostrado ser una gran mujer. No era especialmente guapa, pero sí atractiva y cariñosa. Aunque trabajaba en Bawdsey, donde ejercía labores de enlace en el complejo y novedoso sistema de radar que ponían a punto los británicos, la distancia no les había privado de que se quedara embarazada, noticia que ambos acogieron con gran ilusión.

Tras nacer la niña, que recibió el nombre de la abuela materna, Clarissa, a Alicia le concedieron el traslado a la base de Chelsea, donde trabajaba Herbert, y se compraron una casita cerca de allí.

Así habían pasado los casi cuatro años de matrimonio, esperando a ver cómo evolucionaba la guerra. Ahora que era padre, Pickeray no se mostraba tan deseoso de correr a vengarse de los que lo habían expulsado de Francia.

Alicia, por su parte, prefería tratar de ignorar el ya cercano día en que su marido debería despedirse de ellas y embarcar rumbo a las costas del continente, junto con el resto de sus compañeros y los ejércitos aliados.

⁂

Pickeray despertó sobresaltado en su sillón, cerca de la chimenea, cuyo fuego había sido avivado por un vecino que se disculpaba por haberlo despertado.

Avergonzado, sacudió la cabeza para despejarse. Tenía la boca seca, señal de que la siesta había durado un buen rato. Nadie parecía reprochárselo. Conocían su labor. Sabían que los entrenamientos a los que era sometido eran muy duros. Aquella mañana, sin ir más lejos, la sesión había resultado agotadora. La marcha a través del Canal no tardaría demasiado en recibir luz verde, y tenían que estar preparados.

Alicia le sonrió desde el otro lado del salón. Estaba recogiendo los platos acumulados, ahora que la habían dejado un momento tranquila.

—¿Te ayudo, cielo? —preguntó Pickeray acercándose.

—No hace falta, tranquilo —contestó ella de puntillas, dándole un beso en los labios—. ¿Por qué no miras en el jardín a ver qué hacen los niños? Ya se ha ido el sol y hace frío. Va siendo hora de que vuelvan a entrar.

Pickeray hizo lo que su mujer le pedía y salió al jardín. Llevaba un viejo jersey del ejército y, ciertamente, hacía frío. Los chicos no lo notaban

demasiado. En total, eran unos diez de distintas edades y parecían disfrutar sin discutir, pero todos tenían la punta de sus naricillas y las orejas más rojas que un pimiento.

Justo iba a decirles que entraran en la casa, cuando su mirada se fijó en un hombre que estaba detrás de la cerca. El individuo le devolvía la mirada.

—Chicos, entrad en casa, que ya hace frío —les ordenó finalmente, sin apartar la vista del visitante.

El capitán rebuscó en su memoria hasta localizar aquel rostro en un pasado muy lejano.

—¡Vaya, el profesor Menchaca! —dijo con una sonrisa de oreja a oreja, acercándose a la puerta de la cerca—. Creo que es el último hombre que me hubiese imaginado aquí.

Ambos hombres se dieron la mano, sonrientes, y terminaron fundiéndose en un abrazo. A pesar de no haber sido grandes amigos, la lucha hombro con hombro en las trincheras unía más que muchos otros lazos.

—¿Qué le trae por aquí? Venga, pasemos dentro, que hace frío. Es el cumpleaños de mi hija y lo estábamos celebrando.

—No quisiera molestar —comenzó a decir Menchaca, pero fue ignorado por el enorme inglés que, poniéndole su manaza en el hombro, lo empujaba ya hacia el interior.

—¡Alicia! Ven, quiero presentarte a un viejo compañero. El profesor Menchaca. Ella es Alicia, mi mujer.

—¿Cómo está usted, señora?

—El profesor es español, de Barcelona, ¿verdad? —dijo Pickeray.

—Así es.

—Encantada. ¿Por qué no se sienta? Aquí todos somos amigos y familiares.

—No quisiera molestar —trató nuevamente de disculparse el científico.

—No es molestia. Siéntese, por favor. Le traeré un café para que entre en calor.

—Se lo agradezco, señora. Realmente hace un frío espantoso.

—Llámeme Alicia. Enseguida le traigo una taza.

El capitán fue presentando a su invitado a cada uno de los presentes. Solo decía de él que era un científico español, sin especificar qué campo era su especialidad ni las circunstancias en las que lo había conocido. Llevaba muchos años, casi diez, sin verlo, y seguro que la visita no era de cortesía.

Los presentes le estrechaban la mano y hacían algún tipo de comentario ligero y cortés, tratando de no hacer demasiadas preguntas ni mostrarse

indiscretos.

—Bueno, viejo compañero. ¿Qué le trae por aquí? —volvió a preguntar Pickeray cuando se sentaron los dos cerca de la chimenea—. ¿Y cómo me ha encontrado?

Los niños pasaban aullando alrededor y Menchaca esperó un poco para no tener que gritar. Los mayores, con movimientos automatizados tras largos años de contienda, se alejaron discretamente para dejarlos solos.

—No ha sido difícil. Tengo algunos amigos en el ejército a los que el apellido del idealista capitán Pickeray no les es desconocido —explicó con una sonrisa, antes de ponerse serio y añadir—: Necesito que me ayude.

—Usted dirá.

—Imparto clases en el King's College —empezó Menchaca, pasando a hablar en español. Aquello era una descortesía, pero el capitán no se inmutó. Entendió al instante que las razones serían de peso—. Hace poco me llegó una información que creo debería conocer el Alto Mando. He tratado de hacérsela llegar a través del decano de la universidad, que tiene algunos contactos en la junta de asesores científicos del gabinete, pero es un hombre un tanto aprensivo y no quiere arriesgarse, ya que carezco de pruebas.

—Cuenta conmigo para lo que necesite, y lo sabe —dijo sin dudar Pickeray—. Pero no ignora que mi relación con mis superiores siempre ha sido tirante. Y con el tiempo no ha cambiado a mejor. No sé cómo podría ayudarle.

—Es necesario que hable con un alto mando.

—¿Cómo de alto?

—El más alto posible.

El capitán, impresionado, se echó hacia atrás en su sillón. Aún no sabía cuál era la información que poseía el español ni tenía intención de preguntar sobre ella. Confiaba plenamente en Menchaca, un auténtico combatiente. Si decía que debía hablar con un alto cargo, es que era necesario. Pero a él no se le ocurría con quién podrían contactar.

Por su cabeza comenzaron a desfilar nombres y rostros. El que más graduación tenía era general, y no creía que fuese lo que buscase Menchaca, aparte de que dudaba de que lo fuera a recibir.

—Escuche, profesor. Necesito pensar. Algo se me ocurrirá. Es tarde. ¿Por qué no se queda a cenar con nosotros y pasa aquí la noche? Mañana tal vez haya conseguido encontrar una solución.

—Gracias, pero tengo que volver a casa. Me esperan mi mujer y mi hijo. Me casé con una inglesa, ¿qué le parece?, y tenemos un niño. Casi tiene un

año ya. Me voy, que estarán esperando para cenar.

—Claro, claro. Le acompaño hasta la puerta.

Menchaca se despidió de todos y salió, acompañado de Pickeray.

—Preferiría que no comentara nada —dijo Menchaca, estrechando la mano del inglés—. Lamento haberle molestado, pero no sabía a quién acudir.

—No se preocupe —repuso Pickeray—. Ha hecho bien en venir. ¿Qué le parece si nos vemos mañana? Seguro que algo podremos hacer.

El capitán Pickeray, olvidándose del frío, se quedó mirando pensativo cómo su visitante se perdía entre las sombras.

La fiesta había acabado y todos comenzaban a marcharse. Alicia encontró a su marido más callado que de costumbre, pero evitó preguntar. Si quería contárselo, ya lo haría.

Se acostaron pronto. Ambos tenían que madrugar para presentarse en la base tras dejar a Clarissa con los padres de Alicia. Pero a Pickeray la noche se le fue devanándose los sesos. Su mujer no protestó por las continuas vueltas que daba en la cama, que, debido a su enorme peso, se agitaba como una pluma.

⁂

A primera hora de la tarde del día siguiente, Menchaca llegaba a casa del capitán. Tampoco él había logrado conciliar el sueño en toda la noche.

—Hola, capitán.

—Pase, estamos solos. Alicia ha ido a recoger a Clarissa a casa de mis suegros. ¿Le apetece un poco de cerveza? La hacen ellos mismos.

Los dos hombres dieron un sorbo de una cerveza oscura y con una gran capa de espuma blanca.

—He estado pensando en lo que me pidió —dijo Pickeray, tras articular un chasquido de placer—. Conozco al general Alexander. ¿Sabe quién es? Coincidí con él cuando tuvimos que escapar corriendo de los alemanes hace cuatro años en Dunkerque. En la campaña de África fue adjunto nada más ni nada menos que del general americano Eisenhower. Es un buen hombre, aunque ahora se encuentra algo lejos. Está al frente del XV Grupo de Ejércitos, en Italia.

—No me sirve. Necesito alguien de más arriba.

Pickeray hizo un gesto de fastidio, pero ya había previsto esta respuesta.

—Hay otra posibilidad. Le he estado dando vueltas esta madrugada. Me parece descabellada, pero no se me ocurre nada mejor.

—Le escucho.

—Cuando estuve en la defensa de Madrid con las Brigadas Internacionales, me pusieron al frente de un destacamento de novatos.

—Algo sabía. Yo me encontraba también allí, defendiendo la carretera de La Coruña.

—Fue duro, ¿eh?

Menchaca guardó silencio, esperando a que el inglés continuara.

—Entre la tropa que tenía a mi mando, había un inglés muy joven. Creo que solo tenía quince o dieciséis años. Había llegado hasta Marsella en bicicleta para unirse a las Brigadas. El pobre no sabía dónde se había metido, pero tenía ganas de luchar. La verdad es que tuve más trabajo para mantenerlo con vida de lo que nos ayudó. —Pickeray hizo una pausa al recordar al rebelde muchacho, antes de añadir con una sonrisa—: Creo que lo impresioné. Se llamaba Esmond Romilly. ¿Le dice algo ese nombre?

Menchaca movió de lado a lado la cabeza, tratando de rebuscar en su memoria.

—Ese muchacho era el sobrino de Winston Churchill —apuntó Pickeray.

—¿Era?

—En Madrid enfermó de disentería y fue devuelto a Inglaterra para que se curase. La mujer de nuestro primer ministro era hermana de la madre de Esmond e intercedió ante su marido, a pesar de que a este la familia de su mujer no le caía en gracia. Demasiado cercanos a las ideas comunistas, ¿entiende?

—¿Y qué le pasó?

—Tras muchas vueltas, primero por Inglaterra y después por los Estados Unidos, se alistó en la Fuerza Aérea Canadiense. Durante un bombardeo fue derribado en el mar del Norte en el 41.

—¿Murió?

—Me temo que sí.

—No me parece que nos sirva.

—Él no, desde luego —continuó el capitán inglés, removiéndose en su sillón—. Durante su estancia en Madrid, el muchacho solía cartearse con una prima suya a la que quería mucho. Se llamaba Diana Churchill.

—¿La hija del primer ministro? —preguntó Menchaca, irguiéndose en el sofá en el que se sentaba.

—La misma. Está casada con Duncan Sandys. Aunque en un primer momento se le acusó de pronazismo, luchó contra los alemanes en Noruega, hasta que fue herido. Quedó cojo y tuvo que dejar el combate, pero gracias a su suegro entró en el gobierno como ministro. ¿Sabe a qué se dedica?

Menchaca, sentado en el borde del sofá, negó lentamente con la cabeza.

—Es presidente del Gabinete de Guerra para la defensa contra el proyecto alemán de bombas y cohetes —dijo satisfecho el capitán tras una pausa, para dar mayor énfasis a la revelación.

⁂

Menchaca y Pickeray se encontraban de pie en el *hall* de entrada de la mansión de los Sandys. Ambos trataban de mostrarse tranquilos, pero sus gestos los delataban. A Menchaca, la alegría le había durado lo justo para saber que, en realidad, el capitán no conocía de nada a la hija de Churchill.

Como era de esperar en tales circunstancias, la policía militar que custodiaba el domicilio ministerial, muy cortésmente, les había cerrado el paso. El capitán Pickeray se había identificado, solicitando una entrevista urgente con la hija del primer ministro, pero pronto había quedado claro que un simple capitán carecía de cualquier prerrogativa en las altas esferas.

—¿Podría usted, al menos, comunicarle a la baronesa que el capitán Pickeray, viejo amigo de Esmond Romilly, desea mantener una breve conversación con ella? —había pedido al inflexible policía de la entrada.

Momentos después, les habían franqueado el paso. Al menos hasta el *hall*, donde esperaban en ese momento. Aún debieron esperar otros quince minutos antes de escuchar unos pasos que se acercaban.

Los hicieron entrar en un salón donde el matrimonio recibía a sus visitantes menos ilustres y, diez minutos después, apareció la baronesa.

—Lamento haberles hecho esperar —dijo la mujer, aunque no parecía que fuese cierto—. Tomen asiento, por favor —añadió después de que ambos hombres, una vez cumplimentadas las presentaciones, y con cierta falta de destreza, le besaran la mano.

—Bien, capitán, así que quería hablar conmigo —dijo la baronesa, sin ofrecerles ninguna bebida.

—Así es, señora. Espero que me disculpe. Se trata de algo urgente —dijo Pickeray, amontonando las palabras—. Yo fui el superior de su querido primo, el señor Romilly, ¿sabe?

—De sobra, capitán. Su nombre de pila es Herbert, ¿no es cierto? Esmond me hablaba mucho de usted en sus cartas. Le tenía en gran estima. Ha sido un acierto por su parte mencionarlo al guardia de la entrada.

—No pretendemos molestar —se disculpó el capitán, removiéndose incómodo en el pequeño y duro sofá que compartía con el hasta el momento silencioso Menchaca.

—Usted dirá —invitó con un gesto la dama. Era la única que se encontraba cómoda, aunque parecía deseosa de desprenderse de la inesperada visita.

—Este es el doctor Menchaca.

—Sí. Creo que ya lo ha mencionado.

—Claro. Disculpe. —Pickeray no estaba acostumbrado a tratar con aquella clase de personas—. Combatió a mi lado en España. No llegó a conocer al señor Romilly como yo, pero es una persona de mi absoluta confianza.

—Imagino que da gusto poder contar con tan buenos amigos; sobre todo, en los tiempos que corren.

—Sin duda —repuso confuso Pickeray. La baronesa no parecía prestar ninguna atención. Quizá todo aquello resultaba un error—. El caso es que el doctor Menchaca tiene información de gran importancia que es necesario trasladar con urgencia al Alto Mando, y debe ser conocida por su marido, el barón Sandys.

—Mi marido no se encuentra en este momento en casa. ¿Puedo saber de qué información se trata? Me temo que el barón no anda sobrado de tiempo.

—Bueno. En realidad, yo también la desconozco. El doctor Menchaca prefiere darla de primera mano.

La baronesa se quedó mirando a ambos hombres. El inglés sostenía nervioso entre las manos la gorra de su uniforme, mientras que el español continuaba en silencio y la miraba atentamente. La mirada de aquel hombre era franca.

—Capitán Pickeray, ¿ha venido usted hasta mi casa para entrevistarse con mi marido sin conocer la naturaleza de la información que guarda el doctor, solo por la confianza que este le merece? ¿He entendido bien?

—Así es, baronesa.

—¡Vaya! Me sorprende que todavía alguien muestre tal confianza en un semejante. No, no se disculpe por favor. Le diré una cosa. En una de sus cartas, Esmond me decía que confiaba ciegamente en usted y que hubiera hecho cuanto usted le hubiese pedido sin necesidad de explicaciones.

—Era un buen muchacho.

—Sin duda —asintió la dama, guardando silencio unos instantes—. ¿Sabe una cosa? ¡Haré como ustedes! Mostraré la misma confianza en el juicio de mi querido primo, como él la tuvo en usted. El barón no tardará ya mucho en llegar. Acompáñenme. Vayamos al salón. Aquí hace un poco de frío.

Los dos hombres siguieron a la baronesa hasta un enorme salón adornado con gusto. Esta vez sí les fueron ofrecidas unas bebidas, que sirvió el mayordomo. Pickeray, que no tenía costumbre de beber alcohol, pidió una cerveza negra, y Menchaca se decantó por un *whisky* escocés.

Durante un largo rato, estuvieron hablando de Esmond Romilly y de las diversas anécdotas que la baronesa conocía por las cartas recibidas. Después, la dama les contó un poco cómo había sido la vida de su primo hasta ser derribado.

—El barón Sandys ha llegado —informó el mayordomo discretamente.

—Gracias, Anthony. ¿Me disculpan un momento? Enseguida vuelvo.

La espera duró más de un cuarto de hora. Los nervios volvieron a hacer acto de presencia. Hasta el momento habían conseguido acceder al domicilio del ministro. Ahora debían llegar a entrevistarse con él. ¿Lograrían verlo, o serían acompañados por el mayordomo hasta la puerta de la calle?

Al fin la puerta se abrió y apareció la baronesa, acompañada por su marido. Este tenía el semblante serio y estaba claro que la visita le resultaba del todo inoportuna. Vestido impecablemente con un traje cruzado y ayudándose de un bastón para caminar, Sandys escrutó a los inesperados visitantes.

—Espero que sea importante, señores.

—Estoy seguro de que lo es, barón —repuso Menchaca, asumiendo la responsabilidad de la invasión del hogar.

Un rato después, los tres hombres, sentados en el despacho privado del barón Sandys, guardaban silencio. El profesor español había contado cuanto sabía, que, una vez expuesto, se evidenciaba como muy escaso.

El barón, con rostro serio, golpeaba rítmicamente un lápiz contra el secante sin dejar de escrutar al español. Sobre la ordenada mesa había una sola cuartilla en la que había apuntado el nombre del desaparecido científico judío.

—¿No tiene nada más? —dijo el ministro, rompiendo el silencio.

—No, señor.

—Es muy poco. ¿Hay algo que avale lo que me acaba de contar?

—Me temo que no.

—Así que usted piensa que los alemanes cuentan con una bomba cuya potencia es equivalente a toneladas de TNT. Y todo porque un científico al que conoció hace cuatro años asegura que el desembarco fracasará.

—Así es, barón. El doctor Steiner es una eminencia. Por alguna razón, decidió volver a su país, y ahora nadie sabe dónde está. Difícilmente una celebridad como él en el mundo académico podría desaparecer durante tanto tiempo sin tenerse noticia.

—Usted piensa que los nazis lo mantienen oculto.

—No tengo otra explicación.

—Y cree que está colaborando con ellos a pesar de ser judío.

—Puede que lo estén obligando. Si no fuese así, ¿por qué ocultarlo?

—Aun suponiendo que esté usted en lo cierto, ¿por qué cree que ese tal Steiner ha trabajado en esa bomba?

—¿Qué otro sentido podrían tener sus palabras, si no? La única arma con capacidad para evitar el desembarco es la bomba atómica. El profesor Einstein ya avisó al presidente americano del peligro hace cinco años. Los mejores especialistas y, créame, Steiner es uno de ellos, se han formado en Alemania. Si alguien puede conseguir esta arma son ellos. Lo que hasta ahora parecía una quimera se va a hacer realidad, y creo que eso es lo que significan las palabras del doctor Steiner.

El ministro se tomó un tiempo para reflexionar. Solo un demente sería capaz de molestar a un alto cargo del gobierno con meras conjeturas y, desde luego, aquel profesor español que no le retiraba la mirada no parecía estar loco.

—Bien, caballeros —dijo finalmente, levantándose y provocando que sus visitantes hiciesen otro tanto—. Déjenme un par de días para que haga unas consultas. Recibirán noticias mías.

Menchaca y Pickeray, sabiendo terminada la entrevista, acompañaron al mayordomo hasta la salida sin saber qué pensar. Fuera hacía frío. Se arroparon y emprendieron el camino de regreso en silencio.

Capítulo III

Jueves, 3 de febrero de 1944
Gabinete de Guerra, Londres, Inglaterra

—¿Sería tan amable de volver a contarnos esa historia? —le había preguntado el hombre que, sentado a la cabecera de la mesa, sujetaba un enorme puro entre sus dedos índice y corazón.

A varios metros bajo tierra, Menchaca se encontraba sentado ante una gran mesa de reuniones cuadrada, en la sala de conferencias donde el primer ministro británico se reunía diariamente con sus consejeros. El búnker había sido construido bajo el edificio del Tesoro, a pocos pasos de la residencia del mandatario británico, como refugio contra los bombardeos alemanes, pero resultaba incómodo, y al primer ministro no le gustaba encontrarse allí encerrado.

Al lado del español, muy erguido en su asiento, el capitán Herbert Pickeray guardaba silencio. Frente a ellos, envuelto en una nube de humo proveniente de su puro, como era costumbre, el primer ministro británico, Winston Churchill; flanqueado a su izquierda por su yerno, el ministro Sandys, y a la derecha por el flamante comandante supremo de las Fuerzas Expedicionarias Aliadas, prácticamente recién llegado a Inglaterra, el general de cinco estrellas Dwight David Eisenhower, más conocido como Ike. En un costado de la mesa, un extraño vestido de civil que no había abierto la boca miraba con precaución a unos y otros. Por su aspecto, Menchaca hubiese jurado que se trataba de un científico.

Justo una semana después de que se reunieran con el barón Sandys, un vehículo de la Policía Militar se había personado en la universidad, donde Menchaca estaba impartiendo clase, y, sin ningún tipo de explicación, lo habían trasladado hasta el búnker, donde ya lo aguardaba el capitán Pickeray. Media hora más tarde, ambos habían sido introducidos en la sala de conferencias y había comenzado el interrogatorio.

El profesor español apoyó las manos sobre la mesa y volvió a repetir pacientemente cuanto ya había explicado.

—Fue hace cuatro años. A instancias del decano del King's College preparé una conferencia, destinada sobre todo a los alumnos de física, ya que en el campus se estaba celebrando un congreso sobre mecánica cuántica. Como en el resto de las conferencias que se impartieron, la asistencia estaba abierta a cuantos científicos y componentes del claustro docente quisieran asistir.

»No era la primera vez que ofrecía dicha conferencia, pero en esta ocasión se le dio más publicidad, así que había una moderada expectación. La titulé "Cazando al León Verde: Newton y la ciencia del mañana".

Menchaca hizo una pausa, para continuar al poco:

—Siempre me he sentido atraído por la figura del físico inglés y sus ideas, muy avanzadas para su tiempo; algunas de ellas rayan el sacrilegio. De ahí el título. «León Verde» es como se conoce en el lenguaje alquímico a la piedra filosofal. Mis alumnos suelen mostrar una gran curiosidad cuando se lo menciono.

Menchaca estudió la reacción de los presentes.

—Hoy día —prosiguió, mirando directamente al primer ministro británico —, a Newton se le conoce sobre todo por su pensamiento racional, que constituye uno de los pilares de la física clásica, pero apenas se recuerda su pensamiento mágico, algo que en aquellos tiempos trató de ocultarse, pero que los científicos de hoy en día vuelven a estudiar.

Churchill hizo un gesto con el puro para que el español fuera al grano.

—El caso es que había comenzado mi disertación, cuando al fondo se abrió la puerta de la sala y por ella entró el profesor Itzhak Steiner, al que no reconocí en aquel momento, pues estaba bastante cambiado respecto a las fotografías que había visto en revistas y periódicos.

⁂

Menchaca miraba con reprobación al individuo que, para tomar asiento, obligaba a levantarse a varios de los asistentes.

—La ciencia de hoy estudia las ideas que llevaron a más de un alquimista a la hoguera por herejía —decía Menchaca, tratando de ignorar el pequeño revuelo que Steiner estaba originando.

No resultaba muy correcto llegar comenzada la charla, pero el hombre no parecía afectado por ello. Con el pelo gris revuelto, unas maltratadas gafas posadas sobre una larga nariz, sin afeitar y descuidadamente vestido, el científico había encontrado finalmente un asiento de su gusto.

—Sir Isaac Newton compartía algunas de estas ideas que desafiaban la lógica y la razón, y predecía un comportamiento de la materia capaz de ser manejado a conveniencia por el hombre. Como pueden imaginar, aquello no era del gusto de los padres de la poderosa Iglesia. Nicolás Flamel, Paracelso, santo Tomás de Aquino, Roger Bacon y otros muchos debían ocultar sus experimentos y camuflar sus fórmulas alquímicas en símbolos y lenguajes secretos, imposibles de descifrar si no se estaba en posesión de las claves.

Aquel hombre no dejaba de moverse en su asiento, rebuscando en los bolsillos de su ajado abrigo. Parecía no estar nada interesado en la conferencia y su actitud lo molestaba.

—¿Qué perseguía la alquimia en los siglos de la Edad Oscura? —había preguntado Menchaca para responderse a él mismo—: una explicación sencilla, reducida a una fórmula exacta, que revelara la composición del Universo, su origen y sus misterios. Misterios como la luz, el calor, el sonido. Estaban convencidos de que un conocimiento profundo permitiría tener poder sobre ellos, actuar sobre la materia, manejar a nuestro antojo la energía. ¿No es acaso esto lo mismo que busca hoy en día la física?

Itzhak Steiner continuaba absorto en unos papeles que había extraído del abrigo, indiferente a las palabras de Menchaca, que ya había optado por ignorarlo.

—Aquellos hombres buscaban la fórmula para transmutar el plomo, metal vulgar, en oro. Un disparate… ¿O quizá no? Hoy escuchamos algunas opiniones entre los más reputados científicos que apuntan esta posibilidad. Aún no se ha conseguido, cierto. ¿Pero resulta imposible? Hace no tantos años se consideraba que un objeto más pesado que el aire nunca podría llegar a volar, hasta que los hermanos Wright nos demostraron lo contrario. Pero ya antes Leonardo da Vinci y otros visionarios se habían atrevido a soñar con esta posibilidad.

»Señores, cuando ya pensábamos que la física había destapado todos sus secretos, se ha abierto una nueva puerta con la mecánica cuántica, rama de la que nadie se atreve a aventurar su futuro ni sus límites. En el mundo subatómico, las leyes no se comportan como sería de esperar. ¿Quién es capaz de asegurar que no seremos capaces algún día de alterar la composición

atómica del plomo y convertirlo en oro? No, no sé aún cómo hacerlo, pero si algún día consigo tal proeza, no creo que les haga a ustedes partícipes.

Algunos asistentes soltaron algunas risillas con el último comentario. A otros no les había parecido oportuno hacerlo. Del descuidado científico, Menchaca no podía asegurar que lo hubiese escuchado.

—Extraña paradoja. Hace seiscientos años eran perseguidos quienes buscaban lo mismo que buscamos hoy. ¿Qué hubiesen hecho los inquisidores de la Iglesia, si les hubiéramos asegurado que una pequeña bola de uranio, del tamaño de una pelota, sería capaz de dar luz a una ciudad entera, o destruirla, según como la utilizáramos?

Por primera vez Steiner había levantado la mirada de sus papeles, concentrándola en Menchaca. Aquella mirada curiosa animó al español, molesto por la actitud mantenida por su colega hasta el momento. En cambio, entre el resto de los asistentes tal afirmación fue acogida con diversidad de opiniones, aunque, por respeto, se cuidaban de mostrarlas.

—Los chinos sabían que, cuando embarcaban un cargamento de mercurio, este no podía almacenarse de cualquier manera, pues su movimiento, al no coincidir con la pulsación del agua que rodeaba el casco, podría llegar a partir el barco. En la Antigüedad, algunos capitanes insistían en llevar a bordo de sus barcos toneles llenos de aceite para arrojarlo por la borda cuando las tempestades amenazaban con hacerlos naufragar. En ambos casos, trataban de actuar sobre la marea, bien ordenando el cargamento de determinada forma, bien dominando las olas con un líquido menos denso que el agua. ¿Quizá seamos capaces algún día de doblegar las mareas a nuestro antojo? Si encontramos la pulsación del elemento, ¿tal vez podríamos actuar sobre él cambiando su frecuencia, por ejemplo, mediante una simple nota musical?

La atención del extravagante genio era ahora total, y así continuó hasta el final de la conferencia. Al despedirse Menchaca de la concurrencia, algunos de los presentes se habían acercado hasta él para felicitarlo o intercambiar algún comentario.

Mientras abandonaba la sala acompañado por una de sus colegas, se había dado cuenta de que el científico desaliñado aún continuaba en su asiento, sujetando la resma de papeles en una de sus manos.

—¿Deseaba algo? —le había preguntado sin poder ocultar su curiosidad.

—Me ha parecido muy interesante su conferencia, doctor Menchaca —le había contestado el hombre desde su asiento, alzando la voz para hacerse oír.

Pablo Menchaca había estado a punto de responder que jamás lo hubiese podido sospechar, dado su comportamiento poco respetuoso.

—Me alegra saberlo, doctor Steiner.

—Dígame. ¿Cree de verdad que Newton se refería a la física cuántica cuando hablaba de la transmutación?

Intrigado, Menchaca se había acercado al asiento donde permanecía el físico alemán. Que un genio del nivel de Itzhak Steiner asistiera a una conferencia suya suponía un honor.

—Muchos de nuestros colegas se han revuelto en sus escaños cuando ha mencionado usted la desfragmentación nuclear y sus usos.

—¿No está usted de acuerdo?

—¡Oh! Por supuesto que sí, pero sigue siendo un tema un tanto delicado, ¿no le parece?

Habían seguido hablando durante media hora más. Steiner hacía preguntas aparentemente al azar, como si quisiera saber hasta dónde alcanzaban los conocimientos en la materia de Menchaca, pero sin aportar nada. El español, halagado por el interés de su colega, se había extendido en sus respuestas. Pero, por algún motivo, el interés inicial del alemán había decaído.

Y aquella había sido la última vez que oyera hablar de Itzhak Steiner, hasta que Oskar Rundstedt, el científico que le había presentado el decano, lo mencionara en la reunión de fin de año.

⁂

—¿Y dice usted que el doctor Itzhak Steiner mostró gran interés por conocer su opinión sobre el estado de las investigaciones sobre física nuclear? —preguntó el primer ministro, tras escuchar un resumen de tan extraña entrevista.

—No lo describiría como «gran interés». Tienen que comprender que el campo de la física está en un momento álgido. Abierto el mundo subatómico, los avances son constantes y todos queremos estar al tanto de los nuevos descubrimientos. En este sentido, el doctor Steiner, en un primer momento, se comportó como lo habría hecho cualquier otro especialista en nuestra materia.

—Pero le pareció extraño…

—Fue una sensación. Como es lógico, hablamos del profesor Niels Bohr, que el año anterior había anunciado el fenómeno de la desfragmentación del uranio, que, como quizá sepan, es la base de la bomba de átomos…

—Continúe, profesor —animó Churchill, agitando de nuevo el puro entre otra nube de humo.

—Bueno. El caso es que, a pesar de ser un tema candente, pues el mismo Einstein considera a Bohr como un genio y sus teorías han convulsionado la ciencia, Steiner no parecía mostrar ningún interés por él y saltaba de un tema a otro.

Durante otra hora más continuaron las preguntas, hasta que, finalmente, el primer ministro pidió a Menchaca y a Pickeray que salieran de la sala En cuanto se cerraron las puertas, Churchill, Ike y Sandys se volvieron hacia el cuarto hombre, que, en el costado de la mesa, continuaba sin abrir la boca.

—¿Y bien, doctor? —dijo el primer ministro—. Creo que a todos nos gustaría conocer su opinión.

El doctor Samuel Goudsmith se ajustó las gafas sobre la nariz y meditó un instante lo que iba a decir. Había volado expresamente desde los Estados Unidos para formar parte de aquella reunión extraordinaria. Como jefe científico de la Operación Alsos, todo lo concerniente al estudio de la energía atómica por parte de los alemanes estaba bajo su supervisión. De hecho, esa iba a ser una de sus responsabilidades en cuanto los aliados pusieran el pie en Europa: calibrar el estado en el que se encontraba la carrera armamentística nuclear nazi.

—Permítanme hacer un pequeño balance de lo que sabemos sobre el tema —dijo al fin el científico de origen holandés—. Sabemos que los alemanes llevan a cabo desde el año 39 el Proyecto Uranio para el estudio de la aplicación de la energía atómica como arma ofensiva. En 1941 solicitaron una patente para una bomba de plutonio. De todo esto nació la Operación Alsos, dirigida por el teniente coronel Boris Pash.

—Estoy al corriente de todo eso —repuso, impaciente, el orondo primer ministro, moviendo el puro de un lado para otro.

—Bien —continuó el hombre, sin dejarse amilanar—. En un primer momento, las estimaciones de nuestros especialistas daban como probable que, en el plazo de dos años, esto es, para 1941, nuestros enemigos estarían en disposición de emplear tal arma.

—Pero no lo han hecho.

—Eso parece. Y en eso tenemos parte de culpa.

Goudsmith había dicho esto último sacando pecho.

—Verán. Para hacer una bomba de esta clase, solo hay dos tipos de explosivo: uranio 235 y plutonio, el elemento 94, al que los alemanes llaman «eka-osmio». El primero es posible encontrarlo en la naturaleza, pero mezclado con otros isótopos que lo contaminan. Sin embargo, el plutonio, no. Hay que obtenerlo a partir del uranio. ¿Me siguen?

Churchill parecía a punto de espetar que a qué venía aquella clase magna sobre física, pero se mantuvo callado.

—Enriquecer uranio para «descontaminarlo» es exorbitantemente caro. Precisa de un inmenso gasto de energía, algo de lo que los alemanes no andan sobrados. En cambio, el plutonio es bastante más asequible, aunque, para fabricarlo, es necesario un reactor nuclear. En realidad, varios reactores nucleares.

El científico hizo una pausa por si había alguna pregunta.

—Bien —continuó al ver que nadie abría la boca—. En una reacción nuclear, como tal vez sepan, un neutrón provoca la fisión de un átomo de un material fisible, el uranio, liberándose varios neutrones que, a su vez, provocan otras fisiones en una reacción en cadena. Pero esta reacción descontrolada no sirve para nuestros fines y es necesario «moderarla».

—¿Le importaría llegar al fondo de la cuestión, profesor?

—Enseguida, primer ministro. Como les decía, para conseguir la reacción nuclear con la que fabricar el plutonio es necesario reducir la velocidad de estos neutrones mediante un «moderador».

—¿Y bien?

—No quiero aburrirles, así que simplemente les diré que los mejores moderadores que se conocen hoy en día son el grafito puro y el agua pesada. Los únicos materiales cuya longitud de difusión se sitúa entre los cuarenta centímetros y el metro y…

—Por favor, profesor… —apremió el general americano, viendo el rostro sulfurado del primer ministro.

—¡Oh! Sí, bien. Disculpen —dijo el científico con una tosecilla, antes de continuar—: El grafito es, de los dos, el más sencillo de conseguir y, aunque no es tan eficaz, acorta los plazos para poner en funcionamiento el reactor.

—No creo que los alemanes tengan demasiado problema para conseguir grafito en su país, ¿no le parece, profesor?

—Desde luego que no, primer ministro. Muy buena observación. Ciertamente, los científicos alemanes podrían disponer en cantidad de este material. Pero lo han descartado.

—¿Podríamos saber por qué?

—Por gentileza de Alsos. Los alemanes sospechaban que el grafito servía como moderador, pero no lo sabían con seguridad, y uno de sus más ilustres científicos, el doctor Walther Bothe, se encargó de verificarlo a finales de 1940. Bothe no siente simpatía por Hitler ni por su mayor genio científico, el Nobel Werner Heisenberg, así que no nos fue difícil llegar a un acuerdo con

él para que alterara sus cálculos. En enero de 1941, Bothe publicó su informe y aseguró a la comunidad científica que, en contra de lo que se podía esperar, el grafito no serviría como moderador, así que los alemanes lo descartaron.

—Aún les queda eso que ha llamado agua pesada.

—Cierto. El agua pesada corresponde a moléculas de agua cuyo átomo de hidrógeno contiene un neutrón, a diferencia de las «normales», que no lo tienen, lo que le proporciona un peso añadido. Estas moléculas se encuentran en el agua corriente, pero en una proporción de una parte entre diez mil, y para separarlas hace falta una gran cantidad de energía. Para hacer funcionar un solo reactor, y hablo según las estimaciones de los propios físicos alemanes, se precisarían cinco toneladas de agua pesada.

—No parece mucho.

—Sin embargo, lo es —repuso el científico—. Deben tener en cuenta que un solo reactor es insuficiente para conseguir la cantidad necesaria de plutonio que requiere una bomba. Deberían utilizar al menos una decena.

—Eso son cincuenta toneladas —calculó Churchill—. Sigue sin parecerme algo desorbitado.

—En 1941 los alemanes solo conseguían producir una tonelada y media al año —dijo Goudsmith—. Por supuesto, aceleraron la producción, pero no fue suficiente. Cuando hace dos años Heisenberg se entrevistó con el ministro Speer, tuvo que confesarle que necesitarían otros cinco años para poder fabricar una bomba atómica, y Speer paralizó inmediatamente el proyecto.

—¿Por qué? —preguntó Sandys.

—Los alemanes saben que cuanto más dure la guerra más difícil será que la ganen —explicó Churchill a su yerno—. De nada les puede servir un arma cuando la contienda haya terminado.

—Tiene razón, primer ministro —coincidió Goudsmith—. No están sobrados de recursos como para emplearlos en algo que llegará demasiado tarde.

—Así pues, los alemanes no tienen la bomba —recondujo Churchill, expirando el humo.

—Eso creemos.

—¿Qué sucedería si los alemanes se hubiesen dado cuenta del error del tal Bothe y estuvieran utilizando grafito? —preguntó Ike.

—Que los plazos se habrían recortado sustancialmente.

—¿Lo suficiente como para que dispusieran de la bomba?

—Tal vez —admitió el científico.

—¿No lo saben?

—Sabemos que Heisenberg, con su equipo, está trabajando en Leipzig, ciento cincuenta kilómetros al sur de Berlín, pero no es el único. Hay al menos otro equipo en Berlín. Como sabrán, los nazis son más dados a competir que a compartir y, a pesar de la fuga de cerebros, aún les quedan físicos de primerísimo orden, lo que les ofrece numerosas opciones. En el campo de la física subatómica, son los pioneros. Yo diría que los mejores.

—Bueno —intervino sarcástico el premier—. Está claro que nuestros adversarios cuentan con su admiración. Díganos, doctor, ¿tienen algo más que especulaciones acerca de en qué punto de las investigaciones se hallan?

—No. Solo tenemos sospechas. El doctor Bhor, del que ha hablado el profesor Menchaca y que, como quizá sepan, escapó el año pasado a Suecia para evitar que los alemanes lo arrestaran, se muestra convencido de que el desarrollo de la bomba alemana es inminente, y, de hecho, está colaborando con nosotros. Sin embargo, creemos, por los motivos que he expuesto, que aún les quedan un par de años para que la bomba sea viable.

—Pero no están seguros.

—No, no lo sabemos con seguridad. Deben comprender que los alemanes llevan el Proyecto Uranio en absoluto secreto. Resulta imposible averiguar nada de lo que sucede en sus laboratorios.

—El doctor Menchaca ha nombrado a un tal doctor Itzhak Steiner —dijo el primer ministro.

—Lo conozco —contestó Goudsmith desviando la mirada.

—¿Lo conoce? —Churchill casi se atraganta con su puro—. Eso no es lo que había dicho antes.

—No estaba seguro. Tenía que estar seguro de que se trataba de la misma persona. Lo dábamos por muerto.

—Bien —repuso el premier con el rostro congestionado—. Ahora que ya sabemos que está vivo, ¿le importaría decirnos de quién se trata y si tenemos motivos para inquietarnos?

—Itzhak Steiner, nacido en Koblenz en 1875, por lo que ahora cuenta con sesenta y nueve años —dijo Goudsmith, leyendo una hoja que guardaba en una fina carpeta—. Estudió Matemáticas y Física en las universidades de Múnich y Göttingen, siendo, con diferencia, el alumno más brillante de su promoción. Se doctoró en Matemáticas por la Universidad de Gutenberg y en Física en Leipzig, donde consiguió la máxima calificación con la *venia legendi*. Trabajó con Winfried Otto Schuman y con Erwin Schrödinger. Se cree que se adelantó a Broglie en el descubrimiento de la naturaleza ondulatoria del electrón. Es considerado un genio, pero su carácter poco

colaborador y su eclecticismo lo han apartado de los grandes descubrimientos. Su especialidad es el estudio de ondas sónicas. Hace diez años participó en la Universidad de Colonia, junto a los profesores Frenzel y Schultes, en unos experimentos sobre el sonar. Allí descubrieron un extraño fenómeno físico conocido como «sonoluminiscencia».

—¿Sono… qué? —masculló Churchill con el puro en la boca.

—Sonoluminiscencia —repitió el profesor, levantando la mirada de la hoja—. Se trata de un fenómeno físico caracterizado por la emisión de luz en líquidos sometidos a ultrasonidos. Sería un tanto complejo de explicar, e imagino que no estarán interesados.

—Continúe, por favor.

—Frenzel y Schultes se llevaron el honor del descubrimiento, pues ya Hitler había llegado al poder, lo que no parece que le importara demasiado a Steiner. De cualquier forma, hasta el momento, ese descubrimiento no ha tenido ninguna aplicación. —Goudsmith cogió aire; ahora llegaba lo peor—. Al año siguiente, Steiner escapó a los Estados Unidos.

—¿Cómo? —repitió Churchill, cambiándose el puro de un extremo de la boca al otro.

—Así es.

—A los Estados Unidos.

—Cierto —confirmó el profesor con un hilo de voz.

—¿Y me podría decir qué diantre hace otra vez en Alemania? —masculló el primer ministro, levantando las manos por encima de la cabeza, como si no pudiera creer lo que estaba escuchando.

—No lo sabemos —respondió azorado el científico.

—Veo que hay muchas cosas que no saben —respondió mordaz el mandatario.

—No es fácil obtener este tipo de información —protestó Goudsmith, enrojeciendo por la burla—, pero tenemos una sospecha bien fundada. Steiner está casado y tiene dos hijas gemelas que ahora deben de tener catorce años. Su mujer pertenece a una familia berlinesa de buena posición, aunque su sangre no está limpia, según los cánones que rigen actualmente en Alemania.

»Cuando Steiner abandonó Alemania, se instaló en Norteamérica siguiendo los pasos de otros muchos científicos, pero su mujer y la familia de esta no quisieron seguirlo, convencidos de que estaban seguros, pues son prácticamente arios. Se trataba de una familia católica influyente que nunca había tenido relación con la comunidad judía.

—Así que se quedaron en Alemania —dijo Churchill, empezando a entender por dónde iban las sospechas del responsable de Alsos.

—Cierto.

—Y usted cree que ha vuelto a por su familia.

—Más bien pienso que los alemanes lo han obligado a volver. Por lo que sabemos, su mujer y sus hijas fueron detenidas meses antes de que Steiner regresara a su país.

—¿Cómo permitieron que escapara? —preguntó el general Eisenhower.

—Bueno, fue un lamentable error —contestó el profesor, volviéndose a ruborizar—. Nadie podía imaginar que después de cinco años volvería a su país.

—Y con información delicada, supongo —añadió enfurecido el primer ministro.

—¡No! No tenía acceso a ningún tipo de información secreta. Sabíamos lo de su familia, y además Steiner es un hombre extraño, así que se le mantuvo al margen. Permitimos que trabajara en la Universidad de Michigan, pero estuvo controlado en todo momento.

—Ya veo cómo lo controlaron —dijo socarrón el mandatario, chupando con fuerza el puro—. Díganos: ¿dónde se supone que puede encontrarse ahora? ¿O tampoco lo sabe?

—No estamos seguros —respondió Goudsmith con un hilo de voz—. Creemos que fue detenido nada más cruzar la frontera.

—¿Y para qué querrían los alemanes que regresara, si tenían pensado detenerlo?

—Quizá para que no colaborara con nosotros.

—O quizá para que lo hiciera con ellos, ¿no cree?

—Es posible…

—¿Estará colaborando en el proyecto atómico alemán? —preguntó Ike.

—No sé qué decir —contestó Goudsmith.

—Pero ¿cuál es su opinión? —preguntó furioso Churchill—. ¿Considera infundados los temores del doctor Menchaca? ¿Es capaz de trabajar para ellos, o no?

Goudsmith hizo una pausa para reflexionar. Lo que sugiriera tendría gran repercusión. Desde que lo habían llamado preguntando por Steiner, se había hecho la misma pregunta. Se maldecía por no haber prestado más atención al tema, pero tras el error al dejarlo escapar habían preferido echar tierra sobre el asunto. Ahora, en cambio, podía resultar un grave peligro. Había que

reconocer la genialidad de su colega. Si estaba colaborando, sus conocimientos resultarían de una enorme importancia para los alemanes.

—No podría descartarlo —dijo finalmente, sabiendo que no era la respuesta que el mandatario quería.

—Habrá que averiguarlo, ¿no le parece, profesor?

—Sin duda. Pondré al equipo Alsos sobre ello. Pero, como sabe, nuestra operación tiene la consideración de alto secreto, por lo que no podemos movernos con demasiada libertad.

—Está bien, profesor Goudsmith. Hagan lo que puedan —concluyó Churchill, dando por terminada la entrevista.

Samuel Goudsmith se levantó de la silla que ocupaba, recogió su carpeta, en la que había introducido la cuartilla con la escasa información que poseían de Steiner y, tras saludar a los presentes con un corto movimiento de la cabeza, el director de la Operación Alsos abandonó rápidamente la sala.

—Y bien, general Eisenhower —dijo Churchill cuando se hubo cerrado la puerta—, ¿qué opina?

El americano se recostó contra el respaldo de la silla que ocupaba y tardó unos instantes en responder.

—No es muy sólido lo que nos presenta el profesor español —dijo Ike.

—No, no lo es —convino Churchill.

—Pero usted da credibilidad a su historia.

—No sé qué pensar, general. Digamos que saber que un genio en física ha pronosticado nuestro fracaso, asegurando nada menos que los aliados no llegarán a pisar el continente, me ha producido escalofríos.

—Debo reconocer que a mí también.

—Quizá solo sea una conjetura infundada del profesor Menchaca, pero podría llegar a ser arriesgado ignorarlo. Él, desde luego, está convencido de que los alemanes tienen la bomba a su disposición. Y no puede saber nada, pues es información restringida. Usted mismo no sabía demasiado hasta que ha llegado aquí. Su presidente y yo llevamos el proyecto con el máximo secreto, al igual que lo hacen los nazis.

—¿Y por qué no la usan? —preguntó el ministro Sandys.

—Quizá les falte ultimarla —repuso el americano.

—¿Qué hay de la planta noruega donde se procesa esa agua pesada? —preguntó Churchill a su yerno—. Ahora que conozco su uso, me parece esencial su destrucción. Creo recordar que nos habíamos ocupado de ello.

—No del todo —repuso Sandys—. Debo confesar que hasta hace bien poco ignoraba que algo de esto existiera. He tenido que consultarlo con

nuestro comité de sabios.

»Los alemanes han concentrado toda su producción en la planta Vermork, en la ciudad de Rjukan. Esto está en Telemark, al sur de Noruega. La planta fue inaugurada en 1934, pero desde que cayó en manos de Hitler la producción se ha multiplicado por diez; la más alta de toda Europa. Resultaba evidente que suponía un grave peligro para nuestros países, así que el año pasado mandamos un par de aviones con un grupo especial de comandos para destruir la fábrica, ya que por su situación es casi imposible de bombardear. Pero desaparecieron. Creemos que fueron derribados. Probablemente los alemanes los aguardaban.

—Pero al final la destruyeron.

—La dañaron —corrigió Sandys, echando un vistazo a su carpeta—. Un grupo de saboteadores de la resistencia noruega consiguió acceder a la fábrica y destruir los acumuladores de agua pesada. Sin embargo, los alemanes no tardaron en reponerlos y continuaron la producción a pleno rendimiento. A mediados del mes pasado, nuestros bombarderos lanzaron medio millar de bombas sobre la zona. Causaron bastantes bajas entre la población civil, pero los daños en Rjukan fueron escasos. El lugar es muy abrupto y los aviones no pueden ejecutar la maniobra de acercamiento con la suficiente precisión.

—De modo que sigue en pie.

—Me temo que así es. Además, hay otro problema. Parece que el poco afortunado bombardeo tuvo una desagradable consecuencia. Los alemanes se han dado cuenta de que conocemos bien Telemark, y por seguridad han comenzado a desplazar la producción a otras zonas más seguras. Están trasladando el agua pesada almacenada.

—Estará previsto que nos ocupemos de ello, imagino —dijo Churchill, agitando el puro.

—Efectivamente. Aún no se conoce la fecha exacta para que parta el convoy alemán con las existencias de agua pesada. La única manera que tienen para transportarla hasta Alemania es cruzar el lago con un barco. El plan es hundirlo.

—Así que, por ahora, la producción del agua sigue en marcha.

—Y no hay que olvidar la posibilidad de que los alemanes estén usando grafito —añadió Ike.

—Por tanto, la teoría del doctor Menchaca no es tan descabellada.

—Hay algo más —añadió Sandys, consultando sus elaboradas notas—. Hace un par de meses, nuestros especialistas en decodificación del Proyecto Ultra, trabajando con la máquina alemana de encriptación Enigma,

interceptaron un mensaje. Provenía del despacho del comandante en jefe de las SS, Heinrich Himmler, y tenía por destino la Cancillería de Hitler. El mensaje se refiere a alguien al que llaman Jeremías, nombre en clave que nos resulta desconocido, y la última frase dice: «El delfín nacerá a mediados de mayo». Los expertos creen que pudiera tratarse de un nuevo tipo de arma.

—¿Un nuevo tipo de submarino? —preguntó Eisenhower.

—Eso pensaron al principio. Pero debe de tener algo muy especial para que lo hayan ocultado de semejante manera, y es evidente que le dan una importancia extrema, dados los canales utilizados en las comunicaciones.

—¿El tal Jeremías podría ser Itzhak Steiner, el científico al que se refiere el doctor Menchaca?

—No lo sabemos. Tal vez.

—En ese caso, se estarían refiriendo a la bomba atómica —dijo Churchill, poniendo palabras a los pensamientos de los demás.

El mandatario británico, escondido tras la nube de humo que desprendía su habano, calibraba el alcance de todo aquello. Entretanto, el general americano se había levantado y miraba, sin ver, un mapa de Europa prendido con unas puntas en un tablero, con una mano en el bolsillo del pantalón y la otra sosteniendo un cigarrillo.

—¿Qué hacemos? —preguntó finalmente Ike, acercándose a la mesa y aplastando la colilla en el enorme cenicero de cristal.

—Antes ha preguntado usted —dijo Churchill, apuntando con el extremo del puro a su yerno, el ministro Duncan Sandys— por qué no han utilizado la bomba si ya la tienen.

Los otros dos hombres se quedaron callados, esperando que el primer ministro continuara.

—Si yo fuera Hitler, sabiendo como sabe que preparamos una invasión en los próximos meses, tampoco la habría usado aún. ¿Se figuran por qué?

—Nuestras tropas y la fuerza naval aún están dispersas —respondió el general, encendiendo un nuevo cigarrillo mientras asentía con la cabeza, siguiendo el hilo—. Si poseen ese arma, estarán esperando a que iniciemos el ataque.

—Exactamente —asintió Churchill—. Si una bomba de esas características estallara en la costa mientras embarcan nuestros hombres, acabaría con la invasión antes de comenzarla.

—Eso tendría un efecto devastador en la moral de nuestros aliados.

—Incluso creo que su presidente perdería el apoyo del congreso para continuar esta guerra, general.

—Es posible, señor. En cualquier caso, nos costaría años recuperarnos para un nuevo intento.

—No habría una segunda oportunidad —respondió sereno Churchill—. No con esa bomba.

—Entonces, ¿damos por buenas las sospechas del profesor Menchaca? —intervino Sandys.

—Por lo menos, deberíamos tenerlas en cuenta —repuso el americano.

—Estoy de acuerdo. General, voy a tratar el tema personalmente con su presidente. Sé que usted es amigo del general William Donovan, jefe de las OSS, y creo que su servicio secreto tiene mejores contactos en Berlín que los nuestros. Es necesario descubrir el paradero de ese científico.

⁂

Muy lejos de allí, Steiner, ajeno al reciente interés despertado en los aliados, trabajaba absorto, encerrado en su cuarto. No tenía permiso para abandonar su celda y nadie, salvo el director, podía entrar en ella. Era el único judío en aquel sofisticado centro de investigación del que muy pocos conocían su existencia.

El encarcelamiento parecía no afectarle demasiado. Había adelgazado y su aspecto era descuidado, pero la cabeza le funcionaba a la perfección. Centrado como estaba en la resolución de sus ecuaciones, agradecía la soledad y la disposición de su tiempo al completo, tanto como el director del proyecto sus brillantes resultados.

Para Steiner, el día comenzaba a las seis de la mañana, a pesar de que a más de diez metros bajo tierra era imposible saber si era de día o de noche. Era el momento en que la guardia nocturna cambiaba y los nuevos celadores entraban sin llamar en su despacho, lo despertaban encendiendo las luces del techo y, sin consideración alguna, le quitaban la manta con la que se cubría.

Una vez en pie, lo custodiaban hasta el baño y de ahí al comedor. Aunque este podía albergar a más de quinientas personas, a esa hora solo estaba permitida la entrada de Steiner y su escolta.

Tras el breve desayuno, regresaba a su celda-despacho-habitación y se sumergía en sus cálculos durante el resto de la jornada, con los únicos descansos del almuerzo y la cena, en los que se repetía el ritual de la mañana. Siendo como era un físico teórico, no necesitaba hacer experimentos ni acudir

a los laboratorios. Otros lo hacían por él. Su habitación era su universo y sus pizarras, todo cuanto precisaba.

Realmente esas visitas al comedor, que cualquier prisionero hubiese ansiado, resultaban una enorme molestia para él. Cuando llegaba la hora, y siempre sin llamar a la puerta, aparecían sus carceleros y lo obligaban a seguirlos.

En aquel sótano, Steiner aprovechaba las horas de luz artificial para continuar escribiendo furiosamente en sus pizarras, que forraban las cuatro paredes, permanentemente cubiertas por indescifrables símbolos y fórmulas, hasta la medianoche. Entonces los guardias apagaban las luces y no le quedaba más remedio que echarse en el camastro.

En la cama y a oscuras, daba vueltas a los razonamientos matemáticos, intentando encontrar el punto flaco de sus teorías o algún eslabón débil en la cadena de ecuaciones. En más de una ocasión, a la mañana siguiente despertaba con la solución de algún problema que se le había resistido el día anterior.

También soñaba frecuentemente con su familia. El director del laboratorio le había asegurado que tanto su mujer Edith como sus hijas gemelas se encontraban perfectamente, prometiéndole que cuando terminase sus investigaciones le permitirían reunirse con ellas, lo que le servía de estímulo para trabajar con más ahínco, pues ahora que se encontraba de vuelta y más cerca de ellas las añoraba más aún. Desde que abandonara Alemania rumbo al Nuevo Mundo, no había vuelto a verlas.

Steiner provenía de una familia judía media. Su padre, Bruno, un buen hombre más dedicado a la comunidad que a sus cinco hijos, había sido farmacéutico y había pasado en la botica todas las horas que no empleara para dormir, rezar, discutir con los rabinos y hacer trabajos comunales. Su madre, Dvora, había sido una persona retraída y poco devota, para el gusto de la comunidad. Apenas salía de casa y dejaba la educación de sus hijos en manos de su hermana pequeña, que vivía con ellos.

Cuando el maldito austríaco llegó al poder, el matrimonio ya había fallecido, al igual que dos de sus hijos, y al menos no tuvieron que soportar la persecución de los judíos, señalados como los grandes culpables de todas las desgracias que le ocurrían al maltratado pueblo alemán.

Itzhak Steiner era el mayor de los que habían sobrevivido. Los otros dos se habían marchado a tiempo de Alemania. Uno de ellos, sin la genialidad de Itzhak, ejercía como profesor de Física en Suiza, mientras que el más pequeño había conseguido cruzar la frontera justo antes de que esta se cerrara.

Siempre había resultado una persona excéntrica. Reservado, con un temperamento temible, despreciaba las mentes simples, incapaces de abarcar las teorías abstractas en las que estaba inmerso. La Universidad de Leipzig se había percatado de su genialidad y le había ofrecido un puesto en su plantel de investigadores. Desde entonces, Itzhak no había vuelto a pisar su casa, ni siquiera cuando su madre cayó gravemente enferma y moría poco después.

En Leipzig se obsesionó con las ondas sónicas y conoció a los profesores Frenzel y Schultes, a quienes acompañó a la Universidad de Colonia para estudiar un extraordinario invento: el sonar. Steiner fue quien descubrió, en los ensayos, el extraño fenómeno de la sonoluminiscencia, un fenómeno caprichoso que lo terminó fascinando.

Cuando sus compañeros, con los que cada vez se llevaba peor, quisieron aprovecharse de su descubrimiento, Itzhak no se enfrentó a ellos, sabedor de que no tenía nada que ganar. Hitler llevaba un año al frente del gobierno teutón y las protestas de un científico judío no hubiesen sido atendidas.

Después de ser expulsado de la universidad, Steiner regresó a Leipzig, pero su estancia no duró mucho. Hitler había prohibido ejercer a los abogados y médicos judíos, y preparaba las leyes de Nuremberg, por las que se despojaba a estos de la ciudadanía y se les impedía acceder a cargos públicos.

Aconsejado por los escasos colegas con los que mantenía algún tipo de contacto y alentado por sus hermanos e invitado por varias universidades americanas, deslumbradas por su genialidad, decidió huir de Alemania, y en 1935 partió para conocer el «sueño americano», aceptando la oferta de Michigan para integrarse en su plantel docente.

Claro que el precio que pagar resultó excesivamente caro.

Su mujer, Edith, pertenecía a una familia berlinesa de buena posición. Aunque sus abuelos tenían orígenes judíos, los Aichborn —apellido elegido por Friedrich, el padre de Edith, para alemanizarse— eran cristianos y no mantenían contacto con la comunidad judía. Friedrich tenía una empresa de rodamientos, elemento que con el paso de la guerra se convertiría en material logístico de primera necesidad. También poseía acciones en varios negocios importantes, se codeaba con la aristocracia y, aunque no pertenecía al partido nazi, contaba con muy buenas amistades entre sus dirigentes.

Friedrich Aichborn no quiso oír ni hablar del tema cuando su querida hija le habló de abandonar Alemania. Ellos eran alemanes como los que más. Habían contribuido a levantar el país creando empleo y dejándose la piel. Tenían un imperio que cuidar. Ahora Alemania volvería a ponerse de pie y a quitarse el yugo al que la había uncido el infame Tratado de Versalles.

¿Llegaban grandes tiempos y el desconsiderado marido de su hija hablaba de «escapar»? ¿Escapar de qué? Hitler no duraría mucho en el poder y los grandes hombres, entre los que se contaba Aichborn, ocuparían su lugar. ¿Escapar? ¿A los Estados Unidos, uno de los países que habían estado sangrando a Alemania desde que terminara la Gran Guerra? Friedrich no era de los que huían, nunca. Y menos ahora.

Edith era una mujer de carácter débil que durante años había vivido sometida, igual que su madre, a los designios de su padre. De hecho, la única vez que le había llevado la contraria, saliéndose con la suya, había sido para casarse con Steiner, un incipiente genio al que, para sorpresa de todos cuantos conocían al temperamental científico, había llegado a amar.

Sin embargo, en aquella ocasión fue Friedrich quien se impuso, y Steiner, sin reponerse de la desagradable sorpresa, tuvo que abandonar Alemania solo, dejando atrás a su mujer y a las pequeñas Aina y Shira, que por entonces contaban cinco años.

Fue una dura prueba. Al irascible científico, que jamás había llegado a sospechar hasta qué punto correspondía al amor de su complaciente esposa, se le agrió aún más el carácter. Se encontraba abandonado en un mundo desconocido y amenazador para él, sin el apoyo de Edith y sin la presencia de sus inquietas hijas. Confundido, era incapaz de superar esta separación.

A pesar de la buena voluntad y de las esperanzas puestas en él, la Universidad de Michigan tuvo que reconocer que Itzhak Steiner no era lo que ellos esperaban. Se mostraba arisco, tenía poca paciencia con los alumnos y no era en absoluto sociable con sus colegas. Steiner nunca había conseguido aclimatarse a la vida universitaria americana, y poco a poco había dejado de impartir clases para dedicarse, en exclusiva, a desarrollar sus propias investigaciones.

Esta concesión, ruinosa para la universidad, fue una bendición para él. Liberado de responsabilidades docentes, disponía de todo el tiempo y recursos que pudiera precisar. Nadie dudaba de su genialidad, y la universidad se tuvo que consolar con el renombre que obtenía manteniéndolo en sus filas.

Atormentado por la ausencia de su familia e ignorado por el plantel de profesores, Steiner se volcó obsesivamente en sus investigaciones sobre aquel inquietante fenómeno de la sonoluminiscencia, en un vano esfuerzo de olvidar a Edith, de la que no había recibido ninguna respuesta a sus numerosas cartas.

Hasta que llegó aquel hombre.

Se había presentado una tarde lluviosa, llamando repetidas veces a la puerta de su despacho. El irascible genio había ignorado deliberadamente la

interrupción, pero ante la molesta insistencia había tenido que abrir la puerta, no sin mostrar su fastidio. El hombre, un tipo serio con cara de pocos amigos, le había hecho entrega de un pequeño sobre, que el genio abrió de mala gana. Contenía una simple hoja con cuatro líneas escritas a máquina, que Steiner releyó varias veces antes de levantar la vista del papel y darse cuenta de que el hombre se había esfumado.

Dos días después, con la misma maleta con la que llegara a los Estados Unidos y la carta que le entregara el hombre en un bolsillo, en la que se le comunicaba la detención de su mujer, hijas y padres políticos, Steiner abandonaba en secreto los Estados Unidos y volvía a Alemania, no sin antes hacer un par de escalas, tal y como le ordenaba la misiva.

Cuando pisó su patria, las SS lo estaban esperando. Tras mostrar su documentación, lo subieron a un pequeño avión militar sin ventanillas y el mundo se olvidó de Itzhak Steiner.

Capítulo IV

Sábado, 15 de febrero de 1944
Club de Oficiales, Georgia, EE. UU.

—El coronel parece un poco serio, ¿no crees? —preguntó Lisa Devenney a su amiga Virginia Parker, esposa del general de brigada Ronald Parker.

—En absoluto, querida. El coronel Brown es todo un caballero, pero, como dice mi marido, no está hecho para los actos sociales.

Estaban sentadas las dos a una mesa con cuatro cubiertos. Acababan de terminar de cenar y ya la orquesta había comenzado con las piezas más bailables para que oficiales del ejército americano y sus acompañantes tuvieran ocasión de demostrar sus habilidades en la pista.

Lisa Devenney era una viuda de muy buen ver. No había alcanzado la cuarentena y los hombres se giraban a su paso. Sin embargo, ella los rehuía.

Un año atrás, el capitán Jack Overy, su malogrado esposo, había fallecido en acto de servicio. Pocos conocían la historia completa, y a Lisa se la respetaba como viuda de guerra, aunque realmente el capitán de aviación no había puesto un pie fuera de los Estados Unidos.

Desde que dos años atrás el poderoso país americano hubiese entrado en guerra, el ejército demandaba insaciablemente hombres y material. Los tiempos de instrucción se habían acortado sensiblemente para satisfacer la demanda, y los instructores debían afanarse mucho más con los novatos, lo que ocasionaba un número de accidentes muy superior al habitual.

Así le había sucedido a Jack Overy, capitán de aviación e instructor de vuelo. Uno de los novatos había perdido el control de su BC-51 y, antes de que Jack hubiese tenido tiempo de corregir la posición, ambos se habían estrellado.

Su desconsolada viuda había permanecido un año entero llorando a su amado esposo, evitando acudir a cualquier evento social, hasta que aquella noche, por fin, había cedido a las demandas de su amiga Virginia para que la acompañara a una de esas aburridas cenas de oficiales en las que solo se

hablaba del estado de la guerra y se especulaba sobre lo que tardarían los aliados en ganarla, ahora que los americanos se habían sumado a la contienda.

Tarde se había percatado Lisa de que su amiga le había preparado una encerrona, al descubrir que no iban a ser tres los cubiertos en la mesa, sino cuatro. Virginia había seguido la mirada de su amiga al posarse sobre el cuarto asiento.

—Se me había olvidado comentarte que Ronald ha invitado a un amigo suyo —dijo a modo de disculpa, como si en verdad la omisión hubiese sido causada por un fallo de memoria—. Se trata del coronel Lee Brown. Te gustará. Es un buen hombre. Dirige un campo de entrenamiento.

—¿Es piloto? —preguntó enseguida Lisa.

—No, no —se apresuró a aclarar Virginia. Que el aún ausente coronel estuviese destinado en un campo de instrucción era una desafortunada coincidencia para que Lisa lo asociara a su fallecido marido—. Es de infantería, ¿verdad, querido?

—Cierto —repuso el general Parker. Se sentía incómodo, pues la idea había sido de su mujer, y no estaba muy seguro de cómo reaccionaría su amigo cuando viese que lo habían sentado junto a una desconocida—. Es un hombre respetado y querido por sus hombres.

—¿Qué edad tiene?

—La misma que yo —dijo Ronald—. Cuarenta y un años. Lleva toda su vida en el ejército.

—¿Coronel? —preguntó Lisa, que tras sus años de matrimonio conocía los entresijos del ejército—. ¿Por qué no ha ascendido? ¿Y cómo es que no está en Europa?

—Bueno, Lee es un magnífico oficial al que no le preocupa ascender —contestó algo nervioso Ronald—. Le gusta lo que hace, y lo hace bien. El ejército necesita hombres como él.

Antes de que Lisa pudiera continuar con el interrogatorio, se acercó a la mesa un hombre enjuto, de metro setenta y poco de estatura, con el pelo completamente blanco cortado a cepillo y unos ojillos azules claros en un rostro de rasgos duros, curtido por el viento y el sol. Vestía su uniforme de gala, con las condecoraciones correspondientes, y una corbata anudada por alguien que no se sentía muy a gusto con ella.

—Querido Lee —dijo sonriendo Virginia, para disimular el embarazo del recién llegado—, ¡qué alegría verte de nuevo! ¡Hace tanto que no sé nada de ti! No has cambiado. Tienes que decirme cómo te mantienes así.

—Hola, Virginia —saludó el coronel, e hizo un gesto a su amigo con la cabeza—. Ronald.

—Hola, Lee —dijo el general sonriendo, como disculpándose.

—Déjame que te presente a Lisa Devenney, una gran amiga mía —intervino Virginia, tomando del brazo a Lisa.

Si Brown se había percatado de que había omitido tratar a la recién presentada de señora o señorita, no hizo ningún comentario al respecto. En tiempos de guerra, el estado de las personas cambiaba de un momento a otro y no era delicado hacer según qué tipo de preguntas.

—Encantado.

—Lo mismo digo —respondió Lisa con una sonrisa educada.

—Bueno, y ahora que ya nos hemos presentado, ¿qué os parece si nos sentamos y pedimos la cena?

⁂

Había resultado una agradable velada, en la que Virginia había ejercido de encargada de ceremonias proponiendo distintos temas y saltando de uno a otro cuando se agotaban. Su buena fe resultó secundada con agrado por Lisa Devenney y más forzadamente por su marido Ronald. Sin embargo, Brown se había mostrado tan poco comunicativo como acostumbraba. Incluso se diría que los temas de sociedad tratados llegaban a aburrirlo.

Al final de la cena, y para dar un pequeño respiro a su amigo, Ronald había propuesto presentarlo a otros compañeros de armas que habían asistido al baile, dejando a las dos mujeres en la mesa intercambiando pareceres.

—Pues a mí me parece un tanto reservado —insistió Lisa.

—¿Desde cuándo te han gustado a ti los hombres parlanchines? —objetó Virginia, haciendo un aspaviento, como si quisiera desechar los reparos de su amiga—. Conozco hace mucho a Lee y es una persona encantadora. Quizá no sea hablador, de acuerdo, y no es muy dado a este tipo de acontecimientos, pero te aseguro que te costaría encontrar a uno mejor.

—¡Pero es que yo no estoy buscando a nadie!

—¡Tonterías! Llevas un año sin salir de casa. No puedes quedarte el resto de tu vida allí encerrada. Mírate, aún eres joven. No me digas que no te has dado cuenta de cómo te han mirado cuando has entrado en la sala.

—¿Por qué no me habías hablado de él hasta hoy?

—Porque no quieres escuchar nada de nadie —repuso un tanto agitada Virginia, desviando la mirada.

—¿Qué ocultas, Virginia?

—¡Nada!

—Hay algo de tu querido coronel que no me quieres contar.

—¿Por qué dices eso?

—¿No estará casado, verdad?

Virginia se puso roja como la grana ante la mirada horrorizada de Lisa, que ya estaba a punto de levantarse de la mesa.

—¡No! ¡Espera! Vale, no me atrevía a decírtelo porque no hubieses querido venir.

—¡Claro que no! Y ahora me voy a ir.

—¡No, no, no! Escúchame. Está casado, sí. Pero no se ve con su mujer desde hace años. Ella ni siquiera vive en este Estado. No tienen relación. De vez en cuando hablan por teléfono, pero lo suyo acabó.

—¿Por qué no se ha divorciado?

—Ella no quiere. Su familia es de raíces muy religiosas y se horrorizarían. Ni siquiera saben que no están juntos. Creen que viven separados por el trabajo de Lee. A él no le importa, pero te juro que no hay nada entre ellos.

—¿No me mientes?

—¿Cómo iba a hacerlo? Él es muy buen amigo de Ronald, y tú eres mi mejor amiga. ¿Crees que querría haceros algún daño?

Lisa, un poco más tranquila, se acomodó en su silla; miró a lo lejos como el marido de su amiga y el silencioso coronel saludaban a otras personas, todas ellas luciendo diversidad de uniformes, blancos, azules, verdes…

—¿Por qué no ha ascendido? —volvió a preguntar Lisa.

—Bueno —dijo Virginia, sabiendo que nadaba en aguas revueltas—. Lee es una persona especial.

—¿Especial?

—Sí. Lo que te ha dicho antes Ronald es cierto. Es muy querido y respetado por sus hombres.

—Pero no por sus superiores.

—Para ellos es un poco incómodo. Tiene una forma particular de hacer las cosas y no le importa molestar a nadie. Si cree que tiene razón, no da su brazo a torcer.

Bajando un tanto la voz, a pesar de que nadie las estaba escuchando, le relató:

—En una ocasión Ronald me contó que un alto general llegó para revisar unas prácticas. El general al mando de la base movilizó a varias secciones para quedar bien con él y quiso hacer, con los soldados de otro campo, un simulacro de combate en un lugar escarpado, con niebla y de madrugada. Todo esto para dar el gustazo al general. Brown no estuvo de acuerdo. Decía que era muy peligroso para los soldados y que el motivo no justificaba tal peligro, pero su general lo obligó a asistir con sus hombres. ¿Sabes lo que hizo Brown?

Lisa, con curiosidad y una mirada cómplice, negó con la cabeza, esperando cualquier cosa.

—Averió todos los camiones con los que debían desplazarse hasta el campo de batalla —explicó Virginia, riéndose a mandíbula batiente—. No pudieron presentarse. El ejercicio tuvo un montón de heridos y uno de los chicos murió despeñado, perdido en el monte. A Brown no le pudieron acusar de sabotear los camiones. Todos sus hombres juraron una y otra vez que los camiones estaban perfectamente, que nadie los había tocado y que, simplemente, se habían negado a arrancar aquella mañana.

—Vaya, me está gustando tu coronel.

—¿Verdad que sí? Te aseguro que en cuanto lo conozcas te encantará.

—No corras demasiado. No me ha parecido que yo sea de su interés.

—Es un soldado. No está acostumbrado a tratar con damas. Pero no te preocupes, sabrás rebasar su timidez.

—Cuéntame más cosas sobre él.

—No hay mucho más que contar. Lo conocí, como puedes imaginar, a través de Ronald. Coincidieron en la academia militar. Lee era un muchacho reservado y decidido. No era el mejor alumno ni el más popular, pero era honrado y buen compañero, y nunca se la jugaba a nadie para eludir su trabajo, algo habitual entre quienes tienen familiares militares. Jamás hablaba de su vida antes del ejército ni de su familia. Cuando terminó la academia, fue destinado como instructor a una base militar. Se casó, aunque no sabría decirte cómo ni cuándo conoció a Eva, y años después comenzaron a distanciarse. Lee no conoce más mundo que el del ejército. Ronald me dijo no hace mucho que, desde que hemos entrado en guerra, Lee ha rellenado varias solicitudes pidiendo ser destinado al frente, aunque él jamás lo ha mencionado.

Entretanto, el renombrado volvía a la mesa sujetando una copa de la que no había probado ni un sorbo, acompañado por Ronald, que había degustado demasiadas ya y que ahora se peleaba, sofocado, con un enorme puro,

entrecerrando los ojos cada vez que daba una calada. Sonreía desenfadadamente y de vez en cuando daba una palmada en el hombro de Brown, más bajo que él, para remarcar la amistad que los unía.

Virginia convenció a su marido para que la sacase a bailar, con el fin de dejar a Brown con Lisa a solas. Abotargado por el puro, la bebida y la abundante cena de la que había dado cumplida cuenta, Ronald había necesitado un par de empellones hasta darse cuenta de lo que se le pedía.

El primer encuentro a solas entre Lisa y Brown había comenzado un poco tenso. El silencioso coronel no sabía dónde dirigir la mirada, y mucho menos qué decir. Viendo la situación, Lisa se había decidido a tomar el toro por los cuernos y poco a poco había logrado hacer que Brown contestara con frases más elaboradas que los primeros monosílabos.

Lisa pudo entrever en las respuestas que la historia que le contara su amiga Virginia era real, pero también pudo comprender algo más. Aquel hombre circunspecto y franco no estaba interesado en una relación profunda. No parecía estar dolido con las mujeres, como tantas veces ocurre con los hombres despechados. Simplemente había llegado a la conclusión de que se encontraba solo en este mundo y había aceptado su suerte como venía.

Precisamente esta fatalidad que adornaba a Brown hizo que el poco interés que hasta el momento el coronel había despertado en ella se multiplicara. Lisa estaba habituada a que los hombres trataran de cortejarla siempre, y aquel hombre magro no parecía dispuesto a hacerlo. Y tenía tras de sí una historia de dolor con la que se podía sentir identificada.

Lisa llegó a la conclusión de que no era conveniente que él se fijara en su interés y decidió marcharse. Tal vez aquello resultara un acicate para el tímido coronel.

—Acabo de recordar que tenía que regresar pronto a casa —dijo de improviso, mientras Brown sonreía al ver las torpes evoluciones de Ronald con su mujer en el centro de la pista—. ¿Será tan amable de pedirme un taxi?

Brown, sorprendido, se levantó solícitamente y la ayudó a ponerse el abrigo, y luego la acompañó hasta la entrada, donde pidió el taxi para ella. No preguntó por qué debía marcharse, pero abrió caballerosamente la puerta trasera del automóvil cuando este se detuvo ante la puerta del local.

—Ha sido un placer conocerla. He disfrutado mucho de su compañía.

—Gracias, coronel —dijo Lisa con una sonrisa cautivadora, mientras se montaba en el taxi—. Yo también lo he pasado muy bien. Hágame el favor de despedirme de los Parker.

El coronel Brown volvió dentro y buscó a su amigo.

—¡Lee! ¿Dónde te habías metido? Ya creía que te habías marchado con la chica —gritó el general, rojo por el esfuerzo, alzando su copa al verlo llegar a la mesa.

—¡Ronald! —le recriminó su mujer, indignada por su falta de delicadeza —. ¿Dónde está Lisa?

—Ha tenido que marcharse. Había olvidado que debía retirarse pronto y me ha pedido que me despida de su parte.

—Bueno, siéntate y dime qué te ha parecido. Es guapa, ¿verdad? — Virginia no había dejado ni un momento de mirar discretamente hacia la mesa mientras bailaba, y había podido leer en el rostro de su amiga como en un libro abierto. El coronel se le había resistido y había despertado su interés. Aquella era la primera vez que Lisa Devenney daba muestras de estar viva desde el desgraciado accidente de su marido.

—Disculpa, querida —interrumpió Ronald, incorporándose de su asiento —, pero el general Sobel quiere saludar a nuestro invitado y no debemos hacerlo esperar. ¿Vamos, coronel?

—¡No te atreverás a dejarme sola!

—Será un momento, querida —contestó Ronald, tratando de recomponer la figura a lo largo de las cinco mesas que los separaban de la mesa del general Sobel.

—¿General?

—¡General Parker! ¡Y el coronel Brown! ¡Qué sorpresa más agradable tenerlos hoy aquí! ¿No es cierto, querida? Este es el coronel que tiene bajo su mando a nuestro hijo William.

Brown saludó con un gesto educado de la cabeza a la mujer, que no parecía tener el menor interés en él. El coronel imaginaba que todo aquello había sido una maniobra del general para intimidarlo.

—¿Qué tal el teniente Sobel? —preguntó el general, fumando un cigarrillo—. ¿Está usted contento con él?

Brown tenía una opinión muy pobre de aquel niñato con ganas de llevar a cabo una meteórica carrera en el ejército, a ser posible antes de que la guerra terminara y sin abandonar suelo americano.

—Es joven, pero creo que podrá aprender.

—No me cabe duda, coronel. Por eso quise que estuviese bajo su mando. Sé que usted sabrá motivarlo y enseñarle todo lo que ha aprendido en tantos años de servicio al ejército.

Brown sonrió, tratando de que no se notara su antipatía. En realidad, el general había tratado de que su hijo fuese destinado a otro campo en cuanto se

dieron los primeros roces entre ellos. Y ahora el general le estaba pasando por las narices que, después de tantos años en el ejército, no hubiese pasado de coronel.

—Creo que lo conseguiremos, señor.

—Así me gusta. El coronel es un gran oficial, ¿sabes, querida? Y tiene unas ideas propias un tanto curiosas, ¿no es así, coronel? Al parecer, cree oportuno que los oficiales participen en los mismos ejercicios que la tropa.

—Debemos dar ejemplo a los reclutas, señor.

Aquella conversación no era nada casual, y los dos lo sabían. Fort Benning era una base de adiestramiento de paracaidistas muy prestigiosa, bajo el mando de un general de división, aunque en realidad quien la dirigía era Brown. Sobel, al que se le llevaban los demonios por esta irregular situación, había tratado sin ningún éxito de que los superiores del coronel lo metieran en cintura, y Brown no ignoraba estas maniobras.

⁂

El teniente Sobel había sido destinado a una de las secciones, en sustitución de un veterano que había solicitado su traslado al frente. El recién llegado pronto había mostrado ser un prototipo de la academia West Point. Acicalado siempre y con buenas maneras, era un oportunista que había caído mal entre la oficialidad del campo y, por supuesto, entre la tropa. A esta le exigía lo más descabellado y castigaba con un rigor extremo cualquier error. Estaba dispuesto a hacer carrera a costa de sus hombres, y para ello pretendía que fuesen los mejores de la base.

Sin embargo, él nunca se ejercitaba con ellos, y pronto sus aleatorios y desmedidos castigos, y su inhumano y despótico trato, hicieron que la moral cayera y que sus hombres comenzaran a perder todas las prácticas en las que se enfrentaban con otras secciones durante los simulacros de batallas.

Estas derrotas de sus hombres suponían una mancha en su hoja de servicios, y Sobel, humillado, los castigaba con ejercicios de extrema dureza, bajo el pretexto de que solo así lograrían superarse. Los dos sargentos que tenía a su cargo no tardaron en protestar ante Brown, pese a que jamás antes se habían quejado de ningún superior.

Brown no había contestado nada, y dejó pasar varias semanas. Cuando llegó el siguiente ejercicio por equipos en campo abierto, se puso su uniforme de combate, se tiznó el rostro como el resto de los soldados, cargó su mochila

con los quince kilos reglamentarios, tomó su fusil de asalto y se presentó a las seis de la mañana a pasar revista, antes de montar en los camiones que los habrían de llevar al escenario de la contienda.

Los soldados y oficiales no salían de su asombro. Cierto era que Brown solía prodigarse en los ejercicios que la tropa tenía que llevar a cabo, lo que para la soldadesca era un motivo de superación, pero en las contiendas solía limitarse a ejercer de árbitro para comprobar el estado en que se encontraban sus hombres.

—Sargento Malone —había llamado en voz alta, con las filas formadas.

—¡Señor!

—¿Dónde está el teniente de su sección?

—El teniente Sobel está en su barracón, señor. —El sargento, tieso como un hueso, apenas había podido contener la sonrisa—. No participará en las prácticas. Tiene trabajo por hacer.

—Vaya a buscarlo. Dígale que lo estamos esperando.

—Sí, señor.

Los hombres, en sus filas, se miraban de reojo unos a otros, tratando de adivinar qué iba a suceder a continuación. Los de la sección de Sobel habían dormido mal, sabiendo que, pasase lo que pasase, serían castigados y seguramente deberían quedarse de guardia toda la noche a la intemperie, sin poder dormir y ejercitándose de nuevo a la mañana siguiente.

—¡Señor! El teniente Sobel pide que lo disculpe. Se encuentra indispuesto y va a visitar la enfermería, señor.

—Dígale al teniente —contestó Brown sin levantar la voz, pero suficientemente alto como para que todos los hombres lo oyeran— que tiene cinco minutos para presentarse con su uniforme completo, la mochila reglamentaria y su fusil de asalto. Y que se tizne la cara.

Se escucharon unas risitas, rápidamente sofocadas. Desde luego, iba a resultar interesante ver al siempre impoluto teniente con el rostro negro a chorretones y el uniforme empapado por la pertinaz lluvia que estaba cayendo.

Cuatro minutos después, llegó, colocándose la mochila sobre los hombros, acompañado por el sargento, que ya no disimulaba la sonrisa de satisfacción.

—Señor, me dirigía hacia la enfermería. Algo que tomé en la cena no me sentó bien.

—Buenos días. Lamento que se encuentre indispuesto. Pero, para un estómago delicado, nada mejor que ayunar y un poco de ejercicio, ¿no le parece, teniente McCombs?

El teniente del grupo que iba a hacer de enemigo contestó un «sí, señor» con cierta malicia.

—Muy bien, en marcha. Teniente McCombs, ustedes tomarán los primeros camiones. Ya saben cuál es su labor. Cuando estén preparados, lancen la bengala y prepárense para defender la posición. El teniente Sobel y yo trataremos de tomarla, ¿entendido?

La jornada había terminado con una nueva derrota del batallón de Sobel, a pesar de que sus hombres, animados por la presencia del coronel y más aún el sufrimiento de su teniente, se habían esforzado como nunca.

No había habido castigo, todos habían regresado sanos y salvos a la base, empapados y agotados. Se les había servido una buena cena, se habían secado y acostado. En los barracones de los soldados y en los de los oficiales se había comentado largo y tendido la jugarreta del coronel al hijo del general, que ahora sí estaba de verdad en la enfermería con una fiebre altísima.

Al general Sobel no le había hecho ninguna gracia esta humillación y había llamado al general de brigada Skinner, a quien Brown tampoco le caía bien, confiando en que este fuese castigado.

Sin embargo, Skinner, suficientemente inteligente como para no tomar parte en batallas personales, se había limitado a mandar una circular insistiendo en respetar las cadenas de mando y las labores propias de cada rango, circular que había llegado a la papelera hecha una bola en cuanto Brown le hubo echado una ojeada.

⁂

Y ahora el coronel se encontraba frente a un humillado general Sobel. No era una buena política indisponerse con los generales, pero, como siempre, a Brown eso le traía sin cuidado.

—El ejército necesita más hombres como usted —dijo el general Sobel, forzando la sonrisa—, pero no los tiene. ¿Y sabe usted por qué no los tiene? —Hizo una pausa teatral para atraer la atención y se respondió a sí mismo, lanzando una carcajada—: ¡Porque estarían todos muertos o inválidos!

El resto de los comensales, a los que Brown no conocía de nada, se rieron discretamente, sin haber entendido la intención del general.

—Créame, coronel —prosiguió Sobel, bajando un poco la voz y sin retirar la sonrisa prendida con alfileres de su rostro—. Los oficiales deben hacer el trabajo que les corresponde y la tropa, el suyo. Cuando alguien comienza a

mezclar los deberes, confunde a los demás, y al final nadie sabe cuál es su función, ¿comprende? Los oficiales sienten que no se les respeta y los soldados creen que están a la misma altura que sus superiores, cuestionan las órdenes y no obedecen. Esto es el ejército y funciona de esta manera. Le conviene recordarlo, coronel.

—Gracias, señor. Lo tendré en cuenta.

—Sé que lo hará, coronel —replicó el general Sobel con una sonrisa falsa —. Seguiré su carrera con mucha atención.

Aquello era una amenaza en toda regla, pero Brown no se inmutó; saludó a los presentes y se retiró, seguido por el general Parker, al que se le habían pasado repentinamente los efectos del alcohol y el puro. Había tratado de decir algo cuando se retiraban de la mesa del general, algo como que tener a un general de enemigo no era una buena idea, pero al ver el gesto de Brown desistió.

⁂

Domingo, 13 de febrero de 1944
Campamento Griffiss, Londres, Inglaterra

—General. El primer ministro lo llama por teléfono.

Eisenhower se giró, disculpándose con los presentes, que continuaron examinando con atención los mapas extendidos sobre la amplia mesa. Allí estaba reunido el Alto Mando aliado, planeando la infraestructura necesaria para alojar y desplegar a las tropas americanas que iban llegando a las islas británicas.

—Primer ministro —dijo Ike al teléfono. Sobre la mesa había tres aparatos: uno rojo, en línea directa con el presidente Roosevelt; otro verde, para hablar con el *premier* británico, y un tercero negro, para comunicarse con el Alto Mando y sus ayudantes más cercanos.

—General —masculló al otro lado de la línea Churchill. Ike se lo podía imaginar hablando mientras sujetaba el puro con los dientes—. Tengo aquí algo que me gustaría examinar con usted. ¿Podría acercarse esta tarde?

—Desde luego. ¿Le parece bien sobre las cinco?

—Estupendo. Tomaremos el té. Lo espero a las cinco, entonces.

Ike colgó el aparato y volvió a salir de su despacho particular para reunirse con el resto de sus hombres y continuar discutiendo sobre la

intendencia. Al mediodía tenía previsto reunirse con el quisquilloso general británico Montgomery y almorzar con el susceptible mariscal del Aire Harris. Después acudiría al número diez de Downing Street, la residencia del primer ministro Churchill. Tenía una vaga idea de cuál iba a ser el tema de conversación. Hacía diez días que habían tenido la reunión con el profesor español y el especialista americano del Proyecto Alsos.

A las cinco menos diez de la tarde, el general Eisenhower se encontraba frente a la puerta de la residencia. Sin demora, la guardia lo hizo pasar al salón, donde ya aguardaba el *premier* británico, sentado de espaldas al ventanal, frente a la amplia mesa de su despacho.

—Buenas tardes, general. Imagino que preferirá un café.

El mayordomo se movió con pulcritud y dejó sobre una mesilla auxiliar una bandeja con el servicio antes de retirarse.

—Este informe me ha llegado esta mañana —dijo Churchill, dejando un par de hojas sobre la mesa—. Es de la OSS, su servicio de inteligencia, general.

Eisenhower las estudió con atención, haciendo una primera lectura rápida y una segunda más pausada.

—Parece que el científico español tenía razón; al menos, en parte.

—De eso no cabe duda —contestó Churchill, aspirando con fuerza el puro y exhalando con evidente deleite—. El doctor Itzhak Steiner existe, lo cual ya sabíamos, y sigue vivo, algo de lo que hasta ahora no teníamos constancia.

—Y es evidente que trabaja para los alemanes.

—Eso parece. El servicio secreto remarca que los nazis lo han mantenido aislado del exterior.

—¿Debemos dar crédito a los temores del profesor Menchaca?

El primer ministro se arrellanó en su sillón, con la mirada fija en el techo del salón, del que pendía una elaborada araña de cristal. Como si no hubiese escuchado la pregunta, aspiraba con energía el puro, alentando la brasa de la punta, que enrojecía con cada nueva calada. El general americano le dejó tiempo para que pensara.

—Steiner vive y trabaja para los alemanes —resumió el *premier* al final, volviendo a apoyar los codos sobre el escritorio—. Eso es un fallo imperdonable de nuestros servicios de inteligencia.

En realidad, se percató Ike, el mandatario estaba cargando la responsabilidad a los servicios secretos americanos.

—Se trata de un gran científico, y su colaboración con el régimen nazi, sea voluntaria o no, es una mala noticia para nosotros. —Churchill golpeó con

el puro en el cenicero para liberarlo de la carga de ceniza—. ¿Es esto suficiente para pensar que la corazonada del doctor Menchaca es real? A mi entender, no tiene por qué. Los informes que nos llegan aseguran que los nazis van retrasados con su plan atómico. Y el doctor español no tiene pruebas ni sospechas fundadas. Ni siquiera sabe si ese científico participa en el Proyecto Urano. ¿No le parece, general?

—Estoy de acuerdo con usted.

—En cualquier caso —continuó el mandatario inglés—, podría resultar peligroso ignorar la advertencia. ¿Qué pasaría si estuviésemos equivocados al evaluar la capacidad alemana?

—Si Menchaca tiene razón, sería un desastre de proporciones incalculables.

—Así me lo parece. El riesgo de ignorarlo —continuó mientras blandía las hojas que Eisenhower había dejado sobre el secante— es demasiado elevado.

—De acuerdo, entonces. Partamos de la base de que el doctor Menchaca tiene razón con su corazonada.

—Bien, supongamos que es como él dice. ¿Qué alternativas tenemos?

—Tendríamos que encontrar el enclave exacto donde los alemanes tienen guardada el arma y destruirla, y con ella, a todos cuantos han participado en el proyecto, para evitar que puedan volver a recuperarlo.

—Sabemos que no es un único equipo el que está investigando sobre la bomba —apuntó Churchill, haciendo girar la mano en el aire y soltando una estela de humo como la que dejaría un caza Mosquito en plena batalla contra los bombarderos alemanes—. Si han conseguido el arma, quizá los demás laboratorios ya estén al corriente.

—Puede ser. O tal vez no. Los alemanes no se fían unos de otros, como nos lo demuestran día a día. Cada uno quiere destacar delante de Hitler. Sus generales se ocultan datos y se perjudican entre ellos. ¿Por qué iba a ser distinto con los laboratorios? De cualquier forma, si fuese así y tuviesen varias armas de este tipo a lo largo de toda Alemania, no tendríamos tiempo de encontrarlas todas, y mucho menos de neutralizarlas.

—Entonces supongamos que solo la tienen en un laboratorio, y que Steiner trabaja allí. ¿Cómo podríamos destruirlo?

—Es de suponer que no se encuentra cerca de la costa. Quedaría demasiado expuesto. Según sabemos, por lo menos dos equipos están sobre ello, uno en Leipzig y el otro en Berlín. Si existiera un tercero, también estaría en el interior. Lo que solo nos deja dos vías: la aérea y la terrestre. —El

general americano descruzó y volvió a cruzar las piernas antes de continuar —: He almorzado con el jefe de bombarderos Harris. Le he preguntado, sin entrar en detalles, cuál sería el porcentaje de éxito total, y con eso me refiero a la destrucción absoluta del edificio y de sus ocupantes, en un bombardeo sobre un objetivo específico, suponiendo que este sea del tamaño de una manzana de casas.

—¿Y?

—Sería necesario un ataque diurno para que nuestras escuadrillas de bombarderos pesados pudieran asegurar el objetivo, lo que facilitaría la tarea de sus cazas y de sus defensas antiaéreas. Esto nos obligaría a bombardear desde mucha altura. Además, es de esperar que el blindaje del laboratorio sea considerable.

—¿Podríamos con él? —preguntó Churchill, apuntando al general con su puro.

—Un techo de cinco metros de grosor de hormigón nos obligaría a hacer blanco exactamente encima con una gran cantidad de bombas perforadoras. A esa altura, según el jefe Harris, sería como acertar a una baldosa en la calle con una colilla arrojada desde un séptimo piso. Y no sería una sola colilla, sino toda una caja de puros como la que usted guarda, lo que tendríamos que acertar.

—No me parece viable.

—No lo es. En el caso de que lográramos este milagro, deberíamos hacer blanco con otra descarga de bombas incendiarias Termita para calcinar lo que haya dentro. Pero es más que probable que parte del edificio sea subterráneo. Si es así y guardan la bomba en las plantas inferiores, podríamos considerar un éxito que se les cayera una probeta de uno de esos carritos que usan.

—Muy ilustrativo —masculló el premier, mordiendo el puro.

—Lo que solo nos deja la vía terrestre.

—¿Una operación de comandos? ¿En el corazón de Alemania?

—No se me ocurre cómo, si no.

—Una misión suicida.

—Para los que participen en ella, sin duda. Muchos de los que desembarquen en Francia cuando llegue el día tampoco saldrán nunca de la playa.

—Cierto —repuso con un suspiro Churchill—. ¿Dejo en sus manos montar la operación, general?

—Me ocuparé de ello, señor. Pero debemos saber dónde se encuentran el laboratorio y el doctor Steiner.

—Espero que su servicio secreto lo averigüe. Hasta ahora, las OSS solo han podido enterarse de que sigue vivo, y no es mucho. Parece que se lo haya tragado la tierra.

Ike se puso en pie, estrechó la mano que le era ofrecida y acompañó al silencioso mayordomo hasta la entrada.

Fuera le esperaba un *jeep*, conducido por el general Omar Bradley. No era muy habitual que un general hiciese de chófer para otro, por mucho que este fuese el coronel en jefe de todos los ejércitos aliados, pero Eisenhower le había pedido a su amigo y asesor que pasase a buscarlo.

—¿Todo bien? —preguntó Bradley, al rato de circular por las calles londinenses, atestadas de tanques, semiorugas, camiones y *jeeps* que se disputaban el paso con los peatones, la mayoría de ellos militares de uniforme, sacos terreros, bicicletas y algunos carros de mercancías. En cada cruce la policía militar se esforzaba en regular el caótico tráfico, y sus desesperados miembros se cuadraban cuando el *jeep* se cruzaba por delante.

—Sí, supongo que sí. Dime, Brad, ¿cuándo tenías pensado ir a casa?

—Mañana a primera hora. ¿Por qué?, ¿no quieres que vaya?

—No, no. No es eso. Pero quiero que me busques algo allí.

⁂

Aquella era una cena solo para los más altos cargos de la oficialidad del ejército americano. Por todos lados se veía una constelación de estrellas que destacaban en los impecables uniformes de gala, entre los botones dorados, las charreteras y las cintas multicolores de las condecoraciones.

Bradley, lisonjeado y envidiado a partes iguales por su cercanía con Eisenhower, el hombre elegido para dirigir la que iba a ser la mayor batalla que hubiese conocido el hombre, paseaba entre las mesas estrechando manos entre los comensales.

El general acababa de llegar desde Inglaterra y lo que menos le apetecía era acudir a una de aquellas cenas, pero sabía que políticamente no era buena idea faltar, así que dejó para el día siguiente el desplazamiento hasta su domicilio. Aquella noche cenaría suave, apenas bebería, a pesar de los inacabables brindis que sin duda se le ofrecerían, y se acostaría pronto.

—¡General Bradley! ¡Qué alegría tenerlo entre nosotros!

—Buenas noches, general Sobel.

Bradley sonrió educadamente. Aquel individuo no era de su agrado. Era la clásica rata de despacho que husmea cualquier posibilidad de promocionarse sin abandonar el sillón. Sin duda, Sobel no envidiaba su suerte cerca del frente.

—¿Cómo va todo por Inglaterra?

—Bien, bien —contestó Bradley, desviando intencionadamente el tema —. ¿Qué tal está su mujer? ¿Y el teniente Sobel?

—Fantástico. Todo un oficial. Está destinado en Fort Benning.

—Eso está bien. En los próximos meses necesitaremos buenos soldados. Me alegra saber que tienen tan buenos instructores.

—En realidad, eso es algo que me preocupa —dijo Sobel, bajando un tono la voz y simulando inquietud, a la vez que apartaba con delicadeza a su acompañante del resto de invitados.

Bradley veía lo que se le venía encima. Aquel trepa trataría de aprovechar su encuentro en la cena para dar un empujón a su carrera, o a la de su hijo.

—¿Sabe? En la base en la que presta servicio mi hijo se usan unos métodos poco ortodoxos. En tiempos agitados como estos, es importante quitar las malas hierbas, ¿no le parece? Antes de que se propaguen.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Bradley sin demasiado interés.

—Como ya sabrá, Fort Benning está bajo el mando del general de división George Carden, un gran militar, no cabe duda.

Bradley se abstuvo de hacer ningún comentario. No iba a ponérselo fácil a aquel arribista.

—El problema es que Carden se ha hecho mayor. Ya no es el que era. No me gusta decirlo, pero creo que se ha ablandado y ha delegado el mando de la tropa en un coronel, dejando la parte administrativa en manos del general de brigada Thomas Skinner, un hombre muy capacitado para llevar toda la burocracia que una base militar como esa precisa.

—¿Y?

—Como le digo, Skinner es un hombre de despacho, sin experiencia en el mando y, aunque no aprecia al coronel en cuestión, de hecho no se hablan, ha permitido que sea este quien dirija en la sombra Fort Benning. ¿Entiende a qué me refiero? Un simple coronel está instruyendo sin ningún tipo de control a nuestros mejores muchachos.

Bradley siguió en silencio. Conocía al general Carden, un oficial gris que, efectivamente, llevaba demasiado tiempo luciendo sus galones. En cambio, nunca había oído hablar de Skinner ni de la situación anómala en Fort Benning.

—¿Quién es ese coronel?

—Un tal Brown. Coronel Lee Brown. Tiene los vicios de la vieja escuela. Es incapaz de entender que en un ejército se debe mantener la disciplina y la cadena de mando, más aún en estos tiempos de guerra. Testarudo, insolente e insubordinado. No hace caso a nadie y dirige la base como si fuese suya. Tampoco permite trabajar a los oficiales jóvenes con ganas, salidos de las mejores academias.

«Como tu hijo», pensó Bradley, mientras meditaba cómo desembarazarse de Sobel, que continuaba describiendo los defectos del coronel en cuestión. Bradley se movía discretamente hacia un costado, tratando de alcanzar un grupo de oficiales a su derecha, pero Sobel sabía cómo aislarlo.

De pronto, algo de lo que se le decía llamó la atención de Bradley.

—¿Consejo de guerra, ha dicho usted?

—Así es —respondió sorprendido Sobel por la repentina atención que se le prestaba—. El coronel Brown ha hecho uso fraudulento en repetidas ocasiones de material del ejército y, por fin, con la ayuda de mi hijo, he logrado reunir suficientes pruebas como para someterlo a un consejo de guerra.

—¿Y cuándo tendrá lugar la vista?

—Está previsto que sea la semana que viene —respondió Sobel, cada vez más extrañado.

—¿Quién preside el tribunal?

—El general Nimitz.

—Hablaré con él.

⁂

Dos noches después, un B-17 despegaba de suelo americano y se adentraba en la inmensidad del océano, rumbo a la capital inglesa, llevando en su interior a un sorprendido coronel Brown, al que apenas habían dejado hacer su petate.

Aquella misma mañana, había llegado un *jeep* con tres miembros de la policía militar y una orden de detención contra él. Lo apresaron en la ducha, después de su serie matinal de ejercicios físicos y carrera continua por el campo con uno de los pelotones.

Sin decir nada, había leído la orden, se había vestido con su traje de gala y montado en el *jeep*, ante el estupor de sus oficiales y la sonrisa vengativa del teniente Sobel. Habían tardado lo justo en llegar al tribunal militar donde se

llevaría a cabo la vista, pues en cada cruce el conductor del *jeep* accionaba la sirena del vehículo y reclamaba la prioridad de paso que le correspondía.

Mientras esperaba en el pasillo para entrar en la sala, y después de saludar a un jovencísimo letrado, que iba a actuar como abogado defensor y al que no le habían permitido ni echar un vistazo al sumario, se le había acercado el general Sobel, que lo había saludado con rostro sonriente:

—Bueno, coronel Brown. No podrá decir que no se lo he advertido en varias ocasiones, ¿verdad?

Brown, sentado en un banco, lo había ignorado, fingiendo interés en el periódico encontrado sobre una mesilla auxiliar: El Ejército Rojo había tomado la ciudad de Korsun, en Ucrania, y tenía cercados a los alemanes en un radio de cien millas; el republicano Wilkie presentaba su candidatura a las primarias en la carrera hacia la Casa Blanca; bombarderos B-17 atacaban la abadía de Montecassino en Italia; el presidente Roosevelt advertía sobre el veto impuesto a su proyecto de ley sobre los derechos económicos de los americanos; un sicario de la mafia había sido detenido en Illinois por los asesinatos del hijo de un capo rival, sus guardaespaldas y una prostituta.

—¿Me está escuchando, coronel? Se ha metido usted en un buen lío —le había dicho Sobel, rojo por el desplante de Brown ante un buen número de oficiales que se encontraban en el pasillo—. ¡Cómo me alegro de ver este día!

»¿Sabe por qué está aquí? —le había cuchicheado el general al oído, para que nadie más pudiera escucharlos—. Sacó los pies del tiesto. Me ofendió, y no soy de los que olvidan fácilmente las ofensas. Conozco personalmente al general Bradley. ¿Sabe de quién hablo? La mano derecha de Eisenhower. No se lo quería perder, ¿qué le parece?

—Que hoy no se ha lavado los dientes —había contestado Brown sin mover un músculo.

—Ríete, cabrón de mierda. Si no te mandan al paredón, pasarás el resto de tus días en un calabozo, y entonces me reiré yo.

En algo no se había equivocado Sobel. A la vista había acudido el general Bradley, que se mantuvo en un discreto segundo plano todo el tiempo. Había sido un juicio sumarísimo, como correspondía al estado de guerra en el que se encontraba el país. Los cargos presentados resultaron ser malversación de fondos públicos, uso indebido de material del ejército, abuso de poder, fraude y reiterada desobediencia grave a sus superiores.

El que no fuera llamado ningún testigo y la falta de pruebas concluyentes no había impedido que el fiscal presentara al coronel Brown como un corrupto oficial que durante años había medrado en Fort Benning,

aprovechándose de la confianza del general Carden, lucrándose con el contrabando de combustible, material del ejército y provisiones militares, amén de un pertinaz desacato hacia sus superiores y un trato vejatorio y humillante para con sus subordinados.

El joven abogado de Brown apenas había podido alzar alguna tímida protesta ante el aluvión de acusaciones sin fundamento al que estaba siendo sometido su cliente, antes de ser rápidamente silenciado por el juez Nimitz. Su petición de pruebas concretas, o al menos de declaraciones firmadas, fue desoída, y el nervioso letrado había terminado por guardar silencio, llegando a la conclusión de que su defendido precisaba no de sus servicios, sino de los de un sacerdote.

Tras fingir escuchar a las partes, el presidente del tribunal había preguntado a Brown si tenía algo que alegar. Este ni siquiera había llegado a entender muy bien de qué se le había acusado, pero era consciente de que la decisión sobre su futuro había sido tomada antes de comenzar el juicio, así que guardó silencio.

—Coronel Brown —había dicho el general Nimitz, leyendo una hoja por encima de sus gafas, situadas en la punta de la nariz—. Ha sido acusado de una larga lista de graves delitos, de todos los cuales ha sido hallado culpable. ¿Tiene algo que alegar, antes de que lea su sentencia?

¿Algo que alegar? ¿Sobre qué? ¿Y de qué serviría?

—No, señor —se limitó a contestar Brown.

—¿Es consciente de la grave situación por la que pasa nuestro país? —continuó Nimitz, sin dar tiempo a que el acusado se lo pensase mejor—. En tiempos de paz, algunas de estas acusaciones bastarían para recluirlo de por vida. En caso de guerra, la pena es la muerte.

Brown seguía sin decir nada, firme como una vela, con su traje de gala, sin poder dar crédito a lo que se le decía. Sus ojillos azules no se habían apartado ni un momento de los del presidente del tribunal. Aquel juicio había sido una farsa. ¿Una condena a muerte en una vista de poco menos de dos horas, sin testigos ni pruebas? ¿Qué es lo que estaba ocurriendo?

—Sin embargo —había añadido Nimitz, apartando la hoja y mirando directamente al acusado—, usted ha rellenado en diversas ocasiones los formularios para ser destinado al frente. Allí hacen falta hombres decididos, capaces de luchar por su país. Voy a concederle su deseo. Espero que no defraude a este tribunal. Cogerá el primer vuelo que salga para las islas británicas y se pondrá a disposición del mando aliado.

Con un golpe del pequeño martillo de madera sobre la mesa, el tribunal se había retirado, despejándose la sala con inusitada velocidad. El abogado de Brown no se había atrevido a despedirse de este, el fiscal no parecía estar sorprendido por la extraña sentencia y el general Bradley se había marchado inmediatamente, al igual que el resto de los presentes, menos un Sobel estupefacto e indignado que no atinaba a reaccionar y un Brown igual de sorprendido, acompañado por los policías militares que lo custodiaban.

El coronel Brown había sido trasladado directamente al aeródromo, donde un Douglas C-47 Skytrain lo aguardaba, sin permitirle recoger su petate. Durante el tiempo que duró el vuelo, nadie le había dirigido la palabra y apenas había podido comer un sándwich que le había tendido uno de los silenciosos pilotos del aparato. Quedaba claro que todo aquello respondía a algo, pero Brown era incapaz de adivinar a qué.

⁂

Sobre la medianoche, el avión de transporte militar había tomado tierra en una base aérea británica, y Brown había sido trasladado en una camioneta a un búnker, sin llegar a saber en ningún momento dónde se encontraba. No estaba asustado, pero sí muy intrigado. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué habían montado toda aquella pantomima?

Esperaba no tardar mucho más en descubrirlo. Por los galones que podía ver, estaba claro que aquel no era un búnker para simples soldados.

Por fin llegaron a una puerta maciza de madera. Uno de los policías militares que había ido a buscarlo al aeródromo británico llamó con los nudillos y, antes de abrir la hoja, esperó el permiso. Después se retiró para que Brown pudiera pasar, y volvió a cerrar a su espalda.

—Pase y siéntese.

Brown no dejó que se reflejara en su rostro la sorpresa mayúscula que se había llevado. Estaba en una amplia sala con una gran mesa cuadrada, ante la que se sentaban dos personas que lo examinaban. Reconoció en el rechoncho hombrecillo mayor vestido de civil con ropas oscuras al primer ministro británico, y a su lado, al general americano Eisenhower.

—Imagino que se estará preguntando a qué viene todo esto, ¿no es cierto? —dijo el *premier*, indicándole con un gesto que tomara asiento.

—Así es, señor —respondió educadamente Brown.

—¿Ha comido algo?

—No. No tengo hambre —mintió Brown.

—Muy bien. Vayamos al grano. Su comandante en jefe, el general Eisenhower, le explicará qué hace usted aquí, pero primero le haremos una serie de preguntas que quiero que me conteste con sinceridad. No trate de adivinar qué es lo que queremos oír, ¿de acuerdo?

El interrogatorio duró más de dos horas, y sufrió todo tipo de preguntas sobre cómo veía la guerra, la situación en Europa, de dónde era su familia, si había estado alguna vez en el viejo continente, sus inclinaciones políticas, por qué había solicitado ir voluntario al frente…

Había contestado con sinceridad y sin dejarse intimidar, incluso cuando salieron a relucir las acusaciones por las que había sido enjuiciado en consejo de guerra. Finalmente, Churchill había mirado al general americano y, golpeando con las palmas de las manos sobre los reposabrazos de su asiento, había dicho:

—Bueno, general, creo que debería explicarle ya el motivo de su presencia esta noche entre nosotros, ¿no le parece?

—Coronel Brown —comenzó Eisenhower, apagando el cigarro en el cenicero atestado—, tenemos una misión para usted. Antes de que entremos en detalles, debe saber que se trata de una misión de alto riesgo. Y cuando digo de alto riesgo, me refiero a que es sumamente peligrosa.

—Entiendo, general —respondió, dejando claro que aceptaba la misión.

—Coronel —apuntó Churchill—, no hace falta que le digamos que todo cuanto se diga aquí es alto secreto. Nadie debe saber nada. A partir de este momento, no puede establecer contacto con ningún familiar, amigo o compañero de armas. Bajo ningún concepto. ¿Queda claro?

—Perfectamente, señor.

—Los alemanes están ultimando una nueva arma —explicó entonces el general americano—. Probablemente se trate de una bomba con un poder destructivo inimaginable. Pensamos que la tienen escondida en el interior de Alemania, aunque aún no sabemos dónde. Es más que probable que estén esperando a que nuestras tropas se encuentren reunidas al sur de Inglaterra, en vísperas del desembarco en el continente, para lanzarla. Si esto llegara a ocurrir, nuestras tropas tendrían gravísimas pérdidas.

—¿Cómo de graves, general?

—Aniquilaría nuestros ejércitos —intervino Churchill, escrutando al coronel—. Todo: hombres, vehículos, barcos, material. Morirían miles de británicos.

—Entiendo.

—Es de vital importancia neutralizar esta amenaza —añadió el primer ministro—. Debemos destruirla.

—Su misión será formar un comando —dijo el general—. En cuanto localicemos el enclave exacto, deberá alcanzar el objetivo y demolerlo, asegurándose de que no queda ni rastro de la bomba.

—¿Puedo preguntar por qué yo, general?

—¿Le parece relevante la respuesta? —inquirió Churchill.

—Creo que sí, señor. Tanto el ejército americano como el británico tienen unidades de comandos muy preparadas. Si no he entendido mal, la misión es de extraordinaria importancia. Sin embargo, quieren que yo prepare un comando, sabiendo que carezco de experiencia.

Eisenhower y Churchill se miraron un momento. Aquel coronel con fama de conflictivo no parecía que fuera a aceptar la misión sin más con la escasa información que se le había ofrecido.

—Coronel, considero su pregunta del todo impertinente —objetó Churchill, dando fuego al puro con una larga cerilla de madera, a la que sacaba una larga llama cuando chupaba con fuerza.

—Lo lamento, señor —dijo Brown, dejando claro con su entonación que no lo lamentaba en absoluto—. Pero creo que, si debo adentrarme en territorio enemigo, debería saber qué me espera.

—Todas nuestras unidades de comandos tienen misiones asignadas —intercedió el general americano, temiendo una explosión de mal genio del temperamental primer ministro británico—. Usted está acostumbrado a entrenar soldados y quería participar en esta guerra.

—No se moleste, general. Creo que el coronel no se va a contentar con esa respuesta —dijo Churchill, sin levantar la mirada de la brasa del puro—. Verá, coronel, no tenemos la certeza de que esa amenaza sea real. Digamos que es una sospecha que no podemos ignorar. Como ha dicho su general, vamos cortos de efectivos. Usted preparará ese comando para una misión que tal vez nunca tenga lugar. ¿Le parece suficiente?

—Sí, señor.

—Veo que todavía tiene dudas. Usted quiere saber por qué lo hemos escogido a usted en vez de a un oficial con experiencia en combate.

—Sí, señor.

—Hemos tenido contratiempos en algunas misiones.

—¿Qué tipo de contratiempos, señor?

—Filtraciones. Si esta amenaza es real, no podemos arriesgarnos a que los alemanes sepan que conocemos la existencia de ese arma, ¿lo entiende? Usted

es un oficial acostumbrado a dirigir hombres que lo respetan. Tiene iniciativa, algo fundamental, porque una vez que pisen terreno enemigo estarán solos. Queríamos alguien de cierta edad. La operación puede alargarse, y no queremos que nadie pierda los nervios. Buscamos a alguien dispuesto a acabar su trabajo. Usted tiene fama de ser un perro de presa, ¿no es cierto, coronel?

El comentario no era nada halagador, pero Brown guardó silencio. Lo habían elegido porque era un instructor de academia sin información reservada al que los alemanes no se habrían molestado en captar. No le molestaba que lo tuvieran en tan poca consideración.

—¿Podré escoger a mis hombres?

—Tenemos preparadas las fichas de más de cincuenta soldados —dijo Eisenhower, poniendo la mano en una gruesa carpeta que tenía a un lado—. Todos son expertos en lucha cuerpo a cuerpo, uso de todo tipo de armas y de salto en paracaídas.

—Preferiría escoger a mis hombres fuera del ejército.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó sorprendido Eisenhower.

—Si al final se confirma la amenaza y tenemos que atacar, no querría aumentar los riesgos con la posibilidad de una filtración. Los hombres que escoja quizá no estén tan preparados como los que me proponen, pero les aseguro que, cuando tengamos que actuar, lo estarán.

—¿De dónde piensa sacarlos? —preguntó Churchill—. Aunque no sabemos todavía cuándo ni dónde deberán de actuar, tendrá poco tiempo para adiestrarlos.

—No se preocupe por eso, señor. Estarán preparados.

El primer ministro miró al general americano, que arqueó expresivamente las cejas.

—De acuerdo —aprobó Churchill—. Usted escogerá a los hombres, pero tendremos que darles nuestro visto bueno.

—Sí, señor. Una cosa más. Quisiera no tener que tratar con ningún mando intermedio. ¿Cuánta gente sabe que estoy aquí para esta misión?

—Solo nosotros dos. El general Bradley, que es quien lo recomendó, será su contacto con nosotros y sabrá lo imprescindible.

—Gracias, señor. ¿Cuándo empiezo?

—¿No lo ha hecho ya? —preguntó socarrón el primer ministro, entre una nube de humo.

Capítulo V

Domingo, 20 de febrero de 1944
Campamento Griffiss, Londres, Inglaterra

—¡Adelante! —exclamó el coronel, sin dignarse a mirar al oficial inglés que asomaba por la puerta, mientras revisaba el contenido de una carpeta, en una clara demostración de descortesía entre oficiales.

El capitán Pickeray cerró la puerta a sus espaldas e hizo un esfuerzo para contener su genio. Debía tener presente que había venido para solicitar que se le permitiera regresar a su unidad y, por alguna misteriosa razón que se le escapaba, parecía ser que la última palabra sobre su marcha la tenía el americano sentado tras el escritorio.

Llevaba una semana recluido en su cuartel sin poder participar en las maniobras, que se multiplicaban ante la cercana invasión; en un oscuro despacho del que no le permitían moverse, y sin ver a nadie con más graduación que un cabo. Nadie le había podido ofrecer una explicación. Al final, había mandado una carta al cuartel general del ejército británico, del que recibió una escueta respuesta en la que se le redirigía al campamento americano, donde debería preguntar por el coronel Brown.

—Me han dicho que quería verme —dijo el coronel, sin levantar la mirada de la mesa llena de carpetas—. ¿Qué desea?

—Quisiera regresar a mi unidad, señor.

—Me temo que eso no es posible —se limitó a responder Brown, hojeando un expediente con foto que parecía resultarle especialmente interesante.

—¿Puedo preguntar por qué, señor? —replicó Pickeray, tratando con dificultad de no mostrar su irritación. La paciencia no era una de sus mejores virtudes.

—Porque lo digo yo. ¿Alguna otra cosa?

Pickeray apretaba con furia las mandíbulas. Había estado horas aguardando a que aquel gilipollas lo recibiera, y ahora lo estaba despidiendo

sin haberlo mirado ni una sola vez a la cara y sin haber contestado siquiera a su pregunta.

—¿Aún permanece ahí, teniente? —preguntó el americano, sumido en la lectura, como si le pareciera curioso que el inglés, del que desconocía hasta el rango, no se hubiese marchado inmediatamente al son de su indirecta.

—*Capitán*, señor —corrigió Pickeray, enrojeciendo a su pesar—. Con todo mi respeto, *señor*, me gustaría saber por qué no se me permite reintegrarme en mi puesto.

—Creía habérselo dicho, teniente —respondió con descuido Brown.

—Lo siento, *señor*, pero no me sirve. Y quisiera volver a recordarle que mi rango es el de *capitán* del ejército británico.

—No me importa, *capitán*, si le sirve o no. Usted permanecerá aislado hasta que yo lo diga. Eso es todo. Ahora puede retirarse, *capitán*.

Pickeray tenía la cara roja y los labios lívidos por la fuerza con la que los apretaba para evitar decir algo que luego pudiese lamentar. Permanecía en posición de firmes, con la mirada al frente por encima de la cabeza del coronel americano, que seguía estudiando atentamente aquellos expedientes.

—¿Hay algo que no ha entendido? Le he dicho que puede retirarse.

—*Señor* —contestó el inglés en voz baja, haciendo un esfuerzo supremo para no estallar—, no saldré de este despacho sin tener una respuesta a mi pregunta.

—¡Soldado!

—¡Soy capitán! —ladró Pickeray, mascullando las palabras.

Cada vez le costaba más hablar.

—¡Salga inmediatamente de mi despacho!

Ahora el coronel lo miraba por primera vez. Parecía molesto, pero no preocupado, como si los galones que lucía sobre los hombros fuesen capaces de protegerlo en caso de que aquel enorme capitán inglés decidiese pasar al otro lado del escritorio.

—Quiero saber por qué no me dejan regresar a mi puesto.

—¿De verdad quiere saberlo? —preguntó Brown, levantándose de su asiento y dando la vuelta al escritorio para colocarse frente a él.

—Se lo agradecería, señor —masculló Pickeray.

—Pues se lo voy a decir —continuó Brown, mirándolo a los ojos—. Ustedes, los ingleses, no son de fiar. Usted conoce al científico español y sabe demasiado. Su ejército está lleno de filtraciones y no estoy dispuesto a que ningún malnacido ponga en peligro mi vida y la de mis hombres por no saber o no querer tener la boca cerrada.

El americano parecía no entender que el capitán estaba a punto de partirle los dientes. Brown era al menos una cabeza más bajo que el inglés y pesaba casi treinta kilos menos. Sin duda, era fibroso, pero no tenía nada que hacer bajo las mazas de Pickeray, que estaba a punto de dar rienda suelta a su genio, sin importarle las consecuencias. Hay ocasiones en las que un hombre no puede dejar pasar según qué cosas.

—¿Le ha quedado claro? ¡Pues largo de aquí! —ladró Brown, dándole la espalda para volver a su asiento y añadiendo en voz más baja—: Maldito *limey*.

Para Pickeray el insulto con el que los yanquis se referían a los ingleses fue demasiado. Extendiendo los brazos, agarró por el cuello al coronel y lo levantó hasta ponerlo de puntillas. Con el rostro congestionado y una expresión que sus compañeros de lucha hubiesen reconocido sin dificultad, acercó aún más el rostro de Brown al suyo, apretando sus enormes manos.

—Antes de que esta maldita guerra hubiese comenzado, mientras usted jugaba a los soldaditos en su país, yo combatía contra Franco. ¿Sabe usted acaso quién es? Estuve en Francia luchando contra Hitler. No se atreva a volver a insultarme ni a mí ni al ejército al que pertenezco, ¿me ha oído?

—¡Suélteme!

El oficial inglés estaba fuera de sí. Aquello le iba a costar caro. Quizá la horca, o al menos la prisión de por vida. Pero en aquellos momentos solo pensaba en apretar más y más.

—¡Le digo que me suelte!

Pickeray sintió contra su costado el cañón de una pistola, pero no se arredró y siguió cerrando sus dedos en torno al cuello del americano, cuyo rostro se estaba poniendo azul.

Sonó un disparo.

—Suélteme o la próxima vez le atravieso —dijo el coronel americano con un hilo de voz.

En ese momento, se abrió la puerta del despacho y entraron corriendo dos miembros de la policía militar, que se quedaron un instante paralizados al ver la situación. En cuanto reaccionaron, se apresuraron a echarse encima de Pickeray.

—¡Déjenlo! —ordenó Brown, mientras se frotaba el dolorido cuello.

El capitán ofreció poca resistencia, a pesar de que posiblemente se hubiese podido deshacer con cierta facilidad de aquellos dos soldados que luchaban por colocarle las esposas.

—¡Les he ordenado que lo suelten! Salgan del despacho.

—¡Pero, señor…!

—Todo está bien. Retírense, por favor.

El tono con el que el coronel se dirigía a los soldados era mucho más considerado que el utilizado para dirigirse a Pickeray, y eso desconcertó aún más al inglés, que aún ardía de rabia.

—Tome asiento, capitán —dijo el coronel tras el escritorio, como si nada hubiese sucedido.

Pickeray, sorprendido por la reacción del americano, obedeció. Brown parecía haber perdido interés por el contenido de las carpetas que se amontonaban sobre el escritorio y lo examinaba con curiosidad, como si estuviese a punto de tomar una decisión trascendental.

—Dígame, ¿por qué desea regresar a su unidad?

El hombre que preguntaba esto no tenía nada que ver con el banal y engreído oficial con el que había discutido minutos antes.

—Deseo estar con mis hombres, señor.

Pickeray había contestado respetuosamente, muy a su pesar. Aquel oficial americano lo tenía desconcertado.

—Me temo que eso no va a ser posible. ¿Ha comido algo? —preguntó Brown poniéndose en pie, conocedor de la respuesta. El inglés llevaba horas esperando frente a su despacho y no había tenido ocasión de hacerlo.

—Sargento —ordenó tras abrir la puerta—, pida que traigan algo de comer.

Brown volvió a cerrar la puerta y tomó asiento.

—Capitán, usted sabe lo que está ocurriendo, ¿verdad? Su amigo español se lo ha dicho. Lo que ustedes no saben aún es que el Alto Mando aliado da crédito a su historia. Desde hace unas semanas han estado descifrando los mensajes de los alemanes.

—¿Cómo? Sus códigos son invulnerables.

—Ya no. Como sabrá, su sistema de encriptado requiere una máquina a la que los alemanes llaman Enigma. Sin ella, resulta imposible descifrar los mensajes. Pero parece ser que recientemente una de esas máquinas ha llegado a nuestro poder, aunque los alemanes aún no lo saben.

El capitán estaba sorprendido por la confianza de la que era objeto. Aquella información sin duda estaría clasificada como alto secreto.

—Creyéndose invulnerables, como usted dice —continuó Brown—, los alemanes han depositado toda su confianza en esa máquina, así que sus mensajes, una vez descifrados, revelan mucha información.

En ese momento, entró la secretaria con una bandeja con unos sándwiches. El jaleo ocurrido anteriormente no le había sido ajeno, por lo que mostraba cara de sorpresa y cierto temor ante el cambio de situación.

—Algunos de estos mensajes —continuó el americano cuando la secretaria hubo abandonado el despacho, tras dejar la bandeja sobre el escritorio, tal y como le había indicado Brown—, se refieren a un doctor que dirige cierta investigación en un laboratorio de Berlín.

—¿Se trata del mismo del que hablaba el doctor Menchaca?

—Podría ser —contestó Brown, encogiéndose de hombros—. Lo cierto es que no lo sabemos. Pero en estos mensajes el Alto Mando alemán parece convencido de poder desencadenar un ataque definitivo contra Inglaterra en el plazo de un mes.

—¿Qué clase de ataque?

—No estamos seguros, aunque hay suficiente información como para pensar que no exageran. Su amigo, el profesor Menchaca, parece estar de acuerdo con esto.

—¿Y qué piensan hacer? —preguntó Pickeray desconcertado, pues aún no había olvidado lo que había ocurrido antes y no tenía claro si quería verse inmerso en aquellas confidencias.

—Lo que pensamos hacer es el motivo de que usted no pueda regresar con sus hombres.

Mientras el capitán masticaba mecánicamente su sándwich, escuchaba con atención, siguiendo al americano con la mirada durante su paseo por delante del ventanal.

—He sido puesto al frente de una unidad especial. Nuestro objetivo será adentrarnos tras las líneas enemigas hasta el corazón de Berlín y destruir el laboratorio donde los alemanes esconden el arma.

Pickeray dejó de masticar y la mandíbula se le aflojó.

—¿Ha dicho entrar en Berlín? —preguntó con la boca llena, completamente asombrado.

—Así es, capitán. Tengo intención de abrirme paso hasta ese laboratorio y hacerlo volar por los aires. Y quiero que usted me acompañe.

El capitán perdió todo interés por el sándwich, que dejó a tientas sobre la bandeja.

—¿Y cómo tiene previsto llegar hasta allí?

—En avión.

—Los alemanes nos derribarán en cuanto nos acerquemos —razonó Pickeray, dándose por incluido en la operación.

—No, si piensan que el avión es suyo.

—¿En un avión alemán? ¿Y quién lo pilotará?

—Eso no es problema. Cualquier piloto será capaz.

—Pero ¿y las salvaguardas? ¿Cómo sabrá las contraseñas? ¿Y dónde aterrizaremos? ¿Cómo podrá engañarlos con un piloto que no sea alemán?

—No se preocupe por eso. De cualquier manera, tengo intención de que el piloto sea alemán.

—Un piloto alemán —repitió el inglés con los ojos como platos.

—Más exactamente, de la Luftwaffe.

—Un piloto de la Luftwaffe…

—Así es. ¿Qué le parece?

El capitán no daba crédito a lo que estaba ocurriendo. Aquel americano que se había vuelto loco sonreía tranquilamente.

—¿Qué unidad será la que forme el comando? —preguntó Pickeray al cabo de un rato, tras ingerir las extrañas noticias y el contenido a medio masticar de su boca.

—No serán soldados. Hay demasiadas filtraciones. Este plan debe permanecer en secreto. Cualquier descuido lo pondría en peligro. Y no me refiero solamente a los hombres que compongan el comando cuando estemos en terreno nazi. Si fracasamos, los alemanes no nos darán una segunda oportunidad.

—¿Por qué no se bombardea el laboratorio?

—Por lo que sabemos, podría tratarse de un búnker con defensas antiaéreas que derribarían nuestros aviones, si es que estos consiguen acercarse lo suficiente. Además, es posible que sea subterráneo.

—Entiendo. ¿Cuántos hombres compondrán el comando?

—Ocho.

—¿Ya los ha escogido, señor?

—Por ahora tengo a tres. Usted, su amigo español y yo.

—Disculpe que se lo pregunte, señor. ¿Tiene usted experiencia en operaciones de comando?

—No —respondió tranquilamente Brown—. Ni siquiera tengo experiencia en combate.

—No tiene experiencia en combate…

—Eso he dicho. Al principio me sorprendió tanto como a usted que fuese elegido para esta misión, pero el mando aliado teme que alguien nos traicione. No entraré en detalles. Solo le hace falta saber que tienen motivos para sospechar que pudiera haber una filtración.

—¿Y piensan que usted es de fiar? —preguntó Pickeray—. Disculpe mi franqueza, señor.

—Hasta ahora he estado asignado a Fort Benning, en Georgia, como instructor —respondió Brown, haciendo un gesto con la mano para quitar importancia a la pregunta—. Un lugar y un cargo lo suficientemente insignificantes como para que un coronel no haya sido captado por los alemanes y para no tener amigos a quienes comentar la operación.

—Instructor de academia… —dijo Pickeray, como si realizase un gran esfuerzo para comprender lo que se le decía.

—Así es —respondió el americano, al que los recelos de Pickeray parecían divertir—. Mi trabajo es seleccionar a los componentes del comando e instruirlos. Cuando estemos en Berlín, posiblemente sea usted más necesario que yo. Por eso lo he escogido. Usted será el segundo al mando. Tiene experiencia en comando, ¿no es así? Por lo que sé, su experiencia en combate contra el general Franco en el Ebro y en Madrid requirió el uso de guerrillas urbanas. Su amigo, el doctor Menchaca, también está acostumbrado a esa clase de lucha.

Pickeray se quedó en silencio, sin dejar de mirar al americano, que lo examinaba con aquellos penetrantes ojos azules. El coronel sabía quién era Franco y qué papel había jugado Pickeray en España. No era un oficial engreído e ignorante que trataba con poco respeto a sus subalternos, sino un hombre observador al que le gustaba saber con quién se relacionaba. Todas las afrentas que Pickeray había sufrido aquellos últimos días, y en especial aquella tarde, cuando conociera a Brown, no habían sido más que una prueba que, por lo visto, había conseguido superar.

La cautela del coronel, la preocupación por la integridad de sus hombres y su decisión de ponerse al frente en una misión tan peligrosa como aquella, llevaron a Pickeray a replantearse el concepto que de él tenía.

En cambio, la aparente frivolidad con la que Brown afrontaba aquella arriesgada operación lo asustaba un tanto. Pickeray había luchado bajo el mando de oficiales que, por tomarse alegremente las cosas, habían perdido innecesariamente muchos hombres.

—Escuche, capitán —dijo Brown, intuyendo lo que pasaba por la mente del oficial inglés—. Antes de que sigamos hablando, me gustaría saber si está usted dispuesto a servir bajo mis órdenes en esta operación. No deseo obligarlo. Será muy peligroso. Sé que está usted casado y tiene una niña. Si le digo la verdad, aún no veo cómo podremos escapar con vida. Pero es algo que

debe hacerse. Quien me acompañe lo hará por propia voluntad. No puedo arriesgarme a que nos traicionen o nos dejen en la estacada.

—Cuente conmigo.

Las palabras habían salido de su boca de inmediato, sin ser consciente de haberlas pronunciado. Aquel hombre de pelo blanco y ojos claros poseía una mirada magnética.

De cualquier forma, se dijo Pickeray, por nada del mundo se lo hubiese perdido. Sin duda, quedaban pocas semanas para que comenzara la invasión, y no estaba dispuesto a que lo aislaran. Él era un oficial de la corona y un idealista. Un mundo sin Hitler sería mucho mejor. Cierto era, como había comentado Brown, que tenía una esposa y una hija. Pero también tenía un deber.

—Muy bien. Quiero que eche un vistazo a esto y me diga lo que piensa —repuso el americano, regresando a la mesa y tendiéndole el primer expediente de la carpeta que estaba examinando cuando Pickeray entró en el despacho—. A este hombre lo conozco personalmente. Sirve en Fort Benning, donde yo estaba destinado. Hace tiempo que tengo ganas de echarle el guante. Tal vez esta sea la ocasión.

Pickeray miró el expediente, compuesto por dos hojas, una de ellas una ficha militar. El capitán las examinó con atención, levantando las cejas con la segunda hoja, un informe disciplinario.

—Un elemento de cuidado.

—Sin duda —admitió Brown con un gesto de los hombros—. Probablemente sea el más problemático, pero, si logramos que venga con nosotros, nos será de gran utilidad.

El segundo expediente era algo más grueso: una ficha carcelaria británica y su correspondiente sumario judicial.

—Está rebuscando en las cloacas —se limitó a comentar Pickeray, después de leerlo en profundidad.

—Me lo ha proporcionado la policía de su país —repuso Brown, tendiéndole el siguiente, que solo ocupaba una hoja con una ficha de un campo de prisioneros galés.

El capitán la examinó, no dijo nada y tomó lo que le tendía Brown. En esta ocasión, se trataba de un periódico americano con fecha de cinco días atrás.

—¿Tiene pensado reclutar a su presidente? —preguntó, mostrando la primera página del diario, en el que un titular hablaba de Roosevelt y su proyecto de ley.

Brown esbozó una sonrisa y le señaló otro de los titulares; Pickeray leyó el artículo, que continuaba en las páginas interiores. Se trataba de un ejemplar como el que había hojeado Brown en el pasillo de los tribunales el día de su consejo de guerra, mientras el general Sobel trataba de burlarse de él.

—¿Qué opina, capitán? —preguntó el americano cuando Pickeray terminó de leer.

—No sé qué decirle, coronel —contestó el inglés, rascándose el mentón —. Me parece una locura. ¿Está usted seguro de lo que hace?

—Esos hombres son buenos en lo que hacen —repuso Brown.

—Pero no tienen ninguna formación militar.

—Lo sé.

—Disculpe, señor, pero esos hombres, en el mejor de los casos, son problemáticos.

—¿Y me lo dice usted? —preguntó Brown cogiendo del escritorio otra carpeta—. Pickeray, capitán, ascendido a mayor en dos ocasiones y degradado otras tantas. Ha abandonado por dos veces el ejército para ir a España a combatir. Encerrado por insubordinación tres veces y por agredir a un superior…

—No hace falta que siga. Conozco el resto.

—Capitán —dijo Brown, cerrando la carpeta y arrojándola sobre la mesa —, en esta operación no necesito soldados que cumplan las normas a rajatabla, marquen el paso y sepan desfilar. Necesito especialistas, y esos hombres lo son.

—¿De verdad piensa que esos hombres van a acompañarnos por su propia voluntad?

—Eso espero. Tengo algo que ofrecerles que sabrán valorar.

—Entiendo. Aquí hay cuatro expedientes. Usted ha hablado de ocho hombres. Si viene el doctor Menchaca, somos siete.

—Cierto —respondió el coronel con un gesto de fastidio—. Necesitamos un especialista en explosivos, y rápido. Alguien dispuesto a luchar y capaz de desatar un infierno… ¿Por qué sonríe?

—Creo que tengo al demonio que busca.

⁂

Miércoles, 23 de febrero de 1944
Picos de Europa, Asturias, España

La pareja de la Guardia Civil, bien envuelta en sus capotes y con las armas colgando del hombro, hacía la ronda alrededor del edificio. Los aullidos de un perro a la luna, a ratos cubierta por las nubes, era lo único que se escuchaba en la desierta calle, donde los guardias civiles, aburridos, hacía rato que habían acabado con todos los temas de conversación.

De pronto, uno de ellos se detuvo y cogió por el brazo a su adormilado compañero, señalándole un bulto oscuro pegado al muro del edificio.

—¡Lo han descubierto! —susurró Ceferino Roiz, jefe de la brigada Picos de Europa, escondido tras un carro lleno de heno.

Los guardias civiles inspeccionaban a prudente distancia el bulto, sin saber muy bien qué hacer.

—¿Cuánto queda para la ex…?

Como respuesta a la pregunta, una atronadora explosión rompió el silencio de la noche, arrojando a los dos guardias por los aires, entre una nube de polvo y cascotes.

De las sombras surgieron varios brigadistas, que, con sus vetustas escopetas y fusiles, corrían hacia el muro de la prisión central de Santander para ayudar a los presos del régimen de Franco allí encerrados a escapar por la brecha abierta.

Ceferino Roiz se aprestó a seguirlos para organizar la fuga, pero una mano de hierro lo aferró por la muñeca, impidiéndole moverse.

—¿Qué haces, Miguel? —preguntó sorprendido el cabecilla, mirando al hombre agazapado junto a él.

Miguel Villar, al que sus compañeros llamaban Cornín, no se había movido de su escondite y escrutaba atentamente la calle.

—¿Ocurre algo? —preguntó Roiz alarmado.

—Larguémonos —contestó Villar, retrocediendo entre las sombras, mientras el polvo de la explosión se asentaba, permitiendo ver el solitario boquete por el que ya debían de estar escapando los presos.

El cabecilla de la brigada apenas dudó un instante antes de llevarse dos dedos a la boca y emitir un penetrante silbido, la señal para que sus hombres emprendieran la huida.

Agachado, Roiz corrió tras Villar, al amparo de la oscuridad, preguntándose qué habría podido alarmar al hosco minero. Conocía a Cornín lo suficiente como para saber que, si este decía que debían largarse, lo mejor era salir corriendo.

Habían avanzado algo menos de cien metros cuando escucharon los silbatos y los primeros disparos. Deteniéndose en seco, Villar empujó a Roiz, metiéndolo por una carbonera, justo a tiempo para evitar a un grupo de guardias civiles que corrían con gran estrépito por el callejón hacia la cárcel.

Tendidos sobre la montonera de carbón, ambos hombres guardaron silencio. Fuera, un furioso alboroto de disparos, gritos y órdenes a viva voz para que se entregaran los asaltantes hacían prever el desastre. A Roiz no le cabía duda de que les habían tendido una trampa, en la que, de no ser por aquel «demonio», él mismo habría caído fatalmente.

—Es mejor que nos marchemos —susurró Roiz con rabia.

Villar asintió con la cabeza. Cogió un trozo de carbón, se frotó las manos con él y se las pasó por la cara, tiznándose el rostro. Roiz hizo lo mismo. Después se pusieron en pie y, con sigilo, se auparon hasta la salida. Tras comprobar que no había moros en la costa, desaparecieron entre las sombras.

⁂

Esta infructuosa acción había tenido lugar tres días atrás. Después de escapar de la carbonera, Roiz y Villar habían pasado el resto de la noche escondidos en la casa de un simpatizante a quien el cabecilla solía utilizar como correo para recoger y enviar mensajes a otras brigadas y a sus familiares. Por la mañana, un chaval había traído un sobre cerrado para Roiz, junto con malas noticias: al menos uno de los que habían participado en el asalto a la cárcel había resultado herido y estaba en manos de la Guardia Civil.

Sin perder tiempo, los dos hombres habían abandonado Santander, escurriéndose hasta Cabrales, para luego tomar la montaña, donde ahora aguardaban apostados, tras un grupo de árboles, a que el resto de la brigada se reagrupara en el punto de reunión acordado, una borda a trescientos metros de donde ellos se escondían.

Cornín, que en lengua asturiana quería decir «demonio», opinaba que debían marcharse. Era muy probable que la Guardia Civil hubiera interrogado al herido, y hubiera terminado este por confesar el punto de reunión. Roiz estaba de acuerdo con el rudo minero, pero su sentido del deber no le permitía dejar en la estacada a ninguno de sus hombres.

—¿Cómo supiste que nos estaban tendiendo una trampa? —preguntó Roiz con curiosidad.

El minero alzó los hombros y no contestó, limitándose a seguir observando la cabaña. Hasta el momento, habían acudido cinco de los siete brigadistas que los habían acompañado. Faltaban Juan y Mariano, el primero muy joven y el segundo demasiado viejo.

Aunque en los alrededores no se divisaba ningún movimiento y la borda estaba en campo abierto, Cornín no se fiaba. Llevaban día y medio sin probar bocado, con tan solo un par de tragos de leche robada a una oveja.

Roiz miraba hacia la cabaña de vez en cuando, pero más a menudo a su extraño y silencioso compañero. El minero era un valioso miembro de la brigada, tanto por su conocimiento de los explosivos como por su sexto sentido para el peligro, que los había salvado en más de una ocasión. Pero Cornín era muy susceptible, y Roiz sabía que debía tener mucha mano izquierda con él.

El cabecilla estudió una vez más al que llamaban Demonio, por su capacidad para oler el peligro. Villar vestía una casaca de piel de cabra que escondía un cuerpo nervudo y robustecido en la mina. Un gorro de lana sucio le cubría el cabello oscuro ya con algunas canas. El rostro áspero y cetrino contenía dos espesas cejas que se juntaban por encima del puente de la nariz, y de la boca le colgaba una pipa apagada.

El antiguo maestro de pueblo, fundador y cabecilla de la brigada, dio un suspiro de agotamiento y, apoyando la espalda en un tronco, cerró los ojos. Hombre instruido y de gran carisma, sentía sobre sus hombros el paso del tiempo, desde que siete años atrás se incautara de un autobús y, junto a un grupo de jóvenes armados con escopetas de caza, acudiera a defender la capital asturiana de los militares sublevados. Un esfuerzo inútil que, a la postre, lo había obligado a refugiarse en las montañas para escapar de sus perseguidores, desde donde continuó su estéril lucha.

Villar miró de reojo al cabizbajo dirigente. A pesar de su frágil aspecto, sabía que Roiz era uno de los revolucionarios más respetados y uno de los pocos que había logrado apartar a sus hombres del bandolerismo, dos motivos que habían llevado a Cornín a elegir la brigada que el maestro comandaba, para hacer su guerra.

Y no es que Cornín estuviese plenamente de acuerdo con las ideas de Roiz. A diferencia de este, la cuna de Miguel no podía ser más humilde. Hijo y nieto de mineros en Sama de Langreo, de muy joven había empezado a trabajar en las minas de carbón, donde aprendió a utilizar la dinamita, a cavar durante jornadas interminables lejos del sol, a soportar el aire viciado que tantas enfermedades de pulmón causaba a los obreros, a resistir el estruendo

de la perforación y las explosiones, y a sufrir la angustia de los derrumbes cuando las paredes mal sostenidas cedían por el peso de toneladas de tierra y sepultaban vivos a amigos, familiares y conocidos.

El padre de Miguel, Andrés, conocido como Pancho, era uno de los mejores dinamiteros de la zona. El arte de los explosivos le venía de familia, y él lo había transmitido a sus hijos. Aunque se trataba de un trabajo muy peligroso, pues a veces la dinamita se encontraba en mal estado, las mechas se apagaban o la manipulación era incorrecta, la familia Villar jamás había perdido a ninguno de sus miembros en una explosión.

Pancho, de carácter tormentoso, llevaba la anarquía en la sangre y no aceptaba autoridad alguna, lo que le había provocado más de un disgusto. Odiaba por igual a la Guardia Civil, a los jueces y a los curas. Estos sentimientos habían sido heredados por sus hijos, aunque tamizados por el carácter algo más suave de Adela, esposa de Pancho.

Menos Miguel. El hijo más joven era un calco de su padre. De expresión hosca y genio vivo, únicamente se diferenciaba en su necesidad de buscar la soledad y aislarse del resto del mundo. Malhumorado y taciturno, no gustaba de visitar la taberna, como hacían su padre y sus hermanos.

Los domingos, cuando Adela acudía con sus hijas a la iglesia, dejando a su marido en casa renegando contra todo lo que tuviese que ver con Roma y los curas, usando palabras que aun después de tantos años de convivencia sonrojaban a la pobre mujer, los hijos del matrimonio se iban a la tasca; salvo Miguel. Este prefería coger la escopeta de su padre y subir al monte, no tanto para llevar algo con que amenizar la cazuela familiar, sino por estar solo, sin nadie que lo molestase.

Miguel había crecido escuchando a su padre despotricar contra los políticos y la Iglesia, que robaban y esclavizaban al pueblo protegidos por los militares y la policía. Lejos de la escuela, pues Pancho también despreciaba a los maestros, de quienes decía que solo servían para lavar la cabeza de los jóvenes y meter la mano por debajo de las faldas a las muchachas, desde muy joven su mundo se había reducido a la mina y al monte, los domingos, escopeta al hombro.

Una vida relativamente feliz para el joven muchacho que se había empezado a torcer al cumplir veinticuatro años. Las aguas bajaban revueltas en la región. Los partidos de izquierdas no se mostraban conformes con el reparto y exigían el adelanto de las elecciones. Ante la negativa del gobierno, los sindicatos mineros habían llamado a la huelga en octubre de 1934.

Pancho y sus hijos se habían sumado a la convocatoria, y esta se había recrudecido. Los mineros disponían de armas y dinamita y estaban muy bien organizados. Eufóricos, habían proclamado en Oviedo la República Socialista Asturiana atacando los puestos de la Guardia Civil, las iglesias, los ayuntamientos y todo lo que se les pusiese por delante. Tres días después, casi toda Asturias había quedado en manos de unos enfervorizados mineros, incluidas las fábricas de armas de Trubia y La Vega.

En total, se habían sumado más de treinta mil personas al movimiento revolucionario. El gobierno, asustado ante el cariz que tomaban las cosas, había decidido considerar aquello como el inicio de una guerra civil y envió tropas desde Marruecos para que aplastaran el levantamiento.

Durante la represión del alzamiento, Oviedo quedó asolado y hubo gran cantidad de bajas en las filas revolucionarias, entre ellas las de Pancho y dos de sus hijos. Miguel, con algo más de suerte que ellos, cayó en manos de los soldados, y fue encerrado, junto al resto de los prisioneros, hasta la amnistía de 1936.

Estos terribles sucesos agriaron el carácter de Miguel y radicalizaron aún más sus ideas. Había aprendido una buena lección: «Si quieres que algo se haga, has de hacerlo tú mismo». La palabrería de aquellos dirigentes socialistas, llegados desde las grandes ciudades, que habían tomado el control de las acciones revolucionarias, no había servido de nada. Aquellas postulaciones sobre la paciencia y la necesidad de negociar con el gobierno para llegar a acuerdos que fuesen buenos para todos y que el uso de la violencia debía ser el último recurso habían confundido a los voluntariosos e incultos mineros, que se habían dejado conducir como ovejas al matadero.

¿Qué paciencia habían mostrado los legionarios llegados de Marruecos cuando disparaban contra todo lo que se movía? ¿Qué negociación había mantenido el gobierno con ellos? ¿Acaso no habían llegado, desenfundado sus armas y disparado antes de hablar? ¿O ellos no tenían que respetar aquello de que la violencia era el último recurso?

No, para Miguel había quedado claro que las palabras eran para los débiles y para los que se consideraban derrotados antes de comenzar la lucha. Quienes tenían la fuerza, las armas y la voluntad de usarlas eran quienes ganaban las contiendas, y eso siempre había sido así. Esta salmodia se la había repetido una y otra vez Pancho, ahora muerto por culpa de quienes habían defendido la diplomacia.

Miguel no había querido regresar a la mina y, sin dinero ni nada más que las ajadas ropas vestidas en la prisión, se había subido a un tren de carga en

dirección a Burdeos. Había oído decir que en la frontera los republicanos necesitaban hombres para presentar lucha al ejército levantisco y que la cosa iba en serio.

El conocimiento de las montañas asturianas y su manejo de la escopeta lo hacían prácticamente invulnerable. Era un superviviente nato, dotado de un extraño sexto sentido que lo protegía contra los peligros, haciéndole desconfiar de todo y de todos, gracias a lo cual conseguía salir indemne de las frecuentes emboscadas del ejército franquista.

Había aceptado participar en las misiones más arriesgadas, a las que había sobrevivido perdiendo multitud de compañeros. En una zona de fuertes creencias supersticiosas como aquella, pronto se le consideró una especie de demonio, un cornín, y cuantos lo acompañaban siempre trataban de estar cerca de él cuando las cosas se ponían feas, con la esperanza de que su protección los amparase.

Pero recién entrado el año 1938, en las cercanías de Santa María de Cayón, en Cantabria, una bala perdida le acertó en una pierna. Perdió mucha sangre y quedó tendido en el suelo, impotente, mientras sus compañeros huían para ponerse a salvo.

De nuevo tuvo suerte. Los soldados no lo mataron allí mismo, sino que lo trasladaron a la prisión del Fuerte de San Cristóbal, en el monte Ezkaba, en Navarra, donde milagrosamente se recuperó y se aprestó, con su natural fatalidad, a esperar a que lo fusilaran.

Sin embargo, el destino le tenía preparado algo distinto. Meses después, aprovechando que era domingo y que la guardia estaba distraída, un grupo de presos se había hecho con el control de la prisión; abrieron las puertas y dieron la libertad a más de dos mil presos.

Algunos, convencidos de que aquello era una maniobra de sus carceleros para jugar a la caza de la liebre con ellos en cuanto cruzasen las puertas del fuerte, se quedaron en las celdas. Otros, más atrevidos, emprendieron la fuga en diferentes direcciones, cayendo la mayoría abatidos por los disparos de las patrullas, que los cazaban sin compasión. Muy pocos consiguieron alcanzar la frontera francesa, y entre ellos estaba Miguel, al que el monte inhóspito no le era desconocido.

Durante meses deambuló por los Pirineos, escondiéndose de las patrullas franquistas. Una mañana, dormido entre unos matorrales, había escuchado unos disparos lejanos. Su experiencia le decía que aquellas descargas rítmicas las componían varias armas a la vez. Con curiosidad, había bajado de la

ladera en la que se encontraba hasta tener a la vista el poblado que se abría en el valle y del que desconocía su nombre.

En la plaza estaban reunidos todos los habitantes. Soldados armados apuntaban a los presentes para que nadie se moviera. Los lloros y gritos de angustia de hombres, mujeres y niños llegaban hasta él.

En mitad de la plaza se levantaba un cadalso, y en el centro había un poste del que un par de soldados retiraban un cuerpo desmadejado. El poste enseguida fue ocupado por un muchacho, que se retorcía desesperado, tratando de zafarse inútilmente.

Los soldados lo ataron al poste y le taparon los ojos con la venda que habían utilizado con el anterior. A una orden de su jefe, los hombres que aguardaban en formación descargaron una ensordecedora andanada. Como un pelele, el muchacho se agitó al recibir los impactos y quedó colgando de las cuerdas que lo mantenían sujeto al poste.

El siguiente era un hombre de avanzada edad al que le costaba mantenerse en pie. Pero era orgulloso y llevaba alta la cabeza. No suplicó ni se revolvió, y solamente abrió la boca una vez para maldecir a sus verdugos y escupir en el suelo.

Sin estar seguro de lo que hacía, Cornín había bajado la ladera y vadeado el riachuelo hasta el pueblo, lejos del puente. Un grupo de tres soldados jugaba a las cartas en un rincón, cruzaban apuestas, ajenos al espectáculo que se celebraba en la plaza.

Armado con su cuchillo, Villar acabó con la vida de los tres antes de que cualquiera de ellos pudiera llegar a saber lo que estaba ocurriendo. Después examinó las armas de los soldados y se decidió por un fusil máuser. Recogió toda la munición y subió al campanario de la iglesia por la puerta que daba a la sacristía.

Entretanto, otros dos hombres se habían sumado al montón de cadáveres que crecía al lado del cadalso, que los soldados vigilaban para que nadie los pudiera recoger.

La situación era muy delicada. En cuanto Villar disparase el primer tiro, el resto de soldados correría a refugiarse, lo sitiarían y no le permitirían escapar. Un hombre en lo alto de un campanario, solo y sin ayuda, rodeado por un montón de soldados armados, resultaría una presa fácil.

Cornín apoyó el cañón del máuser sobre el murete del campanario, apuntó, cogió aire, lo mantuvo firme y, con suavidad, como lo había hecho durante años en los montes de Langreo, apretó el gatillo hasta que el arma disparó.

Uno de los soldados cayó al suelo con la cabeza destrozada. Sus compañeros se quedaron quietos por la sorpresa, sin saber qué hacer, y Miguel tuvo tiempo de hacer otro disparo antes de que reaccionaran y buscaran un escondite, dejando abandonados a sus dos compañeros caídos. Pero aún no sabían de dónde provenían los disparos, y Miguel pudo acabar con tres más, mientras sus jefes se desgañitaban dando órdenes.

Los lugareños aprovecharon el desconcierto para liberar a los prisioneros que esperaban su hora, y todos echaron a correr. Entre la confusión, los soldados comenzaron a disparar sin ton ni son.

Entonces, alguien se dio cuenta de dónde provenían aquellos disparos y pronto la iglesia fue rodeada. Villar hizo un cálculo rápido. Al menos eran dos docenas de soldados los que quedaban. Tenía munición de sobra, pero, una vez localizado, difícilmente podría encontrar un buen blanco sobre el que disparar. Escapar quedaba descartado.

Desde su situación podía mantener a raya la puerta principal, pero no la de la sacristía, por donde él había entrado. No tardarían los soldados en darse cuenta de ello, y vendrían a buscarlo. Parapetado en el campanario, oía como las balas impactaban a su alrededor, ensordeciendo cada vez que alcanzaban la campana. Un soldado con madera de héroe, o simplemente estúpido, trató de llegar a la carrera hasta el portalón, y Villar le reventó la frente. Otro que se asomó para ver el estado de su compañero corrió la misma suerte. Dos menos.

De pronto, Cornín se giró, alerta. Había alguien debajo de la escalera del campanario. Con cuidado, se arrastró hasta el hueco y se asomó. Un cura con la sotana sucia le hacía gestos desesperados para que bajara, instándole a que lo hiciese en silencio. Miguel se lo pensó un momento, pero después volvió al murete, pegó tres tiros más y dejó el cañón del máuser apoyado para que los de abajo creyeran que continuaba en el campanario.

Bajó la escalera y siguió rápidamente al cura en su descenso hasta una cripta. Desde allí, por una pared falsa, el cura le indicó con gestos lo que debía hacer y le tendió un candil encendido.

Nunca había llegado a saber el nombre de aquel sacerdote ni la suerte que habían corrido los habitantes del pueblucho. Después de aquello, Villar había abandonado los montes Pirineos, regresando a las montañas asturianas, donde, tras un par de semanas de discreta búsqueda, había logrado dar con su objetivo.

—¿Miguel Villar? —le preguntó una tarde un hombre en la tasca de un pueblo.

—¿Quién lo pregunta?

—Me han dicho que busca al grupo de Machado.

—¿Quién le ha dicho eso? —había preguntado Villar, entrecerrando aún más los ojos.

—No importa quién. ¿Es cierto?

—¿Quién es usted?

—Alguien que le puede ayudar. Me llamo Ceferino.

⁂

Ceferino Roiz, alias Machado, había conseguido, con el tiempo, ganarse la confianza de aquel rudo minero que valía su peso en oro como combatiente, y que desde entonces no había abandonado la brigada Picos de Europa.

Ahora, recostado contra el tronco, Roiz descansaba con los ojos cerrados.

—No los han seguido —dijo Cornín.

Roiz abrió los ojos y se incorporó. El sol estaba alto. Se acercaba la hora en la que las personas que no se veían obligadas a esconderse en las montañas, acosadas como si fuesen alimañas, se reunían junto a sus familias en torno a una mesa donde llenar el estómago con una buena comida caliente.

Villar se puso en pie y se colgó la escopeta al hombro, dispuesto a descender hasta la borda donde aguardaban sus compañeros, cada vez más impacientes.

—Espera —lo retuvo Roiz, agarrándolo por la muñeca—. Hay algo que te quiero pedir.

Villar lo miró en silencio.

—Me gustaría que me hicieses un favor, Miguel. —Roiz era el único que llamaba por su nombre al minero—. Hay alguien con el que quisiera que hablaras —dijo el cabecilla, cuidando las palabras. No convenía alarmar al desconfiado guerrillero. Si se tomaba a mal lo que tenía que pedirle, podía perder a uno de sus mejores hombres.

Villar hizo un leve gesto con la cabeza, pero no dijo nada.

—Es un amigo —dijo Roiz con suavidad—. Un inglés. De las Brigadas Internacionales. Luchó a mi lado. Es de toda confianza.

—¿Por qué?

—Necesita que le eches una mano.

—¿Es importante?

—Lo es, Miguel —contestó Roiz, notando que al minero no le agradaba la idea—. Si no quieres…

—¿Es importante para ti?

—Ese hombre me salvó la vida.

—¿Dónde está?

—En Cabrales. Se llama Pickeray. Es capitán del ejército británico. Te está esperando en la tasca del Justino.

—¿Cuándo?

—Esta tarde. Yo bajaré a la borda y reuniré a la brigada. Iremos al Naranco. Si decides no colaborar con el inglés, nos reuniremos allí.

Villar hizo un gesto de asentimiento y se puso en marcha. No era necesario preguntar nada más. Roiz le estaba pidiendo un favor. Una conversación con alguien de su confianza. Villar escucharía lo que tuviese que decirle el inglés, y luego ya se vería.

A buen paso, Cornín tardó algo menos de dos horas en llegar a Cabrales. Su naturaleza desconfiada lo llevó a estudiar el pueblo desde un escondite en un puesto de cazadores, una posición alta que le permitía una buena panorámica.

El pueblo parecía tranquilo. Apenas se veía movimiento. Un hombre tiraba del ronzal de su burro, que transportaba unos sacos. En una callejuela, un grupo de mujeres tejían sentadas en unas sillas bajas de mimbre mientras charlaban. Una madre daba de amamantar a su pequeño, con un perro pulgoso y flaco tendido a sus pies.

Villar decidió que era seguro y enfiló por uno de los callejones. Ya conocía Cabrales, al igual que otros pueblos de la comarca, así que llegó sin titubear hasta la plaza, entrando por la esquina contraria a la que ocupaba la taberna del Justino. Todo estaba tranquilo.

Se acercó a la taberna y echó un vistazo por el sucio cristal de la puerta. Dentro solo vio al tabernero, a cuatro parroquianos jugando a las cartas, un tipo enorme sentado a una mesa que, ante su corpachón, parecía de juguete, y medio centenar de moscas.

Tras un último vistazo a la plaza, Villar entró en la taberna y, sin mirar al forastero, pidió en la barra un vino que no tocó, escrutando a su alrededor, hasta detener la mirada en el gigante, que le hizo un saludo con la cabeza.

—¿Quería hablar usted conmigo? —preguntó el guerrillero, acercándose a la mesa.

—¿Es usted Villar? —preguntó el desconocido, utilizando con dificultad un castellano con fuerte acento extranjero.

—¿Qué quiere?

—Me llamo Pickeray —contestó el gigante en inglés—. Usted conoce mi idioma, ¿verdad? Me han hablado mucho de usted. Es usted un especialista en explosivos, y un buen combatiente.

Villar no dio muestras de si había entendido o no y se mantuvo en silencio. Sus ojos no dejaban de ir de un lado a otro, reflejando la tensión.

—Como le habrá dicho nuestro amigo en común, necesito su ayuda —añadió Pickeray.

—¿Para qué? —preguntó Villar en un inglés casi tan malo como el castellano del británico. Él también había luchado junto a miembros de las Brigadas Internacionales y había tenido que aprender el idioma de quienes habían llegado de lejos para echarles una mano contra Franco.

—No puedo entrar en detalles —explicó Pickeray—. Pero tenemos un grave problema. Muy grave. Y usted podría ayudarnos.

—¿De qué se trata?

—Necesitamos un especialista en explosivos.

—¿No lo tienen en su país?

—Necesitamos a alguien de confianza y que no pertenezca al ejército.

Villar meditó la respuesta. El inglés le estaba diciendo que debía llevar a cabo un trabajo para el que no se fiaba de su propia gente. Por un momento, pensó que quizá se trataba de algo poco honrado, pero enseguida se dijo que, de haber sido así, Roiz no le hubiera pedido que se reuniera con él.

—¿Puedo saber de qué se trata?

—Me temo que no es posible —repuso Pickeray con cuidado.

El capitán británico había mantenido la amistad con Roiz después de que las Brigadas hubieran tenido que abandonar España. Aún se carteaban, y era de esa forma como Pickeray había llegado a tener noticias de Villar, al que el cabecilla alababa por su coraje y determinación. También le había advertido de que el minero era en extremo desconfiado.

—Necesito que me acompañe a Inglaterra. Será cuestión de un par de meses o tres.

Villar sacó su pipa del bolsillo y golpeó la cazoleta contra la mesa, examinándola como si algo en su interior la estuviera atascando. Mientras, el capitán británico lo miraba expectante.

—¿Quiere que vaya con usted sin decirme ni adónde ni para qué? —preguntó al final Villar.

—Sé que es mucho pedir, pero he venido de muy lejos a buscarlo —repuso Pickeray—. Aunque no le quiero engañar: se trata de una misión muy

peligrosa.

Villar escrutó los ojos del inglés.

—¿Hasta qué punto es importante?

Pickeray se removió, inquieto, y echó su corpachón hacia delante.

—Podría hacernos perder la guerra.

Villar se concentró de nuevo en su pipa antes de volver a mirar al inglés. Años atrás, aquel tipo enorme que se sentaba frente a él había dejado su tierra y su cómoda vida para arriesgarla en las trincheras españolas. Sabía que estaba en deuda con hombres como aquel. Y Villar no era de los que olvidan pagar sus deudas.

—Iré con usted.

⁂

Jueves, 24 de febrero de 1944
Londres, Inglaterra

—He hablado con su presidente y le he pedido que mande a Lucas a casa.

El primer ministro británico se refería al general John Porter Lucas, militar americano que había tenido bajo su responsabilidad la Operación Arena en Anzio, a las orillas provincianas de Roma. Churchill había puesto grandes esperanzas en esta acción para tomar rápidamente la capital italiana y formar una tenaza con el posterior ataque desde el norte de Europa, aunque los americanos no compartían la misma ilusión, más empeñados en la gran operación del desembarco masivo en la costa francesa.

El mandatario inglés había diseñado un desembarco basado en la rapidez y la sorpresa. Su servicio secreto le había asegurado que los alemanes disponían en la zona de pocas tropas, mal equipadas y peor preparadas. Una acción fulminante habría de llevar a los aliados hasta las puertas de Roma en el plazo de una semana con un escaso número de bajas.

Sin embargo, el general americano había pecado de conservadurismo y, en vez de aprovechar el factor sorpresa y la debilidad alemana, se había limitado a consolidar la posición cerca de las playas donde habían desembarcado sin dificultad, permitiendo a los alemanes desplazar más tropas de refuerzo hacia Anzio y malogrando así los planes de Churchill. Esta torpeza retrasaría en meses la toma de la Ciudad Eterna, lo que había provocado una profunda irritación en el primer ministro británico.

—Lucas dejó claro desde el principio su desacuerdo con la operación —repuso Eisenhower en tono conciliador.

—No crea que lo ignoro —gruñó el primer ministro—. Su compatriota no se abstuvo de compararla con el desastre de Gallipoli en la Gran Guerra, que casualmente también había sido idea mía.

—Lucas pensó que su fuerza no era suficiente. Ya le advertí…

—Lo sé, lo sé. Me advirtió usted de la imprevisibilidad alemana. No lo olvido. Pero si Lucas hubiese avanzado según lo establecido, estaríamos ahora cenando con el Santo Padre…

—¿Señor?

—¿Qué sucede? —repuso de mal humor Churchill, girando la cabeza hacia la puerta por donde acababa de aparecer su secretario.

—La visita que esperaba.

—Está bien. Hágalo pasar.

Instantes después entró un hombre vestido de civil, al que el mandatario instó a tomar asiento.

—¿Y bien?

—Lo siento, primer ministro. No conseguimos encontrar ningún rastro de él.

Más irritado aún, Churchill se echó hacia atrás en su butaca, dio una profunda calada a su habano, como si fuese el culpable de sus desgracias, mientras fijaba la mirada en el general Eisenhower, que permanecía en silencio.

—Pensaba que su servicio secreto era el mejor —fustigó el primer ministro, cuando el recién llegado, desconcertado ante la silenciosa respuesta de sus interlocutores, había entendido que su presencia en el despacho ya no era necesaria.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —contestó Ike sin alterarse.

—Llamaré al mayor Norton. Veremos si él puede hacer algo.

El mayor Norton era jefe del servicio de información del Ministerio de Guerra Británico y amigo personal de Churchill, que lo tenía en consideración como hombre de grandes recursos. Aunque el servicio secreto SOE gozaba de buena reputación, Norton mantenía sus propias fuentes.

—¿Cree que él podrá encontrar a nuestro científico? —preguntó Eisenhower un tanto incrédulo, considerando que el OSS tenía los mejores contactos en Alemania y había sido incapaz de localizar al escurridizo físico judío.

—Más nos vale.

Capítulo VI

Viernes, 25 de febrero de 1944
Fort Benning, Georgia, EE. UU.

—Este cacharro no tiene arreglo.

Quien así hablaba era un joven soldado con medio cuerpo metido dentro del bloque de motor de un camión Chevrolet, el cual, con el capó levantado, parecía estar devorándolo.

En el puesto del conductor, otro de los mecánicos del cuartel le daba a la llave de contacto y pisaba furioso el pedal del acelerador, pero el camión se negaba a arrancar.

Se acercaba la hora del rancho y tenían que entregar aquel trasto para que se lo llevaran. Pero ¿qué pretendían que hicieran con él? El bloque estaba medio agarrotado y el carburador tenía la suciedad tan enquistada que era imposible limpiarlo y no dejaba pasar la gasolina.

Para colmo, la caja de cambios parecía que se iba a romper en cualquier momento. Los engranajes no encajaban bien, pues uno de los árboles estaba algo torcido. El que lo condujera, si es que lograban arrancar aquel maldito cascajo, corría el riesgo de palmarla a causa de la metralla que despediría cuando los piñones saltaran por los aires.

—¡Vuelve a darle otra vez!

El que ocupaba la cabina giró el contacto y, a la vez que daba patadas al acelerador, aferraba con la mano libre el volante, impulsándose sobre el asiento, como si de aquella manera pudiera dar ánimos al camión, al que maldecía con todas sus fuerzas.

—No hay nada que hacer —renegó el mecánico, sacando el cuerpo de las entrañas del monstruo. Se limpiaba las manos cubiertas del aceite perdido de la caja de cambios con un trapo más sucio que el buzo del ejército que vestía. El traje le quedaba muy grande y se había tenido que remangar perneras y mangas para que no se le enredaran—. Dile a Comadreja que no se puede hacer nada.

—¿Y por qué no se lo dices tú, eh?

—Porque te lo ha encargado a ti.

—¡De eso nada! —contestó cada vez más furioso el que se sentaba tras el volante—. Dijo que lo arregláramos, no dijo que lo hiciera yo.

El otro no contestó. Se apoyó sobre el costado del camión y encendió un cigarrillo. Era un par de años mayor que su compañero, aunque apenas pasaba de los veintiuno. Había aprendido a manejar motores en el cuartel donde se había alistado esperando ver mundo, pero por el momento lo único que había visto era aceite, grasa y pesadas piezas de hierro descoyuntadas.

Aunque no se podía quejar. Se hablaba de que pronto habría una invasión en Europa, aquella Europa que él deseaba conocer. Quienes formaran parte de la invasión tenían muchas papeletas para regresar a sus casas dentro de un cajón de pino, así que más les valía seguir teniendo como únicos enemigos a aquellos motores rebeldes y al cabrón de Comadreja.

—¿Tienes un cigarro? —preguntó su compañero, más calmado, bajando del camión. Mientras cogía el que se le ofrecía, preguntó—: ¿Qué le diremos a Artie?

—¿Qué quieres que le digamos? No se puede hacer nada. Este cacharro no volverá a andar nunca.

—No le va a hacer ninguna gracia.

—¿No? Pues que hubiese estado aquí. Es su trabajo, ¿no? Se supone que él es el que sabe, y nosotros sus ayudantes. Si no estuviera todo el día escaqueado vendiendo tabaco y alcohol, igual podría hacer algo.

—¿Has visto lo que lleva detrás? Está lleno de cajas de raciones de campaña.

—Por eso pretendía que lo arregláramos antes del almuerzo. No quiere arriesgarse a que lo vea el coronel. Tiene que sacar el camión de aquí cuanto antes. Peor para él. Esto no tiene arreglo.

—Pues a ver cómo se lo toma. Por allí viene.

Instintivamente, el que había estado hurgando en las tripas del camión tiró el cigarro y se incorporó, mirando al hombre que se acercaba hacia ellos. Traía las manos ocupadas con un buen fajo de billetes. Algunos deberían de ser para sus ayudantes, pero quizás ahora se quedaran sin ellos.

Artie Weidenfeld, alias Comadreja, tenía treinta y seis años, era de complexión más bien fuerte y lucía una brillante calva. Habitualmente mostraba una gran sonrisa y era de muy buen trato, pero quienes lo conocían sabían que aquello era una impostura: la piel de oveja que esconde al lobo.

—Hola, muchachos —saludó animadamente, guardándose el fajo en el bolsillo del pantalón—. ¿Ya está arreglado?

Entre el resto de puro que solía mordisquear en la comisura de los labios y la ronquera, consecuencia de una fea herida en el cuello que tapaba con un pañuelo no demasiado limpio, a Comadreja no se le entendía muy bien.

Arthur Weidenfeld era un buen mecánico y, por alguna razón, llegaban desde lejos camiones buscando sus servicios. El hecho de que nunca se le viera manchado de aceite o que los camiones que le traían para arreglar aparentaran funcionar perfectamente, no parecía extrañar a nadie.

Claro que en un cuartel tan grande, con tanto movimiento, tantas idas y venidas de nuevos soldados que se marchaban para alimentar la insaciable maquinaria de guerra en cuanto terminaban su instrucción, era difícil controlarlo todo. El movimiento incesante de camiones, que a veces llegaban vacíos y se marchaban cargados, o a la inversa, cuando no era diferente la carga traída y llevada, escapaba, por lo visto, a la atención de los que dirigían Fort Benning.

—Hola, Artie —saludó nervioso el mayor de sus dos ayudantes—. Lo siento, pero no hemos podido hacer nada. No quiere arrancar. Está hecho polvo.

Al estraperlista se le borró la sonrisa de la boca y la punta del puro bajó unos cuantos grados.

—¿Qué quiere decir eso de que está hecho polvo? —dijo, forzando la voz, mientras su rostro se iba encendiendo—. Ha venido en marcha, ¿no? Que yo sepa, nadie lo ha traído empujando, ¿no es cierto, muchacho? Si ha venido en marcha, andará, ¿no te parece?

—¡Pero si venía dando tumbos! —intervino el otro ayudante, deseando ofrecer apoyo moral a su compañero, que tenía el puro de Weidenfeld rozándole la nariz.

—¡Pero andaba! Y este maldito camión tiene que desaparecer ahora mismo, ¿me entiendes, muchacho? Lo necesitan. Para eso nos lo han traído, ¿no crees? Porque somos mecánicos y nos dedicamos a arreglar motores para que otros puedan usarlos.

Ninguno de los dos jóvenes creyó acertado argumentar que la única razón por la que aquel camión estaba en la base era para ser cargado de pesadas cajas con raciones que no llegarían a sus destinos en campaña.

—Si en vacío apenas podía andar, ¿cómo quieres que lo consiga ahora?

—¿Estás insinuando algo, muchacho? —masculló Weidenfeld, enfrentándose con el más joven. Era este alto y musculoso, sin duda más

fuerte y en mejor forma que Comadreja, pero este último imponía.

—No te lo tomes así, Artie. Solo quiere decir que el camión no tiene arreglo.

—¡Este camión ha venido en marcha, y en marcha se va a ir! —ladró el estraperlista, tirando el puro al suelo.

Hecho una furia, se subió al volante del camión y trató de arrancar. El motor no hizo nada. Weidenfeld tenía girada la cabeza cerca de la ventana, como escuchando atentamente algo.

Los dos ayudantes lo miraban expectantes. Aquella iba a ser una de las pocas oportunidades de ver en acción al gran Weidenfeld, respetado mecánico, normalmente ilocalizable, ocupado como estaba en aquellos turbios negocios que le habían dado el sobrenombre.

Comadreja se bajó del camión y se asomó dentro del bloque del motor. Allí hizo algo, y luego pidió una llave inglesa a sus ayudantes, que se apresuraron a facilitársela.

—Pídele al teniente una correa distribuidora para *jeep* —ordenó sin asomarse, mientras seguía manipulando.

—¿Para *jeep*? Pero…

—¿Estás sordo? Date prisa.

El más joven de los dos salió a la carrera y llegó hasta la oficina del teniente. Cuando este supo para quién era el pedido, le entregó la correa sin hacer ningún comentario, y el muchacho regresó al camión.

Unos minutos más tarde, Weidenfeld asomó la cabeza y gruñó:

—Uno de vosotros que le dé al contacto. El otro que traiga cagando leches un saco de serrín.

En esta ocasión, fue el mayor quien fue a por lo que se le pedía, mientras su compañero activaba el contacto. Conforme se alejaba a la carrera, escuchó cómo el motor tartamudeaba y, entre resoplidos y petardeos, conseguía ponerse en marcha.

Cogió el saco de serrín que utilizaban en el taller para enjugar el aceite que caía de los vehículos y volvió donde lo esperaba Weidenfeld, que estaba tumbado bajo el camión y daba instrucciones a su ayudante, agachado a su lado.

El camión emitía un humo negro horrible y continuaba petardeando con un ritmo agónico.

—Aquí tengo el serrín.

—Dámelo.

Weidenfeld se puso en pie, volvió a meter la cabeza debajo del capó y a tientas cogió a puñados el serrín. Tras un par de docenas de puñados, se irguió y, quitándole el trapo a su ayudante, se limpió las manos llenas de un aceitoso y negro granulado de virutas.

Sin perder tiempo, se encaramó de nuevo al puesto del conductor y probó a mover la palanca de cambios. Con alguna dificultad, lo consiguió y el camión dio un pequeño brinco hacia delante. A saltos, fue cogiendo velocidad y continuó la marcha. Weidenfeld dio una vuelta por el patio y regresó donde esperaban, boquiabiertos, los dos muchachos.

—Id a buscar al conductor y decidle que se dé prisa. Y no dejéis que se apague el motor.

—Tiene poca gasolina.

—¿Pues a qué esperáis para traer más?

—¡Pero no podemos repostarlo en marcha!

—¿Que no? ¿Quieres apostar? Ni se os ocurra apagarlo. Traed la gasolina y al conductor. Deprisa. ¡Vamos!

Los mecánicos salieron corriendo uno en cada dirección y volvieron enseguida con lo que se les pedía. Mientras bombeaban el combustible, Weidenfeld habló con el conductor:

—Ya te puedes dar prisa. Esto está en las últimas. Deja la carga donde te he dicho y diles que te ayuden. Pero no apagues el motor. Luego devuelve el camión de donde lo has cogido y no se te ocurra volver a usarlo, ¿me has entendido?

El conductor, un tipo malencarado destinado en otro cuartel, asintió y se puso al volante.

—Ten cuidado con la caja de cambios. No seas brusco. Si salta por los aires, te va a agujerear el culo —le advirtió, dando una palmada en el flanco del camión, que iniciaba su sucesión de saltos.

En medio de una humareda terrible, el camión fue perdiéndose en la lejanía, en dirección a la salida de la base. Weidenfeld no lo perdió de vista hasta que cruzó la alambrada. Después volvió a recuperar la sonrisa, pasó un brazo sobre los hombros de cada uno de sus ayudantes y les dijo:

—Se ha pasado la hora del rancho, ¿eh, muchachos? Venid, seguro que algo tenemos por ahí.

Los tres, más animados, se encaminaron al interior de los talleres. Weidenfeld saludó al teniente a través del cristal de su despacho y este le devolvió el saludo imperceptiblemente.

Sabía que no le caía bien al teniente. Sus negocios resultaban peligrosos y, si se descubrían, su superior podría tener problemas. Weidenfeld tenía rango de sargento y, si era atrapado, como mínimo lo expulsarían del ejército, tras una buena temporada en los calabozos. Pero su jefe no saldría muy bien parado tampoco. Por eso nunca quería saber nada de los turbios negocios en los que andaba Weidenfeld. Se limitaba a tomar su parte sin decir nada y a cerrar los ojos y la boca.

Uno de los almacenes que tenía el taller estaba lleno de piezas pringosas y cubos malolientes de aceites usados y otros líquidos igualmente repugnantes. En realidad, no tenían ninguna utilidad, pero Weidenfeld los conservaba por si aparecía algún gerifalte con ganas de inspeccionar el taller. Si trataba de entrar en el almacén, no llegaría a atravesar el dintel, temeroso de ensuciarse su impecable y bien planchado uniforme.

Después de picotear un poco, dejó allí a los muchachos, para los que había abierto varias latas y unos botellines de cerveza de contrabando. Debía seguir con el pedido del día.

Resultaba difícil seguir el ritmo que se autoimponía. Pocas veces dormía más de cinco horas, y nunca seguidas ni necesariamente en la cama. Participaba en cuantos negocios al margen de la legalidad se diesen dentro de aquella base y en los cuarteles de la zona. Tenía contactos con los de otros Estados y socios en los muelles civiles. No en vano lo llamaban Comadreja.

Ahora gozaba de un buen prestigio y una más que acomodada situación económica. Pero no siempre había sido así y, desde luego, no tenía pensado volver a los viejos tiempos.

⁂

Arthur Weidenfeld, alias Comadreja, había nacido en Brooklyn, Nueva York, el dos de enero de 1908. Sus padres, una pareja joven de emigrantes alemanes, habían apostado por el «sueño americano».

Desde muy niño había tenido que buscarse la vida por sí mismo. Su padre, un rudo alemán cabeza cuadrada que jamás consiguió aprender bien el nuevo idioma, lo que unido a su tozudez le obligaba a pelear siempre con los peores trabajos, pocas veces estaba en casa. Y resultaba mejor, pues las viejas fábulas acerca de la tierra de las oportunidades se habían esfumado en aquella familia.

Arthur era hijo único, fruto de uno de los escasos encuentros nocturnos de sus padres después de afincarse en un apartamento sucio de un barrio pobre. Mientras su padre trabajaba doce y catorce horas diarias, su madre aceptaba pequeños encargos como costurera con los que poder apoyar la triste economía.

Así, el pequeño Artie, desde muy pequeño, empezó a ausentarse del colegio y a realizar trabajillos a su alcance. Repartió periódicos, llevó el carro de la compra a las señoras, que le daban a cambio una propina, e hizo de mensajero corriendo por las calles para llevar de una esquina a otra sobres y mandados de viva voz.

Según fue creciendo, los trabajos cada vez eran más numerosos y mejor remunerados. Aprendió que a todo el mundo le gusta, por mucho que lo niegue, ver una sonrisa, sobre todo en un mundo en el que no abundaban. Así que, al contrario que su amargado padre, el joven Weidenfeld siempre sonreía y era amable con todos.

Pero quienes lo conocían a fondo sabían que eso era una máscara que ocultaba a un lobo. Gracias a Dios, de estos había pocos, y el joven siempre era bien recibido en todos lados.

No levantaba un palmo del suelo cuando se echó un buen amigo, un muchacho apocado que era blanco fácil para los matones del barrio. Weidenfeld, inconscientemente, lo había adoptado. Por aquellos tiempos, aún era capaz de hacer algo sin calcular los beneficios, y no pensó qué provecho podría sacar de aquella amistad.

Pero lo obtuvo. El muchacho era hijo del propietario de un pequeño taller mecánico, y en él Arthur descubrió un mundo apasionante. El padre de su amigo, agradecido por la amistad que el muchacho ofrecía a su retoño y por su defensa ante los matones, se mostró encantado de enseñar al pequeño los entresijos de aquellas moles de hierro colado, en las que pequeñas válvulas, ruedas dentadas, escapes, mariposas de metal y otros elementos se movían al unísono, como dirigidas por un afinado director de orquesta.

Weidenfeld empezó a pasar más tiempo dentro de aquel taller que en la escuela, para alegría del propietario, contento con su nuevo aprendiz, que mostraba el interés que le faltaba a su hijo.

Poco a poco fue dándole pequeños encargos y una modesta paga. Arthur se dedicaba a barrer el local y a echar serrín al suelo para que se empapara del aceite, del agua de los radiadores y de la porquería. También iba a hacer los recados. Traía las piezas necesarias que se le encargaban y, si eran lo suficientemente pequeñas, iba a buscarlas en su bicicleta.

El resto del tiempo lo pasaba mirando con los ojos como platos aquella sinfonía que se ocultaba bajo el capó de los vehículos. En ocasiones, el mecánico le pedía que se metiera tras el volante y accionara el contacto, y Arthur se adentraba en un mundo mágico de cuero, madera, palancas, resortes y pedales, a los que llegaba con cierta dificultad.

Con quince años, ya hacía pequeñas reparaciones, cambiaba ruedas, el aceite del motor, correas… El negocio prosperaba, y el propietario había contratado a otro mecánico para poder atender todo el trabajo que le llegaba.

Este era un tipo huraño que no apreciaba a Arthur, pero el sentimiento era mutuo. Al muchacho no le había sentado bien que el propietario no le hubiese ofrecido el puesto a él. A pesar de su edad, conocía los entresijos del oficio mejor que muchos oficiales mecánicos, y ya no era un aprendiz cualquiera.

Tampoco podía quejarse. La paga no era mala y su padre parecía haber descubierto que tenía un hijo, sobre todo cuando los sábados, tras barrer y cerrar el taller, llegaba a casa con el «sobre cerrado».

Arthur era muy cuidadoso. Antes de abandonar el taller, calentaba un pequeño recipiente de hojalata con agua, ayudado con un soplete de acetileno, y, aprovechando el vapor desprendido, ablandaba la cola que cerraba el sobre. De esa forma podía abrirlo sin romper nada, sacar algo de dinero y volverlo a cerrar.

Cuando llegaba a casa, sus padres abrían de nuevo el sobre, esta vez sin ningún cuidado, y de la paga le daban una parte para sus gastos, a sumar a lo que él retiraba antes de entregarlo y a las propinas de los clientes, que en los buenos tiempos no eran nada desdeñables.

Un año más tarde, conoció a su primera novia, que no le duró demasiado, y a esta la siguieron unas cuantas. Pero a Arthur le parecían muy tontas y algunas no se dejaban siquiera tocar por debajo del jersey. ¿Para qué tenían entonces las tetas?

Hasta que descubrió a Claudia. Era una muchacha no más guapa que el resto, pero que a Arthur le hacía reír. Con ella descubrió que lo que más le apetecía no era meter la mano por debajo del jersey, ni siquiera bajo las faldas. Prefería dar un paseo, tomar un helado y hacer ese tipo de cosas que hasta entonces le habían parecido una cursilada.

Al cumplir los veintiuno, Arthur era ya oficial mecánico, tenía novia e incluso planes para casarse con ella. Su sueldo no era demasiado alto, pero alcanzaría para alquilar un pequeño apartamento donde instalarse. El otro mecánico se había marchado del taller y todo quedaba en sus manos, así que confiaba en poder ocuparse él del negocio cuando su propietario decidiera

jubilarse, pues el hijo, su antiguo amigo, estudiaba lejos, en una universidad de la que Arthur era incapaz de retener el nombre.

Mediaba el año 1929 y todo parecía ir de maravilla. Su patrón había invertido todo lo que tenía en la imparable bolsa de Wall Street, y se mostraba generoso. Incluso había insinuado la posibilidad de hacerle un buen regalo de bodas. Pensar que este habría de ser el negocio era mucho pensar, pero por entonces todavía abrigaba sueños irrealizables. Claro que también conservaba su cabello bajo la gorra, pero ambas cosas no habrían de durar demasiado.

A finales de octubre de aquel año, los principales inversores financieros decidieron, repentinamente, dedicarse a otros mercados y vendieron sus paquetes accionariales. En pocos días, como un terrible alud, el valor de las acciones cayó en picado, incluso las de empresas muy fuertes como General Electric o Woolworth. El pánico se apoderó de los pequeños accionistas, que corrieron a vender las suyas.

La tendencia recorrió el país de una punta a otra, y nadie parecía capaz de frenarla. Los que habían pedido préstamos a los bancos para invertir en bolsa no sabían cómo recuperar al menos lo que debían, y todos corrían para retirar sus fondos. Pero los bancos no tenían suficiente líquido para hacer frente a la avalancha.

Aquello fue el comienzo del final de una década provechosa en la que el empleo y la prosperidad había sonreído a la pujante economía americana.

Los bancos exigieron los préstamos realizados a otros países y a los particulares, pero estos no podían hacer frente a los pagos. Agobiados por la falta de dinero, muchos se declararon en quiebra, y esto no hizo sino aumentar la desesperación de los pequeños inversores, que veían cómo el papel que poseían no tenía ningún valor y cómo se esfumaban con él los dividendos de tantos años trabajados.

Hubo quienes decidieron tomar una vía rápida y se arrojaron desde los pisos altos de los rascacielos. Entre ellos, el propietario del taller donde trabajaba Arthur.

El mismo día en que se enteró de la noticia, llegó un abogado y cerró el negocio. Quedaba embargado. De esta manera, el feliz prometido se encontró a media mañana en la calle, sin nada que hacer, por primera vez en muchos años.

La situación empeoró rápidamente. Su padre también había perdido el trabajo y estaba desesperado. El casero amenazaba con echarlos de casa si no pagaban el alquiler, y tuvieron que vender cuanto poseían, pero nadie tenía dinero para comprar y los usureros hacían el negocio de su vida.

Su prometida, la mujer de sus sueños, abandonó la escuela. Sus padres habían decidido trasladarse a Cleveland, en Ohio, a la orilla del lago Erie, donde la madre tenía familiares.

El enamorado Arthur no se lo pensó dos veces y decidió acompañarlos, pero, para su sorpresa, Claudia pensó que no era buena idea. Sus familiares tampoco andaban sobrados, y él supondría una boca más que alimentar.

Al joven no le importaba. Él se ganaría su sustento. Nunca había dependido de nadie y no iba a empezar ahora. Encontraría un trabajo de lo que fuese y podrían casarse.

Así se lo dijo, y aquella tarde la dejó en casa a la misma hora de siempre. Le dio un beso de despedida, como hacía cada día. El de ella duró algo más de lo habitual.

Cuando fue a recogerla la tarde siguiente, la casa estaba vacía. Los vecinos le dijeron que la familia se había marchado. No, ella no había dejado ningún mensaje para él. Una mujer que vivía en la puerta de enfrente y que solía espiar por la mirilla a los jóvenes cuando él la llevaba de vuelta a casa, le dio a entender que Claudia no parecía especialmente apenada cuando se marchó, y que sería mucho mejor para él que tratara de olvidarla cuanto antes.

La década de los treinta comenzó de esta manera. Arthur, sin trabajo ni novia ni planes de futuro; el país, hundido en lo que se daría en llamar la Gran Depresión. Como otros catorce millones de personas en todos los Estados Unidos, el joven Arthur subsistió a duras penas, hasta que un día aceptó que el mundo había cambiado y que o se adaptaba o moría.

Se movió. Se movió mucho. De un lado a otro del país. Como otros cientos, un día se despidió de sus padres y subió a un tren de mercancías en busca de horizontes desconocidos donde poder establecerse. Pero, como les ocurriera a muchos de sus compañeros de vagabundeo, la vida nómada acabó por atraparlo. Lo que empezara siendo un viaje en busca de una vida mejor se convirtió en una forma de vida.

De norte a sur y de este a oeste, tanto en el techo como entre las ballestas del tren, en ocasiones dentro de un nauseabundo vagón que transportaba ganado y en otras encaramado a pilas de cajas. Y siempre huyendo del jefe de tren, ya que ser apresado equivalía a un mínimo de tres meses en la cárcel.

Aunque no siempre los vigilantes entregaban a los vagabundos apresados a la policía. A veces, los métodos eran expeditivos, y algunos celosos jefes de tren se vanagloriaban de mantener sus ferrocarriles limpios de esa lacra aplicando castigos ejemplares.

No eran pocos los vagabundos arrojados del tren en marcha. Algunos, con mala suerte, caían demasiado cerca de la máquina y el rebufo los absorbía bajo las ruedas, que los destrozaban. De cualquier modo, ser arrojado desde el techo de un tren a toda máquina solía tener funestas consecuencias. Si el desgraciado no moría con el cuello roto, podía quedar lisiado para el resto de su vida. Y, en estas circunstancias, esta se acortaba sustancialmente.

Como sucediera con los jugadores de béisbol famosos, entre la población nómada crecían los mitos. Existían vagabundos de primera y de segunda. Había novatos y veteranos. Las castas eran de tal modo reconocibles que los mejores lugares y la mejor comida, cuando había, estaban reservados a los veteranos y a los de primera.

En las cercanías de los raíles, ajeno a lo que sucedía en el resto del planeta, inmerso en un mundo propio y exclusivo de los marginados que arriesgaban cada día su vida, Weidenfeld había aprendido a luchar, a soportar el dolor, el frío y el hambre. Había matado y robado a lo largo y ancho del país. En sus interminables viajes siguiendo al viento, había visto lugares donde tal vez podría haber echado raíces, pero siempre había vuelto a tomar otro tren.

Vestido con pantalones marrones, desgastados botines, un chaleco sobre una camisa a rayas de cuello negro por el sudor, la grasa y el hollín, cerrado con una corbata, y una gorra de paño, tenía la suciedad incrustada tanto en la piel como en la ropa.

Aparte de todo esto, no poseía más que una manoseada baraja de cartas con las que timaba a algún pardillo que se ponía a tiro, una navaja de afeitar con la que rasurarse y enfrentarse en las peleas y un cinturón de cuero con una gran hebilla de latón, que lo mismo servía como arma que para amarrarse al techo del tren cuando se tumbaba a pasar la noche o para sujetarse los pantalones. Pantalones que cuando empezara su singladura le quedaban ajustados formaban bolsas meses después. Hasta que alcanzó el estatus privilegiado dentro de aquel mundo. A partir de entonces, las bolsas desaparecieron.

Como el resto de sus compañeros de viaje, había conseguido escapar de la muerte en varias ocasiones, y no solamente cuando era descubierto. Los granjeros de los lugares por donde pasaba el tren siempre tenían la escopeta cargada por si alguno de aquellos indeseables pretendía hacer una parada para abastecerse. También las peleas eran habituales y, cómo no, las traiciones. Una gallina o media docena de huevos eran motivo suficiente para que alguien matase a su poseedor. Así le había sucedido a Weidenfeld. Un trozo

de queso, robado en un pueblo de mala muerte, había despertado la codicia de uno de sus compañeros.

Este había tratado de hacerse con el manjar mientras dormían, pero Comadreja había aprendido a tener el sueño ligero. En la refriega posterior, su atacante había cogido a Weidenfeld por la espalda y había pasado en torno a su cuello un delgado cable de acero, que apretó con todas sus fuerzas. El cable se le había introducido en la carne, cortándola como un cuchillo, mientras se quedaba sin aire.

La navaja de afeitar esgrimida con el resto de las pocas fuerzas que le quedaban acabó en uno de los ojos de aquel tipo, antes de que Comadreja perdiera el sentido. Se despertó con el cuello hinchado, por el que apenas pasaba el aire, y una espesa costra de sangre coagulada que le empapaba la camisa. Al otro lado del improvisado campamento a la orilla de un río, yacía el cuerpo frío de su atacante con las dos manos en torno a la empuñadura de su navaja.

Luchando por respirar, Weidenfeld había sacado la navaja de la cuenca ocular, la lavó en el cauce del riachuelo, y luego había empujado a patadas el cuerpo para que se lo llevara la corriente antes de subir a las vías, a la espera de un nuevo transporte hacia algún sitio.

A partir de aquel día, no había conseguido recuperar su voz. La nueva era forzada y siniestra, algo que le vino de maravilla, pues acrecentó su leyenda. La fea cicatriz que rodeaba su cuello resultaba un aviso más que evidente para aquellos que no estaban de acuerdo en cederle su sitio.

Esta vida bohemia había terminado el otoño de 1939, cuando fue detenido de nuevo en el interior de un vagón de pasajeros, a los que trataba de aligerar del peso de sus equipajes. El juez al que fue conducido se acordaba de él, y no tuvo escapatoria.

Por entonces, se estaba movilizando a todo el país y preparándolo para la guerra, que era inminente. Weidenfeld pudo elegir entre una visita larga al penal del Estado o enrolarse en el ejército. Sabía que una estancia de esas características en la cárcel podía acabar mal y se decidió a aceptar la alternativa propuesta.

Pero la entrada del ejército en su vida fue un regalo del cielo que Weidenfeld jamás se hubiese atrevido a soñar. De haberlo sabido antes, no hubiese hecho falta que nadie lo hubiese forzado a enrolarse. Él mismo habría ido por su propio pie.

Era el año 40 y la participación en la contienda se oteaba ya en el horizonte, como lo demostraba que el presidente hubiese implantado el

servicio militar obligatorio.

Aún había quien estaba convencido de que aquella guerra que se desarrollaba en Europa no era cuestión de ellos. Arthur no sabía nada de política, pero había aprendido a conocer a los hombres y sus debilidades. Había oído hablar de Hitler y de lo que se cocía en el viejo continente. Estaba seguro de que era cuestión de tiempo que los Estados Unidos sorprendieran al mundo con su poderío militar.

Para Arthur la contienda era algo ajeno. Él no tenía nada que ver con aquellos hombres. ¿Acaso alguno de ellos lo había ayudado alguna vez? Él había nacido en América, pero ¿qué significaba eso? Desde pequeño se había bastado por sí mismo sin que nadie le facilitara las cosas y, cuando habían llegado los malos tiempos, el hambre, el frío, la lluvia…, ¿alguien se había acordado de que era americano? Los últimos diez años había sido expulsado una y otra vez de los vagones, había comido inmundicias, lo habían apaleado y maltratado. ¿Acaso debía él algo a aquel país? Por él se podían ir todos al infierno.

De manera que Arthur sedujo a los oficiales con sus conocimientos de mecánica y sus dotes para conseguir aquellos pequeños vicios que no podían encontrar. Un juego de lencería para una amante, unos cigarrillos de alguna marca especial, una colonia, algún manjar exquisito.

Entretanto, el conocido como Día de la Infamia había llegado. Los japoneses habían osado herir al gigante americano, y eso reclamaba venganza. La humillación de Pearl Harbor hizo que el país rugiera pidiendo sangre. El presidente Franklin D. Roosevelt no se hizo de rogar, y declaró la guerra a Japón y, por tanto, a su aliada Alemania.

Mientras esto ocurría, Weidenfeld se había ido haciendo imprescindible entre la oficialidad de la base, que lo protegió asignándole un puesto intermedio de sargento en los talleres donde había sido destinado; permaneció en ella mientras sus compañeros de promoción, primero, y todos los que les siguieron, después, eran cargados en camiones, como él lo hacía con su mercancía, y enviados al frente.

Había establecido una tupida red de contactos y atesoraba gran cantidad de productos que serían muy apreciados cuando la guerra terminara y el mundo tuviera que lamer sus heridas. Él no invertiría en bolsa, como hiciera su antiguo patrón, ni guardaría su dinero en el banco para que otros se enriquecieran. Nadie lo haría a costa de Arthur Weidenfeld.

⁂

Este era el hombre que se paseaba por la base militar como si fuese su propia casa y que nunca necesitaba anotar nada, ni encargos ni cantidades, pues llevaba todos los negocios dentro de su desnuda cabeza.

Encerrado en el pequeño cuartucho, al que había llevado una línea de teléfono con la connivencia del teniente y desde el que Comadreja hacía sus llamadas de negocios, Weidenfeld trató de no levantar demasiado la voz.

—Tim. ¡Tim! —rugió al auricular con su voz cavernosa—. ¿Me escuchas? Tenemos un problema… No, la mercancía está, pero yo no podré ir… No, no puedo. ¿Y qué quieres que haga? Escucha, dile al Angustias que te acompañe y lo hacéis vosotros. Pedidle cinco billetes por caja… ¡Cállate y haz lo que te estoy diciendo! Sí, cinco billetes… No me jodas, tú haz lo que te digo. Aceptará… Y, si no, dais la vuelta y os largáis, pero estate tranquilo, que aceptará. Cuando hayáis vuelto, me llamas. ¡Y no se te ocurra pegármela! ¿Entendido?

Colgó malhumorado el teléfono y mordió con furia el puro, que ya se estaba apagando. Les había dicho a sus socios que iba a pedir cuatro billetes por caja y no se habían alegrado al saber que los engañaba. ¡Como si fuese algo nuevo! ¿O es que eran más tontos de lo que parecían?

Se sentó sobre un barril de aceite vacío que le servía de silla e hizo más cálculos. No iban mal los negocios. Con un poco de suerte, la guerra se alargaría un par de años más todavía, y afianzaría su pequeña fortuna. Y después a vivir.

Aún le dio tiempo a hacer otras tres llamadas antes de escuchar el motor de un *jeep* que se acercaba, acompañado de un camión con dificultades en la transmisión. El fino oído de Arthur era capaz de distinguir el motor de cada vehículo. Así supo que no se trataba del mismo camión que había arreglado un par de horas antes.

—¡Eh, Artie! Te llama el teniente —gritó alguien al otro lado de la puerta del cuartucho.

—¡Dile que ahora no puedo! —contestó, impaciente. Se había encendido un nuevo puro y lo aspiraba de forma mecánica, mientras su mente se organizaba entre la densa niebla.

—¡Dice que es importante y que vayas ahora mismo!

El despacho del teniente se encontraba en una entreplanta que dominaba el taller. Weidenfeld salió del cuartucho y se encaminó hacia las escalerillas metálicas, maldiciendo, preguntándose qué narices sería aquello tan importante. No podía ser que quisiera reclamarle su parte. Nunca antes lo

había hecho, pues Comadreja siempre pagaba religiosamente. Quizás el muy maricón necesitaba pasta urgentemente. Si era así, sabría cobrarse el favor.

Para su sorpresa, tres policías militares aguardaban en el despacho con el ceniciento teniente sentado tras su escritorio. Weidenfeld se puso en guardia. Llevaban unos días sucediendo cosas raras, como aquel consejo de guerra al metomentodo coronel Brown, al que, según se decía, habían enviado al frente. ¿Tendría alguna relación?

—¿Qué ocurre, teniente? —preguntó Comadreja con recelo.

—¿Sargento Arthur Weidenfeld? —preguntó uno de los policías con galones de sargento.

—Puede ser. ¿Por qué lo preguntas? —contestó Weidenfeld poniéndose tenso.

—Tiene que acompañarnos.

Weidenfeld echó un vistazo a su teniente, que permanecía inmóvil y blanco como una figura de cera.

—¿A qué viene todo esto, teniente? —preguntó Comadreja, y viendo que el oficial no se atrevía a responder, se dirigió al policía militar—: No pienso acompañaros a ningún lado.

—Tenemos órdenes de llevarlo con nosotros. Si se resiste, le tendremos que esposar.

—¿Órdenes? ¿Órdenes de quién?

—No estoy autorizado a contestar a esa pregunta.

—¿Ah, no? En ese caso, será mejor que llamemos al general Carden —repuso Weidenfeld, más tranquilo.

El general Carden era la máxima autoridad en Fort Benning. Nada de lo que pasaba ocurría sin su permiso, y ningún policía militar podría llevarse detenido a un soldado de allí sin su autorización. Y Carden no la daría. Debía demasiados favores a Weidenfeld.

—El general Carden ha sido debidamente informado, sargento —contestó el policía, dando un paso al frente.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —protestó Comadreja retrocediendo—. Teniente, haga algo.

—Ahora está bajo nuestra custodia.

—¡Eh, no me toque!

—No se resista, sargento…

El policía militar no pudo terminar la frase. Un puñetazo bien dirigido había impactado en su rostro, rompiéndole los huesos de la nariz, de la que brotaba un surtidor rojo.

Los otros dos policías militares no se quedaron quietos. Sacaron sus porras blancas y cargaron contra Weidenfeld. Sabían lo que hacían. Comadreja estaba acostumbrado a usar los puños, pero aquellos dos animales no le dieron opción. Un par de porrazos lo dejaron sin respiración, momento que los policías aprovecharon para tirarlo al suelo, darle la vuelta y ponerle las esposas. Después de levantarse, se tomaron la revancha y, con escaso disimulo, le atizaron una patada cada uno en las costillas.

Una hora después, los dos policías militares que lo custodiaban —su mando estaba en el dispensario, donde en ese instante le estaban reduciendo la fractura— embarcaron a Comadreja en un cazabombardero, sin retirarle las esposas, y el avión despegó, dejando al dolorido sargento Weidenfeld sumido en un mar de incertidumbre.

El vuelo debió de durar más de una hora, aunque Weidenfeld no pudo saberlo con seguridad. Atado al asiento metálico de la bodega, sus preguntas no eran contestadas por los pilotos, tal vez por el estruendo de los motores o sencillamente porque lo ignoraban.

Tras tomar tierra, otros dos fornidos marines se hicieron cargo de él. Sin muchas contemplaciones, lo bajaron del avión y, agarrándolo cada uno por una axila, lo metieron en un *jeep* que abandonó de inmediato el aeródromo.

Weidenfeld miraba a todas partes mientras se abrían paso entre el denso tráfico de vehículos militares. ¿Dónde se encontraba? Por todas partes podía ver tanques, vehículos de transporte, *jeeps* y motocicletas. En los bordes de las carreteras aguardaban soldados con todo tipo de uniformes y tentadoras pilas de material tapadas con redes de camuflaje. Los pocos edificios tenían las ventanas pintadas y algunos estaban cubiertos con sacos terreros.

Poco duró la incertidumbre. Se acercaban a una zona más poblada, con banderas británicas colgadas de algunos balcones.

El *jeep* se adentró en un camino más estrecho y se detuvo ante el portalón de un campo rodeado con alambre de espino. El conductor sacó un documento, que enseñó al centinela, y la barrera les franqueó el paso. Sorteando grandes tiendas de lona, serpentearon por el camino hasta un elegante edificio de ladrillo, donde el conductor detuvo el *jeep*.

Sin una sola palabra, los policías militares bajaron al cada vez más sorprendido sargento y lo condujeron a través de varios pasillos y escaleras, hasta llegar a unas altas puertas dobles de madera. Una vez allí, un atildado capitán que los había recibido en lo alto de la planta dio unos tímidos golpes con los nudillos.

En cuanto llegó la orden desde dentro, el capitán abrió la puerta e hizo un gesto para que Weidenfeld entrara. Comadreja se giró para que el oficial pudiera ver las esposas que lo inmovilizaban, confiando en que lo soltaran, pero el capitán insistió.

Los dos policías que lo escoltaban lo empujaron sin miramientos y, juntos, los tres accedieron a la estancia. Weidenfeld echó un vistazo a su alrededor y vio que las paredes estaban repletas de estanterías llenas de libros, salvo la que daba a la ventana. Frente a esta, había un escritorio y, detrás, un hombre al que conocía.

—¡Coronel Brown, qué alegría verlo de nuevo, señor! —exclamó Weidenfeld, tratando de ocultar su sorpresa con una falsa sonrisa.

—Sargento Weidenfeld. Acérquese, por favor, y siéntese —ordenó el coronel.

Comadreja se volvió a girar, mostrando las muñecas, y en esta ocasión tuvo éxito. Un gesto del coronel sirvió para que uno de los policías militares le quitara las esposas.

Antes de volver a hablar, Brown esperó a que el sargento se sentara y dejara de masajearse las muñecas, donde unas marcas rojas indicaban lo prietos que habían estado los grilletes.

—David Langwiser, Terry Fitzgerald —enunció el coronel—. ¿Le dicen algo estos nombres, sargento?

—¿Son amigos suyos, señor?

Weidenfeld había contestado procurando que la voz no delatase su alarma. Por fortuna, su ronquera ayudaba en estos casos. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Por qué un coronel condenado en un repentino consejo de guerra lo mandaba sacar de su país y lo convocaba en aquella sala? Y más preocupante aún: ¿por qué preguntaba por aquellos nombres?

David Langwiser era el nombre con el que había alquilado un almacén, no muy lejos de Fort Benning, en el que hacía acopio de caros artículos de contrabando para cuando terminase la guerra y su precio se disparase. Terry Fitzgerald era el nombre que había dado en un banco al alquilar una pequeña caja de seguridad en la que almacenaba unos valiosos diamantes. Casi toda su fortuna pacientemente reunida.

—¿No le dicen nada estos nombres, sargento?

—No, señor. No los conozco. ¿Desea algo más, antes de que me retire, señor?

—Por favor, esperen fuera —se limitó a decir el coronel, dirigiéndose a los policías, que esperaban uno a cada lado de Comadreja.

En cuanto las puertas se cerraron, Brown se inclinó hacia delante, juntando las manos sobre el secante.

—Escuche, sargento. Conozco todos sus negocios desde hace mucho tiempo.

—No sé de qué me habla, señor.

—El general Carden lo protegía. Usted le proporcionaba algunos caprichos que no podía encontrar en el mercado, y él hacía la vista gorda con sus chanchullos.

—Eso no es cier…

—No me interrumpa, sargento. Lo sé todo. Sé lo del almacén lleno de artículos robados al ejército de los Estados Unidos y lo de la caja de seguridad con los diamantes. Su red de contrabando ha caído, y sus compinches han sido detenidos. Ahora no está usted en Fort Benning, y ningún general Carden podrá salvarlo. Todo ha terminado.

Weidenfeld exprimía furiosamente su cerebro. Nunca había hablado a nadie del almacén, cuyo propietario no sabía para qué lo había alquilado, y solo el director del banco donde guardaba los diamantes conocía la existencia de la caja. Si Brown estaba al corriente de todo aquello, seguramente sabría todo lo demás. Pero ¿por qué lo habían llevado hasta allí y no lo habían detenido con los demás en su país? ¿Acaso pretendía sacar tajada Brown?

—¿Qué es lo que busca? —preguntó con su voz ronca, olvidando el preceptivo «señor».

—Necesito sus servicios.

—¿Necesita un mecánico? —preguntó Weidenfeld sonriendo sarcásticamente.

—Tal vez. Pero quizá nos sean de mayor utilidad el resto de sus habilidades.

—¿Puedo saber para qué?

—No se lo puedo decir todavía. Tan solo debe saber que se trata de un trabajo de un par de meses. Será muy duro, y también muy peligroso. Quizá le cueste la vida.

—Vaya, no me lo está pintando muy bien.

—Es lo que hay.

—¿Qué alternativa tengo?

—No muchas —contestó Brown abriendo las manos—. Puede enfrentarse a un consejo de guerra. Con las pruebas que tenemos y los productos robados al ejército americano encontrados en el almacén, sin duda será sentenciado a la horca. También puede usted solicitar ir al frente, en cuyo caso será

destinado a las primeras unidades de desembarco cuando nuestras tropas lleguen al continente.

—No parecen muy buenas alternativas.

El coronel se encogió teatralmente de hombros.

—Si accediera a ayudarlo, ¿qué pasaría después?

—Será expulsado del ejército sin derecho a nada. Pero no será enjuiciado. El almacén y su contenido, junto con la caja de seguridad del banco, seguirán donde usted los ha dejado. Con todo eso no creo que necesite volver a cabalgar sobre los vagones de carga de los trenes, ¿me equivoco?

—Si lo ayudo, ¿me dejarán marchar como si nada hubiese ocurrido? —preguntó incrédulo—. ¿Y me darán todo eso que usted dice que he robado?

—En pago a sus servicios extraordinarios —asintió Brown—. Todo eso y alguna otra cosa que, estoy seguro, se nos habrá escapado.

En eso el maldito coronel tenía razón. Bajo otro nombre falso, Comadreja había alquilado una nave donde escondía combustible sisado al ejército.

—Bueno, coronel. La oferta es sumamente generosa. Tanto que se me saltan las lágrimas. Lamentablemente, en estos últimos años he aprendido a desconfiar de los oficiales. Me temo que lo que usted llama un trabajo peligroso debe de ser algo suicida. Me pide que me juegue la vida, por la que siento un gran aprecio.

—Le pido lo mismo que se nos pide a todos nosotros. Que pongamos nuestra vida al servicio de nuestro país. Sus padres son alemanes, pero usted ha nacido en los Estados Unidos.

—¡Sí! He nacido aquí, ¿y qué? ¿Qué ha hecho este país por mí? Nada. Me ha escupido, maltratado y pisado. ¿Por qué debería hacer algo por él? —El esfuerzo por gritar con la voz rota enrojecía su rostro.

—Porque, al menos en los últimos años, usted se ha enriquecido a su costa. Ya es hora de que devuelva una parte de lo obtenido.

—Para usted es muy fácil decirlo. Está ahí sentado tras esa mesa.

—No le pido que haga nada que yo no vaya a hacer.

Comadreja fijó la mirada en aquellos ojos azules mientras pensaba frenéticamente en una vía de escape que no parecía existir.

—Necesito tiempo para pensarlo —dijo Weidenfeld.

—Tiene aproximadamente una semana para hacerlo —repuso Brown, echándose para atrás en su silla—. Mientras, permanecerá encerrado y aislado.

—¡No puede hacer eso! —protestó Weidenfeld.

—Estamos en guerra, sargento. No lo olvide. Este trabajo es de vital importancia. O nos ayuda o colgará del extremo de una soga, a menos que prefiera morir en las playas europeas bajo fuego alemán.

La entrevista había terminado. Brown abrió la puerta del despacho y los policías militares entraron para llevarse esposado a Comadreja. Cuando se hubieron marchado, el coronel suspiró y volvió a la mesa.

Capítulo VII

Domingo, 27 de febrero de 1944
Centro Correccional Logan, Illinois, EE. UU.

Clint Gardner ocupaba el lugar central de los cinco que había disponibles en la sala para conversar, a través de una mampara de grueso cristal, con los letrados o familiares.

En el caso de Gardner, era su abogado quien estaba a punto de entrar por la puerta de hierro, custodiada por un enorme policía, ya que su única familia la componía un gato callejero que, de tarde en tarde, acostumbraba a pasar por el pequeño y destartalado apartamento que solía ocupar.

Llevaba casi dos semanas encerrado, algo a lo que no estaba en absoluto habituado, pero nadie hubiese podido apreciar su malestar. Alto, espigado, de rasgos marcados y unas cejas largas y permanentemente fruncidas que custodiaban un par de ojos azules entrecerrados y carentes de vida, Gardner pocas veces hablaba y jamás exteriorizaba sus sentimientos.

Era esta frialdad, junto con su implacable destreza para llevar a cabo los encargos que se le encomendaban, lo que lo hacía tan valioso para sus clientes. Gardner trabajaba por su cuenta. Cuando tenía que hacer un trabajo, un par de emisarios le dejaban en un club que visitaba regularmente la foto, el nombre y la dirección del desgraciado que debía abandonar este mundo, y con eso era suficiente. En menos de una semana, las notas necrológicas darían cuenta del triste destino, a menos que las órdenes fuesen hacerlo desaparecer sin rastro, en cuyo caso nadie volvía a ver al infortunado.

Su mejor cliente era don Guissepe Convali, un enorme, sonriente y arrugado capo que más parecía un alegre y simpático abuelo que un despiadado jefe mafioso al que la mitad de la jefatura de la policía y de la judicatura le debía unos sabrosos emolumentos suplementarios.

Había hecho una docena de trabajos para don Guissepe, como le gustaba a este que lo llamaran, como si esa confraternización hiciese relajarse a sus enemigos, y estos siempre habían resultado de lo más lucrativos.

En ocasiones, el cliente deseaba algo especial, y Gardner no veía ningún motivo para no complacerlo. Quizá quisiera que fuese eliminado en medio de una cena de gran abolengo, o delante de su familia. Pudiera ser que el cliente se obstinara en que sucediera con un par de tiros en el estómago, método mucho más doloroso que el tiro en la cabeza, pero, desde luego, no siempre tan efectivo.

En esas ocasiones, si la víctima sobrevivía, Gardner exigía el pago completo, y nadie se lo cuestionaba. Curiosamente, en algunas de esas raras ocasiones, el cliente se daba por satisfecho y el superviviente podía seguir disfrutando de las miserias de la vida, aunque, eso sí, con el intestino perforado y una bolsa colgando del costado para siempre.

Gardner había crecido al sur de Chicago en una familia deshecha. Su padre, un delgado matón de poca monta, solía abusar del alcohol y, cuando llegaba demasiado ebrio a casa, acostumbraba a desahogarse dando una tunda a su mujer y, en ocasiones, al propio Clint, que, por aquellos tiempos, aún era demasiado pequeño para saber cuál era el motivo por el que su padre le arreaba con el cinto.

Cumplidos los ocho años, uno de esos días en que papá Gardner llegó a casa hediendo a *whisky* barato y se sacó el cinto, el pequeño se escondió en lo más profundo de un armario de puertas desencajadas. Desde su escondrijo, pudo seguir al detalle las evoluciones de sus padres en la cocina, el único rincón de aquel apestoso apartamento donde no se le helaba a uno la sangre en las venas, a causa del frío espantoso que atravesaba los desportillados ventanucos.

Su madre aguantaba la lluvia de latigazos y se protegía como podía con los brazos cubiertos de marcas, algunas muy antiguas y otras que empezaban a formarse. Lloraba e imploraba para que su marido dejase de golpearla. El motivo de la paliza era, como siempre, un misterio, y papá Gardner sentía que el castigo aún no debía finalizar, pero, exhausto, se tomó un pequeño descanso.

Mamá Gardner también se dio cuenta de que aquello no era más que la calma que antecede a la tempestad y, hastiada ya, decidió que ya bastaba y que era mejor morir en la horca una sola vez que cada día en aquella mísera casucha.

Así pues, la llorosa y dolorida mujer cogió la pesada y ardiente plancha de hierro que había estado utilizando para alisar las sucias sábanas de la casa y, enarbolándola por encima de su cabeza, descargó un golpe con todas sus fuerzas sobre la cabeza de su marido, que, como un melón maduro, se aplastó,

salpicando toda la estancia de sangre y sesos. No le pareció suficiente a mamá Gardner aquella toma de justicia, y siguió aplicando el correctivo a un hombre que ya nada podría aprender de ningún castigo.

Cuando por fin se dio por satisfecha, la cabeza de aquel con el que había engendrado al pequeño Clint era una informe y, en parte, calcinada masa de huesos triturados, sangre reseca y músculo machacado.

En aquella cocina y a tan tierna edad, el pequeño Clint aprendió lo fácil que resultaba despojar a un hombre de su vida. No solo eso. También descubrió, con menos asombro, desde luego, que su madre, que en ocasiones un crimen de semejante calibre se queda sin castigo.

Unos hombres, compañeros de trabajo de papá Gardner, se presentaron en casa a buscarlo y, cuando descubrieron lo sucedido, lo envolvieron en una manta, entregaron un puñado de dinero a la sorprendida ejecutora y se marcharon tal y como habían llegado.

Nunca se había vuelto a hablar de papá Gardner, ni siquiera en la escuela. La madre, liberada de la brutalidad de su marido, no tardó en recordar los buenos momentos pasados a su lado, que sorprendentemente habían existido. Atormentada por el remordimiento, una noche decidió salir volando por la ventana tras acostar a su pequeño.

A Clint no le habían dejado ver cómo había quedado el cuerpo de su desgraciada madre. Lo sacaron de allí para llevarlo con una hermana de su madre y su marido. Este, un ferviente pastor protestante, llenó la cabeza del muchacho de apocalípticas imágenes sobre lo que le deparaba a quien no observase los innumerables preceptos necesarios para alcanzar el cielo.

En el campo, en la casa de sus fanáticos tíos, había pasado los siguientes ocho años, en soledad, sin poder relacionarse con los niños de su edad, pues, en palabras del pastor, ejercían una deplorable influencia. Todas sus horas, incluso las sagradas del domingo, estaban destinadas al trabajo propio de la granja y al estudio del «redentorio y espinoso camino de Dios».

Con dieciséis años, una mañana, temprano, salió de allí y tomó el camino por el que había llegado años atrás, sin volver una sola vez la cabeza. Fue la última vez que pisó aquella pedregosa senda, y también la última que vio a sus tíos.

Anduvo siguiendo la vía del tren hasta la grandiosa ciudad de Chicago, que solo había visitado una vez en su vida para acompañar a su tía a comprar semillas y alguna herramienta que necesitaban en la granja. Se acercaba la hora del almuerzo, y las calles estaban medio vacías. Algunos vehículos se cruzaban ruidosamente por delante del muchacho dejando sonar sus bocinas,

tal vez para avisar a los despistados transeúntes, tal vez para lucir sus hermosos automóviles.

La ciudad se había librado recientemente de la alargada sombra de su mafioso más famoso: Al Capone. Hasta hacía bien poco, Caracortada había medrado a su antojo gracias, sobre todo, a la desaparecida Ley Seca, y, en esos momentos, el hueco dejado por él estaba siendo ocupado por diversas familias, con lo que las calles seguían sin ser demasiado seguras.

El país entero estaba sumido en la quiebra y Chicago no era una excepción. Multitud de personas no tenían techo ni comida ni vestido. Algunos, no viendo salida alguna, habían optado por suicidarse arrojándose de los inmensos rascacielos que poblaban la ciudad; otros, por sobrevivir en la calle, y otros, por emigrar en busca de una vida más próspera. Pero por cada uno que abandonaba la ciudad de los paupérrimos campos llegaban caravanas de gentes tratando de huir de la miseria.

Gardner, como otros muchos, vagó de un lado para otro, hambriento, pensando en la mejor manera de llenar su estómago. Siguiendo la corriente humana, llegó hasta Maxwell Street, donde se encontraba el mayor mercado de todo Chicago. La calle estaba atestada de gente, con sus tiendas abiertas al público, aunque, si algo caracterizaba la zona, era el mercado al aire libre, donde se podía comprar cualquier cosa, ya fuera legal o ilegal, a pesar de que la academia de policía se encontrara a una manzana de allí.

Con las manos en los bolsillos, prestó atención a cuanto lo rodeaba. Las mujeres se apresuraban a terminar sus compras para regresar a sus casas y discutían vivamente los precios que se les pedían. Los vendedores alababan su género, se lamentaban de las pérdidas que tenían en cada transacción, contaban su dinero y charlaban con sus compañeros de al lado. Curiosos desocupados examinaban el género, mientras unos mozos con carretillas llenas de mercadería intentaban no atropellarlos.

Remoloneando entre los puestos, esperó a que alguno de los comerciantes perdiera por un momento de vista sus existencias para poder hacerse con una patata, una cebolla, un trozo de carne o de pan; cualquier cosa que llevarse a la boca.

En uno de los tenderetes vio cómo un vendedor negociaba el precio de un pollo con una señora de abultados senos, mientras la mirada del carnicero estaba fija en el valle que ocasionaba el apretado corpiño.

Con disimulo, el joven y hambriento muchacho se acercó al puesto y, estirando la mano por detrás de la amplia cobertura que la espalda de la mujer ofrecía, se hizo con una hermosa remolacha, que se escondió en el calzón.

Pero el vendedor estaba curtido en aquellos menesteres y, a la vez que era capaz de apreciar los oscuros y sinuosos rincones que sugería la lencería femenina, nada que sucediera en su puesto escapaba a su atención.

Al grito de «¡al ladrón!», Clint no tardó en ser arrinconado entre varios hombres. Cuando ya se preparaba para sufrir una paliza, el corro formado se abrió para dejar paso a un distinguido y orondo caballero vestido con un traje de color blanco, un pañuelo del mismo color anudado en el cuello y una gruesa cadena de oro alrededor de este. Olía intensamente a perfume, y su pelo engrasado brillaba bajo el elegante sombrero de ala ancha.

Con un grueso dedo en el que destacaba un anillo de buen tamaño adornado con una piedra roja que hacía guiños a la luz, el distinguido hombre señaló a Clint y le preguntó con suave voz:

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Gardner.

—Dime, Gardner, ¿estás hambriento? —preguntó el hombre, sin cambiar el tono.

Por un momento, el joven, que había crecido al margen del resto de aquella retorcida humanidad, pensó que aquel hombre era muy amable con él y contestó con sinceridad.

—Sí. Llevo desde ayer sin comer.

—¿Desde ayer, eh? Y por eso has venido a mi mercado a robar. ¿Sabes lo que les ocurre a los que vienen a mi mercado a robar?

La sonrisa cruel de aquel hombre dejó entrever unos dientes de oro puro, mientras extendía un brazo, en el que alguien depositó un recio bastón.

Sin sacarse la americana siquiera, aquel hombre le propinó la más brutal tunda que hubiese recibido en su vida. Los cintazos de su padre al lado de aquello eran como caricias.

El gordo lo pegó y pegó, mientras su congestionado y contraído rostro enrojecía cada vez más y más, hasta que no pudo continuar. Sangrando, en el suelo, Clint vio como el hombre se examinaba el traje por si se hubiese manchado y, tras una patada final en su costillar, se limpió el sudor con un pañuelo blanco extraído del bolsillo.

Un par de policías en los que Clint no se había fijado hasta ese momento, pero que habían asistido a toda la operación con una sonrisa en la boca, se hicieron cargo de él cuando el gordo se hubo marchado.

Fue encerrado, y aquella noche pensó que iba a morir. Sin embargo, a la mañana siguiente el doctor de la comisaría lo atendió y llegó a la conclusión de que sería oportuno trasladarlo al hospital. No es que le preocupara que el

muchacho perdiera la vida a causa de la paliza recibida, pero siempre resultaba un engorro el papeleo.

Cuando el muchacho se hubo recompuesto un poco de sus heridas, se le soldaron las dos costillas rotas y pudo volver a masticar sin demasiado dolor, lo echaron a la calle. Entretanto, la policía ya se había olvidado de él, así que, con la recomendación de uno de los médicos para que no se metiera en más líos, abandonó el hospital y, apoyado en una muleta de madera que le consiguieron, se alejó cojeando.

Dejó atrás la ciudad y se dedicó a sobrevivir y curarse, procurándose el sustento allá donde pudiera: algo de fruta en una tienda de las afueras, alguna limosna o alma cándida dispuesta a ganarse el cielo dando de comer a aquel despojo en pago de algún trabajillo. Era joven y tenía buena salud, así que no tardó en recuperarse del todo.

Decidiendo que ya era hora de volver a la ciudad, recorrió arriba y abajo Maxwell Street, hasta encontrar al hombre del traje elegante. Vestía de manera tan inmaculada como el día que lo conoció. Sus porcinas manos, con abundante vello en el dorso, tenían la manicura hecha y con ellas, de vez en cuando, cogía alguna fruta de un puesto al azar para examinarla con dedicación, sonriendo paternalmente con los dientes de oro cuando el mercader le rogaba que se la llevara.

El joven Gardner se percató, sorprendido, de que aquel gordo no llevaba ninguna escolta con él. Parecía creer que se encontraba fuera de todo peligro, y así debía ser, pues quien se cruzaba con él bajaba sumiso la mirada y lo saludaba con servilismo. Los mismos policías que patrullaban el mercado se llevaban la mano a la gorra cada vez que se cruzaban con él.

A media mañana, el hombre se tomó un descanso y fue a una taberna al lado del mercado, donde disfrutó de un copioso almuerzo en una mesa para él solo, con una limpia servilleta bien remetida entre el cuello de su impecable camisa almidonada, cerrada con una corbata de alegres colores, y la abundante papada.

Desde fuera y con disimulo, Gardner había asistido al convite que el tabernero se empeñó en ofrecer a su distinguido cliente, aunque, de espaldas a él, parecía lamentar que el hombre del traje blanco hubiese elegido su local para almorzar.

Al terminar el café, el gordo se había retirado la servilleta del cuello y limpiado las comisuras con ella. Sabedor de que el dueño de la taberna no se atrevería a cobrarle el condumio, había pedido la cuenta, fingiendo sorpresa

ante la obligada invitación del tabernero, en un teatro de fingidas muestras de respeto y cortesía.

Gardner se había escondido tras una esquina y había seguido al elegante matón por un dédalo de calles, cada vez más despobladas según se alejaban, hasta llegar a un portal, que el gordo abrió con una llave que extrajo de su elegante chaqueta.

En cuanto el hombre atravesó el portal, Gardner lo embistió por detrás, cayendo ambos al suelo y rodando por el rellano. El muchacho no perdió el tiempo y aprovechó el elemento sorpresa, que había aturdido momentáneamente al gordo. Con toda su fuerza, le dio un puñetazo, procurando que la trayectoria del apretado puño fuese ascendente y directa a la base de la nariz.

El chorro de sangre arruinó el impecable traje. El gordo, reducido por el dolor, se cogió la cara con las manos, permitiendo al muchacho levantarse del suelo.

Sin un titubeo, Gardner le dio dos patadas en la cabeza y el hombre perdió el sentido. Con esfuerzo, el muchacho dio la vuelta al pesado cuerpo y lo colocó sobre la espalda, apoyando la frente del matón en el primer peldaño de la escalera.

Un único y violento pisotón en el grasiento cuello del hombre provocó un seco estallido cuando se partió. Impávido y dejando atrás el guiñapo, Gardner abrió la puerta de la calle y se marchó. En los pocos minutos que había durado todo aquello, nadie se había asomado para comprobar de dónde procedía el ruido.

Era la primera vez que mataba a un hombre y se dio cuenta de que no le ocasionaba ningún remordimiento.

Aunque nunca llegó a ser acusado del asesinato, de alguna manera pronto se corrió entre el vecindario que aquel muchacho enclenque era extremadamente peligroso. Desde entonces, la policía parecía no verlo, como si una capa de invisibilidad lo envolviese, y los comerciantes fingían estar despistados cuando él pasaba al lado del puesto.

No había vuelto a pasar hambre, y una semana después de liquidar al gordo alguien le había ofrecido mucho dinero por volver a repetir su gesta. A partir de ese día, ya no volvió a necesitar la caridad de los asustados comerciantes.

⁂

Muy cerca ya de la treintena, Gardner llevaba doce años asesinando por encargo. Cualquier forma para desembarazarse de sus víctimas le resultaba aceptable. En ocasiones, el desafortunado llevaba escolta y el peligro era alto. En tales casos, solía usar el rifle con mira telescópica. En cambio, no le seducían demasiado los explosivos, que consideraba innecesariamente peligrosos.

Era razonablemente feliz. Le gustaba estar solo, era comedido en sus gastos, aunque no le faltaba el dinero, y apenas tenía vicios. No fumaba ni bebía. De vez en cuando, alquilaba los servicios de una mujer, para lo que no tenía manías, y eso era todo.

Cuando a mediados de septiembre de 1940 los Estados Unidos empezaron a enrolar jóvenes para ir a la guerra, Gardner consiguió librarse gracias a los contactos de don Guissepe en pago a un trabajo. Quizá sus antepasados hubiesen llegado de Europa, pero para Gardner lo que ocurriese fuera de Chicago no era de su incumbencia.

Por todas partes se podían ver carteles y anuncios animando a la población a participar en una guerra justa contra un despiadado y demoníaco enemigo, encarnado en los odiados «japos», que habían atentado contra el orgullo americano, osando atacarles en el maldito Día de la Infamia, como había llamado el presidente Roosevelt al ataque de Pearl Harbor.

No tenía sentido dejarse matar por ayudar a personas de las que no sabía nada, que se habían dejado invadir por otras de las que tampoco sabía nada, y todo bajo las órdenes de un presidente paralítico que nada sabía de Gardner.

Ahora este presidente quería machacar al líder de los alemanes, aliados de los japos. ¡Qué iba a hacer Gardner en una tierra tan lejana! ¿Por qué realizar su trabajo gratis si en Chicago no le faltaba? Los emolumentos allí eran realmente sabrosos, y el riesgo de encontrarse delante de una bala era mucho menor.

Además, muchos de los asesinos a sueldo y matones que poblaban Chicago se habían presentado voluntarios o habían sido enrolados a la fuerza, con lo que el trabajo abundaba y las familias le ofrecían salarios más elevados.

No. Lo mejor que podía hacer era permanecer en Chicago, enriquecerse y aprovechar los años de guerra, mientras el gobierno fijaba más su atención fuera de sus fronteras que en casa. Algún día acabaría el conflicto y las aguas volverían a su cauce. Entonces el trabajo sería más peligroso y peor pagado, por la competencia de todos cuantos regresaran a la ciudad.

Durante todos aquellos años, Gardner había sido detenido cuatro veces. Sabía que eso resultaba inevitable. La policía solía ser corrupta y los mismos que lo contrataban en ocasiones daban su nombre para quitarlo de la circulación. Pero sus abogados, bien relacionados y pagados, no tardaban en volver a ponerlo en la calle, comprando o amenazando a los testigos, sobornando a los jueces o eliminando pruebas. El dinero que ganaba a espuertas estaba bien empleado si servía para sacarlo pronto de la trena.

En esta ocasión, como de costumbre, su abogado ya habría llegado a un acuerdo con el juez. Según había podido saber, la policía había recibido un chivatazo anónimo informándoles de que el culpable de la muerte de Julio Giolitti, hijo de Luca Giolitti, el capo de la tenebrosa familia Giolitti, enemiga acérrima de don Guissepe, había sido Clint Gardner.

No tenían pruebas. El revólver elegido por Gardner para volarle los sesos a Julio descansaba en el fondo del lago Michigan. Tampoco había testigos. Los dos guardaespaldas que protegían al amado hijo de don Luca habían sufrido el mismo fin, y nadie lo había visto entrar ni salir del club de alterne donde Julio se desfogaba.

Naturalmente, la desgraciada muchacha que atendía a su víctima, una rubia teñida, de cara pálida y bolsas en sus tristes ojos, también había sido despachada, pero ella apenas contaba para la policía.

Sin arma, testigos o pruebas, Gardner no tenía nada que temer. Pero, entretanto, permanecía en su celda. ¿Dónde se había metido el maldito abogado?

En el pasillo exterior de la cuarta planta donde estaba encerrado, se escuchaban las conversaciones de celda en celda y los pasos de los vigilantes por las galerías. El ruido se ampliaba por el eco que ocasionaba el patio central. En la celda contigua, un enorme negro cantaba con una voz de ultratumba tristes canciones. Un poco más allá, alguien trataba de seguirlo, con una desafinada guitarra.

—Gardner, tienes visita.

Clint echó un vistazo a la reja abierta, donde asomaba un viejo guardián. Era un funcionario que esperaba pacientemente la edad de jubilación y, entretanto, prefería no meterse en problemas. Si algún prisionero fumaba dentro de la celda o guardaba una foto de su novia no autorizada por el alcaide, el celador fingía no darse cuenta.

Había salido de la celda y caminado por la galería hacia la sala de visitas, seguido por un guardián que iba cambiando cada vez que atravesaban una reja que separaba un módulo de otro.

Y ahora se encontraba allí sentado, esperando a que el abogado se dignara a aparecer. Normalmente, cuando llegaba el preso, la visita se encontraba ya acomodada en aquellas destartaladas sillas utilizadas para los careos al otro lado de la mampara.

Gardner pensó que quizás el abogado estuviese departiendo con el alcaide, preparando los papeles de la excarcelación.

Se abrió la puerta, por la que asomó un tipo con un elegante traje negro y una impecable camisa blanca con pajarita de color borgoña. Llevaba unas lentes redondas sin montura y el rostro afeitado con polvos de talco para borrar las huellas de su cerrada barba. Traía una inseparable cartera de cuero, que dejó sobre la mesa, y tomó el teléfono de su lado, a la vez que Gardner hacía lo propio con el suyo.

Algo no marchaba bien. Aquel abogaducho no se atrevía a mirarlo a los ojos.

—Hola, Clint. ¿Qué tal estás?

El saludo pretendía ser jovial. Llamarlo por el nombre de pila parecía un intento de ganarse su confianza. ¿Qué sucedía? ¿Por qué no le decía simplemente cuánto iban a tardar en preparar los papeles para poder abandonar aquel agujero?

Ante el silencio de Gardner, el abogado empezó a ponerse nervioso. En el nacimiento de su bien peinado y lacio pelo afloraban gotas de sudor. Fingió concentrarse en sacar unos papeles muy importantes de su cartera.

—Verás, Clint, tenemos un pequeño problema.

¿Tenemos? Sin mover un músculo, Gardner aguardó a que el abogado se armara de valor para continuar.

—He hablado con el juez —dijo el letrado, al que cada vez le costaba más articular las palabras—. Me ha dicho que ha aparecido un testigo en tu caso.

¿Un testigo? ¿De qué demonios estaba hablando? No había ningún testigo. Los únicos que hubiesen podido testificar en su contra estaban criando malvas.

—Según asegura el juez, el testigo vio cómo entrabas en la habitación que ocupaba Julio Giolitti y escuchó los disparos. Después te vio salir y encontró los cuerpos llenos de sangre tirados en el suelo.

Aquello era mentira. No había nadie en el pasillo.

—El testigo afirma que se encontraba en otra habitación cuando apareciste, y que luego no se atrevió a declarar para no meterse en problemas. Parece ser que los remordimientos han hecho que se presentarse ante el juez.

El pasillo solo tenía una puerta. Nadie lo podía haber visto entrar y salir. Sin duda, los disparos fueron oídos, pero en aquella ciudad todo el mundo estaba sordo cuando se trataba de algo así. La historia del buen samaritano preocupado por sus deberes con la justicia era tan falsa como una moneda de tres dólares.

—Hay otro problema —continuó el abogado con un hilo de voz—: Quieren imputarte la muerte de un poli.

—¿Un poli? —preguntó Gardner, levantando las cejas incrédulo.

—Aquella noche se cargaron a un policía dos calles más abajo del burdel. Al principio pensaron que no tenía relación, pero han llegado a la conclusión de que se trata de la misma arma que acabó con Giolitti.

El abogaducho se pasó un dedo por el almidonado cuello de la camisa para ensancharlo, como si le estuviera apretando demasiado. Gardner se mantuvo en silencio, dando vueltas a la cabeza. La muerte de un poli cambiaba el panorama. Nadie conseguía atentar contra la pasma impunemente. Más pronto que tarde era rodeado por otros polis y abatido a tiros «por ofrecer resistencia», y luego se le ponía convenientemente un arma en la mano.

El hecho de que aquella acusación fuera falsa carecía de importancia. Si se corría la voz de que Gardner había matado a un poli, toda la pasma saldría de cacería a por él. Incluidos sus carceleros.

—Yo no me he cargado a ningún poli.

—Lo sé, lo sé —repuso el abogado, fingiendo estar ofendido por la falsa imputación—. Por el momento, he logrado que el informe sobre el policía no se haga público, aunque terminará por filtrarse.

El letrado volvió a recolocar sus papeles sin levantar la mirada.

—He estado hablando mucho rato con el juez Campbell —dijo a través del teléfono, tratando de dar énfasis a sus palabras, como si en realidad hubiese participado en una durísima negociación—. Pero se muestra inflexible. Le da mucha credibilidad al testimonio del «pájaro» y a la prueba balística. Le he pedido que te dejara salir bajo fianza, pero cree que podrías tratar de deshacerte del testigo y quiere que permanezcas encerrado hasta el juicio.

Gardner seguía quieto como una figura de cera, taladrando con sus azules y fríos ojos al hombrecillo que estaba al otro lado del cristal.

—Le he pedido que disponga una fecha cercana para el juicio. Me ha asegurado que hasta dentro de dos o tres meses no será posible.

El hombre sudaba ya a chorros y no dejaba de pasarse un pañuelo por la frente y el cuello. Estaba claro que aún no había terminado de comunicar a su descontento cliente todas las malas noticias.

—Esta es una prisión pequeña, de baja seguridad. Por eso el juez quiere que seas trasladado a una cárcel federal… Me temo que lo harán en breve, dentro de dos o tres días…

El abogado se ahogaba. Miraba sus papeles como si en ellos estuviese la respuesta a todos sus problemas. De vez en cuando levantaba la esquina de una hoja para mirar la de abajo y fruncía el ceño, fingiendo un fatigoso trabajo mental.

—El juez se ha atrevido a aconsejarme que te declares culpable, ¿puedes creerlo? —El letrado cloqueó en lo que pretendía ser una risa despectiva—. Asegura que esta vez lo tienes mal. Le he dicho que no tenemos ninguna intención de hacer eso. Desmontaremos la versión de su testigo…

—Estás muerto.

Fueron las únicas palabras que pronunció Gardner antes de volver a colgar el teléfono de su clavija. El letrado, como alcanzado por un rayo, se levantó tirando la silla hacia atrás.

—¡No, Gardner! ¡Hago lo que puedo, de verdad!

Gardner ya se acercaba a la puerta enrejada donde un funcionario controlaba que todo se desarrollara según las normas. Los gritos que profería el abogado no estaban permitidos, y el carcelero ya avanzaba, decidido, hacia el atemorizado letrado.

Al salir de la sala, aún alcanzó Gardner a escuchar unas últimas palabras de su abogado.

—¡No es culpa mía! —aullaba aterrorizado—. ¡Son las «familias»! No quieren que quedes libre. ¡Te lo juro por mis hijos!

En silencio, Gardner siguió por los pasillos al centinela hasta llegar al patio. De ahí subieron hasta la planta donde estaba su celda, donde cerraron la verja a su espalda.

De nuevo a solas en su catre, Gardner reflexionó sobre las últimas palabras de su abogado. Sabía que eran ciertas, y no era difícil adivinar de dónde habían llegado las cuchilladas.

Había recibido el encargo de don Guissepe de liquidar al mayor de los hijos de Luca Giolitti, que se mostraba especialmente belicoso y trataba de ampliar su trozo en el reparto de la tarta que suponía el crimen organizado en la ciudad.

No era un trabajo fácil, ya que Julio siempre iba rodeado de gorilas y no se dejaba ver en público. El tiro lejano con su rifle de precisión quedaba descartado. Había que hacerlo a la vieja usanza. Pero él no era de los que descartaban trabajos por el peligro que pudieran implicar, y ni siquiera cobraba más.

Para Gardner la vida de un pobre diablo o la del más poderoso valían lo mismo que la de un niño, una mujer o un sacerdote. No hacía distinciones. Solo había dos excepciones. Gardner nunca mataba policías ni altos cargos políticos. No salían rentables.

Así que, después de averiguar con discreción por dónde se movía Julio, había optado por acudir al local de alterne que el hijo de Luca visitaba un par de veces por semana. Era un club muy distinguido, con grandes salones y cómodas habitaciones. Las muchachas eran muy guapas y estaban sanas. La alta cuna de la ciudad acostumbraba a presentar sus respetos con asiduidad, motivo por el que las redadas de la policía eran desconocidas allí.

Todo en aquel club era discreción. Sus salones estaban abiertos a quien quisiera tomar una copa con las chicas antes o a veces después de visitar las habitaciones, pero para los clientes que desearan pasar desapercibidos tenían solución.

Julio Giolitti no tenía el menor interés en pasar desapercibido, pero no le gustaba perder el tiempo. En cuanto llegaba, lo pasaban a una habitación en la última planta, donde se encontraban los reservados más exclusivos y, si esa noche no mostraba un interés particular por alguna de las chicas, las que estaban libres hacían un pase, con especial dedicación aquellas que eran nuevas.

El mayor de los Giolitti escogía a una, a veces a dos y en raras ocasiones más, se desfogaba y media hora más tarde abandonaba el local con sus guardaespaldas.

Al tanto de estas costumbres, Gardner había esperado la llegada del mafioso y había entrado en el local fingiendo interés por las chicas, para escurrirse luego entre las cortinas y subir a la última planta.

Había terminado el trabajo y se había esfumado. No hacía falta avisar a don Guissepe del éxito de su encargo. La noticia no tardaría en correr por la ciudad como la pólvora. Relajado en su apartamento, no temía las represalias de la familia Giolitti. Aquello era un negocio y, de haberlas, sería contra quien lo había contratado. Sin embargo, en ocasiones aquel mundo turbio daba extrañas sorpresas, como parecía ser el caso.

Luca Giolitti y su hijo Julio eran muy diferentes. El muchacho pensaba que la manera de llevar los negocios de su padre estaba anticuada, pasada de moda, y pretendía modernizar el negocio, algo que su padre no aprobaba, pero el viejo perdía fuerza día tras día.

Ahora, se dijo Gardner, Luca habría recuperado el control total de la familia. Quizás en el fondo don Guissepe le había hecho un favor. Los dos eran italianos de pura cepa, de la misma generación y con ideales profundamente arraigados. En otras circunstancias, podían haber llegado a ser buenos amigos.

Don Guissepe y Luca Giolitti habrían firmado una paz necesaria. Para ello, Luca habría exigido la cabeza del asesino de su hijo y don Guissepe, hombre de negocios, habría accedido. Solo así se entendía que la pasma se hubiera presentado en su apartamento para detenerlo y que ahora le estuvieran cargando con el asesinato de un poli.

Su vida no valía un centavo, pensó Gardner fríamente. La policía o algún preso deseoso de ascender de estatus o reducir su condena harían el trabajo.

Se preguntaba cómo conseguiría mantenerse con vida, cuando de nuevo el centinela asomó a su habitación.

—Prepárate, Gardner. Te vas.

Clint miró al centinela sin emoción.

—Te trasladan, muchacho. Vamos, recoge tus cosas.

No había mucho que recoger y, por segunda vez ese día, Gardner precedió al centinela por las galerías. La noticia de su traslado a una prisión de alta seguridad fue rápidamente divulgada. Algunos de sus compañeros lo despedían con alegría y otros lo maldecían, según el estado de ánimo cambiante que tuviesen en ese momento.

Esposado de pies y manos, lo subieron al furgón blindado. Que el alcaide no se hubiese despedido de él resultaba extraño. Quizás estuviese ocupado. O quizá no le apeteciera saludar a un hombre al que le quedaban pocas horas de vida.

Las puertas de la furgoneta se cerraron y esta comenzó a traquetear hasta la salida. Sujeto como estaba, Gardner no podría defenderse si habían decidido despacharle durante el trayecto, pero su rostro se mantenía inexpresivo.

El viaje era pesado y la mala carretera hacía crujir las ballestas de la camioneta, a la que el blindaje añadía un peso extra. Agitado, alcanzaba a escuchar las maldiciones de los vigilantes que la conducían cada vez que un bache especialmente profundo los hacía saltar de sus asientos.

Al cabo de una hora de camino, y sin aviso previo, la furgoneta aminoró su marcha hasta detenerse. Gardner se puso en guardia. ¿Era ese el momento elegido para acabar con él? ¿Cómo lo harían? Si abrían la puerta, quizá tuviese alguna posibilidad. Pero quizás hiciesen explosionar la camioneta con él dentro…

Las puertas se abrieron de golpe. Gardner, con su magro cuerpo en tensión, tomó impulso y se lanzó contra el hueco. Pero el que estaba fuera lo había previsto y se había apartado, de forma que cayó al suelo.

—Señor Gardner.

El sicario levantó la cabeza del polvo y miró a los dos hombres que se encontraban frente a él. Uno vestía uniforme militar con la camisa bien remetida y una corbata recta debajo de la guerrera, un tanto ajada, del mismo color caqui que los amplios pantalones. El pelo blanco cortado a cepillo enmarcaba un rostro decidido, y en sus ojos no se reflejaba ningún temor por estar hablando con un peligroso asesino. El otro, también uniformado, no tenía necesidad de asustarse. Inmenso, con un torso como un barril y dos enormes brazos, no necesitaba más para defenderse.

—¿Quiénes son ustedes?

—Soy el coronel Brown —dijo, y señalando al coloso añadió—: El capitán Pickeray. Quisiéramos que nos escuchara un momento, si fuese tan amable.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Usted sabe por qué. Lo trasladan a una cárcel de alta seguridad. Guissepe Convali y Luca Giolitti han pactado su muerte, como imagino que habrá adivinado por el recibimiento que me ha hecho. Y pronto toda la policía estará al tanto de que mató a un compañero. Aunque lograra escapar, no tendría dónde esconderse. Lo sabe, ¿verdad?

—Yo no maté al poli.

—No creo que eso tenga ninguna importancia.

—¿Cómo me han encontrado?

—Es usted famoso —contestó Brown, mostrándole el periódico que había leído el día de su amañado consejo de guerra, mientras aguardaba en el pasillo a que lo llamaran para entrar en la sala.

Gardner echó un vistazo a la primera página del diario sin mucho interés. Entre otras noticias, se hablaba de su detención por el asesinato de Giolitti, de sus dos guardaespaldas y de una prostituta. Cuando el periodista había escrito el artículo, aún no sabía nada del policía muerto.

—¿Qué tienen que ver ustedes con todo esto?

—Si me concede unos minutos, se lo explicaré. No pierde nada. Claro que quizá prefiera continuar su viaje hacia la prisión.

⁂

Búnker del Gabinete de Guerra británico
Londres, Inglaterra

—No me gusta —refunfuñó el primer ministro tras la alargada mesa de su despacho—. El profesor Menchaca no tiene formación militar y su única experiencia en combate es con la guerrilla española hace ya cinco años. Ese Gardner es un matón de la mafia que debería haber sido colgado hace tiempo. Su experto en explosivos, coronel, es un minero indisciplinado y solitario; y, para colmo, un sinvergüenza que lleva años llenándose los bolsillos con lo que roba al ejército.

Churchill arrojó sobre la mesa las fichas de los hombres seleccionados por Brown y se recostó en su butaca, mientras Brown y Pickeray, sentados enfrente, mantenían un discreto silencio.

—¿Qué opina usted, general?

Eisenhower extrajo el último cigarrillo de su segundo paquete diario, que estrujó y arrojó a una papelera. Buscando en su bolsillo el encendedor, meditó su respuesta. Verdaderamente se le antojaban descabelladas la elecciones del coronel, pero la lectura de su expediente lo había convencido de haber encontrado al hombre idóneo: un militar de gran tesón, creativo, con experiencia en el mando, discreto, eficaz, que se hacía respetar por sus hombres, de los que sabía sacar el máximo rendimiento, algo muy importante en las actuales circunstancias, y que no se dejaba llevar por los dogmas militares ni aspiraba a rápidos ascensos.

—Nosotros lo trajimos, señor, y le dimos libertad para elegir a sus hombres. El coronel ya dejó claro que no deseaba soldados.

—Pero esto es un disparate. ¿Cómo va a adiestrar a esta gente en unas semanas? —bufó el mandatario, dando una palmetada sobre los expedientes —. Dígame, coronel: suponiendo que accedamos a sus pretensiones, ¿cuál es su plan para llegar a Berlín?

—Necesitaremos un avión alemán. Mi plan es llegar hasta Berlín y aterrizar cerca de la ciudad, fuera de los campos de aviación, simulando un accidente.

Churchill y Eisenhower se quedaron mirándose el uno al otro.

—Desde luego tiene usted agallas. ¿Y luego qué?

—Prenderemos fuego al avión y nos alejaremos antes de que lleguen las tropas alemanas. Una vez en la ciudad, localizaremos el laboratorio y lo destruiremos.

—¿Y el regreso?

—Creo que lo mejor sería desde la costa de Dinamarca. Las demás rutas nos obligan a adentrarnos más aún entre sus filas.

—Podríamos mandarles un submarino a recogerlos —apuntó Ike.

—Estaría bien, señor. Eso mismo había sugerido el capitán Pickeray.

—Dígame, coronel —preguntó el primer ministro, al que parecían no importarle los asuntos relacionados con el regreso del comando—, ¿cómo piensa usted engañar a los alemanes? Un piloto de la RAF no tendrá problemas en llevarlos hasta Berlín en un aparato alemán, pero ¿cómo sorteará sus defensas? En cuanto se den cuenta de que el piloto no conoce a la perfección su destino, serán abatidos, eso sin contar que no tenemos sus santos y señas.

—Es por eso que he pedido venir, señor. Necesito su autorización para reclutar a otros dos miembros para mi unidad.

Brown abrió la carpeta que tenía sobre las rodillas y por encima de la mesa le pasó al primer ministro dos expedientes más.

—¡Hum! —musitó Churchill, dando una calada al habano ya terciado, mientras examinaba la primera de las fichas—, ya veo.

Al examinar la segunda casi se le cae el puro de las manos.

—¿Está usted loco? —balbuceó—. Tome, general. Dígame qué demonios le parece esto.

Eisenhower tomó la ficha que le tendía el mandatario británico, que con el rostro enrojecido daba furiosas caladas a su puro.

—¿Usted cree que este hombre accederá, coronel? —preguntó atónito el general americano.

—¡Es una locura! —protestó Churchill—. En cuanto pusiera pie en Alemania, los delataría.

—Confío en que no, señor. Déjenme hablar con él, y creo que lograré convencerlo.

De nuevo se miraron entre sí el primer ministro británico y el general de cuatro estrellas americano, interrogándose con la mirada.

—Con una condición, coronel —accedió Churchill de mala gana—. Tiene tres semanas para convencernos de que no está usted loco. Adiéstrelos y,

cuando pasen esas tres semanas, los quiero ver a ustedes dos y al resto de su equipo en este despacho. Entonces decidiremos. Hasta entonces le hago responsable de cada uno de esos hombres. Si cualquiera de ellos intenta desertar, disolveremos el comando y los meteré a todos en prisión. ¿Queda claro?

—Sí, señor.

La entrevista había acabado. Brown recogió los expedientes que había dejado el primer ministro sobre la mesa, se levantó, saludó a los dos hombres y abandonó la estancia, seguido por Pickeray.

—Espero, general, que haya acertado con su hombre —dijo Churchill, estudiando atentamente cómo se removía el *whisky* dentro de la copa que sostenía en la mano.

—También yo —respondió Ike, prefiriendo no mencionar que había sido el primer ministro británico quien diera el visto bueno a Brown.

—Me preocupa que su coronel no esté a la altura de las circunstancias. Al fin y al cabo, no tiene experiencia en combate, y me da la sensación de que se está tomando todo este asunto de una manera un tanto frívola.

—Hay que confiar en los hombres —respondió Ike, dando una última calada a su cigarrillo antes de estrujarlo en el cenicero—. Si queremos que esta guerra termine algún día, antes deberemos dar nuestro apoyo a cientos de hombres como el coronel.

—Cierto, general —respondió Churchill, al que la reprimenda del americano no le hacía demasiada gracia—. Pero es nuestra labor saber seleccionar en quién depositarla. Tal vez nos hayamos precipitado al escoger a Brown y no estemos dando a este asunto la importancia que tiene.

El general americano no se engañó. A pesar de que el mandatario británico hablara en plural, aquello no dejaba de ser una advertencia: según Churchill, Eisenhower se había excedido dando plenos poderes en un asunto tan delicado a un hombre inexperto. A unas semanas de la mayor operación militar de la historia, no era el momento de discutir con su mejor aliado.

—Tal vez prefiera que lo relevemos de la operación. Aún estamos a tiempo de escoger a alguien con más experiencia.

—¿Es eso lo que usted haría?

—Si quiere que le sea sincero, yo apostaría por Brown. Me he informado sobre él. No es especialista en hacer amigos, pero conoce su trabajo.

—Usted es el comandante supremo, y para eso lo nombramos. Haremos como usted dice. Solo espero que no se equivoque. Le daremos a su coronel las tres semanas que le hemos prometido. Pero le advierto que, si por entonces

no estoy convencido, mandaré otro comando, aunque deba escogerlo yo mismo.

—No será necesario, señor —repuso Ike, dándose cuenta de que el primer ministro, a pesar de sus baladronadas, se batía en retirada—. Estoy convencido de que el coronel Brown sabrá llevar a cabo su misión.

Capítulo VIII

Martes, 29 de febrero de 1944
Campo de prisioneros de guerra, Cardiff, Gales

El teniente de la Luftwaffe paseaba por el recinto abatido y preocupado, dando patadas con las punteras de las antaño inmaculadas botas, en compañía de otro prisionero del campo inglés.

Había estado toda la mañana en la enfermería visitando a su hermano Otto. El pequeño de los Von Weizsäcker aún tenía todo el cuerpo vendado. Las quemaduras habían sido graves y los diagnósticos de los médicos no eran demasiado alentadores. En un buen hospital, le habían dicho, Otto tendría alguna posibilidad de sobrevivir, pero en la enfermería del campo de prisioneros no contaban con el material ni la preparación suficiente.

Franz von Weizsäcker llevaba mucho más tiempo que Otto encerrado en aquel campo. Había sido hecho prisionero cuatro años atrás, cuando participaba con su escuadrilla de bombarderos Dornier Do 17Z en una operación contra el corazón de Londres.

El bombardero que pilotaba Franz había sido alcanzado después de soltar su letal carga sobre las calles de la ciudad enemiga. Los proyectiles de los Spitfire británicos habían destrozado uno de los motores, que se incendió. Franz había tratado de alcanzar el canal de mar que lo separaba de su patria, pero el aparato, descompensado, era presa fácil para los cazas británicos, y lo derribaron sobre la costa inglesa.

Planeando, Franz consiguió tomar tierra sobre un prado sin perder a ningún miembro de la tripulación. Pero, para ellos, la guerra había acabado. En tierra hostil, no tuvieron tiempo de abandonar el bombardero antes de verse rodeados, y solo la disciplina de los oficiales británicos pudo evitar que fueran linchados allí mismo por la turbamulta arremolinada en torno al bombardero, al que pretendían dar fuego con sus ocupantes dentro.

Por aquel tiempo, Franz tenía la prepotencia propia de un muchacho ario de veintitrés años al que el mismo *führer* había dado la mano. Estaba

convencido de que Alemania era la nación elegida para gobernar el mundo y daba por hechas las promesas de Hitler sobre los mil años que iba a durar el Tercer Reich.

Provenía de una acaudalada familia aristocrática sin mancha de sangre en su cuna. Su padre había combatido en la Gran Guerra, donde llegó a entrar en combate aéreo al lado del mítico Manfred von Richthofen, conocido como Barón Rojo, por el color del que estaba pintado su caza triplano Fokker, con el que había derribado casi un centenar de aviones enemigos.

Max von Weizsäcker se había ganado una Cruz de Hierro por el valor demostrado frente a una escuadrilla de cazas británicos: en una encarnizada batalla, había logrado derribar a dos enemigos, facilitando la huida de su propia escuadrilla, ya sin munición. De resultas del combate, Von Weizsäcker había sido alcanzado, logrando llegar a duras penas hasta un campo de aterrizaje donde tomar tierra.

Nunca más había vuelto a subirse a un avión. Una esquirla de su propio aparato le había dañado la médula espinal y desde aquel día permanecía postrado en una silla de ruedas, pero lucía orgulloso la Cruz de Hierro de segunda clase que le fue concedida.

En tales circunstancias, resultó inevitable que Franz ingresara en la Luftwaffe, la flamante aviación alemana formada por los hijos de las más altas familias, un honor y orgullo para todos ellos.

El mayor de los Von Weizsäcker, alegre y temerario, como correspondía con el ideal que el *führer* preconizaba para aquellos que debían regir el imperio de los mil años, había tenido, durante toda la contienda que su país libraba, una idea romántica y muy alejada de la realidad de aquella guerra que sacudía el continente.

Las proclamas y los discursos del carismático líder, su proverbial uso de la palabra, sus ojos hipnóticos y ademanes firmes y seguros habían abducido el cerebro de Franz, de sus jóvenes amigos y de casi todo el pueblo alemán.

Ellos, los arios, la raza dominante, se veían recluidos en sus recortadas fronteras, despojados de sus riquezas, que sus enemigos, a todas luces inferiores, les robaban con las humillantes compensaciones de guerra. Mientras la raza pura pasaba hambre, el resto del continente disfrutaba de cuanto era de los alemanes por derecho divino.

Y no solo ingleses y franceses los humillaban de semejante manera. Dentro de su propio país, los judíos amasaban auténticas fortunas mediante la usura, aprovechándose de la mala situación económica que sufrían sus ciudadanos.

¿Por qué Alemania debía inclinar la rodilla ante tales abusos? Hitler había hablado del «espacio vital» que el país precisaba para su desarrollo y había anexionado Austria, Polonia y parte de Checoslovaquia desde el primer momento, y sus acobardados enemigos no se habían atrevido a replicar.

Aquello se había acabado. Alemania demostraría al mundo quiénes eran sus hijos. Como sucedía cada vez que el alemán de adopción hacía uso de la oratoria, con el rebelde flequillo moviéndose al compás de sus gesticulaciones, mientras gritaba las consignas una y otra vez, la nación estaba dispuesta a verter hasta la última gota de sangre para devolver el esplendor al imperio germano.

Franz había tenido la oportunidad de asistir a varios de estos discursos y desfilar ante su *führer*. En tales ocasiones, si él le hubiese pedido arrojarse sin paracaídas desde el avión que debía pilotar, lo hubiese hecho sin dudar un segundo. Y no era el único.

Su madre, sin embargo, no compartía su forma de ver la situación, y es que entre la aristocracia el advenedizo austríaco no era apreciado. La rancia nobleza germana hacía ascos de aquel personajillo de bigote ridículo que siempre vestía con uniforme y amenazaba con volver a conducir al país a otra guerra que habría de ser la ruina absoluta para Alemania. Muchas habían sido las disputas políticas en casa de los Von Weizsäcker con estas desavenencias, que Christiane, la madre de Franz, zanjaba sin contemplaciones.

Sin embargo, nada era capaz de atenuar el entusiasmo de las juventudes alemanas, que veían en su *führer* al mesías enviado para dirigir las tropas hacia una victoria segura.

Franz conservó estas ideas durante largo tiempo, mientras se pudría en el campo de prisioneros británico. El desprecio que sintiera por sus carceleros, aunque Hitler insinuaba que los ingleses pertenecían a su misma raza, solo se podía comparar en intensidad con la nostalgia que sentía por su patria y en especial por Eva, su prometida, a la que sus padres no veían con buenos ojos.

La había conocido en un baile organizado por un amigo de la escuela. Eran tiempos convulsos, de crisis, pero que aún no alcanzaban a las altas esferas, y no preocupaban a los hijos de quienes tenían el dinero y el poder.

Como el resto de los muchachos de su edad, Franz hablaba de la situación en la que se encontraba el país, de la vergüenza que suponía la derrota y las humillaciones que sufrían, fingiendo un gran interés y preocupación por el estado en que se encontraba su amada patria. Brindaban por aquel hombre que habría de conducirlos a la victoria y se prometían combatir hasta la muerte si algún día se iniciaba la guerra.

Franz había asistido a aquella fiesta acompañado por una chica, hija de unos amigos de sus padres, y que todos deseaban se convirtiera en su esposa cuando llegase el momento. Sin embargo, la muchacha, a pesar de ser bastante guapa, resultaba terriblemente aburrida y a Franz no le gustaba.

Según se iba caldeando la fiesta, el alcohol y la camaradería entre aquellos que saludaban a su *führer* a voz en grito le hicieron olvidar en una mesa a la llorosa muchacha, que decidió volverse a casa antes de tiempo.

Entre cánticos y brindis, uno de sus amigos le presentó a una joven morena, de grandes ojos negros y una sonrisa preciosa, que alzaba la copa como el resto, no dudando en vaciarla después de entrechocarla con quienes la rodeaban, ante al asombro de Franz.

Cuando terminó la fiesta, ya en casa, tuvo que soportar la bronca de sus padres por haber agraviado a la hija de sus amigos, a la que tuvo que presentar sus disculpas, aceptadas de mal grado tanto por la chica como por sus heridos padres.

Pero a partir de aquel día decidió que aquella alegre y bromista muchacha morena, de grandes ojos negros y delicada silueta, habría de ser suya. Solicitó a su amigo que le concertara una cita con el temor de que la muchacha no se acordara de él, lo que hubiese supuesto un terrible insulto para su orgullo desmedido, pero no hubo motivos para tal cosa.

Eva recordaba bien a aquel muchacho espigado de pelo rubio pajizo y acuosos ojos azules que la miraba como solo se puede mirar a una diosa, y no había dudado en aceptar la invitación, aunque la cita resultó ser un desastre. Ambos estuvieron tan pendientes de agradar al otro que la tarde se convirtió en un infierno.

Aquella noche Franz se lamentó amargamente de la oportunidad perdida. La muchacha no habría podido evitar darse cuenta de su torpeza. Le sudaban las manos, se le había caído la cerveza, con la que empapó toda la mesa sobre la que ella había puesto su bolso, y cada vez que decía algo metía la pata.

Su sorpresa fue mayúscula cuando supo por su amigo que Eva había estado encantada en su compañía y que estaba esperando una nueva oportunidad.

Feliz y pletórico como solo puede estarlo un muchacho enamorado por primera vez cuando la chica de sus sueños corresponde a sus sentimientos, Franz la había invitado en sucesivas ocasiones a dar un paseo, con amigos, claro está; paseos en los que se perdían de los demás durante un buen rato y aprovechaban para conocerse más profundamente.

Eva había resultado ser lo que había pensado Franz el día que la conociera. Una chica dinámica, divertida, bromista, fiel y encantadora, y a ella se abrió como nunca antes lo había hecho.

Mientras el horror de la guerra aún estaba lejos, lo único que hacía Franz era desfilar con sus compañeros en las marchas que ya empezaban a sacudir Alemania, escuchando las soflamas políticas del nuevo líder que alzaba la mano para saludar a la patria. Al mismo tiempo, continuaba con sus estudios, preparándose para ocupar algún día el puesto de su padre al frente de los negocios familiares.

Tres años más joven que Franz, su hermano Otto era el único de la familia que supo desde el primer momento de aquella relación, y no precisamente porque Franz se lo dijera. Cuando finalmente se descubrió que el mayor de los Von Weizsäcker tenía novia, la curiosidad inicial no pudo evitar el desencanto de los padres.

Eva provenía de una buena familia; no cabía duda de que se movía en los mejores ambientes. Su posición económica resultaba envidiable y el padre de la muchacha no era, como decía su hija, un mero médico, sino uno de los mejores cardiólogos de Berlín.

A pesar de todo esto, no pertenecían a la rancia aristocracia alemana, algo que para los Von Weizsäcker era condición indispensable para unirse ellos. Así que Eva solo contó con un aliado, Otto: el hermano pequeño y enamoradizo de Franz, un muchacho tímido que peleaba por estar a la altura de su idolatrado hermano mayor sin conseguirlo.

Otto estaba secretamente enamorado de Eva. Se sentía agradecido por cómo ella lo trataba y le confiaba sus mayores secretos. Sin embargo, nunca se mostró celoso. Incluso velaba por la felicidad de la pareja, suponiendo que, si esta permanecía junta, él podría estar cerca de Eva.

De todo esto había pasado mucho tiempo. Los años transcurridos en aquel apartado campo de prisioneros británico habían vuelto más reflexivo y maduro al joven Franz von Weizsäcker, y había empezado a prestar atención a las primeras críticas entre sus compañeros contra Hitler y los dirigentes nazis.

En un principio, Franz se había negado a prestar oído a todas aquellas dudas y mentiras que trataban de colarse en su cerebro, pesando que, con toda seguridad, era un intento de sus enemigos de envenenarles la mente y conseguir que renegaran de su fidelidad.

Pero pronto se hizo evidente que las noticias y críticas provenían de los suyos. Los ingleses se limitaban a programar en la pantalla de la sala utilizada

como cine imágenes en las que los aliados hacían retroceder a los soldados alemanes, antes de emitir alguna película americana de las que estaban en boga en ese momento.

En el campo no había palizas ni interrogatorios ni castigos. Los guardianes solo controlaban los intentos de fuga, aunque ni en esa tarea se aplicaban, pues, al fin y al cabo, ¿adónde ir? Salir de la isla y regresar a casa resultaba prácticamente imposible.

Los prisioneros que iban llegando eran rápidamente rodeados por sus compañeros, ávidos de noticias sobre la patria, pero Franz pronto llegó a la conclusión de que realmente no tenían demasiada idea de cómo se estaba desarrollando la guerra.

¿Cómo podía ser que un piloto de la Luftwaffe ignorara cuándo iba a ser tomada Inglaterra, qué sucedía en Francia o cómo actuaban los rusos?

¿Qué sucedía en los despachos? La únicas noticias que traían era las palabras repetitivas del *führer*, pero ¿para cuándo estaba previsto que los liberaran? ¿Qué era de sus familias? ¿Qué estaba ocurriendo en Alemania?

Los ingleses hablaban en sus documentales de las atrocidades cometidas por los nazis en unos campos que llamaban «de concentración». ¿No existían? ¿Cómo podía ser que ninguno de sus compañeros recién llegados hubiese oído hablar de ellos?

Pero, si no existían y eran una invención del enemigo para minar su moral, ¿a dónde llevaban a todos aquellos que habían detenido? ¿Dónde estaban sus vecinos judíos, a los que Franz había visto desfilar llevando sus escasas propiedades, aquellas que podían transportar a hombros y no les eran incautadas, entre los insultos y provocaciones en los que él mismo había participado? ¿Los habían expulsado realmente del país? ¿A dónde? La crisis alemana no estaba como para financiar un éxodo obligado.

Estas y otras cuestiones más personales asaltaban una y otra vez a Franz.

Las últimas veces que una nueva remesa de prisioneros había llegado al campo no se había preocupado en ir a escuchar noticias. ¿Para qué? No quería oír de nuevo los desatinos memorizados de los soldados enviados más allá de sus fronteras.

En una ocasión, mientras sus compañeros atendían a los recién llegados, Franz había estado mirando distraídamente la hoja que los ingleses fijaban en una de las paredes de un barracón, con los nombres de aquellos que habían venido, por ver si alguno de ellos le resultaba conocido.

Su corazón se había detenido en el quinto de la lista. Lo tuvo que leer varias veces para convencerse de que no había visto mal. En aquella hoja

venía escrito: «Otto von Weizsäcker».

Franz había sentido que le fallaban las piernas. Su hermano estaba en el mismo campo que él.

Nervioso, y sintiendo que se le salía el corazón por la boca, había ido buscando entre todos aquellos que eran el centro de atención. Sin miramientos, los cogía por el hombro y les gritaba el nombre de su hermano. ¿Dónde estaba Otto von Weizsäcker?

Nadie sabía contestarle. Muchos no habían oído jamás ese nombre, y los que sí lo habían hecho ignoraban que Otto estuviese entre ellos. Quizá debería mirar en la enfermería.

Así lo había hecho Franz. Sin perder un instante, había corrido hacia allí. Los guardias de la entrada se habían alarmado por su irrupción y tardaron un rato en darse cuenta de que aquel tipo delgado y atacado de los nervios que pretendía entrar en la enfermería no pretendía causar problemas.

El médico que lo atendió lo condujo hasta una cama apartada, donde lo que parecía una momia envuelta en telas se mantenía inmóvil.

Cada centímetro de su cuerpo estaba cubierto por gasas y solo se podían ver sus ojos, que en esos momentos estaban cerrados. El médico le había explicado que su avión había sido derribado, incendiándose al impactar contra el suelo. Otto había sido el único superviviente, pero las quemaduras sufridas eran muy graves. A causa del dolor, habían tenido que sedarlo, y por eso estaba dormido.

Franz había pedido permiso al médico para permanecer al lado de la cama hasta que Otto se despertase, y el médico, que antes de la guerra había sido un buen cirujano en un hospital, no había tenido valor para negárselo.

Toda la tarde se había pasado velando el sueño inducido por las drogas de su hermano, esperando que se diluyeran sus efectos. Sentado en una silla al lado de la cabecera, no se había atrevido a tocarlo por miedo a causarle dolor.

Antes de que los soldados sirvieran el rancho de la cena, Otto comenzó a dar muestras de que estaba despertando. Con gran dificultad, había conseguido abrir los ojos y, tras echar un doloroso vistazo al hombre demacrado, de barba mal cuidada y ojeroso que tenía delante, su única reacción había sido el mar de lágrimas que inundó sus ojos.

Otto no podía hablar, y el mayor de los hermanos se propuso hacerlo por él, así que todos los días se pasaba el máximo tiempo que le permitían, dependiendo de quién fuese el médico que se encontrara de guardia, junto a su hermano, y le contaba las cosas que ocurrían en el campo, cómo eran los

compañeros de su barracón, los guardias, y cómo conseguían pasar los días tratando de olvidar que eran prisioneros en un país lejano…

Franz se entregaba a su hermano más de lo que lo había hecho durante todos los años que habían compartido el techo de sus padres, donde Otto siempre había ocupado un segundo lugar. Otto era el favorito de su madre, pero él lo era de su padre, el destinado a transmitir el apellido, dirigir la empresa y llegar a ser un as de la aviación. Otto se había mantenido a la sombra de su hermano, por el que sentía devoción, siendo correspondido con el afecto que se le ofrece a quien, siendo querido, se sabe que nunca llegará a estar a la altura.

Ahora, en cambio, Franz se torturaba por la suerte de Otto. Según pasaban los días, cada vez estaba más convencido de que la suerte de su hermano había estado influida por la suya. El pequeño de los Von Weizsäcker nunca se había mostrado interesado por la aviación. De hecho, tenía pánico a las alturas. ¿Por qué habría de ingresar en la poderosa Luftwaffe, si no era para seguir la estela de su desaparecido hermano mayor?

Ideas de este tipo carcomían su conciencia mientras vigilaba los sueros a través de los que se alimentaba el silencioso Otto. Los médicos no sabían decirle cuándo podrían quitarle los vendajes, pues temían que una infección, más que probable en aquellas condiciones, acabara con él.

Sin desmayo, y día tras día, Franz se rompía la cabeza tratando de animar a Otto, contagiarle entusiasmo para que se recuperara y hacerle olvidar el atroz dolor que no remitía hasta que le inyectaban la morfina, tras lo que caía en un profundo sopor.

Entonces Franz, invariablemente, interrogaba al médico: ¿cómo lo había visto aquel día?, ¿cuál era el pronóstico?, ¿se podía hacer algo?

Las respuestas del médico eran también las mismas día tras día. El paciente seguía muy grave, era un milagro que siguiera vivo y no se podía saber cuál sería el desenlace. Cada vez dependía más de la morfina y no sabían cuándo se podría producir una infección que no pudieran atajar. En realidad, mientras el muchacho permaneciera en la enfermería del campo en vez de en un hospital especializado, las posibilidades eran mínimas.

¿No podían hacer nada ellos para que lo trasladaran?

Era un prisionero de guerra, y los hospitales ingleses ya se encontraban suficientemente saturados con sus propios pacientes como para que alguien mostrara interés en sanar a un alemán quemado cuando su avión atacaba a sus compatriotas.

Franz se desesperaba con estas respuestas, viendo como su hermano sufría, y en ocasiones suplicaba por ser él quien ocupara aquella cama. Había pedido, rogado e implorado a los médicos para que hiciesen cuanto estuviese en sus manos, pero sabía que poco, por no decir nada, era lo que podían hacer, salvo apaciguar el tormento con la escasa morfina de la que disponían.

⁂

Mientras daba patadas a las piedras, Franz se preguntó, por enésima vez, qué podría hacer para que trasladaran a su hermano a un hospital de verdad. Estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario. Cualquier cosa.

Acababan de sedar a Otto y era la hora del rancho. El potaje diario estaba a punto de cruzar las alambradas en las que los tenían retenidos. Con desgana, había tomado su plato de hojalata y la cuchara de su barracón y acudido al patio donde se hacía el reparto.

Con la escudilla llena y un trozo de pan, se acercó a uno de los grupos reunidos para escuchar las divagaciones sin sentido de quienes llevaban tanto tiempo sin tener noticias del mundo, esperando que lo distrajeran.

Hablaban de deporte, y Franz se aburrió enseguida, así que terminó su rancho sin prestar demasiada atención y fue a limpiar la escudilla y la cuchara.

Pasó la tarde en la enfermería, hojeando una novela manoseada que le había prestado uno de los médicos. Estaba en inglés, idioma que Franz dominaba con soltura. No era muy interesante, pero aquel día su hermano estaba peor y no despertó en toda la tarde.

Tras la cena, cuando se dirigía a su barracón a dormir, después de una nueva jornada exactamente igual a la del día anterior, la semana anterior, el mes anterior, el año anterior, dos soldados ingleses lo obligaron a acompañarlos.

Aquello era bastante extraño. A veces los británicos hacían registros en los barracones en busca de herramientas y otros objetos prohibidos que pudieran facilitar la huida de los prisioneros. Alguna vez eran los propios presos quienes eran cacheados sin previo aviso; el mismo Von Weizsäcker había pasado en diversas ocasiones por el trámite. Pero ¿por la noche? Nunca, que él recordara.

Más sorprendido que asustado, siguió a los guardias más allá de las alambradas, al pabellón de los oficiales británicos.

Entraron en el edificio y fueron dejando atrás varias puertas hasta detenerse en una, donde uno de los soldados llamó golpeando con los nudillos. Una voz desde dentro dijo «pase», y el soldado abrió la puerta, apartándose para que Von Weizsäcker entrara, y luego cerró a su espalda.

El despacho estaba ocupado por dos hombres, sentado uno en la cabecera del escritorio y el otro a un costado. El primero de ellos tenía más edad y lucía uniforme americano, mientras que el segundo era mucho más corpulento y pertenecía al ejército británico.

—Teniente Von Weizsäcker. Siéntese, por favor.

El americano le señalaba la silla libre al otro lado de la mesa, donde Franz tomó asiento.

—¿Qué tal se encuentra su hermano? —dijo el hombre, examinándolo con sus ojillos azul claro. Era una mirada franca, la de alguien que tiene algo que decir y que no se anda por las ramas.

—Mal. Hoy ha permanecido casi todo el día sedado. ¿Quién es usted?

—Soy el coronel Brown, del ejército de los Estados Unidos. Me acompaña el capitán Pickeray, del ejército británico.

—¿Y qué es lo que quieren? —volvió a preguntar Von Weizsäcker, viendo que el americano no añadía nada más.

—Nos gustaría hacerle una propuesta. Creo que podría resultarle interesante.

—Usted dirá —repuso Von Weizsäcker con precaución, poniéndose a la defensiva.

—Quisiera que echase un vistazo a estas fotos —dijo el coronel, hurgando en una cartera de cuero que había pasado desapercibida hasta entonces para Von Weizsäcker, ya que el americano la había tenido hasta apoyada contra las patas de su silla.

Von Weizsäcker cogió las instantáneas que se le tendían por encima de la mesa y les echó un vistazo. Algunas estaban tomadas desde el aire y no le costó el mínimo problema interpretarlas, pues había visto miles anteriormente. Otras estaban sacadas desde tierra, pero en todas las escenas eran parecidas. Se veían hombres y mujeres civiles en fila, transportando enseres domésticos mientras eran encañonados por soldados alemanes; gente detrás de alambradas con la cabeza rapada, extremadamente delgada, hasta el punto de parecer esqueletos envueltos en piel; vagones de mercancías atestados de gente apiñada como ganado; fantasmas cargados como mulas de carga vigilados por agresivos perros sujetos por sus amos y amenazadores soldados armados con metralletas…

Terminó de mirar por encima el resto al ver que todas eran similares y se las devolvió al americano sin decir nada.

—Estas fotos están sacadas en su país. Son de personas que nacieron y vivieron en Alemania, y que también han muerto allí.

En las sesiones de cine que les habían pasado a los prisioneros, las imágenes habían sido lo suficientemente lejanas y vagas como para no llegar a contemplar todo el horror de cerca, pero aquellas fotografías disponían de todo el detalle necesario.

—¿Quién lo dice? —dijo Von Weizsäcker con desconfianza—. No conozco a estas personas, ni a usted tampoco. ¿Por qué he de creerlo?

—Porque usted lo ha visto. Ha visto como esa gente era despojada de sus casas y negocios y se los llevaban en trenes como si fuesen bestias.

—Eran judíos. Los mandaban a sus países.

—Usted es inteligente —dijo el americano, esbozando el comienzo de una cínica sonrisa—. Sabe que eso no es así. ¿Cómo iban a poder trasladar fuera de las fronteras a millones de personas estando en guerra? ¿Quiere saber cómo termina toda esta gente?

Sin esperar respuesta, el americano sacó otra instantánea ampliada. Era una montaña formada por cuerpos esqueléticos y desnudos, amontonados unos encima de otros de cualquier manera. Por lo menos había un centenar. Delante, dos miembros de las SS posaban sonrientes para la cámara.

—¿Espera que me crea que mis compatriotas hacen esto? —preguntó Von Weizsäcker, fingiendo no haberse escandalizado—. Quizá son ustedes los que lo hacen.

El coronel americano guardó un incómodo silencio.

—¿Qué pretende de mí? —respondió Von Weizsäcker, nervioso, al ver que su oponente no se inmutaba—. Aunque pudiera, no lo ayudaría. Soy un soldado alemán. Mi padre participó en la Gran Guerra. De cualquier manera, llevo aquí cuatro años. Nada podría decirles.

—Su padre Max von Weizsäcker formó parte de la aviación alemana, fue condecorado por derribar un par de aviones enemigos y es dueño de una empresa de fundición. Fue herido, posiblemente por un caza de su misma escuadrilla, y no pudo volver a volar. Su madre, Christiane, pertenece a una de las mejores familias alemanas. De joven ganó un premio de belleza, y tanto esto como su enorme fortuna hicieron que fuera muy codiciada entre la aristocracia. Quizás usted ya sepa que desprecia a Hitler y a toda su chusma.

—¿Se lo ha dicho ella? —preguntó Von Weizsäcker con sorna, pero secretamente sorprendido por la precisa información que manejaba aquel

individuo.

—No hace falta. Lo sabemos —repuso el americano sin alterarse—. Y me temo que tengo una mala noticia para usted.

Franz se envaró en su asiento imperceptiblemente, tratando de fijar la sonrisa irónica que lo adornaba.

—Su madre ha fallecido.

—¿Cómo dice?

—Christiane von Weizsäcker falleció el veintitrés de enero de 1941, pocos meses después de que usted fuese derribado, a causa de un derrame cerebral que sufrió tras recibir la noticia de su muerte.

—¿De mi muerte? —preguntó Von Weizsäcker, que no daba crédito a lo que escuchaba.

—Así es. El mando alemán le comunicó su fallecimiento durante la incursión a esta isla, y le concedió una medalla.

—No me lo creo. Saben que fui derribado y que estoy preso.

—Es cierto, lo saben. Pero para ellos usted está muerto, y así se lo han comunicado a su familia. Es usted un héroe de guerra. Un héroe muerto.

Franz quedó en silencio, tratando de pensar. Aquella historia era absurda. Todo cuanto había dicho o mostrado aquel individuo vestido con uniforme americano no podía ser probado. ¿Cómo esperaba que lo creyera?

A la vez, y precisamente por este detalle, resultaba alarmante. Si hubiesen querido montar una historia que pareciera real, se habrían aplicado un poco más en falsificar las pruebas, ¿no?

—¿Qué quiere? —preguntó con recelo.

—Terminar con esta guerra. Y para eso lo necesito.

—No creo que yo pueda hacer nada por usted —respondió Von Weizsäcker.

—Si usted me ayuda, su hermano Otto será trasladado al mejor hospital de Inglaterra, para el cuidado de grandes quemados, inmediatamente. Y, cuando todo esto termine, ustedes dos podrán establecerse en el país que deseen, incluso volver a Alemania, si así lo desearan.

—¿Me está pidiendo que traicione a mi país?

—Le estoy pidiendo que me ayude a acabar con esta barbarie y, de paso, a salvar la vida de su hermano.

—¿Qué se supone que tendría que hacer? —preguntó, entornando los ojos.

—No lo sabrá hasta el último momento. Solo le diré que arriesgará su vida. No le voy a engañar. Es muy peligroso.

—¿Cómo pretende que le dé mi palabra, si no sé cuáles son sus intenciones?

—Porque su hermano puede morir en cualquier momento. El final de la guerra está aún lejos, y ustedes dos se pudrirán aquí antes de que alguien los libere. Olvídese de la Operación León Marino de su *führer*. Hace años que dejó de pensar en la invasión de Inglaterra.

Franz volvió a quedar en silencio. A pesar de todo su orgullo por el país al que amaba, las noticias que lograban atravesar las alambradas entre las que permanecían prisioneros no podían ser más desalentadoras. La posibilidad de ver en el cielo las escuadrillas de la Luftwaffe se había ido difuminando y hacía tiempo que los recién llegados no traían más informaciones que las relacionadas con la derrota.

Al menos en una cosa llevaba razón el americano. Otto moriría si no era trasladado a un hospital. Quizá lo hiciese de todos modos. Pero ¿no había estado implorando él una oportunidad como aquella? Ahora se le presentaba.

¿Traicionar a su país? ¿No lo habían traicionado quienes gobernaban? Le habían prometido tomar Inglaterra en breves fechas y, si el americano no mentía, ahora se habían olvidado de él, y su propia madre había pagado por su cobardía.

Los sueños de gloria, de conquista y de poder se habían quedado por el camino desde que su avión fuera derribado sobre territorio enemigo. Ahora solo deseaba ser libre, rehacer su vida, salvar la de Otto y reencontrarse con Eva. Aunque, ¿qué podía hacer él para que Alemania perdiera la guerra?

Su sentido del deber y del honor se debatía con la furia por la muerte de su madre y el sentimiento de haber sido abandonado. Un odio nuevo por aquellos que lo habían vendido, a él, y ahora también a su hermano Otto, bullía en su interior, pero un alemán no podía traicionar a su pueblo.

—Tendría que pensarlo —dijo finalmente, haciendo un amago de levantarse.

—Lo entiendo. Pero no puedo esperar demasiado. Mañana deberá darme una respuesta.

—¿Qué garantías tengo de que mi hermano recibirá los cuidados necesarios y mantendrá todo lo prometido?

—Tiene usted mi palabra. En un campo de prisioneros y en mitad de una guerra, no puede esperar más.

Franz se puso en pie y se estiró mecánicamente las puntas de la ajada cazadora de aviador. El americano no se había movido; parecía dudar por primera vez.

—Tenga, creo que esto le pertenece.

El coronel había sacado de la cartera otra foto, un poco más pequeña, y se la tendía sin desviar la mirada. Con el pulso acelerado, Franz la tomó. Algo en la cara de aquel hombre le decía que no iba a gustarle la imagen.

Era una foto pequeña en la que se veía una pareja joven abrazada, mirando a la cámara con una gran sonrisa. A Franz se le llenaron los ojos de lágrimas al reconocerse a sí mismo, años atrás, en compañía de Eva. Su rostro carecía de las arrugas y de las ojeras que ahora lucía. El chico arrogante, enamorado y con un brillante porvenir que lo miraba era ahora un mero reflejo.

Tragando con dificultad, dio la vuelta a la instantánea. Allí, desvaída y manchada, estaba su letra y las palabras de amor que había escrito para Eva el día que la había visto por última vez, mientras se despedían: «Espérame, y serás la mujer más feliz que haya existido nunca».

—¿De dónde ha sacado esto? —preguntó, sin ser consciente de sus palabras. Necesitaba saberlo, pero algo dentro de él le decía que hubiese sido mejor guardar silencio.

—Me la entregaron para convencerlo de que nos ayudara.

El americano no se había movido de su asiento. A pesar de que parecía un hombre curtido en el dolor, aún guardaba la suficiente empatía como para estar pasando un mal momento al dar la mala noticia.

—¿Dónde está Eva? —preguntó Von Weizsäcker con un hilo de voz.

—Murió. Lo siento.

Franz volvió a sentarse con las piernas flojas.

—¿Cómo?

El americano guardó silencio, como si no hubiese escuchado la pregunta. Después volvió a hurgar en su cartera y sacó otra foto más.

En ella, Franz reconoció a Eva. Pero no era la misma Eva que le habían presentado en aquella fiesta. Esta estaba mucho más delgada, tanto que los huesos de los pómulos trataban de romper la fina piel que los envolvía. Los ojos saltones miraban al frente, vacíos. De la orgullosa melena que rodeaba su perfecto rostro solo quedaba una pelusilla en remolinos.

No estaba sola. A su alrededor otros fantasmas ocupaban el resto del espacio, todos con la misma mirada, todos con el mismo horror. Todos encerrados tras una valla de alambre.

—¿Por qué?

—Su abuela era judía. La familia siempre lo ocultó por miedo, pero los nazis se enteraron y los mandaron a los campos de exterminio. La foto está

tomada en el campo para mujeres de Ravensbrück, hace dos años.

—¡No! ¡No puedo creerlo! ¡Dígame que no es cierto! ¡Dígame que Eva está bien y le ayudaré! ¡Dígamelo, por favor!

—Lo siento.

—No. No le creo —gritó, golpeando la mesa con los puños cerrados—. Usted mismo me ha dicho que la tiene para convencerme. Esto es un montaje. No puede demostrarlo, ¿verdad? ¡Claro que no! No puede, porque no es cierto.

—Otto lo sabe. Pregúnteselo.

El americano había respondido con suavidad. Von Weizsäcker se levantó de la silla y, angustiado, comenzó a gritar:

—¡No, no me lo creo!

Al oír los gritos, uno de los soldados que aguardaba fuera entró a la carrera. El coronel americano dio orden para que condujeran a Von Weizsäcker a la enfermería y lo volvieran a traer si tal era el deseo del prisionero.

Con las dos fotos en la mano, Franz trastabilló tras los soldados por el camino. Su hermano estaba medio despierto. En sus ojos se reflejó una expresión de alegría al verlo que enseguida se transformó en preocupación al darse cuenta del estado de Franz.

El mayor de los Von Weizsäcker mostró las dos fotos que traía consigo.

—Dime que no es verdad.

Lo había preguntado con un resto de esperanza. Sabía que su hermano no podía hablar, pero no le hizo falta. Los ojos de Otto se llenaron al instante de lágrimas y se cerraron con fuerza.

Desolado, Franz cayó de rodillas, maldiciendo. Los soldados le permitieron desahogarse antes de ayudarlo a levantarse. Mordiéndose la rabia, siguió a los soldados de vuelta hasta el despacho. Brown y Pickeray lo observaban con gesto serio.

—Díganme qué tengo que hacer.

⁂

Búnker del Gabinete de Guerra Británico
Londres, Inglaterra

Terminada la cena, el primer ministro, tras encender un puro y calentar con las manos una copa de *whisky*, había retomado su trabajo. Una vez más, había tenido que hablar con Monty para que se mostrara conciliador con Eisenhower. El viejo general, celoso del americano, no desperdiciaba una ocasión para recordar que el nombrado comandante supremo de las fuerzas aliadas, a diferencia de él, no tenía casi experiencia en combate.

Examinaba una torre de documentos que precisaba su atención. A pesar de los filtros que le hacían y de que, cuando encontraba un rato libre, revisaba los dosieres, estos se acumulaban en montañas de carpetas que crecían día a día.

Cogió uno de los memorándums y le echó un vistazo al título escrito con rotulador en la portada, que rezaba escuetamente: «Korsun». Dentro, un breve resumen de lo acontecido: cifras de bajas, números de prisioneros, material gastado y perdido…

Se trataba de una bolsa de soldados alemanes rodeada por el Ejército Rojo que avanzaba implacablemente por Ucrania, destrozando las líneas alemanas en el primer frente. Cincuenta y cinco mil soldados alemanes muertos y dieciocho mil heridos, aparte de diez mil vehículos, cañones, *etc*. El general Koniev, autor de la masacre, había sido ascendido a mariscal.

A pesar de su odio visceral por todo lo que tuviera que ver con el comunismo, del que no dudaba sería responsable de la siguiente guerra, Churchill no podía dejar de reconocer que, por el momento, los rusos eran los únicos que estaban doblegando a los nazis.

Otro memorándum, este más grueso, con más cifras y datos sobre los bombardeos de los últimos días en suelo alemán. Los americanos seguían con lo que llamaban la «Semana Grande», donde estaban golpeando permanentemente con un millar de bombarderos pesados, fábricas, aeropuertos, redes de comunicaciones, instalaciones de V-1 situadas en las costa francesa y todo cuanto resultara vital para el desarrollo bélico alemán. Realmente, la preparación de la apertura del segundo frente desde la costa francesa estaba siendo buena. Si los rusos continuaban presionando desde el este y ellos lograban salir de Roma y entrar desde el norte de Francia, los alemanes se iban a ver ahogados muy pronto.

La siguiente carpeta tenía como título «Telemark». El primer ministro dio un sorbo a su copa y frunció el ceño. Aquel nombre le decía algo, pero no lograba recordar el qué. Abrió la carpeta. La primera página se refería a las últimas noticias, y las restantes reflejaban lo sucedido hasta entonces. Un

párrafo captó su atención: los tanques de agua pesada de Telemark habían sido hundidos en el lago Tinnsjo, en Noruega.

Agua pesada. Ahora se acordaba. Se trataba de uno de los componentes que los alemanes precisaban para sus bombas atómicas. Miró por encima el expediente. Un año atrás había sido saboteada la fábrica en Telemark, pero los alemanes habían podido continuar con la elaboración, incluso acelerando el ritmo de producción. Ahora, temerosos de que volvieran a atentar contra la planta, habían decidido trasladar el agua pesada a Alemania. Sin embargo, el grupo noruego de resistencia había mandado al fondo del lago los tanques contenedores.

Eso le recordó al primer ministro que no tenía noticias nuevas sobre el paradero del científico judío-alemán Itzhak Steiner. Revisó el resto de las carpetas de los montones apilados sobre su escritorio por si había algún memorándum que se le hubiese escapado, pero allí no había nada. Hacía casi una semana que había hablado con el mayor Norton. ¿Por qué aún no sabía nada?

Con un suspiro, alargó la mano y, descolgando el teléfono, ordenó por el auricular que le encontraran al mayor Norton. Continuó revisando las carpetas, y veinte minutos más tarde sonó el teléfono.

—¿Sí…? Está bien, pásemelo. —Churchill aprovechó la conexión para dar un nuevo sorbo a la copa—. Buenas noches, mayor. Dígame, ¿recuerda aquello que le pedí la semana pasada? Bien, ¿qué tiene…? ¿Nada…? Necesito esa información ya… Haga lo que tenga que hacer, pero dese prisa… Lo entiendo, pero esto es prioritario…, prioritario, ¿de acuerdo? Llámeme en cuanto tenga algo.

Colgó con fuerza el auricular. ¿Dónde diantre habían escondido los alemanes a aquel hombre? Ese misterio en torno al científico le decía al viejo lobo que su importancia era mayor de la esperada. Cada vez estaba más convencido de que las sospechas del profesor español estaban bien fundadas.

El mayor Norton no quería poner en peligro a sus agentes, así que andaba con pies de plomo. Pero Churchill había sido claro: «Haga lo que tenga que hacer». Ambos hombres se conocían de hacía tiempo, y el mayor no tendría duda de lo que se le estaba pidiendo: si era necesario, debía sacrificar a sus fuentes.

Se levantó de la mesa y con el vaso en la mano llegó hasta el mueble bar, donde se sirvió otro generoso trago. Levantó la mirada y la fijó en el mapa de Europa que cubría una gran parte de una pared. Las fronteras cambiaban día a

día, los nazis reculaban. Debían mantener la presión y rezar. El desembarco final estaba cada vez más cerca.

—¿Hum? —musitó, al darse cuenta de que en la puerta estaba su secretario y que algo le había dicho.

—Una llamada, señor.

—¿Quién es?

—El comisionado de policía, señor. Me ha dicho que estaba esperando su llamada.

—Sí, sí. Páseme la llamada. —Churchill tomó asiento en la mesa atiborrada, cogió el auricular y esperó a que se estableciera la conexión—. Buenas noches, comisionado. Entiendo… No, no se preocupe. ¿Traen al hombre…? Bien, limítense a entregarlo… Gracias, comisionado, lo dejo en sus manos.

El primer ministro cortó la comunicación y tomó otro teléfono.

—Póngame con el general Eisenhower —se limitó a decir.

Era una línea segura y directa con el mando americano. Churchill se recostó en su asiento y se dispuso a esperar, mientras continuaba repasando la actualidad en el frente. Abstraído, se le pasaron como un suspiro los diez minutos que tardó el teléfono en sonar.

—Buenas noches, general. Solamente quería comunicarle que le llevan al prisionero… Eso es, transmítaselo a su coronel… Buenas noches, general.

Capítulo IX

Viernes, 3 de marzo de 1944
Campamento Griffiss, Londres, Inglaterra

Sentado en una silla, engrilletado de pies y manos, Thomas Riggs, alias Gato, examinaba la estancia con aparente desgana: un enorme despacho con una mesa de madera ocupaba el lugar preferencial, rodeada de tres sillas, todas iguales. La pared de la izquierda, según se entraba, estaba cubierta por una biblioteca bien surtida. La de la derecha también quedaba tapada por un inmenso tapiz con una escena de caza. Frente a la puerta quedaba la fachada, con dos ventanales cerrados, y, en medio, un elegante reloj con su dorado péndulo marchando de un lado a otro.

Riggs había sido obligado a sentarse en una silla en el centro del despacho, sin que ninguno de los dos policías militares llegara a abrir la boca. En el reloj de pared daban las tres de la mañana. El motivo por el que la policía británica lo había sacado a media noche de una cárcel londinense, donde llevaba más de tres meses esperando a que se ejecutara su condena de muerte, para entregarlo a los americanos, no podía tardar demasiado en descubrirse.

El prisionero no había perdido el tiempo y había estudiado cuanto sucedía a su alrededor: le habían hecho subir tres plantas por unas amplias escaleras, que continuaban ascendiendo al menos otro tramo, más estrechas, eso sí. Tal vez había un último piso bajo cubierta, destinado a la servidumbre en tiempos pasados, cuando la casa estaba ocupada por civiles.

Gato echó un vistazo al artesonado del techo. Al menos tenía cuatro metros de altura. Si las plantas inferiores tenían la misma altura, eso significaría un salto de una decena de metros. No era mucho, pero de noche, sin poder ver dónde caer, quizá fuese demasiado arriesgado. Además, debía contar con que la casa estuviera rodeada de centinelas armados, a los que debía sumar los soldados que ocupaban las tiendas desplegadas por todo el campamento.

Mirando de reojo, con la cabeza gacha, para ver qué hacían sus centinelas, Riggs retorció sus muñecas esposadas a la espalda. Con disimulo, cogió entre el pulgar y el índice de su mano derecha el clip de una estilográfica que había podido robar del escritorio en un instante de descuido de sus carceleros, y buscó la cerradura contraria.

Uno de los aburridos guardianes miró con curiosidad a Riggs. Los policías británicos que lo habían llevado hasta allí habían avisado de que se trataba de un experto ladrón al que le aguardaba la horca, y nadie tenía la menor idea de qué podía estar haciendo en el campamento americano.

El militar pensó que Riggs debía de tener su misma edad. Seguramente no habría cumplido los veinticinco años. Al inexperto centinela, recientemente llegado desde Alabama, le chocaba que alguien tan joven pudiera estar sentenciado a muerte. ¿Qué habría hecho? Con la cabeza gacha, el pelo revuelto y el pijama un par de tallas demasiado grande, el preso casi daba lástima.

Les habían dicho que no debían perderlo de vista, aunque no por qué. Sin duda, se trataría de una exageración, como siempre. ¿Qué podía hacer aquel tipo, que no llegaría a sesenta kilos, contra él y su compañero, ambos de fuerte constitución y al menos una cabeza más altos que aquel alfeñique? Aparte de otros dos compañeros que custodiaban el despacho por fuera.

—He quedado con una chica mañana —le contó el centinela a su compañero, perdiendo interés por el preso—. ¿Te apuntas? Va a traer una amiga.

—No puedo —contestó el otro con tono de fastidio—. Cambié la guardia con el Ciempiés hace dos semanas.

—¿Te toca guardia este fin de semana? —preguntó el primero, sorprendido—. Pues mucha suerte. He oído que va a haber movimiento de jefazos por aquí.

Riggs escuchaba atentamente la conversación para detectar un cambio de tono que indicara sospecha por parte de sus centinelas. Hasta el momento, la charla era distendida, y el que había cambiado su guardia se maldecía por su suerte sin prestar ninguna atención.

Sin levantar la cabeza y con el cuerpo relajado, Gato movió los dedos de la mano derecha e introdujo la parte rota del clip en el ojo de la cerradura, afianzándolo. Después hizo palanca con cuidado y dobló el clip, convirtiéndolo en una improvisada ganzúa. Volvió a meter el clip dentro de la cerradura como si fuese una llave y empezó a hurgar en los engranajes.

—¿Qué crees que habrá hecho ese tipo? —preguntó en ese momento el centinela que había estado mirando a Riggs.

Gato se quedó quieto como una estatua. Ahora ambos centinelas lo observaban, pero estaban frente a él, y no podían advertir los movimientos de sus manos.

—¿Y a mí qué me importa? —gruñó el otro, que trataba de encontrar una excusa para poder devolverle su guardia a Ciempiés—. ¿Por qué no se lo preguntas?

—Nos han prohibido hablar con él.

—¿Y quién se va a enterar? —bufó el malhumorado.

De algún rincón del edificio llegó el golpetazo de una puerta al cerrarse y los dos policías, sin darse cuenta, se pusieron firmes, dando por terminada la conversación. El portazo también había alarmado a Gato, que aceleró sus maniobras; fuera quien fuera la persona que estuvieran esperando, podía entrar por aquella puerta en cualquier instante.

Con el clip en la cerradura, Riggs lo hizo girar de derecha a izquierda con habilidad, hasta que notó como los dientes se liberaban y la corredera comenzaba a deslizarse. Ya tenía una mano libre. Ahora tenía que tener cuidado: no podía permitir que los grilletes hiciesen ruido chocando uno contra otro.

Mientras maniobraba con la otra muñeca, su mente ya estaba trabajando en cómo desembarazarse de los centinelas. Contaba con el factor sorpresa. Se había dado cuenta de que ninguno de ellos lo tomaba como un posible rival y no se imaginaban que se hubiera soltado.

Sus guardianes se encontraban a tres metros, demasiada distancia, teniendo en cuenta que tenía los pies encadenados, con tan solo un pequeño margen que le permitía dar cortos pasitos. Tampoco podía contar con librarse de la cadena, pues lo descubrirían en cuanto bajase las manos a los tobillos.

Si conseguía quitarse de encima a los militares, en relativo silencio para no alarmar a los que aguardaban fuera, tendría que escapar por la ventana, confiando en que hubiera alguna cornisa o un canalón. Pero esto no lo asustaba. Era un experto escapista y hombre araña, no en balde era conocido por Gato, y estaba acostumbrado a huir.

En realidad, era lo único que había hecho en toda su vida: huir.

⁂

La primera vez había sido a los once años, cuando, escondido en uno de los sobrecargados carros de un pequeño circo, había escapado de los malos tratos a los que lo sometían sus compañeros del orfanato.

Thomas Riggs no había llegado a conocer a sus padres. Una noche cualquiera, ni más oscura ni más clara que las demás, sin siquiera un poco de lluvia que la volviera melancólica, fue abandonado dentro de una desvencijada caja de fruta, envuelto en una manta que hedía a pescado, en las puertas de Newsham Park.

Así, el orfanato de Liperpool se había convertido en su hogar durante toda su infancia, en la que esperó, al igual que el resto de niños, que un ángel liberador lo acogiera y lo sacara de allí. Pero, si había un Dios en el cielo, como decían sus tutores, este debía de tener cosas más importantes que hacer que atender a las plegarias de un mocoso.

Siendo de pequeña constitución e incapaz de amistarse con alguno de los niños mayores que lo pudiera apadrinar, el pequeño Thomas se había convertido enseguida en una víctima recurrente de las bromas pesadas y de las crueles jugarretas de sus compañeros más corpulentos.

Con el tiempo, el muchacho había aprendido a desviar su mirada asustadiza, excelente reclamo para un camorrista en busca de alguien más débil que él a quien martirizar. Evitaba la presencia de cualquier compañero, bien la de sus opresores bien la de otros críos convencidos de que el grupo da la fuerza, cuando, en opinión de Thomas, lo único que hacía era reunir a todos los peces en una misma red, facilitando el trabajo de los matones, que así no tenían que perder el tiempo en ir a buscarlos.

Poco a poco, Thomas había desarrollado la capacidad de volverse prácticamente invisible. Se había convertido en una solitaria sombra grisácea en la que nadie reparaba, ni siquiera sus cuidadores, y había descubierto un buen número de escondrijos donde poder permanecer a salvo en aquel edificio en el que las autoridades almacenaban a los huérfanos.

Por supuesto, de vez en cuando, alguno de aquellos brutos aún captaba un imperceptible movimiento a su alrededor y fijaba su aviesa mirada en Thomas, que tenía que encajar una nueva humillación, sin muestras de malestar que pudieran alentar a su atormentador.

Saber que, por mucho que se esforzara, nunca iba a librarse de aquellos bestias fue lo que lo impulsó a escapar del orfanato. Lo había hecho una noche de domingo.

El jueves anterior había llegado a la ciudad un circo itinerante que había montado su espectáculo en un descampado a las afueras. El muchacho había

asistido a una de las representaciones a través de un hueco en la carpa, por donde había logrado deslizar su menudo cuerpo hasta las gradas. Allí, entre un mar de piernas, se había maravillado con las piruetas, los trucos de magia y las contorsiones de unos ingrávidos artistas que parecían carecer de huesos en el cuerpo.

Antes de que la función finalizara, Thomas ya había tomado una decisión. La noche del domingo, tras la última representación en la ciudad y mientras los artistas circenses recogían sus aparejos, dispuestos a continuar con su vida nómada, el muchacho había escapado del orfanato, descolgándose por unas sábanas anudadas desde el tercer piso del edificio, al igual que viera hacerlo a los trapecistas del circo.

Al abrigo de la oscuridad, había llegado hasta el descampado, donde ya la caravana estaba a punto de ponerse en marcha, y se escondió entre los pliegues de una carpa que ocupaba uno de los coloridos carros tirados por dos viejos caballos.

Dos días después, cuando el circo se detuvo en Warrington para ofrecer su espectáculo, fue descubierto, mientras, muerto de hambre, comía unas manzanas llenas de gusanos que les habían echado a los caballos. Los feriantes no acogieron con alegría al recién llegado, pues las autoridades de las localidades por las que pasaban siempre les acusaban de cualquier robo o daño sufrido, y, si los encontraban con un muchacho, la policía los encerraría una buena temporada, acusándolos de haberlo raptado.

Thomas les juró una y otra vez que no tenía familia y que nadie lo echaría de menos. Se ofreció a trabajar a cambio de un poco de comida y un rincón en el que dormir; se ganó así la lástima de aquellas gentes, que conocían de sobra lo que era no tener donde echar raíces y ser perseguido.

Y así fue como comenzó su vida nómada entre los artistas de circo. Durante años, y mientras endurecía y musculaba su cuerpo, se había dedicado a hacer las tareas más ingratas, como lavar a los animales, recoger sus boñigas, limpiar la carpa, montar y desmontar…

Estudió los ardides del oficio ayudando en los trucos del Portentoso Andrew, en los que su cuerpo, aún no desarrollado, era muy útil para esconderse en las cajas con doble fondo, donde el ilusionista lo hacía desaparecer.

También aprendió a columpiarse en las alturas y dar saltos de un trampolín a otro sin una red abajo que lo preservara en caso de caída, subiendo y bajando a pulso por largas cuerdas y siendo capaz de recorrer una

maroma de diez metros de longitud con los ojos vendados, sin más ayuda que una vara larga con la que equilibrarse.

De esta manera, el circo se convirtió en su hogar, y los artistas, de quienes aprendió todas sus habilidades, en su familia. Con el tiempo, llegó a tener su propio número, siendo conocido por Gato Siete Vidas, en el que despertaba la admiración de los espectadores trepando por sitios imposibles, desafiando a la gravedad y atravesando huecos diminutos, como si su cuerpo fuese de goma. Terminaba su espectáculo con un truco de escapismo en el que lograba salir de un tonel, con la tapa bien claveteada, suspendido de lo más alto de la carpa.

Poco le duró a Thomas la felicidad. El país, con una quinta parte de su población viviendo por debajo del umbral de pobreza, no lograba remontar el vuelo. La gente tenía cosas más importantes en las que gastar su magro salario que en presenciar el espectáculo circense. Cosas como comer y vestir a sus hijos. Eran malos tiempos para los artistas, y muchos de ellos tuvieron que abandonar el circo y emplearse por un puñado de monedas en trabajos denigrantes.

Un mal día, el propietario del circo comunicó a los pocos empleados que aún le quedaban, entre los que se encontraba Gato Siete Vidas, que el telón había caído definitivamente, dejando en la calle, como al resto de sus compañeros, a Thomas, que por entonces rozaba la veintena.

Buscó trabajo de un lado a otro de Inglaterra, pero sin éxito. Gracias a sus habilidades, improvisó espectáculos callejeros, sufriendo para reunir unas monedas con las que malvivir, hasta que, un día, unos antiguos compañeros con los que se había encontrado en Leicester le propusieron algo: en un pequeño pueblo cerca de la ciudad, habían echado el ojo a una bonita casa. Sin duda, sus propietarios vivían muy bien y no era justo que ellos, en cambio, no tuviesen qué comer. ¿No estaba Gato de acuerdo?

El asalto a aquella mansión fue seguido de otros. De pueblo en pueblo allanaron casas, haciéndose con un buen botín. Pero uno de sus socios no sabía mantener la bolsa ni la boca cerrada, y no tardó en despertar las sospechas de la policía. Para librarse de una pena más larga, denunció a sus compañeros, y de esta forma Thomas volvió a ser encerrado; esta vez no en un orfanato, sino en una inmunda cárcel.

Sin embargo, aquellos altos muros coronados con alambre de espino no podían ser capaces de retener a Gato, y de nuevo volvió a fugarse —como años atrás había huido del orfanato—, con dos lecciones bien aprendidas: robar era más rentable que trabajar, y era mejor hacerlo solo.

⁂

Entretanto, en Alemania, Hitler dejaba a un lado sus discursos incendiarios y empuñaba las armas, empujando al Reino Unido a la guerra. El gobierno británico ordenó la movilización forzosa de hombres y mujeres para defender el país de la agresión germana, pero Thomas Riggs decidió que no le debía ninguna lealtad y se convirtió en prófugo. Al fin y al cabo, ¿cambiaría en algo su situación si los nazis invadieran las islas? Él era un paria y siempre lo sería, al margen de quien estuviera al frente del gobierno, tanto daba un rey como un soldado alemán con delirios de grandeza.

Durante cinco años se había desplazado de un pueblo a otro en una huida continua. Rememorando la técnica de la invisibilidad, aprendida a la fuerza en el orfanato, apenas se dejaba ver y nunca llamaba la atención. Quienes alcanzaban a verlo no tardaban en borrarlo de su mente, sin llegar a relacionarlo con los robos en alguna apartada mansión.

Era el verano de 1940, cuando Hitler mandó a los últimos frutos de la pujante industria germana a bombardear el Reino Unido, buscando la destrucción de la Fuerza Aérea Británica para dominar el espacio aéreo, como preámbulo de una próxima invasión de las islas. Aviones Heinkel y Dornier arrojaron sus mortíferas cargas sobre las fábricas y los campos de aviación británicos, pero pronto sus objetivos incluyeron a la población, rompiendo para siempre una norma no escrita de la contienda por la que se debía mantener a los civiles al margen. A partir de aquel momento, los pueblos sufrirían la misma suerte que sus tropas.

El recientemente elegido primer ministro Winston Churchill, con su vehemente oratoria, había dejado bien claro al agresor alemán que Gran Bretaña no estaba dispuesta a dejarse pisar como el resto de los países conquistados, y proclamó ante la nación: «Lucharemos en las playas, lucharemos en los lugares de aterrizaje, en los campos, en las calles. Lucharemos en las montañas. Jamás nos rendiremos».

La población, unida frente a un enemigo común, se aprestó a defender su independencia al precio que fuese. Llegaron los racionamientos, las colas para proveerse, el adiestramiento con las máscaras de gas, las sirenas que avisaban de la llegada de los bombarderos, el dormir en búnkeres o estaciones de metro y el «oscurecimiento» nocturno.

⁂

Thomas Riggs supo aprovechar bien esta orden del gobierno por la que toda luz que pudiera delatar la presencia de una ciudad a los aviones alemanes estaba terminantemente prohibida. Gracias a la forzosa oscuridad, al sueño de los habitantes de las mansiones que iba a robar o a su ausencia, si estos se resguardaban en algún refugio, Gato desvalijaba sus moradas. Claro que debía andarse con ojo, pues quien era sorprendido saqueando tenía suerte si quedaba en manos de la policía y no era linchado.

Gato había aprendido a ser sumamente concienzudo mientras trabajaba en el circo, donde un pequeño error podía acabar con una pierna rota o el cuello partido. Lo primero al llegar a una nueva localidad era observarlo todo y elegir un objetivo. Después había que vigilar el blanco y a sus ocupantes, estudiar sus costumbres y decidir el momento del golpe. Por supuesto, la parte más peligrosa era el momento de acceder a la casa, bien por el tejado o bien por la fachada. Después se deslizaba con sigilo de habitación en habitación, apropiándose de dinero, joyas o cuberterías de plata. Por último, con el saco bien cerrado, abandonaba la casa y se alejaba hacia otra ciudad donde deshacerse del botín.

En una ocasión, en un atraco a una casita a las afueras de Nottingham, todo se había complicado. La entrada, pasada la medianoche, había sido fácil. El botín había resultado un tanto pobre, pero Gato había preferido no insistir en la búsqueda de unas posibles joyas bien escondidas, medida que siempre respetaba, pues el peligro aumentaba exponencialmente cuanto más tiempo permaneciese dentro.

Ya se disponía a dejar la casa por la misma ventana por la que había entrado, cuando la vejiga del propietario enredó la situación. El hombre, medio dormido aún, había visto un movimiento en la cortina, provocado por el aire que pasaba a través del cristal que Gato había roto. Pensando que se habría dejado la ventana de la sala mal cerrada, se había acercado para asegurarla.

De pronto, el hombre había visto algo o, mejor dicho, no había visto algo que debería haber visto: la cubertería de plata tras la vitrina de cristal, ahora vacía. Totalmente despejado, empezó a gritar «¡ladrones!». Riggs, escondido tras una de las cortinas, había corrido hacia la puerta, tratando de ganar el pasillo, pero el hombre estaba en buena forma y se había abalanzado sobre él, aferrándolo por la espalda.

El hombre tenía fuerza y apretaba el cuerpo de Gato mientras seguía gritando. Colgando todo su peso, Riggs había levantado las piernas y aprovechado la cercana pared para dar dos pasos por ella y desnivelar al

dueño de la casa. Cuando este había aflojado su presa para recuperar el equilibrio, invirtió el agarre y ahora era Gato quien estaba a la espalda del hombre, haciéndole una llave en el cuello para inmovilizarlo.

Pero el propietario no estaba dispuesto a rendirse y, pese a tener el rostro congestionado por la asfixia, había aprovechado su mayor envergadura para aplastar a Riggs contra la pared. Desesperado, Gato escuchaba gritos por el pasillo, mientras era golpeado contra la pared una y otra vez. Debía reaccionar, y lo tenía que hacer ya.

Con la mente embotada por el miedo a ser detenido, sus brazos habían cambiado la presa, trincando la cabeza del hombre, y, tomando impulso con las piernas en la pared, se había dejado caer mientras giraba el cuerpo, rompiéndole el cuello.

En ese momento, habían entrado en la sala la esposa y la hija, que, al ver a Riggs, habían empezado a gritar, cambiando el «¡ladrones!» que había gritado el fallecido por un «¡asesino!», que sonaba aún peor.

Riggs había conseguido escapar y durante meses no había vuelto a dar un golpe. Su retrato robot había aparecido en el periódico y, para su desgracia, la esposa y la hija del hombre que había matado habían resultado buenas fisonomistas.

Aquel desgraciado accidente había ocurrido el 4 de junio de 1942, el mismo día en que —aunque sobre esto Riggs no sabía nada— tropas de las SS ejecutaban a toda la población de Lidice, en la invadida República Checa, y arrasaban el pueblo, en venganza por el atentado contra uno de los mayores carniceros de la Gestapo.

Al cabo de un tiempo, y llevado por la necesidad, Gato había vuelto a las andadas. Sin poder olvidar la tragedia, se había propuesto ser doblemente cuidadoso, ya que, si era detenido, la policía no tardaría en relacionarlo con el asesinato en Nottingham y la horca se convertiría en su funesto destino.

Había dado algunos buenos golpes sin sufrir nuevos contratiempos. Se había movido mucho, dispersando sus asaltos a las casas y escondiéndose durante semanas, lejos de la vista de cualquier persona, y ya comenzaba a ver lo sucedido en Nottingham como un mal sueño.

Pero un año más tarde la suerte había vuelto a darle la espalda a Gato Siete Vidas.

⁂

En las afueras de un pueblo cerca de Exeter, había echado el ojo a una mansión. Dos días había tardado Riggs en estudiar su objetivo, un pequeño edificio de tres plantas, y llegar a la conclusión de que en la casa solamente vivía un matrimonio de avanzada edad, atendido por un mayordomo no mucho más joven y una cocinera que no dormía en la casa, sino que volvía por las noches al pueblo.

La noche del segundo día todo parecía tranquilo. Había poca luna y las nubes prácticamente la ocultaban. El matrimonio y el sirviente se habían acostado, las luces estaban apagadas y el silencio era absoluto. Gato se puso en marcha. Primero dio una vuelta en torno a la mansión, atento a cualquier eventualidad, y esperó aún diez minutos más. Ya eran las once y media y los ancianos estarían sumidos en un profundo sueño.

Había decidido subir por una de las esquinas de la casa, la más cercana a la habitación de los propietarios. En la planta baja, una gran cristalera, cegada con pintura para cumplir con el oscurecimiento, daba a una sala, pero Gato la desechó: no sabía qué podía encontrarse en su interior. A continuación de la cristalera, se hallaba una pérgola de obra sustentada por cuatro finas columnas. Riggs comenzó a ascender por una de ellas con la fuerza de sus brazos y piernas, hasta llegar a las vigas.

En equilibrio, calculó el impulso que debía darse para alcanzar el alféizar de una ventana en el segundo piso, y saltó hasta coger con los dedos el reborde. Mientras se sostenía con una mano, empujó el marco de madera, pero la ventana estaba bien cerrada. No había problema. Aquella no era la vía de acceso prevista. Balanceándose un poco, consiguió subir una pierna hasta el alféizar y levantó el cuerpo.

Por encima de la ventana corría una fina cornisa fuera de su alcance. No podía saltar por falta de apoyo. Haciendo oposición con manos y pies en los laterales de la ventana, se elevó lo suficiente como para agarrarse a la cornisa. Colgando de los dedos, la recorrió hasta el siguiente paso, una balaustrada que protegía otro amplio ventanal de cristales pintados.

Como había previsto, era el paso más difícil. El ventanal sobresalía de la fachada. Volvió a balancear el cuerpo y enganchó el pie derecho en el marco. Haciendo fuerza, hizo lo mismo con el izquierdo, y se soltó de la cornisa. Estaba colgando de los pies, boca abajo, a diez metros del suelo. Balanceando una vez más el cuerpo, logró alcanzar el dintel con una mano y cambiar la posición del cuerpo. Esta vez tuvo más fácil ponerse en pie, utilizando los adornos del ventanal.

Ya estaba en el tercer piso y aún no tenía a la vista el tragaluz del tejado por el que tenía pensado acceder. Ahora tenía dos posibilidades: dar un salto hacia un tejadillo de dos aguas rematado por un canalón, un metro más arriba y casi dos a su izquierda, o volver a hacer oposición con brazos y piernas y elevarse hasta alcanzar la cornisa superior.

Se decantó por la segunda opción, a pesar de resultar más complicada, pues el canalón al que hubiese tenido que aferrarse en el salto no parecía que pudiera aguantar su peso. Siguiendo el plan, comenzó a ascender con cuidado. Cuando ya había rebasado la mitad del ventanal, cargó todo el peso en los pies y estiró las manos. Se había quedado corto. Volvió a presionar a ambos lados y continuó ascendiendo un poco más antes de intentarlo de nuevo.

En esta ocasión, logró agarrarse a la cornisa y, sin aparente esfuerzo, se elevó sobre las manos hasta quedar agazapado sobre el resbaladizo tejado de pizarra, donde permaneció quieto, con el oído afinado. Había conseguido llegar arriba en menos de diez minutos. Ahora solo tenía que caminar sobre aquellas traicioneras tejas hasta encontrar el tragaluz.

Como un auténtico gato, se movió cinco o seis metros y alcanzó el ventanuco, apenas mayor que un libro. Estaba cerrado, pero Riggs venía preparado. Del saco que llevaba anudado a la cintura extrajo una ventosa grande con asa y un cortavidrios. Aplicó la ventosa al cristal y recorrió con la herramienta el marco del tragaluz. Esperó a que la débil luna se ocultara tras otra nube y aplicó presión al cristal, que se partió limpiamente, dejando una rueda de vidrio colgando de la ventosa.

Tuvo que contorsionarse para introducir su cuerpo por un espacio tan reducido. Primero la cabeza y un brazo, luego un hombro y después el otro. Ya tenía medio cuerpo dentro, aunque estaba boca abajo y no tenía donde agarrarse. Con cuidado, se dejó caer sobre las manos y rodó como lo hubiera hecho un gato en absoluto silencio.

En cuclillas, se ocultó tras un arcón, y aguzó el oído. Miró a su alrededor. Estaba en una especie de trastero con algunos muebles y cajas. Todo marchaba bien. Con sumo cuidado, abrió la puerta y comenzó a bajar las escaleras hasta el piso inferior.

Nunca había llegado a saber qué era lo que había alarmado al dueño de la mansión, un viejo combatiente de la Gran Guerra que aún conservaba en buen estado su fusil Lee-Enfield Mark III, con el que le apuntaba al pie de las escaleras.

Para que Riggs comprendiera que no se trataba de un farol, el viejo había disparado una de las diez balas que tenía el cargador, destrozando un valioso

jarrón a un palmo de su cabeza. La policía, alertada por el mayordomo, había tardado menos de veinte minutos en aparecer y hacerse cargo de él. Y, por segunda vez en su vida, dio con sus huesos en la cárcel.

Como había imaginado, lo relacionaron con el asesinato de Nottingham y con unos cuantos golpes más. Un juicio sencillo para el ministerio fiscal. Las pruebas habían sido concluyentes y el testimonio de la viuda y de la hija del fallecido, determinante. La condena, como no podía ser de otra manera, había sido la horca.

Desde entonces, Thomas Riggs llevaba tres meses esperando al verdugo, y lo que menos podía imaginar es que los policías lo montaran en una furgoneta y lo custodiaran hasta el cuartel de los americanos, del que ahora planeaba escapar.

⁂

—¿Qué le parece, capitán, si vamos a recibir a Riggs? —preguntó Brown, señalando el *jeep* que los aguardaba a las puertas de la tienda de campaña donde se alojaban.

—He estado leyendo el historial de ese tal Gato, señor —repuso Pickeray, mostrando el grueso dosier—. Si lo que cuentan de él es cierto, se trata de un fenómeno. Sigiloso, capaz de atravesar cualquier agujero. Dicen que puede trepar por una pared de cinco metros totalmente lisa, esconderse en una pequeña caja, saltar de un edificio a otro o arrojarse desde un tercer piso sin partirse la crisma.

—Impresionante, ¿verdad? —dijo sonriendo Brown, mientras tomaba asiento al volante—. Si es capaz de hacer la mitad de todo eso, nos será de gran utilidad. La policía británica tuvo la deferencia de facilitarme varios expedientes de ladrones de casas que permanecen encarcelados, y el de Riggs era el más brillante.

—Conociendo a mis compatriotas, no creo que les haya hecho mucha gracia entregarle a Riggs.

—En eso tiene razón, capitán —dijo Brown tocando el claxon, para que un vehículo oruga, detenido en el camino, se moviera—. Su primer ministro Churchill tuvo que interceder personalmente.

La silueta de la casona donde se situaba el cuartel general aliado se entreveía a través de los árboles. El campamento permanecía a oscuras y,

salvo los centinelas y altos oficiales, nadie podía merodear por allí sin permiso.

—Riggs está condenado a muerte —dijo Pickeray con preocupación—. Accederá a cualquier cosa que le pida. Pero ¿cómo evitará que nos traicione y se escape en cuanto tenga la menor oportunidad?

—Tengo una idea, pero hablemos primero con él.

⁂

Riggs había oído las rodadas del *jeep* sobre la gravilla, rompiendo el silencio de la noche. Si sus ocupantes eran el motivo por el que él estaba allí, le quedaba poco tiempo para escapar.

El mayor de los militares que lo custodiaban debía de haber llegado a la misma conclusión y se había asomado a la ventana, mientras su compañero se revisaba inconscientemente el uniforme.

Gato se puso en pie de un salto y dio un paso tan largo como lo permitía la cadena que le aferraba los tobillos. Luego se impulsó y, poniendo las manos en el suelo, dio una voltereta, pasando la cadena por detrás del cuello del sorprendido policía militar y cruzando las piernas con fuerza.

El otro centinela, viendo cómo su compañero se retorcía estrangulado por la cadena del prisionero, que colgaba como un crucifijo invertido, sacó la porra y se apresuró a auxiliarlo.

Su sorpresa fue absoluta al ver cómo aquel, en apariencia, frágil prisionero encorvaba de una manera inhumana la espalda, lo enganchaba del cinturón y, sin darle tiempo de reaccionar, trepaba por su camisa hasta hacerle presa en el cuello, tendiendo un puente, con brazos y piernas de un policía a otro, que estos trataban inútilmente de romper.

Finalmente sus carceleros, sin resuello, perdieron el sentido. Riggs se soltó, manipuló rápidamente los grilletes que le aprisionaban los tobillos con el clip y se acercó a la ventana. Fuera, apagados los faros del *jeep* que había llegado, la oscuridad era total.

Sin perder tiempo, Gato abrió la ventana y se asomó. Podía ver unas siluetas que se movían despacio por el césped. Sin duda eran centinelas que patrullaban por el recinto. Sacando el cuerpo, tanteó la pared por encima del marco: una pequeña cornisa. Apenas tenía un par de centímetros y, aparte de una función decorativa, debía de servir para que el agua no goteara sobre los cristales.

Riggs se colgó de los dedos y empezó a recorrer la fachada apoyando los pies en las junturas de los ladrillos, desplazándose hacia su izquierda, donde se encontraba la esquina más cercana.

Solo había recorrido cuatro metros, lo suficiente para sumirse en la negrura de la noche, cuando empezaron los gritos y dos cabezas se asomaron al hueco de la ventana abierta, sin llegar a descubrirlo. Ahora las voces también llegaban del jardín y unas linternas barrían la fachada en su búsqueda.

Ya conseguía ver con claridad la esquina. Aún no sabía qué haría cuando la alcanzase. Quizá pudiera doblarla y la siguiente fachada estuviera menos vigilada, lo que le permitiría saltar. Pero un inesperado golpe de suerte llegó en su ayuda. De la esquina, dos metros más arriba de donde colgaba, un cable telefónico, anclado a la pared, se perdía en la oscuridad, paralelo al suelo, probablemente hasta un poste por el que Riggs podría descender al abrigo de cualquier mirada.

Con agilidad, Gato trepó a la cornisa y se hizo con el cable. Antes de echar a andar por él, comprobó que estuviera suficientemente tenso y que pudiera aguantar su peso. Para entonces, las luces se multiplicaban y se acercaban. Podían descubrirlo en cualquier momento. Si bien no era la maroma del circo, el cable tendría que servir. Abriendo los brazos para equilibrarse, Riggs dio el primer paso y se separó de la pared.

⁂

Brown dirigía con rápidos gestos a los soldados medio dormidos, a quienes los gritos de alarma habían despertado, distribuyéndolos alrededor de la casona y en su interior, por si el preso se hubiera escondido dentro.

Había entrado en el cuartel general con Pickeray y subido hasta la tercera planta. A aquellas intempestivas horas, solo había encontrado personal auxiliar que llevaba a cabo su trabajo con tranquilidad. Había recorrido los diversos pasillos hasta llegar a la puerta del despacho donde debía permanecer, bien custodiado, el pequeño ladrón inglés. Frente a la entrada, dos policías militares se habían cuadrado ante su presencia, y uno de ellos, con galones de cabo, se había apresurado a abrir una de las hojas.

La calma le había durado al oficial americano menos de un segundo. Dentro de la estancia, un policía estaba tendido sin sentido en el suelo,

mientras su compañero, sentado, con el rostro congestionado, se frotaba el cuello haciendo esfuerzos por coger aire.

Maldiciendo, Brown había corrido hacia la ventana abierta, seguido por Pickeray, y ambos habían escudriñado la noche en busca del fugitivo. No podía andar demasiado lejos.

—¡Cabo! —había ladrado Brown—. Dé la alarma de inmediato. Rodeen la casa y traigan linternas. Que nadie abandone el edificio. Vamos, capitán. Salgamos fuera.

Sin esperar, el coronel había bajado las escaleras de dos en dos, arrancándole la linterna a uno de los centinelas y corriendo de un lado para otro iluminando la fachada.

Entretanto, Pickeray había corrido al *jeep*, encendido el motor y las luces y liberado los focos de las cortinillas que usaban para amortiguar la luz. Echando marcha atrás, había retirado el vehículo una decena de metros para que la luz iluminara una zona más ancha. Después había recogido la linterna de dotación con la que alumbraba la fachada.

—Coronel —había dicho Pickeray, en voz baja al cabo de un minuto, poniendo la mano en el hombro del oficial americano—. Creo que he visto algo. Mire allí.

Brown miró en la dirección que le indicaba el inglés. Una silueta parecía andar por el cielo a una docena de metros sobre el suelo.

—Debe de ser un cable telefónico o de luz, de los que han puesto sus hombres.

—No lo enfoque, capitán. Si se da cuenta de que lo hemos descubierto, saltará y echará a correr.

Mientras decenas de soldados se sumaban al rastreo, los dos oficiales se separaron de la casa, siguiendo la dirección que llevaba el fugitivo. La preocupación inicial había dejado paso a la admiración. Aquel hombre superaba las expectativas de Brown. Ahora solo faltaba que no escapara.

El cable terminaba en un poste de madera, y el fugitivo estaba a punto de alcanzarlo. Brown, sin perder ni un instante de vista la silueta, hizo un gesto a Pickeray para que se pusiera al otro lado del poste y lo rodeara. Agachados y aguantando la respiración para no delatarse, los dos oficiales vieron cómo la silueta aferrada al palo iniciaba un rápido descenso, ágil como un mono.

—No se mueva, señor Riggs —dijo Brown, irguiéndose con la pistola en la mano.

⁂

Gato había llegado al poste. A su alrededor, erráticos conos de luz aleteaban en la noche, pero parecía que nadie enfocaba hacia donde se encontraba él.

Poniendo las plantas de los pies a ambos costados del palo, había bajado en un santiamén. Aún no tenía ni idea de cómo podría escapar de aquel enorme campamento, repleto de tiendas de campaña que no cesaban de vomitar decenas de soldados. Tendría que improvisar.

Justo había tocado el suelo y se aprestaba a acuclillarse para estudiar el terreno, cuando a su espalda una voz desconocida le ordenó:

—No se mueva, señor Riggs.

La reacción de Gato fue tan rápida que el oficial no tuvo tiempo de reaccionar. Con un golpe de su mano abierta en la que empuñaba la pistola, logró desarmar al intruso y echó a correr.

O, al menos, lo intentó.

Alguien surgido de la oscuridad lo había sujetado por la espalda, como quien agarra un barril, y lo sostenía en el aire totalmente inmovilizado, ejerciendo una presión enorme.

El oficial desarmado se aprestaba a intervenir. Dos hombres contra Gato, siendo uno de ellos un coloso, a tenor de cómo lo mantenía inmóvil, eran demasiado para él en la situación en que se encontraba, así que, antes de que el oficial pudiera echarle mano, pateó su rostro.

Sin embargo, ya no había nada que hacer. Uno de los centinelas había oído el alboroto y había dado la alarma. Ahora Riggs estaba en el suelo, boca abajo, con el coloso encima, varios soldados apuntándolo con sus rifles. El oficial pateado ya se levantaba del suelo.

—Llévenselo —dijo este frotándose la mandíbula, donde había impactado el pie de Gato.

Capítulo X

Domingo, 5 de marzo de 1944
Oxfordshire, Inglaterra

—Hola, profesor.

—Coronel —respondió Menchaca, levantándose del escritorio frente al que estaba sentado leyendo un libro—. Hola, Herbert.

—¿Qué tal, profesor?

—Un poco aburrido, si quiere que le sea sincero. ¿Algo nuevo?

—Eso parece —respondió Brown, echando un vistazo a la estancia.

Era una de las habitaciones del segundo piso de un pequeño hotel, a ochenta kilómetros de Londres. Aunque el edificio no se había visto afectado por los bombardeos alemanes, sus propietarios habían preferido cerrar el negocio, al menos hasta que la guerra hubiese terminado. La Royal Army no había tardado en ocuparlo, como había hecho con cuantas casas, posadas, moteles y cualquier lugar que pudiera cobijar temporalmente a sus soldados y oficiales.

Sin embargo, el Descanso del Corzo, nombre que aún se podía leer en el cartel que colgaba a la entrada, no hospedaba en aquel momento muchos huéspedes, y de ellos ninguno pertenecía al ejército de su majestad Jorge VI.

Sus quince habitaciones, repartidas en tres alturas, en otros tiempos ocupadas por cazadores llegados de vacaciones para gozar de su afición, albergaban ahora a seis desconocidos que aún no se habían visto entre ellos. Otras dos habitaciones más estaban preparadas para ser ocupadas por Brown y Pickeray. El resto permanecían cerradas a cal y canto, al igual que las cocinas, salones y demás estancias.

El edificio, una típica construcción inglesa de ladrillo oscuro con ventanas de madera blancas, recubierta por la hiedra, era discretamente vigilado. Quienes tenían esta misión eran sustituidos cada pocos días, y a su cargo tanto estaba el que nadie sin autorización entrase en él como impedir que alguien lo abandonara.

En la planta superior estaban instalados Arthur Weidenfeld, Miguel Villar y el teniente de la Luftwaffe Franz von Weizsäcker. En la segunda planta se alojaban Menchaca y Clint Gardner, mientras que Brown y Pickeray tenían sus habitaciones en la planta baja. El único del grupo que no ocupaba una de estas cómodas y recogidas estancias era el escurridizo Thomas Riggs, acomodado en el sótano.

—¿Entonces, van a hacer algo? —preguntó Menchaca, expectante ante el silencio del americano. Quedaba claro quién era el que mandaba allí y que sin su permiso Pickeray no abriría la boca.

—Sí —repuso escuetamente Brown, estudiando al español—. Dígame, profesor, ¿está seguro de que quiere participar? Usted ya ha hecho suficiente. ¿Por qué no lo deja en nuestras manos y vuelve con su familia?

Menchaca se sentó sobre la pequeña mesa que servía de escritorio y miró al coronel. Llevaba encerrado en el Descanso del Corzo casi tres semanas, sin que nadie le hubiera dado una explicación y sin poder abandonar el hotel, salvo un rato por la mañana y otro por la tarde, para dar un paseo por los alrededores, seguido de cerca por dos soldados que no lo perdían de vista.

Durante todos aquellos días de aburrimiento e inquietud por no saber qué estaba sucediendo, añorando a su esposa, a la que había podido llamar por teléfono solo unas pocas veces y sin poder confesar dónde se encontraba, se había hecho una y otra vez la misma pregunta que ahora formulaba Brown.

Él era un profesor de mediana edad. Lejos quedaban los días en las trincheras. ¿Quería volver a vivir semejante sufrimiento? Como decía el coronel, ya había hecho suficiente. Además, ahora tenía esposa e hijo, el pequeño Joseph, y ellos lo necesitaban.

Por otro lado, se sentía responsable de lo que iba a suceder. Si al final el plan del Alto Mando aliado era enviar un comando tras las líneas enemigas, un puñado de hombres arriesgarían su vida por sus especulaciones. ¿Y si se había equivocado y el comando era apresado, o abatido? Cargaría con el peso de su responsabilidad el resto de su vida.

Menchaca tenía otras razones para formar parte del comando, aunque no quisiera reconocerlo: una profunda conciencia política y humanitaria que lo empujaba a luchar contra la barbarie nazi, y su curiosidad científica por aquella arma apocalíptica que había inventado Steiner.

El español sabía que el comando necesitaría un físico para calibrar el peligro al que se enfrentaban los aliados, y estaba dispuesto a ser él quien los acompañara.

—Me siento responsable, coronel. Iré con ustedes.

—No dudo de su disposición, profesor. Pero va a ser un trabajo duro y no estoy seguro de que alguien vuelva con vida. En cuanto comencemos, nadie se podrá echar atrás.

—Iré, coronel. Esté tranquilo. No me voy a echar atrás.

—En realidad, usted no es necesario —dijo Brown, recolocándose la gorra mientras se pasaba la mano por la frente—. Buscamos especialistas.

—Usted lo ha dicho —repuso Menchaca, apuntando con un dedo al oficial americano—. Especialistas. Yo soy físico. Cuando lleguemos allí, necesitaremos a alguien capaz de evaluar la situación en la que se encuentran los proyectos nazis y sus científicos.

—El Alto Mando no está tan convencido como usted —dijo Brown, sin apartar la mirada de los ojos del español, que se mantenía sereno en mitad de la estancia—. Consideran que es un riesgo dejar que un físico con conocimientos atómicos sea capturado en territorio enemigo.

—¿Por qué? —repuso Menchaca—. Prácticamente desconozco en qué situación se encuentra el programa atómico aliado. No podría desvelarles nada. Tampoco me necesitarían. Ellos tienen más y mejores físicos de los que pueden utilizar.

—Eso no es lo que me han dicho. No se subestime, doctor. Para los alemanes podría resultar interesante apresarlo con vida e interrogarlo, y eso es algo que el Alto Mando no está dispuesto a permitir —contestó Brown, con los brazos en jarras y el peso sobre una pierna—. No quiero engañarlo. Me han pedido que lleve a un científico conmigo. Como usted ha dicho, quieren que un experto examine aquello y pueda arrojar luz sobre los avances de los nazis.

—Entonces estamos de acuerdo.

—Tengo que reconocer que usted es la persona indicada. Sabe de qué va todo esto, así que no habría que ampliar el número de personas enteradas, ha participado en una guerra y está acostumbrado a luchar.

—Pero…

—No quiero arriesgar más hombres de los imprescindibles. Mi idea es cumplir la misión y regresar sin demora. Ya será suficientemente peligroso sin necesidad de detenernos a estudiar los avances de los científicos alemanes. Si no volvemos, lo que haya podido averiguar un físico no valdrá de nada. Además, usted está casado y tiene un hijo.

—Gracias por preocuparse por mí, coronel, pero no es necesario. Puedo tomar mis propias decisiones.

—Claro, doctor. Pero tiene que entender que su presencia aumenta el riesgo. El Alto Mando ha dejado claro que el científico que nos acompañe, si es que alguno lo hace, no puede caer en manos enemigas.

—Lo entiendo perfectamente, coronel —repuso Menchaca sin alterar la voz.

Se examinaron en silencio. Entre ellos hubo un mensaje que ambos comprendieron.

—Está bien —concedió finalmente Brown—. Vendrá con nosotros. Tenemos el equipo entero. Quiero hablar uno a uno en compañía del capitán Pickeray, y luego tendremos una reunión todos juntos. Allí podrá conocerlos.

—De acuerdo. Estaré esperando —contestó Menchaca, volviéndose a sentar frente al escritorio donde había estado leyendo el libro antes de que llegaran los oficiales.

—Quizá desee escribir a su mujer. Puede hacerlo ahora. Me encargaré de enviarle la carta, aunque me temo que primero deberé leerla yo. No quiero ninguna filtración.

—Es usted muy amable. No se preocupe. Mi esposa sabe que mi ausencia durará dos o tres meses, y no será necesario que le cuente nada de lo que pasa. De todas formas, le agradeceré que le haga llegar mi carta.

—Muy bien —dijo Brown dirigiéndose a la puerta que abría Pickeray, y volviéndose antes de traspasarla añadió—: Una cosa más. Delante del resto de los hombres me gustaría que se dirigiera a su amigo como capitán Pickeray, y no por su nombre de pila.

—No habrá ningún problema —asintió el español mientras se despedía—. Coronel Brown, capitán Pickeray.

El último citado se giró para mirar al profesor, que le sonreía irónico, y le mostró su enorme puño cerrado, fingiendo un gesto amenazador.

Tras cerrar a sus espaldas la puerta, Brown y Pickeray bajaron por las escaleras al sótano. El siguiente que iba a recibir su visita era el ladrón inglés.

⁂

Thomas Riggs ocupaba un cuarto interior sin ventanas que se utilizaba como almacén. La única posibilidad de entrada o salida era una endeble puerta de madera, permanentemente custodiada por dos policías militares británicos, que se relevaban en turnos de guardia. Riggs, antiguo acróbata circense, era un consumado escapista, y Brown, después de lo ocurrido en el cuartel

general la noche en que lo habían traído, no quería más sorpresas desagradables. Aún le dolía la mandíbula de la patada.

Los policías militares se cuadraron al ver llegar a los visitantes, y uno de ellos trató de esconder el cigarrillo que sujetaba en los labios, pero el humo que escapaba de la bocamanga lo delató.

—Apague eso inmediatamente —ordenó seco Brown—. ¿Alguna novedad?

—Ninguna, señor —contestó atropelladamente el soldado, rojo como la grana, mientras aplastaba el cigarrillo contra la pared y lo pisaba, tratando de ocultar su falta—. El prisionero se encuentra perfectamente, señor.

—Abra la puerta.

Del manojo de llaves que el carcelero llevaba en el cinto, extrajo la adecuada e hizo girar la cerradura. Justo en ese momento cayó en la cuenta de que no había examinado previamente por la mirilla el interior de la estancia, como disponían las órdenes, y sin terminar de girar del todo la llave, echó un rápido vistazo, con el rostro lívido.

—Retírese —ordenó Brown en cuanto se hubo abierto la puerta—. Y haga venir a su superior.

—A la orden, señor.

—Buenos días, señor Riggs —saludó el coronel americano—. Confío en que se encuentre bien.

Pickeray se había apoyado contra la puerta, cerrada a sus espaldas, dispuesto a no perder de vista a aquel escurridizo individuo.

La estancia no era muy grande y olía a cerrado. En la pared, oscuras manchas delataban una humedad antigua. Un jergón atornillado al suelo, con un colchón de lana tapado por una manta, y una bombilla de escasa potencia colgando de un hilo eléctrico era cuanto contenía.

Allí dentro hacía mucho frío, pero, en cambio, el rostro de su ocupante estaba sudado, al igual que su musculoso tórax. El pequeño ladrón había estado haciendo ejercicios físicos y ahora se secaba con una toalla, sin dejar de examinar a sus carceleros, como un corzo en el monte rodeado de depredadores.

—Sí, señor —respondió escuetamente Riggs, mientras se enfundaba una manoseada camiseta de algodón.

Brown examinó aquel enjuto saco de nervios y acerados músculos que aguardaba en pie en medio de la habitación, tenso como la cuerda de un violín. Vio a un hombre joven, moreno, con el cabello desordenado; unos ojos

castaños que reflejaban desconfianza y un rostro capaz de pasar desapercibido en cualquier lugar.

—Soy el coronel Brown —se presentó el oficial—, y él es el capitán Pickeray.

Riggs asintió con la cabeza sin saber qué decir.

—Su actuación de la noche pasada fue impresionante.

—Lamento lo que pasó, coronel —se apresuró a decir Gato, jugueteando nervioso con el borde de la camiseta—. Me gustaría disculparme por haberle golpeado.

—Olvídelo —contestó Brown con un gesto de la mano—. Me servirá para estar más atento la próxima vez. Por suerte para mí, estaba allí el capitán. Si se hubiera escapado usted, hubiese tenido que dar muchas explicaciones.

Gato miró con resignación al coloso que lo había inmovilizado en el aire. Por su culpa, aún seguía preso y esperando la horca.

—La noche que trató de escapar, nos dirigíamos a su encuentro para hablar con usted —dijo Brown con los brazos en jarras—. Imagino que le gustaría saber qué es lo que está ocurriendo, ¿no? ¿Por qué no toma asiento?

—Gracias, coronel. Así estoy bien.

—Como sabe, su país y el mío son aliados en una guerra contra Alemania —empezó a explicar Brown, aprovechando la obviedad para examinar las reacciones del ladrón—. En estos momentos se está planificando la invasión al continente.

Gato miró a ambos hombres sin hacer ningún comentario.

—Resulta imposible esconder tantas tropas y material —explicó Brown, cargando el peso de su cuerpo sobre una pierna para distender un poco el ambiente—. El problema es que los alemanes también saben que se prepara esta invasión.

—No le entiendo, señor.

—Hay motivos para pensar que nuestros enemigos pudieran contraatacar y causar un daño irreparable a nuestras tropas. El Alto Mando ha decidido mandar un grupo para neutralizar esa amenaza.

Los tres hombres que estaban en la sala guardaron silencio. Gato no se había movido, y echaba de vez en cuando un vistazo a Pickeray, que permanecía apoyado contra la puerta.

—¿Qué tengo que ver yo en todo esto? —preguntó finalmente Riggs, desconcertado.

—Hemos pensado que usted podría formar parte de ese grupo.

—¿Formar parte del grupo? ¿Está hablando en serio? —Esta última pregunta la hizo el pequeño ladrón mirando al capitán inglés, que no respondió—. Tienen ustedes miles de soldados. ¿Para qué me necesitan?

—Es usted un especialista en asaltar edificios sin dejar rastro ni ser detectado. Domina las artes de circo: excelente escalador, es capaz de caminar sobre una maroma y de sortear cualquier obstáculo… Además, tiene fama de poder escapar de cualquier sitio. Si no me equivoco, lo llaman Gato Siete Vidas.

—Si todo eso fuera verdad, ya no estaría aquí.

—Usted es inglés —insistió Brown, ignorando el comentario—. Su patria está en guerra.

—He nacido en Inglaterra, es cierto. Pero no soy ningún patriota. Solo defiendo la patria de Thomas Riggs, y esa solo está en guerra contra la policía y, por lo que veo, ahora también contra el ejército.

—Ya no. Se le ha acabado la suerte. Ahora es usted un prisionero. Un prisionero condenado a muerte.

—¿Por qué habría de ayudarles?

—Se me ocurren muchas razones, pero creo que no nos pondríamos de acuerdo. Digamos que no tiene demasiadas alternativas.

—¿Y qué gano yo?

—Por el momento, tiempo —contestó Brown—. Y, si todo sale bien, el indulto. Los cargos por robo, allanamiento y asesinato desaparecerían. Un expediente policial limpio. Además, recibiría una recompensa al finalizar la misión. No sería mucho, pero le permitiría comenzar una nueva vida en otro lugar sin tener que preocuparse por la policía.

—¿Un indulto? —preguntó Riggs desconfiado.

—Eso he dicho —asintió Brown—. Si no accediera a colaborar, me temo que sería ahorcado en menos de una semana. Los cargos son graves, y además es usted un prófugo. Hace cinco años que los británicos fueron movilizados, pero usted se ha negado a prestar el servicio militar.

—Supongo que no tengo más alternativas…

—No. La horca o acompañarnos, aunque debo avisarle, sobre todo por el bien del equipo, de la naturaleza de la misión en la que debería participar.

—La naturaleza de la misión… —repitió Gato.

—La misión es de alto riesgo —explicó el coronel—. Y, cuando digo alto riesgo, me refiero a que las probabilidades de perder la vida son muy altas.

—¿Para qué ir, entonces? Perder la vida allí o aquí, no veo la diferencia.

—Mejor morir dentro de unos meses que dentro de unas semanas, ¿no le parece? Cuanto más tarde, más posibilidades de escapar tendrá.

—Imagino que no me pondrá usted fácil la huida.

—Cuente con ello. ¿Qué me contesta?

—Aún no sé en qué consiste esa misión. ¿Ustedes pertenecerán al grupo?

—Se enterará a la vez que el resto del grupo. Y sí, el capitán Pickeray y yo formaremos parte de ese grupo.

Gato miró alternativamente a uno y a otro. Sabía que no tenía dónde elegir y, como dijera el americano, cuanto más tiempo permaneciera con vida, más oportunidades tendría para desaparecer. Pero, además, le intrigaba la resolución de aquellos dos hombres, que parecían no ver inconvenientes en formar parte de una misión de alto riesgo. Su enfermiza desconfianza luchaba contra la curiosidad. ¿Qué querrían que hiciese?

Y no había que olvidar la recompensa. El indulto, un expediente limpio y dinero para comenzar una nueva vida. No más persecuciones. Por fin podría dormir sin tener que mantener un ojo abierto.

Si regresaba vivo, claro.

—De acuerdo. ¿Qué tengo que hacer?

—Descanse —dijo Brown, dirigiéndose a la puerta ya abierta por Pickeray—. Pronto vendrán a buscarlo y le presentaremos al resto.

—Sargento —dijo Brown, una vez fuera y cerrada con llave la puerta tras la que quedaba Riggs, dirigiéndose al mando de la guardia—, releve a estos dos centinelas inmediatamente y arréstelos.

—Sí, señor —respondió marcialmente el sargento, alarmado por desconocer las causas y las consecuencias que tendría el enojo de aquel americano, al que, según las órdenes recibidas, debía obedecer sin rechistar.

⁂

—¿Quién será el siguiente?

Por detrás del coronel, Pickeray subía las escaleras, dejando a los atribulados soldados dando explicaciones a su superior. De la planta baja, y a una orden del sargento, ya llegaban otros dos hombres armados, dispuestos a dar el relevo.

—Prefiero continuar con Gardner —contestó Brown—. Aún no han traído a Villar. El teniente alemán preguntará por su hermano, pero todavía no sé

cómo se encuentra, así que los dejaremos para más tarde. Empecemos con Gardner, y después, Weidenfeld.

—Weidenfeld va a ser duro de roer.

—Lo sé. Veamos primero qué dice Gardner.

Brown llamó a la puerta de la habitación del asesino a sueldo y abrió la puerta.

—Hola, coronel —saludó el sicario secamente—; capitán.

—Buenos días, señor Gardner —respondió Brown.

Como en el resto de las entrevistas, el capitán inglés ocupó un discreto segundo plano, apoyado contra la puerta de la habitación, dejando que el peso de la conversación lo llevara el americano, que ya se ponía cómodo, con los brazos en jarras.

La pieza no tenía nada que ver con la que ocupaba el ladrón inglés. Si bien no era mucho más grande, tenía una ventana claveteada y oscurecida con pintura negra en los cristales, moqueta verde oscuro en las paredes y granate en el suelo, y un techo alto de escayola.

Los muebles eran sencillos. Una mesa con una palangana y una jarra de metal, una silla, un armario de luna cuyos cantos mostraban signos de humedad y un camastro contra la pared, donde escenas de caza enmarcadas constituían la decoración. Del techo colgaba una pequeña araña de cristal que solo conservaba una bombilla.

—Creo que a usted no le gusta andarse con rodeos, así que iré directamente al grano.

—Se lo agradeceré, coronel.

De forma clara, Brown le expuso lo mismo que había dicho momentos antes a Riggs: los riesgos, la alternativa que tenía en caso de negarse; es decir, continuar el interrumpido traslado hasta la cárcel de máxima seguridad, donde uno de los secuaces de las familias estaría esperando su llegada para hacerle unos cuantos agujeros nuevos en el cuerpo, con el beneplácito de la policía.

—Una vida nueva, un nombre nuevo y algo de dinero —resumió Gardner.

—Así es.

—Imagino que no tengo mucho tiempo para pensármelo.

—No. Tengo que hablar con algunos de los demás, pero no tardaré demasiado. Cuando vengan a buscarlo, necesitaré una respuesta definitiva.

No le habían dicho nada nuevo. Gardner ya sabía que la situación era muy delicada. Realmente no tenía elección, pero, por costumbre, prefirió no dejarles saber que ya tenía su decisión tomada.

—De acuerdo. La tendrá.

⁂

—¿Cree que accederá? —preguntó Pickeray mientras se dirigían hacia su siguiente objetivo.

Brown se encogió de hombros. Al igual que Riggs, Gardner no tenía alternativas. Que el sicario pidiera tiempo para pensarlo parecía más un intento de hacerse el duro que la antesala de una negativa. Pero ahora su mente estaba centrada en lo que se encontraba tras la puerta de la habitación en la planta superior. El exsargento Weidenfeld carecía también de opciones, pero sería una pieza difícil de roer.

—¡Vaya, coronel! —saludó mordaz el calvo sargento cuando entraron, ignorando abiertamente al oficial inglés—. ¡Qué alegría verlo de nuevo! Ya pensaba que no volvería a tener ese placer.

La estancia era igual que la de Gardner, con las únicas diferencias del azul de la moqueta y los cuadros. Por lo demás, los muebles eran idénticos.

Comadreja estaba tumbado en la cama deshecha, con las manos detrás de la cabeza a modo de almohada. Brown detectó restos de olor a tabaco, que, si no se equivocaba, Weidenfeld habría conseguido de contrabando a través de los centinelas.

—¿Qué tal se encuentra, Weidenfeld? Veo que se ha puesto cómodo. Este es el capitán Pickeray.

—¿Weidenfeld? —peguntó Comadreja, incorporándose sobre un codo con expresión de sorpresa, ignorando a Pickeray—. ¿Ya no soy sargento del glorioso ejército de los Estados Unidos?

—Me temo que no. Ahora es usted un recluso más.

—¿De verdad? No puedo perder mi cargo sin una notificación por escrito, ¿no es cierto, coronel? Y yo no he recibido ninguna notificación —dijo Comadreja con su voz cascada, sin perder la irónica sonrisa—. Este encierro es sumamente irregular. Por cierto, aún no he visto a mi abogado. ¿No sabrá usted por dónde anda?

—¿Qué tal si hablamos un poco?

—He meditado sobre su tentadora oferta y creo que no la voy a aceptar, coronel. Me arriesgaré a un juicio —dijo Weidenfeld, tumbándose y apoyando de nuevo la cabeza sobre las manos tras la nuca—. Espero que no se moleste, coronel, pero tengo un poco de dolor de cabeza, y tenía pensado descansar en cuanto me trajeran la comida, que debe estar al caer.

—Está acusado usted de una lista interminable de delitos —dijo Brown pacientemente—. Hay testigos y pruebas para aburrir al tribunal, y le aseguro

que este no tiene la menor intención de hacerlo. La pena capital le aguarda.

—Es posible, es posible —respondió desganadamente Weidenfeld con su voz cascada—. Pero mi fe en mi abogado y en la bondad del tribunal es ilimitada. ¡Bueno! —añadió, golpeándose con ambas manos sobre los muslos, haciendo ademán de levantarse de la cama—. Ha sido un verdadero placer volver a charlar con usted. Espero que tenga un hueco en su apretada agenda para asistir a mi juicio. Ahora disculpe que no lo acompañe hasta la puerta, pero no tendrá problema para encontrar la salida. Es allí, donde está apoyado su criado.

—Se está usted excediendo, Weidenfeld —respondió Brown, estirando el brazo para refrenar al capitán inglés, que se había adelantado espoleado por el insulto—. Como imagina, tenemos prisa, pero esto no le ofrece una mejor posición para forzar un trato ventajoso. No voy a permitir que nos engañe como acostumbra hacer.

—Nada de esto me interesa, coronel —contestó Comadreja, volviéndose a incorporar—. Aún pertenezco al ejército de los Estados Unidos y exijo un consejo de guerra.

Weidenfeld comenzaba a enfadarse y forzaba su rota voz.

—No habrá consejo de guerra —dijo Brown sin alterarse—. Tiene usted dos opciones. Nos ayuda o antes de que se ponga el sol colgará del extremo de una soga. Su tiempo y mi paciencia se acaban.

—¡No tiene usted cojones!

—Antes de salir por esa puerta quiero una respuesta clara.

—¡Váyase a la mierda! ¿Le ha parecido suficientemente clara? ¡Usted y todo su puñetero ejército! No conseguirá engañarme. No tiene autoridad para ordenar una ejecución. ¿Se cree que soy imbécil?

Brown se sacó de un bolsillo de la pechera de la cazadora un papel doblado en cuatro partes con un montón de sellos. En él, diversas firmas autorizaban al coronel Lee Brown, del ejército de los Estados Unidos, a llevar a cabo, de manera sumaria, una ejecución de un miembro de ese ejército en suelo británico.

Comadreja echó un rápido vistazo al papel que le había arrojado el coronel sobre la cama.

—¿Y qué cree que es esto? Le puedo hacer un millón como estos en una hora. ¿Cree que me lo voy a tragar?

—Piénselo, Weidenfeld. ¿Cree de verdad que iba a falsificar un papel así? Estoy armado. No necesito más que cargar mi arma y disparar.

Con el rostro como la grana y las venas del cuello marcadas por la ira, Weidenfeld reflexionó unos instantes. Realmente, si hubiesen querido acabar con él, habían tenido suficientes ocasiones para hacerlo. Que lo amenazaran con una ejecución sin juicio solo podía significar lo que había dicho el coronel: que se encontraban en un buen aprieto y que, por alguna razón, hasta el momento incomprensible para él, lo necesitaban. Quizá pudiera sacar provecho de todo ello.

—Si la misión es tan peligrosa, quiero más dinero —repuso Comadreja retomando la calma, con una sonrisa taimada.

—Está tentando su suerte.

—Mi suerte se acabó cuando usted se cruzó en mi camino. Necesito un estímulo para mezclarme en esta locura, ¿me entiende? Ofrézcame uno.

—Es usted un soldado —dijo Brown, encogiéndose de hombros.

—¡Ja, ja! —rio irónicamente Weidenfeld—. No tuve ocasión de negarme cuando el juez me obligó a elegir entre la horca y el ejército, coronel.

—Parece que se encuentra de nuevo ante la misma elección.

—¡Escúcheme! —gritó Weidenfeld, levantándose de la cama de un salto y encarándose con Brown—. Yo no tengo nada que ver con su asqueroso ejército, ¿me oye? Durante nueve años me han perseguido como a un apestado en el «país de las oportunidades». En todos estos años me han apaleado, disparado, pateado e insultado. Y nadie me ha venido a ayudar. En su país, soy un maldito inmigrante alemán, sin más derecho que el de ser pisoteado. Ahora no estamos en América, y yo no quiero pertenecer a su ejército. ¿Por qué iba a arriesgar mi vida? Si es capaz de explicármelo, le juro por lo que más quiera que lo acompañaré.

El oficial americano no se había movido de la mesa en la que se apoyaba, aunque el capitán inglés ya estaba presto para la lucha. Ni el rostro congestionado y retorcido del exsargento, con los ojos saliéndosele de las órbitas, ni su desgarrada voz, parecían impresionar al coronel.

—No voy a tratar de explicarle nada, Weidenfeld. No tenemos tiempo. Usted es un hombre práctico. Más tiempo vivo, más tiempo para escapar de la ejecución.

El mismo argumento que con el ladrón inglés.

—¿Por qué yo?

—Usted es medio alemán, conoce el idioma, es un especialista, quizá no muy ortodoxo, pero sabe hacer funcionar cualquier cosa que tenga un motor, y es lo que se suele llamar un «conseguidor». Está acostumbrado a matar, si lo que me han dicho de sus años como vagabundo en el ferrocarril es cierto;

sabe moverse en cualquier ambiente y carece de problemas morales para conseguir lo que quiere.

—¿Qué le hace pensar que no trataré de escapar en cuanto me saque de esta maldita habitación? ¿O que no trataré de cortarle el cuello mientras esté durmiendo?

—Cuento con que lo intentará. Hay una cosa que no le he dicho, Weidenfeld. En el grupo hay otras personas que están en la misma situación que usted. También son profesionales en sus campos y tienen mucho interés en que todo marche bien. Su cabeza depende de ello. Si uno de ustedes logra escapar, habrá que abortar la operación. Cada uno volverá a ser enviado a donde fue recogido. Imagino que entenderá que nadie se quedará cruzado de brazos por una mala jugada.

—Sé cuidar de mí mismo.

—No lo dudo. Por eso lo he escogido. Al igual que a los demás, no lo olvide. Piénselo.

Weidenfeld estaba un poco más calmado. Aún le latía la vena en la cabeza, pero con un ritmo más lento, y como el acaloramiento se iba esfumando la piel retomaba un color más natural. Pero su rostro contraído permanecía a escasos centímetros del de Brown. Vio en los pequeños ojos azules del coronel que él mismo sería uno de aquellos que lo perseguirían sin tregua en caso de que fallara. Y también vio que tal posibilidad sería en extremo peligrosa.

Tantos años en los caminos le habían enseñado a conocer bien a los hombres y a distinguir a los bravucones de quienes encerraban un gran peligro. Y aquel coronel de mierda lo tenía.

⁂

—Debo decirle, coronel, que no me gusta este tipo —apuntó Pickeray cuando abandonaron la habitación del antiguo sargento americano.

—A mí tampoco, pero no me voy a casar con él —repuso Brown con una sonrisa cansada. Llevaba días sin dormir más de cuatro horas seguidas, de un lado para otro—. Créame, capitán, necesitamos a alguien como él. Y no conozco otro mejor.

—Si es que no se escapa antes, o algo peor —repuso Pickeray nada convencido.

—Confiemos en que eso no pase. Entretanto, será mejor que bajemos. Debo hacer una llamada.

En la planta baja, el sargento de guardia, junto a otros cuatro miembros de la Policía Militar, custodiaba lo que anteriormente había sido la recepción. Sobre el pequeño mostrador, donde aún lucía un timbre para llamar al servicio, la cabeza de un enorme corzo con los vidriosos ojos sucios de polvo vigilaba el *hall*.

El sargento se irguió imperceptiblemente en cuanto vio a Brown aparecer por las escaleras. Estaba claro que no se iba a sentir tranquilo hasta que desapareciera el oficial americano y, entretanto, tenía previsto supervisar personalmente que todo discurriera como debía.

—Sargento. Necesito un teléfono.

—En esta oficina, coronel —dijo señalando la puerta que tenía a su lado —. Aquí podrá hablar con discreción.

La pequeña estancia contenía un escritorio diminuto, una silla, un colgador de pie y un camastro. «Aquí dormiría seguramente el encargado de noche», pensó Brown distraídamente, mientras facilitaba a la operadora la extensión con la que deseaba conectarse.

Diez minutos más tarde sonó el teléfono en la oficina. Pickeray, retirado al lado de la puerta, desconocía el motivo de la llamada, pero no mostraba síntomas de curiosidad. Si el coronel creía conveniente que supiera algo, sin duda se lo diría.

—Gracias, operadora —dijo Brown por el aparato, y esperó un momento mientras pasaban la llamada—. Necesito información sobre uno de sus pacientes… Sí…, se llama Roy Parker… *OK*, espero.

Brown se sentó sobre el escritorio, dando la espalda al capitán inglés, sin separarse el auricular de la oreja.

—Dígame… De acuerdo, muchas gracias.

Brown colgó el aparato de la horquilla y se puso en pie.

—He hablado con el hospital donde permanece internado el hermano del teniente Von Weizsäcker.

—¿Cómo se encuentra?

—Me temo que no demasiado bien. Las quemaduras son graves. Además, el tiempo que ha pasado en el hospital del campo de prisioneros no ha ayudado.

—¿Se lo va a decir?

—Sí. No quiero engañarlo. Se va a jugar la vida y va a traicionar a su país. Merece saber que las posibilidades de que su hermano sobreviva son

reducidas.

—Si lo hace, quizá se replantee su decisión de ayudarnos.

—¿Usted no se lo diría?

—No lo sé —contestó Pickeray con sinceridad—. Realmente es una cuestión de honor. Por otra parte, necesitamos a ese hombre. Es una misión delicada y posiblemente decisiva. No estoy seguro de que nuestros superiores estuviesen de acuerdo con sus reparos.

—Pues entonces no se lo diremos a ellos —contestó Brown, poniendo una mano sobre el ancho hombro del inglés, una cabeza más alto—. Necesito que mis hombres confíen en mí. Usted ha visto cómo son. Si descubrieran una sola mentira, dejarían de colaborar. Vamos, hablaremos con el teniente.

Fuera del minúsculo despacho aguardaba, expectante, el sargento de la guardia.

—Coronel, ha llegado el hombre que esperaba. Está en la habitación asignada.

El hombre al que se refería el sargento era Miguel Villar. Desde que había pisado suelo inglés, el minero español había permanecido aislado en una base militar con un especialista en explosivos como anfitrión. Durante aquellas dos semanas, Cornín había aprendido a trabajar con los materiales más modernos en la fabricación de artefactos, a desactivar y armar bombas, a montar cebos, temporizadores, detonadores y cualquier cosa relacionada con el arte de la destrucción. El hosco revolucionario había descubierto nuevos componentes, como el C3, el Torpex, el Nobel 808, y formas de mezclar el TNT, el nitrato de celulosa o la cloratita para potenciar sus efectos.

—Gracias —contestó Brown, subiendo de nuevo la escalera—. Ocúpese de que esté lo más cómodo posible.

En la tercera planta, dos policías militares se cuadraron ante ellos. El sargento había duplicado la guardia mientras hablaban por teléfono en el despacho, y por la cara de susto de los soldados las órdenes recibidas debían de haber sido tajantes.

Sin prestarles atención, Brown y Pickeray se dirigieron a la tercera puerta del pasillo, donde se encontraba el teniente de la Luftwaffe.

⁂

Franz von Weizsäcker dormitaba en la cama adosada a la pared. Llevaba días en aquella habitación, comiendo y durmiendo. No se podía quejar del trato

recibido en el campo de prisioneros, aunque no se podía comparar. Solo echaba de menos a su hermano y charlar con alguien, pero los guardianes que vigilaban el pasillo y le traían de comer, al parecer, tenían terminantemente prohibido entablar cualquier conversación.

Su habitación estaba prácticamente desnuda. En la pared, unos rectángulos con el color del papel más claro delataban la presencia reciente de algunos cuadros. Lo mismo debía de haber sucedido con un pesado mueble, seguramente un armario, cuya silueta se adivinaba en la moqueta del suelo. Tan solo la mesa, sin silla, y la cama se habían salvado del expolio.

Uno de sus escasos pasatiempos consistía en asomarse al pequeño círculo abierto con la uña en la pintura negra de la ventana y observar la campiña inglesa. Había tratado de abrir la ventana, pero esta estaba bien sujeta. Franz no tenía claro si sería para evitar su fuga o por si decidía arrojarse por ella.

Aburrido de observar un paisaje en el que lo más extraordinario consistía en el ocasional paso de algún pajarillo perdido por el prado, se había acostado tras el almuerzo, pensando de nuevo en que sus carceleros podían haberle prestado algo de lectura para evitar el aburrimiento y en cuál sería el motivo por el que aquel coronel americano había ordenado su traslado hasta aquella casona perdida en la nada.

Entre el silencio y el tedio, se había quedado dormido. Pero el instinto desarrollado como combatiente y prisionero de guerra lo había despertado de inmediato al oír el ruido de una llave girando en la cerradura.

—Buenos días, coronel —saludó el alemán.

—Buenos días, teniente —contestó Brown con una pequeña inclinación de cabeza—. Este es el capitán Pickeray.

—¿Qué tal, capitán?

Los dos hombres se estrecharon la mano. Pickeray pensó que el apretón del teniente era decidido, correcto, no demasiado fuerte tratando de impresionar ni demasiado flojo con amaneramiento. Mano seca y suave. Su dueño no había llevado a cabo grandes trabajos con ellas, pero había sufrido, eso se veía en sus ojos, que lo miraban sin desviarse y sin asomo de reto. Un hombre leal y franco que gustó de inmediato al inglés.

—Acabo de hablar con el médico que atiende a su hermano Otto —dijo Brown.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó ansioso el prisionero.

—No muy bien. No le quiero engañar. Ya sabe que las heridas son muy graves. Pero le doy mi palabra de que están haciendo lo posible por él.

—Gracias —alcanzó a decir el teniente, sentándose en el borde de la cama, preocupado.

—Lo siento —dijo Brown—. Ahora debemos tratar otro asunto.

—Claro.

—Hasta el momento usted carece de información delicada, así que esta será la última oportunidad para echarse atrás.

—¿Qué pasaría si lo hiciera?

—Sería devuelto al campo de prisioneros donde lo encontré, donde esperaría el fin de la guerra.

—¿Y mi hermano?

—Yo no diría nada a nadie —explicó Brown, encogiéndose de hombros —, así que imagino que seguiría en el hospital en el que se encuentra ahora y recibiría el mismo tratamiento que si usted colaborara.

—¿No lo devolvería al campo de prisioneros? —preguntó sorprendido Von Weizsäcker.

—No. Pero prefiero pensar que usted accederá a colaborar.

—¿Qué pasaría si una vez sepa de qué va todo esto decido renunciar?

—No podríamos permitir que usted nos delatara. Quizá fuese confinado y aislado en el campo. Pero más bien creo que sería usted fusilado. Lo lamento, pero no está en mi mano concederle una alternativa. ¿Qué decide?

—No soy un traidor. Amo a mi patria. Deseo lo mejor para Alemania. Mi madre siempre pensó que Hitler nos llevaría al desastre y, aunque al principio no le hice caso, me he dado cuenta de que tenía razón. Los ayudaré para que él pierda la guerra, pero no lucharé contra Alemania.

—Y no se lo pediré —puntualizó Brown—. Pero entra dentro de lo posible que en algún momento tuviera usted que matar a algún compatriota.

—¿No puede ser más explícito?

—No hasta conocer su decisión final.

El teniente alemán se mordió el labio, mirando al suelo. En su interior se libraba una tremenda lucha. Había dado su palabra de que los ayudaría al enterarse de lo sucedido con su madre y con su novia. Ahora, algo más tranquilo, se daba cuenta de que aquello traspasaba las fronteras de su honor. Pero, si se comprometía ahora, no podría retroceder.

Sentado en la cama, rememoró el rostro de Eva. Había sido una chica alegre, sonriente y animosa. Daba igual si estaban dando un paseo, bailando o haciendo el amor: Eva siempre sonreía. Pero desde que Brown le enseñara aquella foto no conseguía verla así. Ahora ella lo miraba con la boca torcida,

en una mueca amarga y los ojos apagados, vestida con aquel traje a rayas que no abrigaba ni cubría su cuerpo esquelético.

—Iré —dijo con gravedad el teniente, levantando la mirada y cruzándola con Brown.

⁂

—¿Necesita algo? —preguntó Brown al individuo que se encontraba en la primera habitación del pasillo.

El minero y guerrillero español negó con la cabeza. Fumaba de su pipa tranquilamente, sentado con la espalda apoyada en la cabecera de la cama y los pies extendidos y cruzados sobre el cobertor, en la misma postura en que lo habían encontrado al entrar.

Sin embargo, esta indolencia solo era figurada. Los ojos oscuros de Cornín se movían continuamente de un lado a otro bajo las espesas cejas.

—Ha causado muy buena impresión al capitán Dubin —continuó Brown ante el mutismo de Villar.

Ni la alabanza ni la mención de su instructor en explosivos durante aquellas dos semanas consiguieron que el español se inmutara.

—Usted ha venido aquí por su propia voluntad —dijo Brown sin molestarse por el pertinaz silencio de aquel hombre—. Pero quiero volver a ofrecerle, como al resto del equipo, la posibilidad de abandonar. Si lo hace, lo llevarán hasta España y lo dejarán en el lugar de la costa que usted quiera. Por las molestias que le hemos causado, se llevará usted el adiestramiento recibido.

Miguel Villar daba cortas chupadas a su pipa y exhalaba el humo, cuyo aroma cargaba el ambiente. Era, junto con el movimiento de los ojos, el único síntoma que delataba algo de vida en aquel hombre.

—En caso de que decida quedarse, debe saber que una vez abandone esta habitación no habrá vuelta atrás y, si se arrepintiera, quedaría retenido y aislado hasta que todo esto haya acabado. ¿Lo ha entendido?

Asentimiento de cabeza.

—Sé que ha participado en misiones de gran riesgo. Pero esta creo que las supera a todas. No quisiera que hubiese malentendidos. ¿Se hace cargo?

Otro asentimiento de cabeza.

—¿Vendrá con nosotros?

Por primera vez desde que entraran en la habitación, el español se quitó la pipa de la boca y dijo:

—Iré con ustedes.

⁂

Cuartel General de la Gestapo
Berlín, Alemania

A mil kilómetros del hotel perdido en la campiña inglesa, un hombre se devanaba los sesos sentado tras su escritorio, en las oficinas del número 8 de la calle Prinz Albrecht, conocida con temor por los ciudadanos alemanes como la Casa de los Horrores.

Apenas dos semanas antes, el servicio de inteligencia alemán, la Abwehr, al mando del almirante caído en desgracia Wilhelm Canaris, había pasado a manos del *reichsführer* de las SS Heinrich Himmler.

Esta tutela había hecho mucho daño a los orgullosos componentes de la Abwehr, que consideraban a los perros de las SS unos advenedizos, chapuceros sin preparación alguna, y sus salvajes métodos, propios de criminales.

La reestructuración había afectado a todos los escalafones. El nuevo amo no quería que se conservaran antiguas costumbres ni camarillas, y había sacudido la alfombra para remover todo cuanto estuviese por encima y también por debajo de ella. Con esta fijación, era normal que los cargos se consiguieran más por lealtad al partido y al propio Himmler que por capacitación.

De esta manera, el inspector Klaus Schlüter había pasado de la Sección II de la Abwehr, donde se ocupaba de actividades de sabotaje y subversión, a la sección IV grupo E del Departamento Central de Seguridad del Reich, cuyo cometido era el contraespionaje.

A Schlüter, este cambio lo había horrorizado. No había pertenecido mucho tiempo a la Abwehr, pero una cosa era trabajar para el servicio de inteligencia y otra convertirse en inspector de la temida Gestapo.

Por tradición familiar, Klaus Schlüter había ingresado en la policía berlinesa en 1917, un año antes de acabar la Gran Guerra, en la que había perdido, además de a sus dos hermanos mayores, la visión del ojo izquierdo, al estallarle en el frente el fusil que manejaba. Con el ojo ciego por un

desprendimiento de retina y los párpados de tejido cicatrizado por las quemaduras, había sido licenciado con la Cruz de Hierro al valor. Esta distinción y los contactos de su padre en el cuerpo habían bastado para que el joven Klaus comenzara a patrullar las calles de la capital.

Poco tiempo había pasado hasta que sus superiores se dieran cuenta de que Schlüter era un buen policía y lo ascendieran a subinspector. Después había llegado la unificación a manos de los nazis, con la creación de la Kriminalpolizei, que había acogido a los distintos cuerpos de policía de Alemania, y cuatro años más tarde le vino el ingreso en la Abwehr y el ascenso a inspector.

Ahora, a sus cuarenta y ocho años, Schlüter formaba parte del cuerpo policial más odiado que se había conocido en Alemania. El abrigo de cuero que llevaban sus miembros no ayudaba a suavizar su rostro marcado.

En solo dos semanas, su pavor por el organismo al que pertenecía se había disparado. Las palizas, las detenciones arbitrarias, la tortura… ¿Dónde había quedado el buscar pistas, hablar con los testigos y reunir pruebas para presentar a los criminales ante la justicia? Añoraba a sus viejos compañeros, incluso a su antiguo jefe, al que habían mandado a reorganizar ficheros en algún oscuro archivo, sustituyéndolo por un incompetente individuo que, de forma presumiblemente poco ética, presentaba el título de doctor en Derecho por una prestigiosa universidad teutona.

El uso indiscriminado de la Schutzhaft, llamada de manera eufemística «custodia protectora», permitía a la Gestapo el internamiento de los sospechosos sin juicio o posibilidad de defensa incluso en campos de concentración.

Klaus Schlüter odiaba esta práctica. Había asistido a suficientes interrogatorios como para saber que cualquier persona, después de horas de maltratos y ante la posibilidad de montar en una camioneta destino a uno de aquellos campos de los que jamás se volvía, sería capaz de denunciar a sus propios padres, inventándose cualquier delito que fuese del agrado de sus carceleros.

Sin poder dejar de pensar en todo esto, sentado en su escritorio, trataba de decidir qué hacer con el caso que lo ocupaba, mientras se pasaba la mano por la cabeza en un intento de recolocar el poco cabello que aún no había desertado.

—¡Inspector! —ladró un soldado de las SS, uno de los muchos que vigilaban las instalaciones de la policía. «Soldados que vigilan a los policías

que los vigilan», solía pensar cínicamente Schlüter—. ¡El mayor Töpfer le ordena que se presente en su despacho!

Schlüter se levantó y se arregló la corbata, mientras el soldado aguardaba para escoltarlo. Su escritorio se encontraba en el tercer piso del edificio, junto con al menos otra docena, en una sala atestada. Por aquellos días, los ciudadanos alemanes estaban divididos en dos grandes grupos: los denunciantes y los denunciados. La policía tenía montañas de trabajo para ocuparse de todos aquellos «peligrosos» oponentes al régimen y no daba abasto, a pesar de la amplia plantilla.

—¿Será tan amable de indicarme el camino? —preguntó.

El soldado debía de carecer de sentido del humor o de imaginación, pues no se dio cuenta de que el inspector estaba mostrándose irónico. Taconeando, se encaminó hacia el despacho del mayor Töpfer, un antiguo policía mediocre ascendido por ser un modelo de fidelidad al partido y estar exento de cualquier dilema moral ante el evidente abuso de poder. Schlüter llamó a la puerta de cristal esmerilado que daba a las escaleras.

—¿Mayor? —dijo Schlüter tras recibir el permiso para entrar en el despacho y taconear estruendosamente delante del escritorio, algo que encantaba a su superior. Que Schlüter lo hiciera aposta para mofarse de él estaba más allá de su comprensión.

—¿Y bien? —preguntó el mayor Töpfer. Sujetaba unos papeles con unas manos de dedos cortos y gruesos que lucían unas uñas negras—. Me pidió un día más y ya se ha cumplido. ¿Tiene o no tiene algo?

El hecho de que del día prometido apenas hubiesen pasado dieciséis horas no parecía tener relevancia. Schlüter seguía sin decidirse. Llevaba horas dando vueltas al asunto, aguardando una llamada que no terminaba de llegar. Esa llamada era lo que le faltaba para cerrar el caso. Realmente no cabían dudas. El sospechoso era culpable, y nadie lo libraría de la horca, pero a Schlüter le repelían los cabos sueltos.

El hombre en cuestión era un cartero de mediana edad que cumplía fielmente con su deber. El problema es que algunos de los paquetes y cartas no pasaban por las oficinas de correos ni, obviamente, por la censura. El resultado era un sobresueldo por llevar y traer mercancía del mercado negro. Nada excesivamente importante, si no fuera porque también repartía mensajes de la resistencia y de los espías aliados.

Uno de aquellos espías había caído en manos de la Gestapo y, tras el severo interrogatorio, había delatado a sus contactos y al propio cartero.

Schlüter había recibido el cometido de averiguar qué sabía el hombre y localizar más enemigos.

Tras una semana de seguir al cartero en su cotidiano ir y venir con el correo previamente censurado por las autoridades, Schlüter había llegado a la conclusión de que el hombre no sabía nada y que su tarea se limitaba a llevar los sobres entre el informador detenido y los encargados de sacar la información del país.

Si el mayor le había dado una semana, no era precisamente para probar la culpabilidad del cartero, algo que se daba por supuesto, sino para tratar de conseguir más detenciones. Estas no se habían producido ni tendrían lugar ya. Alertados por la detención de su confidente, los espías habían puesto pies en polvorosa, dejando atrás al ignorante cartero, que no sabía que su sobresueldo ya era historia y, en breve, él mismo también.

Schlüter acabó por aceptarlo. Nada de lo que él pudiera decir libraría de su suerte al pobre diablo. No merecía la pena jugársela por alguien que ya estaba muerto.

—No hemos encontrado más implicados en este asunto, señor.

El mayor Töpfer hizo un gesto de fastidio.

—¿Detenemos al cartero?

Era una pregunta retórica, y Klaus lo sabía. Su superior, desilusionado por una pista en la que había puesto muchas esperanzas, convencido de que le haría ganar puntos y que se había ido al garete, reclamaba sangre.

—Sí, señor.

—Bien. Encárguese.

Con estas palabras, el mayor Töpfer despidió a Schlüter, que volvió a su escritorio para preparar la detención.

Capítulo XI

Domingo, 5 de marzo de 1944
Oxfordshire, Inglaterra

—Tomen asiento, caballeros.

El coronel Brown, erguido y con las manos en la espalda, devolvía la mirada al grupo que entraba.

Se encontraban en el antiguo comedor del hotel. Las mesas habían sido retiradas para dejar espacio, y en su lugar se habían colocado una veintena de sillas que ocupaban el centro de la estancia, en filas de a cinco.

El comedor permanecía en penumbra, con los ventanales de la pared izquierda velados por la pintura negra obligada para mantener el oscurecimiento. Una araña de cristal en la que solo funcionaban la mitad de las bombillas cubría la carencia de luz.

Al fondo del comedor aguardaba el capitán Pickeray. A su lado, sobre una de las mesas auxiliares de servicio, un proyector con dos bobinas, una vacía y la otra, llena, con la cinta enrollada, permanecía inerte.

El primero en entrar fue el profesor Menchaca, que tomó asiento en la silla más próxima a la puerta, en primera fila, tras saludar a Pickeray y Brown con un escueto «coronel, capitán». Inmediatamente detrás apareció Gardner. El sicario hizo un gesto de saludo con la cabeza y se acercó a la última fila, pero permaneció de pie, como si le molestara la presencia de Pickeray a su espalda.

Tras ellos, y fuertemente escoltado por cuatro policías militares, hizo su entrada el ladrón inglés. Dado su pequeño tamaño, parecía incongruente semejante despliegue, pero el sargento de la guardia no quería nuevos tirones de oreja. Solo cuando Riggs estuvo sentado en la segunda silla de la derecha, tras Menchaca, su escolta se retiró con el beneplácito de Brown.

Un par de minutos después asomó por la puerta Weidenfeld. Tenía un puro recién estrenado, cortesía de Brown, colgando de los labios y también

venía custodiado por un par de policías militares, a los que arrojaba envolventes nubes de humo para fastidiarlos.

Comadreja miró con desconfianza alrededor, avanzó un par de pasos, no saludó a nadie y se mantuvo a la expectativa, cerca de las sillas, a cierta distancia de Gardner.

Instantes después era Von Weizsäcker el que hacía su entrada. El teniente prisionero de la Luftwaffe vestía aún su cazadora de aviador alemán, lo que llamó la atención de sus nuevos compañeros. Su saludo en inglés con marcado acento alemán tampoco pasó desapercibido. Von Weizsäcker ocupó la otra esquina de la primera fila y no dejó de mirar hacia delante.

El último en llegar fue el minero español. Miguel Villar echó un rápido vistazo desde la puerta. Su mirada se detuvo en su compatriota Menchaca, y ambos cruzaron sus miradas. El profesor español mantuvo la calma, pero el ceño de Villar dejó a las claras que la sorpresa le resultaba sumamente desagradable.

—Tomen asiento, caballeros —repitió Brown.

El coronel americano se había expresado en inglés. Tanto Menchaca como Von Weizsäcker dominaban el idioma, no así Villar, que se defendía con alguna dificultad. El resto, británicos y americanos, no tenía ningún problema para entender las órdenes.

Gardner se sentó en una esquina de la última fila y Weidenfeld lo hizo en la opuesta. En la anterior, pero en el lado contrario de Menchaca, como si quisiera permanecer lo más alejado posible, Villar ocupó una de las sillas.

Resultaba evidente que nadie quería saber nada de sus compañeros.

—Caballeros, por favor. Préstenme atención.

Aunque los presentes guardaban silencio, unos miraban a su alrededor examinando la estancia y otros mostraban indiferencia por todo cuanto sucedía.

El capitán inglés, nervioso, se preguntó de nuevo si el coronel americano sabía lo que hacía. Aquellos hombres individualistas y desconfiados jamás formarían un equipo. Era una pérdida de tiempo, una locura. Rehuían la mirada de sus compañeros y no parecía que fueran a mostrar el mínimo interés sobre lo que se les iba a decir.

El minero y guerrillero español se había sacado de un bolsillo la pipa y la cargaba cuidadosamente, pero tras las espesas cejas sus ojos oscuros no perdían detalle. Al fondo, Comadreja examinaba las molduras de escayola del techo mientras daba largas chupadas a un puro. Gardner, con los ojos

entornados, parecía aguardar acontecimientos. Riggs y el teniente alemán se examinaban las manos. Solo Menchaca prestaba atención.

—Se estarán preguntando qué hacen aquí —comenzó a explicar Brown, como si aquellos hombres estuviesen pendientes de sus palabras—. Estamos en guerra, eso es algo que todos ustedes saben. Tampoco ignoran que se prepara una invasión al continente para derrotar a los nazis.

Aunque habían sido aislados desde el momento en que se había contactado con ellos, no había pasado desapercibido para nadie el extraordinario movimiento de tropas en la costa sur de Inglaterra, las montañas de municiones, víveres, armas, vehículos, la cantidad de inmensos campamentos con hileras sin fin de tiendas de campaña, puertos atestados de embarcaciones y, por todas partes, miles y miles de soldados con diferentes uniformes.

—Desconocemos cuándo se va a producir esta invasión —continuó Brown—. Pero será en breve.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con nosotros? —preguntó Weidenfeld con su voz ronca y sin quitarse el puro.

—Tenemos sospechas de que el ejército alemán está en posesión, o lo estará muy pronto, de un arma nueva que podría terminar con esta invasión antes de comenzar.

—¿Y qué pretenden, que la robemos para que la usen ustedes? —volvió a intervenir Comadreja, sonriendo torvamente.

—No. Nuestra misión es anular esa amenaza.

—¿Para eso se ha traído a un desertor? ¿A un *kraut*, un comedor de repollo? —preguntó Comadreja, señalando con su puro al teniente alemán.

Von Weizsäcker se levantó como si le hubiesen aplicado un hierro candente y se encaró con el degradado sargento americano.

—No soy ningún desertor —masculló con el rostro congestionado—. Si vuelve a insultarme, le haré tragar la lengua.

—¡Eh, muchacho, cálmate! —dijo Weidenfeld sin inmutarse ni perder la cínica sonrisa.

—No soy ningún muchacho. Soy teniente de la Luftwaffe. Para usted, teniente Von Weizsäcker.

—Por favor, teniente, siéntese —intervino Brown, dando por concluido el incidente.

El rubio piloto, aún agitado, regresó a su asiento. Weidenfeld seguía sonriendo, como si nada le afectara, pero lo cierto era que no había contestado.

—Disculpe, coronel —intervino Gardner desde la última fila—. Aún no sé por qué algo de todo esto me debe afectar. Personalmente, me da igual qué arma tengan los alemanes.

—El capitán Pickeray y yo hemos preparado una película que quiero que todos ustedes vean. Después, continuaremos con la explicación. Por favor, capitán.

Brown se retiró para que se viera la pantalla blanca a sus espaldas. Apagaron las luces, y Pickeray encendió el proyector. Un cuadrado de luz mal centrado iluminó la pantalla. Girando unas ruedecillas en la base del aparato, el capitán consiguió que el cuadrado de luz se ajustara. Instantes después, una serie de trazos informes dieron paso a unos números que fueron cambiando del cinco al uno, hasta dar paso a una película.

La primera imagen era un mapa de Europa tal y como era antes de que el gobierno nazi hubiese ascendido al poder. Poco a poco, el mapa fue cambiando sus fronteras, conforme se iban señalando las conquistas del ejército alemán. Unas banderas con la esvástica, conocida por todos, se fueron multiplicando.

A continuación, aparecieron imágenes del ejército alemán desplegando a sus tropas y cientos de modernos tanques y aviones. Bombarderos Stuka arrojando miles de bombas sobre ciudades y lanzándose en picado hacia su objetivo. Civiles corriendo de un lado para otro para escapar de la muerte y edificios resquebrajándose y cayendo ante la impotencia de los bomberos, que se esforzaban en apagar los incendios.

En la sala reinaba el silencio, pero ninguna de estas imágenes había calado entre los espectadores. Aquello no era nuevo. En todas las guerras sucedía lo mismo. Alguien deseaba más poder y terreno y aprovechaba su fuerza para imponerse sobre el débil y arrebatarle cuanto tuviera. La muerte y la destrucción eran algo normal en tales circunstancias.

La película seguía mostrando diversos aspectos de la guerra, cada vez más desagradables, pero nada que fuese distinto a lo que harían los aliados cuando desembarcaran en Europa y se enfrentaran a las fuerzas enemigas.

Diez minutos después, las imágenes de soldados alemanes cometiendo todo tipo de barbaridades y de sus dirigentes alentándoles a hacerlo fueron sustituidas por la de una extensión rodeada de alambradas con barracones alineados en su interior y torretas de vigías en las esquinas, como si de un gran campo de entrenamiento se tratara.

Pero en su interior no había soldados, sino miles de figuras, que apenas se movían, mirando a la cámara. Eran fantasmas vestidos con finos pijamas de

rayas, extremadamente delgados y con ojos que salían de sus órbitas. La mirada recordaba la de animales acorralados por cazadores.

Todo estaba cubierto por la nieve. La cámara recorría la helada alambrada. Los esqueletos, todos iguales, con la cabeza rapada y los sacos con los que se cubrían que apenas podían resguardarlos, a diferencia de los abrigados uniformes que lucían sus carceleros, se movían con lentitud, como si sus piernas, igual que alambres, no los pudieran sostener.

La siguiente imagen era una pira de inmenso tamaño alimentada por troncos. En ella, los fantasmales esqueletos arrojaban a las llamas cuerpos como los suyos, algunos de ellos aún con vida. Los soldados alemanes, tapándose la nariz con un trapo para evitar el nauseabundo hedor de la carne quemada, se reían y jugaban a un extraño juego que consistía en rematar a tiros a quienes se abrasaban.

Tras la orgía de fuego, apareció un tren entrando en una estación. Iba tirado por dos locomotoras y arrastraba incontables vagones de mercancías. En el andén aguardaban cientos de soldados alemanes, algunos de ellos con perros. Cuando el tren se detuvo, las puertas se abrieron y comenzaron a vomitar a la gente que se amontonaba en su interior. Cientos de personas bajaban, acobardadas, y eran espoleadas a golpes por los carceleros. Niños y mayores, mujeres y hombres eran conducidos como ganado entre los enloquecidos perros que, con la traílla un tanto floja, conseguían hacer presa en algunos de ellos.

Los que bajaban eran diferenciados en grupos. Por un lado, los hombres; por otro, las mujeres, y por un tercero, los niños. Había familias enteras que se veían obligadas a separarse ante el terror de sus integrantes. Los niños lloraban llamando a sus padres, que trataban de llegar hasta ellos. Una madre, presa del pánico, lograba tirar a uno de los soldados al suelo y correr hacia su pequeña. Un metro antes de llegar hasta ella, el soldado humillado disparaba contra la mujer, cuya cabeza estallaba, cubriendo de sangre a la niña, que, sin aliento, no lograba reaccionar.

Con el disparo, algunos prisioneros se agacharon, desoyendo las instrucciones, y los carceleros, para hacerlos avanzar, comenzaron a disparar arbitrariamente, matando a una docena antes de que sus jefes ordenaran el alto el fuego.

La muchedumbre, finalmente amansada, era conducida como un enorme rebaño más allá de un muro. Al fondo, una elevada chimenea despedía una humareda negra. La hilera tuvo que detenerse ante unas mesas puestas a la

intemperie, donde se encontraban sentados unos individuos con batas blancas que examinaban a los recién llegados para luego hacer una selección.

Aquellos que parecían tener algún tipo de tara, ser demasiado mayores o estar en malas condiciones eran apartados. El resto fue conducido a unos barracones, donde desaparecieron. Los que apenas se sostenían fueron llevados hasta el edificio coronado por la alta y tétrica chimenea. Según se acercaban, veían como les caía encima una lluvia de polvo blanco, como si fuese nieve. Poco a poco fueron descendiendo por unas escaleras, hasta desaparecer bajo el edificio en algún tipo de sótano.

De nuevo la imagen cambiaba. Otra vez prisioneros vestidos con los pijamas, aunque estos no tan delgados, portaban enormes tenazas con las que sacaban de una pila más esqueletos desnudos.

Enganchándolos por las cabezas, los arrastraban por el suelo hasta las bocas de llameantes hornos, de cuyo interior extraían unas especies de camillas de hierro, a modo de bandejas, donde arrojaban los cadáveres. Después volvían a introducir aquellas retorcidas bandejas, cerraban la trampilla con cuidado para no quemarse y regresaban con las tenazas a la pila para coger más cuerpos, a los que se les marcaban las costillas, la pelvis y el resto de la osamenta, apenas cubierta por una quebradiza capa de piel.

En la sala, el silencio se había vuelto funesto. El espectro del horror helaba el ambiente, cargado de electricidad, como un bosque tras una furiosa tormenta. Brown, al abrigo de las sombras, estudiaba el rostro de sus hombres, percibiendo el cambio.

La cámara enfocaba de nuevo a la chimenea. Era de noche y la boca, como un dragón, escupía anaranjadas lenguas de fuego y nubes de ceniza.

Un camión gris sin distintivos sustituyó a la chimenea en la pantalla. Se acercaba a un grupo de hombres y mujeres que aguardaban en el centro de un patio. Iban muy abrigados, unos de uniforme y otros de civil. Todos lucían largos abrigos. De sus labios brotaba una neblina cada vez que exhalaban el gélido aire. Algunos pateaban en el suelo para entrar en calor y soplaban sus manos enguantadas. El camión se detuvo, patinando un poco sobre la capa de hielo, y el soldado que iba en el asiento del copiloto bajó rápidamente, cuadrándose delante de un oficial alemán que, con desgana, levantó en alto el brazo derecho con la palma hacia abajo en el saludo nazi.

Otros soldados entraron en la exposición, conduciendo a un grupo de mujeres desnudas que apenas podían moverse, paralizadas por el frío y el terror. Posiblemente llevasen tiempo fuera de la cámara, pero a la intemperie.

No estaban demasiado delgadas, pero se juntaban entre ellas para darse calor unas a otras.

Los soldados las obligaron a apiñarse en la caja cerrada del camión, ante la indiferencia de los asistentes. Una niña, horrorizada por el espectáculo, se negaba a entrar. La mujer que la llevaba de la mano tiraba de ella, gritando entre lágrimas para que subiera la rampa. Al final un soldado dio con su bota una patada a la niña en el trasero y esta terminó de subir, llorando angustiosamente, mientras se abrazaba a la mujer.

El camión, atestado, no admitía un cuerpo más. Las mujeres amontonadas veían con angustia cómo la portilla se cerraba. Al momento, el camión se puso en marcha y comenzó a dar vueltas por el patio, mientras los espectadores, bien abrigados, encendían cigarrillos, charlaban animadamente o se daban friegas para tratar de entrar en calor.

Los hombres reunidos por Brown, sin poder retirar la mirada de la pantalla, no alcanzaban a comprender cuál era la finalidad de aquel extraño paseo.

Por fin, el camión, derrapando de nuevo, volvió a detenerse ante el grupo de carceleros. Los soldados abrieron la portilla. Las mujeres del interior se mantenían en pie, apoyadas las unas en las otras. En cuanto los soldados, sin ningún tipo de miramiento, sacaron a las primeras, las demás se desplomaron en el suelo del camión.

Todas estaban muertas. La cámara hizo un zum para acercar el objetivo al tubo de escape. Este tenía una manguera que conectaba con el interior de la cartola. Los hombres de la sala comprendieron el objetivo del paseo que había dado el camión a través del patio. Los gases del escape habían asfixiado a las mujeres.

A una de ellas, sin embargo, aún debía de quedarle un hilo de vida. Dos soldados la arrastraban por la tierra y, al pasar al lado de un oficial alemán, este sacó de su cartuchera su Luger y descerrajó un tiro en la cabeza de la infortunada a bocajarro, ante el susto de los presentes, que no se habían percatado de tan aviesas intenciones.

Tras un fundido a negro, la pantalla mostró un letrero en una calle, agujereado como si alguien hubiese practicado su puntería con él, en el que se podía leer «Warszawa». Debajo del letrero, sobreimpreso en la película, se leía en inglés «Varsovia». La capital de Polonia. Tras unos instantes de exposición, el cámara retrocedía para mostrar la ciudad.

Brown espió los rostros entre incrédulos y horrorizados de sus hombres mientras asomaban los edificios devorados por el fuego. Fuego alimentado

por soldados alemanes que empuñaban lanzallamas que vomitaban, cual dragones, densas llamaradas a más de cincuenta metros de distancia. De las ventanas de los pisos superiores, muchas personas, algunas ardiendo, se arrojaban a la calle, donde los remataban soldados apostados debajo, entre las risas y celebraciones de sus superiores. De vez en cuando, algún pobre diablo conseguía levantarse y trataba de escapar, pero los lanzallamas giraban sus bocas y el infortunado se convertía en una antorcha humana.

Otro fundido a negro y apareció la imagen de un montón de niños que parecían ir de excursión. Casi todos tenían una expresión ausente, como si el horror vivido les hubiera privado de cualquier capacidad de reacción. Los soldados alemanes los colocaban en fila de cinco, pecho contra espalda, y uno de ellos, por turnos, se situaba frente al primero y disparaba su fusil.

Sus compañeros acogían con risas el resultado. A veces, la bala no lograba atravesar toda la fila y quedaba algún crío en pie, el cual volvía a integrar la siguiente tanda, entre los aspavientos de los soldados, que intercambiaban apuestas.

Brown encendió la araña de cristal del techo sin dejar acabar la película. Los hombres parpadearon por la repentina luz, pero nadie dijo nada. Todos estaban serios. Incluso Comadreja había borrado su eterna y desagradable sonrisa, aunque no dejaba de masticar el extremo del puro, que ya se le había apagado.

El más conmovido de todos era el teniente de la Luftwaffe Franz von Weizsäcker. Estaba lívido, y las lágrimas le corrían por las mejillas.

Brown recuperó su lugar mientras Pickeray apagaba el proyector. En el salón, el silencio pesaba, sin que nadie consiguiera romperlo.

—¿Es todo eso cierto? —consiguió preguntar el piloto alemán con un hilo de voz. Imaginaba a su querida Eva en uno de esos vagones, muerta de frío y de hambre, impotente, aterrorizada ante su destino; la asfixia del pánico ante la presencia de una muerte inmediata, arbitraria, injusta, inevitable e ignominiosa.

—Me temo que sí —contestó con voz suave el coronel.

—¡Claro! ¿Qué esperabas que contestara? —intervino Comadreja, tratando de ridiculizar la situación, aunque era evidente que la película le había afectado—. Ya habéis oído. Quieren que les hagamos el trabajo sucio. Han preparado esta representación para convencernos.

—¿Es así, coronel? —volvió a preguntar el piloto alemán, aferrándose a esta posibilidad para negar el trágico destino de su novia y la inhumanidad de sus compatriotas.

—Lo mismo pregunté yo cuando me la mostraron —contestó Brown, mirando fijamente al teniente—. Solo le puedo decir lo que me respondieron. Todo eso ha sucedido y sigue ocurriendo.

—Muchacho, ¿de verdad crees que si fuese un montaje te lo dirían?

—No necesito mostrarles esta película para convencerles de nada. Algunos de ustedes son voluntarios, y otros no tienen más alternativa. Solo pretendo hacerles entender a qué nos enfrentamos.

—¿De dónde han salido las imágenes? —preguntó Von Weizsäcker, tratando de encontrar una fisura en aquella barbarie, algo que no lo condenara a la locura.

—Han sido grabadas por los propios alemanes.

—¿Y se las han enviado a usted, coronel?

Comadreja había recobrado parte de su aplomo y volvía a lanzar pullas.

—¿Cómo las han obtenido? —volvió a preguntar el piloto.

—Algunos oficiales del ejército alemán son contrarios a estas prácticas y las han denunciado ante el Vaticano —explicó Brown—. Desde allí nos las han mandado.

—No puede saberlo con certeza… —repuso Weidenfeld.

—¿Quiénes eran esos prisioneros? —lo cortó Gardner, interviniendo por primera vez.

—Judíos.

—¿Judíos? ¿Y ya está?

—Sí. Los nazis están llevando a cabo una metódica limpieza étnica para acabar con toda esta raza, sean alemanes o no. Según las mismas fuentes, cada día asesinan a miles de personas.

—¿Miles de personas? —repitió el piloto alemán, tapándose la cara con las manos.

—No me gustan los judíos —dijo Comadreja, sin quitarse el puro de la boca—. Pero esto es absurdo. No me va a hacer creer que se dedican a masacrar a toda la población solo por ser judíos.

—Piense lo que quiera, Weidenfeld. Pero esto es lo que hay. Los gobiernos de los Estados Unidos, Reino Unido, Canadá, Australia y la Unión Soviética, entre otros, se han unido para hacer frente a esta barbaridad. Soldados de todas partes del mundo se han ofrecido voluntarios para acabar con ella. Pero todo este esfuerzo puede ser en vano si los alemanes hacen uso de la nueva arma.

—¿Y qué arma tan terrible es esa? ¿Han encontrado las trompetas de Jericó y con ellas van a derribar nuestras ciudades?

En la sala nadie se rio de la chanza. La actitud del antiguo sargento americano resultaba desagradable para los presentes.

—Un nuevo tipo de bomba.

—¿Una bomba? —repitió incrédulo el teniente alemán—. Hemos arrojado miles de ellas, y ustedes lo han hecho también. Göring estaba convencido de que, con los bombardeos sobre Londres, Inglaterra se rendiría, y no ha sido así. ¿Por qué ahora iba a ser distinto?

Von Weizsäcker se refería a Hermann Göring, lugarteniente de Hitler y comandante supremo de la Luftwaffe.

—Dejaré que a esa pregunta conteste el doctor Menchaca —repuso Brown, invitando a este, que había permanecido en silencio durante toda la exposición, a levantarse—. El doctor Menchaca es físico y conoce el potencial de la nueva arma. ¿Podría decirnos en qué consiste?

—Que yo sepa, aún no ha sido utilizada —tomó la palabra Menchaca, de pie al lado del coronel y mirando expectante a los que se sentaban en las sillas —. Hace pocos años, unos físicos alemanes descubrieron algo que en un principio parecía no tener ninguna aplicación, pero que desde entonces se ha estudiado en profundidad. Según este descubrimiento, un átomo sometido a un bombardeo de neutrones podría fragmentarse y, en el curso de esta desintegración, liberaría una cantidad inimaginable de energía. A su vez, los neutrones liberados chocarían con otro átomo, y se volvería a repetir la secuencia en una reacción en cadena.

El silencio había vuelto a adueñarse de la sala. Todos miraban con el ceño fruncido al español.

—¿Átomos? ¿Neutrones? —dijo Weidenfeld, poniendo palabras a la perplejidad del resto—. ¿Qué diablos es todo eso?

—¿Por qué es tan importante esa nueva bomba, profesor? —quiso saber el teniente de la Luftwaffe.

—Por su poder destructivo —repuso Menchaca—. Piensen que una bomba perforadora de las que están usando nuestros ejércitos contiene entre un cuarto y media tonelada de explosivos. Esta nueva bomba podría ser transportada por un bombardero y su capacidad de destrucción equivaldría a unas treinta mil bombas perforadoras.

Los hombres se quedaron sin aliento. No podían dar crédito a lo que escuchaban. El hosco minero, tan sorprendido como el resto, se quitó la pipa de la boca antes de que se le cayera.

—¿Treinta mil bombas? —preguntó Comadreja—. ¿Está usted loco?

—No. En realidad es un dato conservador —contestó Menchaca—. Podría ser más destructiva aún.

—¿Cuáles serían sus efectos? —preguntó Von Weizsäcker, ralentizando las palabras.

—Solo se conocen a nivel teórico —puntualizó Menchaca—. Como les he dicho, no creo que se haya utilizado jamás. Sin embargo, haciendo una estimación conservadora, podríamos conjeturar que una bomba de unos quince kilotones devastaría una zona de dos kilómetros a su alrededor, causando daños a más de diez kilómetros de distancia, y se notaría a más de cincuenta kilómetros.

Brown estudiaba los rostros atónitos de sus hombres.

—Una sola bomba arrojada al sur de Londres —continuó explicando Menchaca— arrasaría la ciudad, y diezmaría la población. Lanzada en la costa del mar del Norte, aniquilaría gran parte de nuestro ejército. En un radio de unos quince kilómetros, no quedaría nada de los barcos, aviones y armas reunidos para el desembarco.

—Arruinaría la operación de desembarco —dijo Brown.

—Teóricamente —recordó Weidenfeld.

—Cierto. Pero me estoy refiriendo tan solo a los primeros efectos. Esos serían los daños causados por la onda de choque y el calor.

—¿El calor?

—Los cálculos más optimistas hablan de temperaturas en torno al millón de grados. La ola de fuego avanzaría a una velocidad muy alta, desintegrando todo cuanto encontrara a su paso en un radio de varios kilómetros.

—Dice que esos serían los primeros efectos —intervino el teniente alemán—. ¿Habría otros?

—Sin duda. Sería difícil de explicar. Espero que me crean si les digo que posteriormente la zona quedaría contaminada por la radiación, siendo esta aún más mortífera.

—¿Aún peor?

—Eso he dicho.

—En eso coinciden todos los expertos consultados —intervino Brown, viendo que a los hombres les costaba aceptar la palabra del español—. Los colegas del doctor Menchaca hablan de cientos de miles de muertos, dada la gran concentración de tropas que hay en la zona. Si eso ocurre, la invasión habrá terminado antes de comenzar, y Hitler habrá ganado.

Los hombres se removían inquietos en sus asientos. Varios de ellos no tenían ningún aprecio por ningún miembro de la raza humana, como era el

caso de Gardner, Riggs o Weidenfeld, pero la enormidad de la amenaza, inabarcable para sus mentes, les removía algo en su interior.

—Imaginemos, que ya es mucho imaginar, que todo eso que nos ha contado sea cierto —dijo Weidenfeld, entrecerrando los ojos y mordiendo el puro—. ¿Qué tiene pensado hacer?

—Se va a mandar un comando al continente europeo con la misión de destruir el laboratorio donde está alojada la bomba.

—Y eso está más exactamente en…

—Aún no lo sabemos con certeza, pero con toda probabilidad en la propia Alemania.

—Y ese comando somos los aquí presentes.

—Así es.

—¿Todos?

—Sí.

Comadreja se quedó un momento callado, digiriendo las noticias.

—¿Cómo tiene pensado llegar hasta allí? —preguntó Von Weizsäcker.

—Por aire. En paracaídas.

—¡Nadie me había dicho nada de un paracaídas! —protestó indignado Weidenfeld, alzando la voz—. Yo tengo vértigo. Nunca he saltado de un avión.

—Será un buen momento para hacerlo —contestó Brown.

—Disculpe, coronel —intervino Gardner—. Yo no soy soldado. ¿Soy el único?

—No, no lo es —dijo Brown, haciendo un gesto a Menchaca para que regresara a su asiento—. Voy a presentarles. Clint Gardner, americano —comenzó Brown, extendiendo el brazo para que todos supieran a quién se refería—. Trabajaba para la mafia como asesino a sueldo, está pendiente de juicio, donde se enfrenta a la pena de muerte. Arthur Weidenfeld —Brown señaló a Weidenfeld, sentado en la misma fila que Gardner— es sargento degradado del ejército americano y está pendiente de un consejo de guerra, también para pena de muerte. Es un magnífico mecánico. Además, tiene la habilidad de conseguir cualquier cosa que necesite, y habla alemán.

Comadreja levantó en alto el puro en un irónico saludo.

—Franz von Weizsäcker —continuó Brown, apuntando a la primera fila —, teniente de la Luftwaffe, cuyo avión fue abatido hace cuatro años. Nacido en Berlín, donde posiblemente tengamos que actuar. Pilotará el avión que nos lleve hasta allí. Thomas Riggs, inglés, antiguo trapecista y escapista de circo, condenado a muerte. Especialista en robos con escalo. Al doctor Pablo

Menchaca, científico español, ya le han conocido. Sus conocimientos nos serán necesarios para localizar el objetivo y comprender su peligro potencial. También habla alemán. Miguel Villar —terminó Brown, señalando a Cornín, que no había abierto en ningún momento la boca y continuaba fumando de su pipa—. También español, minero y especialista en explosivos y demoliciones.

—Ocho. Un instructor, un piloto alemán, un mecánico, un científico, un minero, un ladrón y un asesino. Además de un capitán británico. Y eso es un comando…

—No se preocupe demasiado, Weidenfeld. El doctor Menchaca ha luchado en el frente español, al igual que Villar y el capitán Pickeray. Usted lo ha hecho en el tren, y sabe lo que es matar, al igual que el señor Gardner. El señor Riggs también sabe lo que es quitarle la vida a alguien.

—¿Por qué no mandan un grupo de soldados? —preguntó Gato—. Están más acostumbrados a estas cosas.

—Ya lo han hecho anteriormente. Hace dos años, un comando británico fue enviado a Noruega para destruir una fábrica donde se producía un ingrediente esencial para la bomba. No llegaron a su destino. Lo mismo ha sucedido en otras ocasiones.

—Temen que haya un espía…

—Sí. Esta misión es de vital importancia, y no podemos arriesgarnos a que salga mal. Por eso sus componentes no pertenecen al ejército.

—Pero usted sí —apuntó irónico Weidenfeld—. Y el capitán Pickeray.

—El capitán ha luchado en Europa contra los nazis y en España contra el ejército franquista. Tiene amplia experiencia en combate y en dirigir misiones y hombres. Ha sido uno de los que han puesto esta operación en marcha. Yo dirigía un campo de entrenamiento en los Estados Unidos, el mismo en el que usted, entre otras cosas, arreglaba camiones y *jeeps*.

—Por eso le han dado la misión. No es probable que un simple instructor americano trabaje para los nazis.

—Así es —repuso Brown, sin dar muestras de que el comentario despectivo le hubiese afectado—. Bien. Ahora que todos nos conocemos y sabemos de qué va esta misión, tengo algunos puntos que aclarar.

El americano guardó silencio para concitar la atención de todos.

—Primero. De aquí hasta terminar la misión, ninguno de ustedes podrá tener contacto alguno con ninguna persona que no esté en esta sala. No quiero decir solo que no podrán hablar con nadie de la misión, sino que no podrán ver, oír ni oler a cualquiera que sea ajeno al grupo. A nadie.

Hizo otro silencio, esperando algún tipo de comentario.

—Segundo. Desde este momento todos formamos un equipo. Lo que haga o le suceda a uno repercutirá en los demás. Como si de un cuerpo se tratara, brazos, piernas…

—Y usted será la cabeza… —dijo irónico Comadreja.

—Cierto. Este es el tercer punto. Yo dirigiré el equipo, y se obedecerán todas y cada una de mis órdenes, rápidamente y con exactitud. No habrá excusas para desobedecer ninguna de ellas o hacerlo mal. El capitán Pickeray será el segundo en el mando. Sus órdenes se obedecerán como si las hubiese dado yo.

Brown miró uno por uno a todos los hombres. Su mirada daba a entender que nadie debería tener nada que objetar.

—Las próximas semanas entrenaremos día y noche. Será agotador, pero tenemos poco tiempo y, cuando estemos en Alemania, necesitarán toda la instrucción que hayan podido recibir.

Ahora los hombres atendían en silencio, sin perder de vista al coronel americano.

—Una cosa más. No podemos arriesgarnos a que nada falle o a ser delatados. Alguno de ustedes tiene en mente tratar de escapar. Tengan en cuenta que, si alguien lo logra, el resto será devuelto al lugar de donde vino. Quienes tengan pendientes causas con la justicia deberán enfrentarse a ellas. Cualquier tentativa de motín o desobediencia tendrá las mismas consecuencias.

—No me parece justo… —protestó Von Weizsäcker.

—No lo es, teniente. Pero el momento de haberse echado atrás ha pasado. Señores, a partir de este momento y hasta el término satisfactorio de la misión, yo soy para ustedes Dios. No harán nada sin mi permiso, ni siquiera ir a las letrinas. Dormirán cuando yo diga, comerán cuando yo diga, mearán cuando yo diga y matarán cuando yo diga. Si alguno de ustedes comete un error, seré yo mismo el que le dispare una bala en la cabeza.

El coronel americano no había variado el tono de voz, pero ante aquellos hombres parecía haber agrandado su figura. El enjuto oficial de pelo blanco y tranquilos ojos azules escondidos tras las ojeras ya no resultaba tan apacible como cuando entraran en la estancia.

—Regresen a sus habitaciones y descansen. Partiremos mañana por la mañana. Recuerden que no pueden hablar con nadie, ni siquiera con la guardia. En marcha.

—A sus órdenes, coronel —masculló Weidenfeld de mal genio, mordiendo su puro.

Todos, en silencio, se levantaron y, de mala gana, se dispusieron a salir.

—Si me lo permite, coronel —dijo Pickeray cuando se quedaron a solas —, no creo que el efecto de esta charla les dure demasiado… Suele funcionar con reclutas jóvenes, pero no con este tipo de gente…

—Tampoco lo pretendo, capitán. No trataba de impresionarlos. Mi intención es que les quede claro qué espero de ellos y qué sucederá si fallan.

—¿Sería capaz de dispararle a uno de ellos si tratara de fugarse?

—No lo dude —respondió Brown sin emoción alguna, mirando a los ojos del inglés, una cabeza por encima de los suyos—. Capitán, ahora que los hombres están al tanto de la misión, tendrán que estar continuamente bajo vigilancia. Yo debo reunirme con el Alto Mando. Le dejo al frente. Manténgalos aislados y no los pierda de vista. En especial a Weidenfeld y a Riggs. Espero estar de vuelta esta noche.

⁂

Campamento Griffiss
Londres, Inglaterra

—Buenas tardes, coronel —saludó una cabo tras su escritorio—. ¿Qué desea?

La mujer ocupaba un escritorio que dominaba una gran sala llena de mesas con sus correspondientes máquinas de escribir, teléfonos que no dejaban de sonar y hombres y mujeres con uniformes y diferentes galones que correteaban un lado para otro llevando papeles de distintos tamaños, siempre con aire de gravedad en el rostro.

La cabo parecía estar contagiada de la hiperactividad que la rodeaba. A la llegada de Brown, subrayaba con cuidado un texto mecanografiado, armada de un puntiagudo lapicero. Andaba cerca de la cuarentena y era una mujer fornida y aparentemente de trato difícil. Si alguna vez había sido atractiva, aquella época había quedado atrás.

—Deseo ver al general Eisenhower —contestó Brown, sacudiéndose de los hombros el polvo acumulado en el trayecto recorrido en el *jeep* abierto desde el hotel de la campiña hasta la capital británica.

—¿Tiene cita? —preguntó la mujer acremente, sin mencionar que la suciedad del uniforme estaba depositándose sobre su mesa.

—No. Pero, por favor, avise al general de que el coronel Brown desea verlo.

—Me temo que es del todo imposible —repuso la cabo, enarcando una ceja al tiempo que recolocaba un montón de papeles, dando a entender que ya estaba todo dicho.

Brown se sacó del interior de la guerrera una hoja plegada, la desdobló y, después de alisarla, se la mostró a la mujer, dejando bien a la vista la firma del general en jefe.

—Disculpe, cabo, pero tengo un poco de prisa. ¿Le importaría avisar al general?

—¿Qué sucede, cabo?

El que preguntaba esto ocupaba un despacho escondido tras un biombo de cristal desde el que controlaba la sala. Lucía una única estrella sobre el hombro que lo identificaba como general de brigada, y ya se acercaba para ver qué sucedía.

Brown miró al oficial. Como tantos otros, era un chupatintas estilizado, con el impecable uniforme bien planchado, correctamente remetida la camisa por dentro del pantalón y un perfecto nudo de corbata. Unas gafas sin montura en un rostro huesudo, minuciosamente rasurado, enmarcado por un corte de pelo reglamentario domado con cera, hacían de él un magnífico oficial para ocupar un despacho a mil kilómetros del frente.

—El coronel Brown insiste en ver al general Eisenhower. Ya le he explicado que no se le puede molestar en estos momentos, pero me ha mostrado esta autorización firmada por el propio general.

El oficial alargó la mano para coger el documento que le tendía la mujer y lo estudió con atención.

—¿Puedo saber cuál es el motivo de su presencia?

—Lo siento, general —contestó marcialmente Brown—. No estoy autorizado a revelarlo.

—El general Eisenhower está reunido en estos momentos con el primer ministro británico. Me temo que necesitará algo más que esta autorización para convencerme de que anuncie su llegada.

—Estoy seguro de que si dan aviso al general tendrá mucho interés en hacerme pasar —contestó Brown, sin dejarse amedrentar.

—No me gusta su tono, coronel. Soy el general Mattis, asistente del general Eisenhower. Me encargo de firmar este tipo de órdenes, y esta no lleva mi firma.

—Señor, fue redactada por el propio general —repuso Brown, empezando a perder la paciencia con aquel burócrata, que tenía pinta de necesitar consultar las ordenanzas hasta para ir al baño.

—Cabo —ordenó Mattis, sin dejar de mirar a Brown—, póngame con el general Bradley. Quizás él conozca el origen de este permiso especial. Espero por su bien, coronel, que sea así. De lo contrario, haré que lo arresten.

Brown sonrió. El general Bradley era el hombre de confianza de Eisenhower y quien le había traído desde los Estados Unidos. Sin duda, Mattis se iba a llevar una buena sorpresa.

—¿General Bradley? Soy el general Mattis. Verá, un tal coronel Brown pretende entrevistarse con el general Eisenhower, y para ello me muestra una autorización que no recuerdo haber expedido. Asegura que… ¿Cómo dice…? Sí, general…, entiendo… No, no será necesario… Por supuesto, general…

Mattis colgó el teléfono tratando de aparentar indiferencia, sin conseguirlo. Los oficinistas parecieron encontrar sus labores más interesantes de lo normal, porque nadie levantaba la vista de su mesa. Incluso la cabo fingía estudiar atentamente un legajo que hasta el momento yacía olvidado en su escritorio.

—Espere aquí, coronel —se limitó a decir el general y, dando la espalda a Brown, se metió en su despacho—. Veré si puede recibirlo.

El coronel se sentó en una silla vacía sin pedir permiso, dispuesto a esperar. Sin duda, Mattis se tomaría su tiempo antes de anunciarlo. Echó un vistazo por la sala. La cabo hacía esfuerzos por ignorarlo. En cambio, en alguna otra mesa se encontró con una disimulada sonrisa cómplice. Mattis no parecía ser muy apreciado.

⁂

—Ayer perdimos cerca de ochenta aviones. Harris insiste en que es mejor bombardear las ciudades que los puntos estratégicos.

—Harris siempre ha mantenido que la guerra se puede ganar desde el aire, general —repuso Churchill paseando por la sala con las manos en la espalda —. Y los dos sabemos que está equivocado.

Eisenhower reflexionaba mientras miraba un mapa de Europa lleno de alfileres, con las fuerzas enemigas desplegadas.

—Debemos continuar bombardeando implacablemente sus fábricas —insistió el primer ministro británico, moviendo el cerrado puño de arriba

abajo, como si con él pudiera machacar la industria germana—. La vulnerabilidad de Alemania se encuentra en la escasez de submarinos y aviones. Si logramos desabastecerlos de caucho, petróleo y rodamientos, y entorpecemos sus comunicaciones, su maquinaria de guerra no aguantará mucho.

—Pronto habrá que abandonar estos objetivos para centrarnos en las vías férreas, los aeropuertos y los nudos de carretera —recordó diplomáticamente Eisenhower.

—Lo sé, lo sé. Por eso debemos seguir golpeándolos día y noche, mientras podamos. ¿Sabe que el Santo Padre ya ha mandado una protesta oficial por la destrucción de la abadía de Montecassino?

—Era de esperar —respondió cautamente Ike.

Para el americano, la idea del general neozelandés Bernard Freyberg de destruir la abadía medieval italiana con múltiples bombardeos había sido un error, pero Churchill había insistido en poner al frente de la operación a Freyberg, amigo personal suyo, retirando al general americano Clark. El nefasto resultado era que algunos países aliados, temiendo a la opinión pública, se habían desmarcado poniendo en peligro su fidelidad.

—Sé que era usted contrario a esta operación, y debo admitir que no ha servido para mucho —admitió contrariado el primer ministro.

Aquello era un eufemismo. A pesar de la destrucción, Freyberg no había podido tomar la posición, y los alemanes continuaban en Cassino.

—Pero debo insistir, general. Es imprescindible que tomemos Roma. Tendremos una vía para continuar hacia el norte y Hitler tendrá que retirar tropas de otros frentes para defender Italia.

El primer ministro seguía empeñado en dar prioridad a un frente desde el sur de Europa, pero los americanos eran los que ponían más armas y más hombres, y ya estaba decidido que el frente atacaría por el norte.

—Debemos dar prioridad a la costa francesa.

—Espero que esté usted en lo cierto —suspiró Churchill—. No podemos tardar en abrir el segundo frente. Stalin está cada vez más furioso. Hacen retroceder a los alemanes, pero a costa de grandes pérdidas. Si presionáramos un poco más por Italia, los desahogaríamos un tanto… ¡Adelante!

Alguien había dado unos discretos golpecillos en la robusta puerta de la sala.

—Disculpen. Un tal coronel Brown insiste en hablar con el general. Presenta una autorización. Me he puesto en contacto con el general Bradley para…

—Está bien, general —interrumpió el primer ministro—. Hágalo pasar.

Mattis se retiró, molesto, y no tardó en regresar, acompañado esta vez por Brown.

—Buenas tardes, señor primer ministro, general —saludó el coronel, cuadrándose nada más cruzar la entrada.

—Coronel Brown, siéntese, por favor —repuso Churchill, tomando él mismo asiento ante la enorme mesa—. ¿Deseaba alguna otra cosa, general Mattis?

—No, señor —respondió, poniéndose rojo por la descortesía—. Pensaba que tal vez…

—Puede retirarse, Mattis —dijo Ike con tono conciliador.

Esperaron hasta que la puerta se hubo cerrador.

—¿Y bien? —preguntó Churchill.

—El comando está formado —contestó Brown—. Mañana comenzaremos los entrenamientos en la zona de Gales, en los montes Cámbricos.

—Aún no sabemos dónde se encuentra el objetivo —señaló el primer ministro—. En cuanto lo sepamos, se lo haremos saber. Otra cosa. Recuerde que quiero conocer a sus hombres.

—Lo recuerdo, señor. Esperaba que antes me dejaran un par de semanas con ellos.

Churchill miró a Eisenhower, que dio su conformidad.

—Está bien, coronel. Tiene dos semanas.

⁂

Cuartel General de la Gestapo
Berlín, Alemania

El inspector Klaus Schlüter estaba sentado en el despacho del mayor Töpfer. Le había presentado el informe sobre la detención del cartero y ahora aguardaba nuevas instrucciones.

Eran cerca de las nueve de la noche. Schlüter estaba deseando regresar a casa. No había sido un buen domingo y quería olvidarlo con una cena, una conversación intrascendente y una buena noche de sueño. El lunes le correspondía fiesta, si Töpfer no se lo volvía a cambiar. Le había prometido a su mujer que darían una vuelta por el Tiergarten y después irían a almorzar a casa de los padres de ella, donde a Schlüter le sacarían todo tipo de

conversaciones que no tuvieran absolutamente nada que ver con su trabajo. Los agentes de la Gestapo ponían nerviosos incluso a sus propios familiares.

Llevaba desde primera hora de la mañana sin probar bocado, pero no tenía hambre. Tras recibir del mayor la orden de detener al cartero, Schlüter había tenido otra oportunidad de maldecir su suerte por haber sido elegido para ocuparse del contraespionaje del Departamento Central de Seguridad del Reich.

Dado su rango, no tenía motivos para estar presente en la detención, pero conocía suficientemente a los hombres a su cargo como para saber que utilizarían una violencia innecesaria. El pobre hombre estaba condenado, no era necesario que, encima, sufriera más. Ciertamente, en los calabozos sería torturado para que delatara a imaginarios colaboradores, pero Schlüter tenía previsto que su ejecución, siendo como era inevitable, no se demorara.

Había llegado a casa del cartero acompañado por tres de sus hombres a la hora de la comida. En la calle, la gente, al reconocer los coches de la Gestapo, se había mimetizado con el entorno, y pronto quedó desierta. El hombre vivía en el tercer piso y había sido él mismo quien abriera la puerta de su domicilio cuando Schlüter pulsó el timbre.

La sonrisa educada se le había congelado en el rostro al ver a los cuatro hombres con los odiados abrigos de cuero y los sombreros de ala blanda. En ese mismo momento, había comprendido que estaba sentenciado, aunque aún ignorara el motivo.

—¿*Herr* Meier? —había preguntado Schlüter—. *Geheime Staatspolizei*, debe acompañarnos.

El cartero, pálido como un cadáver, no había sido capaz de reaccionar, y uno de los agentes lo apartó de un empujón para entrar en la casa. Siguiendo el ritual, registrarían el domicilio, revolviendo todo y dejándolo patas arriba.

Schlüter, al que desagradaba sobremanera esta práctica cuando no era necesaria y simplemente se usaba para humillar al detenido, entró en último lugar, sin sacar las manos del bolsillo.

Lo que se encontró hizo que se le encogiera el corazón. Según sus informes, poco minuciosos, como se podía ver, Meier vivía con su mujer enferma y dos hijos: una niña de siete años y un niño de cinco.

En cambio, en la casa había cinco niños y dos mujeres. Si bien en un primer momento no le había parecido demasiado extraño, ya que en aquellos días más de seis millones de alemanes carecían de casa debido a los bombardeos y los familiares acogían a los suyos, enseguida se dio cuenta de que allí el drama era mayor de lo esperado.

Para empezar, la mujer del cartero, que según el informe estaba enferma, sin especificar la dolencia, se encontraba postrada en cama. Tenía los ojos abiertos, pero no parecía reaccionar ante lo que sucedía. En el cuello, un vendaje no muy limpio impedía ver las cicatrices de las esquirlas de metralla que la habían dejado inválida.

En la misma cama había una niña tan paralizada como su madre. Según el cartero, estaba así desde que una bomba perforadora había explotado en el sótano donde la familia se protegía, matando a varias personas e hiriendo gravemente a su mujer. En opinión del médico que las había atendido, la niña no sufría ningún daño físico, pero no supo decir si algún día se recuperaría. La madre, en cambio, jamás volvería a moverse.

Junto a la cama, Schlüter se encontró al hijo de cinco años del matrimonio y a otro niño mongólico. Era difícil establecer su edad, pero debía de andar por los nueve años. A las preguntas de los policías, el cartero dijo que era hijo suyo y que en su día, para que no se lo quitaran las autoridades y lo ingresaran en una de aquellas instituciones mentales de las que no se regresaba, lo habían declarado muerto en un bombardeo y no habían dejado que volviera a salir de casa.

La otra mujer era la hermana pequeña de la esposa de Meier. Polaca como su hermana, había llegado a Alemania junto a sus dos hijos, huyendo de los nazis, que habían invadido su país. Su marido había muerto defendiendo la patria en una suicida y corta lucha en la que los polacos cargaban a caballo contra los tanques alemanes.

Los policías sacaron a la mujer y a la niña de la cama, entre lágrimas y gritos, y desgarraron el colchón, ante la desesperación del cartero. Schlüter, avergonzado, ordenó a sus hombres esposar al pobre diablo y abandonar la habitación.

En el viaje de regreso al cuartel general, Schlüter fue desgranando para sí la situación. El cartero tendría cupones de racionamiento para cuatro personas sanas. En cambio, en su casa habitaban ocho, y tres de ellas necesitaban cuidados especiales. La cuñada, sin documentación, no podría abandonar el domicilio ni trabajar. Sin duda, se dedicaría a cuidar a su hermana y a sus sobrinos.

Todos vivían de lo que podía obtener el cartero. Resultaba difícil que, ante tal perspectiva, el pobre hombre se hubiese resistido a unos ingresos extra, sin saber que tales negocios acabarían con su vida.

Lo peor, y Schlüter no se engañaba, era lo que sucedería con la familia. El niño mongólico y la niña paralizada serían trasladados a una de esas

instituciones mentales que los padres habían tratado de evitar. La cuñada posiblemente sería llevada a un campo de internamiento, y los otros tres niños ingresarían en uno de los muchos orfanatos que abundaban en Alemania desde el inicio de la guerra.

Había sido un día horroroso, y aún no había terminado. El mayor Töpfer le tenía preparado algo y no tardaría en enterarse. Mientras no le estropeara la fiesta del día siguiente…

—He recibido esta tarde un despacho —le dijo Töpfer, tendiéndole una carpeta por encima del escritorio—. Quiero que se ponga con esto personalmente y me informe de todo cuanto pueda averiguar. Es información reservada, así que manténgala en todo momento bajo custodia. Eso es todo.

Schlüter salió rápidamente antes de que al mayor se le ocurriera que podía ponerse a trabajar en el caso inmediatamente. Ya debería estar cenando y al día siguiente tenía fiesta. Lo que fuera que le habían encomendado podría esperar hasta el martes. Recogería el abrigo, el suyo propio de paño, no el de cuero de la Gestapo, y se marcharía a casa.

Sin embargo, la curiosidad profesional se impuso. Se sentó en su mesa y abrió la carpeta. Dentro había una hoja de papel mecanografiada y la copia de una ficha militar. Cogió la hoja y leyó: «Hay motivos para pensar que el enemigo va a enviar un equipo para ponerse en contacto con un científico alemán. Por el momento, se desconoce de qué científico se trata y el motivo. Se adjunta ficha del oficial americano que supuestamente se encuentra al mando de la operación, aunque se ignora si formará parte del equipo».

La foto correspondía a un hombre de pelo canoso, con ojos protegidos por abultados párpados, que miraba a la cámara con determinación. Schlüter leyó el encabezado de la ficha: «Lee Brown, coronel del ejército americano».

Capítulo XII

Lunes, 6 de marzo de 1944
Alrededores de Monmouth, Gales

En la cartola del traqueteante camión del ejército, Brown y sus hombres dormitaban, sacudidos por los continuos baches.

Pasaban de las ocho de la mañana y ya llevaban cuatro horas amontonados en la parte trasera del Bedford, sentados en los bancos enfrentados en los laterales.

El coronel americano ocupaba el extremo del portón y tenía a Menchaca enfrente. Por si acaso, habían dejado que el ladrón inglés ocupara el lugar más interior, y el resto, salvo Pickeray y Weidenfeld, que iban en la cabina, se habían ido sentando de cualquier manera.

Brown había llegado el día anterior al Descanso del Corzo pasada la medianoche. En las últimas dos semanas no había dormido más de cuatro horas diarias, moviéndose de un lugar para otro en busca de los componentes del nada ortodoxo comando, y aquella misma noche no había sido distinta.

Era de madrugada y hacía frío. Sentados alrededor de la mesa del comedor, los hombres tomaron en silencio su desayuno de revuelto de huevos y sucedáneo de café.

En un extremo de la mesa, Brown había aprovechado el tiempo para poner al corriente al capitán inglés de su conversación, la tarde anterior, con Eisenhower y Churchill y los planes para la jornada.

—Saldremos en cuanto estemos preparados —había dicho el americano —. Tenemos que llegar a Brecon. ¿Sabe dónde está?

—Claro —había respondido Pickeray—. Allí está el Centro de Entrenamiento de Infantería de Gales. Pasé un tiempo en la instrucción. ¿Quiere que entrenemos allí?

—Así es. Me han dicho que es un sitio tranquilo y alejado.

—Desde luego, coronel. Pero en invierno esas montañas son peligrosas por los rápidos cambios de las condiciones climatológicas.

—Más lo será Berlín cuando lleguemos, ¿no le parece? Bien, tenemos un camión fuera esperándonos. Usted irá con Weidenfeld delante, para guiarlo y para que no tenga tentaciones de escapar. Los demás iremos detrás.

—¿No viene la guardia con nosotros?

—No, no quiero que nadie sepa quiénes somos ni por dónde nos movemos.

En cuanto terminaron el desayuno, Brown se dirigió a los hombres.

—Caballeros, préstenme atención. El capitán Pickeray les va a hacer entrega de ropa: dos camisetas, un pantalón, unas botas y un chaquetón. Cuídenla bien. Será la única ropa de la que dispondrán.

—Coronel, prefiero la ropa que llevo puesta.

—Todos vestiremos igual, Weidenfeld. He incluido un gorro de lana. En el camión que nos está esperando tenemos sacos de dormir, mochilas y algo de comida.

—¿Dónde vamos, coronel? —preguntó Gardner.

—Se lo diré por el camino. Ahora vístanse. No lleven nada consigo. Dejen lo que hayan traído en la habitación. Tienen cinco minutos para estar en el camión. El que tarde más no comerá hoy. En marcha.

El último en llegar fue Comadreja, protestando y jadeando. Los bolsillos de su uniforme abultaban sospechosamente, pero Brown fingió no darse cuenta. Cornín, el asturiano, tenía en la boca su pipa, aunque sin cargar, y sin ningún pudor introducía en uno de los bolsillos del pantalón un envoltorio con tabaco.

—Disculpe, coronel —intervino Gardner—. ¿No llevamos armas?

—No las necesitamos por ahora. Solo el capitán y yo iremos armados. Ahora, si no hay ninguna otra pregunta, al camión.

Así se habían despedido del acogedor hotel que pronto añorarían. Sus camas iban a ser las últimas en las que durmieran durante bastante tiempo.

Con los hombres de atrás adormilados, Comadreja trataba de sonsacar al capitán inglés, pero pronto se dio cuenta de que o bien el maldito oficial no sabía nada de lo que pasaba o bien creía cuanto les había dicho Brown.

Hacía rato, desde que cruzaran el puesto militar, donde Brown había enseñado un papel para que los centinelas se cuadrasen y les permitieran continuar, que no habían visto ningún pueblo. Tan solo unas pocas y dispersas granjas indicaban que en algún momento había habido presencia humana. Según les contara Brown, se dirigían a una zona montañosa y poco poblada a la que llamaban el desierto de Gales, y ya no debía de estar demasiado lejos, quizás a una hora o dos.

La carretera se había estrechado y por momentos parecía más un camino de tierra vecinal. Se habían adentrado en una zona con algunos árboles después de haber cruzado un grupo de tres granjas abandonadas. Aquel era el momento.

Comadreja vio a unos cien metros que la carretera hacía una curva a la izquierda, flanqueada por la tímida arboleda, y aumentó con cuidado la velocidad para que Pickeray no se percatara. El camión gimió al acelerar. Al capitán inglés no le dio tiempo de darse cuenta de que iban demasiado rápido para entrar en la curva.

Weidenfeld quitó la marcha para que el camión siguiera en punto muerto, abrió la puerta y saltó, rodando por el suelo. A pesar de los esfuerzos de Pickeray por hacerse con el volante, el Bedford, descontrolado, se salió de la carretera y chocó con una roca oculta por la hierba.

El capitán se golpeó la cabeza contra el parabrisas, y se hizo una brecha en la frente, de la que empezó a manar sangre. El camión, tras el golpe, se ladeó, cayó por un pequeño terraplén, por donde pasaba un riachuelo, y se detuvo, volcado sobre un costado.

En la caja se había desatado un pandemónium. Los hombres, medio dormidos, se habían despertado con el choque, cayendo unos encima de otros, sin tiempo para sujetarse. Todo era un montón de brazos, piernas, mochilas y cajas.

Riggs había sido el más rápido en recuperarse y, al igual que un gato, había evitado que los demás cayeran sobre él. Antes de que el Bedford se detuviera, el pequeño ladrón, pasando por encima de sus compañeros, había saltado de la caja, escapando a la carrera.

Comadreja ya se hallaba lejos, corriendo como un gamo por la carretera. Su intención era regresar a las granjas por las que habían pasado, donde esperaba encontrar algún vehículo, tal vez una bicicleta o un caballo, y largarse muy lejos de allí.

En cambio, Gato corría entre los árboles, huyendo campo a través, confiando en que la vegetación le ayudaría a perderse. No había tenido pensado escapar, no al menos de momento, pero, cuando se había desatado el infierno dentro de la caja, no sabiendo qué era lo que ocurría, había reaccionado como siempre lo había hecho: huyendo.

Saltando por encima de la vegetación, de repente notó un repentino calor en una oreja, seguido por el ruido de un disparo. Inconscientemente se agachó, pero no dejó de correr. La arboleda no era tan espesa como para protegerlo de los tiros.

Otra sacudida. Esta vez, en el brazo, le desgarró el chaquetón y le provocó una fuerte quemazón en la piel, y de nuevo el sonido de la detonación que seguía a la bala.

—Deténgase, Riggs, o la siguiente será en la cabeza —gritó Brown desde el camión. En sus manos tenía un rifle con el que apuntaba al fugitivo Gato.

Solo tardó un momento este en darse cuenta de que, antes de ponerse a salvo, el oficial lo habría matado, y se resignó a detenerse. Se dio la vuelta y, sin que la boca del fusil lo perdiera de vista, regresó al camión medio volcado, donde Brown, en precario equilibrio sobre el asiento de la caja, asomaba medio cuerpo.

Entretanto, un ensangrentado y algo mareado Pickeray corría tras Comadreja. A pesar de la ventaja que llevaba Weidenfeld y del golpe que había sufrido el inglés, este se encontraba en mucha mejor forma física que el estraperlista y le ganaba terreno.

Cuando Weidenfeld comprendió que no conseguiría su objetivo y que era mejor guardar fuerzas para enfrentarse a su perseguidor, se giró, dispuesto a enfrentarse con él. ¡Ahora vería aquel maricón y toda su instrucción militar! Sabría cómo se defiende uno en el tren. Iba a aprender, demasiado tarde para él, que la lucha en la calle cuando uno estaba dispuesto a matar no se parecía a los ejercicios que se hacían en la academia.

Pickeray se detuvo ante Comadreja y se pasó la manga por la frente para quitarse la sangre que le goteaba y le impedía ver.

—¡Ven aquí, maldito inglés! —siseaba con una enloquecida sonrisa Weidenfeld—. Te voy a hacer unos cuantos agujeros nuevos en el cuerpo.

En la mano llevaba una especie de punzón que se había sacado de la caña de la bota y lo movía de un lado a otro por delante del cuerpo. A Pickeray se le había caído la pistola de la funda al chocar el camión contra el árbol y no tenía ninguna otra arma. Ahora ambos se encontraban alejados del resto, y no podía esperar ayuda alguna.

El capitán enseguida se dio cuenta de la peligrosidad de su contrincante. Los ojos brillantes y la sonrisa torva de Comadreja revelaban que disfrutaba con la situación. Estaba claro que aquel hombre sabía luchar. No hacía aspavientos innecesarios con el punzón y estaba dispuesto, incluso deseoso, de utilizarlo.

—Ven, *limey* —provocó Weidenfeld, utilizando el término despectivo con el que los americanos llamaban a los ingleses—. Ven, no tengas miedo.

Pickeray se quitó el chaquetón y la camisa, dejando a la vista el cuerpo de un coloso. Se envolvió el brazo izquierdo con la camiseta a modo de escudo

contra el punzón y lo estiró para protegerse el cuerpo con él.

Weidenfeld hizo un amago, y Pickeray se escudó con el brazo. Otro amago, sin adelantar demasiado el punzón para no perder el equilibrio. Otro más, pero el inglés no parecía ponerse nervioso ni precipitarse.

—*Limey, limey*… —canturreaba Comadreja—. Ven, soldadito.

Otro ataque, pero en esta ocasión estiró más el brazo para herir al británico, que retrocedió con pasmosa agilidad para su tamaño. Otra carga más a fondo. Pickeray a punto estuvo de ser traspasado por el costado, pero logró desviar la acometida. Y contraatacó.

Demasiado lento, Weidenfeld ya había recuperado el equilibrio y continuaba con su danza. Seguía moviendo de un lado a otro el punzón, mientras se agachaba cada vez más. Pickeray, atento al arma, no se dio cuenta de nada hasta que Comadreja cogió con la mano libre un montón de tierra y piedras y se lo arrojó a la cara para cegarlo.

El inglés consiguió ponerse el brazo con la camiseta delante de los ojos, aunque no pudo evitar quedar momentáneamente sin visión, y Weidenfeld aprovechó para lanzar el ataque definitivo. Pickeray movió el brazo y el punzón se hundió en la camiseta, llegando hasta el músculo del antebrazo.

Rugiendo de rabia y dolor, el oficial cogió con su mano libre el brazo que empuñaba el arma, obligándolo a girar la muñeca dolorosamente hacia el interior, en una llave aprendida años atrás, de forma que el estraperlista perdió el equilibrio. Con el brazo herido, Pickeray hizo palanca en la muñeca doblada, obligando a Weidenfeld a arrojar el arma. Después, metió el brazo de su oponente, recto como un palo, debajo de su sobaco, y levantó su mano por encima de la cabeza. Con el hombro y todo su peso, volvió a hacer palanca y se dejó caer al suelo, encima del americano, que gritaba creyendo que le habían descoyuntado el hombro.

Con rapidez, Pickeray se giró y, sin dejar la presa de la muñeca, volteó a Comadreja. Los dos quedaron tumbados boca arriba, las piernas del inglés en el cuello del americano y el codo de este en la pelvis del capitán. Pickeray arqueó la pelvis, y Weidenfeld aulló de dolor.

A punto de quebrarse el hueso, Comadreja logró articular unas palabras; pidió rendición, para que el oficial británico lo soltara. Pickeray aflojó la presa y se levantó. Esperó a que Weidenfeld, que se agarraba el brazo lastimado con la otra mano, se pusiera en pie, y, cuando hubo recuperado el equilibrio, le dio un terrible puñetazo en la cara que lo mandó de nuevo al suelo.

—Vale, vale… Me rindo.

Pickeray, sujetándolo por el cuello del chaquetón, levantó al estraperlista de un tirón con una sola mano.

—Escúchame bien —le rugió a la cara, estrangulándolo con manos que parecían tenazas—. La próxima vez te mataré.

De un empujón, lo encaminó en dirección al camión, sin que al antiguo sargento americano le quedasen ganas de protestar, y se guardó en el bolsillo el punzón con el que Comadreja lo había atacado.

El resto del grupo los esperaba, sentados en el suelo, menos Brown, que, recostado sobre el Bedford, tenía el rifle apoyado en la cadera. El minero cebaba tranquilamente su pipa, Gardner afinaba puntería arrojando pequeñas piedras a los árboles, el teniente alemán y Menchaca miraban cómo Comadreja regresaba humillado, seguido por el capitán británico, que aún seguía sangrando, y Riggs se frotaba la quemadura del brazo donde le rozara la bala.

—Hola, Weidenfeld —dijo el coronel americano—. ¿Le ha gustado el paseo?

Weidenfeld, con el rostro y la calva rojos de ira, no contestó, y tomó asiento en una piedra alejado del resto y con la mirada fija en el suelo, mientras se frotaba el codo que casi le rompe Pickeray.

—Escúchenme todos —levantó la voz Brown—. Han tenido su oportunidad de escapar. Será la última. Quiero que comprendan que esto va en serio. Al próximo que lo intente le pegaré un tiro y se quedará donde caiga. Estoy dispuesto a ir solo a Berlín si es necesario. Pero recuerden: si alguien logra escapar, el resto lo pasará mal. ¿Lo han entendido?

Los hombres guardaron silencio.

—Bien. ¡Weidenfeld!, examine el camión. Los demás, recojan todo. Teniente, mire a ver si la radio está bien.

Comadreja se acercó al camión, que descansaba de costado con las ruedas al aire. Una de las delanteras mantenía un ángulo extraño y Weidenfeld concentró su atención en ella.

—Coronel —dijo con voz apagada. Al menos, de momento, su tono chulesco y provocativo había desaparecido—, el eje delantero está roto.

—¿Puede repararlo?

—Necesitaría herramientas y un soldador.

—¿Podríamos continuar la marcha?

—Imposible.

—Está bien. Capitán, ¿dónde nos encontramos?

Pickeray, que se había lavado la herida en el riachuelo, se acercó con el mapa.

—Calculo que, en línea recta, estaremos a unos cuarenta kilómetros de los Brecon Beacons, coronel.

—De acuerdo. Carguen todo en las mochilas. Continuaremos a pie.

Nadie protestó, pero Gardner y el teniente alemán dirigieron una mirada envenenada al causante del accidente.

Abrieron las cajas con las provisiones de comida y agua y se las repartieron entre las mochilas. Ataron los sacos de dormir por fuera y, una vez sobre los hombros, se echaron por encima unos ponchos impermeables, pues comenzaba a llover.

Ahora cada uno cargaba con un suplemento de veinte kilos, y Weidenfeld, además y como castigo, la radio de campaña. Brown añadía a su propia carga el fusil.

—Como han visto, hemos pasado un puesto del ejército —dijo Brown, levantando la voz para que todos le pudieran oír bien—. Estamos en un área militar exclusiva para personal civil. Si las patrullas descubren a alguien merodeando por esta zona que no pertenezca a una unidad de las que se encuentran desplegadas, será detenido, en el mejor de los casos. Les recomiendo que no se separen del grupo.

Brown miró uno a uno a los hombres para asegurarse de que lo habían entendido, y entonces dio la orden para que Pickeray abriera la marcha, situándose él a retaguardia.

—Vamos, caballeros. Nos aguarda una buena caminata. Capitán, ponga un buen ritmo. Debemos llegar al pie del Pen y Fan antes de que anochezca.

Los hombres ignoraban que Brown se refería a la cumbre más alta de los Brecon Beacons. Solo calcularon que no podían ser más de las nueve de la mañana y que les aguardaba una penosa jornada de marcha con las espaldas cargadas.

Pronto quedó atrás el cadáver del camión inservible. El grupo, en silencio, mantuvo el ritmo impuesto por el capitán, que parecía disfrutar con la situación, mientras la lluvia iba calando a pesar del poncho y las botas.

Apenas se veía nada ya cuando Brown decidió acampar. La lluvia, suave pero insistente, no permitía ver las montañas que se elevaban ante ellos. Cansados y mojados, tomaron algo de sus mochilas para cenar, y con los ponchos y unos palos improvisaron unas tiendas de campaña individuales, donde echaron los sacos y se dispusieron a pasar la noche.

Si alguno soñó que aquel había sido el día más duro de su vida, no tardarían en comprobar que en realidad no había resultado tan malo.

Las siguientes diez jornadas supusieron un tormento incluso para aquellos que más habituados estaban a las largas marchas, como Brown, Pickeray y Villar, este último acostumbrado a vagar durante meses por los montes asturianos.

Quienes más sufrieron fueron Gardner, en absoluto habituado a las caminatas; Menchaca, al que se le habían endurecido las articulaciones y ablandado los músculos en la universidad, y Weidenfeld, que, dos días después de que el capitán británico le propinara la paliza, ya se quejaba amargamente de tanto esfuerzo. Riggs y Von Weizsäcker aguantaban como podían, tratando de no quedar demasiado rezagados.

A lo largo de esa semana y media recorrieron toda la cordillera, hasta a cruzar las Montañas Negras. Desde la salida del sol hasta que se escondía en el horizonte, subían y bajaban, a veces con nieve hasta las rodillas y otras azotados por fuertes ventiscas que impedían ver a dos metros de distancia, mientras la pertinaz lluvia los mantenía empapados hasta los huesos.

Fueron diez días de silencio. El primero de ellos, de un silencio incómodo, malhumorado, en el que cada hombre no quería saber nada del resto y se limitaba a seguir la huella del que le precedía.

El silencio de los tres días siguientes fue más doloroso. Las ampollas, que agujereaban y vaciaban con agujas para poder caminar; los calambres en la espalda por el peso de las mochilas y las agujetas en las piernas, que flaqueaban a cada paso, los sumieron en un permanente calvario del que se abstraían bloqueando la mente, para evitar quedarse descolgados y abandonados en medio de la inhóspita montaña.

Del quinto al séptimo día fue un silencio exasperado. Agotados y aislados, sin saber cuánto duraría aquel tormento, en manos de la caprichosa naturaleza y de aquella montaña que parecía molesta por su presencia, caminaron cabizbajos con un solo pensamiento: salir de allí.

Las tres últimas jornadas el silencio cambió, y todos lo notaron. Ya no era un silencio de sufrimiento, sino de aceptación. Las ampollas, las agujetas y los calambres habían desaparecido, y habían llegado a asumir que, hicieran lo que hicieran, aquello terminaría cuando lo ordenara el testarudo coronel que lideraba la marcha cada jornada. La tensión entre ellos dio paso a un tranquilo clima de compañerismo, de un frente común ante la adversidad.

A esta aceptación ayudó el hecho de que, la mañana del séptimo día, Brown se levantara con un pie tan hinchado que apenas entraba en la bota.

Aunque fue Comadreja quien manifestó su alegría por el mal del coronel, quien más quien menos se alegró, suponiendo que esa jornada se tomarían un anhelado descanso.

Sin embargo, Brown, con el calzado sin atar, se puso en camino, reflejando en su rostro el tormento que padecía, pero sin permitirse aflojar. Uno tras otro, sus hombres lo siguieron. A media mañana, era patente la dificultad del coronel para seguir la marcha, y Weidenfeld se puso en cabeza para tirar del grupo, en un claro intento por dejar atrás al oficial americano.

Cuando la caminata tocó a su fin, habiendo alcanzado el punto previsto donde pasar la noche, el grupo llevaba trescientos metros de ventaja sobre el coronel. Sentados en el suelo y en un respetuoso silencio, habían acompañado con la mirada a Brown, que, cojeando lastimosamente, arribaba al campamento sin aceptar ayuda.

En todo ese tiempo hubo un par de intentos de motín, liderados por Weidenfeld, pero pronto reprimidos por un enérgico capitán Pickeray, que según pasaban los días se mostraba cada vez más preocupado.

No siendo capaz de soportarlo más, tras finalizar la quinta jornada de un caminar sin fin, Pickeray, viendo que sus discretas alusiones no hacían mella en el coronel, había hecho un aparte con Brown, confiándole el motivo de su inquietud:

—Disculpe, coronel, pero no entiendo qué es lo que pretende —dijo Pickeray, sentándose al lado de Brown—. No se me ocurriría llevarle la contraria delante de los hombres, pero creo que tienen razón. Andamos escasos de tiempo para instruirlos y lo empleamos en atravesar la cordillera. ¿Con qué fin? El profesor y el teniente están exhaustos, Villar piensa que usted no sabe lo que hace y Gardner y Riggs cada vez prestan más atención a Weidenfeld, que trata de sublevarlos. Son hombres peligrosos. Temo que una mañana aparezcamos con el cuello cortado.

—Yo también estoy agotado —confesó el oficial americano con un suspiro—. Pero todo esto es necesario, capitán. Mírelos: estos hombres son unos solitarios. Ninguna instrucción servirá de nada si no aprenden a trabajar en grupo.

—¿Y piensa que subiendo y bajando montañas lo harán? —preguntó escéptico el británico.

—Eso espero —contestó Brown, dándose un masaje en los pies por encima de los secos calcetines de recambio—. Mire, capitán. En los años que estuve en Fort Benning aprendí que a los hombres les cuesta cooperar entre sí, a menos que tengan un objetivo común y se conozcan entre ellos. Como usted

bien dice, no tenemos tiempo para que se conozcan y se decidan a colaborar. La única solución es provocarlos.

—¿Agotándolos por estas montañas?

—El frío y el cansancio evitan que piensen en otras cosas. Y les ofrecemos un objetivo común: terminar con esto.

—Seguramente consigan acabar con nosotros mientras dormimos. No son soldados ni están acostumbrados a obedecer.

—Tendrán que aprender —dijo Brown con tono resuelto—. Cuando estemos en Alemania, nuestras vidas y el éxito de la misión estarán en sus manos. Todos deberán acatar órdenes sin vacilar. Es nuestra única oportunidad.

—No lo sé, coronel —repuso dubitativo Pickeray, pasándose la mano por el mentón, donde el comienzo de una barba cerrada le picaba—. Quizá con tiempo lograremos unirlos, pero en este momento son un peligro. Riggs tratará de escapar en cuanto nos acerquemos a algún pueblo, y Gardner quizá también. Villar puede hacerlo en cualquier momento, en cuanto decida que no le gusta su plan, y no tendrá dificultad para llegar a la costa. No sé qué pensar del teniente alemán. Del profesor nos podemos fiar, aunque no está en buenas condiciones. El que más me preocupa es Weidenfeld. No se atreverá a salir de este páramo solo. Buscará el apoyo de los otros. Pero, si no lo encuentra, tratará de deshacerse de nosotros dos, coronel.

—Von Weizsäcker es un oficial y la vida de su hermano pende de un hilo —contestó Brown—. Tal vez acierte con Riggs y con Weidenfeld; sin embargo, Gardner no emprenderá una aventura tan peligrosa en un terreno desfavorable. No nos ayudará, pero tampoco se posicionará en contra. Weidenfeld está en desventaja.

Allí había acabado la conversación. El capitán británico no se había quedado muy conforme, pero, para su sorpresa, con el paso de los días tuvo que reconocer que el coronel había tenido razón y todo se había desarrollado según lo que el poco ortodoxo oficial americano había previsto.

Aquella tortura había llegado a su fin. El paraje inhóspito de los Brecon Beacons había tratado de destruirlos. El hambre, el sueño, el intenso frío, el cansancio y el dolor habían quebrado sus cuerpos y sus espíritus.

Y, recogiendo los pedazos, se habían reconstruido. Cual peregrinos, los hombres que habían abandonado aquellas montañas no eran los mismos que iniciaran la marcha diez días atrás.

⁂

Sábado, 11 de marzo de 1944
Hotel Adlon, Berlín, Alemania

Los salones del Hotel Adlon, el más lujoso de Berlín, relucían espléndidos. La banda musical alternaba los aires populares y patrióticos con otras piezas más decadentes llegadas desde los Estados Unidos. Las enormes arañas de cristal colgaban del techo, iluminando a las parejas que danzaban animadamente. Uniformes cubiertos de condecoraciones y galones se mezclaban con impecables trajes y vestidos de noche.

Aquella noche se celebraba la imposición de la prestigiosa Cruz de Caballero con Hojas de Roble y Espadas al coronel Franz Griesbach por su valor en combate, y sus amigos y camaradas habían organizado una gran fiesta con la que alegrar, por unas pocas horas, el ánimo decaído del país.

Lo más granado de la ciudad estaba aquella noche presente: la aristocracia más rancia, la alta oficialidad, incluso la curia berlinesa.

Hermosas damas luciendo sus mejores galas y joyas aceptaban con gracia las galanterías de los caballeros, ya un tanto achispados con los caldos almacenados en la bodega del Adlon, servidos en ricas copas de cristal de Bohemia por impecables camareros con bandejas de plata.

De las altas paredes artesonadas de los salones pendían enormes banderolas rojas con la esvástica negra sobre un círculo blanco, la omnipresente enseña de los amos de Alemania. Aquellos caballeros que vestían de riguroso traje no olvidaban adornarlo con una banda roja en su brazo o, cuando menos, la insignia nazi en la solapa, evidenciando su apoyo a aquellos a los que antiguamente despreciaban.

Viendo la fanfarria y el lujo desmedido, nadie podría pensar que Alemania pasaba hambre y que sus ciudadanos, para aprovisionarse, debían hacer largas colas con los cupones de racionamiento, o frecuentar el mercado negro, donde todo se cambiaba, vendía y compraba, al amparo de la propia policía y los funcionarios nazis, que sacaban tajada haciendo la vista gorda y facilitando el mercadeo.

A pesar de ser las diez y media de la noche, aún llegaban parejas a cuentagotas con ganas de divertirse. Los porteros del hotel trataban de impedir que entrasen quienes no poseían invitación: chulos, prostitutas de lujo, buscavidas…

El oficial de mayor graduación, un teniente general al que le faltaba el brazo derecho desde el hombro a causa de una granada en la Gran Guerra, dialogaba distendidamente con un caballero de la antigua aristocracia, un leal

miembro del partido nazi, admirador incondicional de Hitler, con el que había departido en diversas ocasiones, mientras se comía con la mirada a su mujer.

—Creo, señor, que nuestras tropas harían bien en aguantar todo lo posible en el frente oriental —decía el caballero, repitiendo las palabras del *führer*—. Stalin no podrá aguantar indefinidamente los ataques de nuestras divisiones Panzer. En verano veremos a nuestros hombres desfilando por Moscú. Recuerde lo que le digo.

El oficial de la Wehrmacht asentía distraídamente con una sonrisa educada en la boca y una copa de champán en la mano. Sus ojos no lograban separarse de la esposa de aquel charlatán.

Scholl continuaba con su disertación sobre el estado de la guerra como si fuese un entendido, pero el oficial, mejor informado sobre la situación real de la contienda, se había percatado enseguida de que Scholl se limitaba a corear lo que el noticiario del partido, el *Die Deutsche Wochenschau*, difundía para elevar el ánimo de la población.

No le interesaba nada de lo que estaba escuchando. Si seguía aguantando a aquel presuntuoso que no peleaba en el frente, como era el deber de cualquier alemán, amparándose en su fábrica de municiones, era por el placer de estar cerca de aquella dama.

Libertas Scholl, hija del duque de Eulenburg y Hertefeld, era una espléndida mujer. Quizá delgada en exceso para el gusto del teniente general, de pechos pequeños, esbelta y muy atractiva, aunque no especialmente guapa, tenía un porte distinguido. Educada según los antiguos valores, siempre lucía una sonrisa amable para sus interlocutores. Y, en aquellos tiempos de adversidad, una sonrisa sincera, no simplemente una mueca de los labios, tenía un enorme valor.

Gran parte del encanto de la señora Scholl era su rostro aniñado, que despertaba el instinto más elemental de los caballeros por protegerla. Unos ojos grandes, azules como el cielo, una barbilla huidiza que le daba aspecto desvalido y aquella sonrisa fresca ablandaban el corazón más duro, cautivando a los hombres, que al instante la apadrinaban y se debatían entre el deseo de ampararla y el de poseerla.

Libertas Scholl aparentaba no ser consciente de las pasiones que levantaba entre los invitados. Llevaba casada con Raymond diez años, desde que el señor Scholl le había pedido matrimonio a su padre, el duque. Su madre, la duquesa, no había visto con buenos ojos aquel enlace, pero la fortuna de la familia era por entonces un tanto precaria y aquel empresario, amigo de altos cargos del partido nazi recientemente llegados al poder, podía ayudarlos.

Libertas tenía por entonces diecinueve años, doce menos que su futuro esposo y, aunque no estaba enamorada —en realidad ella no estaba segura de haber amado jamás a nadie—, pensó que aquel caballero que tan bien se portaba con ella la cuidaría y llegaría a ser feliz.

El matrimonio parecía ser modélico. Él la amaba con locura, y ella se sentía segura a su lado. Sin embargo, una nube no tardaría en aparecer. Libertas, a su pesar, se quedó embarazada, atendiendo a la insistencia de su marido.

En el momento de dar a luz surgieron complicaciones. El canal de parto era demasiado estrecho. Rápidamente, los cirujanos habían practicado a la madre una cesárea que provocó una grave hemorragia, no quedando a los médicos más opción que extirparle el útero.

Cuando, tras el parto, los médicos hablaron con el señor Scholl, las noticias no fueron buenas: al niño le había faltado oxígeno durante demasiado tiempo. Viviría, pero con sus facultades mentales muy mermadas. Libertas, por su parte, se encontraba bien, aunque muy débil, y nunca más podría volver a ser madre.

Scholl se derrumbó. El castillo que había levantado en sus sueños se había venido abajo. Ya no habría un heredero del imperio que estaba levantando al que casar con una hija de la aristocracia alemana.

Irracionalmente, Scholl culpó de lo sucedido a su mujer y, aunque continuó con ella para mantener las apariencias, jamás la perdonó. Libertas se sintió traicionada. Ella no había querido concebir, pero, una vez tuvo el cuerpecillo de su hijito en su pecho, lo amó como solo una madre puede amar a un hijo.

Sin embargo, su marido fue implacable, y no quiso hacerse cargo de aquel niño que manchaba su nombre. El duque habló con su hija y finalmente, entre todos, le arrebataron al pequeño, al que llevaron a una institución especial, sin revelarle su paradero e impidiendo que Libertas volviera a ver a su hijo.

El matrimonio continuó unido de cara al exterior, pero haciendo cada uno su vida. Él tenía amantes, y ella se dejaba querer, regalando su cuerpo a quienes cumplían su voluntad. Porque, si de joven había sido una muchacha reservada e insegura, ahora se había convertido en una mujer dura y decidida. Había aprendido a amar al tener en brazos a su hijo, y también había aprendido a odiar a quienes colaboraron en arrebatárselo: su marido, su padre y aquella sociedad capaz de sacrificar a un recién nacido.

Odiaba a cuantos ocupaban aquel salón: a las putas que se revolcaban con aquellos cerdos por joyas y vestidos, a los militares que se creían dioses y

dispensaban la muerte a voluntad, y a sus vasallos, unos cretinos trajeados que adulaban a los mismos oficiales que despreciaban para ganarse su favor.

Odiaba especialmente a aquel teniente general de mirada lujuriosa. Perdía el tiempo. Libertas no se acostaría con él, al menos no esa noche ni sin nada a cambio. Sin embargo, le sonrió, y a él le brillaron aún más los ojos. «Es increíble», se dijo Libertas, «el efecto que una simple sonrisa puede tener en un hombre».

—Disculpen, caballeros —se excusó Libertas, dedicándole otra sonrisa de desamparo—. Debo ir al lavabo.

Su marido no se inmutó y siguió ofreciendo al oficial de la Wehrmacht todo tipo de opiniones, pero el interés de este se centraba en el trasero de la señora Scholl, que se alejaba abriéndose paso entre el resto de invitados.

—Buenas noches, querida prima —dijo una voz alegremente, al paso de Libertas.

Por un momento, a Libertas se le encogió el alma. Aquella voz…

—¡Querido primo Leopold! ¡Qué alegría volver a verte! —exclamó con una sonrisa encantadora. Su mirada, en cambio, desmentía sus palabras.

—¿Cómo te encuentras, querida prima? —dijo el hombre que la había saludado, besándola cortésmente en la mejilla—. ¿Y dónde se esconde el querido Raymond?

—¡Oh!, está hablando con un teniente general de la Wehrmacht. Pero dime: ¿qué haces por aquí? Te creía en Viena.

—He llegado esta tarde. Ha sido un viaje horrible. No ha parado de llover y mi nuevo chófer no tiene ni idea de conducir.

—Lo importante es que estás a salvo. Espero que tío Wilhelm y tía Serilda estén bien —dijo Libertas con tono preocupado.

—En realidad, quería hablarte de eso, si tienes un momento.

—¡Por supuesto! Deberíamos ir a un sitio más tranquilo. Aquí casi no se puede hablar por la música.

Se encaminaron hacia un saloncito retirado. Libertas se iba preguntando qué habría obligado a su primo a cometer la locura de ir a verla.

—¿Y bien? —preguntó cuando los dos se hubieron sentado alrededor de una mesita, alejando al camarero con un elegante gesto de la mano—. ¿Qué noticias traes de Viena?

—Verás, querida prima —contestó Leopold bajando un tono la voz—. Nuestros primos están muy preocupados. Al pequeño Gerhard le han diagnosticado un problema cardíaco. Necesitan encontrar un especialista que lo trate, y tienen poco tiempo. El pequeño está muy enfermo.

—¡Pobre Gerhard! —contestó afligida Libertas—. ¿Y de qué especialista se trata? ¿Es alemán?

—Sí, es uno de los mejores cardiólogos del mundo —dijo Leopold, sacando un cigarrillo de su pitillera y ofreciendo esta a Libertas.

La señora Scholl vio que solo quedaba un cigarrillo y, aunque no fumaba a menudo, lo tomó, poniéndoselo con delicadeza entre los labios. Su primo le dio fuego caballerosamente antes de reclinarse y dar una larga calada.

—¿Y queréis que yo hable con él? —preguntó Libertas tras expulsar la primera nube de humo.

—Nuestros primos preferirían hablar ellos mismos con el doctor. El problema es que, ya sabes como están las comunicaciones, no se pueden mover de Viena y no consiguen localizar al cardiólogo.

—Vaya, es terrible —repuso desconsolada Libertas—. Imagino que habrán hecho todo lo posible.

—Desde luego. Me han rogado que lo encuentres. Te estarán inmensamente agradecidos.

—Lo que sea necesario por el pequeño Gerhard. No imagino lo que estarán pasando nuestros primos si te han pedido que vengas a Berlín. Diles que haré todo lo posible, aunque quizá me lleve algo de tiempo. Si ellos no han podido encontrarlo, puede que me cueste un poco. Tal vez esté trabajando en alguna clínica apartada.

—Tío Penrod está convencido de que lo lograrás.

—Bien, querido Leopold —dijo Libertas, posando una mano sobre el antebrazo del hombre—. Haré lo que pueda. Ahora tengo que volver. Raymond me estará esperando, y se va a pensar que me he marchado. ¿Vendrás a saludarlo?

—Lo lamento, querida prima, pero he de irme. A mí también me están esperando.

—¡Oh, cuánto lo siento! Debes venir un día a visitarnos. Sabes que te echamos mucho de menos.

—Así lo haré, primita. Dale un beso al primo Raymond de mi parte. ¡Ah! Y no fumes demasiado. Dicen que es malo para los pulmones.

El hombre se puso el abrigo y se alejó por el pasillo hacia la salida del hotel, dejando a Libertas pensativa. Un momento después, la señora Scholl apagó su cigarrillo en un cenicero, se aseguró de que nadie la estaba mirando y se lo guardó entre los dedos medio y corazón de la mano derecha. Después se levantó y se dirigió al lavabo de señoras.

En uno de los excusados, Libertas deshizo lo que quedaba de cigarrillo. Entre la boquilla y la zona quemada encontró una tira de papel perfectamente enrollada, que se apresuró a guardar en el sostén antes de tirar el resto por el inodoro. Después usó el lavabo para refrescarse y volvió a buscar a su marido.

No podía dejar de pensar en aquella visita de su primo medio austríaco medio inglés ni en el papel que le había entregado. Estaba alarmada. Era la primera vez que él venía a donde ella. Algo grave tenía que estar ocurriendo; si no, no se hubiese arriesgado de semejante manera.

Desde luego, el pequeño Gerhard no existía. Los primos a los que se refería Leopold eran el servicio secreto británico, y tío Penrod era el mayor Norton, jefe del servicio secreto particular del primer ministro.

Estaban buscando a alguien, y era tan importante como para que Norton arriesgase a su mejor agente en Berlín: ni más ni menos que la hija del duque de Eulenburg y Hertefeld.

Libertas se preguntaba cómo conseguiría la información. Hasta entonces, siempre se había limitado a escuchar lo que los hombres, ávidos de demostrar su poder, le habían querido contar, sonsacándolos con delicadeza. Siendo como eran personas relevantes, la información era delicada y muy apreciada por los analistas del servicio secreto.

Pero ahora se le pedía algo concreto. El paradero de una persona. ¿Por dónde empezar? ¿Cuál de sus muchos pretendientes poseería ese dato? Mientras meditaba en todo esto, no pudo dejar de preguntarse a quién se le habría ocurrido la idea de poner al mayor Norton el nombre en clave de Penrod: «comandante estimado». Qué ironía.

Al fin encontró a su marido. Tomaba del brazo a un oficial de las SS con el uniforme negro de gala. Estaban acompañados por otro hombre con un largo abrigo de cuero doblado en el brazo y ropa barata. Un escalofrío recorrió la espalda de Libertas al verlos.

—¡Querida!, ¿dónde te habías metido? Ven, quiero presentarte a unos amigos. Coronel —dijo Scholl, mostrando a su mujer como si fuese el último modelo de un caro deportivo—, permítame presentarle a mi esposa.

—A sus pies, señora —dijo el oficial de las SS, inclinándose marcialmente para hacer el simulacro de besar la mano de la dama—. Vaya, señor Scholl, se le había olvidado comentarme que su esposa es una dama muy hermosa.

El aristócrata se rio zalameramente. Aquel atrevimiento del oficial era el precio que pagar por llevarse bien con los lobos de Hitler.

—Y este es el inspector Schlüter —dijo Scholl para cambiar de tema.

Schlüter hizo un ligero gesto con la cabeza sin abrir la boca. Se sentía incómodo entre aquella gente y solo esperaba el momento de marcharse sin parecer grosero.

Había acudido al Hotel Adlon como parte de su trabajo. El martes anterior, cuando llegara a la oficina tras su día de descanso, los soldados le habían escoltado al despacho del mayor Töpfer. Sentado en un banco, había esperado pacientemente a que su superior se dignara a presentarse.

El mayor, sin excusarse por la tardanza, le había ordenado pasar a su despacho y, sin permitirle sentarse, se había limitado a informarle de que, hasta nuevo aviso, Schlüter habría de dedicarse por entero a investigar el interés de los aliados por el científico judío, para lo cual se le asignaban dos ayudantes: el subinspector Dinter, un psicópata que debería estar encerrado en una cárcel, o al menos en un manicomio, y el sargento Bachmann. Además, Töpfer confiaba en obtener resultados en breve, así que, hasta que se cerrara aquel caso, los descansos semanales de Schlüter quedaban cancelados.

Schlüter había logrado contener el mal genio hasta abandonar el despacho de aquel engreído. Aquella investigación olía a chamusquina. Sabía que Töpfer estaba molesto por cómo había llevado a cabo la operación del cartero, y esta era una forma de castigarlo: un caso que lo privaría de sus días de asueto.

Solamente disponía de la ficha de un oficial americano y una sucinta nota en la que se decía que, al parecer, los aliados buscaban a un científico judío. ¿Qué esperaba Töpfer que pudiera hacer con semejante información? Ni siquiera se conocía la fuente que la había obtenido.

Pensando en cómo se tomaría su mujer la noticia de que sus permisos habían sido suspendidos por tiempo indefinido, el inspector había regresado a su mesa. Tras secarse el lloroso ojo con el pañuelo, había sacado de su escritorio la carpeta con el expediente y la abrió sobre el secante.

«Hay motivos para pensar que el enemigo va a enviar un equipo para ponerse en contacto con un científico alemán. Por el momento, se desconoce de qué científico se trata y el motivo. Solo tenemos datos del oficial americano que está al mando de la operación, aunque se ignora si formará parte del equipo».

Sosteniendo la hoja entre las manos, Schlüter se había reclinado, poniendo en equilibrio la silla sobre las patas de atrás. ¿Qué podía sacar en claro de aquellas cinco líneas?

En primer lugar, estaba el hecho de que los americanos estuviesen considerando la posibilidad de mandar un comando a Berlín, en el corazón de

Alemania, la capital más protegida de Europa. De ser esto cierto, quedaría patente la importancia que concedían los aliados a la misión.

¿Hasta qué punto era fiable la información?, se preguntaba Schlüter. El mayor Töpfer había asegurado que la operación aliada la estaba llevando directamente el Alto Mando enemigo, algo inaudito, por otra parte. Pero, si la fuente era fiable, ¿por qué no le concedían prioridad a la investigación y solamente le asignaban dos ayudantes? ¿Se trataba de un «caso basura», uno de esos que ya había sido investigado sin ningún resultado o del que no se esperaban logros, y que Töpfer había rescatado de la papelera solo para fastidiarlo? ¿Tal vez algún pez gordo de la Gestapo, con reservas sobre la fiabilidad de la información, había ordenado abrir una investigación, de las llamadas preventivas, por si hubiera algo de cierto en todo aquello, y el mayor Töpfer se la había pasado a Schlüter?

Sin saber qué pensar, el inspector decidió trabajar como si aquella información fuese absolutamente cierta: los aliados buscaban a un científico anónimo. ¿Qué clase de científico? ¿Y para qué lo buscaban? ¿Lo iban a matar porque estuviera implicado en algún proyecto que pudiera dar un vuelco a la guerra? ¿Quizá querían secuestrarlo por sus conocimientos? ¿Tal vez era un espía y tenía información de alto nivel? Si era un espía aliado, ¿podía ser que la Gestapo estuviera tras él y el comando tratara de sacarlo del país?

Schlüter se había personado en el laboratorio de fotografía que la Gestapo tenía en el edificio y había mostrado la ficha de Brown a uno de los técnicos.

—¿Sería posible retocar esta foto? Necesito que le quiten el uniforme y lo sustituyan por un traje con corbata y camisa como el que lleva usted bajo la bata.

Con toda seguridad, si Brown aparecía en Alemania, no lo haría de uniforme, y Schlüter quería que quienes vieran la foto no la relacionaran con un militar: sabía bien cuánto cambia el aspecto de una persona con uniforme o vestida de calle.

—No hay problema, inspector —repuso el técnico—. ¿Quiere que trate de limpiar un poco la foto?

—Se lo agradecería. Necesito unas cuantas ampliaciones.

—De acuerdo. Creo que para esta tarde lo tendrá preparado.

Schlüter había llamado después a la Universidad Friedrich-Wilhelm de Berlín y solicitado una entrevista para ese mismo día con el decano. Sin duda, el pobre hombre estaría preguntándose el motivo por el que la Gestapo

deseaba hablar con él. Mejor. El alivio cuando supiera que no debía temer nada lo predispondría a colaborar.

—Decano —le había dicho Schlüter dos horas más tarde, sentado frente al escritorio del despacho universitario—, sé que es usted un hombre ocupado, así que no le haré perder mucho tiempo. Me gustaría conocer su opinión en un asunto.

Como previera, el rector, una vez convencido de que no era él el objeto de la investigación, se había apresurado a colaborar.

—Necesito que me haga una lista de nuestros científicos más relevantes para el desarrollo de la guerra.

El decano se había quedado de piedra ante la petición, mostrándose reacio a facilitar cualquier nombre. Aquella era información delicada y fácilmente podría ser acusado de traición o falta de lealtad por divulgar datos confidenciales. El rector pensaba que quizá, al fin y al cabo, aquello era una trampa.

Una hora más tarde, Schlüter había regresado a su mesa para revisar la lista arrancada al decano. Los tres primeros nombres correspondían a físicos renombrados, entre los que no podía faltar el de Heisenberg, al que incluso el inspector conocía de oídas. Los demás eran ingenieros aeronáuticos, más físicos, un químico y dos matemáticos.

Schlüter había reunido a sus dos ayudantes y a un grupo de agentes. A cada uno les había entregado una copia de la foto del coronel americano, ya retocada.

—Esta foto corresponde a un posible agente enemigo. Pudiera encontrarse en Berlín, haber estado recientemente o hacerlo en un futuro cercano. Quiero que la muestren en pensiones, hoteles, casas de huéspedes y estaciones. Díganles que se trata de un ladrón que saquea edificios bombardeados. Esto ayudará a que la gente coopere. Enséñensela a nuestros confidentes para que estén alerta. Prometan una recompensa a quien contribuya a detenerlo. No dejen copias a nadie. Podrían servir para alertarlo.

Schlüter despachó a los agentes, que se alejaron examinando la fotografía, y se quedó a solas con sus dos ayudantes.

—La lista de nombres corresponde a científicos alemanes. Repártanselos. Investíguenlos con discreción. Repito, con discreción. No deben saber que estamos tras ellos. Quiero saber dónde trabajan, sus hábitos, con quién viven y dónde, a quién frecuentan, si tienen amantes. Cualquier cosa. Es muy importante que no lleguen a sospechar que los vigilamos.

—¿Qué es lo que buscamos, inspector? —preguntó el subinspector Dinter.

—Aún no lo sé. Es todo cuanto puedo decirles —había respondido Schlüter, ignorando el teléfono, que no dejaba de sonar—. Los permisos han quedado suspendidos hasta que se cierre la investigación. Esto es para todos, incluyéndome a mí. Si no tienen más preguntas, a trabajar.

Schlüter había esperado a que sus hombres se marcharan antes de dar la vuelta a su escritorio, tomar asiento y descolgar el aparato.

—Inspector Schlüter al habla.

Se había mantenido escuchando un buen rato antes de cortar la comunicación con un seco «gracias».

Schlüter, depositó lentamente el auricular sobre la horquilla, dando vueltas a la información recibida. Había mandado investigar al coronel americano. ¡Cuánto misterio! Un simple coronel de instrucción acusado y condenado unos pocos días, al que se le sube en un avión rumbo a Inglaterra, donde se reúne a solas con el primer ministro británico y el comandante supremo de las fuerzas aliadas para posteriormente desaparecer. ¿Quién era ese tal Brown? ¿Y quién era el espía capaz de obtener semejante información?

No eran las únicas cuestiones que le habían preocupado. La fuente había dicho que buscaban a un científico. ¿Cómo podía saber que se trataba de un científico y no tener la menor idea de su identidad, o al menos de su especialidad? ¿Sería un señuelo para desviarlos de otra investigación?

Con un suspiro de resignación, Schlüter había continuado con su ardua tarea. Mientras sus hombres pateaban las calles, él revisó todos los expedientes en curso desde el mes de enero para ver si podía encontrar alguna pista que arrojara algo de luz.

Resultó una semana dura, examinando una por una todas las carpetas hasta altas horas de la noche. Inútilmente. En ninguna se hacía mención a un científico. Sus hombres no habían tenido más suerte que él. Nadie sabía nada, nadie reconocía la foto… Los diez científicos nombrados por el decano de la universidad estaban localizados y sometidos a un seguimiento discreto que no había aportado nada hasta el momento.

Cansado, Schlüter había recogido su copia de la foto del coronel americano aquella tarde del sábado y había visitado los hoteles de la ciudad, mostrándola al personal de los establecimientos. Así había llegado al Hotel Adlon, donde un antiguo compañero de la policía, hábilmente ascendido a coronel de las SS, se había empeñado en invitarlo a tomar una copa que no había podido rechazar.

Para colmo de males, había aparecido aquel aristócrata adulador insistiendo en presentar al coronel a su esposa. La señora Scholl había resultado una hermosa dama con una sonrisa dulce y una mirada desvalida. Sin lugar a dudas, se dijo Schlüter, una mujer peligrosa.

⁂

Domingo, 12 de marzo de 1944
Londres, Inglaterra

El primer ministro Churchill, reclinado sobre su butaca favorita del 10 de Downing Street, sostenía con las dos manos sobre el regazo una copa de *whisky*. Aquella noche iba a ser despejada y la luna aún estaba demasiado llena, ideal para un bombardeo nocturno. A su pesar, no podría librarse de dormir en el búnker.

A un lado tenía una mesita con una lámpara y un ejemplar del periódico de cuatro páginas *Luftpost*. Se trataba de la edición del día 10 y había sido arrojado sobre Alemania aprovechando los bombardeos aliados. El objetivo era minar la moral con noticias en las que el glorioso ejército nazi era sistemáticamente machacado. Titulares lapidarios como «de día y de noche», «del oeste y del sur», «destrucción sistemática de las defensas antiaéreas alemanas» o «el frente sur agota sus reservas», deberían incitar a los hastiados alemanes a enfrentarse a su propio gobierno.

Frente a él, sentado en un sillón con otra copa, se encontraba su viejo amigo, el mayor Norton, vestido de civil, con un traje negro sin condecoraciones. Habían estado charlando sobre los efectos que podría tener el periódico propagandístico entre la muchedumbre y del desarrollo de la guerra en el frente oriental. Pero Norton no había venido a mantener ociosas charlas de café ni a tomar una copa por bueno que fuese el *whisky*.

—Hemos contactado con Homero —dijo el mayor, saboreando la bebida —. Requerirá un poco de paciencia. Nunca le hemos dado un encargo como este, pero sabrá llevarlo a cabo.

—Bien, bien. Confiemos en que no se demore demasiado —contestó Churchill pensativamente, antes de añadir—: Sé que no es de tu agrado esta misión, pero es importante, viejo amigo. Puede que decisiva, incluso.

—Eso espero. Homero va a arriesgarse mucho. Me temo que después de esto ya no podremos contar con él.

—Si cumple su trabajo, no creo que vuelva a ser necesario.

Capítulo XIII

Martes, 21 de marzo de 1944
Brecon Beacons, Gales

Hacía cuatro días que el coronel americano había dado por finalizadas las agotadoras marchas por las cumbres nevadas y habían bajado por fin a cotas más bajas. En las diez jornadas pasadas a la intemperie no habían visto ni un alma, a pesar de que por los alrededores las tropas aliadas se entrenaban para el asalto a Europa. En cambio, sí habían visto cómo cazas y bombarderos los sobrevolaban de vez en cuando, poniendo una gota de vida al agreste páramo.

Al anochecer de la última jornada pasada entre las cumbres, Brown había llamado a Pickeray y, ante un plano de la zona, le había explicado sus intenciones:

—Mañana bajaremos de la montaña. Mire, eche un vistazo al mapa. Aquí, en esta arboleda, hay un pequeño riachuelo. Está rodeado de campamentos militares, pero en esa zona no deberíamos encontrar a nadie. He pedido por radio que nos monten unas tiendas de campaña, con ropa, comida y cuanto necesitamos para comenzar de inmediato la instrucción.

La tarde siguiente habían ocupado la zona boscosa de la que hablara Brown, donde encontraron, tal y como dijera el coronel americano, un pequeño campamento. Aunque hacía frío y llovía, después de una semana y media vagando por las crestas montañosas con un viento afilado y una fuerte cellisca, la zona guarecida y plana se les antojaba un lugar de vacaciones.

Habían continuado con los entrenamientos, aunque ya no consistían únicamente en andar hora tras hora. Por las mañanas se levantaban a la salida del sol y, tras el reconfortante desayuno, comenzaban una marcha de veinte kilómetros, cargados con mochilas de veinte kilos, hasta la hora de comer.

Tras el almuerzo, descansaban un rato antes de comenzar la instrucción de lucha cuerpo a cuerpo, que el capitán Pickeray impartía con mano de hierro. Brown había preparado un recorrido con obstáculos. Estos consistían en

reptar por debajo de alambradas, escalar redes de cuerda, atravesar fosos de barro y hacer equilibrios sobre un delgado tronco.

Las últimas horas de luz, antes de que la noche se echara encima, Brown organizaba un partidillo de futbol o *rugby* que servía para distender el ambiente y acostumbrar a los hombres a colaborar. Aparecieron las primeras sonrisas y conversaciones desenfadadas, aunque la competición también provocó disputas y un par de peleas, resueltas a puñetazos, que no llegaron a mayores.

Cuando se cernía la noche, llegaba el momento para la teoría. Dentro de una amplia tienda de campaña, que usaban como almacén y aula, Von Weizsäcker los instruía sobre los rudimentos de su idioma: frases cortas y expresiones habituales que pudieran serles de utilidad.

El teniente les mostraba planos y fotografías aéreas de Berlín y otras ciudades alemanas, que Brown se había agenciado, y tenían que memorizar los accidentes geográficos, las calles principales y los monumentos más importantes, que servirían de referencia para poder orientarse. Brown había insistido en que debían aprender a moverse de un lado a otro sin despertar sospechas y sin la ayuda de planos que los delatasen.

Después de cenar, el coronel les permitía un respiro. Su intención no era tanto que los hombres pudieran descansar como que charlaran entre ellos y el grupo se cohesionara. Para entonces, había bajado la temperatura y se reunían en torno a un pequeño fuego, hablando de temas triviales, quejándose a menudo del cansancio, de los dolores causados por los ejercicios físicos y del hambre que pasaban. Con los días, las conversaciones se fueron haciendo más personales y comenzaron a mostrar una mayor afinidad entre ellos.

Solo el infatigable Villar, solitario recalcitrante, acostumbrado a una vida nómada en la montaña, de la que parecía no aburrirse nunca, se mantenía silencioso. En alguna ocasión, se sentaba alrededor del fuego, pero sin participar en la conversación. En otras, prefería separarse y escuchar, apoyado en algún árbol. Los demás podían saber dónde se encontraba porque, de tanto en tanto, un punto de luz naranja proveniente de las brasas de su pipa se encendía en la noche.

Menchaca solía juntarse con Pickeray, pero también encontró un buen y extraño compañero en Gardner, con el que cada vez pasaba más tiempo. El teniente alemán prefería la compañía de Brown o de Pickeray. Weidenfeld se cuidaba mucho de buscar amistades y, aunque fingía ser un alegre compañero, su mirada rapaz no gustaba demasiado a sus compañeros. Comadreja no se molestaba por esta antipatía y dedicaba sus atenciones a Riggs y al piloto

alemán, a los que atormentaba con frases hirientes, pensando que eran víctimas más fáciles que el resto.

Sin embargo, la mejora de las condiciones de vida también tuvo un efecto negativo. Como le había dicho Brown a Pickeray, mientras los hombres permanecieran en la montaña, bastante tendrían con mantenerse en pie sin tiempo ni energía que malgastar. Ahora, en cambio, más descansados, no tardaron en surgir los primeros roces.

El tercer día en la planicie, Comadreja había intentado rebelarse contra Brown. Lejos de la montaña era más fácil huir. A nadie se le escapaba que por los alrededores debía de haber pueblos, y Weidenfeld confiaba en que el resto del grupo lo apoyaría y podrían poner tierra de por medio.

Habían terminado la marcha matutina a orillas de un pequeño embalse, en el que se veía un diminuto embarcadero con un par de barcas anegadas de agua. El coronel americano había dado la orden de detenerse y los hombres se habían echado sobre la hierba, pensando que enseguida continuarían la caminata.

Pero Brown tenía otros planes: pescar en la represa. No tenían más comida y parecía que el resultado de la pesca constituiría el almuerzo, pero el coronel los volvió a sorprender desagradablemente al prohibirles hacer fuego. De mal humor y con asco, hambrientos como estaban, no tuvieron más opción que comerse los peces crudos llenos de espinas.

Fue el momento escogido por Weidenfeld para levantarse, tirar su repulsiva comida al agua y enfrentarse a Brown:

—Esto es una porquería —maldijo con su voz ronca—. Coronel, tenemos hambre. Llevamos días sin descansar y comiendo bazofia. Se nos hiela el culo. Hasta los perros viven mejor que nosotros. No sé qué tiene que ver todo esto con su maldita misión.

Brown, con un trozo espinoso de pez en las manos, había continuado comiendo como si nada sucediera.

—Estamos hartos, coronel —continuó Comadreja, viendo como sus compañeros dejaban a un lado sus escudillas y atendían expectantes—. Todo esto es una mierda y no sé qué hacemos aquí. Queremos comida. Comida de verdad. Dormir en camas. Hace dos semanas que no dormimos sobre un colchón. Queremos ropa nueva. ¿Me está escuchando, coronel?

Se había ido acercando al oficial, forzando la ronquera con cada palabra, pero Brown continuaba ignorándolo.

—¿Qué hacemos aquí? —había preguntado Weidenfeld, dirigiéndose al resto del grupo—. Este loco nos va a matar. ¿Vais a dejar que nos helemos y

muramos de hambre? Yo, no. Estamos cerca de algún pueblo. Hay barcas y caminos. Podemos largarnos de aquí. ¿Qué me decís?

Nadie contestó. Pickeray, sentado sobre la hierba, se había puesto en pie por si había problemas, pero el coronel continuaba comiendo tranquilamente. El resto del grupo, en silencio, miraba alternativamente a Comadreja y al imperturbable oficial americano.

Por fin Brown había terminado de comer su ración y, tras tirar la raspa al agua, y se había levantado.

—Caballeros, si han terminado de comer, continuaremos la instrucción. ¿Ven aquel tronco de allí?

Se refería al cadáver de un árbol que flotaba a unos cincuenta metros de la orilla.

—Iremos por parejas. Tocar el tronco y volver —había ordenado Brown, quitándose la ropa—. Riggs y yo seremos los primeros.

—Perdone, coronel, pero no sé nadar —había contestado Gato.

Weidenfeld, que se había quedado mudo, sin dar crédito a la sosegada reacción del coronel, había empezado a gritar:

—¿Os habéis vuelto locos? ¡Yo no me pienso meter ahí! No tenemos por qué obedecer las órdenes de un chiflado.

—Weidenfeld, usted y el capitán irán después.

—¡Ni lo piense!

—Cuando yo regrese y toque la orilla, usted estará en el agua; si no, lo tiraré yo mismo —le había dicho Brown con un tono de voz suave pero letal —. Vamos, Riggs, no se preocupe. Yo tampoco nado muy bien.

Los dos se habían tirado al agua. Riggs agitaba brazos y piernas como un perrillo, tratando de mantener la cabeza fuera. Asustado, se había colocado de espaldas, braceando desesperadamente. Para su sorpresa, no se había hundido, sino que flotó lo suficiente como para tranquilizarse un tanto y poder avanzar.

Menos Comadreja, el resto de sus compañeros, desde tierra, habían contenido la respiración, rompiendo a aplaudir cuando los nadadores se apoyaron en el tronco. El regreso había resultado interminable para Gato, a pesar de ser jaleado por el grupo. Cerca de la orilla, Menchaca y Von Weizsäcker se habían arrojado al agua para sacarlo, pues, exhausto, comenzaba a hundirse.

Weidenfeld, viendo que su levantamiento no iba a progresar y temiendo las represalias por el intento de motín, había optado por quitarse la ropa. Trató de arrojarse al agua antes de que Brown hiciese pie, pero el miedo lo tenía bloqueado.

—Vamos, Weidenfeld, tírese —había ordenado Brown sin salir del agua.

—No… no puedo.

—No se lo piense y tírese.

—¿Tienes miedo? —había preguntado Gardner con una sarcástica sonrisa.

—Vamos, Weidenfeld, no te vendrá mal darte un baño.

Los hombres se habían reído del estraperlista, que continuaba sin poder moverse. Finalmente Pickeray le había dado un empujón y, boqueando, Comadreja empezó a hundirse presa del pánico, hasta que el capitán inglés lo sacó a la superficie.

Había sido una dura prueba, pero antes de que se fuese la luz todos habían llegado hasta el tronco y regresado. El alivio por haber pasado felizmente el mal rato —solo Von Weizsäcker, Menchaca y Pickeray sabían nadar con decoro— había hecho que el regreso al campamento fuese de lo más alegre, con chanzas sobre los apuros de unos y otros.

Aquella noche, agotados, se habían acostado nada más acabar de cenar. A medianoche, Gardner, incómodo, se había despertado. Una piedra debajo de la lona se le hincaba en la espalda. Acomodándose, había notado un movimiento al fondo de la tienda. Con sigilo, despertó a Menchaca, que dormía a su lado, en la misma tienda que compartían con el capitán inglés y Comadreja.

Weidenfeld había terminado de descoser la costura de la tienda y pasado medio cuerpo por la abertura. Menchaca había despertado a Pickeray, que rápidamente había agarrado por el pie al fugitivo cuando ya se incorporaba en el exterior. Comadreja, sintiéndose atrapado, había pateado furiosamente la cara de Pickeray, girándose en el suelo para levantarse. De las sombras había aparecido una figura que, apretando el cuello de Comadreja contra el suelo, le había rozado con algo puntiagudo en la cara.

—Escucha, hijo de puta —le dijo Gardner en una voz poco más alta que un susurro, acercando la boca al rostro congestionado del estraperlista—. En mi país me esperan unas personas muy desagradables para enterrarme vivo si regreso.

Comadreja, sin atrever a moverse, había visto cómo aquella especie de punzón que le recorría la mejilla se detenía en uno de sus globos oculares.

—Si vuelves a intentar escapar, te sacaré los ojos y se los echaré a los peces —añadió el sicario, tocando con el punzón el párpado.

A la mañana siguiente, nadie hizo mención sobre el intento de fuga ni del rostro un tanto hinchado del capitán británico, producto de la patada que le había lanzado Comadreja.

⁂

A media mañana del cuarto día en el campamento, Menchaca trataba de recobrar el resuello sentado a horcajadas sobre un tronco caído, a la entrada de una estrecha cueva. No lograba recuperarse de los agotadores entrenamientos y aquella jornada, además, le había tocado cargar con la radio de campaña. A duras penas había logrado acabar la marcha, que, más que cualquier otra, le había resultado insufrible.

Con el rostro desencajado y simulando ajustarse una de las botas, el físico español jadeaba, tratando, sin mucho éxito, de que sus compañeros no se percataran de sus dificultades. Aquel descanso le iba a venir muy bien.

—¿Se encuentra bien, profesor? —preguntó Riggs, solícito, acercándose al científico.

—Estoy bien, gracias —mintió Menchaca sin levantar la cabeza—. Es la bota. Se me ha debido de meter alguna piedra.

—¿Puedo hacerle una pregunta, profesor? —dijo dubitativo Gato.

—Claro —asintió de mala gana el español. Realmente no le apetecía lo más mínimo charlar. Necesitaba todo el tiempo que el coronel americano les concediera para recuperarse—. ¿De qué se trata?

—Verá, me preguntaba por qué estaba usted aquí. El coronel dijo que era usted voluntario.

—Y piensas que eso no es posible…

—Me resulta muy difícil de creer, profesor —confesó Riggs—. Quiero decir que algunos de nosotros no teníamos más opción. El coronel y el capitán son oficiales. Solamente usted y Villar han venido por voluntad propia. ¿Qué les empuja a hacerlo? Usted está casado, tiene un hijo, un buen trabajo y una casa. Ni siquiera es su país el que está en guerra. Y además…

—Estoy viejo —terminó Menchaca la frase con una fatigada sonrisa, viendo que Gato se callaba—. Sí, no te disculpes, es cierto. La verdad es que no pensé que me encontraba en tan baja forma.

Riggs guardó silencio, esperando que el español continuara.

—Lo cierto es que me gustaría estar en mi casa, con mi mujer y mi hijo jugando en la alfombra mientras yo corrijo un montón de exámenes.

—¿Entonces?

—No puedo —suspiró Menchaca—. Es difícil de explicar. Desde niño me enseñaron la diferencia entre lo que está bien y lo que está mal, entre lo que es justo y lo que no lo es. También me enseñaron que se debe luchar contra las

injusticias, empuñando las armas si es preciso, incluso cuando la injusticia no la sufre uno mismo.

—A mí me enseñaron que cada uno debe velar por sí mismo, sin esperar ayuda de nadie —respondió Riggs mirando al suelo—. El más fuerte siempre vence y consigue lo que quiere, mientras que al débil no le queda más remedio que escapar de su alcance si quiere sobrevivir.

—La unión hace la fuerza —dijo Menchaca.

—Eso son solo palabras —contestó Riggs—. Los débiles nunca se unen. Siempre hay uno que es más débil y del que los demás se aprovechan para acercarse al fuerte. Desde que tengo uso de razón, mi único sueño ha sido que me dejasen en paz y no se metieran conmigo.

—¿Sabes? Mi sueño era llegar a ser un gran físico. Tan grande como Isaac Newton. Estudié mucho y trabajé cuanto pude para lograrlo. Incluso dejé a mi familia para estudiar en Alemania, donde se encuentran los grandes genios.

—¿Y lo consiguió?

—No. Mi país entró en guerra. Una guerra entre hermanos a causa de un hombre que utilizó la fuerza para tomar el poder. Entonces abandoné mi sueño para empuñar un arma y luchar contra el usurpador.

—¿Ganaron? —preguntó Riggs.

—Perdimos —confesó Menchaca—. Y por ello tuve que dejar España y conformarme con impartir clases. Pero no me arrepiento. Hice lo que debía. Y ahora volveré a hacerlo.

—¿Aunque le cueste le vida? —preguntó Gato sin poderlo entender—. ¿Por unos judíos a los que no ha visto en su vida? ¿Cree que ellos lo harían por usted?

—Seguramente no —tuvo que admitir el español—. Pero siempre habría algunos que lucharían por mí, aunque no me conocieran, porque sentirían que era su deber hacerlo.

Menchaca arrancó con las uñas un trozo de corteza del tronco.

—No podría dormir —dijo el profesor en voz baja, como si hablara consigo mismo— ni mirar a los ojos a mi hijo, si no cumpliera con lo que creo que es mi deber. Aunque me cueste la vida.

Menchaca se levantó y se alejó unos pasos, dejando atrás a un pensativo y confuso Riggs que trataba de asimilar la conversación.

—Muy bonito, profesor. Realmente muy bonito —se burló Weidenfeld, aplaudiendo ostentosamente al paso del español—. He llegado a emocionarme. «El deber cumplido», «aunque me cueste la vida». Creo que

has impresionado al muchacho. ¿Te lo dictó el coronel o ha sido de tu propia cosecha, profesor?

—No crees que pueda haber personas así…

—¡Oh! ¡Claro que creo que hay personas como tú! —lo interrumpió Comadreja—. Precisamente son las personas como tú, los que sabéis cuál es vuestro deber, incluso cuál es el mío, quienes iniciáis las guerras y obligáis a personas como yo a morir por vuestras ridículas ideas.

Weidenfeld se había acercado peligrosamente al español, que lo miraba sin acobardarse, apuntándole con un dedo acusador.

—Cuando vuelva, profesor, porque pienso volver, cogeré la pasta que gente como tú me ha robado, y no volveréis a verme.

—Espero que la disfrutes.

—No lo dudes, profesor —respondió Weidenfeld antes de darle la espalda.

Brown eligió ese momento para que los hombres se pusieran en marcha.

—Muy bien, caballeros —dijo, señalando la angosta grieta que se abría en la roca caliza—. Si ya han descansado, continuaremos. Dejen las mochilas y la radio, y cojan esas linternas. Haremos un poco de espeleología. Riggs, usted abrirá la marcha. Después, Villar y Gardner.

—¿Es necesario que nos metamos por ahí, coronel? —preguntó el sicario, examinando con desconfianza la estrecha abertura.

—No se asuste, Gardner —había contestado el oficial, mirando cómo Villar se arrastraba torpemente tras Riggs, que se había colado en la cueva como un gato—. A mí me gusta tan poco como a ustedes. Pero nos servirá. No sabemos qué nos encontraremos y tal vez nos vengan bien estos ejercicios. Venga, le toca.

Gardner se había tumbado en el suelo, tratando de moverse como lo hacía Riggs.

—No sé si podré, coronel —había confesado Menchaca en voz baja. Tenía el rostro blanco y sudaba.

—Vamos, doctor. No puedo arriesgarme a que alguien tenga un ataque de pánico cuando estemos en el objetivo. Estaremos a su lado. Si sucede algo, lo sacaremos.

—Imagino que es importante que aprendamos a controlar nuestros miedos, ¿verdad, coronel? —preguntó Menchaca con una desvaída sonrisa. Aquel no iba a ser su mejor día.

Durante horas reptaron por túneles y pasadizos, sin poder erguirse completamente ni una sola vez. Se arrastraron por tubos de piedra que apenas

tenían tres palmos de diámetro, guiados por Riggs, que dirigía la marcha consultando un laberíntico plano, bajo la supervisión de Brown. La cueva tenía una corriente de agua helada y en dos ocasiones debieron bucear para poder avanzar.

Por fin vieron que las paredes se aclaraban y al fondo observaron un pequeño rayo de luz. Estaban cerca de la salida. No era la misma por la que habían entrado, pero eso era lo de menos, y el grupo, animado ante la inminente salida al exterior, se apresuró a terminar el encierro.

⁂

Aquella noche el cielo estuvo despejado. Los hombres, tras haber permanecido tantas horas bajo tierra, no quisieron ocupar las tiendas y se tumbaron en sus sacos bajo las estrellas. Mientras observaba las constelaciones, Menchaca escuchaba a Pickeray, tumbado a su lado.

El inglés masticaba un hierbajo, con las manos tras la cabeza, y hablaba de la Operación Dinamo, nombre con el que se había bautizado la humillante retirada cuatro años atrás de la Fuerza Expedicionaria británica de la costa francesa, hostigada por los alemanes, tras haber fracasado en su intento de proteger Bélgica.

—Aguardábamos un contraataque de los franceses por el sur, pero nunca aparecieron —rememoraba el capitán, al que los años pasados aún no habían conseguido aliviar la amargura—. Londres dio la orden de retirarse. Dos días después, a medianoche, bajo intenso fuego de artillería y de la maldita Luftwaffe, los hombres comenzaron a embarcar.

—Oí decir que los alemanes detuvieron sus Panzer cuando ya los teníais encima —comentó Menchaca.

—Gracias a Dios. Eso nos dio un respiro de tres días para poder fortificar nuestras defensas. Podría haber sido peor. Conseguimos evacuar a casi cuatrocientos mil soldados, aunque tuvimos que dejar atrás nuestra artillería, los nuevos tanques y una gran cantidad de munición. Siete días de bombardeo continuo en aquellas playas sin saber en qué momento aparecerían los nazis. Algunos hombres enloquecieron. No teníamos comida ni podíamos defendernos. Nada que hacer, salvo esperar a sus aviones y sus tanques.

El oficial guardó silencio, miraba al cielo encapotado. Su cabeza debía de estar en las playas francesas, escuchando el bramido de las sirenas de los

bombarderos Stuka cuando se arrojaban en picado para bombardear la orilla donde se almacenaban hombres y embarcaciones.

—Los franceses prometieron un contraataque —dijo de repente indignado el oficial británico—. Fuimos a luchar por su patria y los tuvimos que rescatar y traer con nosotros. ¿Y cómo lo agradecieron los *franchutes*? ¿Sabe lo que dijeron de nosotros?

—«Los ingleses resistirán hasta el último francés» —contestó Menchaca, que había oído varias versiones.

—«Los ingleses resistirán hasta el último francés» —repitió el inglés, mortificado.

—Los periódicos calificaron la operación de éxito —dijo Menchaca, tratando de animar a su compañero.

—¿Éxito? Como dijo Churchill, «las guerras no se ganan con evacuaciones».

—También Demóstenes dijo: «Cuando una batalla está perdida, solo los que han huido pueden combatir en otra» —citó Menchaca—. Esos hombres podrán volver a cruzar el canal y combatir de nuevo en Europa. Además, el éxito de la operación sirvió para levantar el ánimo de los británicos.

—Tal vez —repuso Pickeray, sin ánimo de continuar con la conversación, y para cambiar de tema añadió, tras un breve silencio—: Hace un par de semanas que quería preguntarle algo. ¿Conocía de antes a Villar?

A pesar de llevar dos semanas de instrucción, no se había atrevido a preguntar antes, confiando en que fuese el propio Menchaca quien sacara el tema. Suponía que lo que hubiera entre los dos españoles, probablemente tendría que ver con la guerra civil que tan sangrante herida había dejado en su patria. Pero ahora debía saber si aquellos antiguos guerrilleros podían llegar a trabajar juntos.

—Sí —contestó Menchaca con un suspiro—. Nunca hubiese imaginado encontrármelo aquí.

—Me fijé en cómo se miraban aquel día en el salón del Descanso del Corzo —dijo el oficial británico.

—Creo que no me cuenta entre sus amigos.

—¿Qué pasó?

—Fue en Oviedo. Como sabe, en verano de 1934 llegamos a un acuerdo comunistas, anarquistas y socialistas frente a la amenaza fascista. Con las armas que habíamos conseguido y las que robamos a la Guardia Civil, marchamos hacia la capital.

—Lo recuerdo, yo llegué poco después. Allí conocí a Villar.

—Claro, yo también. Por mi preparación, me escogieron para liderar a uno de los grupos. El partido no quería que la cosa se fuese de las manos, pero los mineros estaban muy bien armados y querían acabar con todo. Llevaban cinturones llenos de cartuchos de dinamita y la arrojaban de igual modo dentro de un cuartel que de una iglesia.

»Llegamos a un pequeño pueblo, nunca he sabido su nombre. Estábamos muy cansados y queríamos hacer noche allí. En la plaza, encontramos a un grupo de ocho hombres armados con escopetas y dinamita que tenían atados a cuatro guardias civiles, a un cabo, al párroco y al alcalde, que era dueño de medio pueblo. Querían fusilarlos. Era un grupo de anarquistas. Les ordené detenerse. Yo tenía un rango superior a cualquiera de ellos y además mi grupo era más numeroso, pero, aun así, algunos no querían obedecer. Discutieron entre ellos, y al final cumplieron mi orden.

Villar, sentado en el suelo con la espalda apoyada en un árbol y la pipa entre los dientes, les echó una mirada como si supiese que estaban hablando de él.

—Para mí, aquellos hombres eran prisioneros de guerra y, no podíamos ajusticiarlos sumariamente. Ordené que los encerraran en un establo, con la idea de llevárnoslos por la mañana, y pusimos una guardia. Cuando nos levantamos por la mañana, los prisioneros se habían escapado y al centinela le habían abierto la garganta de oreja a oreja. Siempre pensé que alguien del pueblo los había ayudado. Los anarquistas estaban muy enfadados, como te puedes imaginar. El caso es que recogimos todo y nos marchamos de allí.

»Para nuestra desgracia, una columna del ejército fascista que acudía a aplastar la revolución se encontró a nuestros prisioneros y nos alcanzaron antes de poder alejarnos demasiado. Hubo un intenso tiroteo. Ellos eran el doble que nosotros y tenían mejores armas. Además, no tardamos en quedarnos sin munición, así que tratamos de escapar dispersándonos. Algunos del grupo de anarquistas se quedaron para cubrir nuestra retirada y no tardaron en ser apresados.

»Entre las tropas estaban los guardias civiles que el día anterior había salvado de ser ajusticiados, pero ellos no tuvieron los mismos problemas morales y se encargaron de fusilarlos personalmente. Uno de los que cayeron era el padre de Villar.

—Y uno de sus hermanos —apuntó Pickeray, que conocía parte de la historia—. Al otro hermano lo mataron un par de semanas después, y Villar fue apresado.

—Vaya, no lo sabía —contestó Menchaca—. Imagino que si hubiese permitido que fusilaran a los guardias civiles no hubiese sucedido nada de esto, pero creo que hice lo correcto. Claro que Villar no lo verá así.

—Yo conocí a Villar después de que mataran a su padre y a su hermano. Compartimos trinchera en un par de ocasiones, aunque él prefería hacer la guerra por su cuenta. Era tan hosco como lo es ahora, pero era innegable que conocía el oficio de los dinamiteros. Cuando el coronel me comentó que haría falta un especialista ajeno al ejército, me acordé de él. Ya es casualidad…

Pickeray se dio cuenta de que su compañero ya no lo escuchaba. Agotado, el profesor se había quedado dormido, y el capitán decidió hacer lo mismo.

⁂

La mañana siguiente reflejó aún más la tensión, que iba en aumento en el grupo. Durante el desayuno, después de una carrera de diez kilómetros con las mochilas a la espalda, mientras Brown y Pickeray se habían apartado para hacer uso de la radio, Riggs y Weidenfeld se enzarzaron en una violenta disputa.

—Te he dicho que no me llames así —dijo Riggs entre dientes. Tenía el rostro congestionado, la cabeza proyectada hacia delante, los puños cerrados y el cuerpo tenso como una ballesta.

—Tranquilo, chico —repuso Comadreja, que también se había levantado, tomando una postura aparentemente descuidada pero dispuesta para la lucha —. ¿Qué te pasa? ¿No te gusta que te llame Tommy?

—¡No me vuelvas a llamar así, maldito hijo de puta, o te arrancaré los huevos!

—Vaya, nos ha salido gallo el pollito. Acércate, muchacho. Vamos a ver si tienes tantas agallas.

Pickeray se dispuso a intervenir, pero Brown lo retuvo, agarrándolo del brazo.

Ambos contendientes se movían en círculos, buscando el momento de atacar. Weidenfeld pesaba casi treinta kilos más que Riggs y le sacaba medio palmo, pero el muchacho era más ágil y rápido. Comadreja era un profesional de la lucha callejera, mientras que Gato debería usar lo aprendido en sus años en el circo.

De pronto, Riggs saltó hacia delante, pillando por sorpresa a su oponente, que trastabilló y cayó debajo del muchacho. Furioso, Weidenfeld vio que no

podía librarse de la tenaza que hacían los poderosos brazos del antiguo acróbata. Trató de darle un cabezazo en la cara, pero Riggs lo había previsto y agachó la barbilla para esquivar el golpe.

Utilizando su mayor peso, Weidenfeld giró sobre su espalda, moviendo a Riggs lo suficiente como para lanzarle un rodillazo, que no impactó en su entrepierna por poco. Gato cambió de posición para no ser blanco de más patadas sin soltar la presa. Este movimiento dejó libre una mano de Comadreja que, tanteando, se hizo con un ardiente leño de la hoguera, volcando el puchero donde habían hecho el café, y golpeó a Riggs en el rostro, que aflojó con un grito de dolor.

Weidenfeld se puso de pie con el leño agarrado como un bate y lo blandió ante un todavía más enfurecido Riggs.

—¿Ya te has aburrido, chico? —decía Comadreja, al que se le veía disfrutando—. Ven, Tommy, ya verás qué calentito está. ¿No te importa que te llame Tommy, verdad? ¿Eh, Tommy?

Poco a poco se habían alejado del centro, acercándose a unos árboles. Weidenfeld empujaba a Riggs, que, concentrado en las brasas que bailaban delante de su pecho, se tropezó con una raíz y cayó de espaldas.

Lo siguiente sucedió tan rápido que nadie fue capaz de verlo. Sin terminar de tocar suelo, Gato se giró, apoyó las manos en la hierba y, dándose impulso, saltó hacia el tronco y subió dos pasos por la corteza. Luego saltó de nuevo y se colgó con las manos de la rama más baja, justo encima del boquiabierto estraperlista, que no acertó a defenderse cuando Riggs le hizo presa en el cuello con sus piernas.

Gato se encogió sobre sí mismo, obligando a Weidenfeld a ponerse de puntillas, con el rostro amoratado por la falta de aire. Comadreja usaba toda su fuerza en romper el cepo que lo asfixiaba, pero resultaba imposible. Aquellas piernas parecían hechas de acero. Sin oxígeno, sintió que todo le daba vueltas, mientras perdía el conocimiento.

—Es suficiente, Riggs —ordenó Brown, acercándose al árbol—. Suéltelo.

Gato obedeció de mala gana, y Weidenfeld cayó desmadejado como un pelele.

—Vamos, Weidenfeld. No es hora de dormir. Despierte.

Con dificultad, Comadreja recuperó la consciencia. En un primer momento no supo qué había pasado, pero pronto le llegó el recuerdo y su rostro se encendió, avergonzado. Echó un vistazo alrededor. El coronel lo miraba tranquilamente, ofreciéndole la mano para levantarlo, mientras que el resto sonreía abiertamente. Había sido derrotado.

—Bueno, caballeros. Según parece, nos sobran las fuerzas, así que propongo un partido de *rugby* para soltar un poco los músculos. ¿Qué les parece? Pickeray, usted, Villar, Gardner y Riggs formarán un equipo. Weidenfeld, Von Weizsäcker, el doctor y yo seremos el otro.

Los equipos se pusieron uno frente al otro, y Brown dio la señal. Comadreja, aún no del todo recuperado, no dejaba pasar la ocasión de cazar a Riggs, pero este escurría el bulto y le dejaba un recuerdo doloroso. En una de las melés, Weidenfeld se equivocó y golpeó con dureza a Villar en la espinilla. Con tantas piernas moviéndose, nadie sabía quién era el que golpeaba y quién el que recibía.

Villar, al sentir el golpe, buscó entre la maraña de cuerpos y se encontró con Menchaca. Revolviéndose con ira, empujó a Gardner, que le cerraba el paso, y llegó hasta el profesor, al que atizó un puñetazo.

Enseguida Pickeray se interpuso entre los dos sujetando al minero, pero este se zafó y arremetió de nuevo contra Menchaca, propinándole otros dos puñetazos.

El juego se había detenido y los jugadores se enzarzaron defendiendo a los de su equipo. Weidenfeld sacudió a Gardner, que atacaba a Von Weizsäcker, mientras que este trataba de apartar a Riggs, que se aferraba al capitán inglés. Aquello se convirtió en un maremágnum de puñetazos, patadas y cabezazos, en el que solamente Pickeray trataba de poner orden. De pronto, el estruendo de un disparo detuvo la batalla campal.

—Creo que es suficiente, caballeros —dijo Brown sosteniendo en alto su Colt M1911, con la que acababa de disparar.

Poco a poco los hombres se separaron; todos menos Cornín, que seguía agarrando a Menchaca por el cuello.

—Villar, suéltelo —ordenó Brown levantando la voz.

—No…, déjenos… —pidió Menchaca jadeando—. Esto es entre él y yo… No se entrometa, coronel.

El grupo se apartó, dejando a los dos contrincantes en el centro. Villar permitió que Menchaca se recuperara un poco y volvió a lanzar un derechazo. En esta ocasión, al profesor le dio tiempo de desviarlo y contraatacar, impactando en el pómulo del minero.

Debía dar muchos golpes como ese si quería tener alguna oportunidad, pero el guerrillero no se lo permitió. Resguardó la barbilla en el pecho y, con los hombros levantados y los codos junto al cuerpo, fue a por Menchaca. Derecha, izquierda; derecha, izquierda. Los golpes, como un martillo, machacaban a una víctima ya entregada que no oponía resistencia.

—Villar, necesitamos al profesor —intervino el coronel, dando por terminada la contienda.

Cornín, con un último puñetazo, terminó la desigual pelea, se enderezó, escupió sobre aquel guiñapo y se alejó sin mirar atrás.

⁂

Domingo, 19 de marzo de 1944
Berlín, Alemania

Echada en la cama con la mirada indiferente, perdida en el techo de la habitación, Libertas se movía con las sacudidas de su sofocado y sudoroso amante, que la aplastaba.

—¿Te gusta, pequeña zorra? —balbuceaba en su oído.

—Sí, sí, querido, sigue, sigue. Más fuerte.

—¿Así? —gruñó el hombre, empujando con toda su fuerza.

—¡Oh!, ¡sí, sí! —fingió Libertas, mirando desapasionadamente la foto de bodas que aquel cerdo tenía sobre la cómoda.

Con un último mugido, el hombre se vació dentro de ella y se tumbó a su lado.

—Ha sido maravilloso, querido —ronroneó Libertas, apoyando la cabeza en el pecho húmedo de él.

El general Prutzmann de las Luftwaffe trataba de combatir la somnolencia que le había entrado después del esfuerzo. A sus cincuenta y ocho años creía ser una bestia sexual, y sus conquistas, que nunca hubiese pensado que se debían a sus galones, eran numerosas.

Le gustaban las mujeres cercanas a la treintena, guapas, tersas y suaves, que aún no hubiesen empezado a marchitarse y a las que no hubiese que enseñar los juegos de alcoba. Y, si estaban casadas, que normalmente lo estaban, mejor que mejor.

Había conocido a la señora Scholl en una de aquellas fiestas a las que acostumbraba a asistir, a la caza de hembras a las que conquistar. Al principio le había parecido una frígida aristócrata, casada con uno de aquellos malditos nuevos ricos que habían medrado en el partido y que, a buen seguro, no sabría follarla. Prutzmann había decidido que aquella hembra perdería su altivez una vez pasara por su tálamo.

La muy perra se había hecho de rogar durante semanas, algo a lo que el general no estaba acostumbrado, y había terminado por convertirse en una obsesión. Prutzmann soñaba con tener aquel pequeño cuerpo debajo del suyo, con su rostro angelical y distante contraído en un gesto mezcla de placer y dolor.

La ocasión se había presentado, inesperadamente, una tarde en la que, fruto del azar, ella había elegido dar un paseo por delante del Ministerio del Aire, en la céntrica Wilhelsmtrasse, donde se situaban todas las sedes del gobierno, justo cuando Prutzmann abandonaba el edificio.

La mujer se había sorprendido mucho de tal coincidencia y había accedido amablemente a su invitación para tomar un *schnapps* en una conocida cafetería. Durante algo más de una hora, la perra había desechado, con una desvaída risita, cuantos requiebros y alusiones malgastara Prutzmann, enervando aún más al general.

Casi al final de la improvisada cita, la señora Scholl le había confesado que estaba un poco inquieta. Una muy buena amiga a la que debía muchos favores le había pedido uno a ella: su padre trabajaba en un proyecto secreto, y no sabía nada de él desde hacía meses. Estaba muy preocupada y rogaba a Libertas que averiguara si la precaria salud de su padre se había resentido a causa de tanto trabajo. Pero Libertas no tenía la menor idea de cómo satisfacer el deseo de su amiga.

Prutzmann supo enseguida que aquella era su oportunidad. ¡Por supuesto que él entendía la inquietud de la señora Scholl! Un buen amigo lo es todo. Y Prutzmann quería convertirse en un gran amigo de la señora Scholl. Llevaría a cabo unas discretas averiguaciones y encontraría al tal Steiner para la señora Scholl.

A la muy puta se le había iluminado el rostro al saber que Prutzmann se ocuparía personalmente del delicado asunto. El general no podía ni imaginar cuán agradecida le quedaría ella si pudiera hacerle un favor tan grande, había dicho la mujer, posando delicadamente una de sus blancas y pequeñas manos sobre la de Prutzmann, en un contacto que provocó en este deseos de poseerla allí mismo, sobre la mesa de la cafetería.

Para su sorpresa, la información fue más difícil de obtener de lo previsto. Pero, una vez resuelto el problema, no había tardado en concertar una cita en su propio domicilio, algo a lo que la zorra había accedido. El general sospechó que el asunto del padre de la amiga no había sido más que una excusa, innecesaria, por otra parte, para que se la follara. Pero las aristócratas

eran así de caprichosas. Ahora la señora Scholl tendría que ganarse su premio. Se llevaría una buena sorpresa…

Pero el sorprendido había sido él.

Con todas sus mojigaterías y sonrisas insípidas, aquella zorra no había tenido remilgos para dejarse llevar al dormitorio en cuanto Prutzmann le dejó claro que la información tenía un precio.

Le había bajado el pantalón del uniforme y, de rodillas, se la había metido entera en la boca. ¡Entera! De un solo bocado y sin protestar. Después, lo había mantenido en vilo jugueteando con ella lentamente, hasta que el Prutzmann se volvió loco y la agarró con sus manazas para incrustársela hasta el fondo de la garganta.

Pero ella era muy hábil, y se había escapado. Le había pellizcado en el escroto dolorosamente, hasta el punto de que se le había bajado la tumefacción, y, cuando iba a pegarla, había comenzado el juego de nuevo, una y otra vez.

—Dime, querido, ¿te gusta? —había preguntado Libertas, masajeándosela.

El general se comportaba como un venado en celo y solo quería descargarse en su boca, pero ella no se lo permitía, algo a lo que él no estaba acostumbrado.

—Tienes algo para mí, ¿no es cierto?

—Sí…, sí. Pero termina primero.

Ella se puso en pie con una risa cantarina y se subió a la cama.

—No, no, niño malo. Dime primero dónde está.

—No puedes verlo. Está encerrado en uno de nuestros laboratorios. Nadie, ni siquiera yo, puede entrar allí.

—No olvides que soy la hija del duque de Eulenburg y Hertefeld —había contestado Libertas, desnudándose y tumbándose en la cama provocativamente—. Dime, ¿dónde está ese laboratorio?

Prutzmann había seguido el movimiento de apertura de aquellas piernas que escondían la promesa de un tesoro divino.

—En Berlín. En los sótanos del Instituto Otto von Bismarck. Pero no podrás entrar. Ni los que trabajan allí saben que está. Olvídalo. Dile a tu amiga que el *mischlinge* ha muerto. No es buena idea ir preguntando por el paradero de esa gentuza, aunque sean solo medio judíos.

—Se lo diré, querido. Ahora ven aquí, y hazme gozar.

—Nunca digas cómo lo supiste —había suplicado el general, ya arrepentido por haber desvelado información secreta. La lucha entre su

cerebro y su entrepierna estaba siendo brutal—. Podrían colgarme.

—Nadie lo sabrá —susurró ella—. Ahora, ¡tómame!

⁂

Después de que su primo Leopold le llevara el encargo, Libertas había pasado varios días pensando en cómo llevarlo a cabo. Conocía a mucha gente en Berlín, toda bien situada, pero tenía que saber elegir. No podía ir pregonando por ahí que estaba buscando a un científico judío desaparecido.

Al final se había decantado por un funcionario afiliado al partido que se vanagloriaba de tener amistad con los personajes más influyentes de la sociedad germana.

El funcionario, un arrugado y baboso tipejo, estaba enamorado de Libertas desde que asistiera a una de las primeras fiestas ofrecidas por su marido, cuando este había intuido que los nazis llegarían irremediablemente al poder. Con el tiempo, había ido ascendiendo dentro del partido y se había vuelto más osado. Ahora no ocultaba su deseo de poseer a Libertas, y se tomaba el atrevimiento de visitarla con cierta regularidad, siempre cuando su marido no estaba en casa.

Libertas había comprendido que el tipejo nunca se atrevería a ponerle la mano encima si ella no le daba permiso, y que siempre lo tendría a sus pies, si sabía trabajárselo. Desde entonces, se había convertido en una de sus principales fuentes de información, ya que siempre estaba enterado de las cosas que se cocían en el Reich.

Quizá no supiera dónde estaba Steiner, pero sabría cómo buscarlo, y, si el premio era jugoso, y a Libertas no se le escapaba que tendría que serlo, quizá lo averiguase para ella.

Tres días después de la fiesta, su marido tuvo que dejar Berlín por negocios y, como previera, aquella misma tarde apareció el funcionario a presentarle sus respetos. Libertas lo trató con más suavidad que en otras ocasiones y le explicó que el padre de su buena amiga Brunhilde Steiner, que vivía en Suiza, trabajaba para los alemanes. Este hombre era un *mischlinge*, pero, aunque los medio judíos no tenían trabajo en Alemania, su amiga insistía en que se trataba de un prestigioso científico y que trabajaba en un proyecto secreto. Algo de una bomba nueva.

La última frase la había dicho en un susurro, muy cerca del rostro del funcionario, como dos conspiradores.

El caso era que su amiga estaba muy preocupada, porque no tenía noticias de su padre, y le había pedido a Libertas que lo buscara para saber si se encontraba bien, ya que era mayor y de salud delicada. Libertas no podía negar nada a su amiga, pero una mujer tonta como ella no sabía dónde buscar a un científico. Si hubiese alguien que pudiera ayudarla, Libertas le estaría muy agradecida.

No había hecho falta nada más para que el funcionario picara. ¿No sabía Libertas que él era amigo personal de Karl Wirtz, un gran genio alemán de la física, piropeado por el propio Hitler?

Libertas no tenía ni remota idea de quién era Wirtz, pero abrió mucho los ojos, como si estuviese impresionada. Muy contenta, le dio un sonoro beso en la mejilla y lo plantó en la puerta de la calle, ruborizado y aún más enamorado. Si el funcionario podía obtener la información, no tardaría en regresar.

Al día siguiente volvió. Traía un ramo de flores, su mejor traje y unas latas de *delicatessen* conseguidas de estraperlo. Libertas ignoró el mal gusto del funcionario y le preguntó si tenía noticias para su amiga.

El funcionario, en cambio, tenía otras intenciones. Quería «cobrar» por adelantado. Libertas, temiendo que no trajera ninguna información, lo había amenazado con repetir ciertas conversaciones del pasado ante alguno de sus amigos de las SS, que se mostrarían muy curiosos por conocer la fuente de información considerada secreto de estado.

El tipejo se había derrumbado y había hablado lloroso sobre cómo era tratado. Karl Wirtz no tenía a ningún judío ni a nadie llamado Steiner en su laboratorio.

El gesto de fastidio de Libertas debió de ser evidente, porque el hombre, pensando que aún podría acostarse con Libertas si le ofrecía algo, añadió presuroso que el de Wirtz no era el único equipo que investigaba en Berlín. Heisenberg también trabajaba en una nueva arma. Quizás él tuviera a Steiner.

Libertas lo despidió de mal humor, pese a las lamentaciones del funcionario, y le advirtió que si no se olvidaba de cuanto había sucedido entre ellos iría a hablar con las SS.

Cuando dos días más tarde regresó Raymond, lo hizo muy contento Había estado en una de sus fábricas de los Sudetes que estaba dando dinero a raudales. Sentados a la mesa, había dado todo lujo de detalles sobre la fortuna que estaban haciendo, manifestando su deseo de que la guerra se alargara al menos dos o tres años más.

Libertas lo había dejado hablar antes de sacar el tema.

—Querido, ¿recuerdas al doctor Heisenberg? Creo que lo invitaste en una ocasión.

—Lo conozco. ¿Le ha sucedido algo?

—No, no que yo sepa. Verás, querido…

Libertas le contó la misma historia de la amiga preocupada por la salud de su padre, sin darle el nombre del científico, sabiendo que su marido podía tratar de usar de algún modo esa información. Raymond, al que la elaborada cena le había puesto de mejor humor aún, y con la conciencia un poco turbia por la visita a una de las mejores amigas de su esposa, accedió a indagar, discretamente, eso sí, si tenían algún científico judío trabajando en su instituto.

La noche siguiente, mientras repetían el ritual de la cena, Raymond, maquinando alguna excusa para visitar aquella noche a la amiga de su mujer, quiso contentar a Libertas con lo que había averiguado. Ningún judío trabajaba ni trabajaría para Heisenberg.

—Quizás esté con un tal Wirtz, o con la Luftwaffe.

—¿Con la Luftwaffe? —había preguntado extrañada Libertas.

—Sí. Parece ser que también participa en ese proyecto. No te creas, querida, que nuestro querido mariscal Göring está mano sobre mano. Tiene ambiciosos proyectos, y ese es uno. En cualquier caso, no creo que pueda ayudarte más. Tendrás que decirle a tu amiga que no has podido encontrarlo.

Libertas había dado un distraído beso en la mejilla a Raymond cuando este le anunció que tenía que salir. Ella conocía de sobra la aventura de este con su amiga, pero carecía de importancia. Que fuera a revolcarse por ahí. Así la dejaría tranquila a ella. ¿Quién, entre sus conocidos de la fuerza aérea, podría servirle?

A la mente había asomado un rostro. El rostro de un hombre de mirada lasciva que llevaba varias semanas persiguiéndola, desde que la conociera en una de tantas fiestas a las que acudía. El rostro de un general de la Luftwaffe que le conseguiría cierta información si pretendía gozarla.

⁂

Schlüter abandonó enojado el despacho del mayor Töpfer. El ojo le lagrimeaba por la tensión. Llevaba días casi sin dormir. Desde que le dieran la investigación, casi no había visto a su mujer y sus hombres protestaban cada

vez más. Doblar turno, ir de un lado para otro y seguir pistas que resultaban ser falsas.

Había revisado primero todos los expedientes prometedores que la Gestapo almacenaba y ahora trabajaba sobre el resto: montañas de papeles, informes, fotografías, declaraciones… Su equipo pateaba las estaciones, hoteles y pensiones con la ya arrugada foto de Brown para ver si alguien lo reconocía. En ocasiones, alguien aseguraba haberlo visto, pero no podía decir dónde ni cuándo. Otras veces eran los mismos policías o los soplones quienes daban la alarma, pero siempre resultaban callejones sin salida.

Y ahora esto. Töpfer le había llamado para preguntarle cómo iba la investigación. ¿Cómo creía él que podía ir, si no tenía prácticamente ninguna información? Claro que se había callado y se había limitado a contestar que continuaban con ella.

Entonces Töpfer le había sorprendido al preguntar, con enfado, por qué estaban persiguiendo a varios eminentes científicos. A Schlüter le parecía evidente, pero había explicado pacientemente que los aliados tal vez buscaran a uno de ellos.

—O tal vez, no —había contestado Töpfer de malas maneras—. Dígame, inspector, ¿tiene algún motivo para pensar que pueda tratarse de uno de ellos?

—Señor, he consultado con un experto en el tema y me ha dicho que estos hombres son los que interesarían a los enemigos.

—No me interesa lo que diga «su experto». Interrumpa la vigilancia de inmediato y ponga a sus hombres a trabajar. Quiero resultados, y los quiero para ayer. ¿Queda claro, inspector?

Schlüter se sentó ante su escritorio y enterró la cabeza entre las manos. Estaba agotado. No tenía nada. Aunque aquellos científicos engreídos se habían quejado de la presencia alarmante de sus hombres, reconocibles a la legua por sus largos abrigos de cuero, no tenía pensado retirar la vigilancia. Hablaría con Dinter y con Bachmann para que fuesen más sutiles. «Invisibles» era la palabra. No podía permitirse más quejas ni abandonar uno de los dos únicos hilos de investigación que mantenía tendidos.

Capítulo XIV

Sábado, 25 de marzo de 1944
Brecon Beacons, Gales

—Ocho, listo.

—Siete, listo.

—Seis, listo.

Alineados en el lateral del portillo, el comando se preparaba para un nuevo salto desde el C-53. La luz aún seguía roja, pero enseguida cambiaría a verde y saltarían. Aquel sería el décimo salto en cuatros días y el primero del sábado.

—Cinco, listo.

—Cuatro, listo.

Antes de subir al avión, Brown les había dado las instrucciones. Iban a ser lanzados cerca de Bewdley, a unos ochenta kilómetros de la improvisada base en la que se ejercitaban desde que bajaran de las montañas, y tenían que regresar cargados con las pesadas mochilas. La noche anterior había sido luna nueva y, cuando cayera la tarde, no podrían ver nada, así que debían darse prisa.

—Tres, listo.

—Dos, listo.

—Uno, listo.

El último en dar la señal había sido Pickeray, que ya asomaba por la puerta esperando la indicación del navegador. Eran las siete de la mañana y el frío era intenso. Abrigados con sus ropas lo mejor posible, todos ellos estaban deseando tomar suelo y ponerse a andar para entrar en calor.

El navegador del avión no perdía ojo de la luz. No sabía quiénes eran aquellos hombres ni le importaba. En cuanto se arrojaran, cerraría el portillo y regresaría a la base para recoger a otro grupo, bastante más numeroso, y volver a despegar. Se acercaba la invasión, y los paracaidistas resultarían determinantes, así que era necesaria una instrucción sin descanso.

Por fin la luz cambió a verde y el navegador gritó por encima del fragor de los motores:

—¡Fuera!

Pickeray sacó su enorme corpachón por el hueco y se arrojó sin pensárselo. Los siguientes fueron Weidenfeld, que no paraba de protestar; Gardner, inquieto desde que el avión despegara, y luego Villar, Riggs y Menchaca, este descompuesto por las sacudidas del aparato. Por último se lanzaron Von Weizsäcker, que había pilotado hasta que se acercaron a la zona de lanzamiento para refrescar cómo se manejaba un avión, y Brown.

—¡Buena suerte, coronel!

Las palabras del navegador resonaron en los oídos del oficial americano mientras caía al vacío. Provenía de una escuela de paracaidismo, de donde le habían sacado para aquella misión, y el lanzamiento no le producía ya más emoción que un hormigueo en el estómago en los primeros instantes, hasta la sacudida al abrirse la tela.

Gozando de la tranquilidad del momento y, a pesar del frío, el oficial miraba al resto de sus hombres, que descendían con las mochilas colgando de una cuerda atada a un tobillo para que no molestasen. Pronto los primeros tocaron suelo y se levantaron rápidamente para evitar que el paracaídas cogiera aire y los arrastrara.

Luchando con las telas, los hombres hicieron un lío con ellas y las metieron en las mochilas, que se colocaron a la espalda antes de correr a reunirse con los demás.

—Bien, caballeros —dijo Brown en cuanto estuvieron todos juntos—. Tenemos un largo camino por delante, así que será mejor que nos pongamos en marcha. Gardner, use su brújula. Usted nos guiará en la primera etapa.

Los días anteriores, el coronel les había dado unas lecciones de cómo utilizarla. Pickeray y, sobre todo, el piloto alemán no necesitaban explicaciones y ayudaron a los menos hábiles. Ahora, sabiendo dónde se encontraban y el punto al que se dirigían, cualquiera de ellos era capaz de llegar sin perderse.

El sicario se puso en cabeza y el grupo comenzó a andar en silencio. No había razón para desperdiciar fuerzas hablando a aquellas horas, ya tendrían tiempo, según avanzara la mañana, para distraerse de la monotonía con algún comentario. Entretanto, el ritmo sería elevado.

Brown cerraba la marcha y, de vez en cuando, comparaba los cálculos de Gardner con los suyos propios. No había mayor problema mientras los

campos permitían la marcha en línea recta, pero cuando se desviaran sería necesario usar el reloj y hacer los cálculos para corregir la desviación.

Tres horas después, hicieron una breve parada cerca de un riachuelo, y entonces fue Comadreja quien los guio. A lo largo de la jornada todos tuvieron la oportunidad de guiar al grupo, incluso quien no era muy bueno calculando, como Riggs.

Al mediodía ya habían cubierto la mitad del camino, y el coronel dio la orden de detenerse para almorzar en un sembrado en barbecho a la orilla del camino. Los hombres se sentaron en el suelo y sacaron de sus mochilas unas latas de provisiones y las cantimploras con agua.

Weidenfeld había encontrado una piedra plana que delimitaba la senda y se había desplomado encima tras quitarse la mochila, que le tenía los hombros molidos. Soltó las cinchas que la cerraban y sacó su comida y un tenedor, disponiéndose a comer, mientras se lamentaba, una vez más, por su suerte.

—¿Puedo sentarme aquí?

Comadreja levantó sorprendido la mirada para encontrarse con la de Riggs.

—¿Por qué no? Ponte cómodo, muchacho.

Aunque Weidenfeld había tratado de contestar con desenvoltura, lo cierto es que la respuesta tenía un tono de cierta cautela. Desde la pelea, no se habían vuelto a dirigir la palabra, y Comadreja había hecho lo posible por no cruzarse con Gato.

—Vaya, cuando termine todo esto, espero no tener que volver a probar estas latas —dijo Riggs con embarazo. No le gustaba demasiado hablar.

—Tendrías que haber probado lo que nos servían en la base.

—Coincidiste con el coronel allí, ¿no?

—En mala hora —asintió con pesar Comadreja—. ¿Cómo iba yo a imaginar que me haría esto? Tendría que haber matado a ese hijo de perra cuando tuve ocasión.

—Nunca he estado en el ejército, pero imagino que no se comería peor que en el hospicio donde crecí.

—Sí, la comida del gobierno siempre es una bazofia —contestó Weidenfeld, mirando de reojo a su compañero mientras rascaba el fondo de la lata, un tanto desconcertado por las confidencias.

—Allí me llamaban Tommy, ¿sabes? —contestó Riggs, sin levantar la mirada de su comida.

Weidenfeld se quedó mirando a su compañero. Él lo había llamado por el diminutivo para fastidiarlo, pero estaba claro que a Gato le traía recuerdos

desagradables. Sin embargo, a pesar de su agresiva respuesta y de derrotarlo en la pelea, se había tomado la molestia de acercarse a él, y fue esto lo que más había conmovido a Comadreja.

—¿Fumas? —preguntó al ladrón, sacando un par de puros cortos que había escondido en el Descanso del Corzo para las grandes ocasiones.

—No, gracias.

—¿No? Pues mira qué tengo aquí. Chocolate. ¿Un trozo, Thomas?

—¡Vaya, chocolate! Hacía tiempo que no lo probaba. Muchas gracias. ¿De dónde lo has sacado?

—Me lo traje. En estos tiempos es bueno para negociar. ¿Otro trozo?

—Gracias. Y puedes llamarme Tom.

A unos metros de distancia, suficientemente lejos como para no haber podido escuchar la conversación, Brown observaba la escena. Weidenfeld era el hombre más problemático y había caído mal al resto del comando. Que se hiciera amigo de Riggs podía resultar un peligro si ambos decidían escapar, pero quizá sirviera para que el estraperlista se integrara en el grupo.

—Coronel, me gustaría preguntarle algo, si no le molesta.

El que hablaba era Von Weizsäcker, que se había acercado con las manos en los bolsillos, no sabiendo si era el momento de importunar al oficial americano. Este le había dicho el día anterior que Otto, su hermano gravemente herido por las quemaduras, había empeorado, y el teniente alemán no albergaba demasiadas esperanzas.

—Verá, es sobre la película que nos puso en aquel hotel. No quiero que piense que lo trato de mentiroso, pero no consigo dejar de darle vueltas, ¿me entiende? En la guerra se hacen atrocidades. Cuando yo sobrevolaba Inglaterra y lanzábamos bombas, sabíamos que la gente moriría, pero no quiénes eran. No los veías saltar en pedazos. Simplemente era una carrera contra los cazas ingleses. Era como un juego. Cruzabas el Canal, llegabas a la costa y de repente te veías rodeado por aparatos más pequeños y manejables que el tuyo y tenías que tratar de no ser derribado y llegar a tu destino. Entonces abríamos la trampilla y las bombas caían, y tú intentabas ver si habías acertado en el blanco. Si lo lográbamos, nos poníamos a gritar como locos, nos reíamos de los cazas y regresábamos entre una lluvia de balas. Si fallábamos, maldecíamos nuestra suerte y no pensábamos más que en volver a por otro cargamento de bombas.

Brown dejó que el oficial alemán se explicara sin hacer ningún comentario. Desde que bajaran de la montaña, el piloto había mantenido varias conversaciones con él, pero siempre de asuntos ajenos a la guerra,

como la familia, las costumbres o qué tenían pensado hacer tras la guerra. Era la primera vez que Von Weizsäcker hablaba de la contienda.

—Sin duda, he matado a muchas personas —continuó Von Weizsäcker, mirando a lo lejos—. Pero no me siento un asesino.

—Somos soldados.

—Lo sé, coronel. Pero no me refiero a eso. Quiero decir que, aunque he matado a todas esas personas, nunca he disparado a alguien mientras lo miraba a los ojos, ¿me entiende? La gente que yo he matado no tiene rostro. ¿Usted ha matado a alguien alguna vez, coronel? Perdone… No debería haberle hecho esa pregunta.

—No se preocupe, y sí, sí lo he hecho. Tampoco ha sido en el fragor de una batalla, pero lo miré a los ojos.

—¿Y qué sintió?

—Nada. En aquel caso, era él o yo. Le tocó a él. ¿Qué le preocupa?

—Entiendo que nos matemos. Somos soldados, como usted dice, y, cuando nuestros gobiernos nos ordenan que acabemos con el enemigo, lo hacemos sin cuestionarnos si está bien o está mal. Puedo aceptar que un hombre mate para defenderse, o que en medio de la batalla cometa las mayores atrocidades. El miedo nos convierte en bestias: la venganza cuando atrapas a quien ha disparado contra tus compañeros; el linchamiento a los pilotos que han bombardeado tu ciudad, a quien te quiere expulsar de tus tierras o te roba cuanto posees. Yo mismo he sentido esa rabia cuando he visto cómo los disparos de los cazas segaban la vida de mi navegador, o de mi artillero. En esos momentos hubiese dado la vida por poder arrebatar la de nuestro enemigo con mis propias manos.

Brown aguardaba sin saber dónde quería ir a parar el alemán.

—Toda esta violencia es comprensible. Pero dígame: ¿quién puede matar de hambre a una persona? ¿Quién puede pegar un tiro en la cabeza a un niño? ¿Quién puede comer, fumar, charlar o reír mientras unas mujeres abrazan a sus hijos apiñados en un vagón camino del matadero, o en un camión donde se asfixian? ¿Quién es capaz de ver cómo montañas de cadáveres, solo hueso y pellejo, se apilan y arden, o se amontonan esperando que los metan en un horno?

El teniente estaba al borde del llanto mientras continuaba hablando. Algunos hombres se habían dado cuenta de lo que sucedía y escuchaban en un respetuoso silencio. Von Weizsäcker miraba a lo lejos, mordiéndose una uña, tratando de retener las lágrimas.

—¿Quién fue capaz de arrastrarla fuera de su casa, meterla en un tren como si fuese una res y llevarla a un campo del que sabía que nunca volvería a salir? ¿Quién la mantuvo allí, muerta de frío, de sed, de hambre, aterrorizada, sin saber qué iba a ser de ella y viendo cómo otros morían en sus manos? ¿Quién fue capaz de arrebatarle la vida y por qué? Jamás hizo daño a nadie.

Las lágrimas le resbalaban por la mejilla. Sus compañeros sabían que se estaba refiriendo a Eva, y el coronel americano mejor que nadie.

—¿Esas imágenes son reales, coronel? No se preocupe. Me vale lo que le han hecho a Eva para cumplir con mi palabra, pero necesito saberlo. ¿Son reales? ¿Hay hombres capaces de hacer eso? ¿Tantos hombres son realmente capaces de cometer esas atrocidades? ¿Y tantos otros guardan silencio sin rebelarse?

—No tengo las respuestas, teniente —repuso Brown encogiéndose de hombros—. No tengo motivos para creer que todo sea una farsa. No necesitaban engañarme para que aceptara esta misión. Soy un soldado. Y tampoco era necesario engañarlos a ustedes. Si usted no hubiese aceptado acompañarnos, hubiéramos encontrado a otro. El capitán, el profesor y Villar son voluntarios. Gardner, Riggs y Weidenfeld no tenían más alternativa. ¿Para qué tomarse todo ese trabajo?

Brown se quedó callado un momento mirando al suelo y, asintiendo con la cabeza añadió:

—Creo que todo lo que vimos es cierto. Como usted dice, la guerra saca lo peor de cada uno. Pero, además, Hitler y el Alto Mando alemán están locos. Y no hay nada peor que un loco con poder.

Von Weizsäcker no escuchaba, sumido en sus recuerdos.

—¿Sabe, coronel? Durante los cuatro años que estuve encerrado en el campo de prisioneros, soñé cada noche cómo sería mi reencuentro con Eva cuando terminase la guerra: yo aparecía de improviso, ella se echaba a llorar y me abrazaba, y al final yo también lloraba. Antes de dormirme recordaba su sonrisa y el brillo de sus ojos. Ella fue la que mantuvo mi ánimo, incluso cuando Otto llegó medio muerto al campo.

Brown dejó que el teniente continuara, dándose pequeños golpecitos en las botas con una ramita recogida del suelo.

—Ahora, desde que usted me enseñó esas fotos —dijo Von Weizsäcker, refiriéndose a las instantáneas en las que Eva aparecía en el campo de concentración—, no consigo recordarla como antes. Ya no sonríe ni sus ojos

brillan. Solo me miran vacíos. Ni siquiera se queja. Quizás esto sea lo peor de todo: que ni siquiera se queja.

El piloto alemán, atormentado, se levantó y se alejó.

—Caballeros, debemos continuar —dijo Brown poniéndose en pie—. Aún nos queda un largo camino. Villar, es su turno. Guíenos.

El guerrillero español se cargó la mochila con la agilidad que da la práctica y se puso en camino sin mirar la brújula ni comprobar si los demás lo seguían. Acostumbrado a moverse velozmente por las montañas de su tierra, puso un ritmo alto con largas zancadas, sin quitarse la pipa de los labios.

Brown guardó la retaguardia, como era costumbre, y el resto de los hombres se puso en marcha tratando de seguir al minero. Pickeray caminaba al lado del teniente alemán, y Menchaca lo hacía junto a Gardner, a los que cada vez se veía más compenetrados. Riggs y Weidenfeld se habían puesto en movimiento de los últimos, y Gato se rezagó aún más para emparejarse con el coronel.

—Disculpe, señor. He escuchado la conversación que ha mantenido con el teniente.

—¿También duda de que esas imágenes sean reales?

—No lo sé, señor. Quizá tenga usted razón —contestó Riggs, dando un pequeño brinco para acomodarse la mochila sobre los hombros—. Señor, ¿tan importante le parece acabar con los nazis? Verá. Cuando hayan acabado con ellos, habrá otros, y luego otros, ¿no cree? Aquí no tenemos nazis y también se maltrata al que es pobre. No sé nada sobre el mundo, señor, pero en todos los sitios el pobre es atropellado. Los ejércitos están para combatir por algo que no entienden que beneficia a los poderosos. Los soldados pierden la vida y no saben por qué. ¿Por qué no arriesgan la suya los hijos de los que mandan? Siempre van delante los que menos tienen, ¿no le parece?

—Los ejércitos defienden los intereses de sus países. Nosotros estamos aquí para expulsar a los alemanes de los pueblos que han esclavizado.

—¿Usted cree que los pobres de esos países viven peor con los nazis que con sus anteriores amos? Si invadieran Inglaterra, no creo que yo viviera ni mejor ni peor. Solo perderían los que ahora mandan. El ejército defiende los intereses de los que tienen tierras, dinero y sirvientes, cuando hay guerra. Cuando no la hay, es la policía quien se encarga de que el pobre siga siéndolo y que el rico no pierda lo que ha robado antes.

—Tiene mal concepto de la policía.

—¿No me cree, señor? Desde que recuerdo, siempre he visto a la policía pisotear a los más necesitados. Defienden la ley, dicen. ¿Pero qué ley? La que

han impuesto sus señores —razonaba Riggs como hablando consigo mismo —. «Roba un poco y serás un ladrón. Roba mucho y serás un rey». ¿Qué me pueden robar a mí, señor? No tengo nada. Y, cuando paso hambre y robo al que le sobra, la policía llega, me apalea y me mete en un calabozo para que me pudra.

—Usted no ha sido perseguido por su raza o por su religión —repuso Brown.

—No. He sido perseguido por ser pobre —contestó Riggs con rabia y, mirando de reojo al coronel americano, que se había quedado sin saber qué responder, añadió—: No se preocupe, coronel. Cumpliré mi parte del trato, solo quería charlar un rato.

El reservado muchacho, avergonzado por su atrevido y extenso discurso, aceleró el paso, adelantándose unos metros.

Brown meditaba, sorprendido, sobre lo que acababa de escuchar. Él era militar de carrera y, aunque a veces se planteaba las órdenes recibidas, nunca se había parado a pensar a quién protegía realmente. Levantó la mirada del suelo y encontró la de Weidenfeld, que sonreía con sarcasmo.

—¿Disfruta, Weidenfeld?

—Ya lo creo, coronel. No me hubiera imaginado que el muchacho tuviera tanta labia. Si no fuese porque usted es de piedra, diría que Thomas lo ha jodido.

—¿Eso cree? ¿Y le parece que está en lo cierto?

—El mundo es así, y no pierdo el tiempo en tratar de comprenderlo —repuso Weidenfeld encogiéndose de hombros—. No merece la pena llorar, ¿no le parece? Yo prefiero ver el lado bueno de las cosas. Solo vivimos una vez y hay que aprovechar cada momento. No intento rebelarme, pero tampoco me conformo con lo que me ha tocado. Cuando vives en un maldito tren, de un lado para otro, escapando de alguien que desea ver cómo las ruedas te parten por la mitad, no te importan los nazis, la política o a quién protege la policía. Coges lo que puedes y tratas de ser feliz. Aprendes a no guardar nada para mañana, porque quizá nunca llegue. ¿Los alemanes tienen esa bomba? ¿Y ustedes no? En algo tiene razón Riggs. Con nazis o sin ellos, yo seguiré buscándome la vida. No espero que nadie me regale nada, y desde luego yo no voy a regalar nada a nadie. Si ustedes quieren jugar a los soldaditos, adelante, pero no esperen que yo haga lo mismo.

—Creía que lo que había visto en la película le había afectado.

—¿Y a quién no? Soy de carne y hueso, coronel, no como usted. Pero no se me ha perdido nada allí. Si esos campos existen y alguien tiene que estar

dentro, mejor otros que yo. Hablan de miles de judíos masacrados. ¿No saben ellos luchar? ¿Por qué debería yo tener que ayudarlos si se dejan matar como borregos? ¿Vendrían ellos a salvarme a mí?

—Esa bomba podría matarlo.

—¿Y? He disfrutado todo lo que he podido. Algún día me tendrá que tocar. ¿Dónde está la diferencia? Si trato de escapar, usted me pegará un tiro. Si me niego a acompañarlo, me colgarán. Si voy con usted y me atrapan los alemanes, me matarán también. Morir solo o con otros cientos de desgraciados, qué más da.

—¿No le resulta interesante morir por una buena causa? —preguntó Brown, sin perder la sonrisa ante el cinismo del estraperlista.

—¿Una buena causa? No me haga reír. Usted quiere decir *su* causa. La única buena que conozco es la mía. No me asusta morir, pero tampoco tengo prisa.

Con una risa cascada, Comadreja se adelantó hasta ponerse a la altura de Riggs, y continuaron la marcha juntos.

Brown siguió andando en solitario, reflexionando sobre todo lo hablado. Cada uno de aquellos hombres tenía su propia historia, y resultaba arriesgado juzgarlos a la ligera. Desde la retaguardia veía cómo avanzaban penosamente con sus mochilas, en las que, además de los paracaídas y las piedras, cargaban con su pasado.

Ya había oscurecido hacía unas horas cuando llegaron al campamento. Los hombres, agotados, arrojaron al suelo las mochilas y se tendieron sobre la hierba con suspiros y palabras de alivio. Solo Pickeray y Villar daban la impresión de encontrarse más enteros. El mismo coronel americano tuvo que descansar un buen rato antes de poder volver a tomar el mando.

—Caballeros, les aconsejo que descansen. Mañana tendremos que salir temprano. Les prometo que será una marcha mucho más corta que la de hoy y no llevaremos mochilas. Además, estoy seguro que les gustará lo que haremos después.

⁂

Como avisara el coronel, se levantaron pronto y, después de tomar el desayuno, Brown los reunió para mostrarles el plano de una ciudad.

—Presten atención —dijo Brown, dejando el plano encima de la hierba cuando todos hubieron tomado asiento en el suelo a su alrededor.

Manteniéndose en pie, señaló con una rama delgada y larga un punto en el papel—. Esto es Brecon, a veinte kilómetros al norte de aquí. Una ciudad de cinco mil habitantes. Está en un terreno llano rodeado por colinas, a la orilla de un canal. Les he señalado algunos de los edificios más importantes: la catedral, el castillo, el ayuntamiento y el hospital. Al este de la ciudad, hay una ciudadela militar donde se encuentra la Escuela de Infantería británica.

Los hombres miraban cómo el coronel señalaba, moviendo el palo según explicaba.

—Nos pondremos en marcha hacia Brecon y nos detendremos en este punto, desde el que se domina el centro de la ciudad y el canal. Allí nos dividiremos en cuatro grupos. El objetivo es el Ayuntamiento. Cada grupo entrará por un punto en Brecon sin ser detectado. Nos esconderemos y, cuando anochezca, entraremos en el Ayuntamiento, robaremos la bandera del balcón y nos marcharemos, siendo este de aquí el punto de reunión. ¿Preguntas?

—¿Llevaremos armas? —preguntó Comadreja con su inconfundible ronquera.

—No. No serán necesarias. Recuerden que el objetivo es llevar la misión a cabo sin ser detectados.

—Bueno, coronel. Creo que, en cuanto entremos en la ciudad vestidos así y sin armas, no tardaremos en ser detectados, ¿no le parece?

—Tiene razón, Weidenfeld. Por eso su función será proveernos de ropa de civil por el camino.

—¡Eh! —protestó indignado el estraperlista—. ¿De dónde espera que saque ropa para ocho personas? En todos estos días no he visto ninguna tienda de moda por aquí.

—No se preocupe, seguro que nos sorprende. ¿Más preguntas?

—¿Hay tropas en la ciudad, coronel? —preguntó Gardner.

—Sí. Veremos tropas en instrucción, soldados de permiso, policía militar…

—¿El Ayuntamiento, especialmente?

—El interior no. Es un edificio pequeño y las tropas no lo han tomado. Pero, frente a él, en la plaza, suele haber policía militar, para evitar desórdenes cuando los soldados salen de permiso.

—¿Cuáles serán los grupos? —preguntó Weidenfeld.

—Se los haré saber en cuanto lleguemos al punto de partida. Ahora, si no hay más preguntas, examinen bien el plano y prepárense para salir. Lleven

alguna mochila con comida y agua. Nos servirán para guardar los uniformes en cuanto Weidenfeld nos consiga ropa.

La marcha fue silenciosa. Aunque iba a ser corta y sin la carga adicional que suponían las mochilas llenas de piedras, a los hombres no se les escapaba que iban a poner sus vidas en peligro. Si eran atrapados o confundidos con espías, quizá las explicaciones llegaran demasiado tarde.

Durante los primeros diez kilómetros no vieron más que el paisaje de las últimas semanas: praderas de hierba con nieve, árboles, riachuelos; todo desierto, sin presencia humana. Poco después divisaron la primera granja. Del tejado salía humo. Se oía ladrar a unos perros y alguien que gritaba para que se callaran. Weidenfeld, azuzado por Brown para que no tardara, se encaminó hacia la granja.

Diez minutos después, Comadreja regresaba con una lona embreada al estilo de las que usaban para protegerse de la lluvia, pero de color negro ajado, unas botas altas llenas de barro y de estiércol, un gorro de lana agujereado y un hacha. Cuando reiniciaron la marcha, sacó de debajo del poncho un pastel de carne recién hecho, que repartió con gran alborozo por parte de sus compañeros.

Un par de kilómetros después, distinguieron un establo cochambroso que serviría para guardar ovejas. Un perro ladró en cuanto se acercaron, pero no vieron a nadie. Weidenfeld se dirigió hacia el cobertizo para probar fortuna y regresó con una manta de lana que despedía un hedor insoportable, un serrucho y unas botas altas para trabajar en el campo.

Hasta llegar a las afueras de Brecon encontraron dos granjas más y tres cobertizos, y de todos robó el estraperlista algo, mientras el resto del grupo se alejaba para no ser vistos por los propietarios. De la última, Weidenfeld regresó corriendo mientras se escuchaba un tiro de una escopeta, y el comando escapó a todo correr entre risas.

—Reíos, cabrones, pero un perro casi me arranca una pierna —protestó furioso Comadreja cuando ya se habían puesto a salvo, mostrando una pequeña herida que sangraba en el pantalón roto del uniforme.

—Por el agujero debía de ser un perro muy pequeño —dijo Gardner.

—Sí, sí. Ríete, pero la próxima vez vas tú, desgraciado.

Cuando llegaron a una colina, al sur de la ciudad, desde la que se divisaba Brecon, el comando ya estaba equipado. Pickeray y Menchaca llevaban cada uno un poncho; Villar tenía la manta hedionda, a la que le habían hecho un agujero para pasar la cabeza, y botas altas, y el alemán un jersey lleno de remiendos con un pantalón de paño de color indefinido. Brown vestía una

chaqueta que le quedaba un poco pequeña y unos pantalones de pana; Riggs, una gabardina de mujer y botas altas; Gardner, un chaquetón del ejército, al que le habían arrancado los distintivos y habían pasado por el barro, y unas botas embarradas. Weidenfeld se había reservado para él un chaquetón abrigado con cuello de oveja y un pantalón de paño marrón.

—Bien, caballeros. Eso de allí es Brecon. Entre nosotros y el objetivo está el canal. Villar, usted y Weidenfeld cruzarán el canal por el este. A medio kilómetro deberán encontrar un lugar más estrecho por el que vadearlo. Profesor, usted y Gardner lo harán por el oeste, antes de llegar a la presa. Capitán, usted y el teniente lo harán por ese puente de ahí, media hora después de que hayamos cruzado Riggs y yo. Cuando hayan llegado a las inmediaciones de la plaza, escóndanse y esperen a que sean las siete y media, hora en que anochecerá. Entonces diríjanse a esta esquina de la catedral. No habrá luna, eso nos beneficiará. Procuren no hacer ningún ruido.

Los hombres miraron los relojes que Brown les había entregado para sincronizarlos.

—Oscurecerá dentro de una hora. Profesor, Gardner, Weidenfeld y Villar, ustedes vayan a sus puntos y esperen a que haya menos luz para cruzar el canal. Los demás esperaremos aquí.

—Weidenfeld —dijo Gardner cogiendo del brazo al estraperlista cuando se disponían a separarse—. Esta ciudad es demasiado pequeña para que alguien desaparezca. No quisiera tener que ir a buscarte.

Siguiendo las órdenes del coronel, los hombres se alejaron para ocupar su sitio y los que se quedaron se escondieron en un grupo de árboles, esperando a que bajara el sol.

Cuando llegó la hora, Brown se puso en pie y, acompañado de Riggs, cruzó el puente, dejando atrás a Pickeray y Von Weizsäcker. Por la calle no encontraron a casi nadie, salvo soldados de permiso y algunos vehículos del ejército. La mayoría de los habitantes de Brecon estaban enrolados, y allí solo quedaban mujeres, ancianos y niños, en su mayoría. Brown se dio cuenta de que dos hombres juntos despertarían sospechas, de forma que mandó a Riggs que lo siguiera desde lejos.

No tardaron en llegar a la plaza del Ayuntamiento, donde se encontraba la patrulla de la policía militar. Vieron un cartel en el que ponía «herrería» en el bajo de una casa y, asegurándose que nadie los estuviera mirando, se colaron por una ventana, dispuestos a esperar.

Entretanto, Gardner y Menchaca habían subido hasta la presa y por allí cruzaron al otro lado. Encontraron una caseta con unas barcas. Dentro había

un par de cañas de pescar y unas cestas, de las que se apropiaron. Servirían para disimular mejor. Con ellas al hombro, buscaron la plaza y se detuvieron en una casa en ruinas, una manzana antes.

Pickeray y Von Weizsäcker esperaron la media hora convenida y cruzaron el puente escondiéndose entre las sombras, que ya eran alargadas. Caminando cerca de las fachadas, llegaron hasta el portal de una casa de dos alturas y subieron hasta el rellano del último piso, confiando en que los propietarios ya se encontrarían dentro y no volverían a salir aquella noche.

Weidenfeld y Cornín llegaron hasta el estrechamiento en el canal, pero había bastante agua y tuvieron que ir tirando piedras de la orilla para pasar por encima sin mojarse en exceso. Cruzaron y se entretuvieron un rato, con el hacha y la sierra que Comadreja había robado, cortando ramas, con las que hicieron un atado que se echaron al hombro, y entraron en la ciudad sin más disimulo por la calle principal.

Al llegar a la plaza, escondieron en un callejón el atado y las herramientas. Villar buscó un sitio para resguardarse, pero Comadreja, con una sonrisa, le mostró unas monedas y con un gesto elocuente le indicó una taberna que daba a la plaza.

Al dar la hora convenida, todos se pusieron en marcha hacia el punto de encuentro. Riggs se subió a los hombros de Pickeray y alcanzó el alféizar de una ventana del Ayuntamiento. Con el puño envuelto en el gorro de lana, rompió el cristal, que cubrió primero con la chaqueta de Brown para reducir el ruido. Luego, lo abrió y se coló dentro, seguido por Weidenfeld, Gardner y el teniente alemán, mientras los demás vigilaban los alrededores.

Quince minutos después, los intrusos volvían a salir por donde habían entrado. En cuanto tocaron suelo, se dispersaron otra vez y se dirigieron con el máximo silencio a las salidas de la ciudad.

—Caballeros, he de felicitarlos —dijo Brown de vuelta en el campamento, mostrando la bandera, mientras daban comienzo a la cena con buen humor. En el trayecto se habían escuchado risas y comentarios alegres de buena camaradería—. La operación ha sido un éxito.

—Quiero añadir, coronel, si me lo permite —dijo Comadreja, levantándose de la piedra en la que estaba sentado—, que esto merece un brindis. Y ya que usted no ha tomado las medidas para que tuviéramos con qué brindar, me he molestado en agenciarme un par de botellas.

De una de las mochilas Weidenfeld sacó botellas, un jamón, varios embutidos, latas de conserva y otros productos que los hombres recibieron con gran júbilo. Algunos se levantaron para estrechar la mano del

estraperlista, que, con una sonrisa de oreja a oreja, se había sacado un enorme puro de un bolsillo.

—Señores —dijo alzando la voz con el puro entre los labios—. A la salud del Ayuntamiento de Brecon y de su alcalde, que nos ha honrado con esta cena.

⁂

Martes, 28 de marzo de 1944
Cuartel General de la Gestapo, Berlín, Alemania

—¡Inspector!, ¡inspector…!

Klaus Schlüter se dio la vuelta para ver quién lo llamaba con tanta insistencia. El subinspector Dinter llegaba corriendo con un papel en la mano. Aquel hombre no era del agrado de Schlüter, que lo consideraba un psicópata al que le encantaba atormentar a los detenidos.

—Inspector —dijo Dinter, sin dejar de masticar lo que fuera que tenía en la boca—. Ha llegado esto hace un rato para usted.

Schlüter tomó el papel sin decir nada y le echó un rápido vistazo.

—¿Cuándo ha llegado? —preguntó alarmado.

El subinspector, que ya se alejaba, se giró sorprendido por el tono de voz de su superior.

—Hace una hora más o menos, inspector.

—¿Y por qué no me lo han comunicado inmediatamente?

—No estaba usted aquí, inspector.

—Había dejado recado de que me encontrarían en mi casa si era necesario.

—No lo sabía, señor. No pensé que fuese urgente.

Schlüter, maldiciendo la estupidez de aquel tipo, corría ya hacia la salida. Cuando bajaba las escaleras, se encontró con el sargento Bachmann, un tipo serio y trabajador, mucho más de su agrado.

—Inspector —dijo el sargento, agitado—, han detenido en Hamburgo a una espía que…

Schlüter le tendió el papel que le acababan de entregar.

—Lo sé. Llame a Hamburgo y asegúrese de que la tienen bien vigilada. Después baje a la calle. Vendrá conmigo.

Al llegar al cuartel general de la Gestapo, había visto salir al mayor Töpfer y se había agachado a atarse los cordones de los zapatos para no coincidir con él. Ahora confiaba en darle alcance. Podía tomar un coche para ir a Hamburgo, pero sería mejor contar con la autorización de su superior.

—Conduzca usted —ordenó Schlüter cuando el sargento bajó a buscarlo.

Töpfer no se había mostrado impresionado cuando Schlüter le mostró el documento, pero al menos no había puesto trabas a sus intenciones.

—Bien, ¿qué le han dicho en Hamburgo? —le preguntó Schlüter al sargento.

—Al parecer, la mujer pretendía tomar un barco —contestó Bachmann—. La han detenido en el puerto, cuando estaba embarcando.

—¿La seguían?

—No. Es una aristócrata, hija de un duque o algo así. No sospechaban de ella. Según parece, ha sido su marido quien la ha delatado.

—¿Su marido?

—Así es, inspector.

Schlüter se preguntó una vez más a dónde se estaba dirigiendo aquel país en el que un hombre delataba a su mujer. Claro que esta era una traidora, pero no debía de ser fácil. Se preguntó qué hubiese hecho él si se hubiera enterado de que Leyna era una traidora.

—¿Sabemos de quién se trata?

—No, inspector. No han querido darme su nombre por teléfono.

Sin duda, la Gestapo de Hamburgo no habría divulgado la detención. Si era una aristócrata, no lo harían hasta terminar el interrogatorio para evitar presiones.

—¿Han encontrado algo?

—Nada. La mujer no llevaba nada encima. Pero el marido ha declarado que en su mansión había encontrado fotos y documentos.

—¿Los recogió?

—No, inspector. Afirma que no quería ponerla sobre aviso. La siguió hasta la estación de tren, donde y vio que cogía un billete para Hamburgo. Después llamó a un amigo, un teniente general de las SS. Fue este quien alertó a nuestros hombres en Hamburgo.

—Así que la mujer se llevó la documentación con ella.

—Eso es lo que parece.

—No me imagino que se arriesgase a tenerla encima. Por muy hija de duque que sea, debía tener en cuenta los controles en los trenes y en el puerto.

—Quizá la destruyó. Pudo darse cuenta de que su marido la había descubierto.

—Podría ser. O se la entregó a alguien. ¿Dijo a dónde se dirigía?

—Al menos a mí no me lo han dicho. Parece ser que la mujer no está mostrando demasiada colaboración.

—Imagino que antes de que lleguemos habrá cooperado más. ¿Qué sabemos del científico? —preguntó el inspector, señalando un párrafo de la nota que le habían entregado.

—No mucho, solo lo que ha declarado el marido. Se trata de un físico judío. No recuerda el nombre.

—¿Judío? —preguntó Schlüter muy extrañado. Hizo un repaso mental de la lista de nombres que le había dado el decano de la universidad al que había consultado. La llevaba en un bolsillo del abrigo, pero se la sabía de memoria y en ella no figuraba ningún judío, físico o no—. ¿Han retenido al marido?

—Por supuesto —repuso Bachmann—. Pero no van a tardar en soltarlo, según parece. Tiene muy buenos contactos en el partido y entre las SS. De todas formas, nuestros colegas están convencidos de que está limpio. Es un empresario de éxito, capaz de vender a su madre si el precio le conviene.

—Un romántico —apuntó con sorna Schlüter.

El sargento sonrió, dejando por un instante de atender a la carretera que se extendía ante ellos para estudiar el rostro de su jefe, que miraba al horizonte con rostro pensativo. No queriendo interrumpir, se centró en su tarea.

Schlüter trataba de hacer una composición de los siguientes pasos. Si la pista era buena, como daba la sensación, la lista de científicos había resultado un fracaso. Ahora podría suspender esas guardias y concentrar a sus hombres en otras tareas.

En la última semana habían doblado el número de agentes a su cargo, algo que al mayor Töpfer no le había hecho ninguna gracia. En las altas esferas se estaba dando prioridad al asunto, y Schlüter se preguntaba a menudo si, como era práctica corriente en el cuerpo, habría algún otro equipo investigando en paralelo.

Había pedido a uno de sus mejores amigos, que trabajaba en el archivo de la Gestapo, que investigara al coronel americano. Los resultados obtenidos habían sido escasos, aunque ciertamente curiosos: Brown era un indómito oficial que dirigía una base de entrenamiento y cuya carrera militar se había visto frenada por un carácter nada diplomático. Sorprendentemente, y de manera harto irregular, Brown se había visto enfrentado, de la noche a la mañana, a un consejo de guerra, bajo unas acusaciones de incierta base con

una resolución aún más chocante, en la que había sido condenado al frente aliado, justo lo que el díscolo coronel venía reclamando desde hacía tiempo.

El atípico juicio militar, que habría pasado totalmente desapercibido de no ser por el soplo recibido por la inteligencia alemana, no terminaba ahí. Al parecer, el coronel Brown había desaparecido nada más embarcar en un avión con destino a Inglaterra, y nadie lo había vuelto a ver. Nadie salvo el desconocido informante, que lo situaba, ni más ni menos, en el Cuartel General del Alto Mando aliado.

El inspector Schlüter se había aprendido de memoria el escueto mensaje que le había sido entregado al asignársele la investigación: «Hay motivos para pensar que el enemigo va a enviar un equipo para ponerse en contacto con un científico alemán. Por el momento, se desconoce de qué científico se trata ni el motivo. Se adjunta ficha del oficial americano que supuestamente se encuentra al mando de la operación, aunque se ignora si formará parte del equipo».

Siendo como era oficial del contraespionaje alemán, Schlüter no tenía dificultad para imaginar cuál había sido el motivo que había llevado al Alto Mando aliado a organizar aquel montaje para hacer desaparecer a un simple coronel y confiarle una misión: eludir cualquier filtración.

El hecho de que les hubiera salido mal no podía ocultar la importancia que los aliados daban a aquella misión. Demasiado trabajo para una farsa, si el motivo no lo mereciera.

Lo que despertaba su curiosidad era otra cosa: ¿Brown había sido elegido simplemente por discreción o había algún otro motivo? ¿Poseía el coronel americano alguna característica que lo diferenciara de otro y por la cual lo habían escogido? Era esto lo que el inspector había ordenado indagar, hasta el momento sin ningún éxito.

Por el momento, esa vía de investigación se encontraba en punto muerto. Schlüter había tenido en cuenta el pasado como instructor de paracaidismo de Brown y había dado orden de que cualquier irregularidad aérea, como aviones solitarios, paracaidistas nocturnos o alteraciones en el radar, le fuera notificada de inmediato.

A la espera de obtener más información sobre el misterioso coronel americano, Schlüter había concentrado sus esfuerzos en identificar al científico que buscaban los aliados y, tras admitir que el seguimiento a los principales cerebros alemanes tampoco estaba arrojando resultado alguno, el inspector había optado por infiltrar a sus hombres en los laboratorios donde aquellos operaban, confiando en que los aliados tuviesen algún colaborador

dentro. Sin embargo, esta medida tampoco había tenido ningún éxito por el momento. Si algún científico de algún laboratorio estaba implicado, lo disimulaba muy bien.

En cuanto supiera el nombre del físico judío, lo pondrían bajo vigilancia, y Schlüter volvería a visitar al decano de la universidad para que le explicara de quién se trataba, por qué podría interesar al enemigo y también por qué no figuraba en la lista.

Pensando todo esto, fue sumiéndose en un sopor, mecido por el rumor de la carretera y el movimiento del coche. Había ido a casa por primera vez en dos días con la idea de dormir unas pocas horas. Haciendo un gran esfuerzo, había tratado de hacerle el amor a su angustiada esposa, que en las últimas semanas apenas había tenido oportunidad de verlo, pero se quedó dormido entre sus brazos.

El sargento Bachmann se apiadó de su jefe y le permitió dormir, luchando él mismo contra la tentación de cerrar los ojos. El inspector no era el único que no había dormido mucho recientemente.

⁂

Schlüter daba pasos arriba y abajo por una oficina de la sede de la Gestapo en Hamburgo. Estaba solo en la estancia. Le habían indicado la silla en la que podía sentarse, frente al escritorio, mientras le era notificada su presencia al responsable del caso, pero el inspector no estaba tranquilo.

Cuando había llegado, un tanto avergonzado por haberse quedado dormido casi todo el trayecto, y tras identificarse, había notado, por el trato de los sucesivos subalternos que le habían atendido, que algo no marchaba bien.

—¿Inspector Schlüter? —le inquirió un oficial, entrando en la oficina donde le habían pedido al inspector que aguardase—. Soy el capitán Ahrends. Ha venido por la mujer.

No era una pregunta. Schlüter podía oír las sirenas del desastre.

—Imagino que estará al corriente de la detención —dijo el capitán, examinando una carpeta que le había tendido una secretaria—. Se trata de Libertas Scholl, hija del duque de Eulenburg y Hertefeld. Su marido, Raymond Scholl, la denunció al encontrar en su domicilio cierta documentación comprometedora, a la que apenas echó un vistazo antes de denunciar la traición a las autoridades.

Schlüter recordó a Libertas, la mujer de la que había pensado que cualquier hombre debería cuidarse cuando la conoció en aquella fiesta en el Hotel Adlon.

—¿La han interrogado, señor?

—Habíamos empezado —repuso el capitán, sin levantar la vista de los papeles que revolvía como si buscase algo—. La mujer nos contó una historia sobre una amiga que buscaba a su padre, un científico judío de mala salud. Al parecer, esta amiga, una extranjera, le había pedido que localizara al judío.

—Perdone, señor, ¿a qué se refiere cuando dice «habíamos empezado»? —Las alarmas aullaban en la cabeza de Schlüter.

—La mujer se sentía indispuesta y pidió ir al servicio. Es hija de un hombre influyente y tampoco teníamos más que la palabra de su marido.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Schlüter, omitiendo el tratamiento a su superior. El bramido de la catástrofe era atroz.

—La mujer aprovechó un descuido para arrojarse por una ventana —repuso el capitán, sin querer ofenderse por la falta de respeto—. Un segundo piso solamente, pero me temo que las heridas eran graves. Ha muerto antes de que le pudiéramos sonsacar nada.

Schlüter se quedó sin aliento.

—¿No han logrado averiguar nada? —preguntó con un hilo de voz.

—Solo lo que hemos sabido por el marido. Al parecer, la mujer le pidió hace unos días que localizara a un científico judío, el padre de una amiga suya, que pudiera estar trabajando con el profesor Heisenberg, sin desvelarle el nombre del judío. Esta mañana el señor Scholl ha encontrado accidentalmente cierta documentación, que su mujer le ha arrebatado rápidamente con una excusa, no permitiéndole echar más que un vistazo. Posteriormente la señora Sholl ha abandonado la casa llevándose la documentación y muy nerviosa.

El capitán Ahrends hizo una pausa para recolocar una hoja mal dispuesta en la carpeta que sostenía antes de continuar:

—El señor Scholl ha establecido una conexión entre un nombre registrado en la documentación y el científico judío del que le había hablado su esposa y, sospechando algo, ha seguido a su esposa. Cuando la ha visto comprar en la estación de tren un billete para Hamburgo, se ha puesto en contacto con un alto oficial de las SS, el cual nos ha avisado a nosotros. Eso es todo lo que ha dicho y, créame, lo hemos presionado. Estoy convencido de que dice la verdad. En mi opinión, no tiene nada que ver con el asunto.

—¿Han recuperado la documentación? —preguntó Schlüter, sabiendo la respuesta.

—No, la señora Scholl no llevaba nada encima cuando la hemos detenido. Por supuesto, hemos registrado el tren, pero sin éxito.

—¿Cuál es el nombre del científico judío, señor? —preguntó Schlüter, sin decir dónde podía meterse sus opiniones el inepto capitán.

—Stenger, Itzhak Stenger —contestó el capitán Ahrends, alzando la mirada de la carpeta—. Aunque no está seguro.

Capítulo XV

Jueves, 30 de marzo de 1944
Brecon Beacons, Gales

—¡Coronel Brown!

El grito en medio del silencio nocturno resonó como un disparo. Aunque eran las seis de la mañana y aún faltaban cuarenta y cinco minutos para que amaneciera, la oscuridad no era absoluta, pues el cielo despejado permitía ver las estrellas y la luna a punto de alcanzar el cuarto creciente.

Los focos de los dos camiones alumbraron el campamento, y los soldados pudieron ver que las tiendas de campaña que rodeaban bullían de actividad. De ellas comenzaron a asomar rostros adormecidos que se protegían con las manos del deslumbramiento.

—¿Coronel Brown?

—Soy yo —contestó el oficial, tratando de comprobar de dónde venía la voz.

—Coronel Brown, queda arrestado. Usted y todos sus hombres. Por favor, no opongan resistencia. Están rodeados.

El americano no pareció impresionarse por la noticia. Terminó de salir de la tienda y se puso de espaldas al camión para que sus luces no siguieran deslumbrándolo.

—¿Quién es usted?

—Capitán Tilman, del 74.º Regimiento de Artillería de su majestad, señor.

—Bien, capitán Tilman, ¿me puede enseñar la orden?

El capitán británico le mostró el documento. Venía firmado por el general inglés Charles Willoughby Moke Norrie y el general americano Omar Nelson Bradley. Brown leyó la orden a la luz de los camiones. Los hombres se miraban entre ellos interrogativamente, y de manera poco amistosa a los soldados que los apuntaban con las armas.

—¿Puedo saber a dónde nos van a llevar? —preguntó Brown, devolviendo la orden.

Si hubiese habido más luz, Brown hubiera podido distinguir que el rostro de Tilman se distendía por el alivio. No era frecuente que un capitán perteneciente a un regimiento tuviera que detener a un superior, y menos en una emboscada como aquella. Aquello era trabajo de la policía militar.

El motivo por el que Tilman había sido elegido para llevar a cabo la desagradable tarea le era desconocido. El teniente coronel del regimiento lo había llamado para que escogiera dos secciones que lo acompañarían a efectuar las detenciones, algo muy irregular. Pero el teniente coronel parecía tan sorprendido como Tilman.

—Señor, se me ha ordenado trasladarles a presencia del general Bradley.

—¿Dónde se encuentra el general?

—Mis órdenes son llevarlo a usted y a sus hombres a Downing Street.

Brown guardó silencio mientras pensaba. Estaba seguro de que Bradley no se encontraría en la residencia del primer ministro británico, pero eso el capitán no lo sabía. Lo más probable era que el iracundo político inglés, harto de excusas por no presentarse, hubiera ordenado detenerlos.

No había escapatoria. Estaban rodeados. Allí había más de una docena de hombres. Probablemente, dos secciones con el armamento reglamentario. Dieciséis soldados más el capitán, bien armados, contra ellos ocho, sin armas.

—De acuerdo, capitán. Mis hombres y yo los acompañaremos. Adelante.

—Lo siento señor, me temo que debemos esposarlos —dijo incómodo el oficial británico.

—Creo que eso no será necesario —respondió Brown en tono enérgico.

—Me temo que son las órdenes, coronel.

—¿Sabe, capitán, que estamos en el mismo bando? Soy coronel del ejército americano. Le he dicho que los acompañaremos, y para un oficial eso debería bastar.

—Lo lamento sinceramente, señor, pero las órdenes han sido muy explícitas.

—Vaya, esperaba otro trato por parte de unos camaradas a los que hemos venido a ayudar.

—Capitán Tilman, soy el capitán Pickeray, de la 56.º Brigada de Infantería de su majestad. Creo que debemos considerar al coronel Brown como un valioso aliado y un invitado distinguido. Considero inaceptable este trato denigrante.

—Lo siento, capitán —contestó Timan, cerrándose en banda—. Pero estas son mis órdenes.

—Si supone que somos unos peligrosos enemigos —dijo Pickeray—, pónganos los grilletes, pero por favor no avergüence a nuestro ejército colocándoselos al coronel.

—Irán todos esposados —repuso Tilman, enfadado con la situación y con el teniente general del regimiento por haberle jugado tan mala pasada.

—No dude que presentaré una queja ante este trato ofensivo.

—Lo entiendo, coronel. Y, si me he excedido en mis atribuciones, no tendré reparo en presentarle mis excusas.

Los subieron en los camiones. Brown iba en la cabina de un camión con el conductor y Tilman, y detrás, en la caja, se sentaban Riggs, Gardner y Villar. En el otro camión, Pickeray y el teniente del pelotón artillero ocupaban la cabina con el chófer, y en la cartola, Menchaca, Von Weizsäcker y Weidenfeld. En cada caja siete soldados no perdían de vista a los prisioneros.

Los vehículos se pusieron en marcha traqueteando por los caminos llenos de charcos, con las ballestas gimiendo cada vez que los baches eran demasiado profundos. Hasta que salieran a un camino principal no podrían coger demasiada velocidad y, entretanto, chocaban unos contra otros, lo que no mejoraba el ánimo de Tilman.

Marchaban en silencio. En el horizonte ya se veía clarear, pero seguían siendo necesarios los focos de los camiones. Si los alemanes tenían bombas para derrochar en aquellos parajes deshabitados, no serían los ingleses quienes se lo impedirían.

Media hora más tarde solo habían recorrido veinte kilómetros. En la caja del camión que marchaba delante, Villar se había quedado dormido, y Gardner y Riggs cabeceaban apoyados el uno en el otro. Gato lo debía estar pasando especialmente mal, porque ya se había tenido que asomar dos veces fuera para vomitar. Los soldados también parecían somnolientos. Se habían levantado muy pronto. El traqueteo y la escasa luz que atravesaba la lona invitaban a dormir, y al propio cabo le costaba mantener los ojos abiertos.

Los abrió de golpe, y mucho, cuando se encontró la boca de un subfusil Sten apuntándole directamente a la cara. Siguió el cañón del arma hasta cruzar la mirada con un Gardner totalmente despierto, que esbozaba una irónica sonrisa. El resto de la sección también miraba las armas que ahora empuñaba el comando.

Riggs dejó su arma a los pies de Gardner y se puso en pie. Se acercó a uno de los soldados, le quitó su cuchillo reglamentario y lo esposó a los refuerzos de la cartola usando los grilletes de los que, como en los tiempos en que se ganaba la vida en el circo, se había desprendido.

Gato era capaz de escapar de las ligaduras más prietas y de los grilletes más poderosos, pero no podía quitárselos a otros. Así que, una vez se había soltado, había fingido sentirse mareado para ponerse en pie y asomarse fuera, aprovechando el bamboleo para echarse encima de uno de los soldados y robarle la llave de las esposas, sin que este se diera cuenta.

Después había cabeceado, apoyado en Gardner, como si el mareo lo hubiese postrado, y por detrás del cuerpo había hecho uso de la llave. Más difícil había resultado soltar las esposas de Villar sin que sus carceleros se percataran. Cuestión de tiempo. Una vez libres, se habían limitado a tomar las armas que se les caían de las manos a los captores.

Uno a uno esposaron y amordazaron a los artilleros de su majestad. Con el cuchillo, Riggs hizo un agujero en la parte superior de la lona, al fondo de la caja y, con la fuerza de los brazos se subió a la cabina. No sabía exactamente cómo estaban situados los pasajeros, así que, con cuidado, se asomó a la ventanilla del copiloto. El coronel estaba en el centro, flanqueado por el conductor y el capitán Tilman, que parecía muy concentrado en la carretera.

Con el mango del cuchillo Gato dio unos golpecitos en el cristal y aguardó. Instantes después, volvió a repetir la operación, y en esa ocasión para averiguar de dónde provenían los golpes Tilman abrió la ventana y sacó la cabeza fuera.

Riggs lo golpeó con la empuñadura del cuchillo, haciéndole perder el sentido. Antes de que el conductor se diera cuenta de que algo sucedía, pasó por encima del techo hasta la puerta de este y la abrió de golpe. Sin ningún miramiento, empujó al atónito chófer hacia el interior, ayudado por un vigoroso tirón de Brown.

—Ha tardado mucho, Riggs.

—Lo siento, coronel. No sabía qué pretendía hacer —contestó el ladrón, dándole la llave de las esposas.

Brown había metido dentro el cuerpo de Tilman, que había quedado colgando por la ventanilla, y le quitó el revólver, la guerrera y la boina. Se puso al volante y mandó a Riggs atrás para que se hiciera con un par de subfusiles. Cuando Gato se asomó de nuevo, hizo gestos al camión de atrás para que se detuviera a un costado de la carretera y, empuñando las armas, se bajaron uno por cada lado del vehículo.

El conductor del segundo camión se había detenido y echaba el freno cuando se vio apuntado por cuatro armas, dos de ellas desde la caja del camión que tenía delante. El teniente, más rápido en sus reflejos, echó mano de su revólver, pero Pickeray le dio un violento cabezazo en la sien.

Brown sacó al conductor, mientras Riggs se ocupaba de quitar las esposas a Pickeray. Los tres se dirigieron a la parte trasera y, cuando Gato levantó la lona, los aguardaban unos estupefactos y adormilados soldados y un sonriente comando.

⁂

Avanzaban ahora a toda la velocidad que permitía el motor del Bedford. Weidenfeld, al volante, mascaba un trozo de puro que le había quitado al teniente británico, junto a sus uniformes y armas. A su lado, Pickeray examinaba un mapa de la zona, y junto al capitán viajaba un pensativo Brown.

Habían sacado el otro camión de la carretera, escondiéndolo entre unos árboles y dejando atados a los hombres dentro de la caja, incluso al capitán y al teniente, que ya habían recuperado el sentido. No podrían escapar ni ser auxiliados. Cuando Brown terminara lo que tenía en mente, mandaría a rescatarlos, pero mientras necesitaba tiempo.

Por el momento, la atención del coronel estaba puesta en el estado de la instrucción. Los hombres, después de asaltar Brecon y haberse regalado con la cena procurada por Comadreja, habían recuperado la alegría. Había surgido la camaradería que el coronel esperaba y ya se comportaban como un grupo. Por supuesto, Weidenfeld seguía siendo un peligro, pero su comportamiento estaba siendo intachable. Claro que Brown no se engañaba. Seguramente el antiguo sargento aguardaba una buena ocasión para escapar.

Incluso Villar se había relajado un poco tras la paliza propinada al doctor Menchaca. Si bien nunca llegarían a ser buenos amigos, la pelea había tenido la virtud de una mutua distensión, a pesar de que el profesor aún lucía marcas en el rostro, recuerdo de los puños del asturiano. Brown, siempre atento a la actitud de sus hombres, hubiese jurado que la paliza había sido acogida como expiación por el científico.

Ahora, en el peor momento, les llegaba esta contrariedad. Llevaban semanas de acelerada instrucción, con agotadoras sesiones de variados ejercicios físicos, saltos nocturnos en paracaídas, supervivencia sin uso de planos o brújula, conocimiento del terreno alemán, nociones básicas del idioma y tácticas de guerrilla. Las sesiones de natación y escalada habían servido para darles seguridad en sí mismos y acrecentar la camaradería, y los

simulacros con cascabeles en las botas para aprender a moverse en absoluto silencio.

El comando estaba cerca de comportarse como una unidad, capaz de moverse en cualquier terreno de día o de noche, cuando las sombras engañan y la perspectiva de la zona se pierde, y de atravesar las líneas enemigas sin alertar a los centinelas.

Brown sabía que no les quedaba mucho más tiempo, y aún debía mostrarles el uso de las armas utilizadas por el enemigo, que quizá deberían llegar a utilizar una vez se encontraran en su destino, pero esta visita a Londres no ayudaría.

Sin embargo, era del todo imposible ignorar las órdenes. Si no se presentaban, los declararían proscritos, y el coronel no se engañaba sobre las consecuencias que eso acarrearía.

Estaba furioso consigo mismo por haber permitido que los localizaran al transmitir desde el campamento, facilitando que los especialistas triangularan la señal de radio. Un fallo imperdonable. Brown era muy exigente con sus hombres, pero más aún consigo mismo. Un error de tal calibre hubiera resultado fatal en terreno enemigo.

—Si continuamos a esta velocidad, nos cargaremos este trasto antes de llegar —dijo Comadreja, cambiando de marcha y haciendo rechinar lastimosamente la caja de cambios al engranar.

Pickeray echó un vistazo al coronel, ajeno a todo, y contestó:

—Intente que no sea así. Tenemos que llegar lo antes posible.

—Como usted mande, capitán Picky —contestó Weidenfeld, bajando la voz en la última palabra.

Pickeray fingió no darse por enterado. Comadreja lo había llamado por primera vez así, «quisquilloso», en la improvisada cena tras la toma de la ciudad. Si aquello servía para que los hombres se relajaran, Picky no tenía problemas. Siempre que se mantuviera el respeto.

—¿Cuánto falta, capitán? —preguntó Brown, saliendo de su ensimismamiento.

—Calculo que en una hora habremos llegado, coronel.

Brown miró su reloj. Eran las ocho y cuarto. Llegarían sobre las nueve y media. El primer ministro no los esperaría tan pronto. Aún tendrían algo de tiempo para prepararse.

—Bien. En cuanto lleguemos, diríjase a Saint James’s Park. Escuche, capitán. Esto es lo que haremos.

⁂

Jueves, 30 de marzo de 1944
Residencia del primer ministro británico, Londres, Inglaterra

—Bueno, coronel Brown, ¿debemos darle las gracias por el honor que nos dispensa? —preguntó el primer ministro, muy enfadado y un tanto perplejo.

Se encontraba en su domicilio de Downing Street reunido con el general Eisenhower, analizando el estado de la contienda con moderado optimismo.

Los rusos continuaban su avance, empujando desde el norte, sin que las agotadas y mal pertrechadas tropas alemanas pudieran contener la avalancha que se les venía encima.

El servicio secreto americano había presentado un informe sobre el almirante Kart Dönitz, que había retirado del océano sus submarinos. En lo que iba de año, la flota de U-Boote había perdido cincuenta y tres unidades. El almirante había pedido a Hitler submarinos con nueva tecnología, pero estos no llegaban, lo que era una excelente noticia para los convoyes aliados. En el norte de Italia, ciento veinte aparatos de la Luftwaffe habían sido destruidos en un bombardeo sobre los aeródromos ocupados.

La anécdota de la jornada la había protagonizado la RAF. Durante un bombardeo nocturno sobre Frankfurt del Main, un Lancaster, volando a siete mil metros, había sido alcanzado por el fuego antiaéreo germano y uno de sus ocupantes había saltado sin paracaídas, cayendo sobre un montón de nieve…, ¡sano y salvo!

Sin embargo, no todas las noticias eran tan buenas.

El día anterior, los ejércitos aliados habían llevado a cabo unas maniobras en playas inglesas para preparar el desembarco masivo en Europa y los resultados habían sido decepcionantes: Un submarino había hundido un barco holandés, lo que provocó la muerte de medio millar de soldados americanos; la RAF había tenido grandes pérdidas entre sus bombarderos, y los alemanes se habían atrevido a bombardear Londres otra vez, aunque, por fortuna, sin grandes daños.

Al primer ministro le había afectado en especial el informe sobre los setenta y seis aviadores aliados evadidos de un campo de concentración en Alemania. Solo tres de ellos habían conseguido escapar, y el resto habían sido apresados. Los alemanes, heridos en su orgullo y violando todas las convenciones, habían fusilado a cincuenta de ellos.

Estaban discutiendo los dos dirigentes sobre el delicado equilibrio de poder entre los generales de ambos países y sus egos, ya que del sutil engrase de la maquinaria militar dependería el éxito o la derrota, cuando una discreta llamada había sorprendido a Churchill.

Momentos después, hacían su entrada el coronel Brown y el capitán Pickeray. El primer ministro se había puesto furioso en cuanto el secretario había anunciado su llegada, y aún más al saber que venían solos. El que sus uniformes parecieran haber sido cortados por un sastre ciego no tenía nada que ver.

—Coronel Brown, corríjame si me equivoco —dijo Churchill, dando una iracunda calada a su puro—: le ordenamos que se presentara con sus hombres cuando terminó de hacer su selección. Usted nos pidió dos semanas para conocerlos, y magnánimamente se las concedimos. Hoy hemos enviado dos secciones a buscarlos y aparecen ustedes dos. ¿Le importaría decirme dónde está el resto de sus hombres? ¿Y por qué se han presentado sin los soldados que hemos enviado en su busca?

Brown y Pickeray aguardaban en posición de firmes desde que entraran en la estancia. Estaban recién afeitados, con el pelo corto y unos uniformes robados por Comadreja en una lavandería que todavía no habían sido planchados.

—Hemos necesitado tiempo para instruir a los hombres, señor. Pensé que con dos semanas sería suficiente para hacerme una idea, pero no fue así, y consideré que preferirían esperar a que tuvieran un mínimo de instrucción para poder evaluarlos, señor.

—¿Dónde están, coronel? —intervino el general americano.

—En nuestra ausencia, siguen ejercitándose, general.

—Las órdenes eran que vinieran todos ustedes esposados —dijo Churchill con el rostro congestionado—. ¿Por qué no ha sido así?

—Es difícil de explicar, señor.

—¡No sea impertinente! Se está jugando otro consejo de guerra —masculló el político, echando una mirada enfurecida al general, al que consideraba el único responsable de haber escogido a un hombre tan incompetente—. Ustedes dos quedan arrestados. Dígannos de inmediato dónde se encuentran sus hombres.

En ese momento el estampido de unos disparos llegó desde la calle. Enseguida comenzaron a escucharse sirenas, silbatos y gritos en profuso desorden. Instantes después, una explosión aumentó el caos.

—¿Qué está sucediendo? —gritó Churchill, dirigiéndose a su secretario, que había entrado con el rostro desencajado.

—Aún no lo sabemos, señor. Alguien ha arrojado una bomba contra el edificio.

—Llame al mayor Aldridge. Que se presente en cuanto tenga información.

El secretario abandonó la estancia con paso apresurado. En la puerta de la casa, la guardia se había doblado, y un sargento le salió al paso.

—¿Dónde está el mayor Aldridge?

—Fuera. Hemos cerrado todas las entradas y el mayor ha ordenado que nadie entre ni salga hasta que él dé la orden.

—Vayan y díganle que el primer ministro desea su presencia en cuanto se encuentre al tanto de lo sucedido.

Uno de los soldados, a instancias del sargento, salió corriendo al exterior, encaminándose al numeroso grupo que rodeaba al mayor. Este interrogaba a un capitán americano que mantenía retenido a un civil.

—¿Qué ha pasado? —preguntaba el mayor.

—Este hombre tenía una granada y ha intentado arrojarla contra una de aquellas ventanas —contestó el americano, señalando el domicilio del primer ministro.

—Muy bien, capitán. Nosotros nos haremos cargo.

—Lo siento, señor. Pero es nuestro prisionero.

—La seguridad del primer ministro está bajo mi mando, capitán. Entrégueme al prisionero inmediatamente.

—Mayor —intervino el recién llegado—, el primer ministro ordena su presencia.

Aldridge echó una iracunda mirada al díscolo capitán y le ordenó que lo siguiera con el prisionero y una sección del servicio de guardia.

El numeroso grupo entró en el número 10 de la calle y aguardó en el *hall*, mientras el oficial británico informaba al primer ministro.

—¿Puede decirnos a qué se debe todo este alboroto? —preguntó Churchill muy incómodo nada más entrar el mayor.

—Primer ministro, un hombre ha intentado arrojar una granada por estas ventanas. Por el momento, desconocemos su identidad y si está solo. Mis hombres están revisando los alrededores y hemos sellado todas las entradas. Recomiendo que, en cuanto aseguremos la zona, se traslade al búnker, señor.

—¿Dónde se encuentra ese individuo?

—Abajo, señor, junto al oficial que lo ha detenido, que se niega a entregárnoslo —contestó Aldridge, echando una mirada significativa a Eisenhower.

—Tráigalos a todos —ordenó Churchill haciendo un aspaviento con la mano.

—Señor, creo que no es una buena idea, aún no sabemos…

—¿No me ha oído, mayor? —cortó irritado el primer ministro.

Instantes después, el mayor Aldridge regresaba acompañado por el capitán y el sargento americanos, que arrastraban a un individuo flaco, con la ropa revuelta por el forcejeo y un corte sobre la ceja derecha, que la sangre ya restañaba.

Brown echó un vistazo a su reloj. Aún faltaban cinco minutos para la hora señalada.

—¿Quién es usted? —preguntaba Churchill.

El individuo no parecía dispuesto a colaborar.

—¿Sabe usted quién soy? Le aconsejo que responda o le haré fusilar en menos de tres minutos. ¿Es usted inglés? ¿Está solo?

Solo faltaban dos minutos cuando la puerta se abrió y tres soldados más, con uniforme británico, entraron en la estancia armados con subfusiles Sten.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Cómo se atreven a entrar sin mi permiso? ¡Mayor Aldridge, deténgalos inmediatamente!

El primer ministro estaba fuera de sí y golpeaba con un puño la mesa, mientras los recién llegados reducían al mayor Aldridge. Eisenhower se había levantado de su asiento, haciendo amago de empuñar su arma, pero, dada la superioridad del adversario, se había contenido. Examinaba a uno de los recién llegados, cuyo rostro le sonaba de algo.

—Señor.

—¡Cállese, coronel! —ordenó Churchill, dando más golpes en la mesa. Tenía el puro destrozado.

—Si me lo permite, señor… —volvió a decir Brown—. Le presento a mis hombres.

⁂

Hora y media antes, Brown y Pickeray se afeitaban, se aseaban, se cortaban el pelo y se ajustaban los uniformes agenciados por Comadreja. Al coronel, el uniforme le quedaba ligeramente grande y al capitán, muy pequeño.

Habían llegado con el Bedford a Saint James's Park y se habían mezclado entre las tropas allí acantonadas, intentando pasar desapercibidos, buscando un lugar junto al lago donde poder acampar sin llamar demasiado la atención.

El coronel había dividido el grupo en dos: Villar, Weidenfeld y Von Weizsäcker por un lado, y Riggs, Gardner y Menchaca por otro. Él y Pickeray se presentarían en la residencia del primer ministro y esperarían en el interior la llegada del resto.

Brown deseaba que el equipo tuviera iniciativa. Nunca se podía dar por supuesto que el líder del comando llegara con vida al objetivo y quizá se vieran en la necesidad de improvisar si él caía, así que dejó que cada grupo ideara un plan para colarse en el edificio.

Tras unas cortas deliberaciones, habían acordado el plan de acción. Para ello necesitaban algunas cosas, y Comadreja, acompañado de Villar y Riggs, afeitados, aseados y ataviados con los uniformes robados en Brecon Beacons, había ido «de compras» por los campamentos de alrededor.

—Bien, caballeros —había dicho Brown cuando regresaron—. El capitán y yo entraremos en diez minutos. Dentro de veinticinco nos veremos en el despacho del primer ministro. Traten por todos los medios de no ser sorprendidos. No quiero que un soldado nervioso les pegue un tiro. Buena suerte.

Mientras los oficiales se adentraban en la calle, Riggs, Menchaca y Gardner se habían acercado a la residencia por uno de los ángulos. Llevaban unas cuerdas colgadas del hombro, como si estuvieran ejercitándose, y con buen paso iban saludando a los reclutas con los que se cruzaban a cada instante.

La calle se hallaba bien custodiada. En todas las esquinas, soldados vigilando de plantón, patrullas constantes por los alrededores, carros de combate y camiones con más tropas. Los tres hombres habían pasado tranquilamente cerca de una de las esquinas, y Gardner había pedido fuego a sus compañeros, deteniéndose para encender su cigarrillo.

El centinela estaba acostumbrado a la presencia constante de soldados, quienes no tenían permitido detenerse ante el edificio. Mientras se pensaba si llamarles la atención o esperar a que se fueran por su propia voluntad, había llegado un *jeep* conducido por un sargento americano.

—Soldado —había llamado el capitán que iba de copiloto con una voz rota—, buscamos a mi regimiento, en el parque Saint James's. ¿Dónde cae eso?

Al vigilante no le gustó que un americano, por muy aliado y capitán que fuera, le tratara de semejante manera, pero se había apresurado a indicarle el camino. Aquel yanqui, además de maleducado, debía de ser especialmente estúpido, pues había tenido que repetirle las indicaciones tres veces para que las entendiera.

Por fin se habían marchado en su *jeep*, y el soldado había vuelto a su puesto. Al parecer, los tres hombres que se habían detenido a fumar y charlar se habían aburrido y ya no andaban por allí.

A medio kilómetro, Weidenfeld y Villar habían contemplado impacientes cómo Menchaca terminaba de escalar la fachada. Gardner y Riggs, en el tejado, halaban la cuerda. Estaban corriendo un gran riesgo, ya que en cualquier momento alguien podía descubrirlos.

Al fin estaban todos en el tejado. Villar había echado un vistazo a su reloj. Quedaban doce minutos. Von Weizsäcker debía de estar ya preparado. Era hora de poner de nuevo en marcha el *jeep* que Weidenfeld había «tomado prestado».

Habían dado la vuelta a la calle, aproximándose a la entrada de Downing Street. Como estaba previsto, el piloto alemán, vestido de civil, deambulaba frente a la fachada, y ya los centinelas habían reparado en él. Tenían que darse prisa o alguien iría a investigar qué hacía por allí aquel hombre.

Villar había pisado el acelerador justo cuando uno de los soldados apostados a la entrada llamaba la atención de su compañero sobre la actitud del civil. Habían acercado el *jeep* hacia el número 10 de la calle y, entonces, Weidenfeld se había puesto en pie, gritando:

—¡Eh, usted!, ¿qué hace? ¡Deténgase!

Antes de que nadie hubiese podido reaccionar, el teniente alemán había echado a correr, Comadreja disparaba contra él haciendo gala de una puntería espantosa y Villar lo perseguía.

Los centinelas habían tratado de disparar, pero el *jeep* y el capitán americano, subido en él, les quitaban ángulo. Villar había atrapado a Von Weizsäcker, derribándolo al suelo. Entre el griterío, Weidenfeld corría hacia los hombres que se peleaban, cuando, de pronto, Villar, que había arrebatado una granada al teniente alemán, la arrojaba lejos de allí.

La explosión había ido seguida de más gritos, órdenes, silbatos y nuevos disparos de quienes aún no sabían qué estaba sucediendo. Villar y Weidenfeld, uno por cada brazo, tenían apresado al piloto, que se debatía como podía. Desde la residencia había llegado el mayor Aldridge, y Comadreja había discutido con él sobre a quién pertenecía el prisionero.

En ese momento había llegado el soldado con la orden de presentar al detenido ante el primer ministro.

⁂

Entretanto, Riggs, Menchaca y Gardner, aprovechando la maniobra de distracción de sus compañeros, habían conseguido acceder al tejado escalando la fachada y allí se habían movido despacio, para no alertar a los artilleros destinados a los cañones antiaéreos y a los focos.

Para Gato no había resultado difícil. Sus compañeros, en cambio, y a pesar de los intensos entrenamientos, habían sufrido para esquivar a los soldados desplegados en el tejado.

Riggs ya había echado el ojo a la ventana por la que se colarían. Estaba cerrada, pero bien situada en la contrafachada, y daba a una habitación que estaba vacía. Solo tendrían que aguardar a que Comadreja empezase la función para romper el cristal, camuflando el ruido con el estruendo que llegaría desde la calle.

En cuanto escuchó la explosión, Gato, que sostenía una palanca en la mano, rompió la ventana. Abrió la falleba y se dejó caer dentro, donde permaneció inmóvil, con los ojos cerrados, como era su costumbre, escuchando. Se oían gritos, órdenes y carreras por los pasillos, pero no cerca.

Gardner había asomado la cabeza y Riggs le había hecho un gesto para que entraran, dirigiéndose a la puerta de la estancia y echando un vistazo al rellano. Nadie. Con sumo cuidado, los tres habían bajado las escaleras. La guardia, desconcertada, corría de un lado para otro aguardando órdenes.

Finalmente, un cabo, seguido de ocho reclutas, había subido para asegurar el último piso. Se habían repartido por la planta. El comando, con uniformes británicos, se había acercado al primero de ellos y, cuando este se había percatado de que aquellos hombres no pertenecían a la guardia y, por tanto, no tenían permiso para estar allí, ya había sido reducido y desarmado.

En su camino hasta la estancia donde se hallaba el primer ministro habían encontrado más soldados. Habían podido esquivar a algunos, pero otros habían acabado amordazados y encerrados en un cuarto.

Con un último vistazo al reloj para comprobar que aún sobraba un minuto, el comando habían entrado en el despacho del furibundo político.

⁂

Sentado en su silla, el general americano no salía de su asombro. A su lado, Churchill parecía a punto de sufrir una apoplejía. Por supuesto, ahora reconocía al profesor Menchaca, causante de todo aquello. Estaba bastante más delgado, con más arrugas y unas ojeras más pronunciadas, lo que había impedido que lo reconociera de primeras.

—¿Me quieren decir a qué viene todo esto? —logró farfullar el primer ministro.

—Señor, usted deseaba conocer a mi equipo y pensé que le gustaría una demostración.

Brown había hablado en posición de firmes y mirando al frente, pero el mandatario británico no se hacía ilusiones. El coronel había organizado todo aquello para mostrar sutilmente su enfado por haberlos mandado apresar.

Churchill miró de soslayo al general Eisenhower, que no conseguía disimular una sonrisa.

—Creo, coronel, que se ha excedido en sus atribuciones.

En ese momento se abrió la puerta y apareció el cuerpo de guardia, fuertemente armado, momento que aprovechó el mayor Aldridge para soltarse.

—¿Qué sucede ahora? —volvió a enervarse el primer ministro.

—¿Está bien, señor? —preguntó Aldridge, recuperando su pistola y apuntando con ella al comando, mientras hacía gestos a sus hombres para que rodearan a los intrusos.

—Sí, sí. Estoy perfectamente, mayor. Déjenos solos, haga el favor —contestó impaciente el político, haciendo un gesto con la mano para que la guardia se retirara.

El mayor no tenía muy clara cuál era la situación. Quizás el primer ministro estaba siendo coaccionado de alguna manera. Miró al general americano, indeciso.

—Está todo bien, no se preocupe, mayor —lo tranquilizó Eisenhower.

No muy convencido, el mayor Aldridge salió del despacho y cerró la puerta tras él.

—Bueno, coronel —dijo Churchill cuando volvieron a estar solos y después de que Brown le presentara uno por uno a los hombres—. Debo reconocer que estoy impresionado. Ahora, si tienen a bien obedecer mis órdenes, y no les causa excesiva molestia, nos gustaría hablar a solas con el coronel. Pueden pasar al salón de al lado y mi secretario se asegurará de que no los molesten. Si hay algo que necesiten, no duden en comentárselo.

El primer ministro se había mostrado sarcástico para restar importancia al hecho de que, en realidad, estaba muy sorprendido por cómo había sido llevada a cabo la operación. Weidenfeld no debía de haber reparado en la sorna del mandatario, porque, sin pudor alguno, pidió uno de aquellos puros especialmente traídos de Cuba para el mandatario.

—Bien, coronel —Churchill no sabía si enfadarse o desesperarse por tanta desfachatez—. Dejemos por el momento el numerito que ha montado antes y eche un vistazo a esto.

Brown tomó la carpeta con fotos que le tendía el mandatario. Eran instantáneas aéreas. En todas se veía desde distintos ángulos y alturas el mismo edificio. También había un plano del laboratorio, donde los ingenieros del ejército británico habían señalado la distribución de cargas, columnas principales y paredes maestras, así como los puntos donde deberían colocarse los explosivos para derribarlo.

—Berlín. El laboratorio donde se encuentra nuestro científico perdido —dijo Churchill—. Por lo menos allí estaba hasta ahora.

—¿Hay algún motivo por el que ya no deba estar? —preguntó Brown, estudiando el plano.

—No lo sabemos. Para conseguir esta información hemos tenido que sacrificar a uno de nuestros mejores agentes en Alemania. Fue cogido prisionero y, no nos engañamos, le habrán hecho hablar. Estamos convencidos de que a estas horas los nazis saben que estamos buscando a Steiner.

La información que había llegado al Alto Mando aliado sobre la captura de Libertas Scholl mencionaba la muerte de esta, pero no si había hablado antes de arrojarse por la ventana.

—¿Creen que lo habrán trasladado? —preguntó Brown.

—Sería lo más lógico —intervino Eisenhower.

—Quizá no, señor. Si no saben por qué lo buscamos y lo tienen trabajando para ellos, lo necesitarán en el laboratorio.

—Pudiera ser —contestó Churchill—. Estamos tratando de averiguar si aún permanece en él.

—Entonces deberíamos partir de inmediato. Antes de que lo lleven a otro lugar.

—No. No sabemos si ya lo han trasladado. Si cuando ustedes lleguen no estuviera allí, los alemanes sabrían la importancia que estamos dando a este tema y quedaría fuera de nuestro alcance. Además, tenemos otro problema.

—Les habíamos preparado un bombardero ligero alemán, un Dornier 17 abatido en la costa, para que pudieran infiltrarse en su espacio aéreo y llegar hasta Berlín, pero ha sido dañado durante el último bombardeo de la Luftwaffe —intervino Eisenhower con un gesto de fastidio—. Los mecánicos calculan un mínimo de diez días para poder repararlo.

—Es un gran contratiempo —lamentó Brown.

—Quizá no lo sea tanto —repuso Churchill encendiendo otro puro con aire ausente—. Hemos estado analizando el daño que una bomba atómica podría causarnos. Nuestros especialistas no se han puesto de acuerdo, como era de esperar, pero todos coincidían en algo.

—Hitler sabe que la invasión es cuestión de dos o tres meses, y sabe también que necesitamos un gran número de barcos para transportar nuestros soldados al continente —añadió Eisenhower, dejando que el político se concentrase en la brasa—. Si esperan a que nuestra fuerza naval se agrupe para lanzar el ataque, se habrá acabado la invasión.

—¿Cuándo será eso?

—No se lo podemos decir, coronel. Pero tenemos algo de tiempo aún. Podrá disponer de una semana o dos más para entrenar a su equipo. Le avisaremos en cuanto el avión esté reparado y tengamos la certeza de dónde se encuentra Steiner. A partir de hoy deberá establecer contacto tres veces al día. Espero que la próxima vez no tengamos que ir a buscarlo.

—No, señor. No será necesario.

—Me alegra saberlo —contestó Churchill—. Otra cosa. La mujer y las hijas gemelas del científico murieron hace seis meses en un campo de concentración. Si Steiner trabaja voluntariamente para los alemanes, esta información quizá les sirva para ganarse su colaboración cuando hablen con él.

—Entendido, señor.

—Es de suma importancia que Steiner les confiese en qué estado se encuentra su investigación y si la bomba ya está operativa, coronel. El doctor Menchaca deberá sonsacarlo. Pero no ponga en peligro la misión. Si no es posible contactar con él, deberán destruir el laboratorio. Esto es primordial. No debe quedar piedra sobre piedra.

—No se preocupe, señor.

Churchill dirigió una rápida mirada a Eisenhower, que no escapó a Brown.

—¿Deseaba algo más, señor?

—Coronel, el hermano de Von Weizsäcker ha fallecido —intervino Eisenhower ante el silencio del primer ministro.

Churchill arrugaba el ceño, como si no estuviera de acuerdo en haber facilitado esa información. No tener a Otto von Weizsäcker como rehén haría cambiar de idea a su hermano. Escaparía nada más tocar suelo alemán y, con toda seguridad, delataría a todo el comando.

—Habrá que internarlo de nuevo en un campo —dijo el mandatario.

—Con su permiso, señor, me gustaría hablarlo con él —contestó Brown, adivinando los recelos del político—. Es un hombre de honor. Si nos acompaña, no nos traicionará.

—Usted sabe que, si se lo dice y llega a Alemania, correrán un grave peligro todos ustedes. No podemos permitir que esta misión fracase.

—Lo entiendo, señor. No se preocupe, respondo por él.

Otra mirada cruzada entre Churchill e Ike terminó con un gesto de aceptación por parte del primer ministro. Sin duda, había quedado muy impresionado con la presentación del comando.

⁂

Regresaban en el mismo camión en el que habían llegado a Londres. Tras la entrevista de Brown con el Alto Mando, habían abandonado el edificio mezclándose entre las tropas que continuaban discutiendo lo ocurrido, examinando el lugar donde había estallado la granada. Separados en parejas, se habían alejado en dirección al Bedford, estacionado al lado del lago, y no habían perdido tiempo en ponerse en marcha.

En la cabina iban solo Weidenfeld, que conducía, y Brown. Los demás se habían apiñado detrás para estudiar las fotos aéreas y un detallado mapa de Berlín. Gracias a las clases impartidas por el teniente Von Weizsäcker, ya conocían bien las calles y los edificios más importantes, pero, una vez confirmado el destino, Brown quería que se los aprendieran de memoria.

El minero español, además, estudiaba atentamente el plano del laboratorio, donde los ingenieros británicos habían marcado los puntos en los que deberían colocarse las cargas necesarias para tirar el edificio abajo, sin dejar, como exigía el primer ministro, «piedra sobre piedra».

Aunque no podía quejarse por el resultado, Brown estaba un poco preocupado con el revuelo organizado. Había dejado vía libre a sus hombres para que improvisaran sin darles directrices, y no cabía duda de que habían

logrado el objetivo. Pero ahora mucha gente se preguntaría qué había pasado, y eso no le gustaba nada al coronel.

Miró su reloj. Las dos de la tarde. Habían perdido prácticamente todo el día y, lo que era peor, se habían puesto al descubierto. Muchas personas los habían visto, sabían su nombre y el de Pickeray, y quién sabe si alguno más.

—Coronel, un *jeep* nos sigue —dijo Comadreja con el puro que le había regalado Churchill entre los dientes.

Brown miró por el espejo retrovisor. Weidenfeld tenía razón, un *jeep* circulaba por detrás.

—¿Seguro que nos sigue?

—Eso o va al mismo sitio que nosotros. Lleva rato detrás. Además, no quiere adelantarnos. He reducido varias veces la marcha y él ha hecho lo mismo.

—Déjelo. Será algún curioso al que le ha llamado la atención su escena en la residencia del primer ministro.

—¿Le ha gustado, eh? El viejo Churchill casi se muere.

—Sí, lástima que no haya enviado invitaciones para la función a Hitler. ¿No podían haber ideado algo más discreto?

—¿Lo dice en serio? Ya vio cómo estaba aquello de soldados. Necesitábamos distraerlos.

—Berlín también estará lleno de soldados, y estos serán alemanes. De allí no será tan fácil escapar. Debemos ser más cautos —lo amonestó Brown, antes de cambiar de tema—. ¿Recuerda dónde dejamos escondido el Bedford esta mañana? Pare allí. Tenemos que liberarlos.

—No creo que estén muy contentos con nosotros.

—No se preocupe, ya verá cómo se alegrarán de vernos. El primer ministro me ha asegurado que no serán sancionados, y he conseguido que se les conceda un par de días de permiso para compensarles la faena.

—Vaya, coronel, qué generoso. ¿No habrá pensado dármelos a mí también, verdad?

Como había pronosticado el coronel, los soldados británicos se alegraron de que por fin los soltaran, y se mostraron dispuestos a olvidar el mal rato pasado cuando les dieron la noticia del permiso. Cabizbajos y un tanto avergonzados, se habían montado en los Bedford camino de Londres, dejando en tierra al comando.

⁂

Sede de la Gestapo
Berlín, Alemania

El inspector Klaus Schlüter, sentado ante su escritorio, repasaba, junto a sus ayudantes, larguísimos listados llenos de nombres y datos de científicos alemanes.

Nada más llegar de Hamburgo, tras el desastre causado por la muerte de la espía, que por fin podría haber arrojado luz en su, hasta el momento, infructuosa tarea, Schlüter había visitado de nuevo al decano de la Universidad Friedrich-Wilhelm de Berlín para preguntarle por Itzhak Stenger.

El rector se había quedado un tanto confuso al escuchar el nombre, y por unos instantes había buscado en su cabeza para finalmente confesar que no lo conocía. Schlüter le había preguntado si podía tratarse de algún otro científico judío de prestigio cuyo nombre se asemejara, pero al decano no se le ocurría de quién podría tratarse. De cualquier forma, añadió, con cierta altivez, ningún judío trabajaba en Alemania como científico, y menos alguien con ninguna importancia para el desarrollo de la contienda.

Schlüter, irritado por la estupidez de aquel hombre, le había pedido que lo ayudara a descubrir a quién debía encontrar, y el decano le había prometido su colaboración. El inspector había abandonado la universidad sin ninguna esperanza de que aquel ratón de biblioteca, convencido de la supremacía aria, dedicara un minuto a solucionar el enigma.

Después había visitado los calabozos de la sede central de la Gestapo, donde habían trasladado a Scholl, el marido delator, haciendo caso omiso a las quejas presentadas por sus influyentes amistades. Amistades que, viendo la caída en desgracia del empresario, no habían insistido demasiado, para evitar meterse en problemas.

Al tal Scholl, encerrado en la temida Casa de los Horrores, como la conocían los berlineses, parecían haberle caído veinte años encima. Sentado en una banqueta, desnudo y a oscuras, Scholl temblaba de miedo. Unas marcas rojas en el rostro daban muestras de una charla «amigable» con sus captores, y los ojos enrojecidos revelaban que había llorado copiosamente durante las últimas horas.

El inspector se había mostrado amable. Le había ofrecido un cigarrillo y una taza de sucedáneo de café, que el empresario, a pesar de estar poco acostumbrado a su asqueroso sabor, se había tomado con ansiedad. Schlüter había aguardado a que el arrepentido marido se relajara un poco antes de preguntarle por su esposa. El tipo, creyendo que la hora del café había

terminado y empezarían de nuevo los golpes, se había echado a llorar de nuevo.

El inspector le había pedido que tratara de recordar si su mujer tenía algún amigo que pudiera haber contactado con ella durante su trayecto a Hamburgo, y Scholl había esbozado una siniestra y amarga sonrisa al afirmar que su mujer tenía multitud de «amigos» y que todos ocupaban altos cargos en el partido o en el ejército.

Schlüter había sospechado que aquellos «amigos» eran probablemente las víctimas de la mujer. ¿Tenía esta alguna persona de confianza, un familiar, alguien especial? Scholl se mostraba ansioso por colaborar, imaginando que aquello lo libraría de más palizas, y dio todo un rosario de datos, todos muy vagos, cuando no inventados. El aterrorizado preso ya ni siquiera estaba seguro de haber leído bien el nombre de Itzhak Stenger, y se limitaba a implorar piedad, jurando ser un leal patriota.

Al final, Schlüter había logrado muy poco y había dejado en manos de sus superiores la decisión de si merecía la pena mantenerlo preso o si era mejor liberarlo, aun convencido de que el tipo no sabía nada más de lo que había contado.

Una vez en su despacho, había puesto a trabajar a sus hombres en las listas obtenidas de todas las universidades de Alemania buscaban a Itzhak Stenger o a alguien cuyo nombre se le pareciera, por remotamente que fuera. También les había encargado que indagaran entre el revoltijo de nombres sonsacados a Scholl, para ver si encontraban al contacto de la espía.

Tras el interrogatorio en los calabozos, Schlüter había subido al despacho del mayor Töpfer para ponerle al tanto de los avances en la investigación. Töpfer se había mostrado muy sorprendido, lo que había confirmado las sospechas de Schlüter de que el mayor no confiaba en obtener nada, y este, para curarse en salud, había concedido al inspector cuatro agentes con dedicación exclusiva.

Schlüter había puesto a los cuatro a vigilar a los principales cerebros del país. Deberían controlar los laboratorios de física y armamento, las fábricas de aeronáutica y los astilleros de submarinos.

El primer resultado positivo había llegado desde la oficina de la Gestapo en Viena. El sargento Bachmann había llamado a la capital austríaca preguntando por algunos de los familiares de Libertas que Scholl había mencionado.

Había un primo, un tal Leopold Gusenbauer, que había desaparecido. Lo último que se conocía de él era su intención de visitar a unos amigos en

Frankfurt. Pero nadie lo había visto, y en la lista de pasajeros de tren no constaba su nombre. Sí, en cambio, en la de Berlín-Hamburgo, y en la misma fecha en que lo había hecho Libertas Scholl. Aunque convencido de que Gusenbauer ya se encontraría fuera de Alemania, el inspector Schlüter había expedido una orden de búsqueda por todo el país.

Si la documentación había llegado a manos del enemigo, este no tardaría en enviar el comando. Era preciso dar cuanto antes con aquel científico. Intuyendo que no tenía mucho tiempo, se había puesto en cuerpo y alma a repasar los anuarios universitarios. En algún sitio, un físico judío con un nombre parecido a Itzhak Stenger había obtenido su titulación, y Schlüter debía encontrarlo.

Capítulo XVI

Jueves, 30 de marzo de 1944
Brecon Beacons, Gales

El comando marchaba en busca del precario campamento que habían abandonado de madrugada. Confiados, aceleraban el paso, deseando llegar cuanto antes para poder comer algo.

—Coronel, alguien nos está siguiendo.

Villar se había ido quedando rezagado del grupo, abandonando las primeras posiciones que acostumbraba a ocupar en las marchas para emparejarse con Brown, que como siempre iba en la retaguardia.

El coronel no se había olvidado del *jeep* que los había seguido desde que salieran de Londres. Manteniendo el paso, aguzó sus sentidos, pero sin conseguir detectar la presencia de ningún extraño. Sin embargo, conocía la reputación de Cornín, el guerrillero español al que en las montañas asturianas llamaban Demonio y al que en aquellas semanas de exhaustivo entrenamiento había llegado a respetar. Aquel lobo solitario era capaz de aventar el peligro, y cuando Villar hablaba solía ser aconsejable escucharlo.

—¿Cuántos son? —preguntó Brown.

—No lo sé —respondió Villar.

—Está bien. Bordearemos aquellos árboles. Adelántese. En cuanto vea la posibilidad, adéntrese en la arboleda, y rodéelos. Si son más de uno, quiero al que dirija el grupo vivo. Si podemos atrapar con vida a algún otro, mejor. Si ve que alguno se escapa, dele el alto. Si no se detiene, mátelo. Diga a Riggs y a Gardner que vengan.

Sin responder, Villar aceleró un poco el paso para colocarse en cabeza de nuevo sin llamar la atención, aprovechando para avisar al sicario y a Gato, que se quedaron más atrás, al lado del coronel.

Brown le dio instrucciones. Riggs debía hacer lo mismo que Villar, pero por el flanco derecho, en un movimiento de tenaza. Gardner escogería un sitio

a cubierto desde el que pudiera controlar la zona con el Lee Enfield P14 dotado de mira telescópica que habían robado a la patrulla.

—Capitán —llamó Brown en voz alta al cabo de un rato—. Haremos un descanso ahora.

Los hombres se sentaron sobre la hierba, al abrigo de unos matorrales que los ocultaban a medias. Brown no perdía de vista a Gardner, que acechaba a través de la mira telescópica el sendero por el que habían llegado.

El sicario levantó ligeramente una mano con el dedo índice sin recoger, la abrió con el dorso hacia arriba y la bajó: solo había un perseguidor, y se había agachado para no ser descubierto.

Gardner volvió a levantar la mano en señal de aviso. Algo iba mal. El pájaro volaba.

Weidenfeld, como el resto de sus compañeros, vio el gesto del sicario y, haciéndose cargo de la situación, se incorporó de un salto y empezó a chillar furioso:

—No pienso ir con ustedes a ningún sitio, ¿me entiende? Usted está loco, coronel. Su plan es absurdo. Nos matarán en cuanto nos acerquemos. ¿Cree que los alemanes no nos estarán esperando?

—¡Cállese! Usted hará lo que yo le mande o volverá a la cárcel.

Comadreja se agachó, cogió uno de los Sten y apuntó al pecho del oficial americano.

—No, coronel. Yo me largo —ladró Comadreja con su voz ronca, amartillando el fusil—. No se mueva o le pego un tiro. ¡Quédese quieto donde está, capitán!

Gardner movió los labios sin emitir ningún sonido. El teatro montado por Weidenfeld estaba dejando de dar resultado. ¿Qué debía hacer? Brown le hizo un gesto para que esperara un poco más. El sicario negó con la cabeza. No había tiempo.

—¡Dispare! —ordenó Brown.

Gardner hizo fuego y se escuchó un grito a lo lejos. El comando se puso en pie para mirar qué ocurría. De lados opuestos asomaron a la carrera Riggs y Villar, y se lanzaron sobre una figura tirada en la hierba. Brown y sus hombres corrieron hacia ellos.

—General Mattis, ¿qué hace usted aquí? —preguntó Brown, frunciendo el ceño cuando reconoció al oficial.

—¡Ordene a sus hombres que me suelten inmediatamente!

Villar y Riggs obedecieron a una señal del coronel.

—¿Qué hace usted aquí? —repitió Brown.

Mattis se agarraba la pierna herida; la pernera del pantalón se iba empapando de sangre.

—¿Está usted loco? —preguntó el general, apretando los dientes por el dolor.

Brown se agachó sin ninguna simpatía y le repitió la pregunta por tercera vez.

—Me manda el general Eisenhower. Quiere que los vigile. Le juro que se acordará de esto. Le voy a mandar otro consejo de guerra, y por Dios que esta vez no se va a librar.

—¿El general Eisenhower? —preguntó extrañado Brown—. Creía que iba a venir él mismo mañana para las maniobras.

—Y así iba a ser. Pero no lo espere ahora. ¡Capitán!

—¡Señor! —respondió Pickeray confuso.

—Capitán, arreste al coronel Brown.

—El capitán Pickeray pertenece al quinto batallón de Rangers y tiene órdenes de…

—¡Sé perfectamente a qué cuerpo pertenece el capitán! He sido informado por el coronel Schneider.

Brown se irguió.

—Lo siento, general. Schneider no le ha podido decir nada. Conozco al coronel de Rangers, pero en realidad el capitán pertenece al ejército británico.

Mattis se quedó helado, sin saber qué responder.

—Además, el general Eisenhower no tiene intención de visitarnos. Ni siquiera va a haber maniobras. ¡Átenlo!

—¿Se ha vuelto loco? ¡Soy un general! ¿Qué pretende hacer?

Entre Villar y Pickeray agarraron a Mattis, y el comando se internó entre la espesura, hasta encontrar un pequeño claro.

—Ahora, general, me va a decir qué hace aquí —dijo Brown.

Weidenfeld le había atado las manos a la espalda y había pasado la cuerda por una rama baja, tensándola. Mattis gritó de dolor cuando la presa le arqueó dolorosamente los hombros.

—General, lo que va a ocurrir aquí va a resultarle muy desagradable —insistió Brown—. Será mejor que conteste mis preguntas. ¿Para quién trabaja?

La respuesta no fue satisfactoria y, a una señal del coronel, Comadreja estiró de la cuerda, levantando unos centímetros en el aire al oficial, que aulló en vano, sintiendo como los hombros amenazaban con desencajarse.

—¡Basta, basta, se lo diré!

La cuerda se destensó lo suficiente como para que Mattis hiciera pie.

—¿Quién lo envía?

—Nadie, se lo juro. ¡Espere! El Bund.

—¿Quién?

—El Bund germano-americano. Una organización americana.

—¿Una organización nazi?

—Somos simpatizantes del pueblo alemán.

—¡Maldito hijo de perra! —rugió Weidenfeld—. Querías vendernos, cabrón.

—¿Qué les ha dicho? —preguntó Brown, haciendo un gesto para que Comadreja se calmara.

—Nada.

Weidenfeld tiró salvajemente de la cuerda, y uno de los hombros del general se descoyuntó.

—¡Solo su nombre y que estaba formando un comando! —berreó Mattis con el rostro desencajado.

—¿Qué más?

Weidenfeld tironeó para aumentar la agonía.

—¡Que están buscando a un científico en Alemania! ¡Nada más, se lo juro! ¡Por Dios, no sé nada más! —Mattis lloraba a gritos, con las venas del cuello amenazando con estallar.

—Bájelo —ordenó Brown—. ¿Cómo sabe usted todo eso?

Mattis se derrumbó en el suelo, hipando. Brown tuvo que darle una patada en la pierna herida para que reaccionara.

—Usted visitó a Eisenhower y al primer ministro británico. Ningún coronel llega tan alto. Me extrañó, y lo investigué. Supe que se había librado de una sentencia en un consejo de guerra y que nadie sabía qué había sido de usted.

Los hombres miraron con curiosidad a Brown tras aquellas palabras, pero el coronel ni se inmutó.

—Todo era muy raro. Vi una carpeta con las fichas de varios soldados. Todos estaban entrenados en operaciones de comandos, pero usted los había descartado y había formado su propio grupo.

—¿De dónde ha sacado lo del científico?

—Se lo escuché decir al primer ministro el día que usted los visitó. Cuando se marchó, ellos hablaron de la operación. Solo pude llegar a oír que necesitaban encontrar a un científico.

—¿Por qué en Alemania?

—Vi los planos que usted pidió. Todos eran de ciudades alemanas.

—¿De qué más ha informado? ¿Conoce a estos hombres? ¿Sabe dónde está el científico? ¿Cómo vamos a viajar?

—No, se lo juro. Por favor, no me haga más daño, por favor.

Mattis lloraba desconsoladamente. Uno de los brazos lucía un ángulo extraño, y la pernera estaba llena de sangre. Estaba a punto de perder el sentido.

—Creo que dice la verdad, coronel —susurró Pickeray al oído de Brown.

—Yo también lo creo, pero no podemos estar seguros. En cualquier caso, no vamos a sacarle nada más, y lo que nos ha contado es suficiente. Después de lo de esta mañana, hay demasiada gente que conoce a nuestro equipo. No es seguro seguir aquí.

—¿Qué vamos a hacer?

—Habrá que darse prisa. No esperaremos a que nos den luz verde. ¡Gardner! Mátelo.

El sicario se adelantó con absoluta calma, desenfundó la pistola que llevaba al cinto, la amartilló e, ignorando los gritos solicitando piedad del aterrado general, le pegó dos tiros, uno en el pecho y el otro entre los ojos.

Nadie dijo nada. Sin poder despegar los ojos del cadáver, los hombres se dieron cuenta de que había terminado la instrucción. Aquello para lo que habían sido escogidos comenzaba de verdad.

—Levántenlo, nos lo llevamos. Weidenfeld.

—¿Coronel? —en la respuesta de Comadreja había desaparecido su habitual ironía. El estraperlista no hubiera creído que Brown tuviera arrestos para matar a un superior.

—Son las cinco de la tarde —dijo Brown, mirando su reloj y haciendo cálculos. Oscurecería hacia las siete y media. Quedaban dos horas y media—. Vaya con Riggs a buscar el *jeep* del general. Necesitamos un transporte. Un camión con la parte de atrás cubierta en el que poder pasar desapercibidos. Encuentre también un par de cadáveres que no lleven demasiado tiempo muertos, tres uniformes ingleses de aviador y ropa para todos nosotros.

—¿Pero de dónde pretende que saque todo eso? —protestó Comadreja—. Dudo que en la tienda de ningún pueblo tengan un par de cadáveres… ¿Y qué clase de ropa?

—Ropa de civil. Que sea abrigada, para que no nos congelemos allá arriba cuando estemos volando a seis mil metros. Llévese a Riggs, y no tarden demasiado. Los demás recogeremos el campamento. Nos iremos esta misma noche.

—Coronel, ¿no cree que es un poco precipitado? —preguntó inquieto el capitán británico, bajando la voz para que los demás no pudieran oírlo—. Los hombres no están preparados todavía. Necesitamos más tiempo.

—No lo tenemos, capitán.

—¿Va a hablar con Von Weizsäcker?

—Sí. Tengo que comunicárselo.

—¿Qué haremos si se niega a venir?

—Aún no lo sé. No aprueba usted mi decisión, ¿verdad, capitán?

—Estos hombres no son soldados, coronel. Aún no piensan como soldados. Nos vamos a poner en manos de un grupo inexperto. Es un riesgo enorme. Esta misión puede ser decisiva.

—Lo sé, capitán.

—Si Von Weizsäcker se desmorona, no tendremos piloto —avisó Pickeray.

—No podemos engañarlo. Confiemos en que no se eche atrás.

—¿Cómo conseguiremos un avión?

—Robándolo. Deje que hable con el teniente, y mientras ponga a los hombres en marcha.

Pickeray asintió sin que una arruga de preocupación abandonara su frente.

—No se quede ahí parado, Weidenfeld. Vaya a buscar lo que he pedido. Dense prisa.

—¿Está seguro de lo que hace, señor? —preguntó Pickeray, mientras Weidenfeld y Riggs se marchaban en busca del *jeep* del general Mattis—. No me parece buena idea dejar solos a esos dos.

—Debemos irnos, capitán, y necesitamos lo que los he pedido.

—Bien. Pero tal vez hubiese sido mejor que yo los acompañara.

—No pasa usted desapercibido —sonrió Brown—. Además, lo necesito aquí para preparar la marcha. Todo tiene que estar dispuesto para cuando vuelvan con el camión.

—Si es que vuelven…

—Volverán.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Porque si no estaremos jodidos.

Pickeray se lo quedó mirando, con el ceño fruncido, sin saber si se estaba riendo de él.

—Escuche, capitán. No podemos permanecer aquí más días. Si los alemanes están esperándonos, a nosotros o al informe de su espía, cuanto más

nos retrasemos será peor. Sabemos dónde tenemos que ir y lo que debemos hacer.

—No nos han dado luz verde.

—No estaremos aquí para cuando la den. Si Weidenfeld y Riggs deciden desertar, prefiero que lo hagan ahora que en Alemania. Tranquilícese, capitán. Todo saldrá bien.

A una señal del coronel, el grupo se puso en marcha, llevando en volandas el cadáver del general. Brown llamó a Von Weizsäcker y, sin aflojar el ritmo, habló con él.

—Tengo una mala noticia para usted, teniente. La he recibido esta mañana.

—¿Es Otto? —contestó el piloto alemán, sin levantar la mirada del suelo.

—Lo siento mucho. Me han asegurado que se ha hecho todo lo posible —repuso Brown—. Esto cambia las cosas, teniente. Cuando le ofrecí participar en esta misión, pensaba sinceramente que seríamos capaces de salvar a su hermano. No obré de mala fe. Si no quiere acompañarnos, lo entenderé.

—¿Y qué pasaría conmigo?

—Nada. Estaría aislado hasta que termine la operación, y después volvería a su internamiento, hasta que finalizara la guerra.

—Para mí la guerra ha terminado, coronel. No quiero volver al campo. Se lo debo a Otto, a mi patria y sobre todo a Eva. No quiero que el mundo piense que todos los alemanes somos unos monstruos como Hitler. Pero, cuando acabe esta operación, no regresaré.

—Será peligroso para usted.

—Lo sé. Pero es mi país. Espero que lo comprenda.

Brown aceleró el paso, dejando solo al teniente alemán. El resto parecía haber intuido lo que hablaban y guardaba un respetuoso silencio.

—Desmonten el campamento, recojan todo y entiérrenlo —ordenó Brown en cuanto tuvieron a vista las tiendas de campaña—. Capitán, haga el favor de destruir la radio. La enterraremos con lo demás.

Los hombres se apresuraron a obedecer las órdenes. Cuando la zanja donde habían sepultado cuanto pudiera delatar su presencia en el lugar estuvo bien cubierta, echaron la tierra sobrante al riachuelo para que el agua se la llevara y, sobre la tumba, replantaron matorrales arrancados de otro sitio.

Sudorosos y llenos de barro, cada uno hizo el pequeño petate que iba a llevar consigo. Revisaron las armas, comprobaron si todos tenían sus brújulas y se escondieron en la linde del bosque, a la espera de que llegaran Weidenfeld y Riggs.

Una hora más tarde, el sol comenzaba a desaparecer en el horizonte y aún no sabían nada de ellos. Menchaca y Gardner charlaban en voz baja; el minero español, sentado en una piedra, chupaba la boquilla de su pipa; el piloto alemán estaba sumido en sus recuerdos, y Brown lanzaba piedrecitas a una charca.

El único que parecía estar nervioso era Pickeray. Su instinto le decía que aquellos sinvergüenzas habrían aprovechado la ocasión para escapar. Desde luego, nadie se lo podría echar en cara. Estaban a punto de embarcar en un avión con el que se adentrarían en la boca del lobo para llevar a cabo una misión que, seguramente, les costaría la vida a todos.

En realidad, se dijo el capitán, si regresaban, serían tan estúpidos como lo eran ellos, allí sentados, aguardando en medio de ninguna parte a un camión que seguramente jamás llegaría.

—No vendrán —masculló por enésima vez Pickeray cuando el último rayo de sol se había despedido. Comenzaba a bajar la temperatura, que junto a la humedad de la zona hacía desagradable la espera. Pero los hombres no se quejaban. Con el sudor frío, manos, cara y ropas llenas de tierra, poco abrigados, sin haber comido en todo el día y sin posibilidad de hacer fuego, se mantenían en silencio.

Todos sabían lo que eran las largas esperas. El piloto alemán lo había aprendido en los campos de prisioneros ingleses, en los que las únicas escapadas de la rutina eran el reparto de la comida. Villar, Pickeray y Menchaca habían aprendido en las trincheras de España lo que era aguardar sin saber qué y, la mayoría de las veces, rezando para que eso que aguardaban no se presentase nunca.

Gardner, en cambio, había aprendido a esperar en rincones y esquinas a que sus víctimas se presentasen durante noches o días enteros. En aquellas ocasiones, debía permanecer muy quieto y sin hacer ruido ni poder encender un cigarrillo, para que sus movimientos no alertaran a la presa.

El caso de Brown era diferente a todos los demás. Él no había estado en ninguna trinchera ni había montado guardia como un cazador ni se había aburrido en un campo de prisioneros. Pero sabía lo que eran los plantones interminables en pasillos de puertas cerradas aguardando a ser recibido por personas muy ocupadas que jamás tenían tiempo para él. En aquellos días había tenido que aprender, necesariamente, que la paciencia es una virtud, pues de otro modo hubiese terminado en el calabozo, si hubiese interrumpido violentamente en aquellos despachos cuyas puertas siempre permanecían cerradas para él.

—¡No vendrán!

—Lo ha dicho hace un momento —replicó Brown sin levantar la mirada de la charca—. Relájese.

—Debería haber ido yo con ellos.

—Si en su cabeza estaba el desertar, quizá lo hubiésemos perdido a usted también.

—Si algún día les pongo las manos encima, se acordarán de mí.

—Tal vez tenga la oportunidad, capitán —repuso Brown aguzando la mirada, como si pudiera atravesar el espeso manto de vegetación que los rodeaba—. Si no me equivoco, oigo el motor de un vehículo.

—Yo también lo oigo —coincidió Gardner.

Instantes después, el ruido era evidente. Era un vehículo pesado que se acercaba no sin cierta dificultad.

—Escóndanse —ordenó el coronel.

El aviso era innecesario. Gardner y Menchaca estaban ya ocultos tras sendos árboles. Y, mientras el alemán se agazapaba tras unos matorrales junto al minero español, Brown y Pickeray hacían otro tanto. Todos empuñaban sus armas.

Al cabo de diez minutos, entre el follaje, se vio el movimiento de algo pesado que avanzaba por el estrecho camino embarrado. Momentos después, apareció el morro alto de un camión del ejército americano, con el parabrisas sucio y una lona tapando la cartola. De dentro salía una voz conocida, que maldecía de mal humor:

—¿Dónde se habrá metido ese hijo de puta de Brownie?

—Aquí estoy, Weidenfeld —dijo el coronel, incorporándose para salir de su escondite, dando por descontado que el estraperlista se refería a él.

—¿Qué le parece, coronel? —preguntó Comadreja, asomando por la ventanilla, sin importarle que Brown hubiese escuchado el exabrupto, con un trozo de puro colgando de la comisura—. Un «dos y medio» prácticamente nuevo y con el depósito lleno.

Conseguir un CCKW-353 con el depósito lleno era como para sentirse orgulloso. Aunque no faltaba combustible en la isla, la pronta llegada del esperado desembarco en Europa obligaba a racionarlo fuertemente. En los cuarteles, antes de repostar, se calculaba cuántos litros precisaba el vehículo y se intentaba aprovechar el viaje para más de una cosa.

—No se ha dado mucha prisa, Weidenfeld —dijo el coronel.

—¡Oh!, disculpe, señor —contestó con sorna Comadreja, un tanto molesto—, pero estuvimos tomándonos unas cervezas con unas señoritas

mientras decidíamos qué cadáveres serían más de su gusto.

Habían tenido pocas horas para llevar a cabo el complicado encargo en una zona bastante deshabitada, y Weidenfeld esperaba un poco de reconocimiento.

—Bueno, se nos hace tarde —dijo Brown—. ¡Arriba todos!

Mientras el resto del comando se acomodaba en la parte de atrás, junto a los dos cuerpos sin vida, ya vestidos de aviadores británicos, como había solicitado el coronel, este y el capitán inglés se sentaron en la parte delantera, al lado del estraperlista, que era quien conducía.

—¡Vistan al general con el otro uniforme! —ordenó Brown a los que iban en la parte trasera, viendo cómo metían en volandas el cuerpo ensangrentado del traidor—. Páseme el mapa, capitán. Bueno, Weidenfeld, ya ve dónde nos encontramos. Tenemos que ir al suroeste de Londres, a este campo de aquí. ¿Cuánto tiempo cree que tardaremos?

Comadreja echó un vistazo al mapa, al tiempo que pisaba el acelerador, y el camión dio un brinco, celebrado con maldiciones desde la cartola.

—Yo diría que tres horas y media, más bien cuatro.

—Está de suerte —repuso Brown, recogiendo el plano y echando un vistazo a su reloj—. Tenemos solo tres horas.

—Dudo que lo consigamos —farfulló Weidenfeld, moviendo de un lado a otro el puro que le colgaba de la boca—. ¡Los de atrás! ¡Sujetaos bien, que esto se va a mover! ¡Y no me echéis la culpa a mí!

En la parte posterior del camión, Menchaca y Von Weizsäcker luchaban con el peso muerto del general e intentaban desnudarlo sin salir despedidos del camión. Sentados en el suelo, con las piernas estiradas y la espalda atada a los costados, los cuerpos sin vida debidamente uniformados como miembros de la RAF corrían grave peligro de quedar descabezados con las sacudidas, y Villar trataba de conjurar el peligro entablillándoles el cuello.

—¿Cómo habéis encontrado todo esto en tan poco tiempo? —preguntó con curiosidad Gardner a Riggs, mientras agarraba de la cintura del pantalón a Menchaca para evitar que el camión lo escupiese.

El pequeño pero forzudo circense no parecía tener ningún problema para guardar el equilibrio y mantener, de paso, el del teniente alemán, que se daba costalazos tratando de quitar el pantalón al fallecido general Mattis.

—Si te lo cuento no te lo creerás —contestó Gato, tirando para que Von Weizsäcker no se partiera el cuello contra uno de los bancos—. Cuando encontramos el *jeep*, llegamos a un campamento británico. Allí no tenían ningún camión, solo un par de motos y unas cuantas bicicletas. Weidenfeld

prefirió abandonar el *jeep*, que hubiera llamado demasiado la atención con dos tipos sin uniforme, y se empeñó en pasar por el depósito de provisiones. En el garaje robó unas ropas sucias de mecánico. Después entró en el depósito como si fuese el general y mandó al encargado a buscar unas piezas. Mientras el pobre hombre las buscaba, agarramos unas latas de carne y unos paquetes de cigarrillos y salimos corriendo. Weidenfeld parecía saber dónde guardaban todo.

—Todos los ejércitos son iguales y tienen las mismas costumbres —intervino Von Weizsäcker, tratando de pasar un brazo del poco colaborador general por la manga de la camisa—. Conoces una base, y las conoces todas.

—Pues con las latas y los cigarrillos nos fuimos zumbando para el pueblo. Allí Artie me dejó solo en la taberna y se largó.

—¿A dónde?

—No tengo ni idea. Volvió cuando yo iba por la segunda cerveza y ya me empezaba a preguntar cómo las pagaría si Artie no volvía. El caso es que terminó con mi cerveza de un solo trago, las pagó, salimos de la taberna, arrancamos la moto y nos acercamos al dispensario del pueblo.

—¿Allí encontrasteis los cuerpos de estos dos?

—Sí. No hubiese pensado yo que en un sitio tan pequeño guardaran cadáveres, pero se ve que con la guerra los muertos no faltan en ningún lado. Artie les dio casi todo el tabaco que teníamos y las latas de carne y nos marchamos con la moto.

—¿Los cuatro? —preguntó sorprendido el alemán, mientras abotonaba la camisa de Mattis.

—Sí, los cuatro —contestó riéndose Riggs—. Lo mejor fue cuando pasamos un control de la policía militar. Artie conducía y llevábamos a estos dos entre nosotros vestidos solo con ropa interior. ¡Imagináoslo!

Todos se rieron al pensar en el rostro de los soldados viendo cuatro personas, dos semidesnudas, otra con ropa de mecánico y una cuarta vestida de civil, sobre una motocicleta del ejército, a todas luces robada.

—¿Cómo lograsteis escapar?

—Artie se metió entre los árboles y sus *jeeps* no pudieron pasar. Nos dispararon, no creáis, ¡ufff…! ¡Qué cerca pasaban las balas!

—¿Y qué hicisteis?

—Llegamos hasta un pequeño aeródromo, donde había unas cuantas escuadrillas de aviones. Tiramos la moto entre la maleza y cortamos la alambrada que rodeaba el campo. En el hangar del aeródromo, Artie me hizo llenar el depósito del camión que había allí y este par de bidones de reserva,

mientras él desaparecía y regresaba al rato con los tres uniformes. Yo temía que en cualquier momento apareciera alguno de los pilotos, pero él se movía tan tranquilo de un lado para otro.

—¿Y estos sacos de arpillera y la paja? —preguntó Gardner, señalando un rincón del camión.

—Los conseguimos en una granja cuando regresábamos.

—¿Y para qué son? —preguntó Menchaca.

—Para que no se nos hielen las pelotas —contestó Gato riendo.

Los demás se miraron entre sí extrañados.

—El coronel pidió ropa de abrigo para no congelarnos cuando estuviésemos volando, ¿no es cierto? Pues aquí la tenéis. No hemos conseguido nada mejor. Pero servirá.

—¿Pretendéis que rellenemos los sacos con la paja y nos los enfundemos, como hacen con los peleles? —preguntó secamente Villar en su deplorable inglés.

—Si no te gusta, no te lo pongas —repuso Riggs, que tras la aventura corrida había olvidado su habitual timidez.

—Oye, Tom, ¿por qué no habéis tratado de marcharos? —preguntó Gardner.

—Cuando os dejamos, pensé que esa era la idea de Artie —admitió Gato, borrando la sonrisa del rostro—. Yo no estaba seguro de qué hacer cuando él se largara.

—¿Por qué? Llevas años sin que la pasma te pille, y es tu país. No hubieses tenido demasiados problemas en desaparecer.

—Lo sé —respondió un tanto avergonzado Riggs—. No sé, no lo tenía claro. Pero no fue necesario, porque Artie no tenía ninguna intención de pirarse. Después robamos la motocicleta y luego ya todo fue demasiado deprisa como para pensar nada más, aunque en la taberna, mientras lo esperaba, se me pasó por la cabeza que no volvería a verlo.

—No entiendo por qué esa comadreja no aprovechó su oportunidad —dijo Gardner—. No volveréis a tener otra como esta.

—Sí, bueno —replicó Gato ofendido—. ¿Y tú qué? Si saltaras de este camión ahora mismo, no te podrían apresar. ¿Y tú, Franz? Al fin y al cabo, somos tus enemigos, ¿no? Todos podríamos escapar.

El resto se quedó en silencio. El pequeño inglés tenía razón. Quien más quien menos, salvo Menchaca y Villar, que participaban de forma voluntaria, tenía razones y deseos como para aprovechar una buena ocasión de escapar con éxito. ¿Por qué no lo hacían?

—Creo que Artie no se escapó porque esperaba que yo lo hiciera antes —rompió el silencio al cabo de un rato Riggs, sin levantar la mirada del suelo del bamboleante camión—. No sabéis cómo deseo estar lejos de aquí. Con solo pensar en lo que nos espera, se me revuelve el estómago. Si os soy sincero, me da igual mi país y quién coño gane la puñetera guerra. Pero tengo que ir allí y destruir aquello. Y no me preguntéis por qué, porque no lo sé.

El resto del viaje lo pasaron en silencio, reflexionando cada uno en lo que había dicho el escurridizo inglés.

En la cabina del camión, los tres ocupantes discutían sobre el rumbo correcto que debían seguir. Muchos de los cruces carecían de señales, retiradas por algunos alarmistas para entorpecer el avance de unas hipotéticas tropas alemanas llegadas por mar, y tenían que hacer uso del plano alumbrado con una pequeña linterna.

Se detuvieron en dos ocasiones, una de ellas para desandar un tramo equivocado y la otra al llegar a un pequeño pueblo. Allí, Weidenfeld se había bajado del camión a la carrera para volver diez minutos más tarde con dos latas de pintura y unas brochas, y al salir del pueblo pintaron unos círculos blancos en los costados de la lona con una gran cruz roja dentro.

La estratagema de Weidenfeld resultó providencial. Cerca ya de Londres había un fuerte movimiento de tropas y una columna de tanques amenazaba con retrasarlos. Comadreja había vuelto a bajar del camión para acercarse al policía militar que dirigía el tráfico, y con grandes aspavientos había logrado que este detuviera la columna para dejarles paso.

Poco antes de las ocho consiguieron llegar al campo de aviación. Ya desde lejos podían escuchar el rugido de los bombarderos Avro Lancaster británicos calentando motores para acercarse a la pista de despegue. Eran al menos una treintena los cuatrimotores que se sumarían a otros con base en distintos campos, para formar la escuadrilla nocturna que se encargaría aquella noche de lanzar su mortal carga de bombas incendiarias y perforantes en el corazón del enemigo.

—Llegamos justos de tiempo —dijo el coronel, señalando un costado de la cerca, al abrigo de miradas indiscretas—. Weidenfeld, detenga el camión allí.

Comadreja se adentró en la maleza para esconder bien el camión, y todos bajaron de este, descargando, además a los tres cadáveres. Se vistieron con las ropas de civil conseguidas por el estraperlista y abandonaron los uniformes de instrucción, las armas y el resto del equipamiento, menos las mochilas, que

dejaron dentro. Weidenfeld se llevó, además, una abultada bolsa de lona que el coronel prefirió ignorar.

—Riggs, Weidenfeld, Pickeray y yo entraremos ahora. Los demás aguarden aquí —dispuso Brown dando instrucciones rápidas—. No se muevan hasta que regresemos.

Villar manejaba con soltura las cizallas, y pronto tuvieron el espacio suficiente en la red metálica como para arrastrarse por debajo, lejos del foco que recorría deficientemente el campo. Con tantos campos de aviación como había en toda Inglaterra y el riesgo que para ellos suponían los cazabombarderos alemanes, la idea de que el peligro llegase por tierra era ridícula.

—No vamos a matar a nadie, pero no dejen que nos vean —ordenó Brown, bajando la voz—. Tenemos que tomar uno de los aviones y reducir a su tripulación. Vamos, rápido, antes de que se pongan en marcha.

Se movieron entre las sombras como parte del hormiguero que componían los mecánicos y asistentes de vuelo, hasta llegar al último aparato de una hilera. Por la cabina vieron al piloto y al ingeniero de vuelo, pero la portilla de la tripulación aún permanecía abierta, lo que indicaba que quizás el resto de la tripulación no hubiera embarcado todavía.

Con sigilo, Gato desapareció en las entrañas de la mole, y segundos después se escuchó un suave silbido. Brown entró en la zona de carga, llena de los explosivos que iban a ser arrojados aquella noche sobre Alemania. Los dos aviadores estaban en el suelo, sin sentido.

—Capitán, ayúdelo. Escóndanlos en tierra y avisen a los demás. Weidenfeld, necesitamos paracaídas para todos.

En silencio, el enorme capitán y el pequeño ladrón salieron del pájaro con un cuerpo al hombro cada uno. Un par de minutos después, el comando, menos Weidenfeld, se encontraba a bordo. Von Weizsäcker se puso a los mandos, concentrado en entender el uso de cada instrumento.

—¿Sabrá pilotarlo?

—Un poco tarde para preguntarlo, ¿no cree, coronel? —respondió sin mirarlo el piloto alemán. Toda su atención estaba dedicada a estudiar el panel de control.

—Weidenfeld, siéntese en la cabina y eche una mano al teniente —ordenó Brown cuando Comadreja llegó, jadeante, empujando un pequeño carro con ocho mochilas—. ¿Cómo van ahí detrás?

—Listos para partir —repuso Pickeray, alzando la voz por encima del estruendo de los motores.

—¿Preparado, teniente?

—No lo sé, señor, pero nos toca salir, así que ahí vamos. Siéntense, quizá el despegue sea un poco movido.

El alemán echó hacia delante la palanca y el bombardero comenzó a rodar por la hierba, hacia la pista de despegue.

Sentados alrededor de la carga de bombas en medio del fragor de los motores, los hombres se agarraban donde podían, a la espera de que el aparato despegara. Por la radio ya se empezaban a recibir instrucciones y preguntas sobre qué estaba sucediendo. Comadreja trataba de capear el temporal, pero, antes de que las ruedas del avión dejasen de tocar el suelo, en control ya habían decidido que algo no iba bien. Los focos del campo los seguían y los artilleros se abalanzaban sobre sus armas para abrir fuego.

—Vamos, teniente. Haz que esto despegue antes de que nos frían a tiros —gritaba Comadreja con su voz rota.

Por fin, como con desgana, el enorme bombardero alzó el vuelo y abandonó el campo de aviación, perseguido por las ráfagas de las ametralladoras, que cesaron pronto por temor a dañar los demás aparatos.

—Aún no estamos a salvo —avisó el teniente alemán, tirando del timón hacia atrás para elevar aún más el morro—. Harán despegar a los cazas.

—No pueden —repuso Weidenfeld desde su puesto de ingeniero de vuelo, mirando el panel de control lleno de relojes—. Han tenido que retirar los cazas del campo para hacer sitio a los bombarderos.

—Bueno —dijo Von Weizsäcker al cabo de unos instantes, cuando comenzó a equilibrar el avión, ya a tres mil metros de altitud—. Ya estamos en el aire. ¿Cuál es el plan ahora, coronel?

Debían gritar para poder comunicarse entre ellos, superando el estruendo de los motores.

—Esperaremos a que se forme la escuadrilla y nos mezclaremos con ellos —contestó Brown.

—Nos detectarán con el radar.

—Se juntarán no menos de medio millar de aparatos. Dudo que los cazas sean capaces de diferenciarnos en medio de la noche.

—Volarán en formación, y no sabemos dónde debemos colocarnos.

—Pues averígüelo rápido. Este pájaro tendría asignado un puesto. Weidenfeld, mire a ver si puede ayudarlo.

—¿Qué lo ayude? ¿Y cómo quiere que lo haga? —protestó malhumorado Comadreja—. Yo no había montado en un avión hasta hace un mes. No tengo ni idea de cómo hacerlo.

—Deje de perder el tiempo protestando. Los demás, preparen los sacos. Llénenlos de paja y pónganselos. Y preparen un par más para nuestros pilotos. Capitán, compruebe los paracaídas. Gardner, meta al general en el puesto del ametrallador de cola. Riggs, haga lo mismo con otro de los cuerpos, en la parte del artillero, debajo de la cabina. Villar, venga aquí.

Los hombres se dispusieron a obedecer las órdenes moviéndose con cuidado en el atestado compartimiento de carga, donde se almacenaban las bombas incendiarias de doscientas libras y una monstruosa Blockbuster de cuatro mil libras.

—Necesitaremos explosivo —dijo Brown—. ¿Cree que podrá aprovechar este?

Cornín miró las mortíferas bombas que le señalaba el coronel e hizo un gesto de asentimiento, antes de ponerse manos a la obra.

—¿Cuánto necesitará? —preguntó Brown.

—Con doscientos kilos será suficiente —respondió Cornín, rebuscando en la caja de herramientas del Avro Lancaster; y, señalando la gigantesca Blockbuster, añadió—: Usaré solamente esa. Su explosivo es el que mejor nos vendrá.

Los hombres miraron aterrados cómo Villar se acercaba al siniestro cilindro metálico de casi dos toneladas y lo empezaba a manipular.

—Coronel, hemos conseguido dar con la escuadrilla a la que pertenece este avión —gritó desde la cabina Comadreja, al cabo de un rato, más sorprendido que orgulloso.

—De acuerdo. Teniente, intégrese en la escuadrilla. Weidenfeld, déjeme su puesto y abríguese con los sacos. Cuando haya terminado, ocupe el lugar del teniente, para que él pueda ponerse el suyo.

—¿Quiere que pilote yo el avión? —preguntó aterrado Comadreja—. ¿Se ha vuelto loco o es que nos quiere matar?

—Usted sabe pilotar esto tan bien como cualquiera de nosotros. No se preocupe. Lo hará bien.

—Solo tienes que mantener recta la palanca —le explicó Von Weizsäcker.

—Recta la palanca —renegó Weidenfeld—. No creo que sea tan fácil.

Mientras, tratando de abstraerse de cuanto sucedía a su alrededor, Villar había conseguido abrir la tapa del artefacto y se esforzaba en desactivarlo. El avión brincaba violentamente, con caídas de varios metros, agitándose de tal manera que hacía imposible un trabajo delicado como el que se requería para evitar que la bomba estallara y los hiciera saltar a todos por los aires. A las sacudidas, había que añadir el intenso frío, que formaba escarcha en las

paredes del aparato. Sin duda, no eran las mejores condiciones para tratar de desactivar la bomba.

Villar, a pesar de la gélida temperatura, sudaba por el esfuerzo. La instrucción recibida la semana anterior le servía para distinguir los distintos tipos de espoleta, detonadores y explosivos, pero no podía permitirse ningún error.

A pesar de poseer unos nervios de acero, cuando tenía que dar un paso delicado, esperaba a que el aparato se asentara en el aire, aunque no siempre lo conseguía. De pronto, el Avro Lancaster se revolvía como una batidora o se desplomaba, y Cornín tenía que agarrarse desesperadamente a la bomba para no salir despedido.

Con la boca seca y el corazón encogido, el resto del comando miraba espantado las maniobras del guerrillero español. Sabían que cualquier movimiento en falso podía convertirlos en polvo.

—Ya está —dijo finalmente Cornín, secándose el sudor del rostro con la manga.

—Coronel —gritó desde la cabina el teniente alemán para imponerse por encima del ruido de los motores, sin perder de vista el cuadro de instrumentos de navegación—. Sería conveniente arrojar la carga antes de que lleguemos a tierra. Cuando nos detecten, tendremos más posibilidades de pasar.

—De acuerdo. Avíseme cuando podamos abrir la escotilla.

Cinco minutos después, Von Weizsäcker dio la señal, abrieron la escotilla y arrojaron todas las bombas al mar. Los hombres suspiraron aliviados e intercambiaron alguna broma para despejar la tensión.

Dejaron atrás la relativa seguridad de las aguas del mar del Norte y se adentraron en el continente hostil, a seis mil metros de altitud. Los radares alemanes ya estarían dando la alarma y calculando el rumbo de la fuerza atacante, proporcionando coordenadas a sus bases antiaéreas y a sus cazas desplegados en el aire, para interceptarlos.

No tardaría demasiado en desatarse el infierno sobre el cielo. Las tripulaciones, encajonadas en aquellas máquinas dispensadoras de muerte, enseguida comenzarían a ver a su alrededor el paso de las ráfagas trazadoras y el seguimiento de los focos de superficie, sabiendo que, en caso de ser fijados por estos, solo un milagro podría devolverlos a casa.

Capítulo XVII

Jueves, 30 de marzo de 1944
En el cielo de Alemania

El aparato convulsionaba a seis mil metros de altura. Hacía poco que los casi ochocientos bombarderos de la RAF habían cruzado la frontera alemana. Los cazas de la Luftwaffe y los cañones antiaéreos los buscaban en el cielo nocturno despejado, auxiliados por potentes reflectores.

El comando, aferrado a las correas en la bodega de carga, ya había tenido la ocasión de ver cómo algunos Avro Lancaster eran derribados y caían envueltos en llamas. En la cabina, el teniente alemán luchaba con los mandos, tratando de controlar el pesado avión, pero sin ingeniero de vuelo ni navegador la tarea se le amontonaba, sin que la ayuda de Comadreja le sirviera más que para ponerlo más nervioso.

—¡Malditos cabrones! —gritaba Weidenfeld dentro de su máscara de oxígeno—. ¡Os voy a sacar la piel a tiras en cuanto toque suelo!

Las balas trazadoras y las granadas estallaban inquietantemente cerca. Dos de esos proyectiles ya habían agujereado el piso de la bodega, haciendo que los hombres se replegaran aún más en sí mismos.

—¡Coronel! Esto es una locura. No vamos a llegar. Mire allí. Han derribado otro. Están jugando con nosotros.

—Tranquilícese, Weidenfeld —repuso Brown, elevando la voz por encima del fragor de los motores y las explosiones—. ¿Cuánto queda, teniente?

—Unos cuarenta minutos, coronel —contestó a gritos el piloto alemán, luchando por estabilizar el zarandeado aparato.

—¿Cree que podremos llegar?

—Lo dudo, señor. Han caído ya varios aparatos y el fuego enemigo se intensifica según nos adentramos.

Si Brown se había dado cuenta de que el alemán llamaba fuego enemigo al de las defensas de su propio país, no dijo nada.

De pronto, una bala agujereó el suelo, pasando entre los dos pilotos y perdiéndose en algún aparato del techo de la cabina. Unos gritos en la parte de atrás revelaron que más balas habían impactado contra el bombardero, aunque por las maldiciones parecían no haber causado ninguna baja.

Villar, que estaba rellenando las mochilas con el explosivo extraído de la Blockbuster, el espantoso artefacto capaz de derribar una manzana entera, se detuvo un instante cuando una bala, agujerando el suelo, pasó muy cerca de su pie derecho; retomó de inmediato la tarea con su característica sangre fría.

Aferrado a las paredes de la cabina para guardar el equilibrio, Brown escudriñaba a través del parabrisas el cielo, que a cada instante refulgía con un brillante color naranja. Delante, a su izquierda, otro Avro Lancaster tenía incendiado uno de sus motores y trataba de sobrevivir, pero había sido «iluminado» por los reflectores y no tenía ninguna posibilidad. Pronto fue nuevamente alcanzado y se convirtió en una bola de fuego.

—Señor, creo que sería mejor que saltáramos ya —gritó Von Weizsäcker.

—¿A qué distancia estamos?

—A unos ciento cincuenta kilómetros al oeste de Berlín, señor. Calculo que caeremos cerca de la ciudad de Stendal.

—Está bien, teniente. Descienda. Diré a los hombres que se preparen. ¿Podrá encontrar algún sitio despejado?

—Lo intentaré, coronel. Diga a los demás que se sujeten. En cuanto iniciemos el descenso practicarán el tiro al plato. Le avisaré cuando estemos a altura de salto. Llévese a Weidenfeld. No me puede ayudar, y me pone más nervioso.

El estraperlista se levantó de su asiento y siguió a Brown hasta el compartimento de carga, no sin antes palmear amigablemente la espalda del alemán. Desde que se habían conocido, el piloto se había sentido molesto por el comportamiento despectivo e insultante del americano. Ahora, en cambio, su pericia para hacerse con los mandos de un avión en el que no había montado antes le había granjeado cierta admiración por parte de aquel rufián.

De repente, una explosión sacudió el bombardero, arrojándolos contra las paredes. Uno de los motores de estribor había sido alcanzado y ardía con un denso humo negro.

—¡Atentos! —gritó Brown, a la vez que hacía gestos con las manos.

Los duros entrenamientos tenían que ofrecer ahora resultados. Los hombres se incorporaron formando en fila. Tal y como el coronel les había explicado, se sujetaron con una larga cuerda su mochila con veinticinco kilos de explosivos al pie. A otra señal, empezaron a comprobar cada uno el

paracaídas del compañero que tenía delante, y comenzaron la cuenta, a la vez que levantaban el pulgar hacia arriba con el puño cerrado:

—¡Cuatro, listo!

—¡Tres, listo!

—¡Dos, listo!

—Muy bien. Caeremos a unos ciento treinta kilómetros al oeste de Berlín. En cuanto toquen tierra, procuren reagruparse, aunque será difícil. El terreno es muy boscoso y tendremos que arrojarnos cuando encontremos un claro. Nos reuniremos, de acuerdo al plan previsto, en Berlín, en la estación de Lehrter. Recuerden: entre las diecinueve y las diecinueve treinta de cada día. El plazo máximo será el próximo martes, día cuatro. Si alguien no ha llegado, quedará a su suerte. ¿Lo han entendido?

Un grito proveniente de la cabina indicó a Brown que ya se encontraban a doscientos metros de altura. Ya no eran necesarias las máscaras de oxígeno y la temperatura, aún por debajo de los cero grados, había subido. Brown abrió la puerta, y al instante el fragor aumentó. El cielo estaba despejado y permitía distinguir, de manera un tanto difusa, la silueta de la tierra. Estaban sobrevolando un bosque cerrado. Ya no los perseguía ningún caza, pero los cañones antiaéreos continuaban hostigándolos.

—¿Sabe, coronel? —preguntó a gritos Comadreja, arrimándose a Brown para que este pudiera escucharlo. Él sería el primero en saltar en cuanto Von Weizsäcker diera la señal—. Mis padres emigraron a los Estados Unidos desde un pueblecito que no debe de estar lejos de aquí. Siempre he tenido curiosidad por verlo. Es bonito conocer la tierra de tus antepasados, ¿no cree, coronel?

Brown miraba hacia abajo, tratando de encontrar un claro propicio, y prefirió ignorar el tono mordaz de Comadreja.

—Quién sabe. Quizás aún me quede familia allí y pueda comenzar una nueva vida, ¿no le parece, coronel? Incluso podría llegar a conocer a alguna joven viuda que necesite a alguien para calentarle la cama por la noche.

—¿Pretende decirme algo, Weidenfeld?

—No quiero alarmarlo, coronel, pero, a cien kilómetros de Berlín y desperdigados, no creo que nuestras posibilidades sean muchas. Espero que no se enfade, coronel. Le estoy muy agradecido de que me haya traído hasta aquí. Ya estaba aburrido de América. Pero tal vez prefiera instalarme por esta zona y visitar Berlín cuando acabe la guerra.

Un nuevo grito desde la cabina avisó de que el primer salto sería en diez segundos y que podrían arrojarse tres hombres seguidos.

—Bueno, coronel —añadió Comadreja con una de sus torcidas sonrisas, aprestándose a saltar—. Ya que no creo que nos volvamos a ver, ha sido un placer servir a sus órdenes y todo eso.

—No se preocupe, Weidenfeld, nos veremos en Berlín.

—No creo que usted llegue hasta allí, coronel, sin ánimo de ofender.

Estaba claro que su intención era justo la contraria, pero había llegado la hora.

—No se preocupe por mí, Weidenfeld. Y no se demore, que lo estaré esperando.

Con estas palabras, le dio una palmada en el hombro al estraperlista, y este tomó impulso y desapareció por la portilla. Después le llegó el turno a Cornín, que saltó en silencio, seguido por el pequeño y escurridizo ladrón inglés.

El avión volvió a sobrevolar otro tupido bosque, y Brown se quedó mirando los paracaídas que se abrían a lo lejos hasta perderlos de vista. Debían aguardar al siguiente claro.

—¡Veinte segundos para el siguiente lanzamiento, coronel! Es un claro pequeño. Un hombre; dos, como mucho.

—Está bien. Saltarán ustedes dos. ¿Nervioso, profesor?

—Un poco. Estos saltos de noche me ponen los pelos de punta. Yo soy un académico —respondió, mirando el oscuro bosque que tenían debajo—. Debería estar en casa con mi mujer y mi hijo, escuchando la radio y corrigiendo los exámenes de mis alumnos.

—Todos tendríamos que estar en nuestras casas —asintió Brown con una sonrisa—. Nos vemos ahí abajo.

Menchaca se arrojó del sentenciado bombardero y Gardner ocupó su lugar en la portilla. Brown sabía que al sicario no le agradaban los saltos, y le dio un par de palmadas en la espalda para tranquilizarlo. En el último momento, ambos hombres se miraron una última vez a los ojos. Si Gardner abrigaba alguna duda de qué era lo que se esperaba de él, la mirada helada del oficial americano la disipó.

—Capitán, ¿está la tripulación en su sitio? —preguntó Brown en cuanto el asesino desapareció por la portilla, refiriéndose a los cadáveres que había conseguido Comadreja.

—Solo nos falta el piloto, coronel —contestó Pickeray, empujando el cadáver hacia la parte delantera de la cabina.

—¡Coronel!, nos han vuelto a dar. Hay que saltar. ¡El pájaro va a entrar en pérdida!

Los dos motores de estribor estaban envueltos en llamas, y el avión se sacudía aún más violentamente, sin que Von Weizsäcker pudiera estabilizarlo.

Brown y Pickeray levantaron el cuerpo que ocuparía la posición de piloto y lo colocaron en su lugar. Le ajustaron las gafas, la mascarilla, la corbata del uniforme y la cazadora con el cuello de piel, encasquetándole el gorro de cuero con orejeras.

—Las mochilas.

Los tres se ataron sus mochilas cargadas con los explosivos al pie y se aprestaron a saltar. El primero sería Pickeray, lo seguiría Von Weizsäcker y cerraría el coronel americano.

—En un minuto, coronel —gritó el piloto alemán.

—Muy bien. ¿Preparado, capitán?

El inglés asintió con la cabeza y se colocó en posición, sujetando la mochila entre las manos.

—¡Ahora!

El enorme oficial británico se arrojó sin dudar, y Von Weizsäcker ocupó su lugar:

—Coronel —saludó el teniente alemán antes de abandonar la nave.

El claro se terminaba y el aparato cabeceaba peligrosamente cuando Brown cogió su mochila, tomó impulso y se arrojó al vacío.

De todos los miembros del comando, el coronel había sido con diferencia quien más saltos había ensayado. Al fin y al cabo, había dirigido una base de paracaidistas. Sin embargo, no pudo evitar, como el resto de sus hombres, que un escalofrío le recorriera la espalda.

Los saltos nocturnos sobre territorio enemigo son escalofriantes. El terreno es desconocido; la localización, aproximada, no se sabe dónde puede estar el enemigo, que, en el peor de los casos, te está esperando con los brazos abiertos o las armas preparadas. La escasez de luz no te permite ver con exactitud dónde aterrizarás, si en un prado, en un árbol o en el campanario de una iglesia. O quizás en un río o una marisma, donde los veinticinco kilos de equipaje y la ropa empapada te arrastrarán hasta el fondo.

⁂

Comadreja había tocado suelo bastante antes de que Brown saltara. Había recogido su paracaídas rápidamente, escondiéndolo en el profundo y oscuro

bosque que rodeaba el informe claro donde había caído. Se encontraba solo, y no había podido ver siquiera si sus compañeros lo seguían.

En realidad, nada de todo esto lo preocupaba. Como le dijera a Brown, no confiaba en que llegaran a Berlín. Si la misión había sido suicida desde su comienzo, que el traidor del general Mattis los hubiera delatado no mejoraba el panorama.

Sabía de sobra qué debía hacer: desaparecer. Hablaba alemán; de hecho, había sido el idioma de su infancia, dado que sus padres no sabían inglés, y sabía cómo convertirse en un fantasma, alguien en el que nadie reparara. Llevaba años buscándose con éxito la vida. Ahora comenzaría una nueva en aquel país y, para cuando terminara la guerra, cosa que algún día ocurriría, él tendría su futuro asegurado. Una guerra es una buena cosa para quien sabe aprovecharse de la situación.

Pensando en todo esto, había echado a caminar entre la nieve que cubría el prado como un manto, buscando la salida de aquella linde que lo separaba del bosque. Caminaba en silencio, atento a los ruidos de la noche, pero, desde que el avión se esfumara, no había mucho que escuchar. Los animales, si es que los había, debían de estar tan escondidos como los pocos humanos que hubiera por allí.

⁂

Miguel Villar, agachado entre la maleza, vio pasar al estraperlista cargado con la pesada mochila. Las instrucciones del coronel americano habían sido extremadamente claras: debían reagruparse en cuanto tocaran suelo y avanzar hacía Berlín. Pero el desconfiado guerrillero tenía sus propios planes. En sus montañas asturianas, perseguido por la Guardia Civil, no había llegado a vivir tanto tiempo confiando ciegamente en los demás, y menos en personajes como aquel exsargento tramposo.

En cuanto Weidenfeld desapareció, Villar se puso en marcha. No le hacía falta la brújula. Sabía dónde se encontraba y el cielo despejado le marcaba la dirección. El bosque era gélido, denso y negro, y no permitía ver la bóveda celeste, pero, asomándose de tanto en tanto y caminando cerca del camino, no tendría problemas para orientarse.

El viento los había desplazado en el descenso. Cornín había visto caer a Weidenfeld en medio del prado, y él mismo lo había hecho a una docena de metros del linde del bosque. Si el escurridizo ladrón inglés finalmente había

saltado detrás de él, posiblemente habría caído sobre los impenetrables y gigantescos abetos y habría quedado colgado, herido o muerto. En cualquier caso, Villar no tenía ninguna intención de comprobarlo. No perdería el tiempo buscando inútilmente entre las copas de los árboles en medio de la noche. Seguiría su propio camino. Caminaría de noche y descansaría durante el día.

Por delante tenía nueve horas de oscuridad que tenía pensado aprovechar bien. Cargado con la mochila de explosivos y los preciados detonadores, se impuso un buen ritmo, a pesar de que la fronda dificultaba el paso. Aquella noche debía cubrir medio centenar de kilómetros antes de que amaneciera, cuando buscaría un sitio donde descansar.

⁂

Riggs, tal y como supusiera el español, había tenido mala suerte. El viento lo había desplazado del prado y había aterrizado dentro del bosque. Gato había tratado de dirigir su paracaídas para evitar las amenazadoras copas a casi treinta metros del suelo. Desesperado, se había contorsionado inútilmente, levantando las piernas cuando ya tocaba las ramas más altas.

La arboleda había frenado la caída, golpeándolo en todo el cuerpo, como si fuesen cientos de puños, y arañándolo salvajemente. Se había protegido con los brazos el rostro y no era capaz de ver nada. Un ruido de algo que se desgarraba estalló en la noche y, de pronto, medio aturdido, se dio cuenta de que ya no había árboles y de que continuaba cayendo.

Un impacto lo dejó sin sentido. Había chocado contra el tejado de una granja, y ahora resbalaba sobre las tejas, como un muñeco roto, hasta que los restos del maltrecho paracaídas se engancharon en la chimenea, de forma que quedó colgado a siete metros de altura. Un perro había comenzado a ladrar, pero el ruido, el dolor, el frío, la humedad y la angustia por hallarse a merced del enemigo quedaban muy lejos en ese momento, sumido, como estaba, en una clemente inconsciencia.

⁂

Menchaca no había tenido un descenso tan accidentado. Aunque el prado que tenía bajo sus pies era más pequeño, no había sufrido las rachas de viento que

desplazaran a sus compañeros. Según recogía su paracaídas, vio caer a unos cincuenta metros a Gardner, que rápidamente recogió la lona.

En el cielo ya no había rastro del Avro Lancaster ni sombra de nada más. Estaban solos. Puestas las mochilas y con el brazado de tela y cuerda a cuestas, abandonaron el prado para adentrarse en el bosque, donde se deshicieron de los paracaídas. Sacaron una linterna y examinaron la brújula de Menchaca.

Durante el descenso habían podido ver la silueta de una ciudad, a algo menos de un kilómetro, a pesar de estar oscurecida para dificultar la labor de los bombarderos aliados. Debía tratarse de Stendal, a ciento veinte kilómetros de la capital alemana.

Durante el adiestramiento, se habían servido de fotografías aéreas y mapas para conocer el país y sus principales ciudades, y en las últimas horas, en prevención de una contingencia como la que habían sufrido, el coronel les había ordenado repasar la orografía sobre la que iban a volar. Von Weizsäcker les había hablado de Stendal, una ciudad de medio centenar de miles de habitantes, con una estación de tren que podría serles de utilidad. Al este de la ciudad, de norte a sur, el río Elba también podría resultar una vía de escape.

Pero también tenía sus peligros. La ciudad había sido escogida por el mariscal Göring, comandante en jefe de la poderosa Luftwaffe, para establecer la escuela de paracaidismo del regimiento que llevaba su nombre, y deberían evitarla por todos los medios.

Menchaca y Gardner decidieron probar fortuna en la estación. Las calles estaban sumidas en un fantasmal silencio. Antes de adentrarse en ellas, permanecieron un buen rato escondidos sin moverse, tratando de adivinar si había alguna actividad del enemigo, pero la ciudad parecía muerta, vigilada por los campanarios de las iglesias.

Amparados por las sombras y tratando de no hacer ningún ruido, caminaban el uno detrás del otro, dejando, sin poder evitarlo, huellas en la nieve. Por fortuna para ellos, el día anterior no había nevado, y las suyas no eran las únicas huellas que hormigueaban por las calles.

Por el margen de la ciudad alcanzaron la estación de tren, que también permanecía en silencio. El intenso frío no invitaba a que los soldados prestaran demasiada atención a la nevada playa de vías, y por ellas, agachados, Menchaca y Gardner se aproximaron a un par de convoyes detenidos.

Uno de los trenes contenía vehículos militares y orugas, pero la máquina estaba apagada. En cambio, el otro humeaba, y los frenos siseaban. Se trataba

de un tren de pasajeros, aunque los vagones se encontraban a oscuras y en el más absoluto de los silencios.

El tren estaba orientado hacia el este, hacia Berlín. Los dos hombres se miraron y tomaron una decisión. Escondidos entre unos vagones plataformas, aguardaron a ver qué pasaba. Al fin la locomotora emitió un agudo pitido y comenzó a arrastrar lastimosamente la pesada carga.

Confiándose a su suerte, Menchaca y Gardner abandonaron su escondite y corrieron agachados hacia el tercer vagón empezando por la cola, que había comenzado a rodar lentamente y con desgana. De un salto subieron sobre el enganche de los vagones y se quedaron allí encogidos, soportando los golpeteos, rechinos y demás ruidos que causaba el roce de hierro sobre hierro.

Cinco minutos después, perdida de vista la estación, Gardner se atrevió a asomarse por la ventanilla. Los cristales estaban pintados de negro y no se podía ver el interior, pero, tras buscar un rato, encontró un resquicio por el que poder espiar. No había nada que ver. El interior estaba tan negro como los cristales.

Si no querían morir congelados y caer entre aquellas ruedas que parecían estar esperándolos, debían entrar. Si en su interior había viajeros, con seguridad, tarde o temprano aparecería la policía pidiendo una documentación de la que ellos carecían. Aún más peligroso era que los viajeros fueran tropas movilizándose. En cualquier caso, el riesgo sería alto, pero no podían permanecer allí fuera más tiempo.

Con cuidado, abrieron la portezuela y echaron un vistazo. Nada parecía moverse. Se asomaron un poco más. Los únicos ocupantes del vagón parecían ser unos enormes bidones metálicos. Un fuerte olor a petróleo les dio la pista. Era un convoy de combustible. Tal vez los alemanes no dispusieran de un transporte apropiado, o quizá pensaran que los aliados no se atreverían a bombardear un tren de pasajeros.

Sin creer demasiado en su suerte, se acomodaron como pudieron entre los bidones y echaron a suertes quién sería el que hiciera la primera guardia. Menchaca fue el afortunado y, mientras Gardner se quedaba vigilante, se sumió rápidamente en un inquieto sueño.

⁂

Pickeray y Von Weizsäcker se habían reunido con Brown, portando sus mochilas y los paracaídas, cuando el coronel estaba terminando de recoger el

suyo. Agachados sobre la nieve, examinaron los alrededores.

Antes de saltar, habían visto pasar por debajo del avión la ciudad alemana con su estación de tren y un pequeño lago de forma triangular, así que calcularon que estarían a unos tres kilómetros del río Elba. El teniente alemán hizo un comentario, lamentando no haber caído al otro lado de la orilla: los puentes siempre estaban vigilados, y deberían estudiar cómo cruzar el río.

Brown no quiso perder tiempo en inútiles lamentaciones y ordenó ponerse en marcha tras echar un rápido vistazo a la brújula, al amparo del bosque donde arrojaran los paracaídas. Su plan era llegar hasta el río y cruzarlo aquella misma noche. Después buscarían un lugar donde descansar. Moverse en territorio enemigo de noche, sin armas ni ayuda de ningún tipo, no sería fácil. Si eran descubiertos deambulando de noche por aquellas carreteras, serían rápidamente arrestados. Brown decidió que se moverían de día.

No tardaron en alcanzar la orilla oeste. Se agacharon entre la vegetación, con el puente a la vista. Era un puente doble para vehículos y ferrocarril y, como temiera Von Weizsäcker, estaba vigilado por un destacamento. Confiar en cruzarlo sin que los descubrieran quedaba descartado. Deberían encontrar otro camino.

Pegado al puente, había un malecón en el que se veían unos botes que podrían serles de utilidad, pero se encontraban demasiado cerca del destacamento como para arriesgarse. Bordeando la orilla hacia el sur, a cuatrocientos metros, encontraron otro malecón.

Varios botes de remos estaban recogidos en tierra, volcados sobre unos pequeños troncos. Parecía que sus dueños no los hubiesen utilizado desde hacía algún tiempo, o quizá no quedaba ya nadie que los pudiera utilizar debido a la guerra, siempre hambrienta de hombres.

Tras asegurarse de que no había nadie por los alrededores, los dos hombres se aproximaron a uno de los botes. Era pequeño, pero suficiente para los tres. Como no tenía remos, Brown mandó al piloto a buscar un par de ellos, mientras él y Pickeray arrastraban el bote hasta el agua.

Von Weizsäcker regresó con dos remos desparejos, ayudó a sus compañeros a darle la vuelta al bote y lo metieron en el agua. Una vez a bordo, el capitán británico y el teniente alemán empuñaron los remos y se pusieron a la faena, mientras Brown vigilaba el río.

Avanzaba muy despacio. Pickeray había remado en su entrenamiento militar y era muy fuerte. En cambio, Von Weizsäcker nunca lo había hecho, y su fuerza, además de su destreza, era inferior al forzudo inglés, así que el bote daba tumbos, que tenían que ser constantemente corregidos.

De pronto, Brown dio la orden de detenerse. Inmediatamente metieron los remos dentro y aguantaron la respiración. El rumor de un motor se acercaba lentamente, y enseguida vieron un punto de luz, proveniente del norte, que barría las orillas, aproximándose cada vez más.

Los tres hombres se tumbaron en el fondo del bote, apretados en el poco espacio. Brown asomaba la cabeza lo justo como para ver las evoluciones de la patrullera. Navegaba despacio por el centro del río, a unos cien metros de ellos, cortándoles el paso a la orilla este. Si al pasar frente a ellos alumbraban con el foco, no podrían escapar.

No tenían tiempo para retroceder al abrigo del malecón, y arrojarse al agua era una mala opción. Brown estudió el movimiento del foco y llegó a la conclusión de que, si el que lo manejaba no modificaba la cadencia, el barrido estaría en dirección a la orilla opuesta cuando se cruzaran.

Confiando en su suerte y preparados para saltar si esta fallaba, aguardaron inmóviles. Con desesperante lentitud, la patrullera se fue acercando con su luminoso ojo vagando de un lado a otro. Con la respiración contenida, notaron como el ojo les alumbraba por un instante antes de perderse de nuevo. ¿Habrían llegado a verlos?

Sin atreverse a mover un dedo, permanecieron tumbados, esforzándose en escuchar si el motor de la patrullera aceleraba o alguien a bordo daba la alarma. Pero pasaron los minutos. El sordo zumbido del motor se fue perdiendo por el sur. Habían tenido suerte. Quizá los soldados, convencidos de no correr ningún peligro en el corazón del país, patrullaban con desgana, a la espera de poder correr a sus camastros y alejarse del frío y la humedad.

En cuanto la patrullera desapareció, volvieron a tomar los remos. Era muy posible que la embarcación alemana no regresara en breve, pero era mejor no arriesgarse, así que el piloto alemán tuvo que esforzarse por acercarse al ritmo de su compañero.

Por fin tocaron tierra. Sin perder un segundo, descendieron y escondieron el bote entre la espesura. Se encontraban en una zona al descubierto. A doscientos metros había un bosque, y para llegar hasta él deberían dejar sus huellas en la nieve. Tratar de borrarlas las haría aún más evidentes. Entre la orilla y el bosque, un camino. Quien pasara por allí al día siguiente, sin duda se fijaría en ellas.

No podían hacer nada por evitarlo, así que Brown dio la orden y echaron a andar. Se adentraron en el bosque y continuaron en dirección este. Era denso pero no muy grande, y pronto estuvieron de nuevo al descubierto. Ante ellos,

a dos kilómetros a la redonda, todo era plano y no había dónde esconderse. Al norte y en paralelo, se dibujaba la carretera, y enfrente tenían un pueblo.

Brown decidió aventurarse y caminar hacia la carretera. Era peligroso, porque alguien podría descubrirlos, pero al menos allí podrían dejar el curso de sus huellas, ya que la carretera no tenía prácticamente nieve, y adentrarse en el prado más adelante.

Anduvieron alerta durante kilómetro y medio, hasta encontrar una pequeña cabaña en medio del prado parcialmente oculta por un raquítico grupo de árboles. No parecía haber sido ocupada en mucho tiempo. La puerta tenía una oxidada cadena y en el interior había herramientas agrícolas cubiertas de telarañas. Aquel sería un buen lugar para pasar lo que quedaba de noche.

⁂

Weidenfeld, agachado entre la maleza, observaba el mismo puente que momentos antes se había interpuesto en el camino del grupo de Brown, aunque su posición era más al norte.

Estaba muy enfadado consigo mismo. ¿Qué demonios hacía él allí jugándose la vida?

Llevaba dos horas caminando en dirección este, explicándose a sí mismo una y otra vez que lo que les pasara a los demás no era asunto suyo. ¿Cuándo lo había sido? ¿Alguna vez alguien se había preocupado por él? No, ¿verdad? Entonces, ¿por qué preocuparse por unos locos que se dirigían directamente a la boca del lobo? Un lobo, además, que había demostrado saber cómo tratar a sus presas.

No. Weidenfeld no era un loco. Aquellos eran unos compañeros que le habían sido impuestos; él no había elegido encontrarse allí y, si se había visto metido en aquella estúpida misión, había sido por la jugarreta del coronel. ¿O acaso había tenido la oportunidad de negarse? El que lo ejecutaran si se negaba a acompañarlos no se podía considerar una opción viable.

Las semanas anteriores había sufrido de hambre y frío con los despiadados entrenamientos. Se le habían congelado los pies, le habían salido sabañones y llagas. Había terminado las jornadas tan cansado por las palizas que le resultaba doloroso incluso tumbarse a dormir. Vale, había robado al ejército y hecho algunos chanchullos, pero esas semanas de sufrimiento continuo eran un más que justo pago.

Por otro lado, ¿era culpa suya que aquel loco pensara por un momento que Arthur Weidenfeld, para el que en el mundo solo había una persona importante, él mismo, no iba a aprovechar la ocasión de seguir su propio camino en vez de poner su cuello en el tajo del verdugo alemán? La palabra «desertar» era demasiado fuerte para usarla.

Con estos pensamientos, cubrió los aproximadamente trece kilómetros que lo separaban del río, tras descartar su medio de locomoción preferido, el tren, pues podría convertirse en una ratonera. Había dado continuas órdenes a sus ahora endurecidas piernas para que abandonaran *ipso facto* la dirección este que habían tomado, inicialmente, siendo estas órdenes ignoradas por algún motivo que se le escapaba.

Ahora, sentado entre la hierba, se maldecía a sí mismo, y también a Brown, por haberle metido en aquel fregado. ¿Cómo iba a cruzar el río? ¿Y qué haría luego? ¿Caminar hasta Berlín? ¿Robar una moto o un coche, incluso una bicicleta? ¿Para meterse en la capital y decir a los miles de soldados con los que se encontraría: «Hola, soy un estúpido y vengo a que me colguéis de un árbol»?

Volvió a maldecirse. Aún estaba a tiempo de dar media vuelta. Podía acercarse a un pueblecito de los que sabía estaba llena aquella zona y empezar sus negocios. Se había traído algo de tabaco y otras cosas que seguro escaseaban y serían muy apreciadas. ¿Por qué correr riesgos innecesarios?

Sus ojos, al menos más obedientes que sus traidoras piernas, captaron un movimiento en el río. Era una sombra grande que se movía lentamente. Estaba pasando en ese momento por debajo del puente y avanzaba hacia él por en medio de la corriente. Una plataforma ancha que apenas se levantaba del agua, remolcada por una barcaza.

La nave, tras pasar el puente ignorada por los centinelas, varió su rumbo para acercarse hacia la orilla donde se escondía Weidenfeld. El estraperlista, picado por la curiosidad, se puso en pie y caminó por la orilla, atento a no dejarse ver. Quería saber qué era aquel artefacto.

Para el sargento no existían las personas con suerte. Solamente resultaban ser más listos cuando se presentaban las ocasiones. Mientras los pusilánimes se quedan pensando qué hacer ante una buena oportunidad, convencidos, la mayoría de las veces, que algo malo tendrá o que se esconde alguna trampa detrás, un listo actúa y se aprovecha. Y algo le decía que aquel trasto era una oportunidad para él. Cualquiera hubiese dejado que la embarcación se perdiera por el norte, pero no Comadreja.

Diez minutos después, averiguaba a dónde se dirigía la barcaza. Ante él, un pueblo, o más bien un grupo de casas, llamado Storkau, ocupaba la orilla del río, y rumbo a uno de sus embarcaderos navegaba lentamente la embarcación.

Cuando aún estaba a un centenar de metros, comprendió de qué se trataba. La plataforma que era remolcada estaba llena de basura y su olor se extendía de manera desagradable. Si la embarcación continuaba hacia el norte por el Elba, llegaría a encontrarse con su afluente, el Havel, que cruzaba Berlín. Tal vez podría encontrar otra embarcación; eso si la propia barcaza no se dirigía hacia la capital a recoger su carga de desechos para llevarla más al norte.

La cara de Comadreja se iluminó con una sonrisa. Sí, aquella barcaza estaba allí para él. Seguro que su singladura pasaba por Berlín.

⁂

Entretanto, Villar continuaba su marcha. Había cruzado el río al sur del puente, como el grupo de Brown, pero habiendo visto la vigilancia había preferido no robar ninguna barca. En cambio, había encontrado un par de troncos no muy gruesos, de metro y medio de largo, que algún leñador había apilado. Los había atado con una de las dos cuerdas arrancadas al paracaídas por si las necesitaba y se había construido una diminuta balsa, en la que puso la mochila y un atado con su ropa.

El agua estaba muy fría, pero al menos no asomaba prácticamente de la superficie y sería muy difícil que alguien lo descubriera. Cornín no sabía nadar bien, así que, agarrado a la precaria almadía, pataleó, tratando de no meter ruido, para conducirlo hacia la otra orilla. La corriente empujaba hacia el norte, pero lo había previsto y se había alejado bastante del puente.

Al llegar a tierra, estaba aterido. Rápidamente salió del agua y comenzó a patear contra el suelo y a darse fuertes abrazos para entrar en calor. Después se vistió y volvió a corretear, hasta que el frío se hizo soportable. Había tenido cuidado de no moverse mucho, de manera que todas las pisadas estaban concentradas en una pequeña zona, y entonces embarró la nieve para evitar que las huellas lo delataran si, por un casual, alguien pasaba por allí al día siguiente.

Soltó los troncos y los dejó perderse con la corriente. Guardó la cuerda en la mochila y se colocó esta a la espalda. Miró a su alrededor. Tenía veinte metros hasta el camino. Veinte metros de una alfombra de nieve.

Por fortuna, encontró una hilera de rastrojos que iban de la orilla al camino a su derecha, y fue hasta ellos. Con cuidado, fue pisando los rastrojos hasta llegar al camino. Miró al cielo. Después miró hacia delante. A dos o tres kilómetros se levantaba el pueblo que habían visto antes Brown y sus compañeros. Villar no podía saberlo, pero, a diferencia de ellos, decidió bordearlo por el sur. Sería más recto y, además, allí se levantaba otro bosque.

Era hora de volver a ponerse en marcha.

⁂

Sábado, 1 de abril de 1944
Alrededores de Wustermark, Alemania

Menchaca y Gardner aguardaban encogidos tras los bidones de combustible a que el convoy se pusiera de nuevo en marcha. Ya no les parecía tan buena idea haberse montado en aquel vagón. Llevaban sin poder salir de él desde la noche del jueves, cuando pisaran por primera vez territorio enemigo.

No habían probado bocado desde que abandonaron Inglaterra y solo habían podido chupar los carámbanos de hielo que se formaban en la ventanilla del vagón para calmar la sed. Ahora el hedor era más fuerte, porque al del combustible se le había unido el de sus orines y excrementos.

Y no se podían quejar. Si cuando abordaron el tren pensaban que aquella misma noche estarían próximos a la capital, las continuas paradas a causa de los destrozos en las vías causados por los bombarderos aliados, la circulación de otros convoyes o la dificultad para encontrar con qué alimentar la locomotora habían ralentizado la marcha.

Los dos hombres habían visto el letrero de la estación de Wustermark, y sabían que se encontraban a unos treinta kilómetros. Aún no era medianoche. Si el convoy echaba a andar, como parecía que iba a hacer, podrían llegar a Berlín antes del amanecer del domingo, si no encontraban más inconvenientes.

Unos silbidos y unas sacudidas anunciaron que el tren abandonaba la estación. La locomotora, cansada por el esfuerzo, tiraba penosamente de la carga, un montón de vagones que posiblemente estarían también llenos de bidones, y le costaba pillar velocidad.

Menchaca cruzó los dedos, rezando porque aquella fuese la carrera definitiva. Sus oraciones no fueron escuchadas. No habían recorrido tres

kilómetros cuando, de pronto, la locomotora comenzó a agitarse entre las sacudidas provocadas por las ondas expansivas de las bombas aliadas que caían alrededor. Enseguida comenzó a extenderse el olor a fósforo de los artefactos incendiarios.

Completamente encogidos contra las delgadas paredes del vagón, Menchaca y Gardner podían escuchar el silbido de los artefactos y notar, antes de oírlos detonar, la presión que ejercían en el aire. Enseguida habían aprendido a taparse con fuerza los oídos en cuanto presentían el vacío causado por los explosivos al caer, tensando los músculos para preparase a recibir la sacudida.

—¡Están muy cerca! —gritó ensordecido Menchaca, tras chocar contra un bidón, después de que una bomba ladeara el vagón, que cayó de nuevo sobre los raíles.

—¿Qué hacemos?

—Será mejor que salgamos de aquí.

De nuevo la sensación de quedarse sin aire. Se protegieron, metiendo la cabeza entre las rodillas. Esta vez la presión era más intensa; la bomba iba a caer muy cerca.

La explosión reventó un costado y un par de barriles empezaron a derramar combustible, que de inmediato ardieron.

—¡Vamos, vamos! —gritó aturdido el profesor, poniéndose en pie. La temperatura estaba subiendo rápidamente. El fuego se extendía.

Trataron de llegar hasta la portezuela, pero una nueva explosión los levantó por los aires. El vagón descarriló y cayó fuera de las vías sobre el costado destrozado. Los barriles habían roto amarras y rodaban, chocando entre ellos.

Gardner aulló de dolor. Al salir despedido, un pie se le había quedado atrapado entre los hierros retorcidos del chasis del vagón, y ahora todo el peso del cuerpo colgaba de la pierna.

Cayó otra bomba, el vagón se volvió a mover y Gardner aumentó el volumen de los alaridos. Menchaca pudo por fin ponerse de pie. El calor era insoportable y los vagones amontonados unos encima de otros sin ningún orden estaban cogiendo una temperatura muy peligrosa.

El profesor llegó hasta Gardner. Levantó uno de los bidones que permanecían en un precario equilibrio y lo colocó debajo de su compañero, para que el peso no pendiera de su atrapada pierna.

—¡No puedo moverme!

—Tranquilo. Te voy a sacar de aquí.

—No podrás. Tengo atrapado el tobillo. Esto va a estallar de un momento a otro. ¡Lárgate!

A lo lejos, se escuchó una explosión, pero esta era distinta. Menchaca se dio cuenta de que el bombardeo había terminado. Las explosiones aisladas debían de pertenecer a los bidones de combustible, y la más fuerte debía de ser la de un vagón entero.

Gardner tenía razón. Era cuestión de minutos que el vagón saltara en pedazos. Notaba cómo el cabello se le chamuscaba. No tenían tiempo.

—¡Lárgate! —volvió a gritar el sicario.

—No. Sujétate a mí y trata de sacar el pie.

Menchaca levantó en vilo al americano, pero este no conseguía desengancharse.

—¡Vete de una puñetera vez, maldito estúpido!

—Nos iremos juntos —repuso el español, mientras volvía a levantarlo con todas sus fuerzas.

Gardner sacó su pistola, la que se había traído de contrabando a pesar de las órdenes de Brown, y la colocó en la sien del profesor.

—¡Lárgate! —ladró una vez más, mascando las sílabas.

Menchaca, sorprendido, se quedó un instante mirando el arma.

—¿Vas a dispararme? Pues guarda la puta pistola, que me estás poniendo más nervioso.

Cargando el peso del sicario sobre el hombro, hizo un nuevo intento desesperado. Uno de los bidones que había salido volando por el lado había estallado, y sus esquirlas habían atravesado de fuera hacia dentro el vagón como si fuese papel. El resto de los bidones se estaban hinchando por la presión interior de los gases. Había que largarse ya.

—¡Ahora! —rugió Menchaca, congestionado por el brutal calor y el desmesurado esfuerzo.

Con un último alarido, Gardner tiró de su pierna y logró liberarla. Ambos perdieron el equilibrio, y el americano cayó sobre el español.

—Venga, larguémonos —dijo Menchaca, ayudando al sicario, que apenas podía poner el pie en el suelo.

Renqueando, salieron por un boquete abierto en el tejado, que ahora, al estar volcado el vagón, se había convertido en una pared.

—¡Las mochilas! —dijo Menchaca en cuanto se hubieron alejado y puesto a resguardo, viendo cómo el fuego iluminaba la noche y aquí y allí nuevas explosiones provocaban fuegos de artificio.

—Habrán explotado. ¡Olvídate de ellas!

—No. Si estuvieran aún dentro del vagón nos hubiesen mandado al infierno. Habrán salido despedidas al descarrilar. Voy a ver.

Gardner se quedó apoyado contra un árbol, a cincuenta metros del convoy. Allí, incluso en medio de la fría noche, el calor también era intenso, y los gigantescos abetos más cercanos al moribundo tren habían prendido fuego.

El sicario examinó su dolorido pie. Unas marcas en ambos lados del tobillo tenían restos de sangre, pero podía moverlo bien. Parecía que nada estaba roto. El dolor sería intenso y se hincharía, pero no le impediría moverse. Removiendo la nieve, metió el pie en un hoyo y lo cubrió. La mordedura del hielo le quemó. Aquello reduciría la hinchazón y podrían marcharse en cuanto llegara su compañero.

¿Dónde se había metido aquel estúpido?

Por fin apareció Menchaca, arrastrando por el suelo las dos mochilas.

—Las he encontrado —dijo jadeando—. Habían salido despedidas. Nuestro vagón ha estallado. He visto cómo caían los restos cien metros más allá. Nos hemos librado por poco. ¿Cómo te encuentras?

—He estado mejor —contestó Gardner con un gesto de dolor—. Si no hubiese sido por ti, la hubiese diñado. Supongo que te debo la vida.

—Supones bien, compañero —contestó Menchaca, dándole una palmada afectuosa en el hombro—. Espero que no se te olvide cuando volvamos. Venga, hay que alejarse. Vendrán soldados. ¿Puedes andar?

⁂

Mientras Menchaca ayudaba a levantarse a Gardner, Comadreja dormía plácidamente en la gabarra de basura que arrastraba la barcaza, con la cabeza apoyada en la mochila para no tener más sorpresas desagradables.

La noche que había zarpado desde Storkau por el Elba hacia el norte nadie se había fijado en él. En realidad, nadie parecía fijarse en la maloliente embarcación, y se habían limitado a arrojar su dosis de desechos antes de que la barcaza levantara anclas de nuevo.

Weidenfeld hacía tiempo que no se rodeaba de un ambiente tan poco refinado, pero durante años había estado en sitios peores. Su falta de escrúpulos lo ayudaría a pasar desapercibido y, con un poco de suerte, llegaría hasta Berlín sin fatigarse en exceso.

Acurrucado en su saco de paja, había escogido un sitio para tumbarse y dormir un rato hasta la próxima parada. Con el rumor del barco no había tardado en coger el sueño.

Dos horas más tarde despertó de golpe. Aún era noche cerrada. La gabarra seguía su rumbo por el centro del río y no parecía que fuera a tocar tierra. Sin embargo, su instinto de supervivencia, desarrollado en los tiempos en que cruzaba los Estados Unidos de punta a punta, lo alertaba de un peligro. Su cerebro se despejó bruscamente: detrás del montón de basura en el que se había escondido algo hacía ruido. ¿Serían ratas? No lo parecía.

Buscó un palo a su alrededor que le pudiera servir de arma larga y cayó en la cuenta de algo: la mochila con los explosivos había desaparecido. Recordaba haberla dejado a su lado, pero ya no estaba ahí. No le cupo ninguna duda. Las «ratas» estaban haciendo ruido con su mochila.

Sigilosamente, rodeó el montón de inmundicia. Alguien, agachado, rebuscaba en la mochila. Debía de tratarse de un vagabundo que, aprovechando el transporte gratuito, le había robado la mochila para ver si encontraba algo que llevarse a la boca.

En ese momento, el ladrón se incorporó de un salto y se dio la vuelta. Era un hombre alto, de treinta y pocos años y, a pesar de su delgadez, capaz de luchar. Ambos hombres se miraron. El ladrón abrazó la mochila, poco dispuesto a soltarla, y sacó del costado de su pantalón una bayoneta medio oxidada, a la que habían recortado un poco la empuñadura para que fuera más fácil esconderla. Sin duda, un arma terrible. Weidenfeld se agachó y extrajo algo de su bota derecha. Un punzón de un palmo. Un arma mucho menos imponente. Ahora había que ver qué tal sabía usar aquel tipo su bayoneta.

Comenzaron una danza el uno en torno del otro. El vagabundo movía su arma sin parar. No parecía tener miedo y tampoco que fuese la primera vez que hacía aquello. Pero no sabía luchar. Cada vez que daba una cuchillada de costado, dejaba mucho espacio. Comadreja hizo un par de rápidas fintas, y el tipo respondió entrando a fondo.

La estocada del ladrón se perdió en el aire, no así la respuesta de Weidenfeld, cuyo punzón, hasta la empuñadura, quedó enterrado dentro del pecho de aquel pobre diablo, justo por debajo del esternón y apuntando hacia arriba.

El tipo no había podido hacer ningún ruido. No le había dado tiempo a saber qué había pasado y cómo había errado su ataque. Con un suspiro, se había desplomado. Comadreja rescató su arma y la limpió en la chaqueta del muerto. Cogió la bayoneta de su contrincante y se la guardó en la cintura.

Después, rebuscó entre los bolsillos de este por si encontraba algo que le pudiera servir. Unas pocas monedas de *pfennig*, un peine, un ejemplar atrasado del periódico nazi *Völkischer Beobachter*, remetido debajo de la camisa para guardar el calor, y, lo más interesante, una Kennkarte, el documento de identidad utilizado por los alemanes.

Se metió los *pfennigs* en el bolsillo. No alcanzarían para comprar nada, pero le ayudarían a pasar por alemán. El peine lo arrojó a la basura: hacía años que no necesitaba tales artilugios. El periódico, bien doblado, fue a parar al bolsillo trasero del pantalón. Echó un vistazo a la Kennkarte: Fremont Benz, nacido en Bremen. La foto del documento no se parecía en nada a él, y no se podía cambiar. Estaba bastante arrugado. Quizás estropeándolo un poco más pudiera llegar a engañar a un soldado o a un policía de la Gestapo.

—Adiós, Fremont, ha sido un placer conocerte —se despidió Weidenfeld, antes de enterrar el cuerpo debajo de un montón de basura.

La gabarra se había detenido en otros pueblos para recoger la basura y más vagabundos habían embarcado para hurgar entre los desechos y moverse a otro lugar, posiblemente tratando de evitar que la policía se fijara demasiado en ellos y los considerara vagos y maleantes. Comadreja conocía de primera mano qué significaba eso. No lo habían molestado. Subían y bajaban. No muchos, cuatro o cinco, y nadie había hablado con nadie.

Tampoco Weidenfeld había tratado de entablar conversación. Había decidido que se acercaría al punto de reunión y vería cuántos de sus compañeros habían sido lo suficientemente diestros como para llegar con vida. Apostaba por el retorcido guerrillero español, y tal vez el escurridizo Riggs. El profesor, Brown y el capitán inglés habrían sido cazados, mientras que el piloto alemán habría escapado a su casa. El asesino americano, con su inquietante mirada, tampoco aparecería.

Una vez que comprobara que el comando había fracasado, se sentiría libre de hacer lo que quisiera. Tal vez un pueblecito, como dijera al coronel. O igual cruzaba alguna frontera hacia un país menos beligerante. Tenía algo que comer que había escondido antes de despegar, y nieve limpia para beber. Mientras, trataría de descansar. A saber qué le esperaba.

Capítulo XVIII

Viernes, 31 de marzo de 1944
Afueras de Stendal, Alemania

Riggs asomó por un momento de las brumas que lo envolvían. No lograba saber dónde se encontraba, no recordaba nada, ni siquiera era capaz de enfocar la vista.

El sol estaba muy bajo. ¿Amanecía o anochecía? Muy lejana, escuchaba una voz de mujer en un idioma que no entendía, y más lejos aún, los ladridos de un perro.

Movió la cabeza, y una punzada de dolor le cruzó el cerebro. Al menos servía para despejarlo un poco más. Trató de mover los brazos y las piernas, pero no era capaz de tocar nada. La voz de la mujer se volvió más aguda, susurrando:

—*Nein, nein, nein! Halten Sie still!*

La voz parecía venir de muy lejos, aunque estuviese susurrando. Riggs no sabía que le hablaban a él y, presa del pánico al pensar que no podía moverse, volvió a sacudirse. Algo lo sujetaba. Empezaba a recordar: el avión, el salto, sus compañeros, la misión, el circo, el orfanato, Brown…

¡Alemania! Estaba en Alemania. Había saltado del avión porque los ametrallaban. Había caído entre árboles, y después… ¿Qué había sucedido después? ¿Por qué sus pies no tocaban suelo y sus manos no agarraban nada? ¿Lo habían atrapado los alemanes?

De repente, sintió una sacudida, y se desequilibró. Otra más. Agitó la cabeza, tratando de despejar la maldita bruma. Otra sacudida más y sintió que la cabeza le quedaba a la misma altura que los pies. Asustado, manoteó para recobrar el equilibrio y la voz volvió a susurrar, solo que esta vez parecía estar muy cerca de su oído:

—*Nein, nein. Nicht bewegen, nicht bewegen!*

El pequeño ladrón miró hacia lo que creía era arriba. Una sombra se recortaba contra un cielo de varios colores. ¿Qué era aquello? Miró hacia

abajo. Una mancha más grande e informe. A su alrededor, una tercera mancha se movía mucho. Hizo un esfuerzo inmenso para centrar la visión.

La mancha que se movía parecía ser el origen de los ladridos que le llegaban y no paraba de rodear a la más grande, saltando y girando. Su visión se aclaró un poco más. La mancha informe era hierba, o más bien paja. ¿Por qué estaba volando sobre un montón de paja?

Dos sacudidas más y un desgarrón lo precipitaron al vacío sin que pudiera evitarlo. La caída no duró demasiado, y se hundió en la paja. Al momento, cayó sobre él algo parecido a una sábana, y se enredó en ella. Trató de zafarse, mientras balbuceaba.

—*Ruhe! Kein Wort, nicht bewegen.*

Riggs seguía sin entender qué se le decía, pero en la voz había una nota de alarma y miedo. No parecía la de un soldado nazi dispuesto a rematarlo, así que se quedó quieto y en silencio, esperando a ver qué sucedía.

La pila de paja se puso en marcha a trompicones. Gato se asomó por debajo de la tela. Ahora que podía mirar un poco mejor, se dio cuenta de que no había mucho que ver: estaba sobre una pequeña montaña de hierba seca que se movía sola, con el cielo arriba y el suelo tres metros por debajo.

El montón siguió avanzando y pronto el techo de un edificio se interpuso entre él y el cielo. Por fin, todo se quedó quieto, se oyeron unos ruidos y una cabeza asomó sobre la paja.

—*Sind Sie verletzt? Können Sie nach unten kommen?*

Riggs no comprendía nada. Miraba con dificultad aquel rostro. Parecía el de una mujer sobre la treintena, con las mejillas coloradas por el esfuerzo, unos ojos pequeños azules y una mirada asustada. El rostro tenía al lado un brazo que le hacía gestos para que se acercara y bajara.

Incorporándose, emitió un gemido de dolor. Le dolía todo el cuerpo y apenas podía moverse. Con cuidado, se arrastró hasta ella y se giró para colgar las piernas de la pila. Unas manos le condujeron el pie al travesaño de una escalera de mano, y luego el otro.

Comenzó el descenso, pero las brumas volvían con rapidez y no tenía fuerza en los miembros para aferrarse a la escalera. La mujer no dejaba de parlotear, como si quisiera darle ánimos para que no cayera y la arrastrara con él.

Logró bajar tres escalones más antes de desplomarse sin sentido sobre su salvadora, mientras el perro seguía saltando alrededor de los dos, ignorando a su ama, que gritaba para que se alejara, y ladrando a Riggs, que yacía como un muñeco sobre el regazo de la mujer.

⁂

Sábado, 1 de abril de 1944
Alrededores de Spandau, Alemania

Era casi la medianoche del sábado al domingo. Villar se encontraba en la orilla de lo que sabía era un lago, pensando en su siguiente paso. Podía rodear el lago, aunque eso lo conduciría demasiado cerca de las casas, o cruzarlo. El lago aún tenía zonas heladas sobre las que quizá se podría pasar a pie, pero suponía un riesgo demasiado elevado y, además, las zonas centrales ya se habían derretido.

Calculaba que se encontraba a unos catorce kilómetros de su destino y aún le quedaban seis horas de oscuridad. Una vez cruzase el lago, debería reducir la marcha y ser más cauto. En cualquier caso, le sobraba tiempo hasta el amanecer, y el margen dado por Brown era el martes.

Su intención era avanzar lo máximo posible sin llegar a entrar en la población y buscar un lugar apartado donde dormir hasta la hora de la cita, entre las siete y las siete y media de la noche.

Villar no tenía forma de saber si sus compañeros serían capaces de llegar en el plazo dado y, en realidad, no le importaba. Daba por hecho que el exsargento americano desertaría y que el ladrón habría caído herido o muerto. Nunca le había gustado el profesor, ni ahora ni en las trincheras republicanas. El frío sicario le era indiferente, lo mismo que el piloto alemán. Solo esperaba de todos ellos que, si habían sido apresados o habían desertado, al menos no traicionaran a los demás.

A Cornín le bastaba con encontrar delante de la estación de tren berlinesa a Pickeray y a Brown. Respecto al primero, no tenía dudas: era un buen compañero de armas, miembro de las Brigadas Internacionales, que había combatido a su lado contra Franco. A Brown no lo conocía, pero aquellas semanas habían sobrado: era un auténtico combatiente de los que a él le gustaban, de los que llegan al final. Solo hacía falta recordar lo que había hecho con el general traidor. ¿Cuántos oficiales hubiesen sido capaces de sentenciar a un superior?

Con el hábito adquirido en las montañas asturianas, Villar, al igual que haría un lobo, se mantenía inmóvil, preguntando al viento y a la luna dónde se hallaba el peligro. Aventaba el aire, y sus ojos se fijaban en cualquier sombra que se moviera. Llevaba casi veinte minutos en el mismo sitio y todo parecía

tranquilo, pero no serían las apariencias las que lo harían irrumpir en campo abierto.

Aquella era la tercera noche que avanzaba de bosque en bosque, caminando en silencio, ágil y con zancada larga, la misma que usaría el lobo en una jornada de caza. Los bosques alemanes eran más húmedos y oscuros que los de su Asturias natal, con árboles gigantescos y densos que no permitían a los rayos de sol llegar hasta el suelo, pero Cornín era capaz de atravesarlos sin perder el rumbo ni reducir la marcha.

Cuando llegaba el amanecer, los mismos colosos lo protegían de miradas indiscretas. Una brazada de helechos le servía de mullido lecho y, aunque el frío era intenso, Villar sabía cómo hacerse un buen refugio aprovechando las ramas y hojas más secas.

Si mientras el sol estaba por encima del horizonte se asemejaba a un oso en hibernación, en cuanto la luna ocupaba su lugar volvía el lobo. Un caminar sin descanso guiado por las estrellas, que atisbaba entre el denso follaje cuando se asomaba a la salida del bosque para confirmar que no se había desviado de su ruta.

Un par de veces durante la noche paraba para sorber un poco de nieve. No había encontrado comida. Los pequeños animales, perseguidos sin descanso por los hambrientos alemanes, se habían vuelto extremadamente desconfiados y se escondían en cuanto oían el mínimo ruido, así que llevaba desde que abandonaran Inglaterra sin probar bocado, algo a lo que también estaba acostumbrado.

Finalmente, se levantó y bajó hasta la orilla, donde estaban los embarcaderos. Esta vez usaría un bote. El lago parecía no estar vigilado, al contrario que el río que había cruzado a nado, y seguramente no habría peligro de que lo descubrieran.

Las barcas volteadas fuera del agua tenían un par de remos y una de ellas, incluso una vela. Descartando esta porque lo hacía más visible, echó un bote al agua, embarcó y, con los remos, comenzó su singladura hasta la otra orilla.

⁂

Brown, Pickeray y Von Weizsäcker estaban acostados en el cobertizo de una granja abandonada a las afueras de Nauen, a unos cuarenta kilómetros de Berlín. Habían encontrado varias de estas granjas desocupadas, aunque habían

visto otras con una frenética actividad, en la que flacos individuos, hombres y mujeres, labraban la tierra.

Después de haber surcado el río Elba y dormido unas pocas horas cerca de la carretera, habían comenzado su primera jornada en Alemania al amanecer. Los prados aún conservaban la capa de nieve y los tres hombres trataban de evitarlos para no dejar huellas delatoras. Arrastrando los pies por la carretera, como tres agotados alemanes a los que la guerra les hubiera arrebatado cuanto tenían, habían caminado todo lo rápido que era posible sin levantar sospechas.

Las escasas ocasiones en que se habían cruzado con algún civil habían actuado como estos: cabeza baja, cuerpo fatigado y moral deshecha, pasando a su lado sin intercambiar ningún tipo de saludo.

También se habían topado con un par de patrullas. Una era parte de un movimiento de tropas y tan solo les había gritado que salieran de la carretera para permitir el paso a los temibles Panzer. La otra la componían un comisario político, cuatro muchachos de unos catorce años, muertos de sueño y de hambre, y un anciano al que le faltaba un brazo pero que lucía, muy orgulloso, una Cruz de Hierro de la Gran Guerra.

El comisario político les había exigido la documentación. Afortunadamente, Von Weizsäcker se había hecho cargo de la situación y, tras hablar con el comisario un buen rato, este les había permitido continuar.

Después les explicaría a sus compañeros que el que se encaminaran hacia la capital los había salvado. Al parecer, la patrulla buscaba desertores, pero estos no se dirigían precisamente hacia el corazón del Reich. El perfecto alemán del piloto y la mención, con tono de autoridad, de un par de altas personalidades en el partido hicieron desistir al comisario de su interés por comprobar sus documentaciones. Claro que aquella argucia no les serviría en caso de tropezarse con una verdadera patrulla de soldados.

Por el camino, rebuscando en alguna granja abandonada por la que pasaban, habían conseguido hacerse con algunas verduras, unos rábanos, nabos, un par de patatas y unas coles fermentadas que no les habían quitado el hambre.

Brown calculaba que al término del día siguiente deberían encontrarse bastante próximos al final de su caminata. Dejarían atrás de una vez aquellos bosques impenetrables que se tragaban la luz, los traicioneros arroyos escondidos por la nieve y los imprevisibles y numerosos canales de agua que les cortaban el paso de continuo. Eso, si tenían suerte con las patrullas, que cada vez serían más numerosas.

No había olvidado lo confesado por el general traidor: los alemanes tenían su foto. Aunque la barba de varios días que se había dejado ayudaría a disimular, no podía arriesgarse a ser reconocido por algún celoso soldado, así que había decidido vendarse un costado de la cara, como había visto hacer a más de un alemán, igual que si hubiera sido herido por alguna de las bombas aliadas.

Quedaban unas seis horas hasta que saliera el sol y volvieran a ponerse en marcha. Habían estado dormitando y hablando durante un buen rato, pero ya los ojos se le cerraban. El coronel había decidido no poner guardia. Era mejor que descansasen. Si una patrulla los sorprendía, haría suficiente ruido como para alertarlos, y si no era una patrulla… Bueno, entonces no le darían la oportunidad de arrepentirse por molestarlos.

⁂

Domingo, 2 de abril de 1944
Sede de la Gestapo en Berlín, Alemania

El inspector Schlüter dormía sin disimulo, la cabeza escondida entre los brazos apoyados sobre la mesa de su despacho, tapizado con las resmas de documentos y fotos. Ante la falta de noticias y progresos, había decidido dar descanso a un par de la docena de hombres que ahora tenía asignados a su frustrante misión.

Habían pasado seis días desde que Libertas Scholl, la espía aristócrata, se suicidara, ante la inoperancia de sus guardianes, a los que Schlüter había omitido denunciar. No quería ser él quien provocase su fulminante envío al frente oriental.

Desde entonces, ningún miembro del equipo había podido dormir más de tres horas seguidas. Habían revisado exhaustivamente los anuarios de las universidades de Alemania y Austria, dedicándose principalmente a aquellos científicos que tenían una especial relación con la desconcertante, para Schlüter, física cuántica, pero el escurridizo Itzhak Stenger, o comoquiera que se llamara, no aparecía por ningún lado.

Además, la fuente que había dado la alarma sobre el interés de los aliados en el científico y sobre la presencia de un coronel americano al frente del comando que iba a tratar de establecer contacto, no había vuelto a dar señales de vida. El mayor Töpfer había comunicado a Schlüter que no se esperaban

nuevas provenientes de tal fuente, lo que solo podía significar que había sido descubierta y, de alguna manera, silenciada.

El teléfono sobre su escritorio cobró vida, sacándole de un sueño confuso. Precisó de varios timbrazos antes de caer en la cuenta de qué era lo que se esperaba de él. Al final alargó una mano hacia el aparato, mientras con la otra se restregaba la cara, tratando de reactivar su mente.

—Inspector Schlüter —musitó en el micrófono—. ¿Diga? ¿Diga? ¿Con quién hablo?

Por el auricular solo se escuchaban ruidos, como si al otro lado de la línea alguien se entretuviera en arrugar papel de estraza. Schlüter estaba a punto de colgar cuando escuchó una voz con un tono muy bajo.

—¿Diga? No le oigo. ¿Podría hablar más fuerte? ¿Con quién quiere hablar?

—Le pregunto si es usted el inspector Schlüter —dijo la voz a gritos, como si lo hiciera desde el otro lado del mundo.

—Sí. Soy Schlüter. ¿Con quién hablo?

—Soy el subinspector Wittenbergen, señor. De la policía criminal.

—Buenos días, subinspector —contestó Schlüter, echando un vistazo a su reloj de pulsera. Las diez y veinte de la mañana—. ¿En qué puedo ayudarlo?

Si al subinspector de la Kripo le había extrañado que un superior, sobre todo un superior de la Gestapo, lo tratara con tanta educación, no se le notó en la voz.

—Verá, inspector, esta mañana hemos recibido un aviso de que en un bosque cercano a Wust se había estrellado un bombardero enemigo…

—¡Hola! ¿Me oye? ¡Hola! —dijo Schlüter, pulsando repetidamente la horquilla del aparato.

La línea se había cortado. Tendría que esperar a que se restableciera. Dirigió la mirada a la mesita donde solía haber una cafetera que habitualmente contenía un sucedáneo que no era, ni sabía, ni tenía el mismo olor o color que el café, pero al que todos habían dado tácitamente su nombre.

La cafetera no estaba. Resignado, se olvidó del café y cogió de la mesa el listado que había sostenido en la mano al quedarse dormido. La primera hoja tenía una mancha de humedad de color rojo pálido. A Schlüter le sangraban últimamente las encías y, seguramente, le habría caído la baba ensangrentada mientras dormitaba…

Marcus Asselborn, Johann Bayer, Mathias Kuhnert…

El teléfono volvió a sonar y lo descolgó al instante, sin dejar de leer nombres que no le decían nada.

—Inspector Schlüter.

—Soy el subinspector Wittenbergen otra vez, señor. Antes se ha cortado la comunicación. Disculpe que lo vuelva a molestar.

—No se preocupe. ¿Qué desea? —Ahora parecía que la voz llegaba con más intensidad.

—Le estaba contando que esta mañana recibimos un aviso sobre un bombardero inglés derribado en un bosque cerca de Wust. Lo encontró un agricultor y fuimos a ver si era necesario preservarlo.

Schlüter sabía que los aviones derribados eran saqueados y sus tripulaciones, si aún permanecían con vida dentro de los aparatos, linchadas, cuando no quemadas, junto con los bombarderos, monstruos que alimentaban las pesadillas de los ciudadanos alemanes en los últimos tiempos.

—¿Encontró algo? —preguntó Schlüter para animar al policía a continuar. Algo habrían encontrado; si no, ¿para qué molestarse en llamarlo?

—Era un Avro Lancaster, señor. El aparato no estaba muy bien. Tenía dos motores calcinados y el fuego se había extendido al resto, pero, al parecer, pudo planear cayendo sobre la panza y no ha quedado destrozado. No había nadie con vida en su interior, solo tres cadáveres: el piloto, el ingeniero de vuelo y el artillero de cola.

A Schlüter no le extrañó que el policía supiera tanto de aviones. En aquellos tormentosos tiempos, cualquier alemán se había hecho un especialista en ingenios voladores y era capaz de distinguir los diferentes modelos y nacionalidades solamente por el ruido de sus motores, incluso por el color de las llamas cuando eran derribados.

—Verá, inspector… En el departamento tenemos una orden en la que dice que debemos avisarlo a usted de cualquier cosa relacionada con aviones que nos parezca extraña, junto al número de su teléfono. En otras circunstancias no hubiera llamado. No quisiera molestarlo…

—Y no lo hace, subinspector —lo cortó Schlüter, entornando los ojos. La voz de aquel policía parecía cabal, no como las de las decenas de papanatas que llamaban alertando de avistamientos de espías americanos llegados en paracaídas que luego resultaban ser cualquier cosa—. Dígame, ¿qué le ha llamado la atención de ese aparato?

—Dos cosas, inspector. En primer lugar, aunque los cadáveres se encontraban parcialmente quemados, en mi opinión ya estaban muertos antes de que el avión fuese derribado. Además, al menos uno de ellos parece ser el de un hombre bastante mayor. Claro que quizá los ingleses se han quedado sin pilotos jóvenes y están utilizando veteranos.

—Muy interesante. ¿Y la segunda cosa?

—Las bombas.

—¿Las bombas?

—Sí, señor. Más bien las no bombas. El bombardero tenía la bodega vacía. He hecho algunas comprobaciones y en las últimas cuatro noches no ha habido ninguna incursión por esta zona. Yo diría que el aparato pertenece a la flota que bombardeó Berlín la noche del jueves al viernes pasado, señor.

—Tal vez lo derribaron de vuelta a casa, tras arrojar su carga.

—Eso mismo había pensado yo, señor. Pero esa noche el enemigo tuvo una gran cantidad de bajas y el regreso lo hicieron por el norte, para escapar de nuestros cazas.

Schlüter guardó silencio un momento, reflexionando sobre lo que acababa de escuchar. A diario recibía unas cuantas llamadas de ese tipo, pero intuía que esta era diferente. Wittenbergen parecía un policía de los de antes, de aquellos a los que les gustaba hacer bien las cosas y que no se conformaban con cerrar el expediente.

—¿Sigue ahí, señor?

—Sí, sigo aquí. ¿Ha mandado un médico para que examine los cadáveres?

—¿Un médico, ha dicho? No sé cómo andarán por ahí, señor, pero aquí no sobran médicos para atender a los vivos, imagine para hacerlo con los muertos.

—¿No tienen médico forense?

—Teníamos. Ahora está en un hospital de campaña.

—¿Está usted cerca del avión?

—No, señor. He venido a llamarlo a usted. Pero he dejado a un hombre allí con instrucciones para que no deje acercarse a nadie. Aunque no sé si podrá hacer algo. Ya sabe, si los del pueblo se enteran, irán a pegarle fuego.

—Lo sé, subinspector —contestó Schlüter poniéndose en pie—. Regrese y haga lo que sea necesario para impedirlo. Salgo ahora mismo para allí.

Schlüter colgó el teléfono y se puso su abrigo. En el piso de abajo encontró al subinspector Dinter y al sargento Bachmann. Al primero le ordenó que continuara con las listas de científicos, algo que Dinter no se tomó muy bien, y mandó al sargento a preparar un coche para ir a Wust. Mientras Bachmann se dirigía al garaje, el inspector se acercó al despacho del médico, donde una enfermera le comunicó que el doctor Schaberger había tenido que acudir a un domicilio, a requerimiento de un teniente coronel, y que no se le esperaba antes del mediodía.

El inspector maldijo para sus adentros. Seguramente el doctor estaría atendiendo al oficial en su domicilio particular. Berlín estaba escaso de muchas cosas, entre otras, de galenos, y los oficiales de alto rango utilizaban los servicios de los médicos de las SS. Algo muy peligroso para la salud, en opinión de Schlüter, ya que estos eran elegidos por su simpatía al partido y no por sus conocimientos.

—¿Ha asistido usted a autopsias? —preguntó a la enfermera.

—¡Por supuesto, inspector! —contestó molesta la mujer—. Soy la ayudante particular del doctor Schaberger.

—Entonces me servirá. Recoja el material que necesite para examinar unos cadáveres. Va a venir conmigo.

La mujer, sin dudarlo acompañó a Schlüter al automóvil, que ya los aguardaba. El inspector dio instrucciones al sargento para que se encaminara hacia Wust y se montó a su lado, dejando sola, detrás, a la enfermera. Wust estaba a unos ochenta kilómetros. Con suerte, tardarían un par de horas, tiempo suficiente para que Schlüter meditase sobre lo que el de la Kripo le había contado y continuar revisando los listados de científicos que se había traído para el camino.

⁂

A treinta kilómetros del destino al que se dirigía el inspector de la Gestapo, Thomas Riggs se agitaba inquieto en una cama. Se había despertado un par de veces, solo para beber un poco de agua antes de perder de nuevo el sentido.

Sumido en terribles pesadillas provocadas por la fiebre, apenas notaba cómo la mujer le ponía un paño húmedo en la frente, mientras le hablaba suavemente para tranquilizarlo.

Riggs no entendía nada, pero la voz parecía hacer efecto y su respiración al fin se acompasó. Durante un rato durmió plácidamente, y después poco a poco fue saliendo de la inconsciencia. Cuando abrió los ojos, miró extrañado a su alrededor, hasta encontrar el rostro que viera asomar por la pila de paja cuando lo rescataron del tejado. El rostro le sonreía con un gesto de preocupación.

—*Sind Sie verletzt?*

—¿Dónde estoy?

—*Ruhig, ruhig* —dijo la mujer, poniéndole las manos en el pecho para que Riggs no se levantara—. *Hier sind Sie sicher*.

—¿Dónde estoy? —repitió Gato, tratando de incorporarse, sin entender nada de lo que se le decía.

—*Runter, bitte! Sie haben nichts zu befürchten*.

Riggs se recostó sobre las almohadas, amansado por el tono de la mujer. Miró a su alrededor. Era una alcoba grande de techos altos. Además de la cama, había una mesilla con una foto de una pareja sonriente y una silla con una jofaina y unas flores.

—*Sind Sie Fallschirmjäger?*

Riggs, más tranquilo, hizo el gesto de llevarse un vaso a la boca y al momento la mujer le acercó uno, sin dejar de hablar. La cháchara era un bálsamo para aplacar el terrible dolor de cabeza que el ladrón tenía.

Gato movió despacio sus miembros. Recordaba que había saltado del avión y que el viento lo había desplazado del prado donde debía caer. A partir de ahí todo estaba en blanco. No recordaba haberse golpeado contra los árboles, ni aterrizado violentamente contra el tejado del que se había quedado colgado, ni los ladridos del perro que había dado la alarma a la dueña de la casa, ni como esta lo había descolgado cortando las cuerdas del paracaídas para que cayera en un carro lleno de paja que había colocado debajo.

Sus piernas y brazos respondían correctamente. Le dolían, sí. Terriblemente. Pero no había ningún hueso roto. Con las manos se palpó el pecho y las caderas mientras la mujer le hablaba y lo ayudaba. Todo bien. Sin embargo, cuando fue a incorporarse, un latigazo de dolor en la cabeza, como si una mano de hierro apretara su cerebro por dentro del cráneo, lo postró en la cama de nuevo.

—¿Dónde estoy? —repitió, y se acordó de que aún le quedaban muchos kilómetros para llegar a la estación de Berlín. No podía perder el tiempo—. ¿Qué hora es?

La mujer se percató de su inquietud, pero no sabía lo que el hombre le preguntaba. Lo cogió de las manos para tranquilizarlo, tratándolo como si fuese un niño. Debía descansar. Ella lo cuidaría.

⁂

Un agente de la policía criminal se había instalado en el asiento trasero junto a la enfermera, que lo ignoraba abiertamente, e iba indicando al conductor cómo llegar hasta el bombardero.

Dos kilómetros a las afueras, tras abandonar el camino y adentrarse por un prado abandonado en el que crecían las malas hierbas, avistaron el aparato derribado, custodiado por tres miembros uniformados de la Kripo y otros tres hombres de paisano, dos de ellos muy jóvenes. Schlüter se dirigió al mayor de los tres.

—¿Subinspector Wittenbergen?

—¿Inspector Schlüter? —repuso el hombre, echando un imperceptible vistazo al ojo ciego del hombre de la temida Gestapo. Enseguida apartó la mirada; no era de muy buena educación mirar las heridas de los demás, y por aquellos tiempos todo el mundo lucía alguna.

—¿Qué tenemos? —preguntó Schlüter, secándose el ojo con su pañuelo.

—Este es el muchacho que encontró el avión. Lo hemos interrogado, pero no sabe nada más, aparte de lo que puede ver usted. Ni siquiera se ha atrevido a echar un vistazo dentro del aparato. En cuanto lo descubrió, vino directamente a avisarnos. Imagino que era demasiado temprano para llamar a sus padres y vecinos. No lo he dejado ir para evitar que se corra la voz y aparezcan aquí las hordas sedientas de sangre.

—Muy bien —aprobó Schlüter—. ¿Dónde están los cuerpos?

—Dentro, inspector. Tal y como los hemos encontrado.

—De acuerdo. Enfermera, ¿me acompaña, por favor?

Los tres se adentraron por la portilla del costado, agachados en el pequeño espacio. Primero examinaron el cuerpo sentado en el puesto del piloto, que presentaba la parte inferior del cuerpo con grandes quemaduras. La mujer miró el cadáver con profesionalidad. Con mirada incrédula, reconoció el cuerpo y volvió a examinar el cuello.

—¿Hay algo que no le gusta? —preguntó Schlüter, intuyendo el motivo de su extrañeza.

—Esto —contestó enigmática, señalando el cuerpo que examinaba.

—¿Y más concretamente?

—Este hombre es imposible que haya pilotado el avión, inspector.

Una esquirla de hierro arrancada del fuselaje le había entrado por un costado del cuello atravesándolo de lado a lado. Era una herida fea que debería haber sangrado mucho, pero no se veía ni una gota. Schlüter, al igual que el policía de la Kripo, sabía que esta falta de sangre indicaba que el hombre estaba ya muerto cuando la esquirla lo había ensartado.

—¿Está usted segura?

—¡Por supuesto que sí! —repuso la enfermera—. Sepa que llevo muchos años con el doctor Schaberger.

—De acuerdo —repuso Schlüter calmándola—. Veamos otro cuerpo.

La enfermera se puso manos a la obra, e inspeccionó el cuerpo del ingeniero de vuelo, que, aunque chamuscado, estaba reconocible.

—Le aflojé la cazadora y la camisa para poder mirar —señaló el subinspector de la Kripo. A Schlüter le pareció una forma sutil de indicar a la enfermera dónde debía mirar.

La mujer, ajena al comentario, siguió con la inspección del cadáver y finalmente le quitó la cazadora y la camisa. No hizo falta que hiciera ningún comentario para que Schlüter comprendiera dónde residía el problema.

—Como sabrán —explicó la enfermera—, la lividez cadavérica aparece en un cuerpo a partir de la tercera hora de la muerte, y se fija en torno a las veinticinco horas, siempre que dentro de las tres primeras horas el cuerpo no haya sido movido demasiado.

Se refería a las manchas de color rojo vino que se apreciaban en el cadáver a lo largo de la espalda y los hombros, causadas por la acumulación de la sangre una vez interrumpida la circulación sanguínea. Cuando esto ocurría, la sangre, a causa de la gravedad, se escurría hacia la zona del cuerpo que estuviera más baja, provocando la lividez.

—La lividez de este hombre se puede ver en la parte de la espalda, los hombros y… —La mujer le estaba quitando los pantalones al muerto—. Sí, también en la parte posterior de las piernas. Lógicamente, no soy doctora ni adivina, pero si tuviera que decir dónde ha muerto este hombre, apostaría por su cama. Este hombre murió tumbado, y no sentado.

Dejaron la cabina y se acercaron a la parte posterior del aparato, donde se encontraba el artillero de cola. Dado el exiguo espacio de maniobra, tuvieron que esforzarse para sacar el cuerpo por la escotilla y tumbarlo en la zona de carga.

Aunque la cola del bombardero no se encontraba en malas condiciones, curiosamente, el cadáver, el malogrado general Mattis, presentaba quemaduras mucho más extensas y profundas que los dos de la cabina, siendo el rostro, casualmente, la zona que se había llevado la peor parte.

Schlüter examinó atentamente el cuerpo, sin poder imaginar, ni por asomo, que correspondía al del espía infiltrado en el Alto Mando aliado, el mismo que les había pasado la información sobre Brown y la búsqueda del científico judío.

—Alguien le ha echado gasolina, ¿no cree, inspector? —comentó el de la policía criminal, sin sospechar que lo habían quemado para evitar que alguien pudiera llegar a reconocer al general traidor.

—Eso parece —asintió Schlüter, y volviéndose hacia la enfermera preguntó—: ¿Qué opina usted?

La enfermera no contestó. Había reconocido superficialmente el ennegrecido cuerpo y ahora se concentraba en la cabeza.

—Miren aquí —dijo al cabo de un rato, señalando un agujero en la frente del cadáver.

—¿Un tiro? —aventuró el policía de la Kripo tras ver como el agujero tenía salida por la parte de atrás—. ¿De nuestros cazas, tal vez?

—No lo creo —contestó Schlüter—. Es de un calibre más pequeño. Apostaría que se trata de una pistola. ¿Qué les parece si salimos de aquí?

Abandonaron el aparato y respiraron profundamente el aire limpio y frío del exterior.

—¿Por qué pondrían unos cadáveres en un bombardero? —aventuró el de la Kripo, sabiendo que no era una buena política interrogar a un inspector de la Gestapo, aunque este parecía bastante decente.

—Quizá para despistarnos y que no sospechemos que no era un bombardero normal.

—Pero ¿por qué los cadáveres? —insistió el subinspector—. Podrían haberlo dejado vacío. Hubiésemos pensado que la tripulación habría saltado.

—No hubiese sido creíble. Un avión tocado deja muy poco tiempo para saltar. Dos o tres, incluso cuatro, hubieran tenido alguna posibilidad. Pero ¿todos los tripulantes? Además, el acceso a la ametralladora de cola no es nada sencillo.

—Pues así tampoco les ha funcionado.

—Posiblemente confiarían en que, con el impacto, los cadáveres quedarían destrozados —contestó Schlüter, echando un último vistazo al aparato—. Bueno, subinspector Wittenbergen, nos ha sido de gran ayuda. Le estoy muy agradecido.

—Ha sido un placer —contestó agradecido el policía, estrechando la mano que se le tendía—. Si necesita cualquier otra cosa, me tiene a su disposición.

Schlüter, la enfermera y el sargento Bachmann ocuparon sus asientos y se pusieron en marcha. Volvían a Berlín. Durante el trayecto nadie habló; el sargento, pendiente de la carretera; la mujer, aún sorprendida por lo que había visto, y el inspector, reflexionando sobre lo ocurrido.

No le cabía ninguna duda: el avión había traído a alguien. Alguien que se había deshecho de las bombas para evitar que estallaran en caso de ser tocado.

Alguien que tenía mucho interés en que no se supiera de su presencia. Alguien acostumbrado a saltar de noche en paracaídas.

Brown y su equipo. Al fin habían llegado.

⁂

Lunes, 3 de abril de 1944
Berlín, Alemania

Villar, rodeado de escombros, se inclinaba sobre las ascuas al abrigo de lo que quedaba de pared. Estaba asando una ardilla imprudente que se había asomado tras una rama, aprovechando unas astillas encendidas con su inseparable encendedor de yesca. Era la una de la tarde. Aún le quedaba un buen rato para volver al lugar de encuentro.

El precario refugio había sido, antes de la guerra, un edificio de cuatro plantas que se elevaba cerca del Poststadion, en una zona residencial a menos de un kilómetro de la estación de Lehrter.

Había encontrado la casa en ruinas la madrugada del sábado al domingo, después de recorrer los últimos y más peligrosos kilómetros que separaban Spandau, en el distrito del Gran Berlín, de la zona más céntrica, donde estaba situada la estación de tren.

En la capital, la presencia policial y del ejército era agobiante. Cornín apenas chapurreaba una docena de palabras aprendidas durante las semanas de entrenamiento, inútiles ante una patrulla que le diera el alto. Tampoco llevaba ningún documento identificativo. En caso de caer en manos de alguna de esas patrullas diseminadas por doquier, no tardaría en verse rodeado por los muros de una prisión.

Si bien las calles de la ciudad poco tenían que ver con sus montañas asturianas, el sexto sentido para detectar el peligro no lo había abandonado. Como un fantasma, se había ido deslizando por calles de edificios derruidos, oscurecidas ante el riesgo de bombardeos, roto el silencio por algún vehículo del ejército, el paso de alguna patrulla y, sobre todo, por el corretear de las ratas que poblaban los montículos de escombros.

No había resultado fácil guiarse. A pesar de haberse aprendido el mapa de Berlín, igual que sus compañeros, el intenso bombardeo aliado hacia difícil reconocer las calles y los edificios más señalados. Cascotes, vigas y material de derribo entorpecían el paso como si fuesen barricadas, al igual que restos

de maquinaria de guerra: aquí los hierros retorcidos de un cañón antiaéreo, allí el esqueleto de lo que había sido un avión…

De esquina en esquina, olisqueando la fría noche, había llegado hasta el río Havel y recorrido sus meandros hasta ver a lo lejos la estación de Lehrter, su destino final, en la orilla contraria. Cruzar un puente suponía un grave riesgo, así que retrocedió hasta la estación de Belleuve y utilizó las vías del tren, que aún resistían, para cruzar al otro lado, donde buscó un lugar propicio donde refugiarse.

Durante toda la mañana del lunes había permanecido dentro de las ruinas examinando la calle y el ir y venir de los berlineses. Cornín ya había visto esto antes en España durante la guerra civil. Hombres y mujeres con abrigos largos y oscuros, tocados con sombreros, deambulaban como fantasmas, entumecidos, muchos de ellos con partes de su cuerpo vendadas o luciendo heridas de diversa gravedad.

Vio cuadrillas de presos con picos y palas que, con trapos sobre el rostro para mitigar el hedor de la carne en descomposición, desenterraban cuerpos bajo los escombros y los arrojaban, sin demasiado miramiento, dentro de los carros de caballos allí apostados.

Decidió buscar algún remiendo con el que taparse un lado de la cara, como si hubiese sufrido alguna quemadura por las bombas de fósforo aliadas, y algo que sirviera de saco donde esconder la mochila llena de explosivos y detonadores bajo algunos ladrillos. Eso lo ayudaría a pasar desapercibido.

Aquella tarde, sobre las siete, se había puesto en marcha. Había aprovechado una fétida chaqueta de mujer, forrada de un pelo apelmazado por dentro, para mejorar su disfraz. Le quedaba estrecha, aunque no corta, y su peste serviría para ahuyentar a cualquier policía curioso que quisiera molestarlo.

Arrastrando los pies y con la cabeza baja, se había encaminado hacia la estación pegada al río. Nadie pareció fijarse en él. La gente que aún no había caído en la bestialidad se mantenía alejada de él. Se cruzó con grúas que sacaban escombros, gentes sobre las ruinas con carretillas improvisadas haciendo acopio de ladrillos y soldados desocupados. Cornín no sintió alegría ni tristeza por los habitantes de aquella ciudad, en tiempos cercanos orgullosa y ahora deprimida.

Permaneció a la vista de la entrada principal de la estación durante la media hora convenida, pero no apareció nadie. No le importó. Estaba acostumbrado a estar solo. Volvería al siguiente día y, si tampoco llegaba

nadie, al siguiente. Si el martes, plazo límite señalado por Brown, seguía sin aparecer nadie, ya decidiría qué hacer.

⁂

Mientras Villar aplacaba el hambre con la escasa carne de la ardilla, Brown, Pickeray y Von Weizsäcker revisaban una granja abandonada y medio derruida cercana al lago Tegeler.

Según el piloto alemán, aquella zona sería idónea para esconderse mientras se reagrupaban, y distaba menos de una decena de kilómetros del punto de encuentro.

La habían encontrado unas horas antes y se habían escondido para ver si por las cercanías había algún tipo de actividad que les pudiera poner en peligro, pero había mucho bosque y, aunque una carretera lo cortaba, la granja estaba bastante escondida.

Estaban hambrientos. Desde que dejaran Nauen el día anterior, no habían probado bocado. Cuanto más se acercaban a la capital, el tránsito de personas, vehículos y, sobre todo, del ejército nazi era más denso.

Sin documentación, tres hombres en edad de estar en el frente vagando por las carreteras eran un reclamo para cualquier patrulla en busca de desertores, lo que los obligaba a esconderse en cuanto detectaban una presencia peligrosa. El que estas alertas fueran cada vez más numerosas dificultaba en extremo el avance.

La diosa Fortuna, que no había tenido a bien proveerlos de algo que comer, había dispuesto que llegaran sin ser descubiertos hasta la orilla del lago. Y, una vez allí, Brown había decidido buscar un lugar que les sirviera de refugio a ellos y al resto del comando cuando se les uniera.

No teniendo nada más que hacer a la espera de que llegara ese momento, se dispusieron a descansar. Aquella mañana no habían caminado demasiado. El domingo habían cubierto veinte de los veintiséis kilómetros que separaban Nauen del lago donde se habían asentado, y esa mañana, cuando el sol aún no calentaba, ya habían alcanzado la orilla.

—Von Weizsäcker y yo iremos a buscar a los demás. Nosotros tres llamamos demasiado la atención, y usted especialmente, capitán. Espere aquí. Buscaremos algo de comer. Cuando estemos cerca, silbaré tres veces, ¿de acuerdo?

A falta de dos horas para las siete, se habían puesto en marcha, dejando al inglés con las mochilas de explosivos. Mientras se adentraban en la capital, el rostro del teniente de la Luftwaffe reflejaba cada vez más el horror ante lo que veían sus ojos.

Aquella no era la capital alegre y elegante que Franz von Weizsäcker conocía. Muros derrumbados, calles abiertas rodeadas de edificios en ruinas, muchos de ellos calcinados, y montañas de malolientes escombros, todo bajo una gruesa capa de polvo, impedían reconocer la elegante ciudad donde no mucho tiempo atrás todo eran risas y brindis eufóricos por la pronta victoria, con calles engalanadas y desfiles del ejército más poderoso que había conocido jamás el mundo.

Ahora ya no había risas. Todo se mantenía silencioso. Los berlineses se movían de un lado a otro angustiados, con rostro serio, pálido y ojeroso, ausentes y demacrados. Los metros y ferrocarriles metropolitanos se abrían paso atestados de gente, sorteando baches y ruinas, siempre confiando en que un muro no se cayera a su paso.

Los inquietos fantasmas no parecían asombrarse del enorme número de bombarderos derribados, retorcidos y ennegrecidos, que jalonaban las calles bajo la densa nube de polvo de cal y ladrillo, como si de unos pájaros monstruosos se tratara.

Pudo observar interminables colas de aquellos fantasmas: colas para conseguir algo, lo que fuera, que llevarse a la boca; colas para ocupar los refugios; colas para entrar en los comedores sociales.

Pequeños grupos de personas se reunían en torno a un miserable fuego, entre los restos de lo que debía de haber sido su hogar. Ocupaban los sótanos y las plantas bajas, no atreviéndose a subir a los pisos superiores por el riesgo de desplome de aquellos esqueletos sin techo ni paredes interiores, cuyas fachadas, las que aún no habían claudicado, podían ceder de un momento a otro.

Comían, dormitaban, hablaban entre ellos en voz baja y rebuscaban por si se podía salvar algo: una silla, algo de ropa, un puchero quizá…

Los pocos muchachos mayores y adultos en edad de trabajar aún eran escasos y prácticamente a todos ellos les faltaba un brazo o una pierna o lucían sucios vendajes. La mayoría de la población parecía estar formada por viejas viudas, ancianos o niños escuálidos que no habían conocido lo que era vivir sin el miedo a un bombardeo nocturno, sin tener hambre, sin haber perdido a sus padres. Niños sin niñez.

Las montañas de escombros se alternaban con pilas de cadáveres, algunos totalmente calcinados, que cuadrillas de presos mal vestidos con unos raídos pijamas que no abrigaban y vigilados por soldados, extraían de debajo de los restos de vigas y piedras. Ordenados con la misma pulcritud, había montones de ladrillos que otros presos picaban para retirar la argamasa y poder ser utilizados de nuevo.

Las calles más estrechas se mostraban intransitables. Algunas fachadas se habían desplomado sobre el edificio de enfrente, como si la fatiga las hubiera vencido, con el enorme riesgo que suponían para los presos que luchaban por desescombrar con la ayuda de sus manos y unas pocas palas. Al menos en dos ocasiones pudo Von Weizsäcker escuchar los gritos de algún desgraciado al que un desmoronamiento había atrapado.

Vio fuentes en torno a las que se arremolinaban mujeres con cubos para llenar de agua, gentes vendiendo sus escasas posesiones rescatadas, que nadie quería comprar, y humo en casi todas las ruinas; un humo negro que olía a desolación y amargura.

La capital no estaba destruida aún. Sus habitantes continuaban vistiendo todo lo elegantemente que podían, fingiendo que nada sucedía, moviéndose sin rumbo, de un lado a otro, con sus carteras y sombreros. Quizá los daños en los edificios no eran todavía suficientes como para entregar la ciudad, pero Franz von Weizsäcker sabía que el espíritu de Berlín había caído. La guerra no podía tardar mucho en terminar, y el prometido Reich de los mil años por el que había brindado con sus amigos y compañeros pasaría a la historia.

Brown había respetado el silencio del horrorizado teniente alemán, sin perder de vista las numerosas patrullas del ejército. Estaban en la boca del lobo. Los controles de la Gestapo en estaciones, tranvías y sitios donde se juntaba gente eran numerosos.

¿Cómo aguardar media hora frente a la estación sin despertar sospechas? Brown rebuscó con la mirada a su alrededor y se topó con algo fuera de lugar entre tanta miseria. Sujeto a un poste, un ramo de flores aún no demasiado marchitas parecía recordar a alguien fallecido allí. El coronel americano recogió el ramo con disimulo, sin que el piloto cayera en la cuenta, y continuó andando. Al frente ya se veía el último edificio antes del río y a su lado, la estación de Lehrter.

Capítulo XIX

Lunes, 3 de abril de 1944
Berlín, Alemania

Menchaca y Gardner mataban el tiempo fingiendo rebuscar, como hacían otros alemanes, entre los restos de un edificio que se había derrumbado por un lado casi una semana atrás. Los escombros aún estaban calientes y continuaba saliendo algo de humo, a pesar de que las brigadas de bomberos habían sofocado el fuego la misma noche en que una bomba perforadora, seguida de otras incendiarias, había reventado la construcción.

Deberían andarse con cuidado. Si estaban demasiado tiempo, podían despertar sospechas. Pero tampoco podían arriesgarse a meterse nada en el bolsillo, ya que, si el propietario se encontraba cerca, acabarían denunciados.

Al menos en aquel edificio no quedaban «durmientes», bombas arrojadas por los aliados con un mecanismo retardante que las hacía explotar unas horas o unos días después. Aquellos traicioneros artefactos permanecían latentes, esperando a que llegara el momento de hacer explosión, impidiendo que los equipos de salvamento socorrieran a quienes hubieran quedado atrapados bajo las ruinas.

A la desesperación de ver sus casas derrumbarse entre las llamas, los alemanes debían sumarle un sentimiento de impotencia al no poder comprobar qué era lo que se había salvado bajo la siniestra y silenciosa amenaza de un pulido y aparentemente inocuo artefacto que latía en el interior del edificio, esperando su hora para sembrar nuevamente muerte y desolación.

Los dos hombres habían visto cómo las autoridades alemanas utilizaban presos y trabajadores traídos del extranjero para ocuparse de las durmientes. Los desgraciados ya debían de saber el riesgo al que se enfrentaban, a juzgar por sus expresiones de angustia y terror, pero sorprendentemente no oponían resistencia alguna cuando, desde una prudente distancia, los obligaban a entrar en los ruinosos edificios.

Tanto Menchaca como Gardner se habían aprendido rápidamente las bombas, aun siendo las del bando aliado. Tras dejar envuelto en llamas el convoy de Wustermark, se habían dirigido hacia el este campo a través, lo más rápidamente que el pie herido del americano les había permitido, antes de que llegara el ejército a calibrar el desastre.

Siguiendo la brújula, habían alcanzado Spandau la mañana del domingo. La actividad era frenética. Los mismos bombarderos que habían atacado el tren habían tenido la cortesía de visitar el distrito occidental del Gran Berlín; varios edificios ardían aún, mientras bomberos, presos, soldados y civiles luchaban contra el fuego.

No les había resultado difícil pasar desapercibidos entre tanta gente histérica, angustiada y temerosa. Incluso habían podido descansar un rato entre unas ruinas antes de que un celoso comisario político los descubriera, poniéndoles a trabajar en labores de extinción. Afortunadamente para Gardner, que no entendía las órdenes que el comisario impartía, Menchaca dominaba perfectamente el idioma y no tuvieron problemas.

Aquella noche habían cenado con el resto de la escuadrilla de trabajo en la que los habían integrado y, cuando ya estaban maquinado cómo escapar y dejar atrás Spandau sin que nadie se percatara, había sonado la sirena.

Corrieron tras los lugareños hasta el sótano de un edificio de tres plantas, donde se amontonaron junto a unas veinte personas sentadas en taburetes improvisados y sillas plegables. Aquellos diez minutos angustiosos esperando a que cayeran las primeras bombas habían resultado eternos, más incluso que los veinte que duró el bombardeo.

Desde el precario refugio podían escuchar el zumbido de los bombarderos acercándose. Instantes después, percibían el vacío que se aproximaba, señal para que los refugiados se taparan los oídos ante la onda expansiva, que traía consigo corrientes abrasadoras de aire y olor a los gases incendiarios.

La gente temblaba de pánico. Había quien perdía los nervios, quien se desmayaba, y no faltaba quien, entre el creciente estruendo, abandonaba el sótano gritando de terror.

Menchaca podía imaginar qué harían las bombas de fósforo con aquellos que huían: una antorcha humana que se consumía mientras el atormentado corría de un lado a otro buscando un rápido final a su tormento.

Sabía que debían cuidar sobre todo los ojos. La niebla de fósforo, el hollín, los gases, el humo, el polvo de los desmoronamientos y los millones de diminutas astillas de vidrio podían provocar ceguera, así que algunos optaban por vendarse los ojos antes de que comenzara la tormenta de fuego.

Cuando los aviones se alejaron, la gente esperó a que sonara la sirena otra vez antes de abandonar el refugio. El espectáculo era dantesco. Cuerpos calcinados por la calle, edificios iluminando la noche como gigantescas antorchas, gritos desesperados y el fragor del fuego por doquier. La gente comenzó a sacar cuerpos, unos aún con vida y otros no, de aquellas casas donde la temperatura lo permitía. Algunos sótanos no habían podido soportar el castigo, y de sus bocas salían lenguas de fuego, lo que ya no importaba para quienes se habían refugiado en ellos.

El profesor español y el sicario americano habían aprovechado el caos para abandonar la ciudad entre fantasmas que llevaban niños en brazos, rostros tiznados de negro, desencajados y ensangrentados, cabellos carbonizados y pequeñas maletas de cartón conteniendo los documentos más importantes, sus identificaciones y algún pequeño objeto de valor que aún conservaran.

Habían caminado el resto de la noche y por la mañana, ennegrecidos, malolientes, con restos de polvo y hollín en las ropas, habían entrado en la zona céntrica de la capital. Deshechos por el cansancio, se habían tumbado a dormir en el patio de una iglesia que aún conservaba el muro que la rodeaba.

Las sombras se habían alargado cuando despertaron. El reloj del campanario marcaba las seis y media. Calcularon que la estación quedaba a un par de kilómetros. Al paso cansino de los berlineses, tardarían entre veinte y treinta minutos, si nada se interponía en su camino, y les sobraría aún media hora para reconocer el terreno.

Ahora Menchaca le hacía un gesto a Gardner, y bajaron del montón de escombros. En algún lugar, desde un campanario estaban dando las siete y la estación quedaba a dos manzanas. Con los brazos caídos y el paso corto, se encaminaron a la cita. Gardner no ocultaba su cojera.

⁂

Riggs compartía la cena con su protectora. A pesar de no hablar el mismo idioma, Gato había llegado a entender que se llamaba Minna y que a su marido y a su hijo los habían matado en el frente.

Manejaba sola la granja. Antes de la guerra habían tenido un par de ayudantes, pero uno de ellos una mañana había desaparecido y el otro había sido enrolado sin que volvieran a saber de él. La única compañía que ahora tenía era la de Umbra, un enorme perro pastor alsaciano que debía su nombre

a su brillante pelambrera de color negro, que lo asemejaba a una inquietante sombra.

Lo que Riggs adivinó fue más de lo que pudo deducir del intercambio de gestos y alguna foto. Minna era una granjera de cuerpo generoso que ya empezaba a decaer, manos callosas y rostro sonrosado, redondo y no demasiado agraciado. Nunca había salido de Stendal; se había casado muy joven con otro granjero, habían tenido un hijo y la guerra se los había arrebatado. Ahora se sentía sola y necesitaba hacer un gran esfuerzo cada mañana para levantarse.

Y Gato conocía muy bien la sensación de encontrarse solo.

A la luz de una de las pocas velas que la mujer aún conservaba, un auténtico lujo en su honor, Riggs se dio cuenta de que Minna se había arreglado para él. Su cara sonrosada estaba limpia, lo mismo que el cabello rubio pajizo, peinado debajo del tocado. Quizá fuese un simple reflejo de la llama, pero le pareció que sus ojos, claros, redondos, no especialmente bonitos, lucían un brillo que antes no tenían.

Tomaban una sopa de verduras consistente y, por el olor que llegaba de la cocina, Minna había hecho estragos en su paupérrimo corral. El hombre no lograba recordar cuándo había sido la última vez que alguien había cocinado para él.

La mujer había descubierto otro de sus tesoros. Una botella de vino. No era gran cosa, pero a Riggs, poco acostumbrado, le pareció una delicia. Con amplias sonrisas, entrechocaban sus vasos mirándose a los ojos.

Tal vez fuera la reconstituyente sopa, o el vino, o quizás el hecho de que nunca hubiese cenado en compañía de una mujer que le sonriera, pero lo cierto fue que Riggs se levantó, rodeó la mesa ante la mirada entre esperanzada y tímida de la mujer y, colocándose detrás de esta, agarró sus enormes pechos y los estrujó, primero suavemente y después cada vez con más agresividad y desesperación.

Minna, con los ojos cerrados, gemía imperceptiblemente, con el amplio rostro arrebolado, y arqueó la espalda como si una corriente pasara por ella. Hacía más de un año desde que su marido se marchara y añoraba el contacto. Dejó hacer al hombre hasta que este la levantó de la mesa y la llevó al lecho.

Riggs había estado con algunas prostitutas y con algunas mujeres casadas despechadas. Todas habían sido pasajeras, y el contacto había sido rápido, poco satisfactorio y en cualquier lugar: un camastro inmundo, contra una pared en un estrecho callejón, sobre un barril, en la hierba, incluso sobre el fogón apagado de una cocina. En cambio, ahora estaba en una cama mullida,

con sábanas limpias que olían a campo y con una mujer que gemía de verdad, que empujaba más adentro y que le agarraba la cabeza para hundirla en el profundo valle de su pecho.

El inglés, aún convaleciente por la conmoción del golpe, se dejó hacer, sin prisas. Fue algo primitivo, torpe, húmedo y desesperado. La soledad de dos almas abandonadas en un mundo que se suicidaba, buscando una luz que ya no confiaban en encontrar.

Cuando terminaron, aún vestidos, se tumbaron el uno al lado del otro. Minna parloteaba sin descanso, sumiendo a Riggs, que no entendía nada, en un maravilloso sopor. Poco a poco, ambos se quedaron dormidos, dejando que la preciada vela se consumiera, protegidos por el alsaciano, que se había tumbado a los pies de la cama.

⁂

Lunes, 3 de abril de 1944
Estación de Lehrter, Berlín, Alemania

Brown y Von Weizsäcker cruzaban la plaza Washington, situada entre la entrada principal de la estación y la orilla del río. El coronel llevaba en la mano el ramo de flores que había robado. Echaron un vistazo. Había bastante movimiento. Unos pocos coches y algunas personas entraban y salían de la estación, controlados por una patrulla de la policía militar, que pedía documentaciones y examinaba equipajes.

El oficial americano hizo un gesto con la cabeza, señalando la terraza de una cafetería que tenía cuatro o cinco mesas ocupadas. El piloto se dirigió hacia una de las que estaban libres y tomó asiento, sin perder de vista ni la estación ni al coronel.

El reloj de la estación marcaba las siete y cinco y no se veía la presencia de ningún miembro del comando. Con el ramo delante del pecho, Brown se paseó cerca de la entrada como lo haría un enamorado impaciente esperando a su amada.

⁂

En el pretil del río, Weidenfeld fingía leer el diario que le había robado al vagabundo. Había cambiado un poco de chocolate por un sombrero gastado pero en buen uso, como el que llevaban la mayoría de los berlineses, y un abrigo largo. Con la calva cubierta, medio rostro oscurecido por el ala del abrigo y la otra mitad detrás del periódico, podía controlar todos los movimientos en la plaza.

Había llegado diez minutos antes de la hora fijada por Brown, así que pudo ver, con enorme sorpresa, la llegada de este junto al piloto alemán. Aplaudió para sus adentros que ambos hombres se hubieran separado, así ambos pasarían más desapercibidos. No pudo reprimir una sonrisa al ver la mirada de Brown al reloj de la estación. El ridículo ramo de flores que le servía de disfraz explicaba esa inquietud, pero Weidenfeld imaginaba que el coronel estaría ciertamente inquieto por la ausencia de sus hombres. ¿Realmente había confiado en que se presentarían?

Levantó un poco el periódico cuando vio que Brown barría con la mirada la orilla del río. Se lo tenía bien merecido. Los tiránicos entrenamientos no habían servido para que a la hora de la verdad se viera respaldado. ¿Qué haría ahora? ¿Trataría de volver a su país? Descubriría que entrar en el país le había resultado más fácil que abandonarlo.

La puerta de la estación se abrió y vomitó a un grupo de pasajeros llegados en el último tren. Entre el gentío, Comadreja perdió momentáneamente de vista al americano. ¿Dónde se había metido? No lo veía por ninguna parte. Fastidiado, miraba en todas direcciones. ¿Habría entrado en la estación? No podía ser tan estúpido. ¿O tal vez sí? Maldiciendo para sus adentros, no hizo caso del tipo que le pidió fuego en un chapucero alemán mientras se sentaba a su lado.

—Me pareció entender que no vendría —murmuró en inglés el tipo.

Comadreja se giró como si le hubiese dado un calambrazo. De hito en hito, miró al oficial americano. Por debajo de su abrigo asomaba el cada vez más mustio ramo de flores.

—Bueno, quise ver cuántos acudían —contestó Weidenfeld, tratando de recobrar la compostura. No podía permitir que aquel maldito oficial pensara que lo había sorprendido—. Por ahora no parece que haya tenido mucho éxito, ¿no le parece? Usted y el teniente.

—Con usted ya somos cuatro. Su amigo el capitán nos está esperando en un lugar acogedor.

—Sí, ya me lo imagino —repuso Comadreja, convencido de que el término «acogedor» no tenía el mismo significado para los dos.

⁂

Von Weizsäcker no entendía qué estaba sucediendo. El coronel había abandonado su puesto para sentarse en el pretil, lejos de la plaza. ¿Habría sido descubierto?

Gardner y Menchaca acababan de entrar en la plaza por el extremo contrario a la terraza. Caminaban sin levantar la mirada del suelo para no cruzar las miradas con la gente, pero su deambular no era natural. Se encaminaban a la puerta de la estación. Si la patrulla los veía, les pedirían la documentación y estarían perdidos. ¿Por qué Brown no se levantaba e iba a su encuentro? Quizás él mismo debía acercarse antes de que los descubrieran.

—*Nein, nein* —dijo molesto a un mendigo que le tendía una mano sucia y temblorosa, para quitárselo de encima.

El camarero acudió presto para echarlo.

—¡Fuera de aquí o llamaré a la policía!

El pordiosero insistía, poniendo la mano delante de Von Weizsäcker, hasta que este, ya muy nervioso por la situación, se enfrentó a él.

Por un momento, no lo reconoció. El pedigüeño le sostuvo un momento la mirada y luego se dejó convencer por el camarero, alejándose con los pies a rastras, dejando atrás al sorprendido piloto alemán.

⁂

También Weidenfeld había visto entrar en la plaza al profesor español y a su inseparable compañero, y al igual que le sucediera a Von Weizsäcker, le pareció que los dos hombres se estaban metiendo directamente en las fauces del lobo.

—¿Por qué no va a por ellos? —dijo, señalando con el mentón a la pareja que se dirigía directamente a la puerta principal de la estación—. Llaman mucho la atención. Si continúan andando por aquí, los detendrán.

—Será mejor que nos vayamos todos. Ya son las siete y media. Espere un momento, y sígame.

—¿Qué hacemos con Villar y con Riggs?

—Volveremos mañana a por ellos. Ahora saldremos de la plaza por la derecha. Siga usted la orilla y reúnase con nosotros en la siguiente manzana.

Brown se puso en pie, sacó el baqueteado ramo y se dirigió con paso rápido hacia Menchaca y Gardner. Pasó al lado de estos y fingió un encontronazo, tocándose el sombrero educadamente para pedir disculpas por su torpeza. Después siguió hacia la terraza y abandonó la plaza. Ahora el ramo iba colgando al costado del cuerpo y a nadie que lo hubiese estado vigilando le hubiera extrañado. Otro hombre al que daban calabazas.

⁂

Von Weizsäcker se levantó y echó un vistazo a la plaza. Ni rastro del mendigo. Un taxi que dejó a una pareja con maletas se paró al lado de Gardner y Menchaca mientras iban hacia la salida por donde acababa de pasar Brown. Se estiró las puntas de la chaqueta y siguió al coronel.

⁂

Villar, cargado con un saco de ladrillos, estaba en la entrada de la plaza. Nada más llegar, había visto sentado en el pretil al escurridizo exsargento americano sin que este lo viera. Después había contemplado las maniobras de Brown y Von Weizsäcker. El coronel se había sentado al lado de aquella víbora, demasiado lejos de la salida como para que Cornín se aproximara a ellos.

Momentos después, había aparecido aquel profesor que se creía un guerrillero, junto a su perro guardaespaldas, andando como si quisieran ser detenidos. Se dio cuenta de que Brown los había visto. Mejor no exponerse.

Arrastrando los pies, se había acercado a la terraza donde se encontraba el teniente alemán tratando de decidir qué hacer, y fingió pedir una limosna. Pero el piloto estaba muy nervioso y no lo miraba. Villar tuvo que insistir, llamando sin querer la atención del camarero, preocupado por su clientela.

Finalmente Von Weizsäcker había levantado la mirada, reconociendo a Villar tras unos instantes de confusión. Dejado el mensaje de su presencia, el español se había alejado, abandonando la plaza antes de que Brown se pusiera en marcha, sin perder de vista al resto del comando.

⁂

Brown los aguardaba en la esquina de la calle Werft con el museo de la aviación. En cuanto se reunieron los seis, impartió las órdenes. Él y Von Weizsäcker caminarían juntos por delante. El resto los seguiría manteniendo cierta distancia. Si alguien tenía problemas, los demás continuarían.

—Si alguno de ustedes no puede seguirnos, nos volveremos a encontrar mañana en el mismo sitio a la misma hora —continuó explicando rápidamente—. El refugio está a nueve kilómetros. Es una zona de bosque tranquila, pero, para llegar, tenemos que pasar al lado de un aeródromo. ¿Tienen todos ustedes sus mochilas?

Menchaca y Gardner las habían dejado bajo unos escombros en un almacén derruido una manzana más al norte. Villar la llevaba dentro de su saco, cubierta por algunos ladrillos, y Weidenfeld la tenía disimulada dentro de una caja de cartón encontrada en la barcaza de basura.

Echaron a andar. Menchaca y Gardner se metieron por la calle Seydlitz donde se hallaba el almacén, y volvieron a tomar hacia Rathenow, siguiendo a Brown.

Ya estaba anocheciendo y las calles se vaciaban. Apenas algunas parejas que se retiraban a sus casas y la gente que hacía cola para pasar la noche en los refugios. Seis hombres andando por la misma calle en la misma dirección podían resultar sospechosos.

Poco a poco, fueron dejando las áreas más pobladas, bordeando el río, y ya estaba todo oscurecido cuando Brown vislumbró las rejas del aeródromo. No había mucha actividad dentro. Al menos por el momento, no parecía que esperaran ningún bombardeo aliado. En caso contrario, los cazas de la Luftwaffe ya estarían en el aire.

Sin más contratiempos, llegaron al bosque a orillas de lago Tegeler, donde Pickeray los esperaba en la granja abandonada. Cuando la tuvieron a la vista, el coronel hizo un gesto para que se detuvieran y se agacharon entre la espesura. Apenas una silueta entre la arboleda en medio de un silencio sobrecogedor. Nadie hubiese dicho que en la casa hubiera vida.

El americano, siguiendo lo convenido, silbó suave tres veces y esperó. Del interior de la granja se escucharon, como un eco, otros tres silbidos. El resto del comando se incorporó y entró en la casa.

—Capitán —fueron saludando al oficial inglés.

—¿Dónde está Riggs? —preguntó Pickeray cuando Brown cerró la puerta a sus espaldas.

—No ha aparecido —contestó el coronel, tirando el sombrero y desabrochándose el abrigo.

Los demás ya habían buscado un sitio donde descansar.

—No ha sido una gran idea quedar en una estación en el centro mismo de la ciudad, ¿no cree, coronel? —preguntó con sarcasmo Comadreja, desplazándose el sombrero hacia la coronilla—. Total, para volver atrás.

—¡Weidenfeld!

—Déjelo, capitán. Tiene razón —dijo Brown, sentándose en una silla destartalada y haciendo un gesto para que el forzudo inglés se calmara—. Lamentablemente, no hemos dispuesto de más tiempo para organizarnos mejor. Vengan aquí.

De un bolsillo del abrigo sacó un papel y un trozo de lápiz e hizo unos garabatos.

—Aquí estamos nosotros —dijo señalando con el lapicero—. La estación donde nos hemos reunido, y hacia el sudeste, el objetivo.

Todos entendieron, tal y como había dicho Comadreja, que había sido un enorme riesgo presentarse en la estación de Lehrter y después retroceder hora y media en sentido contrario. Tendrían que cruzar toda la ciudad para llegar al laboratorio.

—Mi idea era buscar refugio más cerca del objetivo, pero al capitán, al teniente y a mí nos ha costado llegar hasta aquí sin ser detectados. Ahora que estamos ya reunidos, podremos buscar una forma menos arriesgada de acercarnos.

—Sí —respondió insolente Comadreja—. Podríamos pedir a los alemanes que nos presten uno de sus vehículos.

Pickeray estuvo a punto de llamarle de nuevo al orden, pero Brown se le adelantó.

—Eso mismo había pensado yo, Weidenfeld. Me alegra que pensemos igual. Usted se encargará de eso.

—¿Está loco? ¿Cómo quiere que lo haga? ¿Me acerco a un soldado y le digo: «Disculpe, señor nazi. Mis amigos y yo necesitamos un camión con el que ir, junto con nuestras mochilas llenas de explosivos, a volar su laboratorio»?

—Algo así. Lo dejo en sus manos. Esa será su tarea para mañana. Los demás esperaremos aquí. Mañana por la tarde Von Weizsäcker, Gardner y yo regresaremos a la estación a recoger a Riggs, y el miércoles saldremos hacia el laboratorio.

—No aparecerá —anunció Villar.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Brown.

—El viento nos empujó en la caída —explicó Villar, sin mostrar emoción alguna—. Yo toqué suelo al borde del bosque. Riggs venía detrás. Cayó entre la arboleda.

—¡Maldito cabrón! —rugió Weidenfeld. Riggs era el que mejor le caía. Desde que habían tenido la pelea había adoptado un trato paternal con el ladrón. Había pensado en buscarlo al tocar tierra, pero no sabía dónde ni cuándo habría saltado este—. ¿Por qué no lo buscaste?

—¿Dónde? —repuso el guerrillero, enfrentando su mirada a la del estraperlista—. El bosque estaba a oscuras, y los árboles eran muy altos. Debió quedar colgado. Imposible encontrarlo.

—Déjenlo ya —intervino Brown—. En cualquier, caso el plazo termina mañana, e iremos a buscarlo. Riggs es un gato, ¿recuerdan?

—Espero que te equivoques y se presente mañana; si no, algún día te lo haré pagar —ladró Comadreja, apuntando con un dedo al pecho del minero español.

Se retiraron a descansar. Brown había prometido a Pickeray que tratarían de conseguir algo que comer, pero no había sido posible, así que pasarían otra noche con el estómago vacío.

⁂

Martes, 4 de abril de 1944
Stendal, Alemania

La luz que entraba por el ventanuco despertó a Riggs. Estaba solo en la cama. Minna debía de haberse levantado hacía rato, porque su lado de la cama ya estaba frío. El inglés aspiró el aire de la mañana y se regodeó, tapándose con la manta hasta el cuello.

En algún remoto lugar de su conciencia, algo le avisaba de que era martes, último día de plazo dado por Brown para reunirse en Berlín, y que él aún estaba a cien kilómetros. No dejó que oscuros pensamientos lo turbaran y rememoró cada instante vivido la noche anterior. Pero Gato se dio cuenta de que su cuerpo reaccionaba al recuerdo.

Indeciso ante la reacción que Minna pudiera tener ante una nueva invitación por su parte, escuchó los ladridos de Umbra. Sonaban desde fuera de la casa, pero eran insistentes, como si estuviera dando una alarma. Oyó

como la mujer lo llamaba y le decía algunas palabras en alemán, seguramente para obligarle a callar, pero el alsaciano seguía ladrando.

Riggs oyó que la mujer entraba rápidamente en casa y subía los escalones pisando con fuerza. Al momento, entró en la alcoba. Traía el rostro enrojecido, como la noche anterior, pero en ese momento no era por la pasión.

—*Mach schanell, mach schanell!*

Riggs no entendía lo que se le decía ni qué pasaba, pero se levantó de un salto y, mientras se arreglaba la ropa con la que había dormido, siguió escaleras abajo a la mujer, que le hablaba a toda velocidad, como si él pudiera entender algo.

Lo condujo hasta el establo, apartó un pequeño montón de heno medio podrido y levantó una trampilla escondida debajo.

—*Mach schanell!* —repitió la mujer, señalando las escalerillas que descendían por el hueco.

El rumor de un motor precipitó a Riggs dentro del refugio. Minna cerró la trampilla y echó heno encima con una horca hasta hacerla invisible.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la escasa luz, Gato se dio cuenta de que se encontraba en un cubículo de dos metros de lado por uno y medio de alto cavado en la tierra. Las paredes que la sujetaban estaban hechas con tablas y todas tenían estanterías. Allí debía de ser donde el matrimonio guardara sus mejores productos antes de empezar la guerra, pero las baldas hacía tiempo que se encontraban casi desiertas.

Aguzó el oído, pero no era capaz de escuchar nada, salvo los ladridos de Umbra. Tamizados por el heno y la tierra que lo cubría, parecían llegar de lejos, pero Riggs calculó que el animal se encontraba fuera de la casa.

¿Dónde estaba Minna? ¿Se encontraba bien? ¿Quién había llegado sembrando la alarma? ¿Policía preguntando por avistamientos de paracaidistas en medio de la noche?

Estas y otras preguntas similares lo estaban poniendo cada vez más nervioso. No le gustaba estar encerrado en sitios de los que se suponía no podía salir. ¿Qué pasaba allí afuera? ¿Estaba rodeado?

Finalmente, no pudo más y trató de levantar la tapa. Era pesada y encima tenía el heno, así que necesitó empujar con el hombro para poder abrir el hueco suficiente por donde salir.

Había intentado hacer el menor ruido posible, pero Umbra lo había oído y llegaba corriendo. El animal parecía muy nervioso y gemía, al tiempo que empujaba a Riggs con el hocico.

Con cautela, el inglés asomó por la puerta del establo. Todo parecía tranquilo. Tan solo la novedad de un coche delante de la granja.

Poco a poco se acercó a la fachada y miró por la ventana de la cocina. Nada. Rodeó un poco más la casa hasta la siguiente estancia. Nada tampoco. Umbra seguía empujándolo, y Gato se armó de valor para entrar en la vivienda. No dejó que pasara el animal hasta saber qué sucedía. Recorrió toda la primera planta, pero no se veía nada. De pronto, un grito y unas risas le llegaron de la planta superior.

Riggs ascendió por las escaleras. Ahora podía escuchar el armazón de la cama emitiendo los mismos sonidos que la noche anterior. Se asomó a la puerta de la alcoba. Minna estaba tendida sobre la cama boca arriba y sus piernas abrazaban el cuello de un hombre gordo, muy blanco, con los pantalones en los tobillos, que a cuatro patas la penetraba jadeando.

En ese momento Minna se percató de la presencia del inglés y lo miró aterrorizada. Con la mano, le hizo un gesto para que se alejara, y Gato retrocedió, avergonzado. ¿Quién era aquel hombre? Seguramente se trataba de un amante. Se dio cuenta de que este pensamiento lo molestaba profundamente. ¿Qué había pensado? ¿Que la mujer alemana estaba allí esperando a que Thomas Riggs apareciera en su vida?

Estaba a punto de bajar las escaleras enfadado con Minna y consigo mismo, cuando escuchó unas palabras indescifrables del viejo gordo que se la estaba tirando y a Minna gritar:

—*Nein, nein, nein!*

Aquello no parecía un grito en el fragor de la batalla. Riggs se giró y volvió a asomarse. El hombre estaba de rodillas, forcejeando con Minna, que se debatía. Al fin consiguió su objetivo y la volteó. El ladrón comprendió las intenciones del viejo gordo: pretendía metérsela por detrás y Minna, llorando, trataba de impedirlo.

En dos pasos, Riggs alcanzó la cama y, por la espalda del miserable, le aferró con una mano la mandíbula, con la otra la parte posterior de la cabeza y con la fuerza de años entrenando en la maroma, de un giro, le partió el cuello sin darle tiempo a saber qué había sucedido.

Minna, espantada, comenzó a chillar. Se cogía la cabeza con las dos manos y la agitaba de un lado a otro. «Nein, nein, nein», decía sin poder apartar la mirada del guiñapo caído en el piso de madera. Riggs intentó calmarla, pero la mujer no podía dejar de lamentarse, desesperada.

El inglés necesitó tiempo para comprender la gravedad de lo que había hecho. Aquel bastardo debía de ser alguien importante, algo así como un

inspector de Hacienda al que no se le podía negar nada, incluso cuando sus deseos incluyeran tirarse a una viuda. Ahora, su ausencia despertaría las sospechas de la policía.

Seguramente, en otras circunstancias, Minna, como otros muchos en Stendal, se hubiese alegrado al conocer la noticia de la muerte de aquel hijo de perra. En cambio, ahora la desgracia caería sobre ella si descubrieran lo sucedido.

A Riggs se le había caído un velo de los ojos. Durante tres días había vivido una existencia que no era la suya, creyendo que nunca se acabaría. Ahora caía en la cuenta de que, mientras la guerra no terminara, ese sueño no se cumpliría.

No podía continuar allí. En cuanto se diera la alarma por la desaparición de aquel tipo, alguien se presentaría para hacer averiguaciones, vería el coche y se llevarían a Minna. Debía desaparecer. Debía encontrar a Brown. Si su misión servía para acercar el fin de la contienda, tal vez pudiera regresar algún día.

Agarró a Minna por los hombros.

—*Lehrter Bahnhof, Berlin!* —dijo a la atribulada mujer, que tardó un rato en darse cuenta de que podía comprender lo que se le decía.

—*Lehrter Bahnhof?*

—*Ja! Berlin.*

—*Ja, Berlin, ja!*

Riggs le explicó con gestos que debía estar en la estación antes de las siete y media. Minna le respondía moviendo la cabeza en un gesto de negación. Imposible. Pero ahora que el ladrón se había sacudido de la cabeza la doble conmoción por el golpe y por haber encontrado a una mujer por la que sería capaz de sentir algo más que una breve tentación, no estaba dispuesto a llegar tarde a la cita.

⁂

—Mire esto, inspector —dijo el sargento Bachamann, mostrándole uno de los listados con los que trabajaban desde hacía días.

Ahora, con la urgencia que daba el saber que el comando ya estaba en suelo alemán, Schlüter había intensificado el trabajo, y tanto él como sus hombres apenas lograban dormir algo.

Frotándose el ojo bueno para enfocar la vista, cansada después de tantas horas de rebuscar entre copias de carbón rellenas de escritura, Schlüter tomó la hoja. El decimoquinto nombre de la lista estaba subrayado: «Itzhak Steiner».

Schlüter miró el encabezamiento. Era de la universidad de Innsbruck, en Austria. Físico y matemático. Especializado en física de ondas.

Siguiendo las indicaciones del decano de la Universidad de Friedrich-Wilhelm con el que Schlüter consultara, habían centrado sus investigaciones en los científicos especializados en física cuántica, por eso el tal Steiner había pasado desapercibido en las primeras cribas.

En el listado no venían más datos. Ya habían encontrado otros apellidos parecidos que no habían conducido a buen puerto después de investigarlos a fondo, como ahora tendrían que hacer con aquel.

Quizás en un primer momento no le hubiese dado mayor trascendencia, pero, después de tantos días y con el enemigo en casa, más valía perder un poco del precioso tiempo en eliminar aquella posibilidad. Al fin y al cabo, el rector se lo había dejado claro. Tenía que ser un especialista en física atómica o aeronáutica, y aquel Steiner no lo era.

—Investíguenlo —dijo devolviendo el papel.

Enterrado bajo la montaña de informes, fotografías, listados y documentos, Schlüter no volvió a pensar en Steiner en toda la mañana. Debía concentrarse en su trabajo hasta el mediodía. Había quedado para comer con su mujer, que no estaba feliz, precisamente. El domingo anterior había sido su cumpleaños, pero la aparición del bombardero, presumiblemente utilizado por el comando para llegar a Alemania, no le había dejado un minuto libre.

Volvió a estudiar el *planning* que se había hecho. Para empezar, habían establecido controles en distintos puntos, aunque, si el subinspector de la Kripo estaba en lo cierto, habían pasado tres días desde el accidentado aterrizaje y los espías difícilmente seguirían por los alrededores.

También habían recorrido de arriba abajo Stendal, Wust, Tangermünde y Rathenow, las poblaciones más cercanas, mostrando la foto de Brown: «¿Ha visto usted a este hombre?». Pero nadie sabía decirles nada.

Era posible que el comando tuviera un contacto en Alemania, así que Schlüter recurrió a los archivos de la Gestapo y de las SS para saber si en aquellas ciudades había algún sospechoso de ser contrario al régimen, un alborotador aún no destapado, algún miembro de un partido político ilegal.

Como se temía, había encontrado informes sobre muchas personas: médicos; curas, por supuesto; antiguos alcaldes y concejales; profesores,

granjeros… Las sospechas contra estos, sin embargo, carecían del menor interés y se debían más a la obsesión de los cuerpos policiales en inculpar a todo el mundo que a motivos reales.

Equipados con perros, habían peinado la zona. Los animales, sin más pistas que las del interior del bombardero derribado, no fueron de utilidad. Tampoco habían podido encontrar huellas, ya que la noche del lunes al martes había estado nevando, no demasiado, pero sí lo suficiente como para cubrir las pisadas.

Schlüter tenía tan poco para continuar que se negaba a admitir que la pista del bombardero hubiese dejado de estar fría para poder catalogarse de helada. No quería escuchar a sus hombres, que discretamente cuestionaban su convicción. ¿El avión no podría haber sido utilizado con otro motivo? ¿No era especular peligrosamente el dar por hecho que era el aparato en el que había llegado el comando?

El inspector de la Gestapo trataba de adivinar cuál era la dirección que habrían tomado. El objetivo más obvio era Berlín. Al fin y al cabo, se encontraba en la trayectoria. Además, la noche del último día de marzo Berlín había sufrido un fuerte castigo. Por no decir que, siendo la capital, albergaba la mayor parte de la industria, la logística y casi todos los laboratorios.

Cierto era que, precisamente por esto, los aliados atacaban Berlín, que hasta hacía bien poco se encontraba demasiado lejos para la autonomía de sus cazas y bombarderos, obligando a Hitler a sacar de la ciudad las empresas directamente relacionadas con la maquinaria de guerra.

En estas y otras medidas, por el momento todas con resultado negativo, se habían ido el domingo, el lunes y lo que llevaban de martes. Necesitaban algo más que los guiara o al menos redujera la búsqueda: alguien que hubiese visto algo más sólido, el nombre del científico o el laboratorio en el que trabajaba. Schlüter casi se conformaba con saber en qué ciudad debía buscar.

Llegado el mediodía, Schlüter anunció a sus hombres dónde tenía pensado almorzar, se puso su abrigo, se acercó a las escaleras y se aseguró de no encontrarse con el mayor Töpfer antes de alcanzar la calle.

Leyna llegó al restaurante puntual, como era su costumbre. Tenía una cara triste y cansada. Sabía cuál era el trabajo de su marido, pero no era fácil llevar la guerra sola. Schlüter, que intuyó enseguida lo que le pasaba, trató de vencer su propio cansancio y mostrarse alegre y dicharachero. En los postres, Leyna reía de esa manera especial, con los ojos casi cerrados, que había enamorado al inspector.

Mientras recordaban anécdotas de días más felices anteriores a la guerra, el camarero se acercó con una botella de champán francés Duval-Leroy, un auténtico lujo por el que Schlüter había tenido que mover más de un hilo.

El inspector aprovechó la mirada encandilada de Leyna cuando el camarero abría ceremoniosamente la botella, para sacar del bolsillo de su chaqueta un pequeño paquete que dejó al lado de la mano de su cada vez más sorprendida esposa.

Schlüter, con los dos ojos húmedos esta vez, observó cómo Leyna se tapaba la boca con la mano al sacar del paquetito un par de pendientes con dos hermosas perlas. Le habían costado siete cartones de tabaco en el supuestamente inexistente mercado negro de la plaza Potsdamer, pero, al ver el brillo en la mirada de su esposa, supo que el esfuerzo había merecido la pena.

Fue un almuerzo perfecto, en el que los dos recordaron una vida en la que no existían cartillas de racionamiento, noches oscuras con bombardeos, tanques en las calles y listas de muertos, muchos muertos.

A ambos se les pasó la tarde volando, animados por una copita de *schnapps*, cortesía de la casa, y ya eran las seis de la tarde cuando Schlüter, apurado por su tardanza, entraba en el despacho, donde lo aguardaban dos de sus hombres.

—¡Inspector! —dijo el subinspector Dinter, levantándose de la mesa en cuanto lo vio entrar—. Salíamos a buscarlo ahora mismo.

—¿Ha sucedido algo? —preguntó Schlüter, dejando el abrigo sobre la silla de su escritorio.

—¿Recuerda el listado de la mañana, el de la Universidad de Innsbruck?

—Lo recuerdo. Había un nombre muy parecido al de nuestro científico. ¿Han encontrado algo?

—Es posible, inspector —contestó su subalterno, consultando un bloc de notas—. Itzhak Steiner era un físico y matemático de padre judío y madre *mischlinge*.

Se refería a que la sangre de la madre no era pura, sino mezcla de judía y aria, como la de otros muchos alemanes.

—Estudió en Múnich y Göttingen. Trabajó en unos experimentos sobre el sonar en la Universidad de Colonia. En 1935, como otros científicos judíos, se marchó a los Estados Unidos, dejando aquí a su mujer y a sus dos hijas gemelas.

—Su mujer pertenece a una familia influyente —apuntó el sargento Bachmann—. Uno de los abuelos era judío, pero la familia es católica y no

parece que hayan mantenido relación con la comunidad judía. Pensamos que la mujer creía estar a salvo y por eso no quiso escapar.

—¿Ha dicho que se marchó a los Estados Unidos? —preguntó Schlüter cuando el sargento cerró la libreta, sin saber dónde pretendía ir a parar.

—Así es señor —contestó Dinter con una sonrisa—. Pero volvió.

—¿Que volvió? —preguntó Schlüter perplejo. En su cabeza las alarmas se disparaban.

—Según un antiguo compañero de la universidad, parece que regresó en 1940, aunque no lo tenía del todo claro.

—¿Sabemos por qué lo hizo?

—No, señor. Pero, casualmente, su mujer y sus hijas fueron deportadas a un campo meses antes de su regreso.

—Lo obligaron a volver…

—Eso creemos.

—Trabajó en el sonar —añadió el subinspector Dinter—. Es algo determinante para el desarrollo de la guerra, inspector.

—Podría ser, sí.

—Hay una cosa más, señor —apuntó el sargento Bachmann—. Aunque la comunidad científica es muy envidiosa y a nadie le gusta hablar de científicos judíos sobresalientes, nos pareció que Steiner era muy envidiado. Demasiado. A su antiguo compañero se le escapó la palabra «genio».

—¿Y dónde se encuentra ese tal Steiner?

Los dos subalternos se miraron un momento.

—No lo sabemos. Es como si se lo hubiese tragado la tierra. Nadie tiene la menor idea. Volvió y luego desapareció.

—Está bien. Búsquenlo. Mantendremos las demás líneas de investigación abiertas, pero prestaremos especial atención al tal Steiner. Buen trabajo.

Los dos hombres se alejaron presurosos, contagiados del nerviosismo de su jefe. Schlüter tomó asiento en su escritorio y revisó el informe que le habían entregado No había mucho más aparte del resumen escuchado. Lugar de nacimiento, fechas, nombres de los padres, antecedentes, colegios, relaciones sociales, datos de su mujer y cosas así. Nada que dijera a las claras que él era la clave de aquel asunto.

El inspector pidió a la centralita que lo pusieran en contacto con el decano de la Friedrich-Wilhelm y se dispuso a esperar, impaciente, revisando una y otra vez el informe, que venía acompañado de una foto de mala calidad obtenida al menos diez años atrás.

El timbrazo le rompió la concentración mientras interrogaba a la foto: «¿Eres tú a quien busco?».

—Sí, pásemelo —contestó el teniente, limpiándose el ojo con el pañuelo —. ¿Decano? Aquí el inspector Schlüter. ¿Se acuerda de mí?

—Desde luego, inspector —contestó la voz del rector. A pesar de que la línea tenía bastante ruido, el tono dejaba patente que la llamada no era muy bien recibida—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Verá, cuando hablamos le pregunté por un científico que trataba de encontrar, ¿lo recuerda?

—Cómo no, inspector. Un tal Stenger.

—Exactamente. Hemos encontrado a un tal Itzhak Steiner. ¿Le dice algo?

—¿Debería?

Los modales de aquel hombre estaban resultando impertinentes. Muy seguro debía de estar de sus contactos para hablar así a un teniente de la Gestapo.

—Yo diría que sí —repuso cortante Schlüter—. ¿No encuentra parecido entre Itzhak Steiner e Itzhak Stenger? Incluso el nombre de pila es el mismo.

—No sé mucho sobre nombres judíos —contestó con cierto desprecio el decano—, pero tengo la sensación de que ese nombre es bastante común entre ellos.

—Tal vez —Schlüter estaba irritándose por momentos—. No me ha dicho aún si lo conoce y, si es así, por qué no me había hablado de él.

—Que yo sepa, usted no me había preguntado. Es la primera vez que me habla de él. Sí, conozco a Steiner, pero no sabía su nombre de pila, así que no pude caer en la coincidencia.

—Entiendo. ¿Y cree que podría tratarse…?

—No —cortó tajante el decano—. El hombre que usted busca no es Steiner.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —preguntó Schlüter, asombrado por tan contundente respuesta.

—En primer lugar, Steiner se dedicaba a la física convencional. Su campo eran las ondas, luego no tenía nada que ver con la física subatómica ni con la aeronáutica.

—Pero estudió el sonar…

—Nada que pueda ser determinante en el desarrollo de la guerra, tal y como requería su investigación. Perteneció al equipo de la Universidad de Colonia al frente del cual estaban mis colegas Frenzel y Schultes. Y ahí viene el segundo de los impedimentos.

Schlüter se percató de inmediato de la diferencia: Steiner no era «colega».

—Su hombre debería ser vital en el proyecto en el que se encuentre, y Steiner era un simple adjunto.

—He oído decir que era un genio.

El bufido despectivo confirmó las sospechas de Schlüter. Los prejuicios raciales del decano le impedían reconocer la superioridad de un judío.

—¿Se lo ha dicho él? —preguntó indignado—. Steiner siempre ha sido un farsante. Intentó robar la gloria del descubrimiento a mis colegas, pero, obviamente, la comunidad científica y el partido no se lo permitieron. Fue un colaborador, uno de tantos.

Schlüter se imaginó al decano en su despacho hecho una furia, tratando de mantener la compostura con un vulgar policía como él.

—Además, hay otro motivo. Steiner escapó, como la rata que era. No está en Alemania, inspector —el decano recuperaba el campo perdido, disfrutando con su golpe mortal—. Está en América.

—Ya no, decano —dijo Schlüter, colgando el teléfono y dejando con la palabra en la boca al indignado decano, y repitió para sí—: Ya no.

Capítulo XX

Martes, 4 de abril de 1944
Afueras de Stendal, Alemania

Riggs se cargó a la espalda el cuerpo sin vida del comisario político y bajó las escaleras detrás de Minna. En la entrada, la mujer le hizo un gesto para que esperara un momento, se adentró en el establo y salió empuñando una pala. Agitó la mano para que el ladrón la siguiera y se encaminó a la parte trasera de la casa.

El inglés dejó el cadáver en el suelo y se aplicó en cavar una fosa, animado por la impaciente viuda, que repetía sin cesar:

—*Tiefer, schneller!*

A Riggs le dolía la cabeza por el esfuerzo. Cada vez que se agachaba a coger una paletada, las sienes le golpeaban como si se tratara de un tambor, pero la granjera no dejaba de insistir.

Cuando llegó a un metro de profundidad, Minna pareció darse por satisfecha al fin. El ladrón pensó que quizá la mujer tuviera miedo a que quien viniera a comprobar dónde se hallaba el comisario trajera perros que pudieran oler el cadáver.

Levantaron entre los dos el cuerpo del nazi y lo arrojaron sin ninguna ceremonia al fondo del hoyo. Después rellenaron y apisonaron bien la tierra, esparciendo el resto entre los árboles. Como medida de seguridad para evitar que los perros pudieran olfatear la fosa, la mujer trajo excrementos del corral y los echó sobre la tumba.

Ya se había cumplido la primera hora de la tarde. Solo quedaban seis horas y media para que expirara el plazo dado por Brown y aún seguía a más de ciento treinta kilómetros de la estación. Tendrían que utilizar el coche del comisario.

Minna le hizo un gesto moviendo las dos manos como si manejara el volante del vehículo. Riggs negó con la cabeza: no tenía ni idea de conducir un coche. La mujer dijo algo que le sonó bastante mal, y le señaló la puerta

del copiloto antes de desaparecer dentro de la granja, seguida por el perro, que no se había separado de ella ni un solo instante.

Al rato, salió otra vez y ocupó el puesto del conductor. Musitaba algo entre dientes mientras examinaba las palancas y los pedales. Riggs pensó que quizá la mujer pudiera tener alguna experiencia conduciendo tractores, aunque ignoraba si el manejo era similar.

La granjera le dio al contacto y el vehículo empezó a traquetear. Se movía mucho. Gato había viajado pocas veces en un coche, pero intuía que aquel motor petardeaba demasiado. Minna repitió algo varias veces, señalando una lata que olía a petróleo tirada en el suelo de atrás.

Riggs imaginó que la mujer se refería a la calidad de la gasolina y que ese era el motivo de que el motor semejara a un tuberculoso.

Cuando Minna soltó el embrague la primera vez, el coche dio un salto y se paró. Maldiciendo entre dientes, pulsó el contacto de nuevo, pero al motor le costó arrancar, y cuando lo hizo soltó una negra humareda por el tubo de escape.

Al segundo intento, lograron andar cuatro o cinco metros antes de que el coche se amotinara otra vez. Una nueva humareda, y Minna, santiguándose, engranó por tercera vez la palanca de cambios, soltando muy despacio el pedal del embrague. En esta ocasión, el motor no se paró y fue cogiendo velocidad perezosamente. Dejaron atrás el camino de entrada a la granja y salieron al camino vecinal. Corrían el riesgo de que alguien los viera y se preguntara qué estaba haciendo la granjera con un desconocido en el coche de un comisario político, pero no podían hacer otra cosa.

De un camino a otro fueron pasando lejos de las demás granjas, tan aisladas como la de Minna, y bordearon Stendal por el sur. Mientras traqueteaban, la mujer le dio al inglés una cartulina doblada bastante ajada que el ladrón examinó. Sabía lo que era una Kennkarte, el documento de identidad alemán, porque había visto alguna que les mostrara Brown en los entrenamientos. En esta, la foto se veía un tanto maltrecha, pero aun así hubiese hecho falta una gran imaginación para confundir a Riggs con aquel bávaro.

El ladrón la guardó dentro de la chaqueta que Minna le había regalado, demasiado grande para él, y miró aprensivo la polvorienta y estrecha carretera que daba vueltas y más revueltas alrededor de canales de agua. Si Minna se descuidaba, terminarían hundiéndose en uno de ellos.

En cambio, la mujer parecía inquieta por otro motivo. Gato no tardó en descubrir la causa: ante ellos la carretera se cortaba por el río, del que el

ladrón se había olvidado, y la única forma de vadearlo era el puente vigilado que se extendía sobre él.

Minna volvió a salir de la carretera y se adentró en otro camino. Parecía segura de lo que hacía, aunque su rostro reflejara preocupación. Dando tumbos, se acercaron hasta una construcción a la orilla del río, levantada ante uno de los muchos embarcaderos que se podían ver a lo largo de ambas orillas.

Echando el freno de mano, Minna saltó del coche, se acercó al cobertizo y llamó a voces. De dentro salió una voz cavernosa y enseguida apareció un hombre de gran envergadura al que le faltaba en una pierna de la rodilla para abajo.

La viuda habló con el hombre, que miró varias veces a Riggs, subido aún en el coche, sin que este pudiera saber qué le estaba contando. El hombre dijo apenas dos o tres palabras, y por fin Minna sacó de un pequeño saco que llevaba unos billetes manoseados, de los que apartó varios y se los entregó al hombre.

Sin dejar de mirar el coche con desconfianza, el cojo abrió la puerta del cobertizo que daba al mar y sacó un lanchón con muy mala pinta. Ayudado por la muleta y con una destreza que sorprendió al inglés, subió a bordo e hizo la maniobra para colocar el pontón por delante del estrecho atracadero.

Riggs ayudó, sin atreverse a mirar a los ojos del barquero, a colocar unas tablas que permitieran subir el coche. Minna comenzó la maniobra. Por un instante, pareció que la endeble embarcación se iba a hundir con el peso del vehículo, pero enseguida el hombre consiguió estabilizarla.

Del cobertizo sacaron unas lonas con las que cubrieron el vehículo. El barquero arrancó un pequeño motor fuera borda y, tras separarse de la orilla, comenzó a pilotar, poniendo rumbo al otro lado del río.

Nadie dijo nada durante el trayecto. En las tranquilas aguas algunas embarcaciones parecían pescar, pero, por lo demás, no había rastro de patrulleras militares que pudieran inquietarlos. Con experta mano, el hombre atrancó el motor con una cuerda y se puso a liar tranquilamente un cigarrillo fino que fumó sin invitar.

A Riggs aquellos doscientos metros que separaban ambas orillas se le hicieron interminables. Minna trataba de ocultar sus nervios y retorcía entre sus ásperas manos el cordón del saquito del que había sacado el dinero.

Al fin y sin contratiempos, atracaron en un malecón desierto y el barquero les hizo aspavientos para que se dieran prisa en colocar las tablas. Ahora daba

muestras de impaciencia, y Riggs se preguntó si los habría llevado a propósito a un lugar donde pudiera haber presencia de soldados.

Con el mismo cuidado que para abordar, Minna bajó el coche y se despidió del barquero, que se alejó de inmediato. Gato montó al lado de la mujer y se pusieron en marcha, tratando en todo momento de utilizar caminos poco transitados en los que la hierba ocupaba el centro de la calzada.

Minna se dijo algo con gran cantidad de gestos y palabras. El inglés fue incapaz de entenderla, pero imaginó que le estaba explicando la historia que había contado al hombre para contratar sus servicios sin que este llamara a la policía.

Ahora la viuda hablaba animadamente. El éxito al cruzar el río le había provocado una euforia que ocultaba el miedo ante lo que estaban haciendo. Habían matado a un comisario político, le habían robado el coche y se habían fugado con él. Por no añadir que Minna estaba dando cobijo y auxilio a un espía aliado. Cualquiera de aquellos cargos era suficiente para mandarla a la horca, pero ella se atrevía incluso a sonreír, algo que no debía de haber hecho hacía mucho tiempo.

Aprovechando los numerosos bosques para esconderse en su avance, dejaron cada vez más atrás el río, hasta llegar a un claro desde el que se podía ver, a lo lejos, la torre de una iglesia y la silueta de un grupo de casas. Riggs miró en aquella dirección y la viuda musitó: «Wust».

El ladrón no podía imaginar que aquella ciudad era donde había acabado sus días el bombardero que los había traído y que ahora descansaba a menos de un kilómetro del bosque que cruzaban.

⁂

Lejos de allí, el resto del comando descansaba en la granja.

Estaban todos hambrientos. El que menos llevaba un día sin comer, pero el coronel no quería exponerse innecesariamente. Hasta el momento, habían tenido mucha suerte y no era cuestión de tentarla sin motivo, no al menos para llenar el estómago.

Weidenfeld se había marchado a la salida del sol. Nadie había querido preguntar cuál era el plan que el estraperlista tenía pensado para llevar a cabo el difícil y arriesgado encargo del oficial americano. De alguna forma, tenían la suficiente confianza en el desagradable exsargento como para pensar que sería capaz de llevarlo a cabo.

Comadreja se había alejado hacia el este, en dirección al aeródromo que los separaba del centro de Berlín. Conocía los cuarteles de sobra. Llevaba años entrando y saliendo de ellos. No podían existir demasiadas diferencias entre uno americano y otro alemán, se decía. Un cuartel es un cuartel.

El aeródromo estaba rodeado por una simple valla metálica. Algunas torres de vigilancia y la guardia en la puerta parecían ser toda la protección. El comandante del campo no debió de sopesar la posibilidad de que en el corazón del imperio hubiese algún loco con pretensiones de atacarlos.

Se fijó que la guardia se mostraba más atenta que la del ejército americano. Los soldados se mantenían en sus puestos, firmes. En cambio, no parecían estar dotados de la misma curiosidad que sus homólogos americanos. Un centinela yanqui hubiese tratado de saber quién era aquel desconocido de sombrero calado hasta las orejas que arrastraba los pies por la carretera con un saco medio vacío al hombro.

Una vez comprobada la reacción de los centinelas, Weidenfeld se escondió tras unos árboles y estudió el movimiento del campo. Varios camiones de poco tonelaje accedieron por la puerta principal. Debía de tratarse de proveedores. Los transportes eran controlados a la entrada, pero no a la salida. Se identificaba a los ocupantes, el camión y la carga. Un perro daba una vuelta alrededor del camión y después se le permitía el paso.

También entraron y salieron diversos vehículos del ejército, *jeeps* con oficiales y camiones con tropas. Por dentro del vallado se movían como hormigas mecánicos, pilotos, conductores, bicicletas, motos, oficiales, tropa, centinelas y un sinfín de personas.

Weidenfeld se dijo que lo difícil sería entrar. Una vez dentro, despertaría menos sospechas que allí fuera.

Se dio cuenta de que los centinelas solo registraban los vehículos civiles, no los militares. Tanto si lo conducía un mecánico como un oficial, la guardia miraba por encima la documentación que le presentaba y los dejaba pasar sin mirar la carga.

Comprobado el terreno, Comadreja se alejó con su saco carretera abajo. A un kilómetro del aeródromo, la carretera se adentraba en un bosque, lo que le ofrecía un lugar para esconderse y además le protegía los flancos de miradas indiscretas.

Sentado detrás de un tronco de gran tamaño, Weidenfeld abrió el petate. Como parte de su disfraz, había tomado prestado el saco donde Villar había acarreado su parte de los explosivos, tapados con unos cuantos ladrillos.

Ahora el saco solo contenía los escombros, con trozos de argamasa, azulejo y ladrillo, junto con unos cuantos clavos herrumbrosos.

Se aseguró de que la carretera estuviese despejada y se incorporó con el saco. Esparció su contenido, tratando de aparentar que algún vehículo había perdido parte de su carga, y lo dispuso de tal forma que quien viniera por la carretera, para evitar los cascotes, tuviese que arrimarse al arcén, donde extendió los clavos.

No hizo falta esperar demasiado. El motor de un vehículo se acercaba. Ahora todo dependía de la suerte. Si era un transporte de tropas, un *jeep* o un repartidor, no le valdría. Pero había visto muchos otros vehículos entrando y saliendo del recinto.

Tuvo suerte una vez más. Lo que se acercaba era una pequeña camioneta. En el costado mostraba el símbolo que había visto en algunos otros camiones del aeródromo, y en la cabina solo iba un soldado.

El ruido del estampido resonó, fue absorbido por los árboles y la camioneta comenzó a cabecear, hasta que el furioso conductor logró hacerse con ella. Instantes después, el soldado descendió para ver qué había sucedido. Maldiciendo su suerte, le pegó una patada a la rueda reventada. No tenía otra de recambio, así que tendría que ir despacio hasta el aeródromo. Echando pestes y acordándose de la madre del desgraciado al que se le había caído la carga, subió a la cabina y puso el camión en marcha.

Tal y como esperaba Weidenfeld, los centinelas no revisaron la carga entre la que se escondía. Solo unas frases para reírse del conductor antes de darle paso libre, y este continuó su marcha hasta el taller, donde el mecánico se hizo cargo de la situación.

En cuanto se alejaron del hangar, uno en busca de una rueda de repuesto y el otro a donde tuviera que ir, Comadreja bajó de la caja y miró con deleite a su alrededor. Estaba en su feudo.

⁂

Eran las cuatro y media de la tarde. Brown había decidido que se pondrían en marcha a las cinco. Tendrían tiempo de sobra para llegar a la estación, pero prefería no andar apurado de tiempo. Mientras observaba cómo los demás mataban el tiempo, dormitando o charlando en voz baja entre ellos, salvo Gardner, al que le tocaba estar de guardia sobre el camino de entrada por un

sucio ventanuco, el coronel se preguntaba de nuevo si valía la pena correr el riesgo de ir a buscar al ladrón.

Si Villar estaba en lo cierto, Riggs debía de haber chocado contra la copa de los árboles a treinta metros de altura. Un paracaidista herido a esa altura no tenía ninguna posibilidad. Si aún no se había presentado, era muy probable que no hubiese logrado sobrevivir, y Brown correría el riesgo de adentrarse en la ciudad inútilmente. Pero había dado su palabra, y no podía faltar. Por escasas que fuesen las posibilidades, debía acudir a la cita. Además, si por un milagro Riggs se presentaba y nadie acudía, podía caer en manos de los nazis y, bajo tortura, acabaría por delatarlos.

—Viene Weidenfeld. ¡Y lo hace cargado! —dijo Gardner.

Todos los hombres se asomaron al ventanuco. Por la vereda llegaba Comadreja, pedaleando y silbando una canción. A la espalda traía un bulto enorme que parecía pesado, y en la parte de atrás de la bici una caja amarrada con una vieja cuerda.

—Vaya, un comité de bienvenida —dijo el degradado sargento, fingiendo estar sorprendido al ver todos esos rostros expectantes.

—Tampoco esta vez se ha dado mucha prisa, Weidenfeld.

—Me encanta que me eche tanto de menos, coronel.

Abrieron del todo la puerta para que pudiera entrar la bicicleta y su misteriosa carga, y la volvieron a cerrar. Gardner volvió a la ventana, para comprobar que al estraperlista no lo hubieran seguido.

—¿Ha conseguido transporte? —preguntó Brown.

—No solo eso, señor —contestó Weidenfeld, que, ayudado por Pickeray, se quitaba el hato que llevaba a la espalda. Unos sonidos metálicos, como de entrechocar de hierros, alertaron al coronel.

—¿Qué es eso? —preguntó Brown, echando un ojo al saco.

—Esto, coronel, son dos magníficos subfusiles automáticos Schmeisser, un MP40 con culata de metal plegable y cargador de treinta y dos balas.

Brown sostuvo el arma entre las manos. Todos la conocían porque habían entrenado con ella. Desplegó la culata y liberó la recámara para comprobar el alma. Satisfecho, pasó el MP40 al capitán inglés, que repitió la operación. Comadreja seguía revolviendo en el fardo.

—Una pistola Luger con dos cargadores llenos de balas y un uniforme de oficial de la Luftwaffe.

—Ese uniforme es de suboficial —apuntó Von Weizsäcker.

—Vaya. Disculpe, teniente —replicó molesto Weidenfeld—. Quizá me haya equivocado. Puede que ni siquiera sea de su talla.

—¿Qué hay en la caja? —preguntó Menchaca, para quitar hierro al asunto.

—Bueno, si al teniente le parece bien, he pensado que quizá quisierais comer algo —contestó Weidenfeld, mirando aún con mala cara al piloto alemán por fastidiar parte de su gloria.

Pickeray se apresuró a abrir la caja de cartón. Dentro había latas de carne en conserva, bizcochos, media docena de gordas salchichas, unas patatas hervidas, una hogaza grande de pan y tres tabletas de chocolate que, por el color, posiblemente fuera algún triste sucedáneo.

—¡Diablos, vaya festín! —dijo el oficial británico, tomando una de las tabletas.

—Alto ahí, capitán —avisó Weidenfeld, recuperando el chocolate con un veloz movimiento de manos—. El chocolate no es para comer, sino para negociar. Lo necesitaremos.

Pickeray no perdió tiempo y agarró una salchicha.

—Con su permiso, señor.

—Adelante, capitán —repuso Brown, al que la boca se le hacía agua—. Tengo tanta hambre como ustedes. Veo que a fin de cuentas tendré que felicitarlo, Weidenfeld.

—Gracias, coronel —contestó Comadreja, fingiendo una modestia que para nada sentía—. No será necesario nada de otro mundo. Tan solo algo como: «Nos ha salvado la vida, Weidenfeld. Es usted un tipo maravilloso».

—No se pase —repuso Brown de buen humor, hincando el diente a un buen trozo de pastel de carne, mientras los demás se reían con la boca llena —. Le daré las gracias en cuanto me diga cómo ha solucionado el tema del transporte.

—Sencillo —contestó Weidenfeld con su mejor sonrisa. Él no comía, ya lo había hecho en el interior del aeródromo, con una buena cerveza—. Nos llevará el servicio de correos del ejército.

—¿Servicio de correos?

—Así es, coronel. Nuestro objetivo es el edificio contiguo al departamento de correos, ¿no es cierto? Pues, ¿qué mejor oportunidad para acercarnos sin despertar sospechas que hacerlo en una de sus camionetas? Está todo arreglado. Nos recogerán y nos llevarán hasta la misma puerta.

—Me da miedo preguntarle cómo ha conseguido todo esto.

—He vendido la granja.

Brown se atragantó.

—¿Que ha vendido qué?

—La granja —contestó tranquilamente el estraperlista—. Espero que no le haya molestado. No se me ocurrió pensar que alguno de ustedes deseara quedarse a vivir aquí.

—¿Les has vendido la granja? —preguntó Menchaca.

—Ajá.

—¿Y a quién?

Comadreja les contó cómo había entrado en el aeródromo escondido en la caja de una camioneta del ejército. Dentro había descubierto unas sacas de correo, que había abierto. No le había sorprendido encontrar dentro de una de ellas un variopinto mercado de contrabando: chocolate, licores, tabaco…

—Seguí al conductor por el aeródromo y me di cuenta de que se encontraba bastante perdido. Aquel sinvergüenza nunca había estado allí, pero tenía intención de hacer negocio. Al final abordé al tipo y le pregunté a ver quién era y por qué no había venido el conductor de siempre.

—Muy arriesgado.

—Sí, bueno. Si no arriesgas, no consigues nada. Así que el tío me dijo que no había podido venir y que él había ocupado su lugar. Hablamos un poco de esto y de lo otro y me presentó a su contacto en el aeródromo.

—¿No le extrañó no conocerte?

—No mucho. Les conté que venía de la escuela de paracaidistas de Stendal y que tenía algo de chocolate del bueno. Eran comerciantes, como yo. Les expliqué que tenía algo grande entre manos, les di el chocolate y les dije que podía conseguir bastante más a buen precio. Como no podía ser de otra manera, se mostraron muy interesados y quisieron saber qué tenía preparado, además del chocolate.

Los hombres del comando no perdían palabra, mientras seguían devorando las provisiones, que mermaban a ojos vista.

—¿Y cuál es ese negocio?

—Sacar personas del país. No es nada raro. En un país en guerra siempre hay gente que desea abandonarlo y no puede hacerlo por la frontera, así que les dije que tenía a media docena de clientes que pagaban muy bien por sacarlos de Alemania. Les conté que mi plan era llevarlos a Stuttgard, y de allí a Suiza, pero que para eso necesitaba llegar hasta la estación de Anhalter, cerca del edificio de correos.

—¿Y se aprestaron a participar? —preguntó Brown, frunciendo el ceño desconfiado.

—Claro. Les prometí que no se trataba de judíos. Serían franceses o ingleses atrapados en Alemania por la guerra cuyos negocios les habían sido

arrebatados y que ahora trataban de salvar la piel. Un buen negocio, y el riesgo lo corría yo. Solo tenían que ayudarme a llegar a la estación.

»Se hicieron de rogar. No estaban acostumbrados a grandes negocios, solo algo de contrabando y cosas así. Me costó, pero los convencí. Les hablé de esta granja, propiedad de uno de los que iban a escapar. Dije que yo tenía las escrituras en pago por sacarlo con vida de aquí, algo a lo que el hombre no estaba en condiciones de negarse, y les prometí que sería su parte del negocio si me ayudaban.

»Así que les pedí armas y provisiones para mis "clientes", y la bicicleta la tomé prestada en el último momento. Después salí del campo igual que había entrado: en la caja de la camioneta.

Los miembros del comando estaban perplejos, tratando de imaginar la sangre fría de Comadreja.

—¿Qué harán cuando sepan que los ha timado?

—Nada. No lo sabrán hasta que lleguemos a la estación. Es allí donde hemos quedado en que les haré entrega de las escrituras. Ya veremos qué sucede allí. Posiblemente les dé largas. No podrán denunciarnos sin ser descubiertos. A nosotros nos ahorcarían, pero a ellos también.

Los comandos se miraron entre sí, sin saber qué decir.

—Coronel, ¿en su ejército todos los sargentos son así? —preguntó finalmente el capitán inglés.

—Confío en que no —contestó Brown con una sonrisa—. Buen trabajo, Weidenfeld. ¿Cuándo nos reuniremos con ellos?

—Mañana a las diez de la mañana. Es importante no demorarnos. No quiero darles tiempo de que se lo piensen de nuevo.

—Entendido —contestó el coronel, echando un vistazo a su reloj—. Es la hora. Capitán, que nadie abandone la granja. Ponga guardia y tenga cuidado. Quizás a esos tipos les dé por venir a echar un vistazo a su nueva adquisición. Trate por todos los medios de evitar cualquier tipo de enfrentamiento.

»Deje la pistola, Gardner. Si nos encontramos con una patrulla, nos dará problemas. Además, hace mucho ruido. Encuentre algo más silencioso.

—¿Qué te parece este pincho? —preguntó Weidenfeld, sacando de la caña de la bota la puntiaguda arma con la que había matado al vagabundo en la gabarra—. Yo le he dado ya buen uso.

Gardner cogió la punta, la sopesó y se la guardó en el cinto del pantalón, haciendo un gesto con la cabeza, para darle las gracias al estraperlista.

—Está libre —dijo Menchaca, asomándose a la ventana—. Buena suerte.

Brown, Gardner y Von Weizsäcker abandonaron la granja y se alejaron a buen paso. Hasta el momento, la suerte les había sonreído, y el coronel no podía dejar de preguntarse si aquel movimiento merecía el riesgo que iban a correr. ¿Estaría vivo Riggs? Si lo estaba, ¿acudiría a la cita? Tres vidas para conseguir una cuarta. Un alto precio. ¿Valdría la pena?

⁂

Riggs y Minna se encontraban en Zehlendorf, en el distrito de Steglitz-Zehlendorf berlinés. Solo distaban doce kilómetros hasta la estación de Lehrter, y aún eran las seis, pero Riggs había decidido hacer una parada para que la mujer se tranquilizase un poco.

El inglés sabía que les quedaba la parte más peligrosa. Se habían cruzado con varias patrullas y un par de controles, logrando solventar la situación sin despertar sospechas, pero ahora ya no estaban en los extensos campos y bosques, sino en el corazón de la ciudad. En cualquier momento, una dotación de soldados o policías podría pedirles la documentación y comprobar cómo habían obtenido el racionado combustible para circular.

Con el automóvil frente a las ruinas de un edificio, que parecía se iba a derrumbar en cualquier momento, Riggs cogía las manos temblorosas de Minna y le hablaba con palabras suaves.

La mujer miraba a todos lados como una liebre asustada y asentía con la cabeza a las palabras ininteligibles del ladrón, hasta que este le subió con suavidad la barbilla e hizo que lo mirara a los ojos.

Allí Minna vio, como en los días pasados, el dolor y la soledad de un alma gemela. Pero en esta ocasión había algo más. Un pequeño brillo al fondo del abismo que antes no existía. Un brillo de esperanza y de complicidad. El brillo que hacía mucho tiempo, siglos, le parecían, había visto en los ojos de su marido al ser llamado a filas para combatir en aquella locura que se lo había llevado a él y al fruto de su matrimonio.

Minna era una simple granjera que no conocía la ciudad, que se asustaba con toda esa gente, los coches y los altos edificios, aún cuando estos se mantuvieran en pie.

Ahora dependía de ella que aquel desconocido, del que solo sabía que se llamaba Riggs, pudiera lograr llegar hasta la estación sin ser detenido, hacer lo que hubiera venido a hacer y volver a reunirse con ella. Porque Minna sabía que esa era la intención del inglés. Lo podía leer en aquel brillo que

bailaba en sus ojos castaños. Ella era una mujer, y una mujer nunca se equivoca en esas cosas.

Inspiró, se soltó de las manos del hombre y apretó el botón de arranque. El motor, caliente, no tardó en arrancar y, con un movimiento decidido, empujó hacia delante la palanca de cambios.

⁂

Brown aguardaba fuera de la plaza Washington sin perder de vista el reloj de la estación. Desde su puesto, podía ver a Gardner sentado en el pretil donde el día anterior había descubierto a Weidenfeld. En cambio, a Von Weizsäcker no lo tenía a la vista, pero, si el piloto había cumplido lo ordenado, estaría sentado en la terraza como la tarde anterior, dispuesto a socorrerlo en caso de que hubiera problemas.

El coronel tenía malas vibraciones. Ahora que ya estaba cerca del objetivo y apenas quedaban diez minutos para que dieran las siete, hora en la que comenzaría el plazo del último día para que Riggs se presentara, una sensación de desastre lo empujaba a dar por terminada la cita, hacer un gesto a sus compañeros para que se reunieran con él y marcharse lo más rápido que pudieran.

Tratando de ocultar los nervios, se puso a mirar el río, como hacían algunos de los escasos paseantes, mientras sostenía con demasiada fuerza otro ramo de flores robado.

Cuando dieron las siete, el coronel se puso en marcha despacio y se acercó a la puerta principal de la estación. Ni rastro de Riggs. Tan solo algunas parejas ociosas paseando; gente moviéndose de un lado para otro con sus maletas, donde guardaban sus documentos y efectos más valiosos, para ir a ocupar su sitio en los refugios; pocos pasajeros que salían y entraban en la estación, donde la Gestapo examinaba cuidadosamente las documentaciones, y algún vehículo que transportaba gente importante o, casi siempre, oficiales de la Wehrmacht.

Brown se dispuso a ejercer su papel de hombre esperando impaciente a una mujer que se retrasa, sin perder de vista la plaza ni el reloj en lo alto de la fachada principal.

Las siete y cuarto y seguía sin haber rastro de Riggs. Las alarmas internas sonaban con más fuerza. Hacía un momento se había fijado en dos individuos

que lo miraban disimuladamente. No parecían policías; sus ropas estaban bastante ajadas y no se habían afeitado en un par de días.

El oficial americano trató de ignorarlos, rezando porque no fueran un par de rufianes con intención de atracarlo, pero seguían observándolo. Al fin, uno de ellos pareció decidirse y se acercó a él.

—*Entschuldigen Sie bitte, haben Sie Feuer?*

Brown entendió lo que se le pedía e hizo un gesto con la cabeza a la vez que se palpaba los bolsillos, dando a entender que no tenía. El hombre sonrió, se llevó la mano al sombrero y se alejó buscando la mirada de su compañero.

A Brown no le cupo duda: a pesar de la barba, el sombrero calado y las solapas del abrigo levantadas que le oscurecían el rostro, aquel tipo lo había reconocido. Miró hacia el pretil donde Gardner estaba estudiando la situación. Un pequeño gesto de la cabeza fue suficiente para que el sicario americano se levantara de su sitio y siguiera al hombre, que abandonaba apresuradamente la plaza.

Gardner continuó tras el individuo un par de calles por la acera de enfrente para que este no advirtiera su presencia cada vez que se giraba. Se adentraron en un callejón más estrecho con demasiados escombros para que pudieran atravesarlo vehículos. El sicario aceleró el paso hasta ponerse a la altura, y entonces cruzó al otro lado.

El hombre no vio venir a Gardner, que lo empujó con violencia hacia un enorme socavón en el costado del edificio, mientras lo volteaba para ponerlo de espaldas. Le tapó la boca con una mano y le hundió el pincho en el cuello. Una fuente de sangre salpicó la pared ennegrecida por el fuego. El sicario no soltó el cuerpo hasta que dejó de convulsionar y, cuando se quedó laxo, lo tiró entre las ruinas, tapándolo con una puerta de madera medio calcinada.

Entretanto, Brown había perdido entre la multitud al segundo de los hombres. Miró el reloj. Las siete y veintitrés. La desaparición de aquel tipo podía suponer el desastre. Era mejor largarse de allí. Solo quedaban siete minutos para que acabara el plazo y no había ni rastro de Riggs. Si esperaban más y el tipo había ido a delatarlos, estarían perdidos.

Brown miró hacia la terraza de la cafetería, buscando la mirada del piloto alemán. Von Weizsäcker la estaba aguardando y, antes de que el coronel pudiera dar la señal para abortar la espera, el teniente le señaló un vehículo que acababa de pasar por delante de él y se estaba arrimando a un lado de la plaza mientras reducía la velocidad.

El coronel estudió el vehículo. Para su sorpresa, fue Riggs el que se bajó del puesto de copiloto. Este echó un vistazo alrededor y, cuando vio a Brown,

esbozó una ligera sonrisa, metió la cabeza en el coche, intercambió unas palabras con la conductora, cuyo rostro quedaba fuera de la vista del coronel, y le dio un beso en la mejilla antes de cerrar la puerta y caminar hacia el sorprendido oficial, que lo aguardaba impaciente.

La conductora puso el vehículo en marcha y, viendo cómo se alejaba de espaldas el ladrón inglés, comenzó a girar para salir de la plaza justo en el momento en que un taxi pasaba a su lado.

A pesar del bocinazo, la mujer no tuvo tiempo de frenar y golpeó el costado del taxi, rompiéndole un faro. El taxista, muy enfadado, descendió de su vehículo con grandes aspavientos y tras ver el destrozo se encaró con la mujer.

El coche del comisario político había quedado encerrado sin sitio para poder huir, pero a Minna le entró el pánico ante la presencia imponente del furioso taxista que le gritaba.

Los gritos llamaron la atención de los presentes y un par de los policías que vigilaban la estación se acercaron para ver qué estaba sucediendo.

Minna arrancó de nuevo y golpeó con fuerza al taxi para abrir un hueco por el que escapar. Los gritos del incrédulo taxista arreciaron, a la vez que intentaba abrir la puerta del coche en fuga. Los policías ya corrían hacia el lugar y el remolino de curiosos crecía.

Un nuevo intento de la granjera hizo saltar al taxi, pero el hueco no era lo suficientemente grande como para que el coche pudiera pasar. Los policías hacían sonar su silbato y de dentro de la estación salieron un par de hombres de la Gestapo y otros dos policías, que pasaron a la carrera por delante de Brown.

Riggs se había quedado helado. El coronel no le dio tiempo a reaccionar. Lo cogió del codo disimuladamente, al tiempo que intercambiaba una mirada con Von Weizsäcker, que ya se había puesto en pie y se encaminaba hacia la orilla del río, por donde aparecía, ajeno a todo, Gardner.

—Coronel —dijo Gato, mirándolo desesperado—. Tenemos que ayudarla. La detendrán.

—Siga caminando, Riggs —dijo Brown, aumentando la presión en el codo para evitar que el ladrón se acercara al coche, donde ya los policías trataban de abrir la puerta—. Yo me encargo.

—Déjeme, coronel. Tengo que ayudarla. Me ha salvado la vida.

—Teniente —dijo Brown, refiriéndose al piloto alemán—, ayúdeme con Riggs. No se preocupe, muchacho. Gardner, vaya a por la mujer. Haga lo que pueda por ella.

La mirada del oficial americano no dejaba lugar a dudas. La mujer era un peligro y estaba condenada. Rodeada de policías y agentes de la Gestapo, sería arrestada y podría delatar al ladrón, y a saber cuánto le habría contado este de la misión que les había llevado hasta allí. Era necesario silenciarla.

Con Brown agarrándolo de un brazo y Von Weizsäcker del otro, los tres hombres salieron de la plaza por la orilla del río, tratando de acelerar el paso sin llamar la atención. Gardner, tras un corto gesto de asentimiento con la cabeza, se acercaba a la multitud que aún se agolpaba alrededor de los coches.

Debía darse prisa. Los de la Gestapo no tardarían en ordenar a la multitud que se apartara, y era sabido que en la Alemania de aquellos días nadie se atrevía a oponerse a sus instrucciones.

Los policías habían sacado a Minna del coche y se la llevaban colgando de los brazos hacia un coche de la Gestapo. La pobre mujer lloraba a gritos, sin oponer resistencia. La gente abrió una brecha en el círculo de curiosos cuando los policías empezaron a apartarlos a manotazos.

El sicario se abrió paso hasta la brecha con su arma en la mano, pegada al cuerpo, y esperó a que el trío pasara por su lado para clavar el pincho hasta el fondo en la zona trasera del costado de la mujer.

La granjera no pareció darse cuenta de que la habían herido de muerte. Antes de que nadie se diera cuenta, Gardner ya se alejaba hacia la salida contraria a la que habían utilizado sus tres compañeros.

Se reunieron en el mismo sitio que el día anterior. Riggs tenía el rostro desencajado y solo la autoridad de Brown lograba que no cometiera ninguna estupidez. Cuando se acercó Gardner, el ladrón le imploró con la mirada.

—No he podido hacer nada —mintió el sicario, intercambiando una rápida mirada de entendimiento con el coronel—. Los policías han sacado a la mujer, que se ha resistido. Uno de la Gestapo ha sacado una pistola y la mujer ha intentado quitársela. Le han disparado. Lo siento.

Riggs notó que se le aflojaban las piernas. ¡No podía ser! ¡Minna, no! ¡No podía estar muerta! Hacía un momento habían estado juntos. Cuando se separaron, le había prometido que volvería, y ella le había contestado. Aunque ninguno de los dos había entendido lo dicho por el otro, las miradas y el beso final habían servido de intérprete, evidenciando que en ciertas cosas y situaciones las palabras son superfluas.

La vida volvía a ser injusta con él. Había perdido a la única mujer por la que había sentido algo, justo cuando acababa de conocerla.

—¡Ha muerto por mi culpa! ¡Por mi culpa! ¡No debería haberla traído!

—Levántese. No podemos llamar la atención. Gardner, adelántese. Nosotros llevaremos a Riggs. Avísenos si ve alguna patrulla.

El sicario cruzó de acera y se acercó a la esquina. Tras un rápido vistazo, hizo un gesto con la cabeza para que el grupo se pusiera en marcha. Brown y Von Weizsäcker comenzaron a andar, arrastrando con ellos a Riggs.

Eran pocos los transeúntes, pero todos ellos estaban acostumbrados a ver escenas como aquella. Los bombardeos diarios provocaban muchas escenas de duelo y los berlineses se habían acostumbrado a simular que no las percibían. Todos habían perdido al menos a un ser querido desde que comenzara la guerra, y se sentía una mezcla de compasión, simpatía y vergüenza al ver el derrumbamiento público de un desconocido.

Sin detenerse, Brown consiguió que el ladrón recuperara la conciencia de la situación en la que se encontraban y caminara por su propio pie. Al igual que el día anterior, se fueron escurriendo por las calles, evitando aquellas demasiado desiertas o demasiado transitadas, hasta llegar al aeródromo, que rodearon fuera de la vista de los centinelas. Después se adentraron en el bosque, hacia la granja en la que aguardaba el resto del grupo.

⁂

Los hombres del comando, especialmente Weidenfeld, se alegraron al ver llegar a Riggs, pero se alarmaron por su rostro desencajado. Con la mirada, Pickeray interrogó a Brown, que les hizo un resumen de lo ocurrido. Riggs, que prefería estar solo, subió a la planta superior de la granja, dejando a los demás en torno al coronel.

Comadreja entendió entre líneas, al igual que sus compañeros, lo que realmente había sucedido con la mujer, y sintió una rabia desconocida.

—No me parece muy justo para el muchacho, ¿no cree, coronel?

—Era necesario —lo defendió el piloto alemán—. Podía delatarnos.

—¿Ah, sí? Igual habría que habérselo dicho, ¿no te parece? A ti te dijeron lo de tu hermanito, ¿no?

—Ya vale —intervino Brown, viendo que Von Weizsäcker se aprestaba al enfrentamiento—. Weidenfeld tiene razón. Debería decírselo. Sería justo. Pero estamos en Alemania. Todos ustedes tuvieron oportunidad de quedarse en tierra. Ya no. No puedo arriesgarme a que Riggs se desmorone. Ahora lo único que importa es la misión. Quiero que todos se metan esto en la cabeza:

no nos detendremos por nadie, incluyéndome a mí, hasta que hayamos terminado el trabajo. No lo olviden.

Los hombres guardaron silencio y bajaron la mirada.

—Si el tipo de la estación me reconoció, la policía debe de saber ya que estamos en Berlín y estarán buscándonos —dijo Brown cuando vio en los rostros de sus hombres, que habían entendido lo que esperaba de ellos—. Nos quedaremos aquí unos días hasta que se calme la cosa. Weidenfeld, tenemos que retrasar el traslado. Invéntese alguna excusa y asegúrese de que sus contactos van a seguir con el plan; si no, habrá que buscar otro.

Comadreja no contestó, se levantó de donde estaba sentado y, sin mirarlo, pasó por delante de Gardner hacia las escaleras que subían a la planta de arriba:

—¿Has disfrutado mientras la matabas? —siseó furioso, muy a su pesar, pensando en el muchacho, por el que, para su sorpresa, había desarrollado un gran afecto—. Eso es lo que hacen los asesinos como tú, ¿verdad?

⁂

Martes, 4 de abril de 1944
Cuartel General de la Gestapo, Berlín, Alemania

Sentado delante de su escritorio, Schlüter se masajeó los párpados, tratando de poner orden en sus pensamientos.

Hacía dos días que había aparecido el avión en el que —el inspector estaba plenamente convencido de ello— el comando al que esperaba había llegado a Alemania, y aún no había conseguido ninguna pista para poder localizarlos.

Imaginando que la operación del comando no se prolongaría —solo un loco sería capaz de permanecer mucho tiempo tras las líneas enemigas—, no se había permitido a sí mismo ni a sus hombres un momento de descanso, pero la fatiga estaba haciendo mella, al igual que la desmoralización.

Ninguno de ellos había pasado por casa desde el domingo, y Schlüter sabía que debía oler a demonios. Ansiaba un buen baño, algo de comer y, sobre todo, dormir más de cuatro horas seguidas en su cama.

Tal vez aquella noche hubiese podido tomarse un merecido descanso, pero ahora ya no tenía la más mínima posibilidad. Los acontecimientos en la plaza

Washington primero y ahora la visita de aquel soplón auguraban una noche muy larga.

Habían recibido el aviso de un alboroto en la plaza instantes después de que se produjera. Al parecer, una mujer había tratado de darse a la fuga con un coche que, a la postre, se había identificado como el de un comisario político desaparecido. Ante la falta de una pista mejor, Schlüter se había presentado en la plaza con el subinspector Dinter para ver si el incidente podía tener alguna relación con su caso.

Hablaron con los policías que se habían encargado de la investigación, pero estos no tenían mucho que decir, aparte de no ser capaces de explicar cómo la mujer podía haberse infringido la herida que había acabado con su vida. Según los agentes, la herida tenía que haber sido previa a la detención, jurando que, desde que se habían hecho cargo de ella, nadie se había acercado lo suficiente como para matarla. Pero, vista la herida mortal, Schlüter no tenía dudas de que alguien se había aproximado a la mujer y la había apuñalado para que no pudiera hablar, y que ahora los policías trataban de cubrirse. No merecía la pena perder el tiempo recriminándoles su negligencia. Ya se encargarían sus superiores de hacerlos sudar.

El inspector preguntó si había testigos y le señalaron un pequeño grupo de personas de diferentes edades y sexo a las que no se veía nada felices por tener que colaborar con la temida Gestapo.

Schlüter, temiendo que el psicópata de Dinter asustara a los testigos, los interrogó personalmente uno por uno. ¿Había llegado la mujer sola a la plaza? ¿Conducía ella? ¿Habían visto quién la acompañaba? ¿Eran capaces de hacer una descripción?

Al final se había marchado con un sentimiento de frustración. Según unos, la mujer había llegado sola, y, según otros, acompañada. La descripción del acompañante era la de un varón de entre veinte y cuarenta años, entre un metro cincuenta y uno ochenta, de rasgos y cabellos indefinidos y constitución que variaba entre delgado y fornido. De la ropa solo podían decir que vestía de oscuro, o sea, como la gran mayoría de la población alemana.

Dejando a Dinter en los alrededores de la estación, por si encontraba alguna pista, Schlüter había regresado a su despacho, donde le aguardaban un par de sorpresas. La primera era que la mujer muerta era una granjera de Stendal, la zona en la que podían haber caído los comandos. Y que el coche pertenecía a un comisario político de aquella zona, del que no se había vuelto a saber.

La segunda sorpresa resultó aún más esclarecedora. Un ratero que solía hacer de soplón lo estaba esperando. Schlüter recibía constantemente visitas como esa y atendió al individuo, que insistía en hablar solo con él, sin demasiadas esperanzas.

Ahora, en cambio, se sentía renacer. Al fin una pista que ataba lo acontecido en la plaza con el avión derribado y la existencia de Brown.

—¿Estás seguro de que era él? —preguntó Schlüter, apoyando los codos en la mesa y cargando el peso del cuerpo sobre ellos, sin dejar de examinar la mirada del hombre que sentaba delante.

—Desde luego, inspector —contestó el soplón—. Me encontraba charlando con Hans *el Pollo* en la plaza cuando apareció su hombre. Me costó un poco reconocerlo. Está más delgado que en la foto. Lleva el pelo más largo y tiene barba. Además, se había encasquetado el sombrero y levantado las solapas del abrigo, y tenía un ramo de flores en la mano, pero enseguida me di cuenta de que estaba disimulando.

En realidad, había sido el Pollo el que se había dado cuenta. A él no le parecía el tío de la foto que había ido mostrando la Gestapo por los bajos fondos de la capital, pero cabía la posibilidad de que Hans aún no hubiese pasado por la Casa de los Horrores, y el inspector se lo agradecería al primero que trajera la noticia.

—¿Charlando? —preguntó Schlüter enarcando una ceja—. ¿No estaríais buscando algún «palomo» al que desplumar?

—Por favor, inspector —contestó el soplón, fingiendo sentirse ofendido —. Nos encontramos por casualidad, se lo juro.

—Bueno. Dejemos eso por el momento. ¿Qué sucedió después?

—Verá. Le comenté a Hans, que aún dudaba: «¿Por qué no te acercas a pedirle fuego o algo así y te aseguras?». Hans fue allí, habló un instante con él y enseguida se dio la vuelta y me hizo un gesto, confirmando mis sospechas.

—¿Y dónde está ahora el Pollo?

—No lo sé. Había bastante gente, y nos perdimos. Creí que estaría ya aquí.

Schlüter intuía que ambos rateros se habían traicionado para sacar tajada con el soplo, pero le extrañaba que Hans no hubiese llegado. Había pasado más de una hora.

—¿Sabes algo de una mujer que han detenido en la plaza, cerca de donde visteis a ese hombre?

—Ni idea, inspector —contestó el soplón, y Schlüter supo que no fingía. Seguramente había escapado de la plaza antes de que llegara la mujer—.

¿Qué ha sucedido?

—Nada que te interese. Anda, sal a la calle y ten los ojos y oídos bien abiertos. Si ves al Pollo, mándamelo enseguida, que no me obligue a tener que ir a buscarlo.

El soplón se levantó, se puso el sombrero tras hacer un saludo con él y se marchó con paso ligero. No tenía sentido pedir recompensa, ya que la Gestapo no solía prodigarse. Pero ahora el inspector le debería una.

Schlüter se quedó pensativo, tratando de reconstruir lo que tenía hasta el momento. El comando había llegado en avión y, por algún motivo, seguramente el fuego antiaéreo alemán, había tenido que saltar, quedando disperso. La reunión había sido en Berlín, lo que, teniendo en cuenta el riesgo que suponía deambular por la capital, solo podía querer decir que el objetivo estaba dentro de la ciudad o en las inmediaciones.

También tenía el retrato de un miembro del comando, ni más ni menos que el de su jefe. Schlüter había temido que Brown fuese un simple instructor, que no formara parte del grupo. Ahora, una vez confirmado que el coronel participaba en la operación, intensificaría la caza del hombre, al tiempo que afinaba la vigilancia de los laboratorios. Si estaba equivocado, su error facilitaría la labor del comando, pero no podía seguir controlando todos los laboratorios diseminados por el país. Ahora se centraría en la zona de Berlín y sus alrededores más próximos.

Capítulo XXI

Sábado, 8 de abril de 1944
Lago Tegeler, Berlín, Alemania

Tras cuatro días de aburrimiento encerrados en la granja perdida en mitad del bosque, los miembros del comando se preparaban para abandonarla. Supervisados por Pickeray, recogieron todo para no dejar ningún tipo de pista, se abrigaron, y cada uno cargó con su mochila llena de explosivos.

Por orden de Brown, salvo Weidenfeld, nadie había podido abandonar el casón más que para hacer sus necesidades en el corral, detrás del edificio. Durante los cuatro días que había durado el encierro, Comadreja se había movido por la ciudad en su bicicleta, parapetado tras la cédula de identidad robada al mendigo en la gabarra, buscando un lugar donde esconderse y establecer su campamento, cerca del laboratorio que debían asaltar.

No había necesitado dar muchas vueltas. El principal mercado negro berlinés se hallaba en la plaza Potsdamer, donde acudía todo aquel que tuviera algo de lo cual pudiera prescindir y quienes tuvieran con qué pagar.

Allí se vendía de todo. Se podía encontrar tabaco, baratijas, patatas, una bicicleta en buen estado… Weidenfeld estaba a sus anchas y pronto había podido encontrar lo que buscaba. Se trataba de una casa de citas en el tercer piso de un edificio cercano al de correos. El propietario se había quedado sin chicas, todas detenidas por la policía, y alguien a quien debía dinero lo buscaba, así que, por motivos de salud, había decidido dejar Berlín una temporada.

Comadreja le había pagado en tabaco, el efectivo rey del mercado negro, comprado con el chocolate que sacara al tipo del aeródromo, y ahora disponía de un confortable piso en una casa prácticamente desierta cuyos cimientos, no sus cristales, aún resistían.

Durante sus viajes, Weidenfeld había recabado información: la Gestapo buscaba a un tipo que coincidía con Brown y mostraba su foto en pensiones,

hoteles, estaciones, transportes y a los soplones, de los que la ciudad estaba llena.

Acerca del desarrollo de la guerra, las noticias no eran tan claras, pues nadie se ponía de acuerdo: los más crédulos sobre la propaganda del gobierno afirmaban que Alemania estaba doblegando al enemigo, mientras que los agoreros murmuraban sobre el avance de los rusos y la pérdida de poder en el mar por parte de sus, hasta el momento, invencibles submarinos. Pero difundir noticias pesimistas estaba ahora fuertemente castigado y, dado el número de confidentes, casi nadie se atrevía a abrir la boca.

Siguiendo instrucciones de Brown, Comadreja había contactado con el soldado alemán al que había «vendido» la granja para que los recogiera el sábado por la mañana y los trasladara, ocultos en la cartola del camión con el que repartía el correo entre los distintos aeródromos y cuarteles de Berlín, hasta las cercanías del piso franco.

Weidenfeld debería conseguir provisiones y, lo más difícil de todo, otra pistola dotada de un silenciador. Esto último había sido sugerencia de Gardner y, aunque Comadreja no estaba por la labor de satisfacer las necesidades del sicario después de lo sucedido en la estación de tren con Riggs, Brown había considerado que el arma les sería de gran utilidad.

Así que el exsargento había cogido la bicicleta y se había encaminado otra vez a la plaza Potsdamer, donde sabía que al mediodía encontraría al soldado negociando con sus socios.

Weidenfeld se lo había llevado fuera de la plaza para asegurarse de que el sinvergüenza no se había pasado al otro bando y lo había traicionado, pero no parecía que nadie los siguiera. El soldado estuvo encantado de volver a ver a Comadreja, pues se había temido que el negocio de la granja se hubiese evaporado. El hecho que aquella granja, que aún no había visto perteneciera, según le había prometido Weidenfeld, a una persona que debía abandonar el país, viéndose obligada a malvenderla por unos pocos artículos de contrabando y un corto trayecto por la capital alemana en la cartola de un camión del ejército, no parecía alterar sus convicciones morales.

Comadreja lo tranquilizó. No había problema. El trato seguía en pie, le prometió, pero necesitaba tabaco. ¿Cuánto? El suficiente para comprar comida y alguna cosilla más. Debía alimentar a varias personas durante unos cuantos días. El soldado dudó un momento, pero accedió; el negocio lo merecía.

La tarde del viernes Weidenfeld regresó a la granja con algunas provisiones —la mayor parte la había dejado en el piso franco—, una pistola

Luger con un silenciador Schalldämpfer adaptado y la promesa de su contacto de esperarlos con la camioneta a un kilómetro y medio de la granja, en la linde del cerrado bosque, al lado de la carretera.

Weidenfeld, a instancias de Brown, había impuesto el lugar de la cita. Era una zona fácil de controlar, desde la que podrían comprobar con tiempo si se les estaba tendiendo una trampa y dispersarse rápidamente.

—Capitán —dijo Brown, acomodándose su mochila a la espalda—, usted llevará uno de los subfusiles en retaguardia. Gardner, el otro. Villar, usted irá delante. Riggs y el profesor ocuparán los flancos. Los demás, en fila india con separación de dos metros. Tenemos que pasar desapercibidos y estar alerta. Quizá nos estemos metiendo de cabeza en una trampa, así que no quiero distracciones, ¿entendido? Entonces, vamos, en marcha.

El coronel esperó a que saliera el ladrón inglés antes de abandonar la casa. Riggs no se había recuperado aún, y Brown no quería perderlo de vista. Durante los días de obligado encierro en la granja, Gato prácticamente no había abierto la boca. La muerte de la granjera que los había socorrido había sido un golpe realmente duro para él.

Uno a uno, abandonaron la granja y se adentraron en el bosque, ocupando cada uno la posición que Brown les había asignado, sin pararse a pensar que la misma maniobra, tan solo un mes atrás, hubiese sido un auténtico desastre.

Caminaron en silencio durante un kilómetro, a través del oscuro bosque, hacia el sur. Se aproximaban al lugar de la cita y, con cada paso, se acrecentaba el nerviosismo ante la posibilidad de estar encaminándose a una encerrona.

Brown había situado a Cornín en vanguardia, confiando en que el instinto del guerrillero los salvaguardara de una trampa mortal, y hasta el momento el desconfiado español no había dado muestras de inquietud. Como en él era habitual, caminaba despacio, con todos los sentidos alerta, olfateando el viento como si estuviera cazando y agudizando el oído para detectar sonidos extraños en el bosque.

De pronto Villar levantó el brazo con el puño cerrado y se agachó. El resto del grupo hizo lo mismo, aguantando la respiración para tratar de escuchar algo mientras miraban en todas direcciones.

Aguzando el oído, pudieron oír lo que había alarmado al guerrillero. Alguien estaba cantando. Más de una voz. Y venían de la derecha.

Seguían agachados, tratando de dar un sentido a aquellas voces, cuando se escucharon los gritos desgarradores de una mujer.

Villar se giró para mirar a Brown, pidiendo instrucciones en silencio. El coronel calibró la situación. Se encontraban muy cerca de su objetivo. Aún quedaba una hora para el encuentro, y tal vez convenía saber qué era lo que estaba ocurriendo.

Brown hizo un gesto con la mano y Cornín cambió el rumbo, encaminándose hacia las voces. En el impenetrable silencio del bosque, el volumen de la canción aumentaba según se acercaban. Ahora podían escuchar el lloro y los lamentos de una mujer, tal vez la misma que había gritado.

El bosque se fue haciendo más claro a medida que se aproximaban a la carretera, que cortaba de norte a sur la arboleda, y cada vez podían escuchar más nítida la canción. Era una tonadilla infantil cantada por las voces alegres de unos niños.

Se detuvieron de nuevo unas filas de árboles antes de alcanzar la carretera, se agacharon y examinaron el edificio que se levantaba ante ellos, rodeado de una verja en todo su perímetro.

Parecía una especie de hospital, y en la verja de la entrada tenía un escueto letrero, escrito en alemán, que Von Weizsäcker les tradujo: «Centro de Investigación Eugenésica».

A través de la verja podían ver la fachada del edificio y, delante de ella, un autobús al que estaban subiendo niños de diversas edades. Detrás del transporte escolar, un camión del ejército tenía la lona trasera levantada. Delante del autobús, un par de motos abrían la comitiva. En los alrededores había muchos soldados desplegados.

Personal del hospital llevaba de la mano a los niños, algunos de ellos en sillas de ruedas y otros en brazos, animándolos a cantar como si se tratara de una excursión. De la mujer que gritaba y lloraba no había rastro.

—Todos son niños discapacitados —susurró Menchaca, agachado junto a sus compañeros tras los árboles.

Mantuvieron el silencio, aguardando acontecimientos. El autobús ya estaba casi lleno cuando dos enfermeras trajeron a los últimos pasajeros y los ayudaron a subir a bordo. Se cerró entonces la puerta, y el autobús arrancó.

En ese momento, salió corriendo del edificio una mujer vestida de enfermera que, en medio de angustiosos lamentos, trataba de acercarse al transporte, pero fue apartada sin miramientos por los soldados, que no dejaron de apuntarlo con sus armas.

Antes de que alguien pudiera disparar, dos hombres corpulentos de bata blanca que perseguían a la enfermera la agarraron por los brazos y la llevaron de vuelta al hospital.

El autobús seguía con el motor encendido, pero su escolta no parecía tener prisa en ponerse en marcha. Pasaron cinco minutos en los que parte del personal del hospital se dedicó a charlar despreocupadamente entre ellos, mientras los soldados ocupaban con desgana su sitio en los vehículos. Al comando no se le escapaba que algunas enfermeras habían regresado aprisa al interior, como si hubiese algo que no quisieran contemplar.

Por fin el convoy se puso en marcha, las motos delante y el camión cerrando la marcha. Cuando llegaron a la verja, un soldado saltó de la cabina del camión y la abrió, para dejar pasar a la comitiva.

—El autobús no tiene escape —exclamó sorprendido Menchaca.

Los demás se fijaron. Era cierto. El transporte no tenía tubo de escape, y a través de los cristales se veía una humareda negra en el interior.

—¡Los están gaseando! —exclamó Pickeray, recordando la película que vieron semanas atrás, cuando se había formado el comando.

—¿Qué hacemos? —preguntó Menchaca, dirigiéndose a Brown.

—Nada —respondió este, negando con la cabeza.

—¡No podemos abandonarlos!

—Ya estarán prácticamente asfixiados. Solo tenemos dos metralletas, y ellos son un pelotón. Tenemos que llevar a cabo la misión…

—¡Quieto, quieto! —interrumpió Comadreja, tratando de sujetar a Riggs.

Este se había arrojado sobre Gardner, quitándole la metralleta antes de que el sorprendido sicario pudiera reaccionar. Tras zafarse de Weidenfeld, salió a campo descubierto corriendo tras el convoy, que aún no había terminado de ponerse en marcha, mientras el soldado cerraba la verja.

En un instante, obedeciendo las tajantes órdenes de Brown, todo el comando se puso en acción como un solo hombre. Pickeray, que portaba la segunda metralleta, se dirigió hacia el camión de escolta y, mientras Riggs ametrallaba los cristales del autobús escolar, él hacía lo propio con el camión, barriendo una y otra vez el vehículo hasta vaciar el cargador. Con un rápido movimiento, el capitán cambió el peine de su arma y continuó disparando.

Brown había ordenado de inmediato a Menchaca y Gardner que se ocuparan de las motos. Los conductores, confusos, trataban de dar la vuelta a sus máquinas. El profesor, con una gruesa rama en las manos, golpeó al primer motorista en la cara, y Gardner disparó al rostro del segundo con la pistola silenciada. Después repitió el disparo en el pecho y le metió otras dos balas en el cuerpo al que Menchaca había derribado.

Villar había corrido hacia la cabina del conductor del autobús para evitar que acelerara y escapase del infierno que se había desatado a su alrededor.

Tras sacarlo por la ventanilla, lo tiró al suelo y se arrojó encima de él. Pero el alemán era fuerte y sabía luchar. Consiguió darse la vuelta y enfrentarse a Cornín. No tuvo suerte. Una bala le arrancó la mandíbula. Brown esperó a que los dos hombres se separaran para rematar al conductor.

Weidenfeld, tras renunciar a detener al impulsivo ladrón, había corrido hacia la parte trasera del camión, donde un soldado más avispado se había agachado y había saltado, esquivando las balas de Pickeray. A la carrera, Comadreja le pegó una patada en el pecho antes de que pudiera incorporarse y le pisoteó la cara, arrancándole el máuser de las manos. Después echó el cerrojo hacia atrás y lo remató de un tiro.

El exsargento americano dejó que Pickeray terminara la faena con los del camión y corrió hacia el hospital, siguiendo las instrucciones de Brown. Había que evitar que los de dentro pudieran dar la alarma.

Como una exhalación, Weidenfeld se plantó en la sala, donde aún permanecía la mayor parte de la plantilla.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué están haciendo? —trató de protestar uno de los médicos, un tipo delgado con gafas acostumbrado a hacerse obedecer.

Weidenfeld disparó a quemarropa y le voló la cabeza, salpicando las paredes de sangre y restos del cerebro. Los celadores que antes habían agarrado a la enfermera díscola se le echaron encima. Comadreja apenas tuvo tiempo de pegarles un tiro a cada uno. Solo le quedaba una bala.

El resto del personal, una docena, entre enfermeras, médicos y celadores, gritaba horrorizado, tratando de escapar entre los pasillos y las escaleras.

Gardner asomó por la entrada fusil en ristre y, mientras Weidenfeld recargaba el suyo, disparó las cinco balas del cargador, alcanzando por la espalda a los que huían a la carrera.

—¿Por qué lloras, cariño? —preguntó Comadreja, sonriendo torvamente a una enfermera que se había quedado petrificada, apuntándola con el máuser a diez centímetros entre los ojos—. ¿No era esto lo que queríais hacer con los niños?

La explosión hizo saltar un metro por los aires a la mujer, que se desplomó, sin rostro y con las piernas convulsionando.

Cuando entró el capitán británico, lo recibió una montaña de ensangrentados cadáveres. Dio instrucciones. Había que revisar planta por planta, lo más rápidamente posible. Nadie podía quedar vivo.

Fuera, Brown daba las órdenes oportunas para sacar los vehículos y los cuerpos de la calzada y esconderlos dentro del recinto del hospital. Habían

rescatado a cinco niños que aún respiraban. Los soldados muertos fueron introducidos en la caja del camión.

Brown miró a todos lados. Excepto por unas pequeñas manchas de sangre en la carretera y los casquillos, nada hacía imaginar lo sucedido. El ataque había durado menos de tres minutos desde que Riggs saltara hacia el autobús hasta que el último soldado nazi expiraba.

—¿Cuál es la situación ahí dentro? —preguntó Brown cuando Pickeray asomó la cabeza.

—Bajo control. Hemos encontrado a la mujer que gritaba. Es una enfermera. La hemos dejado con vida. Está en estado de *shock*. Todos los demás están muertos.

—De acuerdo —respondió el coronel, echando un vistazo a aquel desastre.

Aquella carnicería no se podría ocultar. Una docena de soldados muertos, además del personal del centro. En cuanto los echaran de menos y viniera una patrulla, los perseguirían.

—¿Se ha vuelto loco, Riggs? —preguntó el oficial americano, acercándose al inglés con el rostro congestionado por la ira—. Nos ha descubierto.

—No podíamos abandonar a esos niños, coronel —respondió Menchaca, poniéndose del lado de Riggs, que, con rostro desencajado, aún empuñaba la humeante ametralladora, ya descargada.

—Nos ha puesto en peligro y, con nosotros, a la misión —respondió Brown—. ¿Qué hacemos ahora con los niños? No pueden valerse por sí mismos.

—No sé si yo hubiese podido llevar a cabo la misión, de habernos mantenido al margen, señor —respondió con voz suave el profesor español.

—Si los hubiéramos dejado a su suerte, seríamos unos perros como ellos —añadió Weidenfeld con su voz ronca.

—¿Eso cree? Si fracasamos, quizás el mundo acabe como estos niños —respondió enojado el coronel, con los brazos en jarras—. Busque una forma de tapar este desastre el máximo tiempo posible. ¿Dónde está Von Weizsäcker?

El piloto no aparecía por ninguna parte. Weidenfeld ya estaba comenzando a sospechar que los había traicionado, cuando Menchaca lo encontró. El alemán estaba en la orilla del bosque, sentado en el suelo y con la cabeza enterrada entre las manos. Parecía conmocionado.

—¿Se encuentra bien, teniente? —le preguntó Pickeray.

El piloto de la Luftwaffe no había sido capaz de reaccionar desde que comenzara la refriega. Los muertos eran compañeros, soldados de su país. Soldados alemanes que mataban a niños alemanes.

—Coronel —llamó Comadreja—, podríamos meter todos los cuerpos en el autobús y arrojarlo al lago junto a las motocicletas. El camión deberíamos esconderlo. Tal vez nos venga bien.

—De acuerdo. Villar, Gardner, ayúdenlo. Profesor, ocúpese de la enfermera. Riggs, venga aquí.

El comando se puso manos a la obra, sin dejar de observar de reojo la conversación entre el coronel y el ladrón inglés.

—Muchacho —dijo Brown, bajando la voz y mirándolo a los ojos—. A mí tampoco me gusta esto, pero no hemos venido a salvar a unos cuantos niños, ¿entiende?

Gato asintió con la cabeza. Llevaba el pelo de punta y parecía un loco.

—Si no llevamos a cabo nuestra misión, es posible que no queden muchos niños a los que salvar, ¿lo comprende? Quizá muramos todos, o tengamos que matar a mucha gente. Pero debemos cumplir con nuestro deber. A cualquier precio. ¿Queda claro?

—Lo lamento, señor, pero no pude evitarlo —contestó Gato con la voz rota—. Me acordé de cuando era pequeño en el hospicio. Nadie velaba por nosotros, señor. No podía permitirlo.

—Está bien, Riggs —repuso Brown, posando una mano sobre el hombro del ladrón inglés—. Pero recuerde lo que le he dicho. Ahora vaya a ayudar con los cuerpos.

El ladrón se alejó hacia el interior del hospital, donde Gardner cargaba con el cuerpo de una enfermera.

—¿Qué tal se encuentra, teniente? —preguntó el coronel, acercándose al abatido piloto alemán, que era consolado por Pickeray.

—No muy bien, coronel —contestó Von Weizsäcker con un fuerte suspiro —. Lo siento, señor.

—No se preocupe. ¿Cree que podría relevar al profesor y ocuparse de la enfermera? Llévesela adentro. Averigüe qué es este hospital y qué podemos hacer con esos niños. ¿Podrá hacerlo?

—Claro, coronel. Gracias. Me ocuparé de ella.

Pickeray ayudó al teniente a incorporarse y, cuando este se alejó hacia el edificio dijo en voz baja:

—Nunca le llevaría la contraria delante de los hombres, coronel. Pero Riggs tiene razón. No podíamos abandonarlos.

—Lo sé, capitán. Pero hemos puesto la misión en peligro. Los disparos se habrán escuchado por todo el bosque. No podemos fiarnos del contacto de Weidenfeld. Quizás haya oído el jaleo.

—Deberíamos irnos cuanto antes —dijo Pickeray.

—Así es. Vigile la carretera. En cuanto estemos listos, nos marchamos. Recojan las armas, quizá nos sean necesarias.

Brown entró en el hospital. Sus hombres estaban acabando de meter los últimos cuerpos, y Von Weizsäcker hablaba con la enfermera. Era difícil saber cuál de los dos se encontraba más afectado. Los niños lloraban en silencio, rodeando a la mujer, que sostenía al más pequeño en brazos. Una niña con el pelo casi blanco se chupaba el pulgar y ocultaba el rostro en la bata de la enfermera.

—Pregúntele si puede hacerse cargo de los niños —dijo Brown.

El piloto tradujo la pregunta a la mujer, que asintió desesperada, repitiendo una y otra vez: «Dank, dank!».

—Sí, señor. No hay problema —confirmó el piloto, haciendo vanos esfuerzos por calmar a la trastornada cuidadora.

—Necesitamos que desaparezca con ellos —dijo Brown, acariciando la cabeza de uno de los niños que agarraba su mano, como si este supiera que le había salvado la vida—. Si la encuentran aquí, le será difícil explicar por qué sigue con vida, y a los niños los matarán.

Von Weizsäcker se lo explicó a la mujer.

—Es consciente de ello, señor. Pero no habrá problema. El hospital tiene una furgoneta. Ella se llevará a los niños a la granja de sus padres. Nadie los volverá a ver.

—Muy bien. Que se prepare. Ayúdelos. Nosotros nos marchamos enseguida.

Brown sonrió incómodo a la mujer, que, sin dejar de llorar, desgranaba un galimatías de agradecimiento. Con suavidad, soltó la mano que le sujetaba el niño y se encaminó hacia la puerta.

—Todo a punto, coronel —dijo Pickeray—. ¿Qué hacemos con las motos?

—Métanlas en el camión. Yo conduciré. Weidenfeld, ocúpese del autobús.

Diez minutos después, el autobús lleno de cadáveres abandonaba el recinto seguido por el camión, hacia el sur, mientras una furgoneta blanca lo hacía hacia el norte, conducida por una mujer que aún no había sido capaz de asimilar los acontecimientos y cinco asustados niños.

El comando se metió en una vereda poco transitada que daba a una playa en el lago. Tras asegurarse de que nadie los vigilaba, arrojaron el autobús al agua junto a las motocicletas y observaron cómo se hundían. Tarde o temprano serían descubiertos, era inevitable, pues el lago no era muy profundo cerca de la orilla, pero serviría para ganar tiempo.

Brown sentía que las cosas se precipitaban. La Gestapo disponía de su foto y si, como sospechaba, el tipo de la estación lo había delatado, ya debían saber que estaba en Alemania, lo relacionarían con la mujer muerta en la estación y quizás ahora con esto. Conociendo que un comando campaba por la capital, no les resultaría difícil hallar una relación. Tenían que acabar el trabajo cuanto antes.

—Weidenfeld, conduzca usted —ordenó Brown subiendo a la cabina, mientras los demás lo hacían en la caja.

Comadreja arrancó de nuevo el motor del camión y lo sacó a la carretera, Brown se sumió en sus reflexiones.

—Si su amigo es desconfiado, tal vez haya llegado un poco antes —dijo al fin el oficial americano—. Seguramente habrá oído el tiroteo.

—Ya lo he pensado, coronel. En cualquier caso, debemos reunirnos con él. Si no sabe nada, podremos continuar con el plan. Si sospecha algo, tendremos que silenciarlo.

Por un momento, el coronel pensó si no hubiese sido mejor quedarse los uniformes de los soldados abatidos, pero desechó la idea. Demasiado arriesgado. Estaban manchados de sangre y con agujeros de bala. Además, solo Von Weizsäcker y Weidenfeld podrían pasar por alemanes. Menchaca también hablaba alemán, pero su acento lo delataría enseguida.

—Esconda el camión ahí —dijo Brown, señalando una estrecha vereda al costado de la carretera, por la que se notaba que hacía bastante tiempo no entraba ningún vehículo.

Después de saltar por encima de los baches y raíces, Weidenfeld detuvo el motor y los comandos saltaron del camión.

—Avanzaremos agazapados, en dos grupos, uno por cada orilla de la carretera. Villar y Riggs, conmigo. Los demás, con el capitán. Cuando lleguemos, que nadie se deje ver. Esperaremos a que Weidenfeld nos haga una señal. Capitán, aseguren la zona por si nos están esperando. Nosotros haremos lo mismo por este lado.

El grupo se separó y avanzaron a la sombra de los gigantescos árboles, atentos a cualquier señal de peligro, hasta llegar al punto señalado para celebrar el encuentro. Faltaba aún un cuarto de hora. En silencio, se

desplegaron, ocultos entre la maleza, con los cinco sentidos alerta. Nada. Si aquello era una trampa, el enemigo estaba muy bien camuflado.

Pasados cinco minutos de la hora, apareció un Opel Blitz por la carretera. En la cabina de la camioneta de reparto de correo iba el soldado con el que Weidenfeld había cerrado el trato; junto un desconocido al volante, también de uniforme. No parecía que les siguiera nadie. Weidenfeld salió a la carretera e hizo un gesto con la mano para que se detuvieran.

—Hola, camarada —dijo Comadreja, apoyando descuidadamente el brazo sobre la portezuela y escudriñando al desconocido sin abandonar la mejor de sus sonrisas—. Pensé que te habías olvidado de mí.

—Me he retrasado con el reparto —repuso el soldado, mirando desconfiado en todas direcciones.

—No me habías dicho que vendrías acompañado —dijo Weidenfeld, señalando con la cabeza al conductor.

—Esta zona está llena de asaltantes muertos de hambre —se justificó el soldado, a sabiendas de que nadie en su sano juicio sería capaz de asaltar un transporte del ejército.

Parecía nervioso, pero dadas las circunstancias podía ser normal.

—¿Dónde están tus clientes?

—A punto de llegar —contestó Weidenfeld con un gesto evasivo—. Déjame mirar la caja. Quiero que vayan cómodos.

El soldado y Comadreja se asomaron a la parte de atrás. Solo había unas cajas no muy grandes y tres sacas de correos. Ni armas ni soldados escondidos.

Oculto entre la arboleda, Brown no perdía detalle. Cuando Weidenfeld terminó de inspeccionar el transporte, se rascó la calva. Era la señal convenida. El coronel se puso en pie y, seguido por sus hombres, se acercó al camión.

El soldado se puso aún más nervioso al ver al comando con las mochilas y las armas. A pesar de sus ropas desaliñadas, sus rostros con barba de varios días y su delgadez, aquellos hombres no parecían granjeros fugitivos.

—¿Estás seguro de que no son desertores? —preguntó cada vez más nervioso. Si eran soldados huyendo del frente y los atrapaban, todos serían ahorcados.

—¿Estás loco? —contestó Weidenfeld, indignándose—. ¿Crees que me iba a jugar el cuello por unos muertos de hambre? ¿Quieres hacer negocios o no? Igual es mejor que me busque otro socio, no quiero que lo estropees todo.

—Vale, vale. Está bien. Solo quería asegurarme. Que suban rápido. Es peligroso que nos vean aquí.

—De acuerdo —accedió Weidenfeld, asintiendo con la cabeza—. Yo iré en la cabina. Atrás me mareo, ¿sabes?

El Blitz arrancó y se puso en marcha, traqueteando hasta coger velocidad. Weidenfeld iba en medio, entre el conductor y su contacto, que seguía dando muestras de gran nerviosismo.

—¿Llevas mucho rato esperando? —preguntó el soldado.

—No mucho, ¿por qué? —repuso Weidenfeld, aparentado desinterés.

—Mientras veníamos hemos escuchado un tiroteo. Pensé que quizá lo habrías escuchado tú también.

—No, yo no he oído nada —mintió Comadreja. Quedaba claro que aquellos tipos llevaban un buen rato por la zona—. ¿Qué ha pasado?

—No tengo ni idea. Estos tipos no parecen granjeros, ¿no crees?

—Y algunos no lo son. Tres de ellos tienen empresas de ropa, calzado y cosas así, dos son granjeros, otro es músico y el más viejo de ellos tenía una granja de cerdos. ¡No veas cómo olía cuando me lo presentaron!

Los otros dos se rieron por cortesía ante las carcajadas de Comadreja. En la caja, todos menos Brown tuvieron que aguantarse para no echarse a reír.

—Ese es el que más me preocupa —dijo el soldado al cabo de un rato—. ¿Sabes? Su cara me suena y no sé de qué.

—Tal vez lo hayas visto en alguna valla anunciando sus productos —contestó Weidenfeld, tratando de desviar las sospechas del individuo.

Las cosas se estaban poniendo feas.

—Juraría que es de otra cosa, pero no caigo de qué —repuso el tipo, frunciendo el ceño en un intento de situar el rostro de Brown.

—Por cierto. No me has presentado a tu amigo. —Comadreja hacía esfuerzos por captar la atención de aquel individuo, intuyendo el peligro que acechaba.

—¡Espera! Ya sé —dijo el soldado, abriendo los ojos como platos—. Es al que está buscando la Gest…

No logró terminar la frase. Con un estallido, el cristal de la ventanilla trasera voló en pedazos, destrozado por una bala que impactó en el soldado.

Weidenfeld había reaccionado antes que el conductor, propinando a este un codazo justo bajo la nariz, que empezó a chorrear sangre como si de una fuente se tratara. Comadreja sujetó el volante con una mano y con la otra agarró al aturdido conductor por la nuca y le hizo chocar la cabeza contra el volante dos veces hasta hacerle perder el sentido.

Desde la caja, unos brazos luchaban por sacar de la cabina los cuerpos a través de la ventanilla destrozada, y Weidenfeld ocupó el puesto del conductor.

—¿Qué hacemos? —gritó, dirigiéndose a la parte trasera.

—Continúe —respondió Brown, tras pensar un instante. Habían dejado atrás el bosque y no era cuestión de regresar para esconder los cadáveres—. Llévenos al piso franco. Ya pensaremos cómo nos deshacemos de los cuerpos.

La sensación de desastre aumentaba. Estaban alfombrando de cadáveres la ciudad y llamando con ello la atención. El peligro estaba cada vez más cerca. Brown trató de espantar a los fantasmas y ayudó a meter los cuerpos en las sacas. Los subirían al piso, y allí se quedarían hasta que terminaran la misión.

⁂

Lunes, 10 de abril de 1944
Berlín, Alemania

Schlüter, sentado en el asiento posterior del coche, trataba de sacar conclusiones. Acababa de entrevistar al director del último proyecto considerado relevante para la guerra de todo Berlín, un hombre pequeño que llevaba con mano de hierro su empresa de cojinetes. Aquel tipo, al igual que todos los demás, había negado tener a Steiner entre su plantilla. En realidad, no sabía ni quién era Steiner, y su trabajo no parecía guardar ningún tipo de relación con el científico desaparecido.

Ahora regresaba con Dinter, al que había llevado para atemorizar un poco a los entrevistados, sin tener nada nuevo. Las dos vías principales de investigación estaban en un callejón sin salida: no lograba averiguar el paradero del judío y Brown, después de pasearse por la estación de tren, parecía haberse esfumado. Ni siquiera encontraban a Hans *el Pollo*, el único que por el momento había hablado con Brown, aunque el inspector no se engañaba e imaginaba que el ratero estaría haciendo compañía a sus ancestros.

Solo veía cuatro alternativas para que nadie supiera nada sobre el paradero de Steiner. La primera y más obvia: no era Steiner a quien Brown estaba buscando, y quizás hubiese muerto o logrado escapar de nuevo. Dos: sí era Steiner al que buscaban, pero no se encontraba en Berlín, con lo que, o bien

Brown no lo sabía, o bien ya había abandonado la ciudad tras reunirse con sus hombres, y Schlüter se esforzaba inútilmente indagando donde no debía. Tres: había otro laboratorio tan secreto que nadie sabía nada de él, algo perfectamente posible en aquella Alemania de secretos y misterios.

Sin embargo, era una cuarta posibilidad la que más atraía al inspector: alguien mentía. Si Steiner estaba en la ciudad escondido en un laboratorio, y este era uno de los que Schlüter había investigado, su director mentía.

Esta última opción era la que preocupaba a Schlüter. ¿Quién era capaz de mentir a la temida Gestapo y por qué? O era alguien respaldado por una autoridad muy alta o mentía porque su vida estaba en juego. Tal vez por tener escondido a un judío. A un judío que era un genio y que nunca podría reclamar la gloria de ningún descubrimiento.

Sumido en estas reflexiones, llegaron a la sede central de la Gestapo. En cuanto accedió a la gran sala de despachos, el sargento Bachmann se le acercó.

—Tenemos novedades, inspector. Anteayer desapareció un pelotón de las SS cerca del lago Tegeler, cuando estaba cumpliendo una misión en un centro de niños discapacitados.

Schlüter prefirió ignorar en qué consistía aquella misión. Su capacidad de asimilar horrores, como la de muchos alemanes, hacía tiempo que se había desbordado, y su mente trataba de aislarse para poder sobrevivir.

—¿Un pelotón?

—Un camión con nueve soldados, un brigadier y dos motoristas, además del conductor del autobús que debía recoger a los niños.

—¿Han aparecido los vehículos?

—Solo el camión. Estaba escondido en el bosque. Pero hay más. El personal del centro de discapacitados también ha desaparecido.

—¿Todos? —preguntó Schlüter incrédulo.

—Y los niños también. La carretera que pasa por delante del centro tenía el arcén lleno de casquillos y rastros de sangre. La munición es alemana.

Quedaba claro por dónde iban las sospechas del sargento. Ningún grupo de resistencia podía llevar a cabo un golpe como aquel. Necesariamente debía de tratarse del grupo de Brown, pero ¿por qué se delatarían atacando a un pelotón? ¿Tenía algo que ver con la misión que les había traído a Alemania?

—¿Algo más?

—Nos han informado de otra desaparición. Un camión del servicio militar de correos, con su conductor. También sucedió el sábado. Quizá no tenga nada que ver, pero su ruta pasaba por allí.

—Mucha casualidad —dijo Schlüter negando con la cabeza, mientras se pasaba el pañuelo por la comisura del ojo ciego—. Habrá que peinar el bosque. Posiblemente hayan estado ocultándose por las cercanías. También habrá que revisar el lago. Un grupo tan grande con vehículos no puede desaparecer sin dejar pistas. Encárguese. Yo trataré de encontrarle más hombres. ¿Alguna otra cosa?

—El mayor Töpfer quiere verlo en su despacho.

Schlüter suspiró. Estaba cansado y tenía demasiado trabajo. Lo que menos le apetecía en esos momentos era tener que hablar con el patán de Töpfer.

—Está bien. Vaya al lago. En cuanto consiga más hombres, se los mando.

El inspector subió al despacho de su superior y llamó a la puerta. A la orden, entró y se colocó delante de la mesa del escritorio, asistiendo a la ceremonia destinada a demostrar cuán ocupado se encontraba el propietario del despacho.

—¿Quería verme, mayor? —preguntó Schlüter, tras esperar un tiempo prudencial.

—Así es —respondió el oficial, cerrando una carpeta y echándose para atrás en la silla—. He recibido más quejas por su trabajo. Si no recuerdo mal, le expliqué con todo detalle que no debía molestar a personas relevantes de nuestra sociedad. Los directores a quienes usted ha entrevistado tienen trabajo más importante que llevar a cabo que atenderle a usted. ¿Es capaz de entender esto?

—Sí, señor. Pero sigo buscando al científico judío…

—Y, según tengo entendido, los directores de laboratorio a quienes ha entrevistado no saben nada del asunto. ¿Me equivoco? No insista, déjeles hacer su trabajo y usted haga el suyo.

—Creo que alguno de ellos sabe más de lo que dice…

—¿No me ha oído? —preguntó Töpfer levantando la voz—. A esos hombres no les hace falta mentir. Son los encargados de llevarnos a la victoria. No vuelva a molestarlos. Se lo digo muy en serio, inspector.

Schlüter guardó un incómodo silencio. Desde luego, no tenía ninguna intención de obedecer. Le habían dado una misión, y sabía que estaba sobre la pista buena. No la abandonaría por la estupidez de aquel inepto para que luego, si Brown conseguía llevar a cabo sus planes, él tuviera que pagar los platos rotos.

—Escuche, inspector —dijo Töpfer al ver la resistencia en el rostro de su subordinado—: estos hombres tienen mucho poder. Se codean con el mismo

führer, ¿comprende? Y no les gusta que la Gestapo los interrogue. Son personas celosas de su tiempo.

—¿Puedo preguntar, señor, quién ha protestado?

—¿Es relevante? —contestó Töpfer molesto—. Bien, si sirve para que abandone su impertinencia, se lo diré. ¿Le dice algo el nombre de Dönitz, profesor Rainer Dönitz?

Schlüter maldijo para sus adentros. Era el director del laboratorio que se encontraba a tan solo dos manzanas de allí y, sin embargo, al que más le había costado entrevistar. El hombre nunca parecía estar en su despacho, sus modales eran groseros y ya se había quejado anteriormente. El profesor se había limitado a decirle que no conocía a ningún Steiner y que en su laboratorio no trabajaba ningún judío, ni siquiera fregando los suelos. Lo peor, no obstante, no era que Dönitz fuese un individuo sumamente desagradable.

—Veo que le suena. Imagino que ese apellido le sonará de algo, ¿verdad?

¡Cómo no! Nadie podía ignorar el apellido del almirante de la Kriegsmarine, la orgullosa marina alemana, cuyos submarinos, hasta hacía bien poco, tenían acorralado al enemigo británico.

—Eso es —dijo con petulancia el oficial, sentado en su silla con las manos cruzadas sobre el abundante estómago—. El profesor es primo de nuestro célebre almirante.

No era buena política molestar al entorno del jefe supremo de las fuerzas navales.

—Le diré algo que no debería —añadió el mayor Töpfer. Schlüter se dio cuenta de que el oficial se debatía entre su obligación de no divulgar según qué cosas y su ansia de demostrar a Schlüter cómo se manejaba en las altas esferas—. El profesor ha debido de llamar a su primo, y este ha mandado una queja al general Kaltenbrunner.

Schlüter no pudo evitar que un escalofrío le recorriera la espalda al escuchar el nombre del temido jefe de la Gestapo y mano derecha de Himmler.

—Bien, inspector. Creo que eso es todo —dijo Töpfer, bajando la mirada hacia su escritorio y abriendo de nuevo la carpeta que reposaba delante de él, en señal de que la entrevista había terminado—. No moleste a esas personas. Es una orden.

⁂

El hombre que había provocado un estremecimiento en Schlüter sujetaba entre sus enormes manos la carta a la que se había referido Töpfer.

La volvió a leer con irritación. Bajo el membrete de la Kriegsmarine, una misiva a máquina firmada con un garabato cuya parte final rezaba: «… no viendo motivo por el que la Gestapo deba interrumpir los trabajos de nuestros científicos más prestigiosos, le instó a terminar con esta persecución».

El general hizo una bola con la carta y la arrojó a la papelera. Tenía cosas más importantes que atender. Sabía que no podría ignorar indefinidamente la petición del prestigioso almirante, pero no tenía pensado intervenir de forma inmediata. Que el quisquilloso primo sufriera un poco más. En opinión del general Kaltenbrunner, no era más que un pretencioso inútil, incapaz de cualquier logro científico. Si estaba al frente del proyecto, era única y exclusivamente por el apellido. Que se fastidiara.

⁂

Entretanto, el primer ministro británico despachaba con miembros del Estado Mayor en su residencia del número 10 de Downing Street, en Londres. Examinaba los informes y escuchaba todo cuanto se le decía sin dejar de fumar su habano. Parecía que el asfixiante humo fuese el alimento de aquel cerebro que absorbía datos como una esponja.

Cuando se levantó la sesión, le pasaron una llamada.

—¿Dígame…? ¿Cómo que no aparecen…? ¿Se lo ha dicho al general Eisenhower…? Bueno, no me importa cómo, pero encuéntrenlos, ¿ha comprendido?

Churchill colgó con un fuerte golpe y dio tres caladas seguidas y profundas al puro. ¿Dónde se había metido aquel coronel y su equipo? Maldijo de nuevo la disciplina «desenfadada» que los yanquis usaban. Un simple coronel de su majestad nunca hubiese desaparecido sin avisar.

La tarde anterior había recibido, con la calificación de máximo secreto, un breve mensaje confirmando la presencia del científico judío en el laboratorio berlinés. Sin perder un instante, el primer ministro había llamado al general Eisenhower, dando orden para que se trajera al coronel Brown, junto con sus hombres, a la mayor brevedad.

Pero ahora el comando que habían preparado para neutralizar el posible peligro que suponía aquel científico no aparecía por ninguna parte. Se

reprochó de nuevo haber dado tanta libertad a Brown para llevar a su capricho el asunto.

No volvería a suceder algo igual. El hecho de que estuvieran en vísperas del mayor desembarco de la historia, con todo lo que eso conllevaba, no era excusa para no ocuparse de una misión que se antojaba vital.

Hablaría muy seriamente con el general Eisenhower. Si el coronel americano no aparecía, bombardearían el objetivo para reducirlo a cenizas, y, si eso no funcionaba tampoco, mandaría un comando profesional compuesto por ingleses, que no le fallarían.

Maldijo entre dientes, sujetando el habano, y cogió el teléfono que lo comunicaba con el centro de operaciones aliado.

⁂

Sin conocer el interés del primer ministro británico por ellos, Gardner estudiaba la calle por un resquicio del cartón que cubría la ventana del piso franco. Desde la tercera planta podía ver los movimientos de los berlineses que iban de un lado para otro, algunos con un destino claro y otros por la inercia de no parar.

El comando ocupaba toda el salón, la única estancia en la que aún quedaban algunos muebles desvencijados, y cada cual mataba el tiempo según prefería.

Weidenfeld y Riggs estaban sentados en el suelo sobre los cojines de un sofá que ya no existía, con las espaldas apoyadas en la pared. El estraperlista se había unido aún más a Gato, que en pocos días había sufrido la pérdida de la mujer alemana y la bestial matanza de niños.

Comadreja trataba de distraer al ladrón inglés para que no pensara demasiado, sin perder de vista a Brown, que examinaba con Pickeray un plano de Berlín adquirido en el mercado negro.

El exsargento se encontraba incómodo, sin poder precisar cuál era el motivo exacto. Desde que asaltaran al pelotón que pretendía ejecutar a los niños discapacitados, no había vuelto a ser el mismo.

Sentía rabia. Mucha rabia. Rabia contra unos desalmados capaces de asesinar a niños a sangre fría. Rabia contra los avariciosos gobernantes, lo mismo daba nazis que americanos, ingleses o cualesquiera otros, que impartían órdenes de exterminio. Rabia contra sí mismo por combatir al lado de países que despreciaba, contra uno al que había comenzado a aborrecer, y

por haber abandonado la única bandera que había enarbolado en su vida, la suya propia, para aferrarse a otra en la que no creía.

Comadreja echó un vistazo a quienes lo rodeaban: perdedores como él; algo que, años atrás, se había prometido no ser. El muchacho que se sentaba a su lado, un ladrón de poca monta al que la vida había tratado muy mal, tan solo había conocido palos y penas, como el de la viuda de la que se había enamorado torpemente.

En la otra punta de la sala, Menchaca jugaba unas manos de cartas con una baraja encontrada bajo una pesada cómoda, a la que alguien había arrancado los cajones; un exiliado que no podría regresar nunca a su país. Con él jugaba el piloto alemán: un hijo de papá caído en desgracia y convertido en traidor que jamás recuperaría su placentera vida.

Brown y Pickeray: dos oficiales vilipendiados e incómodos para sus ejércitos. Si sobrevivían a aquella misión, les entregarían una medalla y los enviarían donde no molestasen, escondidos bajo montañas de papeles.

¿Qué decir de Gardner? Una vida solitaria, en la que el dinero de sus crímenes debía restañar la soledad de una existencia al margen de sus semejantes. Un arma eficaz que algún día se encasquillaría y acabaría en una fría cuneta.

Y, por último Villar, el taciturno y esquivo guerrillero español. Un lobo, un depredador desconfiado más allá de lo imaginable, que, como la alimaña a la que se asemejaba, un día cometería un error y allí estarían los cazadores para abatirlo.

¿Por qué estaban allí? ¿En qué creían? ¿De verdad confiaban en que sus crímenes fueran olvidados y que algún día podrían regresar a sus casas y dejar de lado las pensiones de mala muerte, las compañías de pago y las huidas? ¿De verdad pensaban que si no morían en aquella misión habría un futuro para ellos?

¿Sería porque creían, como escribían los grandes periódicos, en la «guerra justa» contra el imperialismo nazi? ¿No habían visto lo que hacían las bombas aliadas a la población alemana?

Hacía días que no se escuchaban las sirenas antiaéreas en la ciudad. Brown había sugerido que tal vez la inminencia del desembarco aliado habría desviado los bombardeos hacia puntos estratégicos más importantes, como carreteras, vías de ferrocarril, plantas energéticas o de armas…

Sin embargo, Weidenfeld revivía la escenas pasadas desde que saltaran del avión: casas destruidas, familias de luto y sin hogar, niños huérfanos

abandonados, heridos, mutilados, viudas, viudos, cadáveres de recién nacidos…

¿Aquello era la «guerra justa»? Cuando acababa el bombardeo nocturno, la gente salía de los refugios; unos llorando por la angustia y la pérdida, otros riendo porque habían salido una vez más con vida o porque sí, a causa de los nervios, todos enajenados. Gente que se arrancaba la ropa y se ponía a bailar, o que se sentaba durante horas con la mirada perdida entre los restos de lo que había sido su casa.

Weidenfeld recordaba, de sus tiempos en el tren, vagando de Estado en Estado por toda América, cómo, en una ocasión, un guardián había arrojado a un niño de unos diez años desde el tejado del vagón en el que se había escondido a las ruedas de la máquina, que lo había despedazado. ¿Era eso mejor que gasearlos?

—Weidenfeld, acérquese, por favor —llamó Brown, cortando el hilo de aquellos pensamientos que tanto le estaban incomodando.

Sobre una mesa a la que le faltaba una pata tenían desplegado un plano de Berlín editado para la celebración de las Olimpiadas de 1936 que Comadreja había adquirido en la plaza Potsdamer. Los edificios eran rojos y los más interesantes, amarillos, como si los hubiese pintado un niño. En el encabezamiento decía: «Bummel durch Berlín». Sobre el laboratorio que pretendían atacar, Brown había colocado una moneda.

—Necesitaremos una cuerda de cuarenta metros. Habrá que subir por ella, así que además de resistente deberá ser gruesa. Pregunte a Riggs, él le dirá lo que necesita.

—¿Para cuándo?

—Si la tenemos mañana, mejor. Como muy tarde, pasado mañana. También necesitaremos el camión. ¿Podrá hacer algo para disimularlo? Los alemanes estarán buscándolo.

Brown volvió a centrarse en el plano de la ciudad. Llevaban dos días encerrados en el piso, saliendo por parejas para examinar el laboratorio y los alrededores. Con unos prismáticos, habían podido ver el cambio de guardia, la entrada y salida del personal, cuántos soldados velaban el edificio y sus movimientos.

Riggs había propuesto un plan de entrada que fue aceptado por el coronel. Villar había hecho sus cálculos para tirar abajo el edificio sin dejar piedra sobre piedra. Brown y Pickeray se habían encargado de las estimaciones sobre la protección del recinto, y los demás se habían limitado a echar un vistazo para no enfrentarse a territorio desconocido: qué calles estaban

despejadas y cuáles no, vías por las que huir, posibles refugios por si las cosas se torcían…

Se habían turnado durante las dos noches para vigilar el laboratorio desde distintos ángulos, pero sin mucho que ver. Los centinelas daban vueltas al edificio por dentro del recinto, rodeado por un muro que se abría solamente por el frente en un enorme portón de labradas barras de hierro, a modo de lanzas.

El laboratorio ocupaba toda una manzana. Cuatro plantas y una quinta en forma de mansarda. Sus numerosas ventanas estaban cegadas y ni un rayo de luz escapaba por la noche. El único punto de acceso era la inmensa puerta de doble hoja de pesada madera en la fachada principal, que solo se abría en contadas ocasiones y era vigilada en todo momento por dos soldados.

El tejado de pizarra gris acogía cuatro reflectores para iluminar el cielo en busca de bombarderos, un par de cañones antiaéreos y una guardia compuesta de ocho hombres.

El laboratorio estaba separado del muro que rodeaba el recinto, de unos tres metros y medio de altura por quince metros de distancia, y por allí patrullaba constantemente un pelotón, más los centinelas apostados en cada esquina y en las puertas de madera; en total, una veintena de soldados.

El mayor peligro, sin embargo, era la localización del edificio: ni más ni menos que la avenida Wilhelm, la vía en la que se encontraba la Cancillería y numerosos ministerios de la maquinaria nazi. Y tan solo a dos manzanas de la avenida Prinz Albrecht, la sede de la sanguinaria Gestapo, en cuyos calabozos terminarían si eran atrapados.

Al menos no tendrían que caminar mucho, recordó haber dicho Weidenfeld cuando lo mencionara Brown durante los entrenamientos en los montes galeses.

Capítulo XXII

Miércoles, 12 de abril de 1944
Berlín, Alemania

El comando, apiñado en torno al oficial americano, atendía a las instrucciones que este impartía, señalando con una fina rama sobre el plano de la ciudad extendido encima de una caja. Salvo Weidenfeld y Von Weizsäcker, que lucían uniformes de la Wehrmacht, el resto vestía ropas oscuras y gorros de lana de color negro.

—Haremos dos grupos —repetía el coronel por enésima vez, doblando la flexible vara con las manos, mientras examinaba los rostros de sus hombres —. Profesor, usted tomará el mando de uno. Riggs, Gardner y Villar irán con usted. Su grupo entrará en el laboratorio. Una vez dentro, el profesor y Gardner buscarán al científico, mientras Riggs ayuda a Villar a colocar las cargas. Recuerden que el edificio tiene que ser destruido completamente.

El hosco guerrillero asturiano, al que no le había gustado la designación de su compatriota como jefe de grupo, asintió con un gesto. El laboratorio debía ser reducido a cenizas para evitar que los alemanes lo volvieran a poner en marcha en unas pocas semanas.

—No sabemos qué nos podemos encontrar allí dentro —continuó Brown —. Pero no podremos demorarnos.

—Necesitaré tiempo para hablar con el doctor Steiner —dijo Menchaca —. Debemos saber cuán adelantados se encuentran los nazis en sus investigaciones.

—Lo entiendo, pero no nos sobrará tiempo, y lo más importante es que no quede piedra sobre piedra. En cuanto Villar haya terminado, deberán salir. Ese es el margen de tiempo del que disponen.

Menchaca no respondió. Sabía que el americano llevaba razón. Durante los días pasados estudiando el laboratorio y sus alrededores habían llegado a la conclusión de que tendrían un máximo de una hora y quince minutos para

entrar, colocar las cargas, entrevistarse con el doctor Steiner y hacer saltar todo el laboratorio por los aires. Demasiado justo.

—Saldremos de aquí a las veintitrés diez. El cambio de guardia alrededor del edificio es a las veintitrés treinta. Cinco minutos antes habremos llegado con el camión aquí. —Brown señaló con la vara el costado derecho del muro, el más cercano al piso franco que ocupaban—. Riggs saltará el muro y escalará la fachada. Espere la señal del teniente, que estará en el edificio de enfrente vigilando la zona. Recuerden: dos destellos de la linterna. Entonces accederá al tejado, lanzará el extremo de la cuerda y la ataremos al camión. ¿Quién será el primero en subir por la cuerda?

—Yo, señor —dijo Gardner, levantando una mano—. Cuando suba me encargaré de despejar el tejado.

Con despejar se refería a matar a los ocho soldados que, con un poco de suerte, se encontrarían poco alertas y con ganas de terminar la guardia, que en el tejado cambiaba una hora y media más tarde que en el patio. Manejaban los cañones antiaéreos y los focos, y no esperarían un ataque desde el suelo. Aun así, el sicario debería ser extremadamente silencioso.

—Profesor, usted irá después. Cuando llegue arriba, subiremos las mochilas, y por último ascenderá Villar. Es posible que para entonces la patrulla de la noche esté a punto de pasar, así que deberá estar muy atento. Quédese donde esté y no haga ningún ruido. Hay poca luna y el cielo está encapotado. Difícilmente lo verán.

El coronel hizo una pausa para ver si sus hombres lo seguían.

—Para cuando Villar llegue arriba, el tejado tiene que estar despejado y la entrada, asegurada. ¿Alguna pregunta?

Todos miraban el plano y la punta de la vara en silencio.

—Si todo va bien, deberán acceder desde el tejado a las veintitrés cuarenta y cinco. Tendrán aún setenta y cinco minutos hasta que la guardia de medianoche ocupe el tejado y se dé cuenta de que están siendo atacados. Ese es el margen para abandonar el edificio. Profesor, usted será el primero en bajar, seguido de Gardner. Después, Villar. Riggs, usted será el último, así que apresúrese.

Weidenfeld le dio un puñetazo amistoso en el hombro al ladrón inglés, al que se veía concentrado.

—Las cargas deberán estallar a la una de la madrugada. Eso creará la confusión necesaria para que podamos escapar.

Riggs asintió en silencio. No tenía miedo. Él cumpliría su parte. Si aquello servía para que los nazis no matasen más niños y acabara la maldita guerra,

que en las últimas semanas había aprendido a aborrecer, estaba dispuesto a correr el riesgo.

—Teniente, usted permanecerá en su puesto hasta que salgan todos y comiencen a bajar —apuntó Brown, dirigiéndose al piloto alemán—. Dese prisa después. No podremos esperarlo. El grupo del tejado le hará una señal con su linterna para indicar que todo va bien y que comienzan el descenso. Usted nos repetirá la señal a los que permanezcamos en la calle para que estemos preparados. Si algo ha ido mal, dos señales. Si eso sucede, el camión se alejará y volveremos al piso franco cada uno por nuestra cuenta. En cuanto su equipo —la vara señaló a Menchaca— haya terminado, se descolgarán por la cuerda, directamente a la caja del camión. ¿Tienen todos sus dispositivos?

Brown se refería a unas pequeñas poleas que los componentes del grupo de Menchaca se habían sujetado a un improvisado arnés. Con ellas, se deslizarían desde el tejado a toda velocidad, en una vertiginosa tirolina. Caerían, como había explicado el coronel, dentro de la caja, y tendrían que soltarse rápidamente para no entorpecer al siguiente. En menos de un minuto estarían todos dentro, y solo sería necesario correr la lona para que quedasen fuera de miradas escrutadoras.

—Eso es todo. Revisen una vez más el material —dijo Brown, echando un vistazo a su reloj. Eran las veintidós cincuenta y ocho—. Saldremos en doce minutos.

Riggs se apartó del grupo e inició su calentamiento muscular, concentrándose en su parte del plan. En su mente veía cada movimiento que tendría que hacer para llegar al tejado. Qué apoyos usar, la ruta que seguir, cuántos pasos serían necesarios…

Gardner revisó una vez más su pistola con silenciador y el cuchillo. El cargador estaba lleno y el filo reluciente. Sería un trabajo intenso, rápido y muy silencioso. Su especialidad.

Villar comprobó las mochilas y una pequeña bolsa de tela que llevaba colgada del arnés y que contenía los detonadores, joyas del ejército británico, reconocidos por los propios alemanes como más seguros y fiables.

Weidenfeld revisó el resto del material. Había dado buen uso a las raciones de contrabando que el camión del servicio de correos portaba. Gracias a ellas, se había podido hacer con una variopinta colección de seis afilados, delgados y alargados cuchillos de cocina, que repartió entre sus compañeros, quedándose él el punzón con el que había matado al mendigo que le robara la mochila en la gabarra de la basura, y ofreciendo la bayoneta con la que este le había atacado al capitán Pickeray.

También había adquirido relojes de pulsera para todos sin demasiada dificultad. Sin embargo, conseguir la cuerda de cuarenta metros había sido una proeza. Riggs había pedido una de nailon, un nuevo material imposible de encontrar en Alemania por aquellas fechas, y se habían tenido que contentar con una cuerda Luetzner de cáñamo trenzado.

Los días de enclaustramiento habían servido para preparar seis arneses, que utilizarían todos menos Von Weizsäcker y él. Aunque Pickeray y Brown tampoco los fueran a necesitar, el coronel había decidido que sería mejor equiparse por si tenían que ocupar el puesto de alguien en el grupo que entraría en el laboratorio.

Junto con la cuerda, tenían un cordino de ochenta metros, mosquetones, arneses y un polipasto que serviría para tensar la tirolina entre el camión y el tejado del edificio, por donde se deslizarían una vez terminada la operación.

Sincronizaron sus relojes. Todo estaba preparado.

⁂

A solo un par de manzanas de allí, el inspector Klaus Schlüter paseaba como un león enjaulado arriba y abajo por el pasillo de la primera planta de la sede central de la Gestapo. La secretaria del mayor Töpfer fingía ignorarlo, pero no era fácil. Los fuertes pasos marcaban el paso del tiempo y no le permitían centrarse en su trabajo.

Schlüter, en voz baja pero no tanto como para que la secretaria no lo hubiera oído un par de veces, maldecía una y otra vez a su superior. Töpfer había mandado orden al laboratorio, que el inspector mantenía controlado discretamente con sus hombres, para que cesara de inmediato la vigilancia y se personara en su despacho sin pérdida de tiempo.

Había estado a punto de desobedecer la orden, convencido de que aquel laboratorio era el objetivo del comando aliado y que sería esa noche o una de las dos siguientes cuando Brown diera el golpe. Sin duda, el coronel americano habría estado esperando tener menos luna para poder ampararse en las sombras, pero no podría seguir corriendo el riesgo de mantenerse mucho más tiempo escondido.

Confiando en hacer entender a su obtuso superior la situación, prefirió no hacer pasar un mal rato a los agentes que habían ido a buscarlo y se encaminó raudo hacia la comisaría. Halagaría a Töpfer prometiéndole la detención del comando y la gloria por ello, a lo que sin duda el muy engreído no se negaría.

Sin embargo, las cosas no habían ido como esperaba. El mayor no se encontraba en su despacho y la secretaria le había dicho que aún tardaría un par de horas en regresar, pero que la orden recibida era que esperara su llegada.

Schlüter se había sentado en una silla. El reloj de pared marcaba las diez y cinco de la noche. Mala suerte sería que el comando actuara justo en aquel momento.

Schlüter repasó una vez más los indicios que le habían llevado a deducir que Steiner se encontraba en aquel laboratorio, indicios que tendría que exponer de manera convincente al memo de su superior. Los más evidentes eran la insistencia del director del laboratorio para que cesaran las investigaciones. El tipo había llegado a recurrir a su primo, el todopoderoso almirante, para que Schlüter no rondara el centro de investigación. ¿Por qué, si no tenía nada que ocultar? Luego estaba la renuencia a hablar con él: siempre estaba reunido o fuera del laboratorio. ¿De qué tenía miedo?

Además, la camioneta que el comando había robado era del servicio postal militar y, casualmente, el laboratorio estaba muy cerca de la sede de correos. Pero lo más determinante había sido un error del director: cuando uno de los hombres de Schlüter le preguntó si conocía a Steiner, había contestado que no. Y el inspector había descubierto que mentía: Rainer Dönitz y Steiner habían sido compañero en la universidad.

Schlüter echó otro vistazo al reloj. Habían pasado dieciséis minutos. Sin poder controlarse, se puso en pie, sacó su pañuelo para enjugarse el ojo y comenzó el furioso paseo.

⁂

Conforme al plan, Comadreja detuvo el camión en el muro lateral del laboratorio a las veintitrés y veinticinco minutos, cinco antes de que se produjera el cambio de guardia en el patio alrededor del edificio. Si los cálculos eran correctos, la patrulla estaría pasando en ese momento a escasos diez metros de ellos, al otro lado del muro.

Weidenfeld y Von Weizsäcker bajaron de la cabina. Con aspavientos, el estraperlista levantó el capó del vehículo y metió la cabeza dentro; mientras, el piloto, tras mirar a ambos lados de la calle y dar un discreto golpecito en la caja, se perdía entre las sombras hacia el edificio de enfrente.

De la parte de atrás, con ropas oscuras, descendieron Pickeray y Riggs. El enorme capitán apoyó las manos en el muro como si quisiera derribarlo y bajó la cabeza. Gato cogió carrerilla sin pensárselo y salió como una flecha, puso el primer apoyo en la espalda de Pickeray, el segundo en la pared y, con un salto felino, alcanzó el borde del muro.

Solo habían trascurrido diez segundos desde su llegada y el ladrón ya había desaparecido tras el muro, con el cordino que llevaba amarrado a su arnés corriendo entre las manos de Brown, refugiado bajo la lona del vehículo. La cuerda detuvo la carrera: Riggs había llegado a la fachada. Un momento después, la cuerda volvió a deslizarse, ahora más despacio.

En los días previos, Gato había estudiado con detalle la fachada que tendría que escalar. Era prácticamente lisa y los huecos de las ventanas estaban cerrados por contraventanas de madera, ofreciendo poco y peligroso apoyo. El antiguo acróbata había decidido iniciar la ascensión utilizando dos columnas que se levantaban hasta media altura del edificio. Con la espalda en una de ellas y los pies en otra, por oposición, haciendo fuerza con manos y pies, ascendería poco a poco, arrastrando tras de sí el cordino. Y así fue.

Cuando llegó al final de las columnas, se detuvo. Ahora venía uno de los movimientos más peligrosos. A diez metros de altura debía poner un pie en cada columna, con la fuerza suficiente como para no caerse. Con cuidado, empezó la maniobra. Apretó la pierna izquierda aún más y dobló la derecha hasta tocar la columna en que apoyaba la espalda. Poco a poco empezó a enderezar el cuerpo. A pesar del frío, estaba sudando. Las columnas, por suerte, no eran de mármol, y la piedra porosa agarraba lo suficiente como para ejercer la presión necesaria.

Con las yemas de los dedos, palpó la argamasa por encima del dintel en busca de grietas y encontró dos minúsculas rendijas, en las que se engarfió. Cargando todo su peso en los dedos índice y corazón de cada mano, se levantó y pudo aferrarse mejor por encima de la cornisa. El agarre era algo mejor y logró ponerse de pie. Aún restaba la mitad de la escalada.

⁂

Von Weizsäcker, desde el ruinoso edificio de enfrente, sede de la Administración del Reich antes de que los bombarderos aliados la visitaran, veía a aquella sombra ascender como si de una araña se tratara.

Agachado entre las ruinas del último piso, estudiaba la situación. Riggs estaba tomando aire, y diez metros por encima de su cabeza dos soldados aburridos charlaban en el tejado descuidadamente, fumando un cigarrillo a medias. Si no se movían, el inglés no podría terminar de subir.

—Vamos, vamos, moveos —murmuró impaciente el piloto alemán.

Riggs ya había llegado a la mansarda y esperaba, colgado, la señal. El teniente miró su reloj. Gato había tardado cuatro minutos. Un buen tiempo, pero no lo suficiente, y ahora aún deberían aguardar un rato más.

Por fin uno de los soldados apuró el cigarro, lo tiró, se desperezó, y ambos echaron a andar hacia el otro lado del edificio.

Von Weizsäcker apuntó la linterna que tenía en la mano, la cubrió con los dedos para atenuar la luz y la encendió en un breve destello, tal y como habían acordado. No tuvo que esperar demasiado. El ladrón reaccionó y enseguida culminó la ascensión; en un instante ya estaba agazapado tras uno de los focos con los que los alemanes iluminaban el cielo en busca de bombarderos.

⁂

Dentro de la caja del camión, los hombres aguardaban tratando de contener los nervios. Mientras Weidenfeld continuaba revisando el motor en busca de la «avería» que lo había obligado a parar allí, Menchaca reflexionaba sobre su inminente conversación con el científico judío, Brown sostenía el cabo y los demás se mantenían inmóviles a la espera.

El cordino comenzó a moverse de nuevo, esta vez más rápido y a tirones. Riggs había llegado al tejado y lo estaba halando. Enseguida, siguiendo el cordino, la gruesa cuerda de alpinismo empezó a serpentear.

—«¡Oh, Dios mío! Hoy va a ser un día muy largo. Tal vez en algún momento me olvide de ti, pero te ruego que no te olvides tú de mí».

Los otros miembros del comando miraron asombrados al capitán británico.

—Es una antigua oración escocesa que rezaban los guerreros antes de entrar en batalla —dijo Pickeray, encogiéndose de hombros.

—Amén —sentenció Menchaca.

⁂

Von Weizsäcker hizo dos rápidas señales con su linterna. Dos soldados alemanes apostados en las cercanías habían visto el camión detenido junto al muro y a Weidenfeld trastear en el motor. Advirtiendo que el vehículo no proseguía su marcha, se estaban acercando para comprobar qué era lo que le sucedía.

⁂

En el tejado, Riggs se quedó inmóvil, tumbado sobre la pizarra. Había visto las señales luminosas y sabía que algo ocurría, aunque desde donde se encontraba no podía ver a los soldados aproximándose al camión. Su situación era muy peligrosa. Los centinelas podían volver a acercarse al borde del tejado en cualquier momento y descubrirlo.

⁂

—Coronel —susurró Menchaca, que vigilaba la posición de Von Weizsäcker y había visto los breves fogonazos de linterna—. Algo sucede.

De inmediato, Brown soltó la cuerda y empuñó su pistola. En la caja del vehículo nadie movía un solo músculo. Hasta ellos llegaron las voces de uno de los soldados. No podían hacer nada para impedir que se acercasen. Solo quedaba rezar porque Weidenfeld supiera solventar el problema. Y rápido.

—No puedes detenerte ahí —dijo el soldado en alemán.

—Este maldito cacharro no quiere moverse —repuso Comadreja con su voz rasposa, sin sacar la cabeza del interior de las entrañas metálicas del motor.

—Habrá que empujarlo. No se puede quedar aquí —insistió el centinela, asomando la cabeza bajo el capó del camión.

Su compañero, aburrido, se limitaba a dar unas pataditas a la rueda delantera. Ignorando la discusión, se encaminó hacia la parte de atrás del vehículo.

Brown, oteando por debajo de la lona, le hizo un gesto a Villar. Cornín, en el más absoluto silencio, sacó su cuchillo y se aprestó a apuñalar al curioso en cuanto este asomara la cabeza por la cartola.

Pero el soldado había percibido algo extraño. Algo que parecía una cuerda partía del camión hacia el interior del recinto por encima del muro.

Extrañado, se acercó un poco más. Ciertamente se trataba de una cuerda.

—*Achtung!* —le dio tiempo a gritar, antes de que la fantasmal aparición del capitán Pickeray lo levantara del suelo y le clavara su bayoneta, seccionándole la carótida.

Su compañero tardo un segundo en reaccionar, un retraso fatal que permitió a Weidenfeld sacar la mano con la que hurgaba en el motor, que, en vez de sostener una llave inglesa, sujetaba un afilado punzón.

La puntiaguda arma entró por debajo del mentón, atravesando la lengua y el paladar, y quedó enterrada en el cerebro del soldado, que, sin saber que ya estaba muerto, se quedó un instante erguido. Lo suficiente como para que Villar, saltando de la caja por el costado, lo cogiera en brazos y lo metiera dentro de la cartola.

⁂

Von Weizsäcker comprobó que la calle continuaba tranquila. Había visto toda la operación aguantando la respiración, hasta que el segundo soldado desapareció dentro del camión. El retraso provocado por los soldados había durado apenas tres minutos, aunque al piloto alemán se le habían antojado horas, lo que era una mala noticia. Al menos, nadie parecía haber oído el grito del centinela. La guardia del interior del recinto debía de estar aún en el otro lado del edificio, acabando su turno.

Sin perder un segundo, Von Weizsäcker hizo la señal con la linterna. De inmediato, en lo alto del tejado una pequeña silueta comenzó a recobrar el cordino y Gardner sobrevoló el muro del recinto colgando de la cuerda maestra, bien tensada entre el muro y el camión. Por suerte, la luna no alumbraba con fuerza y algunas nubes ayudaban a esconder al americano, que movía los brazos alternativamente por la cuerda mientras subía la fuerte pendiente con la ayuda de Gato, que lo remolcaba. El teniente miró con preocupación su reloj. Gardner ascendía rápido, pero las manecillas también corrían.

Riggs tendió una mano a Gardner y, tirando de ella, ayudó al sicario a ganar el tejado. Sin intercambiar palabra, dejó que los de abajo cobraran el cordino, mientras el recién llegado sacaba su pistola con silenciador del cinturón y se adentraba entre las sombras.

El piloto alemán consultaba con cada nuevo movimiento su reloj. En el tejado no se apreciaba la presencia de soldados, de los que Gardner habría

dado cuenta ya. Menchaca ya estaba en el tejado y ayudaba a Riggs con las mochilas. De una en una las retiraban de la cuerda por la que las habían halado y las colocaban sobre la pizarra.

Asomó la última sombra por la caja del camión. El teniente reconoció la robusta silueta del guerrillero español, que empezó a ascender con rapidez. Llevaban dieciocho minutos. Quizá diera tiempo a que Villar llegara al tejado antes de que pasara la patrulla.

No. La patrulla aparecía ya entre las sombras. Se había adelantado. Si Villar seguía ascendiendo, lo podrían oír. Maldiciendo, tapó la linterna con los dedos y pulsó dos veces el interruptor, apuntando al tejado.

⁂

Riggs dio un codazo a Menchaca y dejaron de tirar. Colgado de la cuerda, Cornín se percató de que no lo izaban y aguardó en silencio. Enseguida apareció por la esquina la patrulla: ocho soldados y un mando. Villar no se atrevió a respirar mientras pasaban a escasos metros por debajo de él. Si a uno de los soldados le daba por levantar la cabeza, no tendría escapatoria. Por fortuna, los soldados, ante la perspectiva de una aburrida e inacabable noche de guardia, se limitaron a proseguir la marcha, de forma que el guerrillero reanudó la ascensión.

Ya en el tejado, los tres corrieron agachados hacia la puerta que Gardner mantenía entreabierta. A su paso, encontraron los cuerpos sin vida de tres guardias. En las escaleras había otros tres más, y los dos restantes, dentro del cuarto de la guardia. Bajo el peso de las mochilas, descendieron las cuatro plantas tratando de no hacer ruido. No se veía ni un alma. El edificio, por la noche, parecía encontrarse desierto.

En la planta baja se separaron. Villar y Riggs, que tenían que ocuparse de las cargas, escondieron en el *hall* de la entrada, al pie de la gran escalinata que habían bajado, cuatro de las ocho mochilas, tras un enorme pedestal de mármol blanco que sostenía el busto del omnipresente *führer*, y se encaminaron a los enormes y decorados portones de la entrada principal. Tras asegurar los macizos pasadores de hierro y apoyar cuantos muebles y objetos pesados encontraron contra ellas, corrieron con las otras cuatro mochilas hacia el ala izquierda del edificio.

Mientras, Gardner y Menchaca buscaban la entrada a la planta subterránea. No tardaron mucho en intuir de cuál se trataba, pues era la única

custodiada por dos soldados de las SS, los primeros que encontraban dentro del edificio. Era una puerta doble de hierro cruzada por un travesaño, para que no se pudiera abrir desde dentro.

Parapetado tras una barandilla, Gardner apuntó con su pistola y apretó el gatillo con suavidad dos veces. El ruido de los cuerpos desmadejados golpeando el suelo sonó con fuerza en los desérticos pasillos, alarmando a Menchaca, a quien el corazón le latía a toda velocidad.

Gardner no perdió un instante. Su munición era limitada y no podía malgastarla para apuntillarlos, así que sacó su cuchillo, agarró a un soldado por el nacimiento del pelo y lo degolló, y luego repitió la operación con el otro.

Después de esconder en un despacho los cadáveres, retiraron el travesaño, entreabrieron una de las puertas y se colaron escaleras abajo. Allí olía a cerrado. Un ambiente cargado de humo de cigarros y cuerpos. La iluminación era artificial. Estando en un sótano, no habría ninguna ventana. A quienes trabajaran y vivieran allí les resultaría imposible saber si era de día o de noche.

Al final de las escaleras los recibió un largo e iluminado pasillo con puertas a cada lado y sin ningún sitio donde esconderse. Se miraron, y Gardner abrió la marcha. En cada puerta pusieron la oreja, pero no se oía nada. Al final del pasillo había un recodo y otro larguísimo pasillo. Con el corazón agitado, se lanzaron por él.

Por poco no se dieron de frente con un hombre que salía por una de las puertas, sosteniendo entre las manos un plano. Al verlos, el tipo se quedó un instante sin poder reaccionar, antes de abrir desmesuradamente ojos y boca. Gardner apretó el gatillo y el grito murió en los labios del alemán.

Menchaca cargó con el cuerpo y siguieron avanzando. Al final de ese pasillo se abrían dos grandes puertas dobles de cristal, y por el otro lado se veía más luz. Justo antes de llegar, vieron una puerta de madera con el letrero: «Direktor Rainer Dönitz». Menchaca hizo un gesto apuntando a la puerta. Quizá tuvieran suerte y Dönitz se hubiera quedado a dormir. En cualquier caso, tal vez encontraran dónde escondían los alemanes a Steiner. No podían revisar todo el edificio.

Entraron. En un sofá de tres plazas dormía un hombre tapado con una bata blanca. Al infeliz casi se le salieron los ojos de las órbitas al ver a Gardner, que, tapándole con fuerza la boca con una mano, se ponía un dedo delante de sus propios labios.

—¿Profesor Dönitz? —murmuró Menchaca en alemán.

El hombre negó nerviosamente con la cabeza y señaló su bata, donde venía bordado un nombre: Zweig.

—Si trata de gritar, lo mataremos, ¿me comprende? Bien, Clint, suéltalo.

Gardner hizo un último gesto amenazador y se apartó del hombre. Una mancha creciente oscurecía la entrepierna del pantalón. El miedo había hecho que se orinara encima.

—¿Dónde está el profesor Dönitz?

—En su casa —respondió con un hilo de voz el aterrado científico.

—¿Qué hace usted en su despacho?

—Dormir. A veces lo hago. Soy su ayudante.

Por el tono culpable, Menchaca adivinó que esta costumbre no era conocida por el director.

—Escúcheme —dijo Menchaca, acercando su rostro al del científico—: buscamos al doctor Steiner. Llévenos donde se encuentra y no morirá.

El profesor Zweig no era estúpido y, sabiendo que lo iban a matar igualmente, negó con la cabeza.

Gardner le embutió la corbata y lo amordazó con el cinturón. Después cogió el afilado cuchillo y de un solo tajo le seccionó una oreja, poniéndosela delante de los ojos al aterrado hombre.

Igual que un pescado sacado del mar, el científico se agitaba, ahogándose con su propia corbata.

—No nos haga perder el tiempo o lo cortaremos en rodajas.

El infeliz asintió con la cabeza. Lo pusieron en pie y Gardner se asomó al pasillo. Nadie. Dejando allí dentro el cadáver que portaban consigo, se adentraron por las puertas dobles, guiados por el angustiado científico.

Al doblar un nuevo recodo, se encontraron con los dos primeros soldados que veían en el interior del laboratorio. Eran miembros de las SS y custodiaban la entrada a un cuarto, sentados sobre un par de sillas que tenían en equilibrio sobre las patas traseras. Uno de ellos fumaba, mientra el otro examinaba de costado el contenido de una revista con una sonrisa lujuriosa en el rostro.

El primero de ellos se quedó sentado en la misma posición, y el otro se derrumbó en el suelo con la revista aún en las manos, manchando con sangre las imágenes de bellas señoritas sin ropa.

Con cuidado, Gardner abrió la puerta. Era un cuartucho sin ventilación con un camastro como único mueble. En él dormía un hombre.

Menchaca miró al hombre. Con un gesto, indicó a Gardner que aquel era Steiner, y salieron de nuevo. Escondieron los cuerpos de los centinelas en otra

habitación vacía, el sicario se enfundó el uniforme de uno de ellos y, tras ajustarse el cinturón, sin mediar palabra, hundió su cuchillo en el cuello de Zweig.

—Despierta a Steiner y llévalo al comedor por el que hemos cruzado —dijo Menchaca al oído del americano—. Yo estaré allí y fingiré que trabajo aquí.

El español no estaba seguro de cuál era el motivo por el que Steiner había regresado a Alemania. Si estaba ayudando a los nazis por propia voluntad o engañado, tal vez no pudiera sonsacarlo. Sería mejor no descubrirse antes de tiempo. Con paso rápido, se acercó al comedor mientras miraba su reloj: habían pasado diez minutos de la medianoche. Solo quedaban cincuenta minutos para que todo aquello se viniera abajo.

Gardner entró de nuevo al cuartucho y despertó a Steiner, que protestó en alemán. El americano no entendió nada de lo que se le decía, pero agarró con firmeza al científico por el brazo y lo obligó a levantarse. El hombre dormía con la ropa puesta. Confuso y con el pelo revuelto, salió por la puerta y se encaminó, sin que el sicario tuviera que indicárselo, al comedor para más de doscientas personas, donde Menchaca esperaba en una mesa enfundado en una bata que había robado.

—¡Profesor Steiner! —dijo Menchaca fingiendo sorpresa—. ¡Qué alegría verlo! ¿Se acuerda de mí? Soy el profesor Menchaca. ¿Qué tal está usted?

—¿Profesor Menchaca? —preguntó confuso Steiner—. ¿Qué hace usted aquí?

El español estudió al genio. Estaba muy blanco, extremadamente delgado y envejecido. Las gafas le bailaban sobre la enorme nariz, que había perdido toda la carne, y tenía que sujetarlas con la mano constantemente.

Steiner tomó asiento con dificultad en la mesa. Menchaca lo miraba, impresionado por el cambio que había sufrido. Ya no parecía aquel científico genial, agudo y despectivo que conociera. Ahora su cuerpo era el de un simple viejo, frágil y arruinado.

—Me acaban de traer para trabajar, profesor.

—¿A usted? ¿No estaba en Inglaterra?

—Así era cuando nos vimos la última vez. Tuve que regresar a España y la policía de Franco me detuvo y me entregó a los nazis, que buscaban científicos para sus proyectos —contestó Menchaca, confiando en que la historia, muy similar a la sufrida por Steiner, le granjeara las simpatías de este.

El científico judío dio por buena la explicación y no pareció preguntarse por qué los soldados le permitían hablar con él. Desde su llegada lo habían mantenido encerrado en el sótano sin poder ver la luz del sol y no le habían permitido hablar con nadie. Comía solo, dormía solo, investigaba solo… Era un fantasma, y como tal era tratado por sus carceleros.

—Dígame, profesor —dijo Menchaca, bajando la voz conspirativamente para llamar la atención del genio—. ¿Qué investigan aquí?

—¿Cómo? —preguntó Steiner, interrumpiendo sus pensamientos—. ¡Ah, sí! Están construyendo un reactor experimental. No me han dejado verlo, pero no me pueden engañar. Claro que a mí solo me permiten trabajar con los cálculos sobre la masa crítica.

—¿Un reactor? —preguntó Menchaca, echándose para atrás en la silla, estupefacto—. ¿Pero no lo tienen ya?

Aquello no tenía sentido. Para fabricar una bomba atómica solo había dos caminos: enriquecer repetidamente uranio en reactores hasta conseguir la suficiente cantidad de uranio 235 —técnica carísima y que precisaba de unos recursos que Alemania, sangrada por la guerra, no se podía permitir—, o usar plutonio, mucho más barato.

Pero el plutonio no existía en la naturaleza. Era necesario obtenerlo a partir del uranio, lo cual obligaba a utilizar varios reactores para conseguir la cantidad suficiente. En ambos casos, sin reactores no había explosivo.

—No que yo sepa —respondió Steiner, sorprendido por la reacción de Menchaca—. Tal vez Heisenberg tenga uno, pero lo desconozco. ¿Por qué le extraña tanto?

Menchaca se frotaba las sienes con ambas manos para mantener la calma. Si no había explosivos nucleares, había puesto en peligro la vida de ocho personas, incluida la suya, inútilmente.

—Lo que están fabricando aquí, ¿no es una bomba atómica?

Steiner se echó a reír.

—¿Una bomba atómica? ¿De dónde ha sacado tal estupidez? Dudo mucho que en los próximos cinco años Alemania sea capaz de tener una bomba de ese estilo. ¿En eso le han dicho que iba a trabajar?

Al español se le cayó el alma a los pies. Tanto esfuerzo para nada. ¿Cómo se lo decía ahora a sus compañeros? Habían llegado hasta allí protegidos por algún hado. ¿Los ayudaría este a salir de Alemania ahora? ¿O habían caído en sus redes perversas y no tenían escapatoria?

Menchaca no podía pensar con claridad.

—¿Le pasa algo, profesor? —preguntó Steiner confundido.

—No, no. Es que estaba convencido de que los alemanes tenían en su poder un arma capaz de hacerles ganar la guerra y…

—Y la tienen —respondió el genio, con una sonrisa de superioridad—. Créame, la tienen.

—No entiendo —repuso Menchaca, cada vez más desconcertado—. ¿No me ha dicho que…?

—Le he dicho que no existe esa bomba, no que carezcan de un arma aún más terrible.

—¿Un arma más terrible que la bomba atómica?

—Así es.

De pronto Steiner se puso nervioso, como si hubiera hablado demasiado. Miraba hacia las puertas y tamborileaba con los dedos en la mesa, rehuyendo a Menchaca.

—¿Qué arma es esa? —preguntó el español, echando el peso del cuerpo hacia delante.

—No…, no puedo decírselo.

—Necesito saberlo.

—No lo entiende —repuso el genio, bajando la voz y mirando las puertas por encima del hombro del español—. Aquí nadie sabe nada de eso. Si alguien se entera, me matarán. Y a mi familia también. No tenía que haberle dicho nada.

Steiner se puso en pie muy alterado, dispuesto a marcharse. Menchaca lo agarró por la muñeca.

—Su familia ha muerto, profesor.

—¿Cómo dice?

—Los alemanes han matado a su mujer Edith y a sus gemelas Aina y Shira. —Menchaca le confirmó la terrible noticia sin desviar la mirada de los ojos acuosos del genio—. Lo lamento mucho.

Steiner tardó unos segundos en darse cuenta de que el español hablaba en serio, y luego se desplomó sobre la silla. Menchaca pensó que había empalidecido aún más, si tal cosa era posible.

—Pero eso no es posible. Me lo prometieron. Si yo colaboraba, las cuidarían. —El genio dejó sus débiles protestas para preguntar con un rayo de esperanza—: ¿Está usted seguro?

Menchaca le hizo un rápido resumen de lo que les había contado el primer ministro Churchill, sin entrar en desagradables pormenores sobre el traslado y muerte de los familiares del genio a un campo de exterminio, nada más regresar Steiner a Alemania.

Cuando terminó, el español aguardó alguna respuesta, pero el abrumado científico no dijo nada.

—Usted hizo que viniéramos, profesor —dijo Menchaca, temiendo que el genio se encerrara en sí mismo, y le contó cómo sus enigmáticas palabras, repetidas por el profesor fugado a Inglaterra, los habían traído a Berlín.

—Ahora tiene que ayudarme. Debe contarme lo que está ocurriendo.

—¿Han venido hasta aquí por lo que dije? —preguntó Steiner, después de unos instantes tratando de asimilarlo todo.

El judío escondió la cabeza entre las manos y guardó silencio un rato largo, tanto que Menchaca, cada vez más impaciente, estuvo a punto de zarandearlo. Haciendo un gran esfuerzo por mantener la calma, el español echó un nuevo vistazo a su reloj: cuarenta y un minutos para la explosión.

—¿Se acuerda del profeta Moisés? —preguntó Steiner al fin.

⁂

Localizados los muros de carga y las columnas principales que aguantaban la estructura del edificio, Villar se aplicaba en apilar los explosivos que habían acarreado desde que abandonaran el Avro Lancaster en Stendal, tal y como le habían explicado durante su acelerada instrucción en Inglaterra. A su lado, Riggs no se atrevía ni a respirar viendo cómo el hosco guerrillero los adosaba en paquetes e introducía los detonadores, ajustándolos para que explotaran a la hora prevista.

De un lado a otro del laboratorio, en el que no se apreciaba presencia alguna, los dos hombres arrastraban las pesadas mochilas, que se iban vaciando con rapidez. Pronto no hubo más explosivo que colocar. Los fuegos artificiales estaban preparados para una única y sorprendente función.

Sin perder un momento, ambos bajaron al sótano y buscaron el almacén. En un laboratorio como aquel tenían que necesitar productos de todo tipo, y muchos de ellos serían inflamables o explosivos. En la mente de Cornín estaba la idea de abrir cuantos recipientes encontraran y esperar al resultado de las explosiones. Al fin encontraron una enorme sala donde se almacenaban tanques y botellas alargadas de metal con manómetros y conductos de todo diámetro. Cada una tenía un papel pegado con unas palabras en alemán. No perdieron tiempo en descifrarlas y las abrieron todas. El gas, que escapaba con un penetrante silbido, enseguida aconsejó huir de allí.

⁂

—¿El que liberó al pueblo judío? —preguntó Menchaca, confundido por el giro que tomaba la conversación.

—Mientras llevaba a cabo estudios sobre el sonar en la Universidad de Colombia hace diez años, descubrí el efecto de la sonoluminiscencia —comenzó a explicar el genio, ajeno a la confusión que sus palabras creaban en la mente del español—. ¿Sabe lo que es?

Menchaca asintió, mas el judío no le hizo caso y comenzó a explicar:

—Un ultrasonido produce una onda de presión en un líquido que, siendo oscilante y variable en el tiempo, causa en él campos oscilantes de velocidad. Como bien sabe, cuando un fluido es sometido a una velocidad alta, su presión en ese mismo punto baja.

—Teorema de Bernoulli —apuntó Menchaca, intentando adivinar dónde conducía todo aquello.

—Efectivamente. Esto origina un cambio de fase y se crean burbujas de vapor que son forzadas, por el disparo de los pulsos acústicos, a expandirse y contraerse rápidamente.

—Y la enorme compresión de los gases del interior de las burbujas —añadió Menchaca, nervioso, tratando de que el genio fuera al grano— genera altas temperaturas, con lo que se producen reacciones iónicas, lo que provoca emisión de luz: la sonoluminiscencia.

—Este efecto —continuó Steiner, ajeno a la impaciencia de su interlocutor, como si hablase consigo mismo—, para el que no encontramos ningún uso, me llamó mucho la atención y continué investigando por mi cuenta. Apliqué ultrasonidos de diferentes longitudes de onda, consiguiendo reproducir la cavitación en un tanque de agua pesada. Lo sorprendente fue que, si el tanque contenía una cantidad no muy grande de agua, en torno a cincuenta litros, cuando cavitaba, las burbujas causaban la sonoluminiscencia y rompían el agua.

—¿«Rompían» el agua?

—Sí, sí —respondió impaciente el genio, haciendo aspavientos—. El colapso por el que se creaba el plasma lumínico provocaba una extraordinaria liberación de energía que explotaba causando una potentísima onda. Tan solo una milésima parte de esta energía se convierte en luz. ¿Se lo imagina? El resto origina un pulso, una onda de choque que golpea el líquido y desplaza la masa.

—Disculpe, profesor —interrumpió Menchaca—. Usted habla de un experimento en un tanque de agua de cincuenta litros. Para lograrlo, el generador de ultrasonidos apenas necesitará una potencia de unos pocos vatios. ¿Qué peligro puede suponer eso? No es posible generar más potencia de ultrasonidos.

—Ese era el problema. Los cristales piezoeléctricos conocidos hasta ese momento no lo permitían. Estuve dando vueltas al problema. La única solución era descubrir un nuevo material que rindiera en torno a un noventa o noventa y cinco por ciento en la conversión entre energía eléctrica y mecánica.

Menchaca reflexionaba para sí. Un cristal piezoeléctrico es aquel que sufre una asimetría de carga al aplicársele un campo eléctrico. El material responde deformándose para compensar, emitiendo en el proceso una onda acústica. Pero la relación energía eléctrica utilizada onda acústica obtenida es muy baja, con lo que, en la práctica, no sirve de mucho. El asunto cambiaba si se lograba un mayor rendimiento. ¿Estaba sugiriendo Steiner que habían logrado desarrollar un cristal con una efectividad del noventa por ciento? ¡Aquello se antojaba inconcebible!

—Tardamos todo un año pero lo conseguimos —continuó con orgullo el genio—. La cerámica de titanato zirconato de plomo ofrece una relación del noventa y dos por ciento.

Menchaca se quedó con la boca abierta. ¡Noventa y dos por ciento!

—Bien. Como sabrá, aquel año dejé atrás mi patria —continuó Steiner y, bajando la voz, añadió—: Edith no quiso acompañarme, a pesar de mis ruegos. El caso es que dejé la investigación y hui a los Estados Unidos.

El español conocía el resto: los nazis habían reclamado su regreso chantajeándole con su familia, y Steiner había vuelto a Alemania para trabajar en una nueva arma.

—¿Sabe lo que es un tsunami? —preguntó de pronto el científico judío.

A Menchaca le corrió un escalofrío por la espalda ante la visión que se abría paso en su cerebro.

—Una ola gigante —continuó Steiner, sin esperar respuesta—, normalmente causada por terremotos, volcanes o la caída de meteoritos en el mar. Una ola devastadora. A su paso, todo desaparece. ¿Sabía que para los japoneses son causadas por la ira de Amemasu, espíritu de las aguas, en venganza por el maltrato que reciben los animales marítimos?

—¿Me está diciendo que ha inventado una máquina capaz de crear un tsunami? —preguntó alarmado el español, ignorando el comentario sobre la

leyenda nipona.

—Así es —respondió el genio, sin poder evitar mostrarse orgulloso con su creación, a pesar de la amenaza que esta suponía y de la brutal noticia recibida—. El «cavitador de ultrasonidos».

—Disculpe, profesor, pero me resulta imposible creerlo —dijo Menchaca, removiéndose inquieto—. Incluso con ese nuevo material del que habla sería necesaria una cantidad inmensa de energía que transformar…

—¡No! —protestó airado el genio—. ¿Es que no me ha escuchado? Fíjese en el sol. En nuestra estrella, los átomos de hidrógeno se juntan para formar átomos de helio. Como sabrá, en esta conversión hay una pérdida de masa. Es decir, el hidrógeno consumido pesa más que el helio producido, y esa diferencia de masa se convierte en energía según la teoría de la relatividad de Einstein. Por cada gramo de masa que se pierde se generan veinticinco mil kilovatios por hora.

—¿Adónde pretende llegar?

—Para la fusión de los átomos hacen falta altísimas temperaturas y enormes presiones, ¿no es cierto? —continuó el genio, sin atender al español —. En el núcleo del sol la temperatura asciende a quince millones de grados kelvin y la presión es inimaginable.

—Como en el interior de las burbujas…

—¡Exacto! Y si algo no falta en el mar es hidrógeno.

—Han conseguido fusionar átomos de hidrógeno mediante la cavitación… —dijo despacio Menchaca—. ¡Pero eso es imposible!

—No, no lo es. El resultado es que por cada diez toneladas de masa perdidas la energía obtenida es de un megatón.

Menchaca se quedó sin respiración. Su cabeza resolvía ecuaciones a toda velocidad, tratando de buscar un fallo en los cálculos de Steiner.

—Espere un momento, profesor —dijo Menchaca, que creía haber encontrado un resquicio en la argumentación—. La «nube» de burbujas que se crearía al cavitar el agua en torno al emisor de ultrasonidos impediría proyectar esa energía.

—¡Excelente deducción! —repuso Steiner, dándose una palmada en la pierna—. Ese problema nos ha retrasado bastante. Sin embargo, la solución resulta más fácil de lo que pueda pensar. El cavitador emite ultrasonidos en una frecuencia en la que no causa por sí mismo la cavitación, permitiendo que la onda avance hasta un punto donde se cruza con las ondas emitidas por otros cavitadores. Sincronizando los picos de las diferentes ondas, podemos sumar su amplitud…

—… consiguiendo una onda de una potencia incalculable… —intervino Menchaca, pensando furiosamente.

—Han construido una decena de un nuevo modelo de minisubmarinos, armados cada uno con un cavitador de ultrasonidos —explicó Steiner—. Si se colocan en semicírculo con una separación máxima entre ellos de un kilómetro y se apuntan todos los cavitadores hacia un mismo punto en el mar, causaremos…

—Un tsunami que se dirigirá a la costa enemiga, devastando cuanto encuentre —terminó Menchaca, espantado.

—Y Yahvé dijo a Moisés —recitó el científico, entrecerrando los ojos—: «Extiende tu mano sobre el mar, y las aguas volverán sobre los egipcios, sobre sus carros y sobre los guerreros de los carros. El Proyecto Moisés».

—¡Están esperando la invasión! —dijo Menchaca, hablando para sí mismo.

—Exactamente. Hitler sabe que será a finales de esta primavera. Cuando americanos y británicos tengan todas sus naves y hombres en la costa, preparados para iniciar el ataque, utilizará mi arma y el ejército aliado será aniquilado. Como si nunca hubiese existido.

El escenario descrito por Steiner resultaba aún más apocalíptico de lo que Menchaca se hubiera atrevido a imaginar. Mientras que el radio de acción de una bomba atómica podría estar en torno a diez kilómetros, el de un tsunami sería mucho mayor, sobre todo en la costa, donde estarían los soldados aguardando para embarcar. Si con una bomba quizá se pudiera salvar algo, la mortífera ola no dejaría nada a su paso.

Además, en el mejor de los casos, los alemanes apenas habrían obtenido el suficiente material radioactivo como para fabricar una sola bomba. En cambio, con los submarinos dotados de cavitadores, podrían atacar cuantas veces quisieran y sin ponerse en peligro, ya que los submarinos serían capaces de iniciar la ofensiva relativamente cerca de sus propias costas, dado que la veloz onda asesina se desplazaría a gran distancia.

Los nazis estarían en disposición de eliminar cualquier resistencia que se atreviera a oponérseles, siempre que su localización estuviera cerca de la costa. Podrían acabar con las flotas navales de todo el mundo.

Y no solo objetivos militares, se dijo angustiado el español; Londres, donde ahora vivían su mujer e hijo, tenía un grave problema con el Támesis y sus crecidas, como se había podido comprobar años atrás, cuando las aguas habían dejado decenas de cadáveres. De hecho, había estudios para construir un dique que cerrara el río y evitar inundaciones. ¿Qué pasaría si los nazis

apuntasen su revolucionaria arma contra la bocana del río? Que la ciudad desaparecería. Y tras ella, otras muchas.

—Dígame, profesor, ¿dónde esconden esos submarinos? —preguntó Menchaca, con el corazón encogido.

—No tengo la menor idea —confesó Steiner encogiéndose de hombros—. Sé que es una cueva bajo el nivel del mar, de paredes de roca rojiza. Es lo único que sé. Me llevaron con los ojos tapados en un avión y permanecí encerrado hasta acabar mi trabajo. Después me trajeron aquí en otro avión. Lo siento, pero no puedo ayudarlo.

—Hay que largarse —interrumpió Gardner, asomando por la puerta—. Todo está preparado.

—Tenemos que llevarnos al profesor —respondió Menchaca, acercándose al sicario con tono preocupado, sin dejar de mirar el reloj.

—¿Te has vuelto loco? ¡Esto va a saltar por los aires! —repuso Gardner y, señalando al científico, que sentado a la mesa parecía no entender lo que estaba ocurriendo, añadió—: Míralo, casi no puede andar. ¿Cómo quieres que nos lo llevemos?

—No lo sé —confesó Menchaca, manteniendo el tono bajo para que Steiner no pudiera escucharlos—. Ni siquiera sé si está en sus cabales, pero tengo que seguir hablando con él. Si lo que dice es cierto, estamos jodidos.

—Nos quedan diecinueve minutos —gruñó Villar, asomando en ese momento la cabeza por las puertas dobles del comedor—. Hay que salir ya.

Entre Gardner y Menchaca levantaron al cada vez más confuso Steiner y lo arrastraron casi en volandas hacia el pasillo. Fuera, aguardaban impacientes Villar y Riggs, armados con los subfusiles MP40 robados a la guarnición. No dijeron nada al ver al inesperado invitado.

—Iremos más rápidos si alguien lo coge de las piernas.

Riggs le dio su arma a Cornín y agarró una pierna del científico con cada mano, colocándoselas en torno a la cintura, como si de los palos de un carromato se tratara, ignorando las atribuladas protestas del pobre hombre.

El grupo echó a correr por los pasillos. Ya no importaba el ruido, sino escapar rápido de allí. De una de las puertas salió un soldado, alarmado por el estruendo de la carrera, y Gardner, sin detenerse, le metió una bala en pleno rostro.

—*Achtung! Achtung!*

Enseguida empezaron a escucharse gritos y golpes por todos lados. El comando no se paró a ver qué sucedía; aceleró. Ya estaban cerca de las

escaleras para subir a la planta baja. Doblaron el último recodo y enfilaron el largo pasillo.

Las puertas se abrían a su paso y asomaban soldados y científicos con bata blanca. Villar no se entretuvo en distinguirlos y, con un subfusil en cada mano, escupió una cortina de balas por todo el pasillo para abrirse paso. Después dejó pasar a sus compañeros para enfrentarse a los perseguidores desde la retaguardia.

Sonaron más disparos ensordecedores. Los alemanes disparaban sin saber muy bien a quién, y las balas se incrustaban en techos y paredes.

Al pie de las escaleras que subían a la planta baja, una bala perdida alcanzó a Gardner en el hombro derecho, derribándolo. Menchaca se hizo con el peso del genio judío; mientras, Villar disparaba con una mano y con la otra levantaba al sicario.

—Deme, profesor —dijo Riggs, cogiendo en brazos a Steiner como si fuera una pluma—. Yo lo llevaré.

Menchaca pasó el brazo del sicario por sus hombros y lo arrastró escaleras arriba, mientras Villar barría el pasillo con una lluvia de balas. Los alemanes se parapetaron tras las puertas y asomaron sus armas para repeler el ataque.

El último en salir fue el guerrillero. Lo hizo colgándose los dos MP40 a la espalda y cerrando las pesadas puertas, que convertían el sótano en un búnker insonorizado, antes de bloquearlas encajando el travesaño.

Por el edificio había comenzado a sonar el lamento de una alarma, y de la entrada principal llegaban furiosos golpes y apagados gritos. La patrulla apostada en el exterior cargaba contra los cerrados portones y, aunque estos se mostraban recios, no tardarían en caer bajo el impulso.

Subieron sin demora las cuatro plantas por la enorme escalinata. Riggs corría con Steiner en brazos. Detrás, arrastrando a Gardner, Menchaca y Villar, que cojeaba por un tiro en el muslo, trataban de no quedarse atrás.

—Se está muriendo —dijo un jadeante Riggs en cuanto sus compañeros asomaron por el tejado.

Menchaca miró a Steiner, al que le salían espumarajos sanguinolentos por la boca. En la espalda tenía varios agujeros. Debían de haberlo alcanzado mientras huían por los pasillos del sótano.

—Deberíamos dejarlo aquí —señaló Gato.

—Nos retrasará.

Faltaban cuatro minutos para la una de la madrugada. Los detonadores británicos que Villar había colocado eran bastante precisos, pero podrían no

ser lo suficientemente exactos. Aquel edificio estaba a punto de venirse abajo. Tenían que abandonar el tejado de inmediato.

Menchaca dejó que Villar cargara con el peso de Gardner y, angustiado, se agachó para examinar al genio judío.

—Está muerto —dijo Cornín imperturbable—. Vámonos.

El profesor español se aferraba a la remota posibilidad de que a Steiner le quedara un hálito de vida, pero la situación era desesperada. Por el hueco de las escaleras ya se podía oír como los soldados se desplegaban por el edificio.

—Vamos, profesor —le dijo Riggs, tirándole del brazo—. Hay que irse. Esto va a saltar por los aires.

A regañadientes, Menchaca abandonó el cuerpo de Steiner y se acercó a la cuerda, donde Villar sostenía la cabeza de Gardner, que estaba tumbado en el suelo. La herida del hombro era peor de lo que pensaban y el sicario, con el rostro blanco cubierto de sudor, estaba a punto de perder el sentido.

Un maremágnum de gritos y órdenes llegaba desde el hueco de la escalinata, y también desde el patio del recinto que rodeaba el laboratorio. Los primeros focos habían sido encendidos y ya barrían la fachada. Los alemanes no sabían aún contra quién se enfrentaban y buscaban al enemigo desordenadamente.

Según las instrucciones recibidas, el profesor debía ser el primero en descender, pero, ignorando la orden, Menchaca mandó que ataran la polea del americano a la cuerda y lo descolgaron por la tirolina. Enseguida el profesor cerró su propio mosquetón y se arrojó al oscuro vacío. Segundos más tarde fue Villar. Riggs lo siguió sin esperar. Los soldados ya daban vueltas por el tejado, llamando a gritos a sus compañeros muertos, e iluminaban con sus linternas todos los rincones.

⁂

Desde el edificio de enfrente, Von Weizsäcker había hecho con la linterna la señal establecida, para indicar a los del camión que el grupo del tejado estaba a punto de iniciar el descenso. De inmediato la lona de la caja fue retirada para facilitar la llegada. Con el corazón en un puño, el teniente presenció el brusco abordaje de sus compañeros, entre gritos y disparos. Los soldados habían descubierto a Riggs cuando estaba a punto de comenzar el vertiginoso descenso y le habían dado el alto, a la vez que abrían fuego.

⁂

Brown y Pickeray habían retirado a tiempo la lona para facilitar el descenso de Gardner y lo liberaron del arnés rápidamente. El sicario estaba inconsciente y la sangre de su hombro le empapaba la ropa. Instantes después era Menchaca el que aterrizaba, soltándose sin ayuda. Villar se demoró un poco más y, sin dar tiempo a este de desengancharse, asomó Gato, que chocó contra el guerrillero español.

Estaban todos a bordo y las balas llovían por encima del vehículo. Sin perder un instante, tendieron la lona. La cuerda aún anclaba el vehículo y su tensión no permitía a Villar soltar el polipasto. Sin dudar un momento, Cornín sacó su cuchillo y la cortó. Weidenfeld, que ya tenía el motor encendido, pisó el embrague, metió la marcha con fuerza y aceleró.

Las alarmas aullaban. Los alemanes disparaban desde el tejado, mientras los focos iluminaban el camión. El blanco que ofrecía era aún escaso, protegido como estaba por el muro, pero, en cuanto se separase de este, los soldados podrían afinar la puntería.

—¡Sáquenos de aquí, sargento! —gritó Brown desde la cartola.

A Comadreja no le hizo falta que lo azuzaran. Encogido sobre sí mismo y maldiciendo a voz en cuello, giró el volante y aceleró a fondo. Varias balas agujerearon el techo de la cabina, impactando contra el relleno del asiento, peligrosamente cerca de él.

En la parte de atrás, los hombres se golpeaban contra los costados del vehículo, zarandeados por las sacudidas. Se habían cubierto con los cuerpos de los dos soldados muertos y, hechos un ovillo, no se atrevían siquiera a abrir los ojos.

Weidenfeld se adentró por una calle perpendicular perseguido por las balas. Justo antes de girar, había visto los focos de uno de los camiones que habían iniciado la persecución. De frente, se encontró con Von Weizsäcker, que llegaba corriendo. Comadreja no redujo la velocidad, obligando al teniente alemán a subir de un salto al estribo y sujetarse al espejo retrovisor, antes de abrir la puerta del copiloto y poder meterse dentro de la cabina.

—¿Me querías dejar atrás? —protestó en cuanto logró sentarse.

—¿Qué pretendías que hiciese? —contestó Weidenfeld, dando otro volantazo—. ¡Tenemos a todo tu maldito ejército pegado al culo!

Nada más doblar la siguiente esquina, escucharon una potente explosión. Un horripilante rumor anunciaba que el edificio se desplomaba, enterrando vivas al centenar largo de personas atrapadas bajo los escombros.

Aún hubo otras explosiones, más atenuadas, provocadas por los gases liberados en el sótano del laboratorio, que al inflamarse engendraron un infierno abrasador. Una muerte realmente espantosa para los desgraciados que habían quedado atrapados allí abajo.

Sin tiempo para lamentar la suerte de aquellos infortunados, Comadreja continuó su conducción errática, destinada a dejar atrás a sus perseguidores. Fue dando volantazos a derecha e izquierda por distintas calles, hasta asegurarse de que ya los habían perdido de vista.

—¡Coronel! —gritó hacia la parte trasera—. Les hemos dado esquinazo, pero convendría que nos deshiciéramos de este trasto. Han alcanzado uno de los neumáticos y, si continuamos, podríamos meternos en una calle cortada.

—Está bien, Weidenfeld. Trate de esconder el camión lo mejor que pueda.

Weidenfeld encontró una calleja con la calzada destrozada por un enorme boquete. Subiéndose a la acera, hizo saltar el agujereado vehículo por encima de los escombros de la fachada de uno de los edificios se adentró en el interior.

Siguiendo instrucciones de Brown, los baqueteados hombres saltaron del camión, recogieron todo cuanto encontraron y lo arrojaron sobre el vehículo, en un intento de dificultar a los soldados alemanes su localización.

Por todos lados se escuchaban las sirenas de alarma. Soldados y civiles corrían por las calles junto a los camiones de los bomberos. El cielo, una noche más, estaba iluminado con el color naranja del fuego, pero, para sorpresa de los atónitos alemanes, sin que mediara esta vez un ataque de bombarderos.

En silencio, los autores de aquel amanecer artificial se dispersaron, mezclándose entre los curiosos, camino del piso franco, donde volverían a reunirse.

Capítulo XXIII

Jueves, 13 de abril de 1944
Berlín, Alemania

Brown entró en el piso franco cerrando la puerta rápidamente a su espalda, para evitar que pudieran escucharlos desde fuera. Aunque los hombres hablaban en voz baja, el idioma los delataba, y en Berlín había demasiados curiosos dispuestos a informar a las autoridades.

El coronel era el último en llegar. Tras ocultar el camión del ejército en el ruinoso edificio, los miembros del comando se habían alejado rápidamente cada uno por su lado. Brown había sido el primero y, después de deslizarse por las calles, había llegado al edificio del piso franco escondiéndose entre las sombras en la esquina de enfrente, a la espera de que aparecieran sus hombres.

Detrás de él habían llegado Villar, que aún cojeaba por la bala que le había rozado el muslo, y Menchaca. Sujetándolo uno por cada brazo, llevaban a Gardner, que aun habiendo recuperado el conocimiento estaba demasiado débil como para caminar. El extraño grupo se había comportado como si uno de ellos se hubiera pasado con la bebida y sus compañeros lo acompañaran a casa.

La llegada de Riggs había sorprendido al oficial americano. Gato, con sus ropas oscuras, sabía aprovechar la noche para escurrirse sin delatar su presencia. El capitán británico asomó instantes después. Sabiendo que su envergadura lo delataba, ni siquiera había intentado pasar desapercibido, sin detenerse al portal.

Los últimos habían sido Von Weizsäcker y Weidenfeld, que, al amparo de sus uniformes alemanes, caminaban charlando en alemán como dos soldados libres de servicio.

Aún había esperado el coronel un buen rato para asegurarse de que ninguno de sus hombres había sido seguido y, pasado un tiempo que se le antojó prudencial, cruzó la calle y entró en el edificio.

En el interior del piso se notaba un ambiente electrizado. Habían tumbado a Gardner en un camastro, y era atendido por Menchaca y Pickeray, que le habían quitado la chaqueta y cortado la camisa, y se dedicaban a limpiar la herida.

Villar, apartado del resto, se curaba su propia herida. No parecía grave. La bala había entrado y salido. El solitario guerrillero no había querido que nadie le echara una mano y, tras limpiar la herida con un poco de agua, improvisó una venda con un trozo no demasiado sucio de camisa, ajustándosela con un cinturón, sin mostrar signos de dolor.

Weidenfeld, Riggs y Von Weizsäcker miraban las evoluciones del profesor sentados en el suelo. Se les veía agotados. Riggs se lamía un dedo que se había pillado al ajustar el mosquetón al foco del tejado del laboratorio, y Comadreja sonreía abiertamente, como si no creyera que pudieran seguir vivos después de llevar a cabo lo que él había calificado siempre como una misión suicida.

—¿Cómo está? —preguntó Brown, acercándose al camastro.

—No muy bien —contestó Menchaca—. La bala le ha atravesado una vena y está alojada en el hombro. Ha perdido mucha sangre.

—¿Puede sacársela?

—Lo intentaré —contestó Menchaca, recordando sus tiempos en las trincheras españolas—. Necesitaré agua caliente, vendas limpias, un cuchillo bien afilado y desinfectante. Me vendrían bien unas pinzas. También hilo y una aguja.

—Weidenfeld, ¿cree que puede conseguir todo eso?

—¿Ahora? —preguntó Comadreja, que se había apoyado contra un tabique y había cerrado los ojos.

—Cuanto antes le quitemos la bala, mejor —dijo Menchaca.

El estraperlista se levantó del suelo y se metió en la cocina. Cogió un puchero de una repisa y abandonó la casa. Las cañerías estaban dañadas y los vecinos tenían que bajar al portal para procurarse agua de la toma general.

—¿Qué tal se encuentra, Villar?

—No es nada —contestó el hosco asturiano apretando el cinturón, que ya le había cortado la hemorragia.

Brown levantó lo que quedaba de una cómoda de madera noble y la arrastró, tratando de no hacer ruido, hasta el camastro. Menchaca apretaba un trozo de tela empapado de sangre contra la fea herida de Gardner.

Se alarmaron al escuchar dos golpes suaves en la puerta. Villar se levantó de un salto, empuñando su cuchillo. Solo se trataba de Comadreja, que

entraba con las manos ocupadas. Traía el puchero y dos botellas de cristal. Sin abrir la boca, pasó a la cocina y encendió el gas, sobre el que puso el puchero. Se quitó la camisa, arrancó una manga y, cuando el agua se puso a hervir, la introdujo en el puchero.

Después de dejar cocer la tela un buen rato, la sacó con un cuchillo, esperó a que se enfriara y la rasgó en varios paños.

—Tome, profesor. Agua caliente, vendas, una botella de agua fría para darle de beber, un cuchillo afilado y una botella de *schnapps* que servirá de desinfectante. Tendrá que arreglárselas sin pinzas.

—¿Has podido conseguir aguja e hilo?

—Espere un momento. En una de las habitaciones he visto una caja de costura.

—Bien. Cuando la encuentres, quémala y empapa el hilo en el *schnapps* para que se desinfecte. Ayúdenme a darle la vuelta.

Con mucho cuidado, movieron al sicario. Mientras Von Weizsäcker alumbraba la herida con su linterna, Pickeray vertió un chorro del aguardiente alemán sobre la misma y la limpió con un paño. Después, Menchaca palpó la carne hasta situar la bala, cogió el cuchillo que Weidenfeld había desinfectado al fuego y practicó una incisión.

Diez minutos después, el rostro sudoroso del español se iluminó con una sonrisa cuando apareció la retorcida bala por la abertura practicada. Pickeray se apresuró a rociar la herida con otro chorro generoso de alcohol y la tapó con un paño nuevo para que no sangrara.

—¿Tiene la aguja?

Weidenfeld extendió una aguja ennegrecida con un hilo enhebrado empapado en alcohol. Menchaca la cogió y se concentró en dar unos resistentes puntos de sutura.

—Quizás esto le sirva —dijo Comadreja cuando el profesor hubo terminado, mostrando una bolsita con unos polvos blancos.

—¿Sulfanilamida? —preguntó Menchaca asombrado—. ¿De dónde la has sacado?

—Me la traje. Pensé que quizá pudiera servirme.

Menchaca abrió la bolsita y echó los polvos desinfectantes sobre la herida. Después la tapó y colocó unas tiras de tela para mantener la improvisada venda en su sitio.

—Hay que dejarlo dormir. No se puede hacer más.

—De acuerdo —contestó Brown—. A todos nos vendrá bien dormir un poco. Yo haré la primera guardia. Aprovechen para descansar.

Pickeray se tumbó en el suelo, como había hecho Riggs, cerró los ojos y se durmió. Villar hizo otro tanto cerca de una ventana, y Von Weizsäcker, que no había abierto la boca desde que llegara al piso franco, abrumado por el peso de la traición a su país, apoyó el respaldo de la silla en la que estaba sentado contra una esquina y cayó dormido.

Weidenfeld bebía de la botella de agua sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, echando una mirada ávida a la de *schnapps*, aunque sabía que Brown no le dejaría beber alcohol.

El coronel americano se acercó a otra ventana, cegada por los cristales pintados, y se acuclilló para ponerse a la altura de Menchaca, que estaba sentado en el suelo con la cabeza enterrada entre las manos y los codos apoyados sobre las rodillas.

—Está bien, profesor. Dígame, ¿qué es lo que ocurre? —preguntó, bajando la voz.

—Un desastre —contestó Menchaca sin levantar la cabeza, y repitió—: un desastre.

—¿De qué está hablando? —preguntó Comadreja, que lo había oído.

Menchaca dio un suspiro, pasándose una mano por la cabeza. A su alrededor, los exhaustos hombres despertaban al escuchar las voces, intuyendo que algo iba mal.

—¿Qué sucede? —preguntó Brown.

—Hablé con el profesor Steiner —dijo el español—. Me confesó que los alemanes aún están lejos de conseguir la bomba.

—Eso es lo que opinaban los científicos americanos —apuntó Pickeray, tan extrañado como los demás.

—Según Steiner —explicó Menchaca, mirando al techo de la estancia—, aún necesitarán bastante tiempo para poder fabricarla.

—¿Hemos venido hasta aquí para nada? —saltó Weidenfeld.

—¿Y dónde está el problema? —preguntó Brown, haciendo un gesto para que Comadreja guardara silencio.

—Hay otra arma.

Un denso silencio acogió la funesta noticia. Los hombres se miraban entre ellos sin comprender, esperando a que el profesor se explicara.

—¿Qué es eso de que hay otra arma? ¿Qué arma? Hay miles de armas. ¿De qué arma estás hablando? —alzó la voz Weidenfeld, ignorando la orden del coronel.

—Déjelo hablar —ordenó Brown, repitiendo el gesto para que el estraperlista guardara silencio.

—Todo esto empezó porque yo interpreté unas palabras de Steiner que un científico fugado de Alemania me trasmitió —dijo Menchaca, mirando a sus expectantes compañeros. No todos conocían toda la historia—. Aquello me inquietó, y por eso pedí ayuda al capitán para ponerme en contacto con el Alto Mando aliado.

Pickeray asintió cuando los rostros se giraron hacia él. Hasta el momento, los comandos habían creído que la presencia del enorme capitán inglés se debía exclusivamente a una elección de Brown.

—El Alto Mando tenía sus dudas sobre mis sospechas. Como ha dicho el capitán, nuestros científicos piensan que los alemanes van retrasados en su programa atómico. Pero prefirieron averiguar cuánto de verdad había en el asunto; para eso nos mandaron, y ese era el motivo por el que yo debía hablar personalmente con el profesor.

Los hombres se incorporaron para escuchar lo que sospechaban iba a resultar una larga explicación con un final desagradable.

—Como he dicho, esta noche Steiner me ha confirmado que aún no tienen la bomba. Pero sus palabras, aquellas que me alertaron y que yo supuse estaban motivadas por el logro del artefacto atómico, se referían a otra arma, y esta sí es operativa, aunque aún no han hecho uso de ella.

—¿Qué tipo de arma? —preguntó Brown con tono tranquilo.

—Sería largo de explicar —dijo Menchaca, moviendo las manos como para indicar que no quería aburrirlos con incomprensibles detalles técnicos—. Básicamente, lo que los alemanes pretenden es generar una ola gigantesca que arrase nuestras naves, aniquile a nuestros ejércitos y diezme la población civil. Un arma con una capacidad de destrucción inigualable, y que podrían usar repetidas veces.

Los comandos se quedaron atónitos. La noticia era aún más grave de lo imaginado.

—¿Una simple ola podría hacer todo eso que ha dicho? —repitió Weidenfeld incrédulo.

—Una inmensa ola —corrigió Menchaca—. En realidad, estas olas existen. Los japoneses las llaman tsunamis, aunque no son habituales, y menos aún en nuestras costas. Son más propias del océano Pacífico. Su poder destructivo es inimaginable, y no se pueden detener. Una ola de este tipo puede alcanzar más de treinta metros de altura y desplazarse a una velocidad de setecientos kilómetros por hora.

Los datos fueron acogidos con estupefacción. ¡Nada podía moverse a semejante velocidad! ¿De qué estaba hablando el profesor?

—Por muchos daños que provoque —dijo Weidenfeld, poniendo voz a los pensamientos de sus compañeros—, una ola no puede destruir un ejército.

—Sí que puede —contradijo Menchaca—. Un tsunami no es una ola normal. Las olas a las que estamos acostumbrados son ondas en el mar. Suben y bajan, pero no mueven una masa de agua, ¿lo entendéis? Por eso, si lanzas una pelota al mar, esta sube y baja, pero casi no se desplaza. Un tsunami sí desplaza agua, una gran masa de agua, millones de toneladas. Cuando esta masa choca contra el suelo menos profundo de la costa, se eleva en una monumental ola que arrasa con todo, entrando kilómetros tierra adentro. Es como si te golpeara una montaña líquida. Algunas islas de Japón han llegado a desplazarse varios metros tras ser barridas por un tsunami, y otras, literalmente, han desaparecido. Un tsunami no deja nada a su paso.

El comando trataba de digerir el espantoso panorama, imaginando, inútilmente, una ola de tales proporciones.

—Los alemanes lo llaman Proyecto Moisés.

—¿Proyecto Moisés? —repuso Weidenfeld, que aún no creía en aquella historia de olas asesinas—. ¿Moisés no era judío?

—El que liberó a los judíos de la esclavitud de los egipcios —asintió Menchaca.

—¿El de las plagas? —preguntó Pickeray, que recordaba algo de su educación religiosa.

—El mismo —respondió Menchaca—. Cuando Moisés logró que los egipcios liberaran a su pueblo, los condujo hacia la Tierra Prometida. Para ello tuvo que cruzar el mar Rojo. Según la Biblia, Dios separó las aguas y su pueblo pudo cruzar sin mojarse los pies. Pero el faraón se arrepintió de haberlos dejado marchar y los persiguió con su ejército. Cuando los judíos estaban terminando de cruzar el cauce, los soldados egipcios fueron detrás.

—Y las aguas se cerraron —dijo el capitán inglés, haciendo memoria.

—Cierto. Así Dios aniquiló a quienes intentaban hacer daño a su pueblo.

—Nosotros somos ahora los egipcios —aventuró Riggs.

—Sí, y los alemanes son ahora los judíos —concluyó Menchaca, pensando en la ironía de la situación y del nombre escogido para el proyecto: el mismo que había salvado al pueblo judío iba a esclavizarlo de nuevo.

Todos guardaron silencio, sumidos en negros pensamientos.

—¿Es esto posible? —preguntó Brown.

—Lo desconozco —admitió Menchaca, encogiéndose de hombros—. El profesor Steiner había cambiado mucho desde que yo lo conociera. Había

envejecido y parecía confuso. No sabía dónde se encontraba y su sentido de la realidad estaba notoriamente alterado.

—¿Y vamos a hacer caso a un loco que hablaba de olas gigantescas y de ejércitos engullidos por la magia de un profeta muerto hace miles de años? —protestó Weidenfeld incrédulo.

—¿Usted cree que esto es posible? —le preguntó Brown a Menchaca, sin hacer caso de las protestas de Comadreja.

—Nunca había oído hablar de nada así —confesó Menchaca, levantando las cejas—. Como he dicho, los tsunamis existen. Si los alemanes saben cómo provocar uno, es algo que se escapa a mi imaginación. Los datos que me dio Steiner parecían correctos, igual que sus cálculos.

—Entonces, usted le da crédito.

—Cuando hablé con el Alto Mando aliado, el primer ministro británico me hizo la misma pregunta. Yo le contesté que no sabía qué pensar, pero que siendo sus posibles consecuencias tan devastadoras justificaban, a mi entender, el que se tomara en serio.

—¿Alguien conoce, fuera de Alemania, este proyecto?

—No lo sé. Me temo que no. Steiner fue muy conciso en este punto. Parece ser que el Proyecto Moisés tiene muchos detractores entre la cúpula nazi y se está llevando a cabo en el máximo secreto.

—Así que nuestro Alto Mando no es consciente del peligro.

—Eso creo.

—Bueno —interrumpió de nuevo Comadreja—, pues regresamos a casa, se lo decimos y ya está. ¿Cuál es el problema?

Nadie contestó. Todos se limitaron a mirar a Brown. Hasta el momento, eufóricos como estaban, nadie había querido pensar en cómo regresarían. Dado que nadie sabía de su presencia en Alemania, el submarino prometido difícilmente sería enviado y, de hacerlo, tendrían que permanecer escondidos varios días antes de iniciar un peligroso viaje a través del país.

Ahora que ya habían cumplido su misión, en la que nadie había puesto demasiadas esperanzas, era momento de pararse a pensar en las posibilidades reales de salir de allí.

—Es necesario hacerles llegar esta información —dijo Pickeray.

—Es urgente —añadió Menchaca.

—Y muy peligroso —terminó Brown pensativo—. ¿Steiner le dijo en qué consiste esa arma y dónde la guardan?

—La componen una flotilla de diez pequeños submarinos —explicó Menchaca—. Cuando la utilicen, alinearán los submarinos y dispararán el

arma. La ola entrará por el canal de la Mancha, para chocar con la costa del sur de Inglaterra, donde están acantonadas nuestras tropas, y arrasará todo a su paso.

—¿Por qué no han usado ya el arma, si la tienen disponible? —preguntó Weidenfeld, tratando de desmontar los argumentos del profesor.

—El factor sorpresa —opinó Pickeray—. La primera vez el ataque será inesperado. Querrán aguardar a que todas nuestras tropas y naves estén reunidas en los puertos. Si lo que el profesor teme es cierto, en un único ataque nos aniquilarán. Harán falta años y mucho dinero para recuperarse del desastre.

—Así es. Y habrá cientos de miles de muertos. El golpe moral será aún más grave que el material. Algo así, coronel, obligaría a su país a replantearse la guerra. Recuerde que sus conciudadanos no estaban dispuestos a tomar parte en este conflicto. Si miles de sus jóvenes mueren, llegarán a un acuerdo con Hitler y se mantendrán al margen.

—Eso supondría el fin para los británicos —dijo Pickeray, muy preocupado—. Estaríamos solos ante ese loco.

—Bueno, pues asunto terminado. Nos ponemos en marcha, volvemos a Inglaterra, informamos al Alto Mando y asunto resuelto —quiso zanjar Comadreja con su voz cavernosa.

—No será fácil —repuso Menchaca, ante el silencio de los demás—. Y quizá no lleguemos a tiempo. ¿No le parece, coronel?

—No, no será fácil —admitió Brown—. Nuestras tropas están cerca de finalizar el acantonamiento. El ataque podría resultar inminente.

—Démonos prisa entonces —dijo Weidenfeld con cierta desesperación, temiéndose lo peor.

—¿Dónde están esos submarinos? —preguntó Brown, obviando las palabras del estraperlista.

—No lo sé —confesó Menchaca con un suspiro—. En algún lugar del mar del Norte, imagino. Steiner habló de una cueva con salida al mar, pero no pudo ver nada, ni cuando lo llevaron ni cuando lo trajeron.

—¿Una cueva? —protestó Weidenfeld—. Habrá miles.

—No tantas. Aquellas costas son bastante planas y la cueva necesita altitud.

—El Alto Mando tiene buenos mapas y gente que sabe de estas cosas. Dejémoselo a ellos. Nuestra misión es volver cuanto antes y dar el aviso. Para nosotros, la guerra ha terminado.

—Aún no, Weidenfeld —dijo Pickeray—. No podemos correr el riesgo de que la información se pierda con nosotros.

Al oficial británico no le hizo falta ser más explícito para que los hombres entendieran qué quería decir.

—¿Y qué pretende? ¿Que vayamos a buscar la maldita cueva? Ya hemos hecho más de lo que se esperaba de nosotros. Ese era el trato. Hemos terminado.

—Weidenfeld tiene razón —dijo Brown, cortando la airada respuesta que iba a dar el capitán—. No se obligará a nadie. Todos ustedes han corrido un grave peligro y, como dice Weidenfeld, han hecho más de lo que se les podía pedir. Se han ganado con creces todo cuanto se les prometió.

—¿Y qué hacemos, coronel? —preguntó Pickeray alarmado—. Si no llegamos a tiempo, será nuestra perdición. Y, aunque lo hagamos, el Alto Mando no tendrá tiempo de preparar un contraataque.

—Lo sé, capitán —contestó el coronel, tratando de apaciguar los ánimos —. Quienes quieran regresar lo harán y darán aviso del peligro. Yo buscaré esa cueva y trataré de neutralizar el ataque con quien quiera acompañarme.

—Yo iré con usted —respondió inmediatamente Pickeray.

—Y yo también —dijo Menchaca.

—Gracias. ¿Villar?

El asturiano, que no se había movido de la cómoda desde que Brown entrara en el piso, se limitó a hacer un breve movimiento de asentimiento con la cabeza, sin soltar la cazoleta de su pipa.

—¿Teniente?

Von Weizsäcker, sentado en el suelo con las rodillas dobladas, los brazos sobre estas y la cabeza apoyada sobre los antebrazos, no respondió. Libraba su propia batalla interior. Había accedido a colaborar con Brown confiando en que, de esta manera, el fantasma de Eva dejaría de torturarlo. Sin embargo, para su sorpresa, ya consumada la traición, aún era incapaz de recobrar el recuerdo de su prometida sonriendo. Solo veía su rostro esquelético y la mirada vacua en cuanto cerraba los ojos. Todo aquello no había sido suficiente para redimir su culpa.

—Iré —dijo finalmente Von Weizsäcker, tratando de espantar al fantasma de Eva.

—¿Riggs? ¿Weidenfeld?

—¡Por supuesto que no! —dijo Comadreja, levantando su voz ronca—. ¡Están todos locos! Yo no pienso ir a ninguna parte. Venga, Tommy, larguémonos.

Para sorpresa del estraperlista, el tímido ladrón no contestó. Sentado en el suelo y con la cabeza enterrada entre las manos, Gato se debatía en su interior. Acababan de esquivar a la muerte tras un ataque suicida a un laboratorio fuertemente defendido por soldados bien armados, sin que hubiera servido para nada, y ahora se le pedía que volviera a arriesgar su vida. Aquello no era justo. Sentía que había dado más de lo que se le había pedido y de lo que debía.

Sin embargo, en sus oídos no dejaba de sonar la canción infantil que los niños del hospital entonaban mientras los soldados los subían al autobús donde pretendían gasearlos, y sus ojos, fuertemente cerrados por la desesperación, le traían el rostro horrorizado de la granjera, que había sido su amante por unas pocas e intensas horas, cuando era arrastrada detenida por la policía.

Aquellas eran unas voces que nunca más se dejarían oír, y Riggs sentía que debía hablar por ellas. Sin abrir los ojos, con tono grave pero firme, afirmó:

—Cuente conmigo, señor.

—¿Qué? —preguntó Weidenfeld, fulminando al ladrón con la mirada, antes de dirigirse a los demás—: ¡Están todos locos, van a hacer que los maten! Conmigo no cuenten.

—De acuerdo —dijo Brown—. Gracias a todos. Weidenfeld, no creo que tenga usted problemas para regresar. Nos ha demostrado a todos que sería capaz de hacerlo en el avión privado de Hitler.

Nadie se rio con la broma, y evitaron mirar a la cara al enojado estraperlista.

—¿Y qué pasa con lo que se nos prometió? Si me presento allí con las manos en los bolsillos, me someterán a un consejo de guerra.

—Espere nuestro regreso y cumpliré mi palabra.

—¿Su regreso? ¡Están todos muertos! ¡Maldita sea!

—¿Cómo encontraremos la cueva? —preguntó Pickeray cuando Comadreja salió de la estancia hacia la cocina, hecho una furia.

—Steiner dijo que las paredes eran de piedra rojiza. Era lo único que pudo ver. Lo trasladaron en avión, así que pudiera tratarse de una isla.

—Una isla en el mar del Norte —dijo Pickeray con un suave silbido—. Será como encontrar una aguja en un pajar.

—No —intervino de repente el piloto alemán—. Creo que sé dónde esconden esos submarinos.

Todos lo miraron con sorpresa.

—Conozco bien la costa. Como ha dicho antes el profesor, desde Normandía hasta Dinamarca el suelo marino tiene poca profundidad, no hay sitio para una cueva. Además, está el color de la roca. Tiene que ser Helgoland, una base de submarinos en el mar del Norte, a setenta kilómetros de la orilla alemana.

—¡Helgoland! —dijo Menchaca, como si se le hubiese encendido una luz —. Allí fue donde Heisenberg dio con los cálculos para su mecánica de matrices. Tendría sentido.

—La isla es un lugar donde la clase alta alemana acostumbra a pasar las vacaciones. Yo la he visitado un par de veces con mi familia. Tiene cuevas y túneles que se utilizaron en la Gran Guerra.

—¿Está seguro, teniente?

—Todo lo seguro que se puede estar, señor. Tiene que ser Helgoland.

—Está bien —repuso Brown—. Berlín está a trescientos cincuenta kilómetros de la costa. Tenemos que pensar cómo llegar hasta allí. ¿Sugerencias?

—Podríamos coger el tren hasta Hamburgo —apuntó Menchaca.

—Imposible —repuso Von Weizsäcker—. Las estaciones están muy vigiladas. Tuvisteis suerte desde Stendal por no llegar hasta Berlín. Además, hicisteis menos de cien kilómetros. Ahora será casi tres veces más, y los controles serán muy numerosos.

—Después de lo que hemos hecho esta noche, los alemanes estarán deseando echarnos el lazo —añadió Brown.

—¿Por qué no utilizamos el camión? —preguntó Riggs.

—Las carreteras también están muy vigiladas —contestó el piloto—. Recuerda que nos estarán buscando. Ese camión está «quemado».

—¿Y por el río?

—Tardaríamos mucho.

Agotadas las propuestas, el comando se quedó callado, meditando nuevas alternativas, pero a nadie se le ocurría nada.

—En avión.

Todos se giraron hacia la cocina, por donde asomaba la calva del estraperlista. El tono de su voz, tan enronquecido como siempre, era el de quien sabe que su suerte está echada.

—Los alemanes no buscarán dentro de una de sus bases, y podremos alcanzar en un solo día la costa.

—¡Pero eso es descabellado! —repuso Von Weizsäcker, atónito, sin caer en la cuenta de que Comadreja se había incluido.

—Por eso puede tener éxito —contestó Brown—. Weidenfeld tiene razón. A los alemanes nunca se les ocurriría buscar dentro de uno de sus aviones. Es la única opción que tenemos.

El coronel miró a Pickeray, que se encogió de hombros, como diciendo: «¿Y a mí por qué me mira? Estoy tan pasmado como los demás».

—Gracias, sargento, y bienvenido —dijo Brown con una sonrisa.

El resto del comando también parecía alegrarse de su decisión, sobre todo Gato.

—¿«Sargento»? ¿He recuperado mis galones? Disculpe si no lo celebro —contestó Comadreja con una desvaída e irónica sonrisa.

⁂

El inspector Schlüter se paseaba de un lado para otro por delante de la fachada donde, hasta hacía apenas una hora, se levantaba el laboratorio dirigido por el profesor Rainer Dönitz.

Schlüter había oído la explosión desde la sede de la Gestapo, donde su superior lo había hecho esperar, y, desobedeciendo las órdenes, había corrido por la calle hacia el laboratorio con el alma encogida, deseando estar equivocado y que lo que habían escuchado no proviniera de aquella dirección.

No le hizo falta ir muy lejos para confirmar sus peores presagios. El cielo del color anaranjado al que los alemanes se habían acostumbrado en los últimos años no dejaba lugar a dudas.

Schlüter tuvo que apartarse de la calzada para dejar paso a los camiones de bomberos, que llegaban con las sirenas encendidas. Enseguida decenas de manos extendieron las mangueras serpenteantes y dieron presión, tratando de dominar con miles de litros de agua el infierno que devoraba el edificio.

El inspector no podía controlar su ira y daba patadas a las mangueras, mientras se revolvía desesperado el pelo con ambas manos.

«¡Maldita sea, maldita sea!», murmuraba en una interminable cantinela. ¡Había estado tan cerca…! Si aquel estúpido de Töpfer no lo hubiera impedido, habría conseguido cazar a Brown. «¡Maldita sea!».

—Inspector, deberíamos volver —lo interrumpió el sargento Bachmann, que lo había seguido corriendo desde la Casa de los Horrores, agarrándolo del brazo—. Aquí no podemos hacer nada, y ni siquiera sabemos qué ha pasado.

—¿Está usted ciego? —gritó Schlüter, señalando el fuego incontrolado que bramaba furioso y cuyo intenso calor no permitía acercarse a los

bomberos—. ¿Usted qué cree que ha podido suceder?

—Pero no podemos estar seguros de que haya sido el comando americano, inspector —trató de razonar el sargento, tirando del brazo de Schlüter—. Y, si el mayor Töpfer se entera de que se ha marchado, se va a enfadar. ¡No podemos hacer nada!

—¡Déjeme! Ese maldito imbécil no sería capaz de encontrar su propia polla aunque la buscara. ¡Maldito Töpfer!

—Por favor, inspector. Lo van a oír —dijo Bachmann, mirando nerviosamente a las numerosas personas que los rodeaban.

—Me da igual. ¡Maldito Töpfer! ¡Estúpido! —gritó en mitad de la calle, atrayendo la atención de los curiosos.

—Vámonos, inspector —repitió el sargento.

A regañadientes, Schlüter se dejó guiar. Con el pañuelo en el ojo, regresó acompañado de su subalterno, tratando de adivinar dónde se habría escondido el escurridizo Brown tras tirar abajo el edificio.

—¡Inspector! El mayor Töpfer lo está esperando en su despacho —dijo el secretario cuando llegaron ante su escritorio.

Una vez más, Schlüter maldijo entre dientes al mayor. Llevaba desde las nueve y media de la noche esperando en aquel pasillo a que su superior se dignara a aparecer, y casualmente lo había hecho en los quince minutos que él se había ausentado. Al menos ahora aquel estúpido no podría ningunearlo. Tal y como Schlüter había augurado, el comando había actuado en la capital del Reich y por la incompetencia de aquel imbécil habían logrado su propósito.

—¿Dónde estaba, inspector? —ladró Töpfer en cuanto Schlüter abrió la puerta—. ¿No le había ordenado que me esperase aquí?

Aquel recibimiento cogió por sorpresa a Schlüter. Aquel payaso, vestido aún con sus mejores galas, con las que debía de haber asistido a alguna fiesta privada, todavía no era consciente del alcance de lo ocurrido.

—Vengo de ver las ruinas del laboratorio del profesor Dönitz. Como recordará…

—¿No le dijeron que debía aguardar aquí? —chilló Töpfer, poniéndose de pie tras su escritorio. El traje de gala le quedaba un poco pequeño. Era evidente que no había sido cortado expresamente para el recién llegado a la clase elitista alemana.

—¡Han demolido el laboratorio, mayor! ¡Ya le había avisado!

—¡Cállese! —volvió a ladrar Töpfer con el semblante rojo como la grana —. ¿Cómo se atreve?

—Le avisé…

—¿Usted sabía que iban a volar ese edificio? —preguntó el mayor, calmándose de pronto y alzando las cejas—. ¿Por qué no me avisó? ¿Quién se lo dijo? ¿Cómo podía saberlo?

Schlüter no podía dar crédito a lo que escuchaba. ¡Aquello era surrealista! Había sido un ingenuo al pensar que Töpfer reconocería su equivocación. Aquel necio estaba buscando un cabeza de turco, y Schlüter sabía quién sería el elegido. Debía moverse con pies de plomo o aquel ventajista lo destruiría para salvar su culo.

—Claro que no sabía que lo iban a derruir. ¿Cómo podría haberlo sabido? —protestó Schlüter, tratando de dominar su cólera—. Lo que le dije es que un comando estaba buscando al científico judío en un laboratorio de Berlín. Ayer llegué a la conclusión de que el laboratorio en cuestión era el del profesor Dönitz, el mismo que está ardiendo en estos mismos momentos, y lo puse bajo vigilancia, pero usted ordenó…

—No me quedan nada claras sus explicaciones —cortó Töpfer—. Mañana, a primera hora, quiero un informe completo de todo lo ocurrido. Puede retirarse.

—¿Cómo? —preguntó Klaus, sin poder dar crédito a sus oídos—. ¡Tenemos que establecer controles en las carreteras y estaciones! Esos hombres todavía tienen que estar por aquí, y hay que encontrarlos…

—¿Me está enseñando cómo debo hacer mi trabajo? —inquirió el mayor con voz gélida—. Sepa que, mientras usted perdía el tiempo y exhibía su incompetencia por ahí, los demás cumplíamos con nuestro deber. Los controles están montados bajo mi mando personal. He dispuesto patrullas en todas las salidas de la ciudad. Esos hombres, si existen, cosa que dudo, están atrapados, y será cuestión de horas que ocupen estos calabozos.

Schlüter se dijo que había minusvalorado a aquel tipo. Podía ser un perfecto inútil, pero sabía cómo emplear sus recursos para cargar a los demás con sus errores. Si atrapaban al comando, Töpfer sería un héroe, y Schlüter se encargaría de dirigir el tráfico en la ciudad. En cambio, si lograban escapar, toda la responsabilidad caería sobre los hombros del inspector.

—Ahora no me haga perder más tiempo y retírese —añadió Töpfer, sentándose tras su escritorio y cogiendo una carpeta, la primera que tenía a mano, mientras se calaba las gafas redondas, imitación de las utilizadas por Himmler, y fingía estudiar atentamente el legajo.

⁂

—Despierte, general. Tiene una llamada urgente.

El secretario de uno de los hombres más temidos de Alemania lo zarandeó con respetuosa suavidad. El gigante acostumbraba a dormir un máximo de cinco horas diarias, pero tenía muy mal despertar. El secretario, temiendo su mal genio, había insistido en que volvieran a llamar dentro de tres horas, cuando el general Kaltenbrunner estuviera levantado, pero al final no le había quedado más remedio que despertarlo.

El general, irritado, echó un vistazo al reloj que tenía en la mesilla: la una y media de la madrugada. Con un semblante que amenazaba tormenta, agarró el aparato y dijo:

—Kaltenbrunner al habla… ¿Cómo ha dicho…? ¿Destruido…? Llámeme en cuanto sepan algo más.

El general se sentó al borde de la cama y bebió un poco de agua, tratando de despejar la mente. Un laboratorio destruido en medio de Berlín, en ausencia de bombarderos enemigos. La noticia en sí era preocupante, aunque, para Kaltenbrunner, no demasiado. Aquel laboratorio estaba bajo el mando de la Luftwaffe, un incómodo rival de las SS. Que su proyecto estuviera enterrado bajo toneladas de escombros era bueno para las aspiraciones del general. Un rival poderoso menos.

Sin embargo, no podía evitar cierta inquietud. Aquel laboratorio era donde habían escondido al judío que había desarrollado el arma que las SS tenían previsto regalar al *führer*, en previsión de que fuese necesario volver a utilizarla. Un arma que en escasas horas habría de demostrar su poder apocalíptico y por la que Hitler les estaría eternamente agradecido.

Si, como era de esperar, el arma resultaba un completo éxito, el judío ya no les sería de utilidad y no habrían de lamentar su pérdida. Pero el general odiaba las casualidades, y aquella no le gustaba en absoluto. Nada debía de poner en riesgo el Proyecto Moisés.

Además, estaba aquella carta a la que no había hecho demasiado caso. La carta que el egocéntrico almirante Dönitz le había enviado para quejarse por las molestias que un inspector de la Gestapo le estaba ocasionando a su primo, director del laboratorio que ahora había sido destruido.

El general no se había molestado en averiguar por qué la Gestapo fijaba su atención en aquel laboratorio precisamente, pero, después de lo ocurrido, Kaltenbrunner no podía evitar sospechar que todo debía estar relacionado. ¿Qué demonios habían estado vigilando sus hombres?

La información que le habían facilitado por teléfono era escasa y confusa. Hablaba de un tiroteo, anterior a la terrible explosión que había hecho caer el

edificio como una construcción de naipes, pero sin confirmar nada. ¿Acaso se había tratado de un atentado? Y de ser así, ¿quién lo había llevado a cabo? No podía tratarse de la patética resistencia alemana, cuyos miembros, una banda de inadaptados y deficientes mentales, eran incapaces de llevar a cabo una operación de semejante envergadura.

Por otro lado, resultaba impensable siquiera imaginar la presencia de un comando enemigo en el corazón de Alemania. ¿Tendrían los aliados algún tipo de sospecha sobre el arma? No, no y no. Era del todo inconcebible. Pero el laboratorio ya no existía, al igual que las casualidades.

Estuvo a punto de coger el teléfono y reclamar la presencia del oficial que tuviese a su cargo a aquel inspector que se había atrevido a atraer la ira del almirante, pero se contuvo. No convenía llamar la atención. El laboratorio pertenecía a la Luftwaffe, y era preferible que fuesen ellos los primeros en llevar a cabo las investigaciones preliminares. Un repentino interés personal por parte del lugarteniente de Himmler no serviría sino para levantar sospechas.

Siguió dándole vueltas a la cabeza un rato y decidió que, de momento, no se podía hacer nada más. Por la mañana iniciaría unas discretas gestiones para averiguar qué había ocurrido, daría con el paradero de Steiner, si es que no había muerto en la explosión, y, si la prueba del cavitador de ultrasonidos resultaba un éxito, lo silenciaría definitivamente.

⁂

Viernes, 14 de abril de 1944
Sede de la Gestapo, Berlín, Alemania

A las ocho y media en punto, el inspector Schlüter llamó a la puerta de su superior. Aunque el mayor Töpfer lo había citado con urgencia, lo tuvo esperando un buen rato ante la puerta de cristal esmerilado, confiando en poner nervioso al inspector. Schlüter, a pesar de saber que aquella era una maniobra para alterarlo y que perdiera los papeles, lo que justificaría cualquier medida que después tomara el mayor contra él, no conseguía calmar su genio, cada vez más revuelto.

Cuando Töpfer estimó que Schlüter ya estaría bien cocinado, dio aviso a su secretaria para que lo hiciera pasar.

—¿Tiene preparado el informe? —preguntó Töpfer con voz indolente, sin dignarse a levantar la mirada de unos papeles extendidos sobre su escritorio.

Sin responder, Schlüter depositó en el secante un informe de tres hojas, mecanografiado con la máquina de escribir que tenía en casa, a la que le bailaban un par de letras imposibles de restituir en aquellos momentos.

El inspector Schlüter no solo estaba enfadado por la desconsiderada espera ante la puerta del despacho, sino también por el hecho de que al entrar en la comisaría había podido ver el mismo movimiento de un día normal. ¿Por qué todos aquellos hombres no estaban en las calles participando en la redada?

La respuesta se la había dado uno de sus hombres, al que habían puesto a hacer otro trabajo: no había tal redada.

—¿Puedo preguntar, mayor, el motivo por el que han sido levantados los controles de carreteras y estaciones?

—No —se limitó a contestar Töpfer mientras echaba un vistazo al informe, con cara de tener nulo interés.

Schlüter sintió que la temperatura de la sangre le subía un par de grados más, muy cerca del punto de ebullición.

—Me resulta poco satisfactorio —dijo el mayor, arrojando el informe por encima del escritorio cuando hubo terminado de ojearlo—. Veo que intenta librarse de sus responsabilidades y no duda en cargármelas a mí, lo cual no es algo que me sorprenda de usted.

Otros dos grados más.

—¿Desea saber por qué he retirado las patrullas de la calle? —preguntó Töpfer, echando el peso del cuerpo hacia atrás en su sillón—. Es muy sencillo. Esta mañana he tenido la oportunidad de hablar en persona con el profesor Rainer Dönitz. Por supuesto, está muy afectado por el retraso que este desastre tendrá en su proyecto, que ya tenía muy avanzado, pero no intentó esconderse tras un complot como el que usted sugiere. Es un hombre de honor, un alemán puro, no sé si usted puede entender a qué me refiero, y ha preferido reconocer un fallo en la seguridad de su laboratorio antes que tratar de eludir su imprudencia evocando a un misterioso comando enemigo.

—¿Dönitz ha dicho que ha sido un accidente? —preguntó Schlüter con la boca abierta—. Pero ¿qué hay del camión que se dio a la fuga? ¿Y los tiroteos?

—El *profesor* Dönitz —contestó Töpfer, recalcando el título del director del laboratorio— ha sido categórico. Una combustión espontánea de una mezcla de gases mal almacenados.

—¡Pero eso es absurdo!

—¿También va a enseñar al profesor en qué consiste su trabajo? —preguntó el mayor, con una sonrisa irónica—. Vaya, es usted sorprendente. Respecto a *su camión*, no queda nada claro que tenga la menor conexión con el desgraciado accidente. Me inclino a pensar que se trataba de algo relacionado con el tráfico de contrabando. En cuanto atrapemos a esos contrabandistas, quedará resuelto el tema.

—Ese edificio ha sido demolido por alguien que sabe cómo hacerlo. Alguien que ha venido en busca de un científico que usted me encargó encontrar y que trabajaba allí. Alguien que aún permanece en Alemania, aunque no creo que por mucho tiempo.

—¡Ya basta! He tenido demasiada paciencia con usted. El profesor Dönitz me ha dado su palabra de que ese científico del que habla nunca ha pisado su laboratorio. Su palabra, ¿entiende?

La sangre de Schlüter llevaba unos minutos borboteando, y la presión aumentaba. Töpfer se levantó, apoyó los puños sobre el secante de la mesa, encima del informe que Schlüter había trascrito durante una buena parte de la noche y, echando el peso hacia delante, dijo furioso:

—Desde que lo conozco no ha dejado de ser una rémora para esta sección, y no estoy dispuesto a consentirlo. Es usted un engreído, un mal compañero y un insubordinado. He dado parte sobre su comportamiento. A partir de este mismo instante, considérese arrestado. Permanecerá en su domicilio hasta que se decida qué hacer con usted. Por supuesto, el sueldo y sus privilegios le son revocados. Y, ahora, ¡salga de mi despacho!

⁂

El general Kaltenbrunner, sentado en su despacho, examinaba la correspondencia. Eran las nueve de la mañana y ya llevaba cuatro horas trabajando. Como siempre, los informes se amontonaban sobre su mesa y, por mucho que se diera prisa en despacharlos, otros muchos llegaban para sustituirlos.

Había hecho despertar a las cinco de la mañana al general Schellenberg, responsable del Grupo IV del Departamento Central de Seguridad del Reich, para que lo informara sobre lo sucedido en el laboratorio. Schellenberg, un tipo reservado, eficiente y cauteloso, no había querido aventurar conclusiones antes de acabar la investigación, pero, ante la insistencia de Kaltenbrunner,

había terminado por adelantar su opinión de que se trataba de un atentado llevado a cabo por un comando enemigo infiltrado.

Schellenberg había sorprendido a Kaltenbrunner al revelarle que, según una fuente fiable desaparecida misteriosamente, los aliados habían estado preparando un comando para actuar en territorio alemán. Al parecer, buscaban a un científico judío. La fuente no había podido ser más precisa, por lo que se había asignado el caso a un inspector.

Según parecía, el inspector Schlüter había llegado a la conclusión de que el enigmático judío al que perseguían los aliados estaba oculto en el laboratorio del doctor Dönitz. Hasta el momento, no habían hallado nada que respaldara esa teoría, y de todos cuantos pudieran encontrarse dentro del laboratorio no esperaban encontrar rastro hasta que se pudiera avanzar en los trabajos de desescombro.

El general Kaltenbrunner había guardado silencio mientras reflexionaba furiosamente sobre cuanto había escuchado. Si daba crédito a las sospechas de Schellenberg, no tardarían en desatarse los rumores, y sus adversarios dentro del partido empezarían a preguntarse por qué las SS mantenían oculto a un científico judío en unas instalaciones de la Luftwaffe y por qué los aliados se habían tomado tantas molestias en localizarlo.

Al final había dado orden a un desconcertado Schellenberg de que se dejara en manos de la Luftwaffe toda la investigación y de que, en tanto no apareciera el judío en cuestión, se mantuviera al inspector Schlüter alejado del caso.

Nada más abandonar Schellenberg el despacho, Kaltenbrunner había llamado al *reichsführer* Himmler para ponerlo al corriente. El taimado hombre de confianza del *führer* había formulado las mismas preguntas que habían estado carcomiendo al general desde que su secretario lo despertara en mitad de la noche: ¿por qué buscaban los aliados al judío?, y ¿era posible que estuvieran al tanto del Proyecto Moisés?

La respuesta, en ningún caso, podía ser afirmativa. Aparte de ellos dos, solo tres personas más estaban al corriente de todos los detalles. Las tres permanecían aisladas en la isla y no habían tenido contacto alguno con el exterior desde que diera comienzo la operación. Además, en el inexplicable caso de que estuvieran al tanto, hubieran atacado la propia isla, objetivo más fácil y eficaz que el laboratorio berlinés, donde solo podían encontrar al judío.

Sin embargo, la evidencia se empeñaba en llevarles la contraria: los aliados habían preparado un comando para infiltrarse en Berlín y ponerse en

contacto con un científico judío, y ahora un laboratorio donde ellos habían ocultado al científico judío había volado por los aires.

Ambos coincidían en que la probabilidad de que se hubiera tratado de un hecho fortuito era remota. Claro que la Luftwaffe afirmaría que había sido un accidente, pero ¿qué otra excusa podrían plantear para justificar lo injustificable? Jamás podrían reconocer que un comando había conseguido burlar su vigilancia, adentrarse en sus instalaciones y volar un moderno laboratorio que había costado millones de marcos. Además, no conocían la identidad del judío, así que no podrían culpar a las SS.

El *reichsführer* Himmler no veía motivos para alarmarse. Aun si los aliados tenían algún tipo de sospecha y habían contactado con el científico, ¿qué les podría haber revelado este? El judío desconocía el enclave donde se escondían los submarinos. Para cuando los aliados pudieran encontrar la base, ya estarían todos durmiendo bajo el mar.

Ahora lo prioritario era la discreción. Para Himmler, el mayor peligro lo constituía la propia cúpula nazi. Si aquella camarilla de aduladores se enteraba de lo que tenían entre manos, haría lo imposible por sabotearlos. Dentro de una semana el *führer* cumpliría cincuenta y cinco años, y Himmler tenía previsto agasajarlo con un bonito regalo: un arma capaz de arruinar el inminente desembarco aliado.

Kaltenbrunner debía aprovechar el revuelo para investigar discretamente por su cuenta. Era prioritario hallar al judío, averiguar si había mantenido contacto con el comando enemigo y deshacerse de él.

⁂

A setecientas millas de distancia, en la bocana de un recóndito fiordo noruego, apartado de aquellos donde la marina alemana acostumbraba a esconder sus invencibles «lobos de mar», una decena de novedosos minisubmarinos, producto de la más moderna ingeniería alemana, tripulados por dos hombres cada uno, aguardaban instrucciones sumergidos en las frías aguas.

Los pilotos permanecían en silencio. Sabían que aquello iba a ser la prueba de fuego de una nueva y devastadora arma, y que el espectador principal sería, ni más ni menos, el *reichsführer* Himmler.

Varios metros por encima y más adentrado en el fiordo, para tener a la vista la orilla donde moría el brazo de mar, la corbeta que el *reichsführer*

mantenía para su uso privado cabeceaba con la marea, a la espera de que comenzara la prueba.

—Estamos preparados, *reichsführer* —anunció el capitán de la corbeta, tras intercambiar unas palabras por la radio.

Himmler, de pie en el puente de mando, miró su reloj de pulsera. Eran las seis en punto de la mañana y aún faltaba algo más de media hora para el amanecer. El cielo estaba relativamente despejado. Aun así, la costa solo era una vaga silueta frente a ellos.

El desconfiado lugarteniente del *führer* hubiera preferido llevar a cabo el ensayo a plena luz del día, para admirarlo en toda su grandiosidad, pero no podía arriesgarse a que sus enemigos dentro del gobierno nazi conocieran la existencia del arma antes de tiempo. Colocándose tras un extraño aparato, a través del cual se disponía a presenciar el espectáculo, asintió con la cabeza.

—Adelante —dio la orden el capitán a través del micrófono, antes de coger sus propios prismáticos, con los que apenas conseguía ver en la oscuridad.

Con el ojo pegado al visor del revolucionario dispositivo de visión nocturna ZG 1229, de nombre en clave Vampir, Himmler veía la superficie del mar bajo una borrosa luz fantasmal. Al principio solo distinguió el movimiento sinuoso de la marea a la entrada del fiordo, pero instantes después el mar empezó a hervir, a trescientos metros del barco.

El profesor Karl Ignatz Gruber, director del proyecto, en un discreto segundo plano, aguantaba la respiración sin perder detalle, examinando las aguas a través de su propio visor Vampir, un modelo más pequeño diseñado para ser transportado por un soldado. Había asegurado al inquietante *reichsführer* que no corrían ningún peligro. La ola pasaría por debajo de ellos sin que sintieran más que un mínimo vaivén y luego seguiría su curso hasta la orilla. Aun así, no pudo evitar que un escalofrío le recorriera la espalda ante la potencia destructora que estaban a punto de desencadenar.

—Ahora veremos una explosión lumínica bajo el agua —explicó Gruber, al que le traicionaba la ansiedad. Su cabeza estaba en juego, y lo sabía. Si el experimento fracasaba, su vida no valdría nada.

De pronto, tal y como había predicho el profesor, un enorme fogonazo iluminó la superficie, en un espectáculo inimaginable, sin que la disciplinada tripulación, ignorante de lo que sucedía y sin visores nocturnos para contemplar la exhibición, pudiera evitar un aterrado murmullo.

Medio segundo después, la corbeta se alzó ligeramente y volvió a caer, mansa, tras cruzar la ola por debajo de la quilla, dirigiéndose a toda velocidad

contra la orilla, donde se levantaba un pequeño poblado.

El *reichsführer* giró su visor para seguir el movimiento de la montaña de agua, que se dirigía inexorable hacia la orilla. No parecía posible que aquella onda, que apenas tendría un metro de altura, pudiera convertirse en el arma más mortífera que había conocido nunca el ser humano.

De pronto, el mar se elevó brutalmente, transformándose en un gigantesco e impenetrable muro que se desplazaba velozmente. Con un atronador rugido, el tsunami continuó su enloquecida carrera hasta golpear la ladera de la montaña, arrasando todo cuanto encontró a su paso y llevándose por delante casas, graneros, cobertizos y hasta la pequeña iglesia, con su picudo campanario.

Cuando la ola se retiró, el poblado que los descendientes de los crueles vikingos habían levantado siglos atrás ya era historia. Se había esfumado. Como si nunca hubiese existido. No quedaba ni un edificio ni árboles ni prados. Nada.

Himmler se permitió una sonrisa. Tal y como le prometiera al *führer* y un mes antes de lo previsto, el «delfín» había nacido.

Capítulo XXIV

Viernes, 14 de abril de 1944
Campamento Griffiss, Londres, Inglaterra

—En lo que va de mes, los alemanes han perdido trece de sus submarinos —estaba diciendo Churchill, mirando las hojas que sostenía entre las manos.

Se encontraba con el general americano en el Cuartel General del Mando Aliado revisando los últimos informes. Eisenhower mantenía un prudente silencio mientras sacaba el enésimo cigarro del día y se lo ponía entre los labios. La conversación mantenida en privado días atrás sobre su «ligereza» al tratar el tema del díscolo coronel Brown y su peculiar comando había resultado áspera.

Eisenhower estaba abrumado por la inmensa tarea que suponía coordinar las fuerzas armadas de diferentes países, con sus correspondientes ejércitos de tierra, mar y aire. Además, tenía que controlar la logística para el acuartelamiento de tropas, vehículos, municiones, barcos, aviones, provisiones y el resto de la intendencia. También la previsión meteorológica, que amenazaba con mandar al traste la operación militar más compleja y multitudinaria de la historia, estaba ocasionando enormes quebraderos de cabeza.

Por si todo esto no fuera poco, cada jornada debía mantener múltiples entrevistas con celosos y envidiosos generales, preocupados cada uno por obtener el mejor trozo en el pastel de la gloria de una invasión que sería recordada durante décadas.

Si tenía éxito, se recordaba continuamente Eisenhower.

Cierto era que las sospechas de aquel profesor español, de ser ciertas, podrían suponer un auténtico desastre, pero igualmente lo eran las filtraciones, los egos, las mareas, el oleaje, los generales alemanes, Hitler…

El general no podía estar en todo. Para eso existían los subalternos. ¿Por qué Churchill se había empecinado con aquella operación, una más entre las

múltiples que tenían entre manos? Él no compartía los temores apocalípticos del primer ministro británico.

Churchill había tenido el poco tacto de llamar al presidente americano, como si fuese un chiquillo, para quejarse por lo sucedido, y Roosevelt había telefoneado al general para que aplacara los ánimos del viejo político.

Ahora parecía que se había atemperado, pero, pese a que Eisenhower tenía cosas más importantes que hacer, no se había atrevido a desairar al primer ministro. Para el general, aquella misión de bombardeo de la RAF, cuyos aviones iban a abrir sus compuertas en pocos minutos para dejar caer toneladas de bombas, era rutinaria, y podía haber escuchado el resultado desde la mesa de operaciones, donde varios de sus comandantes discutían los detalles del ya cercano desembarco en las costas francesas. En cambio, se encontraba en la sala, escuchando las comunicaciones por radio de los pilotos. Hacía un rato que estos habían entrado en terreno alemán y ya habían perdido cinco de los seiscientos aparatos que habían despegado.

—Tenemos que intensificar el bombardeo de las V-1. Están haciendo mella entre la población.

Churchill había cambiado el tema de los submarinos a las bombas volantes que los nazis estaban arrojando contra Inglaterra. Los aliados trataban de impedir su lanzamiento destruyendo las rampas que utilizaban para ello, pero los alemanes las volvían a montar en distinto sitio tan rápido como eran desarmadas.

—He dado órdenes a nuestros ojeadores para que las localicen e informen enseguida —dijo Eisenhower conciliador—. Hasta el momento, hemos destruido decenas de rampas.

—Pero siguen llegando —protestó el político—. Y pronto lo harán las V-2.

—Es difícil llegar a todo: aeropuertos, fábricas, la costa, nudos ferroviarios y de carreteras. La Luftwaffe no tiene aviones, ni recambios o aeródromos desde los que levantar sus aparatos. Mandamos misiones diarias a Alemania, Francia, Bélgica, Yugoslavia… Además, estamos lanzando suministros a la resistencia francesa. Su ayuda, en cuanto comience la invasión, será decisiva.

—Ya lo sé, general. Nuestros hombres están haciendo un gran trabajo —dijo Churchill, sin poder evitar terminar con una pulla—: No como su coronel Brown.

Eisenhower fingió no haber escuchado la última frase. En un momento tan delicado como aquel, era mejor no hacerse mala sangre, así que prefirió

omitir cualquier comentario sobre lo ocurrido horas antes, cuando un minisubmarino británico había entrado en el puerto noruego de Bergen para volar un muelle flotante vital para los alemanes y se había equivocado de blanco, hundiendo un mercante.

—Señor, están a dos minutos del objetivo —señaló el oficial de radio.

Churchill, que estaba a punto de hacer una observación sobre la lucha que los soviéticos estaban manteniendo en Crimea, donde Hitler había dado orden a sus generales de no retirarse bajo ninguna circunstancia, guardó silencio.

—*Aquí jefe rojo. A un minuto del objetivo*.

—Recibido —contestó el operador de radio.

El primer ministro se había olvidado de su puro.

—*Objetivo a la vista*.

—Macháquenlo —gruñó el político.

—*Control* —repuso jefe rojo—. *El objetivo está destruido. Repito: el objetivo está destruido*.

—¿Destruido? —preguntó nervioso Churchill, agitando la mano que sujetaba el puro—. No les ha podido dar tiempo. ¡Confírmenlo!

—Jefe rojo, aquí control. ¿Han destruido el objetivo? Confirmen.

—*No, control. El objetivo ya estaba destruido cuando lo hemos alcanzado. No queda nada salvo una montaña de escombros. Repito: el objetivo estaba destruido. Estamos fotografiando la zona. Pasamos al siguiente objetivo*.

El primer ministro mordió furioso el puro. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Cómo podía estar destruido el laboratorio al que había mandado sus bombarderos? No sabía qué pensar.

—Quiero las fotos en cuanto las tengan —ordenó, haciendo un gesto para que el general americano lo siguiera—. Inmediatamente.

En el pasillo, Churchill dio una profunda calada a su puro y dijo:

—Bien, general… ¿Alguna idea de lo que está ocurriendo?

—No, señor. No me lo explico.

—¿No habrá nada que usted sepa y yo no, verdad? —preguntó entrecerrando los ojos.

—Si se refiere al coronel Brown y a su comando, sé lo mismo que usted. Y ninguna misión de bombardeo ha sido mandada al lugar.

—¿Alguna bomba que no haya alcanzado su objetivo y haya caído allí?

—Habrá que consultar a nuestros especialistas, pero mi opinión es que no. Haría falta acertar de pleno con un par de Blockbuster de cuatro mil libras para derribar aquello.

—¿Cree que haya podido ser el coronel Brown?

—No sé qué decir. —Eisenhower arrojó la colilla y, pensativo, se tomó su tiempo para encender otro cigarrillo—: ¿Recuerda al general Mattis?

—Recuerdo que usted me dijo que había desaparecido.

—El mismo día que el coronel Brown nos presentó a su comando.

Churchill prefería olvidar el numerito montado por el díscolo coronel en su domicilio oficial de Londres.

—¿Cree que ambos hechos están relacionados?

—No lo sé, señor. Investigamos a Mattis a raíz de su desaparición. No entiendo cómo se nos pudo pasar antes, pero al parecer el general Mattis mantenía contactos con un partido radical americano simpatizante de la ideología nazi.

—¿Un espía?

—¡Quién sabe! El día que Brown nos visitó, Mattis se ausentó de su puesto en cuanto se corrió el rumor de un posible atentado, y parece ser que fue a Downing Street, donde se perdió su pista.

—Y la del coronel Brown.

—Cierto. Es una especulación, pero, si Mattis era un espía y Brown lo descubrió, pudo quitárselo de encima y decidir adelantar la misión. No sabría en quién confiar, y tal vez temió que creyéramos a Mattis y no a él.

—¿Entonces piensa que el comando se encuentra en Berlín?

—Podría ser. Habrá que estudiar las fotografías que traen los bombarderos, pero, si el laboratorio ha sido destruido, sería razonable pensar que haya sido Brown.

—En tal caso, habrá que mandar el submarino para que los saquen de allí. ¿Pero cuándo?

—Lo mejor será ceñirse al plan, señor. El coronel no puede ponerse en contacto con nosotros. Mandaremos el submarino en las fechas previstas.

Dos horas después, ambos hombres se encontraban en una de las salas de fotografías del cuartel general. Sentados delante de una enorme mesa, tres especialistas en ingeniería y demolición examinaban a través de unos cristales de aumento las fotografías que un sargento británico había traído del aeródromo donde habían aterrizado los Avro Lancaster enviados en misión nocturna a la capital alemana.

—¿Cuál es su opinión, caballeros? —preguntó el político, después de que los tres técnicos se pasaran entre ellos las fotografías.

—En mi opinión, señor —se aventuró uno de ellos—, el edificio no se ha derrumbado por nuestras bombas. El tejado está fragmentado, pero no se ve

ningún boquete por donde haya pasado una bomba de penetración. Claro que no lo puedo asegurar, pues faltan algunos trozos de tejado.

—Estoy con mi colega. Yo diría que la demolición ha sido causada por una explosión interna en varios puntos. Si se fijan, señores, el tejado se ha desplomado sobre los pisos inferiores, manteniéndose bastante entero.

—Coincido con ellos, señor.

—¿Un accidente?

—Lo dudo —repuso el técnico que había hablado el primero—. Ha caído todo el edificio, y lo ha hecho a la vez. Un accidente habría sido más localizado. Más bien diría que ha sido demolido intencionadamente.

—¿Esa es su conclusión, caballeros?

Los tres especialistas asintieron y fueron despachados de la sala. Eisenhower y Churchill se quedaron a solas.

—Esto parece confirmarlo, general. Prepare el submarino. Hay que sacar a esos hombres con vida de allí.

⁂

Lunes, 17 de abril de 1944
Berlín, Alemania

Gardner paseaba por el salón de la casa, vigilado por Menchaca, que se había convertido en su enfermero personal.

El sicario había pasado los tres primeros días sin recobrar el conocimiento y con una fiebre alta que hacía temer por su vida. Weidenfeld había tenido que volver al mercado negro, donde se estaba haciendo peligrosamente conocido, para conseguir más antibiótico.

Brown había tratado el asunto discretamente con el capitán inglés. Aun en el caso de que Gardner no muriera, sería muy difícil que se recuperara lo suficientemente rápido como para acompañarlos. Además, no les sería de utilidad; solo lograría retrasarlos y ponerlos en peligro.

Quizá sería mejor dejarlo en el piso franco con alguien. Pero ¿con quién? El coronel necesitaba a todos los hombres con él: Von Weizsäcker para pilotar el avión que les llevaría a la costa; Riggs para entrar en aquella cueva, y Villar para hacerla estallar. Quizá pudieran prescindir del profesor, pero las órdenes respecto a él eran tajantes: no podía caer en manos de los nazis. Por supuesto, Weidenfeld y el capitán tenían que ir con ellos.

Tampoco podían dejarlo solo, y mucho menos entregárselo a los alemanes. Sin uniforme, sería tratado como espía y lo torturarían hasta que delatara a sus compañeros.

Por fortuna, mientras esperaban a que Comadreja y el piloto alemán consiguieran un aparato con el que volar hasta la costa del mar del Norte, la fiebre fue remitiendo, y el día anterior Gardner había abierto los ojos. Se sentía confundido, le dolía mucho el hombro, tenía una sed espantosa y estaba muy cansado. Pero la segunda vez que se había despertado, al anochecer, ya pudo incorporarse para cenar algo y utilizar el baño sin ayuda.

Ahora recuperaba fuerzas dando pequeños paseos. El hombro seguía doliéndole terriblemente, pero al menos era el derecho, y él era zurdo. Podría usar la pistola con silenciador que volvía a lucir en la cintura.

—¿Cómo se encuentra, Gardner? —preguntó Brown al despertar. El coronel había hecho la guardia de noche, para la que Weidenfeld, Von Weizsäcker y el maltrecho sicario estaban exentos, y había aprovechado la mañana para recuperar el sueño perdido.

—Bien, coronel.

—Nos iremos en cuanto Weidenfeld consiga un avión. Ahora que está mejor no necesitará ayuda. Podrá esperarnos aquí y lo recogeremos cuando terminemos la misión.

El coronel no quiso mencionar lo que suponía aquello. Si aquel trabajo no se torcía y quedaban supervivientes, estarían muy cerca de la costa danesa, donde podían esperar al submarino prometido, si es que este acudía a la cita, o buscar un plan de huida alternativo. Regresar a Berlín no era, ni remotamente, una buena opción.

—No se preocupe. Iré con ustedes. No los retrasaré.

—Me alegra oírselo decir. ¿Por qué no come un poco y descansa? Le ayudará a coger fuerzas. Capitán, ¿sabe algo de Weidenfeld y Von Weizsäcker?

—Aún no han vuelto —respondió este, rebañando una lata de carne en conserva—. Salieron a primera hora, confío en que no tardarán en regresar.

⁂

Cuarenta minutos después, cuando la luz disminuía en la calle, unos chasquidos en la cerradura alertaron al comando. Gardner demostró encontrarse bastante mejor, pues, antes de que cualquiera de los otros pudiera

agarrar un arma, su brazo izquierdo, con buen pulso, apuntaba la pistola hacia la puerta que se entreabría.

—¡Eh, tranquilo! ¿Son esas formas de recibir a los amigos que traen buenas noticias? —dijo Comadreja.

—No se queden ahí parados —ordenó Brown—. Entren y cierren la puerta. Alguien les podría oír.

—No se preocupe, señor —respondió alegre el estraperlista—. En este piso ya no queda nadie. Ayer se marchó la vieja que vivía en el apartamento de al lado. Nadie nos puede escuchar.

—Las paredes tienen oídos. ¿Cuáles son esas buenas noticias que dice?

—Vaya, creía que no querría escucharlas —repuso Weidenfeld.

Von Weizsäcker cogió el plano de la ciudad que había utilizado por Brown para explicar el plan de ataque al laboratorio, lo desplegó en el centro del salón y se agachó sobre él, apuntando con el dedo.

—En la zona de Berlín tenemos seis campos de aviación —explicó, señalando sus emplazamientos—. Creo que podríamos descartar estos tres. No suponen ninguna ventaja respecto a los otros y se encuentran demasiado alejados.

El coronel estuvo de acuerdo: dos de ellos estaban al oeste de la ciudad y, para alcanzarlos, deberían cruzarla entera. Del tercero, situado al sur, los separaban dos bases militares.

—Este es el aeropuerto de Tegel, cerca del lago Tegeler y de la granja donde estuvimos escondidos hace un par de semanas. Este otro, el más cercano a donde nos encontramos ahora, es el de Tempelhof, poco más de cuatro kilómetros al sur. Es un aeropuerto civil, lo que quiere decir que está muy vigilado por las SS y la Gestapo. Aunque se supone que solo admite vuelos militares para aterrizajes de emergencia, una de sus pistas tiene prioridad para aparatos de reconocimiento, abastecimiento, personalidades y transporte de material de guerra.

El teniente alemán levantó la mirada del plano para observar a Brown, antes de continuar:

—Aún más al sur hay un aeródromo militar, a unos quince kilómetros. En mi opinión, nos vendría mejor. Al pertenecer a la Luftwaffe estará menos vigilado. Si consiguiéramos uniformes, tendríamos más posibilidades de hacernos con un aparato. Weidenfeld no opina como yo.

—¿Por qué? —preguntó Brown, estudiando el plano.

—Es un campo pequeño —dijo Comadreja con su rasposa voz—. Una torre de control, un montón de cazas alineados, listos para despegar, algunos

aparatos pesados y el hangar para las tripulaciones. Somos ocho. Pasar desapercibidos será difícil. Además, se encuentra más alejado que el aeropuerto de Tempelhof. En este, la pista de la que hablaba el teniente está alejada del sector civil y no tiene el mismo control de la Gestapo que la zona de aduana. Podríamos entrar cortando la valla por un extremo, cerca de un aparato, sin que se den cuenta. Los aviones allí no hacen vuelos regulares ni pertenecen a escuadrones. Los utilizan como correos, así que tardarán más en darse cuenta de que les falta uno.

—¿Capitán? —preguntó Brown solicitando la opinión de Pickeray.

—Creo que Weidenfeld tiene razón, señor. Sin duda, la Gestapo y las SS son más peligrosas que la Luftwaffe, pero, si podemos esquivarlas, será más fácil hacernos con un avión de transporte que robar un bombardero.

—Estoy de acuerdo —dijo Brown—. Bien, teniente. ¿Tiene pensado el plan de vuelo?

—Helgoland son en realidad dos islas —explicó Von Weizsäcker—. Antes formaban una única, que se fue hundiendo hasta quedar sumergido el paso entre ellas —explicó el teniente alemán—. La más grande es la que nos interesa, pero la pequeña se utiliza casi únicamente como campo de aviación. Claro que aparecer con un avión en la isla sería lo más rápido y cómodo, pero también lo más peligroso. ¿Cómo justificaríamos nuestra llegada? Siendo una base de submarinos, estará muy vigilada.

—Lo veo muy difícil —admitió el coronel—. ¿Qué alternativa tenemos?

—Llegar hasta la costa frente a Helgoland. Son tierras pantanosas poco habitadas. Si aterrizamos allí, podríamos llegar a la isla en barco.

—¿Aterrizar en una zona pantanosa? —preguntó Weidenfeld, al que no le gustaba la idea.

—Ya lo he hecho anteriormente en entrenamientos. No vale cualquier sitio, claro, pero seguro que encontraremos tierra lo suficientemente estable como para aterrizar.

—Muy bien. ¿Cómo nos haremos con un avión?

La pregunta iba dirigida al estraperlista, que no dejaba de mirar al piloto con cara de pocos amigos.

—Podríamos entrar el teniente y yo, mientras los demás esperan fuera. Una vez reconozcamos el interior y localicemos el avión, los haremos pasar, probablemente a través de la verja que tendremos que cortar —dijo Comadreja, sin lograr quitarse el temor por el plan de Von Weizsäcker, al que interrogó, mosqueado—: ¿Estás seguro de que sabes lo que haces? Las dos últimas veces que volaste te derribaron.

—Basta ya —zanjó Brown, viendo que el piloto alemán estaba preparado para responder—. ¿Cuándo podremos irnos?

—Necesito luz para aterrizar, señor —contestó rápidamente el piloto—. Lo mejor sería que despegáramos justo antes de que amanezca, así cuando estemos sobre la costa podría tener buena visibilidad.

—De acuerdo. Robaremos el avión mañana por la noche —decidió Brown —. Weidenfeld, necesitaremos explosivos. Vea qué puede conseguir sin llamar la atención.

—No será fácil. Veré qué puedo hacer —contestó Comadreja con su voz ronca, antes de encararse con el piloto alemán—: Te advierto que, como nos hagas estrellar…

⁂

El inspector Schlüter, apartado del servicio y bajo arresto domiciliario por orden del mayor Töpfer, se paseaba arriba y abajo por su apartamento.

Antes de abandonar la sede de la Gestapo, había recogido el dosier con todo lo que habían podido reunir de la investigación y se lo había escondido bajo el largo abrigo de cuero, que no solía llevar a menudo, pues, como alguien había dicho alguna vez, era más fácil distinguir a un tipo de la Gestapo gracias al dichoso abrigo que a un policía de tráfico con su uniforme reglamentario.

Leyna se había asustado al verlo entrar en casa tan temprano, la mañana en la que su superior lo había relevado de sus funciones. Schlüter, para no preocupar aún más a su esposa, se había inventado una excusa, pero no llevaban tantos años de matrimonio a las espaldas para que su mujer no lo conociera de sobra, y al final le había tenido que contar la verdad.

Los cinco días siguientes se los había pasado encerrado con su carpeta, estudiando el dosier hasta la extenuación, sin descubrir nada nuevo: el comando aliado, tras encontrar a Steiner, había demolido el laboratorio, escapando a continuación en el camión del ejército que habían robado días atrás. El camión había aparecido, pero el coronel Brown y sus hombres, no. A esas alturas, podrían hallarse en cualquier lugar.

Sin embargo, algo no encajaba. Los dos primeros días, Schlüter había temido ver llegar a un destacamento de las SS o a uno de los siniestros vehículos de la Gestapo con tres «abrigos de cuero» en su interior, para

detenerlo como culpable de haber permitido la consumación del atentado, convirtiéndose en el necesario cabeza de turco.

En cambio, no solo nadie había llamado a su puerta, sino que los periódicos apenas habían hecho mención al desastre con un escueto titular en el que se daba cuenta de un «desafortunado accidente» que había acabado con la vida de varios trabajadores.

Que la prensa hablara de un desafortunado accidente en vez de un atentado era de esperar. Al fin y al cabo, admitir que un comando enemigo había escapado impune tras una operación semejante en el corazón del Reich hubiese resultado inaceptable y muy perjudicial para la debilitada moral alemana. Pero ¿por qué no se había montado revuelo alguno entre los cuerpos de seguridad?

Los calabozos deberían estar abarrotados y los gritos de los torturados, escucharse desde la calle. Decenas de agentes tendrían que estar tirando puertas a patadas y deteniendo a sospechosos, aunque solo fuera para justificar su ineficacia.

Por el contrario, le constaba, gracias al sargento Bachmann, quien, arriesgándose a que el mayor Töpfer se enterara, lo había mantenido al tanto de la investigación, que la actividad en la Casa de los Horrores no se había visto alterada y que las SS tampoco parecían estar buscando al comando.

La teoría del accidente era absurda. ¿Por qué a nadie parecía importarle? Le resultaba inconcebible pensar que el director Dönitz tuviera suficiente influencia, por muy primo del almirante que fuera, como para impedir una investigación en toda regla, temeroso de ser apuntado como culpable por su ineptitud.

Aquello no tenía sentido. Si el grupo de Brown se había arriesgado tanto para llegar hasta allí, necesariamente había de ser porque lo que esperaban encontrar era de vital importancia para ellos, y no solo el científico, al que podrían haber secuestrado o asesinado sin necesidad de destruir el laboratorio.

¿Podría ser que lo que para los aliados resultaba de extrema importancia fuera totalmente prescindible para los alemanes? No, de ninguna manera. En tal caso, solo había dos alternativas: o bien el gobierno estaba ocultando el atentado para evitar males mayores, o bien no reaccionaban porque realmente no había nada que ocultar.

Schlüter no creía en la primera explicación. Había hecho suficientes gestiones como para estar seguro de que el gobierno no había abierto ninguna investigación, por muy secreta que esta fuera.

Solo quedaba la segunda posibilidad: no había nada en aquel laboratorio, y el ataque de Brown había sido inútil. Tal vez los aliados se habían equivocado de objetivo o la desinformación alemana se había apuntado un tanto. O tal vez ya no hubiera nada que esconder, porque había sido trasladado antes de que se cometiera el ataque, y Brown lo ignoraba.

Schlüter estaba convencido de que esta última idea era la acertada. Por casualidad o por precaución, quién sabe si gracias a la alerta activada por el propio inspector, Dönitz había sacado del laboratorio lo que buscaban los aliados, poniéndolo a buen recaudo.

¿Sabría Brown que había sido engañado? Si su objetivo era destruir el laboratorio y huir, quizás a esas alturas creían haber cumplido su misión y solo trataban de escapar. Pero ¿y si habían descubierto que lo que habían ido a buscar ya no se encontraba en el laboratorio?

El inspector no conocía personalmente a Brown, pero había visto su mirada captada por la cámara, y aquellos no eran los ojos de alguien que abandona al primer tropezón. Si el coronel americano no había encontrado lo que buscaba, volvería a intentarlo.

La caza comenzaba de nuevo, otra vez de cero. ¿Sabría Brown dónde debía buscar? Schlüter lo tendría que averiguar. Pero antes debía encontrar la manera de que el imbécil de Töpfer le levantara el arresto.

⁂

Martes, 18 de abril de 1944
Berlín, Alemania

—¿Qué tal se encuentra, Gardner? —preguntó Brown.

El coronel había ordenado que se limpiara el apartamento para que no quedara ninguna pista de su paso. No creía que los alemanes llegaran a descubrir demasiado pronto el piso franco, pero no costaba nada tomar medidas de precaución, y mejor no dejar ningún rastro que pudiera ayudar a sus sabuesos a pisarles los talones.

—Estoy bien, señor —respondió el sicario, incorporándose—. No se preocupe. Iré al mismo ritmo que ustedes, aunque no podré mover bien el brazo.

—Espero que no sea necesario —dijo Brown—. Descanse hasta que nos pongamos en marcha.

El coronel se dirigió a Weidenfeld, que estudiaba la calle apostado en la ventana.

—¿Ha conseguido un transporte?

—Sí —respondió el estraperlista sin dejar de observar la calle, en un tono fatalista acentuado por su ronquera—. Es una locura, señor. Usted lo sabe.

—Aún está a tiempo.

—¿Lo estoy? —preguntó Comadreja con una sonrisa resignada—. Tal vez. Debo estar loco.

—Quizá lo estemos todos.

—¿Por qué debemos ir?

—Alguien lo tiene que hacer.

—Pero ¿por qué? ¿Cree que la guerra terminará porque destruyamos esa cueva? ¿Será el mundo más seguro por eso? Si lo logramos y ganamos la guerra, ¿piensa que no vendrán otras después? ¿Los hombres dejarán de matarse entre ellos?

—No lo sé. Supongo que no.

—Sabe que no. Todo seguirá igual, y habremos muerto por nada. En las guerras solo ganan los que no participan. Los ricos seguirán siendo ricos y los pobres, pobres. Y nosotros, historia.

—¿Por qué viene, entonces?

—No dejo de preguntármelo.

—Sea como sea, sargento, me alegro de tenerlo con nosotros.

El coronel dejó al pensativo estraperlista estudiando la calle y se volvió hacia Gato, que sostenía entre las manos una biblia encontrada en algún rincón.

—¿Cómo va, Riggs?

—Bien, señor —respondió el tímido ladrón, levantando la mirada del manoseado libro—. Arthur está convencido de que moriremos todos.

—Weidenfeld siempre está convencido de que moriremos todos —contestó el coronel, poniendo una mano sobre el hombro de Gato para tranquilizarlo—. ¿Se acuerda de los entrenamientos en las montañas galesas? Weidenfeld no dejaba de decir que yo iba a acabar con todos ustedes.

—Es cierto —dijo Riggs con una sonrisa—. ¿Usted tiene miedo, señor?

—Lo tengo. Solo un loco no lo tendría. El miedo nos ayudará a regresar vivos a casa. Evitará que hagamos estupideces.

—Me tranquiliza saberlo —asintió Gato, mirando al suelo—. Quería decirle que lamento lo que hice en el colegio de aquellos niños. Fue una estupidez.

—Tal vez no. La guerra nos vuelve insensibles, y usted actuó como un ser humano —dijo Brown, apretando el hombro del ladrón—. No hubiésemos llegado hasta aquí sin su ayuda, Riggs. ¿Ha pensado alguna vez en ir a los Estados Unidos? Allí podría empezar una nueva vida, y yo le podría presentar a la hija de algún amigo. Piénselo, ya me contestará cuando regresemos.

—Estaría bien, señor. Gracias, señor.

El oficial volvió a apretarle el hombro y se acercó a Villar. El español, desconfiado como siempre, revisaba todo el apartamento sin importarle que sus compañeros lo hubieran hecho antes.

—¿Qué tal esa pierna?

—Bien —se limitó a contestar Cornín, sin dejar de rebuscar.

Brown miró la mochila que el guerrillero mantenía todo el rato a su alcance. Dentro se apiñaban los diez kilos de RDX que Comadreja había podido adquirir en el mercado negro. El explosivo, obtenido de las bombas sin explotar arrojadas por los bombarderos aliados, era un artículo prohibido por el gobierno alemán, pero tan bueno como cualquier otro para mercadear.

—¿Ha pensado cómo hará para demoler la cueva con tan poco explosivo? —preguntó Brown, señalando la mochila.

—Es un astillero —respondió el taciturno minero—. Algo habrá.

—De acuerdo. Si necesita alguna cosa, pídasela a Weidenfeld.

Era el turno del piloto alemán. El aviador revisaba los armarios de la cocina, un tanto alejado del resto, como si necesitara espacio para reflexionar.

—¿Ha encontrado algo, teniente?

—No, coronel. Parece ser que en mi país ya no hay nada que encontrar.

—La guerra terminará, y los alemanes se recuperarán. Son un gran pueblo.

—Si los nazis ganan, lo destruirán todo y nadie estará a salvo. Si pierden, volveremos a tener que pagar por lo que hemos hecho y Alemania se arruinará otra vez, como sucedió tras la Gran Guerra. Los alemanes no se repondrán de una nueva humillación.

Brown no sabía gran cosa de política, pero conocía los términos del Tratado de Versalles, al que se estaba refiriendo el teniente. Una afrenta por la cual Alemania había tenido que pagar daños de guerra a los Estados Unidos, Francia y Reino Unido, los vencedores de la Gran Guerra. Unas condiciones draconianas que habían asfixiado y mortificado al orgulloso pueblo germano, y que precisamente habían posibilitado la llegada de Hitler al poder.

—Los aliados habrán aprendido de su error —repuso el coronel—. No lo volverán a cometer.

—¿Eso cree de verdad? —preguntó el piloto de la Luftwaffe sin darse la vuelta—. Yo, no. Volverán a aplastarnos. Solo que esta vez se asegurarán de que no nos podamos volver a levantar.

Brown se dio cuenta por primera vez de que Von Weizsäcker parecía haber envejecido diez años en las últimas semanas. Había perdido pelo y su rostro estaba más demacrado y con más arrugas. La angustia por la traición que cometía lo estaba devorando.

—Teniente —dijo Brown, bajando la voz para que los demás no pudieran escuchar sus palabras—, ya ha hecho más de lo que nadie podría haberle exigido. ¿Está seguro de que quiere acompañarnos?

—¿Sabe, coronel? —contestó con un respiro Von Weizsäcker, dejando colgar la cabeza entre sus hombros y dando la espalda a Brown—. Esta noche, cuando ha explotado ese laboratorio, creía que esta pesadilla había llegado a su fin. Confiaba en que podría volver a dormir bien otra vez. No lo hago desde que usted me enseñó aquella fotografía de Eva, ¿recuerda? Pensaba que hoy podría acostarme sin miedo a tener que enfrentarme a esa mirada. Y ahora no me atrevo a cerrar los ojos.

—No debería atormentarse —repuso Brown—. Usted no la mató. No pudo hacer nada por evitarlo. Ya ha purgado su culpa.

—Estoy seguro de que mi padre no opinaría como usted —dijo Von Weizsäcker, retorciendo entre las manos una percha de alambre que había encontrado en el armario—. He traicionado a mi país para vengar lo que este ha hecho a mi novia. No es algo de lo que sentirse orgulloso.

Brown no supo qué contestar, así que decidió dejar en paz al atormentado alemán y acercarse a Pickeray, que terminaba de limpiar una esquina de la sala.

—¿Todo bien, coronel? —preguntó el capitán británico, que había intuido el cariz de la conversación de Brown con Von Weizsäcker.

—Eso creo. ¿Qué tal van ustedes?

—El profesor está un poco preocupado —contestó Pickeray, señalando a Menchaca.

—Estoy dándole vueltas a la cabeza —explicó el español con semblante serio—. No puedo evitarlo. Vinimos hasta Berlín por mi culpa, arriesgando la vida para nada. Y ahora vamos a hacerlo de nuevo, quién sabe si en balde de nuevo. ¿Y si vamos hasta Helgoland y no hay nada? Alguno de nosotros podría perder la vida sin necesidad. No sé si podría asumir esa carga otra vez.

—Los demonios de la guerra civil española lo persiguen —explicó el capitán británico, y, dirigiéndose a Menchaca, añadió—: Los oficiales toman

decisiones con los datos que manejan.

—Y los soldados mueren —respondió el español, pasándose la mano por el pelo y recordando batallas libradas cerca de Madrid, en las que había perdido más que hombres, amigos—. Demasiada responsabilidad.

—Es la soledad del poder —dijo Brown—. No se preocupe, profesor. Está haciendo lo correcto. Debemos asegurarnos de que nuestras tropas puedan cruzar el mar.

—¿Tiene usted hijos, coronel? Yo sí, y el capitán también. Me pregunto si los volveremos a ver.

—Antes tenemos un trabajo que terminar. Si cumplimos nuestra misión, sus hijos tendrán un mundo mejor en el que crecer. Pero, ahora, es mejor que nos preparemos. Son las dos y media. Amanecerá a las seis y el vuelo durará un par de horas, así que saldremos dentro de media hora.

—¿Tenemos transporte?

—Weidenfeld dice que sí.

—Levantará sospechas a estas horas de la noche —razonó Menchaca—. ¿Por qué no vamos a pie? Son solo cuatro kilómetros.

—Suficiente como para que alguien nos pueda ver. No tenemos ningún tipo de documentación. Si nos cruzáramos con una patrulla, tendríamos graves problemas.

Brown se alejó, se sentó en el suelo, apoyó la espalda contra la pared y, con la gorra sobre los ojos, se quedó dormido al instante.

⁂

—Coronel, despierte. Es la hora —susurró el capitán británico, agitándolo por el brazo.

Brown despertó, se pellizcó los párpados con una mano y se puso en pie.

—¿Todo preparado?

—Weidenfeld y el teniente esperan abajo. Está todo recogido y limpio.

—Está bien. Vamos. Traten de hacer el menor ruido posible.

Los seis hombres bajaron de puntillas hasta el portal. En la calle, la silueta de un extraño camión se recortaba ante la escasa luz de la noche. Comadreja y el piloto alemán, vestidos con unas largas y oscuras batas, sostenían un cubo de lata envueltos en un nauseabundo hedor.

—¿Qué es eso? —preguntó Pickeray.

—Un camión de basura —respondió Comadreja en un susurro—. Vamos, deprisa. Cuatro de ustedes tienen que meterse dentro, en el contenedor de residuos. En la cabina solo podemos ir dos, y otros dos en los estribos con estas batas. Nadie nos parará.

—¿Ahí dentro, con toda la basura? —preguntó asqueado Gardner.

—Quizás esperabas que te trajera el Mercedes de Hitler, ¿no? —respondió Weidenfeld de mal genio—. Y además, está vacío.

El estraperlista abrió una trampilla en el cilindro que tenía por caja, donde se trituraba la basura.

—Profesor, usted habla alemán —dijo Brown—. Póngase una de las batas. Irá con el teniente en los estribos. Yo iré con Weidenfeld en la cabina. Los demás, métanse en el contenedor.

El enorme capitán tuvo problemas para pasar por la trampilla y acomodarse en el interior, de donde salía un nauseabundo hedor. Riggs se coló ágilmente detrás y Villar lo siguió sin hacer ningún comentario. El último fue el sicario, con un gesto de asco y tratando de no golpearse el hombro herido.

—Arranque —ordenó el coronel, subiendo a la cabina.

Comadreja encendió el motor con una sacudida y metió la marcha. Despacio, el camión cogió velocidad y avanzó por las desiertas calles en dirección sur. Fuera, el aire frío congelaba las manos del teniente y del profesor, que se aferraban a los agarraderos del cilindro.

Se cruzaron con tres patrullas de soldados, que se mantuvieron a una buena distancia para no respirar el fétido aliento del camión, y en diez minutos ya pudieron ver la terminal semicircular del aeropuerto, orgullo de los alemanes por ser el mayor edificio del mundo.

—Lo rodearemos —dijo Comadreja—. Más al sur está la zona de servicios Allí podremos dejar el camión; confiemos en que tarden un par de días en encontrarlo.

Weidenfeld maniobró y estacionó el vehículo al lado de una camioneta con la caja al descubierto. Al pasar frente a la terminal, se habían cruzado con una patrulla motorizada de las SS que no se había dignado a echarles un vistazo siquiera.

—Salid, rápido —dijo Comadreja abriendo la trampilla, tras asegurarse de que nadie los estaba observando.

—La próxima vez, deja que sea yo el que conduzca —protestó Gardner, llenando los pulmones de aire para limpiarlos de tanta inmundicia.

—Está bien, no te preocupes —contestó enfadado el estraperlista—. En adelante dejaré que seas tú el que nos consiga transporte, a ver qué tal se te da.

—¡Silencio! —ordenó Brown—. ¿Cómo entraremos?

—Ustedes esperen aquí —respondió Weidenfeld con su voz ronca—. El teniente y yo nos colaremos por aquel muelle de carga. Cuando estemos dentro, buscaremos la forma de hacerlos pasar. Si viene alguien, finjan dormir. No se extrañarán.

—De acuerdo. Llévense a Riggs. Puede hacerles falta.

—Nos vendría bien la pistola con silenciador —sugirió Comadreja.

Brown hizo un gesto en dirección al sicario, y este entregó el arma al teniente alemán con cara de pocos amigos, todavía de mal humor por el viaje dentro del hediondo camión.

Con las batas de los recogedores de basura y las gorras bien encasquetadas para que no se les viera el rostro, los tres hombres se acercaron al extremo del edificio semicircular, donde estaban los portones utilizados para introducir mercancía en el aeropuerto.

Tenían a la vista la entrada principal, custodiada por dos camiones de las SS vacíos y otros dos vehículos negros, sin duda utilizados por la Gestapo. El que no hubiera vuelos a esas horas permitía a sus ocupantes colarse dentro del edificio al abrigo de la fría noche.

Haciendo pantalla con el cuerpo, Comadreja encendió un momento su mechero y estudió la cerradura de uno de los portones. Nada difícil. Los empleados no debían temer la entrada de intrusos.

Con una pequeña palanca que había sacado del camión de basura, no tardó en desencajar la cerradura y entreabrir el portón. Prácticamente no había hecho ningún ruido, pero, en el silencio absoluto de la noche, el gañido del hierro contra el hierro había puesto a Von Weizsäcker los pelos de punta.

—Vamos, adelante.

Riggs fue el primero en pasar. Gateando, se apropió de las sombras y estudió la estancia. Nada. Era un almacén alargado, desierto y con una capa de polvo que parecía sugerir un largo tiempo en el olvido.

A una señal, sus compañeros entraron. Sin perder un segundo, se acercaron a la puerta situada de frente. No tenía cerradura, y pudieron abrir un resquicio sin forzarla.

Fuera estaba muy oscuro, pero alcanzaron a ver la silueta de un par de aviones que debían de estar cerca de la puerta de acceso principal. No se oía nada.

—¿Quieres coger uno de esos pájaros? —preguntó Weidenfeld.

—No. Se darían cuenta enseguida. En aquella dirección hay unos hangares. Será más fácil.

—Yo no veo nada.

—No están cerca. Hay que pensar cómo llegar hasta allí. Las SS suelen tener perros que nos encontrarían fácilmente si nos acercamos andando.

—¿Una camioneta? —preguntó Comadreja, señalando unas mangueras enrolladas a veinte metros—. Tiene pinta de ser un depósito de combustible. Podríamos coger una cisterna.

Se pusieron en marcha y, cinco minutos después, el motor del camión cisterna tosía al arrancar, rasgando el silencio de la noche.

—Este maldito trasto va a despertar a todo el mundo —se quejó preocupado el teniente alemán.

—No te preocupes, estamos dentro del aeropuerto. ¿Qué crees que pueden sospechar? ¿Qué les están robando combustible? Solo podemos ir dos en la cabina.

—Yo iré encima de la cisterna, tumbado —dijo Riggs—. Procura acercarte bien al hangar. Si os paran, intentaré entrar subiendo por la fachada.

Gato se tumbó sobre el depósito, agarrándose como pudo, y Weidenfeld puso el camión en marcha sin encender las luces. La poca luz de la noche les servía para intuir las siluetas de los edificios, pero Comadreja no tenía muy claro que no chocaran contra alguno. A lo lejos, un perro debía de haber oído el motor del vehículo y se había puesto a ladrar, siendo contestado rápidamente por otro.

—Por allí. Deberíamos verlo en un momento.

—Espero que sea antes de que nos lo llevemos por delante —refunfuñó el estraperlista, acercando el rostro al cristal delantero—. Ya lo veo. Vamos a ver cuánto nos dejan acercarnos.

Momentos después, alguien gritó una orden en alemán, pero Weidenfeld la ignoró. Aún les quedaban quince metros hasta el enorme portón.

—*Halt!*

Esta vez la orden era más clara. El adormilado centinela se estaba espabilando. Comadreja obligó al camión a dar unas sacudidas mientras se quejaba a gritos de los ineficaces frenos, logrando acercarse a tan solo un par de metros del edificio.

—¿Qué están haciendo? —preguntó en alemán un soldado, encañonándolos con su fusil mientras su compañero hacía lo propio en el otro lado de la cabina.

—Lo lamento, amigo, pero este cacharro no quería frenar. El pedal se ha quedado enganchado —respondió Weidenfeld también en alemán. Bajó del camión y se frotó las manos con un trapo lleno de grasa y gasolina.

—¡No se baje del camión! —ladró el soldado—. No pueden estar aquí. Es una zona restringida.

—Nos han ordenado llenar un «pájaro» —protestó Comadreja con aire sorprendido, como si se diera cuenta por primera vez de que las armas de los soldados les estaban apuntando, mientras una sombra silenciosa se movía sobre sus cabezas y con un pequeño ruido, tapado por las voces, se aferraba a la fachada y se quedaba recogida como si se tratase de un gato.

—No pueden estar aquí —repitió el soldado, amenazándolos con su arma —. ¿Quién les ha mandado?

—El sargento —respondió Weidenfeld, que ahora parecía muy nervioso, con las manos en alto, como si lo estuviera deteniendo la Gestapo—. Nos han ordenado que llenáramos el depósito de un avión y que lo hiciésemos deprisa. Yo le he dicho a mi compañero que…

—¡Cállese! —ordenó el soldado—. Será mejor que lo comprobemos. No se muevan de aquí.

El centinela hizo un gesto a su compañero para que no los perdiera de vista, y se metió dentro del hangar.

—¿Hay algún problema, señor? No quisiera…

—Le han dicho que se calle.

—Si, señor. Solo quería decirle que…

—¡Que se call…!

El soldado cayó al suelo desmadejado por el golpe que le había propinado Riggs. Metieron el cuerpo dentro del camión y lo ataron con sus correajes. Von Weizsäcker y Weidenfeld se dirigieron a la puerta por la que había desaparecido el primer centinela, y Riggs volvió a escalar la fachada.

El hangar tenía un par de aviones y sitio para otros tres más, al menos. Los dos comandos se acercaron a uno de los aparatos, un trimotor Junkers Ju 52.

—Este está bien —dictaminó el piloto alemán—. Veamos si tiene combustible.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —preguntó el otro soldado que los había interceptado.

El sorprendido centinela no daba crédito a lo que veía y ni se había descolgado el fusil del hombro. Llegaba acompañado por un mecánico y un

cabo que ojeaba el contenido de una carpeta en busca de una orden de vuelo que no existía.

Von Weizsäcker reaccionó sacando la pistola con silenciador que le había entregado el sicario y apuntó a los cada vez más estupefactos alemanes.

—No se muevan.

—¿Qué pretende…?

—Suelten las armas despacio y levanten las manos —cortó Von Weizsäcker, muy nervioso, agitando el arma.

—Son desertores —dijo el centinela, descolgándose el fusil del hombro, confundido por el aristocrático acento de Von Weizsäcker.

—Dispara —ordenó Weidenfeld en inglés.

Al teniente le temblaba el pulso de la mano con la que enarbolaba el arma. Comadreja presintió el desastre: el piloto no dispararía contra sus compatriotas. Enfurecido por no haber cogido él la pistola, gritó:

—¡Dispara!

Los alemanes habían llegado a la misma conclusión que el estraperlista y comenzaron a moverse, separándose el uno del otro. Solo el centinela iba armado y movía el arma lentamente para apuntar a Von Weizsäcker, que parecía hipnotizado con la boca del fusil.

—¡Dispara de una vez, joder!

Los tres alemanes ya los tenían rodeados y el mecánico se acercaba a Weidenfeld llevando una llave inglesa de grandes proporciones.

Comadreja sacó del interior de la bota su estilete y se aprestó a jugársela con el mecánico. De pronto, resonó un desagradable chasquido, y la sonrisa del centinela se le congeló en el rostro. De su garganta afloraba un trozo de cañería de más de veinte centímetros. Weidenfeld aprovechó la sorpresa para lanzarse a fondo sobre el mecánico y atravesarle la yugular con el estilete.

El cabo alemán, desarmado, se quedó de piedra un segundo ante el cambio de la situación, antes de ser derribado por Gato, que, cayendo del cielo, hizo presa en su cuello. Comadreja conocía por experiencia propia lo que era ser apresado por aquellos brazos endurecidos en las tareas circenses y casi sintió pena por el pobre diablo, al que ya se le salían los ojos de las órbitas.

—¿Qué cojones te ha pasado? Casi haces que nos maten —gritó airado Weidenfeld al piloto, mientras le quitaba la pistola, guardándosela en la cintura del pantalón—. Venga, muévete. Revisa el avión mientras escondemos los cuerpos.

A falta de un sitio mejor, metieron los cadáveres en el aparato; dejaron que Von Weizsäcker comprobara los mandos e inspeccionaron el resto del hangar y los accesos, por si hubiera más centinelas.

—Los demás deben de estar en alguno de esos hangares —susurró Comadreja con su voz rota—. Me quedaré aquí con el teniente por si viene alguien. Tú ve a buscar al resto. Olvídate de cortar la verja. Acercáis el camión de la basura, subís al techo y la saltáis. Date prisa, no podemos estar aquí mucho tiempo.

Gato salió corriendo entre las sombras mientras Weidenfeld volvía dentro. El avión estaba en perfectas condiciones y el depósito tenía combustible de sobra como para llevarlos hasta el mar del Norte. Ahora solo faltaba abrir los portones, sacar el aparato y llevarlo a la pista.

Remolcaron el Junkers con el camión cisterna hasta la pista, amparados en la oscuridad. Von Weizsäcker se secaba las manos húmedas en los pantalones. Hasta el momento, habían tenido mucha suerte, pero esta no podía durar demasiado. Tarde o temprano, alguien tendría que ver el avión preparado para despegar.

Estaban desenganchando el aparato cuando escucharon unos pasos apresurados. Weidenfeld levantó el arma, preparado para abrir fuego.

—Tranquilo, sargento, somos nosotros.

Con un suspiro de alivio, Comadreja hizo gestos para que sus compañeros subieran al avión, y ayudó a Von Weizsäcker a encender los motores.

El silencio se rompió cuando el trimotor empezó a acelerar. Por la radio, una voz ordenaba que el aparato se identificara.

—Venga, teniente, vámonos —dijo Brown, asomando por la cabina.

El piloto de la Luftwaffe dio más gas y el aparato echó a andar por la pista. En la radio las órdenes eran más enérgicas cada vez, y ya en el edificio principal se veían abrir unas puertas por las que asomaban las siluetas de los camiones de las SS, alentados por una sirena.

—Venga, venga, esto se va a poner feo —dijo Comadreja, mirando como se acercaban los camiones a través del cristal de la cabina—. ¡Sácanos de aquí cagando leches!

Capítulo XXV

Miércoles, 19 de abril de 1944
Friedrichskoog, Alemania

Sentados alrededor de una mesa, Brown y Von Weizsäcker aguardaban, cada vez más impacientes, el regreso de Weidenfeld, que ya hacía rato que los había dejado en aquella taberna portuaria.

Además de su mesa, solo otras dos estaban ocupadas. Desde una de estas, unos viejos y ociosos pescadores los examinaban con recelo; en la otra, un grupo de cinco miembros de la marina alemana debían de estar celebrando el cumpleaños de uno de ellos, por cómo alzaban las jarras y se daban empujones y abrazos.

Por fortuna, ninguno de ellos había sentido la misma curiosidad por los desconocidos que habían experimentado los silenciosos pescadores de la zona.

—Estese tranquilo y no los mire —susurró Brown, viendo cómo el teniente se agitaba en su sitio.

Las jarras de cerveza de ambos estaban vacías, lo que no parecía complacer al tabernero. Brown dudaba entre pedir otra ronda o seguir allí sentado, ignorando las miradas del camarero. Por fin decidió que era mejor mantenerse quieto. Un gesto para que les sirvieran o una palabra del nervioso piloto alemán podría atraer la atención de los soldados.

—¿Por qué tardará tanto? —susurró el teniente, adelantando la cabeza.

—Tranquilo, ya vendrá —repuso el coronel americano, acercándose la vacía jarra a los labios, como si una última gota estuviese aguardando en el fondo.

Instantes después, la puerta de la taberna se abrió y los dos hombres levantaron la mirada. Para su desilusión, no se trataba de Weidenfeld, sino de otro grupo de marinos. Cuatro de ellos eran muy jóvenes y los otros dos, que lucían galones, más veteranos. Ninguno de los seis echó siquiera un vistazo a

los allí reunidos. Intercambiaron unas chanzas con sus compañeros acodados en la barra y se dispusieron a beberse parte de la paga.

Brown mantuvo alejada la mirada de los alborotadores, concentrándola en el fondo de la jarra, mientras envidiaba la situación del resto de sus hombres, escondidos en un chamizo para guardar barcas, cerca de las marismas, a las afueras del pueblo. Seguro que ellos se encontrarían más tranquilos; incluso alguno habría aprovechado para echar un sueño a la espera de su regreso.

⁂

Tal y como había calculado Von Weizsäcker, habían llegado hasta la costa del mar del Norte en el Junkers sin ningún problema cerca del amanecer. Brown se había quedado sorprendido al ver que nadie los perseguía. No podía saber que, en realidad, los alemanes no los estaban buscando, ya que habían descartado la posibilidad de un atentado en la explosión del laboratorio.

Ciertamente, habían tenido alguna dificultad para despegar del aeropuerto de Tempelhof, donde les habían disparado hasta que lograron alcanzar una altitud segura, pero se habían dado prisa en escapar del alcance de las balas. Los focos y cañones antiaéreos del campo de aviación, acostumbrados a reaccionar ante una alarma de bombardeo, no por el robo de un avión, habían tardado más de la cuenta en atacar, lo que permitió al comando adentrarse en la noche.

La escasa luz del alba les había dejado ver la superficie terrestre bajo el aparato, con sus solitarias marismas cruzadas por estrechos canales, surcados esporádicamente por algún barco pesquero que salía a faenar.

—Coronel —había gritado Von Weizsäcker sobrevolando la franja—. Tomaremos tierra aquí. Será accidentado. El tren de aterrizaje no podrá rodar sobre la marisma y se quedará clavado, o se partirá. Átense los cinturones y estén preparados para las sacudidas.

El comando había seguido las instrucciones del piloto. Amarrados en sus asientos, habían metido la cabeza entre las rodillas con las manos en la nuca, dispuestos a lo que no tardaría en llegar. En la cabina, Weidenfeld había empezado a gritar a medida que se acercaba el suelo.

En el último momento, Von Weizsäcker había levantado el morro un poco para desacelerar y evitar que las ruedas delanteras se clavaran. El aparato había tocado con la cola y enseguida el morro cayó. La sacudida fue brutal; el tren delantero se había partido y el pájaro se había deslizado decenas de

metros sobre la panza hasta detenerse. Aun estando ya aterrizados, Comadreja había seguido aullando como un loco.

—Está bien, sargento. Ya estamos en tierra —se había burlado el piloto alemán, mientras se secaba el sudor que le corría por la frente.

—Vamos, ¡abajo! —había ordenado Brown, soltándose el cinturón—. ¿Están todos bien?

—¡El teniente va a dejar de estarlo en cuanto consiga soltarme! —había ladrado Comadreja con su voz rota—. ¿Querías matarnos, asqueroso hijo de perra?

—Tranquilícese, Weidenfeld. No tenemos tiempo que perder. Los alemanes no tardarán en descubrir dónde está el pájaro que les hemos robado y nos seguirán los pasos. Hay que alejarse de aquí. ¿Podríamos esconder el avión, teniente?

—No, señor. No hay donde esconderlo y, aunque encontráramos un sitio, no podríamos moverlo de aquí ni remolcándolo. Está anclado.

El comando había dejado atrás el avión a paso ligero hacia el norte, tratando de alcanzar un lugar donde guarecerse. Ocho hombres andando por las marismas a esa hora de la madrugada era más que sospechoso, y en medio de la extensa llanura serían descubiertos desde lejos.

La fortuna los había acompañado y habían encontrado refugio en una caseta, que a buen seguro su dueño utilizaba para guardar y reparar pequeñas embarcaciones y que aparentaba no haber sido usada desde hacía tiempo. Desde allí, podían ver a lo lejos la silueta de un grupo amplio de casas, señal de que se acercaban a una población, donde podrían encontrar un barco que los trasladara a la isla de Helgoland.

—Será mejor que nos separemos —había dicho el coronel, mientras los hombres revisaban el chamizo en busca de algo útil o comestible—. El teniente, Weidenfeld y yo iremos a buscar un barco. Los demás esperarán nuestro regreso aquí sin moverse.

—Sería mejor que fuera yo solo —había propuesto Comadreja.

—No. No conocemos la zona. Si el teniente está en lo cierto, se trata de un pueblo pesquero donde todos se conocerán. Un desconocido levantaría sospechas y podría necesitar ayuda si es descubierto. Capitán, disponga una guardia, y que el resto descanse. No hagan ruido. Si alguien se acerca, traten de evitar un enfrentamiento.

Los tres habían abandonado el chamizo, dirigiéndose más al norte. La silueta de las casas en tamaña planicie parecía estar más lejos de lo que

habían calculado y tardaron un buen rato en entrar en el pueblo por la orilla del río.

La cervecería estaba al lado del puerto. Mientras Weidenfeld se iba a dar una vuelta por la zona del puerto, Brown y Von Weizsäcker habían entrado y pedido una cerveza. Ocuparon una mesa próxima a la ventana, con la esperanza de poder controlar el exterior desde su posición, pero los cristales estaban sucios a causa del salitre y apenas se veía nada.

Los parroquianos los habían mirado con desconfianza al entrar, sin decir nada, siguiéndolos con la mirada hasta la mesa. Desde la barra, el camarero tampoco parecía muy convencido de aquella presencia extraña, pero habían pagado con buen dinero y no era cuestión de perder clientes, así que les acercó un pequeño plato con unos camarones.

⁂

Hacía ya más de tres horas que no se movían de la mesa. Las jarras estaban vacías y calientes de tanto manosearlas, y el tabernero ya no estaba tan bien dispuesto. ¿Dónde se había metido Weidenfeld?

Los marineros llevaban ya unas cuantas rondas, y los gritos arreciaban entre canciones y risotadas y las miradas entre asustadas y reprobatorias de los escasos parroquianos. Cuando se abrió de nuevo la puerta, los dos hombres por fin respiraron aliviados. Comadreja estaba de vuelta y parecía tener buenas noticias, a juzgar por la sonrisa que lucía.

También los marineros de la Kriegsmarine sintieron curiosidad por el recién llegado. Examinaron al individuo, calvo, con barba de varios días, una sonrisa en la cara y una desagradable cicatriz en el cuello que se sentaba a la mesa donde parecían estar esperándolo los dos silenciosos hombres que llevaban tanto rato sin beber.

—Ya lo tengo —dijo Weidenfeld en voz baja—. ¿Hay una cerveza para mí?

—No —repuso Brown—. El camarero no deja de mirarnos. Será mejor que nos marchemos cuanto antes.

—Parecerá aún más extraño —se quejó Comadreja—. Deje que pida una ronda para todos.

Brown iba a contestar, pero se calló al darse cuenta de que uno de los marineros se había acercado a la mesa.

—¿Von Weizsäcker? ¿Franz von Weizsäcker? —preguntó en alemán.

Von Weizsäcker se giró como si alguien lo estuviera apuntando con una pistola. Miró al soldado, que lo inquiría con rostro de duda, y sin querer volvió a darle la espalda.

—¡Sí, eres tú! ¿No te acuerdas de mí? Soy Hans Gunkel. Estudiamos juntos, ¿no te acuerdas?

Von Weizsäcker volvió a mirar al soldado y fingió estudiar aquel rostro. No le decía nada, pero sería mejor seguirle la corriente. Había sido reconocido, y la cosa se podía agravar.

—¿Gunkel? Sí, ahora caigo —respondió, también en alemán, tratando de ocultar sin éxito su nerviosismo—. No te había reconocido.

—Tú también estás bastante cambiado. ¿Qué haces por aquí?

—He venido a visitar a unos parientes —respondió Von Weizsäcker—. Estos son mis tíos, en realidad primos de mi padre.

Brown no había entendido nada de lo dicho, pero sonrió cuando el soldado se giró hacia él.

—¡Vaya, qué sorpresa! Alguien me había dicho que te habías alistado en la Luftwaffe y que te habían derribado en Inglaterra.

—No, a mí no. Derribaron a mi hermano —contestó Von Weizsäcker rápidamente—. ¿Te acuerdas de Otto?

—¡Claro que sí! —repuso el marinero, aunque estaba claro que no era cierto—. Pobre Otto. ¿Sabes si sobrevivió?

—No lo sé.

—Bueno, no te preocupes demasiado. Si está vivo, pronto podrás volver a verlo, en cuanto derrotemos a esos cerdos.

El soldado estaba un tanto ebrio y se mostraba eufórico.

—Yo me alisté en la marina, como puedes ver —dijo, mostrando la manga del uniforme, donde lucía un ancla con un galón debajo—. Alférez. ¿Qué te parece?

—Enhorabuena.

—¿Por qué no te tomas algo con nosotros? Vamos, te invito a una cerveza.

—No, gracias. Mi tía nos está esperando. Y tiene muy mal genio. Ya sabes cómo son las mujeres de los pescadores.

—Sí, claro. Bueno, en otra ocasión será. Me alegro de haberte visto.

—Lo mismo digo.

Von Weizsäcker y Weidenfeld se pusieron en pie para despedirse, y Brown hizo inmediatamente otro tanto. Abandonaron juntos la cervecería

bajo la mirada del sargento de la marina, al que no había hecho mucha gracia que el teniente hubiese rechazado su invitación.

Cuando estuvieron lo suficientemente lejos, el piloto le contó a Brown su conversación con el alférez de la Kriegsmarine.

—No se ha quedado convencido —dijo el coronel—. Ese hombre puede suponer un peligro. Tal vez le dé por indagar.

—¿Y qué hacemos? Es imposible cargárselo, rodeado de tantos soldados —apuntó Comadreja con su voz rasposa.

—¿Qué es lo que ha conseguido? —preguntó Brown, dejando a un lado el tema del marinero alemán.

—Un pequeño barco camaronero —dijo Weidenfeld—. El patrón es un frisón nacido en Helgoland. Se llama Koert Radbod.

—¿Es de fiar?

—Es probable —contestó Weidenfeld encogiéndose de hombros—. Tiene motivos sobrados para odiar a los nazis. Ha vivido toda la vida en Helgoland, hasta que la marina alemana desalojó la isla para que la ocuparan sus tropas, pero antes los obligaron a cavar túneles y trincheras por toda la isla. Los frisones no se sienten alemanes, y los nazis no se fían de ellos, porque anteriormente la isla estuvo bajo dominio británico.

—¿Por qué se arriesga? —quiso saber Brown.

—Según parece, con tanto submarino y barco de guerra removiendo las aguas, que además están minadas, no hay mucha pesca; se gana la vida con el contrabando. Lleva con él cuatro tripulantes. Dos de ellos también son de la isla. Uno es su hermano pequeño, y el otro está casado con una de sus hermanas. Los otros dos son daneses.

—¿Le ha explicado por qué queremos alquilar el barco?

—Le he dejado ver que se trata de algo de contrabando.

Brown reflexionó un buen rato mientras caminaban hacia el chamizo, donde aguardaba el resto del comando.

—Es muy arriesgado, pero no tenemos tiempo. ¿Cuándo embarcaremos?

—Mañana, al amanecer. He visto el barco y pasa desapercibido. Es un viejo camaronero, igual a otros muchos.

—¿Cómo pagaremos?

—No lo haremos —contestó tranquilamente Comadreja.

—¿No le ha pedido nada por adelantado? —preguntó Brown extrañado.

—Le he prometido una buena suma cuando acabe esto. Ahora no tiene con qué mercadear, y quiere salir a pescar algo, así que no pierde nada.

—Demasiado fácil —respondió Brown, rascándose la barba de varios días —. Mañana veremos a ese tal Radbod. Si no me gusta, él tampoco subirá a ese barco.

—¿Y qué hacemos con el hombre que me ha reconocido? —preguntó Von Weizsäcker, que seguía inquieto.

—No podemos hacer nada. Confiemos en que se olvide de usted. En cualquier caso, en un par de días estaremos lejos.

⁂

Jueves, 20 de abril de 1944
Cancillería del Reich, Berlín, Alemania

El general Kaltenbrunner repasaba unos informes en su despacho cuando unos tímidos golpes en la puerta llamaron su atención.

—Perdón, general —dijo su ayudante, asomando por la puerta—. Tiene una llamada. Me han asegurado que usted la estaba esperando.

El colérico general descolgó el auricular e hizo un gesto para que su ayudante se retirara. Escuchó lo que le decían desde el otro lado de la línea mientras se frotaba pensativamente la cicatriz que le cruzaba la mejilla; formuló un par de preguntas y colgó sin despedirse. Durante un rato, no hizo otra cosa que repasar la herida que le desfiguraba el rostro.

Finalmente se confirmaba que había sido un atentado. No es que Kaltenbrunner tuviera la menor duda, a pesar de los desmentidos por parte de la Luftwaffe y del director del laboratorio, el primo del almirante Dönitz, pero al general le gustaban las cosas bien atadas, y ahora lo estaban. El rastro de explosivos constituía una prueba inequívoca.

Sin embargo, no era eso lo que le preocupaba, sino el hecho de que hubieran descubierto el cadáver del judío en un lugar en el que no debería estar. El cuerpo se encontraba entre los restos del tejado y presentaba varios orificios de bala en la espalda. Hasta el momento, era el único científico al que habían localizado, pues sus colegas aún permanecían aplastados en el sótano, bajo toneladas de escombros.

Así que el comando había contactado con Steiner. ¿Qué les habría contado este? El asunto se agravaba, aunque Kaltenbrunner era optimista. Al fin y al cabo, como había señalado el *reichsführer* Himmler, el judío ignoraba el enclave en el que se hallaba el astillero y los aliados no podrían

encontrarlo. Además, la prueba final del cavitador de ultrasonidos había resultado un rotundo éxito, y pronto el mundo entero tendría motivos para lamentarlo.

Sin embargo, Kaltenbrunner era un hombre metódico al que no le gustaban los cabos sueltos, así que, descolgando de nuevo el auricular, concertó una entrevista de urgencia con el *reichsführer*.

⁂

Sentado muy erguido ante su escritorio, el *reichsführer* Heinrich Himmler atendía al teléfono con una sonrisa torcida, mientras el general Kaltenbrunner, al otro lado de la mesa, aguardaba impaciente. Cuando finalmente Himmler colgó el auricular en la horquilla, exclamó con una alegría mal contenida:

—El *führer* está muy disgustado con nuestro querido comandante supremo de la Luftwaffe por la destrucción del laboratorio.

El general Kaltenbrunner no dijo nada.

—No lo veo convencido, Kaltenbrunner —dijo Himmler, observando el semblante taciturno de su lugarteniente—. No hay de qué preocuparse: la prueba del cavitador de ultrasonidos ha sido un completo éxito. El *führer* tendrá su arma, tal y como le prometí, y con ella ganaremos la guerra.

El *reichsführer* se quitó las gafas y, con un paño impoluto, las limpió de forma concienzuda, antes de añadir:

—Ese comando se ha encargado de eliminar al judío, al que ya no necesitamos, y ha hecho caer en desgracia al mariscal Goering. Deberíamos estarle agradecidos.

—Contactaron con el judío, señor —apuntó el general, sin dar su brazo a torcer.

Nada más llegar al despacho del *reichsführer*, había puesto a este en antecedentes sobre las circunstancias en las que había sido hallado el cadáver del científico.

—Tal y como yo lo veo —dijo Himmler, poniéndose de nuevo las gafas con delicadeza—, los miembros del comando trataron de secuestrar al judío y, antes de que pudieran sacarlo del laboratorio, los centinelas acabaron con él. No creo que tuvieran tiempo de hablar. En cualquier caso, ¿qué les podría haber revelado? Desconocía dónde ocultamos los submarinos.

—Creo que, de alguna manera, el comando ha logrado descubrirlo, señor.

—¿Cómo dice?

A pesar de que el *reichsführer* no había alterado su tono de voz y de que Kaltenbrunner era mucho más corpulento, este pareció encogerse cuando respondió:

—Hace dos noches —explicó el general, removiéndose en su asiento—, alguien robó un avión en el aeropuerto de Tempelhof. Le perdieron la pista antes de que pudieran salir cazas para interceptarlo. La Gestapo investigó el caso y llegó a la conclusión de que se trataba de un grupo de desertores…

—¿Y bien?

—Han hallado el aparato cerca de Brunsbüttel, a la orilla del mar del Norte. A unos ochenta kilómetros de Helgoland.

Himmler, con la mirada fijada en su lugarteniente, no movió un solo músculo.

—El avión está en perfectas condiciones —continuó el general, cada vez más nervioso—, salvo el tren de aterrizaje, que se habrá partido al tocar suelo, lo que indica que pudieron tomar tierra.

—¿Cómo ha podido suceder tal cosa?

—No podemos estar seguros de que sean conscientes de dónde se encuentran —se apresuró a aclarar Kaltenbrunner—. Tal vez fuese el punto por el que trataban de escapar del país. Puede que un submarino, o un avión, los estuviese esperando. Quizá crean que su misión ha tenido éxito y simplemente están volviendo a casa.

—Demasiada coincidencia —descartó Himmler—. Tenemos que dar por supuesto que conocen dónde se encuentra el astillero.

—Podríamos desplazar un destacamento a la isla con alguna excusa.

—¡No! Los informadores de Göring o de Bormann se darían cuenta. Debemos proteger la isla sin llamar la atención. No olvide que Helgoland está bajo jurisdicción de la Kriegsmarine. Un destacamento de las SS pondría muy nervioso al almirante, y nos descubriría. Debemos asegurar la sorpresa total para que, cuando los aliados embarquen sus tropas, podamos golpearlos con dureza y destruir sus ejércitos.

—Pero tenemos que atrapar al comando antes de que pueda llegar a la isla…

—No, si eso requiere desvelar el Proyecto Moisés. A fin de cuentas, no pueden hacer nada. La cueva donde están escondidos los submarinos es un búnker natural. No les resultaría tan fácil de destruir como el laboratorio. Tenemos que proteger las instalaciones con discreción.

—Si me permite, señor —dijo Kaltenbrunner, echando su corpachón hacia delante—, hay un inspector en la Gestapo que ha estado persiguiendo al

comando desde su llegada.

El general explicó detalladamente todo lo relacionado con la investigación de Schlüter, desde el mensaje facilitado por una fuente infiltrada en el Alto Mando aliado, hasta el arresto domiciliario que le había sido impuesto.

—He leído su expediente, señor, y es un buen policía. Creo que, si se lo hubiesen permitido, tal vez ahora tendríamos en nuestras manos al comando. Podríamos ofrecerle algo de información y mandarlo a Helgoland.

—¿Un solo hombre?

—Con un equipo —propuso Kaltenbrunner—. Agentes de la Gestapo investigando la posible presencia de saboteadores en una base de submarinos estratégica. Nadie sospecharía nada.

—De acuerdo —asintió Himmler. Vio que el elegante reloj suizo de pared que adornaba la estancia marcaba las nueve y media de la noche—. Envíelo mañana a primera hora. Pero recuerde: ante todo, discreción. Que no levante sospechas.

⁂

Viernes, 21 de abril de 1944
Mar del Norte, frente a la costa alemana

Desde la cabina del pesquero, el coronel Brown y el capitán Pickeray estudiaban a través de sus prismáticos la isla que se levantaba ante ellos a cuatro millas de distancia. El mar revuelto y la persistente lluvia no favorecían la labor de los dos hombres.

Empuñando el timón del camaronero, su patrón gobernaba la nave sin sentir la misma curiosidad que el comando. El capitán Radbod había nacido y vivido muchos años en aquella isla y conocía de memoria sus playas y acantilados.

—No pensé que fuese tan pequeña —comentó Pickeray, sin dejar de mirar por los prismáticos.

Brown no contestó. Realmente, Helgoland era poco más que un peñón. Abandonada en la inmensidad del mar, la isla era más larga que ancha. Al sur, unos diques artificiales en forma de pinzas de cangrejo resguardaban los navíos de guerra alemanes que estaban anclados para repostar, armarse o hacer pequeñas reparaciones. Sobre el puerto, varias hileras de pequeñas

casas de madera y algunas fortificaciones para las defensas y los cañones de largo alcance era todo cuanto contenía aquel peñasco.

El objetivo estaba situado al norte, en los acantilados de sesenta metros en vertical batidos por las olas. Allí, una cueva ensanchada por la mano de obra esclava utilizada por los nazis había sido tapiada con un pesado y robusto portón de acero, pintado del mismo color rojizo que la roca donde se engastaba. Por aquel portón habrían de entrar y salir aquellos extraños submarinos, capaces de causar la destrucción del ejército más poderoso que había conocido la humanidad.

El patrón del pesquero sacó la cabeza por una de las ventanillas y gritó algo en danés a uno de sus tripulantes. Estaban simulando faenar, y los marineros, a los que se habían sumado, por orden del coronel, Weidenfeld y Villar, manejaban las redes como si esperasen hacer una buena captura. Con el motor diésel sin forzar, el camaronero se balanceaba entre el oleaje, avanzando con lentitud.

—No veo nada —dijo el coronel americano.

—No es fácil —contestó el capitán Radbod, en un inglés con fuerte acento alemán, sin apartar la mirada del aparejo de babor—. Lo han disimulado bien.

—A mí me parece que la pared es sólida —dijo Pickeray.

—La mar está revuelta, y quedan un par de horas para la marea baja. Entonces nos acercaremos un poco más y podrán verlo mejor. Los nazis se pondrán un poco nerviosos, pero nos alejaremos antes de que vengan a ver qué estamos haciendo.

—¿Cómo lo descubrió usted? —preguntó Brown, mirando al capitán Radbod.

—Como los demás —contestó el patrón, encogiéndose de hombros—. Llevo toda una vida en estas aguas, y terminas conociendo palmo a palmo la costa.

Brown volvió a mirar por los prismáticos. Nada. No era capaz de distinguir la grieta que, como Radbod afirmaba, delataba la presencia de una construcción artificial en medio del acantilado, pero, si el patrón del camaronero se lo aseguraba, estaba dispuesto a creerlo.

Solamente hacía un día que el oficial americano había conocido al capitán frisón, pero desde el primer momento había decidido que aquel fornido pescador, de manos grandes y encallecidas, rostro barbudo severo, ajado por el salitre del mar y que no hablaba más de lo estrictamente necesario, era un hombre de fiar.

⁂

El suspicaz oficial americano, tras conocer por boca de Weidenfeld el trato al que este había llegado con el patrón del pesquero, no había querido correr riesgos y había dejado vigilando el puerto a Gato, que, de sus tiempos de ladrón, ya poseía larga experiencia en tales menesteres y sabía cómo pasar desapercibido, incluso en un lugar donde cualquier desconocido llamaría la atención.

A la mañana siguiente, tal y como habían acordado con el patrón, Brown, acompañado por Weidenfeld, Villar y un somnoliento Riggs, se había presentado, antes de que el sol asomara por el horizonte, en el puerto, donde la actividad ya había comenzado. Los pescadores, bien pertrechados para la lluvia, embarcaban cajas vacías donde guardar las piezas que confiaban atrapar, redes, combustible y todo cuanto iban a precisar para una jornada de intenso trabajo.

Con paso resuelto, y como si fueran tripulantes de uno de los camaroneros que se aprestaban a zarpar, los cuatro se dirigieron al pesquero que lucía en su borda el nombre de *Fiona*. Comadreja había saludado a la tripulación con camaradería, como si fuesen viejos amigos, y se había presentado al capitán Radbod. Brown había dejado que Comadreja, el único de los cuatro que podía hablar en alemán, llevara la conversación.

—Buenos días, capitán —había saludado el estraperlista—. Bonito barco.

—¿Estos son sus hombres? —había preguntado Radbod, fijando sus ojos, de un gris muy pálido, en el comando.

—Parte de ellos —contestó de forma vaga Weidenfeld—. Todavía tendremos que recoger a un par más.

—¿Y dónde se encuentran? Vamos a zarpar enseguida.

—No se preocupe, capitán. Nos esperan en el canal, antes de salir al mar.

Brown, a pesar de no haber entendido nada de lo que se hablaba, no había perdido detalle de la conversación, centrando su atención en estudiar al patrón del pesquero, lo que no se le había escapado a este. Mientras, Riggs y Villar, tal y como les había ordenado el coronel, no perdían de vista cuanto ocurría a su alrededor.

Sin perder tiempo, el capitán Radbod había ordenado soltar las amarras y, dando potencia al motor, había separado el barco del atracadero, encaminándose al canal por donde saldrían al mar. La tripulación les proporcionó unos remendados chubasqueros y unos gorros con los que protegerse de la lluvia.

Diez minutos más tarde, Weidenfeld había llamado la atención de Radbod sobre los otros cuatro hombres que aguardaban cerca de la orilla. Cuando todos estuvieron a bordo, el *Fiona* se adentró en el mar.

Durante las dos primeras horas, los miembros del comando se habían mantenido escondidos en la bodega, todos menos Weidenfeld, Von Weizsäcker y Brown, que habían acompañado a Radbod en la estrecha cabina. El mar se había empezado a revolver enseguida, al igual que el estómago de alguno de ellos, poco habituados al vaivén de las embarcaciones.

El capitán Radbod había preguntado discretamente en qué consistía aquel contrabando, y Comadreja había contestado vagamente, pero al perspicaz patrón no se le habían escapado las miradas que lanzaba el estraperlista a Brown.

—¿Es usted el jefe? —había preguntado Radbod en alemán, dirigiéndose directamente al silencioso comandante; y, viendo las miradas de nerviosismo de Von Weizsäcker y Weidenfeld a su mudo compañero, repitió en un más que aceptable inglés—: ¿Es usted el jefe de estos hombres?

Brown se había quedado un momento en silencio, estudiando al patrón, que no dejaba de atender al gobierno de la nave.

—Sí, lo soy.

—¿Y puede decirme de qué va todo esto?

El coronel se debatía entre mentirle o contarle la verdad. Ahora dependían de la pericia de aquel marinero, y tarde o temprano este habría de enterarse de que su objetivo era la isla. Ellos eran ocho, y los tripulantes solo cuatro. Si Radbod trataba de traicionarlos, al comando no le sería difícil hacerse con el barco. Pero lo que había decidido a Brown era su instinto para catalogar a los hombres.

—Creo que conoce bien la isla de Helgoland —dijo Brown.

—He vivido allí toda mi vida, hasta que nos echaron los nazis —se limitó a contestar Radbod, sin mostrarse extrañado.

—Debemos llegar allí sin que nos descubran.

—Eso no será fácil. ¿Se trata de la cueva?

Los hombres se miraron sorprendidos. ¿Radbod conocía la existencia de aquella cueva?

—¿Cómo sabe eso?

—Llevo más de cuarenta años faenando en estas aguas.

—¿Sabe lo que contiene la cueva? —había preguntado Brown, entornando los ojos.

—No. Los nazis lo han escondido bien —contestó el patrón del camaronero sin poder facilitar más información.

—Habla usted un buen inglés —comentó Brown, sin desviar la atención del frisón.

—Cuando yo era niño, Helgoland estaba en manos de los ingleses —respondió Radbod sin darle la menor importancia.

Dejándolo estar, Brown había decidido que Pickeray y él mismo ocuparían la cabina junto a Radbod, mientras que Weidenfeld y Villar ayudarían a la tripulación. El resto se mantendría escondido en la bodega.

Aquella jornada, Brown y Pickeray, con la colaboración de Radbod, habían estudiado aquellas aguas y, muy de lejos, la isla. El patrón había tratado de acercar la embarcación un poco más, pero la actividad por allí había sido intensa, con varias partidas y llegadas de submarinos alemanes.

Finalmente habían llegado a la conclusión de que el asalto debería ser nocturno. Radbod, pese a la impaciencia de los hombres del comando, les había recomendado esperar a la siguiente noche, prometiéndoles un mar algo más calmado, y Brown, tras consultar con Pickeray, había dado su visto bueno. Al fin y al cabo, nadie podía conocer sus intenciones y aún tenían margen para contactar con el submarino que supuestamente debería venir a recogerlos.

⁂

Sin dejar de examinar la isla, Brown trazaba en su cabeza el plan de ataque; calculaba el tiempo necesario para desembarcar en ella, llegar a la cueva, poner las cargas y huir.

Todo tenía que encajar a la perfección. El barco habría de acercarse lo más posible a la costa, alejarse rápidamente para no despertar sospechas y volver a recogerlos en el mismo punto donde los había dejado a una hora convenida. Pero tampoco podía permitirse un margen muy alto. Cada minuto que permanecieran en la isla, el riesgo de ser descubiertos se multiplicaría.

Además, y eso era lo más importante, según había asegurado el profesor Menchaca, resultaba vital que la detonación de la cueva coincidiese con la marea más alta, para que el mar, una vez reventado el portón, entrase furioso y arrasara con todo cuanto encontrara a su paso, apuntillando los destrozos causados por la explosión.

Ya conocían el punto exacto de su objetivo y la ruta que habrían de seguir. Horas antes, tal y como prometiera el capitán Radbod, con la marea en su punto más bajo, se habían aproximado al acantilado noroeste para que el coronel pudiera apreciar el enorme portón de acero tras el que se ocultaba la cueva. Brown no había tenido más remedio que reconocer la habilidad desplegada por los alemanes en aquella obra de ingeniería.

Quedaba un resto de luz, y el coronel aprovechaba para grabarse en la mente los detalles de aquel peñasco surgido del mar. Echó un vistazo a su reloj: las ocho y cinco de la tarde. En diez minutos el sol desaparecería por el horizonte. Entonces cenarían el potaje de pescado que la tripulación preparaba, descansarían un rato y se prepararían.

La marea alta sería a las once, y Brown había decidido que llevarían a cabo la operación en noventa minutos. El desembarco comenzaría a las nueve y media.

⁂

El inspector Schlüter, sentado ante el escritorio del general Kaltenbrunner, aguardaba inquieto a que este colgara el auricular del teléfono, desde el que estaba impartiendo instrucciones a alguien que, a buen seguro, estaría tan preocupado como el propio Schlüter.

El inspector no había estado nunca en la Cancillería del Reich, y todos aquellos pasillos llenos de uniformes con medallas, condecoraciones y galones solo habían conseguido ponerlo más nervioso.

A las ocho de la mañana, cuando el inspector arrestado se había dispuesto a desayunar su aguado sucedáneo de café con un mendrugo de pan y algo de queso, unos fuertes golpes en la entrada —la peor pesadilla de cualquier alemán esos días— habían conseguido que el rostro animado de Leyna se contrajera en un rictus de angustia. Antes de ir a abrir la puerta, Schlüter, con el corazón latiéndole cual caballo desbocado, había intentado tranquilizar a su esposa con una sonrisa que semejaba una extraña mueca.

—Inspector Schlüter, debe acompañarnos —había ordenado uno de los dos agentes de la Gestapo que se encontraban en el descansillo frente a su domicilio. En la escalera no se había oído ni el vuelo de una mosca, aunque, con toda seguridad, tras cada puerta al menos una oreja debía estar escuchando con el aliento retenido.

—¿Puedo saber dónde?

—Tenemos órdenes de acompañarle a la Cancillería del Reich.

¡La Cancillería del Reich! Leyna, con el rostro blanco, se había tapado la boca con una mano, mientras estrujaba el delantal con la otra. Al menos, había pensado Schlüter, los agentes habían utilizado su rango para dirigirse a él, lo que era una buena señal. Si hubiesen venido para llevarlo a un calabozo, se hubieran limitado a agarrarlo por los brazos, ponerle unas incómodas esposas y arrastrarlo hasta el vehículo que se encontraría esperando fuera y del que la gente corriente se apartaba como si de un coche fúnebre se tratara.

—¿Puedo coger mi abrigo? —había preguntado Schlüter, tanteando el terreno.

—Desde luego, inspector.

Tras prometer a su mujer que la llamaría en cuanto pudiera, Schlüter bajó a la calle y se montó en la parte trasera del vehículo. En completo silencio, los agentes de la Gestapo lo habían conducido hasta la Cancillería, donde lo habían dejado en manos de un capitán de las SS.

Momentos después, el asistente personal del general Kaltenbrunner había acompañado a un cada vez más desconcertado inspector hasta el despacho del general.

Kaltenbrunner, quizá para amedrentarlo un poco más, lo había tenido quince minutos de pie, frente a su escritorio, sin dirigirle ni una mirada. Pasado ese tiempo, el general había roto el opresivo silencio, tras estampar una elaborada rúbrica en uno de los expedientes que había estado leyendo.

—Inspector, Schlüter. Se preguntará qué hace aquí.

—Desde luego, mi general —contestó Schlüter educadamente.

—He leído su informe sobre la demolición del laboratorio hace una semana —explicó el oficial, sin andarse por las ramas—. Al parecer, usted está convencido de que se trató de un atentado cometido por un comando enemigo infiltrado, ¿es así?

—Sí, señor.

—Veo que, anteriormente, no siguió las órdenes recibidas y continuó con el acoso al doctor Dönitz y a otros colegas científicos —continuó Kaltenbrunner, escupiendo la última palabra, como si para él los científicos fuesen algo similar a ratas de alcantarilla—. Y ahora está usted arrestado.

—Sí, señor.

—¿Cuál es su teoría de lo sucedido? Cuéntemela. Desde el principio.

Schlüter, que conocía la alergia del enorme general a todo lo que fuera malgastar su tiempo, hizo una exacta y sucinta relación de los hechos, desde que le llegara la orden de investigar a un posible grupo de agentes enemigos,

que iban a tratar de contactar con un científico desconocido, hasta esa misma mañana, en que los agentes de la Gestapo se habían presentado en su casa.

—Nada de lo que le diga aquí debe salir de estas cuatro paredes —dijo Kaltenbrunner con tono cortante—. A partir de este instante queda readmitido en el servicio, directamente bajo mi supervisión. Va a tener un grupo de doce hombres y un salvoconducto, firmado por el propio *reichsführer*, para que le faciliten las investigaciones.

—¿Qué debo investigar, mi general?

—Sus sospechas eran ciertas. Un comando enemigo contactó con el judío y voló el laboratorio. Ahora están en la costa del mar del Norte, y tiene que localizarlos.

—¿Están tratando de huir o se disponen a dar un nuevo golpe?

Kaltenbrunner disimuló su sorpresa por la aguda observación. Aquel inspector demostraba ser más despierto que la mayoría de los aduladores y obtusos agentes que poblaban el edificio en los últimos tiempos.

—Antes de trabajar en el laboratorio del doctor Dönitz, el judío estuvo en Helgoland, una isla al noroeste del país, en el mar del Norte.

Schlüter había oído hablar alguna vez de aquel peñasco que la gente de dinero solía visitar para tomarse unos días de descanso.

—Qué hacía allí no es relevante —continuó Kaltenbrunner—. Baste saber que aquello que los espías buscan se encuentra en la isla, y presumiblemente tratarán de atacarla.

—¿Sabemos si el comando enemigo está allí, señor?

El oficial le contó lo del avión robado en el aeropuerto berlinés y su aparición en las marismas de la costa.

—Hay algo más que me ha llegado hace un momento. Hace dos días, un alférez de la marina reconoció a un antiguo compañero de colegio en Friedrichskoog, un municipio cerca de Dinamarca, en línea recta con Helgoland. Según el alférez, su antiguo compañero se mostró muy evasivo, por lo que llegó a la conclusión de que se trataba de un posible desertor que pretendía escapar de Alemania por mar, y decidió denunciarlo. Hemos comprobado que el citado individuo era un teniente de la Luftwaffe derribado sobre Inglaterra hace cuatro años, al que se había dado por muerto.

Schlüter frunció el ceño. ¿Sospechaba el general que el teniente de la Luftwaffe formaba parte del comando?

—Se le mostró al alférez la foto que usted distribuyó del coronel americano y lo reconoció, sin ningún género de dudas, como uno de los acompañantes. Aquí tiene la ficha y la foto del traidor: Franz von Weizsäcker.

—¿Sabe cuándo han llegado a la costa, señor? —preguntó Schlüter, echando un rápido vistazo al expediente del piloto y grabándose aquel rostro en su memoria.

—Hace dos días.

—Si no me equivoco, general, aquella isla es una base de submarinos. Está fuertemente protegida. Necesitaría una idea de qué es lo que buscan para poder imaginar cómo atacarán.

—Esa información no se la puedo dar. Deberá encontrarlos por su cuenta. Tendrá total libertad de movimientos.

Sobre esto último Schlüter tenía sus reservas. Los orgullosos miembros de la Kriegsmarine defenderían con uñas y dientes su isla de la injerencia de la Gestapo.

—Nada de todo esto deberán saber sus hombres —ordenó el general, extendiendo a Schlüter un sobre con el salvoconducto prometido—. Partirá de inmediato para Helgoland y tomará las medidas necesarias para impedir que el comando enemigo lleve a cabo sus planes. Haga lo que sea preciso para ello, pero no los subestime. Recuerde que lograron destruir un edificio entero en el mismísimo Berlín.

—No se preocupe, general —dijo Schlüter a la vez que se levantaba, entendiendo que la entrevista había terminado—. Si aún están allí, se los traeré personalmente, y pagarán por lo que han hecho.

El general Kaltenbrunner, tras despedirse mano en alto con el saludo nazi, se quedó un buen rato mirando la puerta por la que había salido el inspector de la Gestapo antes de tomar el teléfono.

⁂

Sábado, 22 de abril de 1944
Friedrichskoog, Alemania

Con el brazo extendido para mostrar la foto al desagradable tabernero, Schlüter aguardaba respuesta.

—¿Ha visto a este hombre, sí o no?

El camarero fingió estudiar el rostro del retrato y negó con la cabeza.

—¿Está seguro?

El inspector empezaba a perder la paciencia. El viaje con sus hombres desde Berlín, en dos coches de la Gestapo, había resultado una odisea.

Primero una avería en su vehículo, que hubo que sustituir, y después una carretera cortada por los daños producidos por los bombardeos nocturnos de los aliados, le habían hecho perder un tiempo que consideraba precioso. Se le antojaba vital dar con el paradero del comando en las próximas horas, y ya había pasado el mediodía.

Ahora aquel idiota trataba de entorpecer su investigación.

—¿Sabe? Esta cerveza está muy buena —dijo el inspector, secándose su lacrimoso ojo con el pañuelo—. Por desgracia, ya no se puede encontrar en Berlín. Allí la rebajan con más agua. ¿Dónde la consigue?

El camarero se quedó en silencio, pero el gesto de sus ojos lo delató.

—Escucha, imbécil —dijo Schlüter, bajando la voz y apoyándose en la barra—. Más vale que contestes a mis preguntas o de lo contrario dormirás esta noche en un calabozo de la Gestapo. Allí confesarás el contrabando de esta mierda y hasta tu participación en los atentados contra el *führer*, si hiciera falta. ¿Me he explicado bien?

El tabernero, espantado, echó un vistazo alrededor del local. Cuatro hombres con sombreros y los temidos abrigos largos de cuero sonreían sin disimulo viéndolo sufrir.

—¿Era este hombre?

El tabernero asintió repetidamente. Ya no quedaba en él nada de arrogancia.

—¿Estaba acompañado por este otro? —continuó Schlüter, mostrándole la foto del teniente de la Luftwaffe Franz von Weizsäcker.

Un nuevo asentimiento.

—Muy bien. Ahora vas a explicarle a mi compañero cómo era el tercer hombre. Quiero un retrato perfecto. Pero antes, dime: ¿cuántos más los acompañaban?

—Solo vi a otros dos —respondió el acobardado tabernero—. Uno pequeño que estuvo dando vueltas por el puerto y otro más fuerte, que parecía portugués o español.

—Muy bien. Quiero que le des a mi compañero todos los detalles. ¿Cómo se llamaba el barco?

—*Fiona*. Es de un capitán de Helgoland. Un buen hombre.

Schlüter se imaginó que el «buen capitán» sería el que le conseguiría la cerveza, y de ahí su reticencia a colaborar. Dejó al tabernero en manos del retratista y salió de la cervecería seguido por sus hombres.

Se acercó al puerto y miró los escasos barcos amarrados. Estaba esperando la llegada de una patrullera que los llevara hasta la isla. Con suerte,

incluso podrían encontrar por el camino el barco pesquero. Había dado instrucciones a los hombres que le había asignado el general Kaltenbrunner, un pequeño ejército, para que no hicieran uso de sus armas salvo imperiosa necesidad.

—Inspector, se acerca la patrullera.

Schlüter miró hacia donde le señalaba aquel agente, al que no había visto nunca antes, pero que no se separaba de su lado ni un solo instante. Se decía de él que era un tirador de élite, pero Schlüter sospechaba que sería un novato con ganas de destacar.

—Muy bien. Mientras el dibujante termina, sigan buscando testigos. El comando lo compondrán ocho o nueve hombres, y solo tenemos la descripción de cinco. No quiero que se nos escapen en caso de que vistan uniformes de la Kriegsmarine. Dense prisa. Empezará a anochecer dentro de unas horas y debemos inspeccionar Helgoland mientras haya algo de luz.

⁂

Mar del Norte, tres millas al noreste de Helgoland
21:30 horas

En cubierta reinaba un silencio tenso. El comando preparaba los botes bajo la mirada nerviosa de la tripulación. El ataque se iniciaría por el costado más cercano al continente, donde los acantilados eran algo más bajos y la protección contra las olas, mayor.

Una vez que hubieran desembarcado, tendrían que alcanzar la plataforma superior, recorrer el ancho de la isla y descolgarse por el acantilado noroeste, donde se hallaba la cueva. Este plan parecía más viable, aunque el riesgo de ser detectados fuese mayor que escalar la húmeda pared donde se encontraba el portón, permanentemente batida por impresionantes olas.

Brown estaba un tanto preocupado por la escasez de explosivos y armas. Solo contaban con los diez kilos de RDX que había conseguido Weidenfeld en Berlín, los detonadores que no habían utilizado en el laboratorio berlinés, una pistola con silenciador y un arma blanca cada uno.

El coronel había consultado a Cornín, su especialista en explosivos, sobre esta escasez, pero este no le había dado demasiada importancia. Iban a volar un astillero y, por lo que conocía el guerrillero de los astilleros españoles,

siempre había en ellos material más que de sobra para lanzar todo por los aires.

Además, el capitán Radbod les había podido conseguir ropa oscura y gorros de lana negros, betún con el que tiznarse las caras, dos botes con los que alcanzarían la isla, bengalas náuticas de magnesio y un bidón de diez litros de gasolina.

—Bueno, capitán —dijo Brown, tendiendo la mano al patrón del camaronero—. Ha llegado la hora. Espero verlo más tarde.

—No se preocupe, señor —contestó el frisón, estrechando la mano extendida—. Puede confiar en nosotros. Estaremos aquí a las once en punto. Encenderemos el semáforo de arrastre para guiarlos. Si la luz es verde, sabrán que es seguro. Si es roja, aléjense. Buena suerte.

—Gracias, capitán.

—Quería preguntarle algo, señor —dijo Radbod con tono serio—. ¿Ustedes saben qué ocultan los nazis en esa cueva?

—Algo que no debería existir, capitán —respondió con una sonrisa amistosa el coronel—. Será mejor que se alejen cuanto antes. Capitán Pickeray, ¿todo preparado?

—Estamos listos, señor —respondió el oficial inglés.

—Muy bien, embarquemos.

El mar, tal y como había augurado el patrón del camaronero el día anterior, se había calmado un poco. Aun así, los botes se agitaban como si de corchos a la deriva se tratara. En uno de ellos embarcaron Brown, Menchaca, Gardner y Von Weizsäcker; en el otro, el resto del comando se situó a popa del coronel. A una señal de este, arrancaron los motores fueraborda. Metían demasiado ruido en la noche. Para no alertar a la guarnición de la isla, cuando se aproximaran a la costa tendrían que tapar los motores con mantas, dejando el hueco justo para que estos pudieran respirar, aun a riesgo de quemarlos, y los últimos metros antes de hacer pie en la playa deberían salvarlos a golpe de remo.

—Las mantas —susurró Brown, mirando a través de los prismáticos las escasas luces del refugio que utilizaban los alemanes para la flota de submarinos convencionales.

El comando tapó los motores para reducir el ruido. Bajando la velocidad, continuaron acercándose a la orilla. A pesar de estar envueltos en la oscuridad, Brown pudo ver por los binoculares cómo una patrulla paseaba por la arena. Estaban a menos de doscientos metros de la playa.

—Hacia allí —susurró el coronel, señalando el punto más al norte de la playa, donde empezaban los riscos.

—Los motores se están recalentando —avisó Comadreja.

—Apáguenlos, y cojan los remos —ordenó Brown.

Diez minutos después, el primer bote, empujado por la marea, chocaba contra la roca, y Riggs, de un salto y con una cuerda sujeta a la cintura, se encaramó al saliente de una roca. Sujetos los botes, desembarcaron de uno en uno y aguardaron agachados, mientras la luz de los reflectores cruzaba por encima de sus cabezas.

—Riggs, suba y échenos la cuerda.

El ágil ladrón escaló la resbaladiza pared cubierta de hierbajos sin ninguna dificultad. Una vez arriba, esperó un buen rato, hasta asegurarse de que no había ningún comité de bienvenida aguardando. Confiado en que nadie se agazapaba tras los raquíticos matorrales que salpicaban la explanada, arrojó una punta de la cuerda y uno tras otro fueron ascendiendo sus compañeros.

La zona superior de la isla, como habían podido observar desde el pesquero, era plana y estaba inclinada de tal forma que si bien la orilla este no era muy alta ni escarpada, la que daba al oeste alcanzaba una altura de sesenta metros y tenía una caída vertical. Entre ambas, una campa de hierba salpicada por cañones antiaéreos y focos con los que iluminar a los bombarderos enemigos.

—Algo raro sucede —susurró Weidenfeld, levantando la cabeza por encima de los hierbajos para echar un vistazo alrededor—. ¿Son figuraciones mías o la guardia es demasiado numerosa?

Durante la vigilancia a la que habían sometido la isla, no habían visto semejante presencia de tropas patrullando.

—Tiene razón —contestó Brown con tono preocupado—. Algo los ha alertado.

Por toda la explanada había centinelas en grupos. Incluso en los nidos de cemento, los soldados encargados de los cañones antiaéreos y focos parecían vigilar con más atención.

—¿El capitán Radbod? —sugirió Pickeray.

—No lo creo —repuso Brown—. Ha tenido dos días para delatarnos. De todos modos, tenemos que movernos. Si nos quedamos mucho tiempo aquí, terminarán por vernos.

Con cuidado de no hacer ruido y atentos a las linternas y los focos que barrían de un lado a otro la planicie, se deslizaron entre los matorrales siguiendo a Riggs, que abría el paso bajo la persistente lluvia.

En varias ocasiones estuvieron a punto de ser descubiertos. Por fortuna, los marineros de la Kriegsmarine, que despreciaban a la tenebrosa rama policial de las SS, no se habían tomado en serio la alarma de aquel oficial del ojo lagrimoso y patrullaban con poco celo, renegando por tener que mojarse bajo la lluvia.

Tardaron veinte minutos en cubrir los escasos trescientos metros que separaban ambas orillas en su zona norte, arrastrándose lentamente y deteniéndose a cada momento, una dura prueba para los nervios de todos ellos, incluidos los de Riggs, más acostumbrado que el resto a aquellos movimientos furtivos.

Por fin alcanzaron la punta oeste, donde la tierra se terminaba bruscamente. En medio de la oscuridad, el viento que subía desde el mar alertó al comando. Si daban un paso más, caerían por el barranco. A sesenta metros por debajo de sus pies, podían escuchar cómo las olas golpeaban furiosas el acantilado.

—Riggs, prepare la cuerda —ordenó Brown, poniéndose de cuclillas y haciendo un gesto con la mano para que los demás hicieran lo mismo—. Capitán Pickeray, usted, el profesor, Gardner y el teniente se quedarán arriba.

—Señor, yo debería bajar…

—No, profesor. Esta vez no hay nadie con el que vaya a charlar. Entraremos, haremos lo que podamos para destruir la cueva y nos marcharemos.

El coronel miró su reloj antes de continuar.

—Capitán Pickeray, son las diez y cinco. Si a las once en punto no hemos vuelto, tendrán que intentarlo ustedes. Mientras, traten de mantener alejados a los alemanes. Si fuese necesario, muévanse para atraerlos a otra posición.

—Descuide, coronel. Buena suerte —contestó el oficial inglés, muy serio.

—La necesitaremos. ¿Villar, está preparado?

Cornín, con la atiborrada mochila a la espalda, en la que transportaba el explosivo y el detonador, se limitó a agarrarse de la cuerda y descender tras Riggs, que abría la cordada. Weidenfeld, con la gasolina, fue el siguiente, no sin quejarse por tener que hacer siempre la parte más arriesgada, y Brown cerraba la cordada.

A un gesto de Pickeray, los cuatro se desplazaron una treintena de metros hacia una cornisa, para poder ver cómo sus compañeros descendían, pero pronto la oscuridad los engulló, y ni siquiera pudieron escuchar sus movimientos, ahogados por el rugido de las olas.

A una señal del capitán, taparon la cuerda con unos puñados de hierbajos y, sin sitio donde guarecerse de la lluvia, se camuflaron como buenamente pudieron entre el bajo y espinoso matorral, en una tensa espera que ignoraban cuánto podría durar.

⁂

Por dos veces resbaló el pie de Brown en la húmeda pared, desprendiendo varios guijarros que por poco no alcanzaron a sus hombres. Con el frío era difícil agarrarse a la cuerda, que había absorbido el agua de la lluvia, dificultando el descenso. Resultaba casi imposible saber dónde ponía el apoyo, y se preguntó qué tal les habría ido a sus compañeros.

—Ya casi está, coronel —le avisó la voz del ladrón inglés.

Gato lo ayudó a sentarse en un diminuto saliente y le señaló la grieta en la roca que revelaba la entrada artificial a la cueva.

—¿Están todos bien?

—Yo no —gruñó Comadreja—. Una de las piedras que usted ha desprendido me ha golpeado en un hombro, estoy empapado y tengo frío. Quiero irme a casa.

—No se preocupe, pronto podrá hacerlo. Está bien, Riggs. Mire a ver cómo podemos entrar.

Capítulo XXVI

Sábado, 22 de abril de 1944
Helgoland, Alemania

Schlüter, inclinado sobre la mesa del despacho del contraalmirante, dejó un segundo de examinar el plano de la isla, con el que trataba de adivinar por dónde penetraría el comando, para mirar su reloj: las diez y treinta y siete. Maldijo para sus adentros antes de volver a enfrascarse en la carta.

Había llegado con sus hombres a Helgoland cuando ya la luz declinaba, pero todavía a tiempo de echar un vistazo a la isla a bordo de una patrullera. Desde allí estudió el puerto fortificado, muy protegido por pesados cañones de larga distancia, con los que defenderse de posibles naves enemigas, y antiaéreos, para hacer lo propio con los bombarderos aliados.

Nada más tocar tierra, con la noche prácticamente encima, habían sido guiados al despacho del contraalmirante, que, a pesar de tener constancia de su llegada, los había hecho esperar largo rato en un estrecho pasillo.

Los temores del inspector se habían confirmado. El contraalmirante era un veterano de la Gran Guerra, militar de carrera y aristócrata nostálgico de los viejos tiempos, como lo atestiguaba su bigote anacrónico con las puntas redondeadas al estilo de Hindenburg. Odiaba todo lo moderno, la mezcla de clases sociales, a la Gestapo, a los advenedizos, entre los que sin duda clasificaba a Schlüter, a Himmler e incluso al mismo *führer*, y todo cuanto fuera en contra de las rectas costumbres castrenses.

El oficial de la Kriegsmarine apenas se había molestado en devolver el saludo nazi de Schlüter, limitándose a coger el sobre que se le ofrecía. Dentro estaba la orden firmada por el temido *reichsführer*, en la que se disponía que todo aquel a quien le fuera presentada debería facilitar la labor del inspector de la Gestapo sin discusión.

El contraalmirante no se había mostrado especialmente impresionado y había preguntado, con cierta desidia, según el parecer de Schlüter, qué era lo que el inspector deseaba. El inspector, limpiándose el ojo con el pañuelo, le

había puesto en antecedentes de lo que sospechaba: un comando de entre ocho y nueve hombres iba a desembarcar para atentar contra la isla.

La noticia pareció no afectar al oficial de la marina. La isla era un fortín. Nada podría hacer un puñado de hombres contra ella, ni aunque estos fueran cien veces más.

Viendo que aquel hombre lo despreciaba por su condición de agente de la Gestapo y que no conseguiría granjearse sus simpatías, Schlüter se había contentado con pedirle un destacamento para patrullar palmo a palmo la isla, un plano de la misma y el listado de barcos arribados en las últimas veinticuatro horas.

El contraalmirante podía ser un militar a la antigua usanza, pero no era tonto. Sabía que no era buena idea ignorar las órdenes de Himmler. La Kriegsmarine no estaba bajo la autoridad de aquel loco sanguinario, pero todo el mundo conocía el poder que detentaba el vengativo *reichsführer*, y uno nunca sabía qué podía suceder en el futuro. Así pues, mandó a su secretario que reuniera un destacamento de sesenta hombres, bajo el mando de aquel medio tuerto, y ordenó que le trajeran los planos de la isla y el registro de atraques.

Cuando el sargento de marina Heldmann regresó con lo que se le había pedido, el contraalmirante, sin ningún pudor y aduciendo una supuesta reunión con sus oficiales, había desaparecido de la vista, dejando a Heldmann a las órdenes de Schlüter.

El inspector no se había molestado en sentirse ofendido por aquel desplante. Incluso había agradecido que el adusto y rancio militar, y su bigote, lo dejaran trabajar a su aire, y había olvidado enseguida al oficial, centrándose en los planos. Tras un par de consultas con el sargento de marina, Schlüter había dividido a sus hombres en dos grupos, con órdenes de revisar la isla, comenzando por las zonas más sensibles: los hangares de los enormes submarinos que se abastecían.

El inspector estaba convencido de que la clave era saber qué papel había jugado el científico judío en todo aquello. Todas las preguntas que había hecho hasta el momento habían tenido la misma respuesta: nadie sabía nada. El mismo contraalmirante, así como el resto de la guarnición, habían llegado a Helgoland un año atrás y, que ellos supieran, no había ningún proyecto que precisara de un físico ni laboratorio alguno. Schlüter no había dudado de su palabra. Sin duda, quienquiera que estuviera detrás de aquel proyecto habría mantenido al oficial de la marina al margen.

Después de recorrer con un guía y algunos de sus hombres toda la isla, Schlüter estaba más confundido que antes de su llegada. Había visto mecánicos, jefes de armamento, marineros, oficiales, ingenieros y, por supuesto, soldados. Todo cuanto era necesario en un astillero para que los «lobos de mar» pudieran descansar, abastecerse o llevar a cabo reparaciones en sus naves. Aquello no tenía sentido. ¿Para qué hacía falta un físico? ¿Qué sabía Brown que él ignoraba? ¿Qué le había ocultado el general Kaltenbrunner?

Según pasaban las horas, cada vez estaba más convencido de que, si iba a pasar algo, sería aquella noche, y había dado orden a todas las tripulaciones de los buques amarrados de que permanecieran ojo avizor y dieran aviso de cualquier incidencia que les llamara la atención. El destacamento había sido dividido en diez grupos de seis soldados, que Schlüter mantenía ocupados peinando la isla de arriba abajo. El inspector se lamentaba de no contar con perros, pues le habrían sido de gran ayuda.

¿En qué habría trabajado el tal Steiner en aquella maldita isla?, volvió a preguntarse Schlüter, estrujándose el cerebro y tomando un trago de una taza donde un líquido asqueroso, bastante peor de lo habitual, al menos servía para calentar un poco el cuerpo en aquella noche fría y lluviosa en mitad del mar del Norte. ¿Un nuevo torpedo? ¿Un nuevo prodigio de la ciencia en forma de submarino? ¿Podía ser un sumergible de última generación, lo suficientemente devastador como para llevar a los aliados a una misión de aquella índole? ¿Y qué utilidad podría haber tenido un físico en ello?

—Hemos revisado todos los túneles, los talleres, los hangares y los depósitos de armas —le dijo el subinspector Dinter al entrar en el despacho, sacudiéndose el abrigo empapado. Fuera, los demás hacían otro tanto y se frotaban las manos para entrar en calor, mientras buscaban con la mirada un sitio donde sentarse.

—¿Qué me dice de los silos, los dormitorios, los nidos de cañones, las playas…? —preguntó Schlüter de mal genio.

—Nada, inspector —contestó Dinter, negando con la cabeza—. Hemos mirado debajo de las piedras, y no hay ni rastro de ellos.

—Pues vuelvan a mirar —respondió irritado el inspector—. Están aquí, y hay que encontrarlos.

—Como usted diga, señor —contestó el subinspector de la Gestapo, abandonando el despacho con desgana.

Schlüter lamentó haberse dirigido de tan malas maneras a su ayudante. No era culpa de ninguno de ellos, sino de quien los había mandado a oscuras.

Tenía un mal presentimiento, y él era un hombre que confiaba en sus corazonadas. Estaba convencido de que el escurridizo coronel americano estaba muy cerca.

—¿Qué has venido a hacer? —preguntó, mirando el plano, como si este pudiera desvelarle las intenciones de su adversario.

⁂

Agachados tras una enorme grúa metálica rodante, Brown, Riggs, Villar y Weidenfeld miraban incrédulos la cueva en la que habían entrado. Tendría ochenta metros de profundidad, casi la mitad de anchura y veinticinco de altura. Las paredes de piedra rojiza estaban iluminadas por unos potentes focos que colgaban del cielo de la bóveda, lo suficientemente altos como para quedar al abrigo de la marea cuando se inundaba la cueva, cuyo nivel máximo delataba la mancha de humedad que circundaba el astillero, a unos quince metros de altura.

Ocupando el centro de la enorme gruta, se alineaban diez pequeños submarinos pintados de negro mate y con los rayos de las SS como únicos distintivos. Cada uno de ellos descansaba en un andamiaje provisto de ruedas metálicas que discurrían sobre unos raíles, sin duda para facilitar sus movimientos cuando no estuvieran bajo el agua.

El coronel calculó que los submarinos medirían algo más de diez metros de largo y poco menos de uno y medio de diámetro. Tenían la forma de un cilindro con la punta afilada, un único rotor y una minúscula torreta donde se situaba la escotilla de acceso. A cada lado del cuerpo tenían adosado, por debajo de la línea de flotación, otro cilindro bastante más pequeño, para el que Brown no pudo adivinar su función.

Se trataba de prototipos de los revolucionarios y altamente secretos Seehunde, dotados de una turbina Walter de ciclo cerrado, alimentada por peróxido de hidrógeno, que les permitía alcanzar unos increíbles veinticuatro nudos en inmersión, y con espacio para dos tripulantes. Estos minisubmarinos eran capaces de descender a una profundidad de treinta metros y colarse entre las filas enemigas sin ser detectados, gracias al funcionamiento silencioso de sus motores y a las formas de su esqueleto, que podían confundirse con las de un cetáceo.

Los alargados tubos en los laterales, a los que Brown no había conseguido dar un sentido, contenían los dispositivos de la terrible arma que Steiner había

bautizado como «cavitador de ultrasonidos».

Los cuatro hombres observaron con respeto aquellas, aparentemente, inocuas embarcaciones, sin poder llegar a creer que unos artefactos tan pequeños pudieran amenazar al inmenso ejército que habían visto formarse al sur de Inglaterra.

La gruta apestaba a una mezcla de humedad, salitre, combustible, grasa de maquinaria, humo de escape y disolventes. Uno de los submarinos tenía el motor en marcha, y su ronroneo se mezclaba con los crujidos del metal, los chirridos de las grúas, los golpes y las voces de los operarios, en una cacofonía desagradable.

Por lo que parecía, solo había dos entradas, una en cada extremo. Una de ellas, la que quedaba a sus espaldas, por debajo de los respiraderos que habían atravesado para entrar, era el grueso portón que habían visto desde el pesquero. Tenía quince metros de ancho, cinco de alto y un grueso de diez centímetros, reforzado en distintos puntos. La otra, enfrente, era más baja, de unos dos metros y medio, aunque igual de ancha y no tan robusta.

—Es inmensa —cuchicheó Weidenfeld, refiriéndose a la gruta.

Brown no contestó, pero no pudo evitar sentirse inquieto. Solamente tenían los diez kilos de explosivo plástico RDX, unas bengalas de magnesio y un bidón de diez litros de gasolina, al margen de los detonadores, material a todas luces insuficiente para asolar aquel lugar.

En el dique seco, mecánicos, soldadores, ingenieros y personal auxiliar se movían de un lado para otro bajo la atenta mirada de soldados de las SS, tratando de parecer lo suficientemente ocupados e imprescindibles como para no llamar la atención de estos.

El coronel trató de idear un plan con el que adentrarse en la cueva. Vestidos con aquellas ropas oscuras y los rostros tiznados, cualquiera que les echara el ojo encima daría la alarma. Debían encontrar otras prendas que les permitieran pasar inadvertidos. Pero para eso tenían que moverse del portón.

Weidenfeld llamó la atención del coronel y señaló hacia arriba. Por encima de la marca de agua, había unas pasarelas de rejilla metálica que cruzaban la gruta en todas direcciones. Si ascendían por la grúa tras la que se ocultaban, podían alcanzar uno de aquellos puentes y moverse por allí.

Brown hizo un gesto de asentimiento y apuntó con un dedo más lejos: la pasarela estaba custodiada por soldados. Señaló a Riggs y, mediante gestos, le indicó lo que quería de él. Los demás se esconderían entre un montón de barriles agrupados contra la pared, a unos quince metros. Sin levantar la cabeza, los cuatro se pusieron en marcha.

Gato escaló con facilidad los casi veinte metros hasta la pasarela y se quedó colgando de ella, a la espera de que llegase el primero de los centinelas. El soldado, aburrido, se movía perezosamente y echaba un vistazo desinteresado a lo que ocurría por debajo. Cuando llegó a la altura de la grúa, algo se materializó delante de él, fue levantado en el aire y arrojado por encima de la barandilla. Se rompió la crisma contra el suelo, sin tiempo ni de gritar. Villar y Brown aparecieron de inmediato para esconder el cuerpo tras los bidones.

Riggs se movió sigilosamente hasta el segundo soldado, que fumaba apoyado sobre la barandilla y se entretenía observando el trabajo de unos soldadores. El antebrazo del ladrón le bloqueó la garganta y lo arrastró hasta la grúa. Gato se quedó paralizado un segundo al ver asomar, por donde él había ascendido, a otro soldado, pero enseguida sonrió. El uniforme le quedaba pequeño a Comadreja, y dificultaba su ascensión. Con un último bufido, este pasó la baranda, se colgó el fusil, se recolocó el casco y empezó a patrullar, limpiándose el tizne con un trapo, mientras Riggs arrojaba por la barandilla el cuerpo ya sin vida de su víctima.

Cuando dieron cuenta de los cinco soldados que vigilaban desde las alturas, Brown y Villar escalaron la grúa. El primero, con el depósito de combustible, y este último, cargando a sus espaldas la mochila con el RDX y los detonadores. Una vez arriba, los cuatro se apresuraron a llegar hasta el fondo de la cueva, ayudados por la luz de los reflectores colgados del techo.

De nuevo fue Riggs el encargado de guiar al comando. Deslizándose por los agarramanos de la escalerilla, tocó suelo y se agazapó. No escucho nada extraño, solo el rumor de los motores, los chisporroteos de la soldadura y alguna conversación más cercana. Se asomó a la compuerta abierta. Un largo pasillo mal iluminado a los costados daba a diversas puertas metálicas con las esquinas un tanto roídas por el salitre.

Dio un silbido, e instantes después apareció Weidenfeld con su ridículo uniforme y se adentró por el pasillo, abriendo la primera puerta. Lo que vio no pareció ser de su interés. Cerró tras él y probó con la siguiente. Cerrada. Con la tercera tuvo más suerte. Desapareció dentro y, segundos más tarde, reapareció con un uniforme más a su medida, un par de batas blancas y un buzo manchado de grasa.

A su señal, sus tres compañeros descendieron sigilosamente la escalera y se apresuraron por el pasillo.

—Tome, coronel. Escóndanse ahí dentro y pónganse esto —dijo Weidenfeld, tendiéndoles la ropa y señalando la primera puerta que había

abierto—. Voy a echar un vistazo por ahí; enseguida vuelvo.

El cuartucho parecía un pequeño despacho poco utilizado. Solo contenía una mesa y cuatro sillas, y el olor a humedad era más intenso. Brown y Villar se pusieron las batas por encima de sus oscuras ropas, mientras que Riggs se cambió las suyas por el buzo. Después, los tres, limpiándose el hollín del rostro, se dispusieron a esperar, confiando en que a nadie se le ocurriera entrar.

Lo que pareció un siglo más tarde, y en realidad fueron no más de diez minutos, se abrió la puerta. Los miembros del comando, agachados en la oscuridad, se pusieron en tensión. Cuando el soldado entró, Villar lo agarró por la espalda y lo tiró al suelo.

—¿Pero qué haces? ¿Te has vuelto loco? —protestó Weidenfeld cuando Villar lo soltó.

—¿Qué ha descubierto? —preguntó Brown.

—Esto es muy grande —contestó Comadreja, sacudiéndose el uniforme —. Los pasillos no están vigilados, solo los dormitorios, y la salida está en la planta superior. Aquí abajo están los almacenes. He visto botellas de soldadura, sopletes, un depósito de propano y otro más grande de gasoil. También tienen bidones de pintura, disolventes, aceites y grasas. Hay otras bombonas de gases que no conozco.

—¿Qué capacidad tiene el depósito de propano? —preguntó Villar.

—Quince mil litros. El de gasoil es mayor.

—Será difícil quemar el gasoil —dijo Cornín—. Tenemos que llegar hasta el propano.

—¿Será suficiente? —preguntó Brown.

—Creo que sí —fue la respuesta del guerrillero español.

—El depósito está al fondo de esta planta —continuó explicando Comadreja—. El almacén de pinturas, a dos puertas de donde nos encontramos, y las bombonas de acetileno y demás, una más allá.

—¿Qué hay arriba?

—Los dormitorios, despachos, laboratorios, comedores y cocinas.

—¿Hay respiraderos? —preguntó Villar.

—Son muy estrechos. Imagino que no quieren que nadie escape. Meten el aire con bombas. Solo he visto una salida como para que la crucen seis hombres a la vez, y la custodian cuatro soldados. A un lado de estos he visto otra puerta bastante ancha. Imagino que será el dormitorio de la guardia.

—¿Cuántos soldados puede haber? —preguntó Brown.

—Ni idea —respondió Weidenfeld, encogiéndose de hombros—. No he querido arriesgarme a que me vieran. Seguramente se conocerán todos entre sí.

—Hay que sellar esa salida —dijo el coronel—. No puede escapar nadie.

—Si podemos deshacernos de la guardia, no será difícil —opinó Weidenfeld—. Las puertas están blindadas. Solo hay que asegurar los cierres y soldarlos. Nadie podrá entrar ni salir. Pero ¿qué hacemos con los que están durmiendo? No sabemos a qué hora es el cambio de guardia. Puede que sea enseguida y echen de menos a los que patrullan por la pasarela.

—Habrá que arriesgarse y trabajar deprisa —contestó Brown—. Weidenfeld y yo subiremos a la planta superior y nos ocuparemos de las puertas. Riggs, ayude a Villar y dispongan las cargas. No puede quedar nada. Los submarinos tienen que ser destruidos, y esta cueva arrasada. Planos, documentos, gráficos, modelos; todo tiene que ser calcinado. ¿Entendido? Adelante.

Mientras Comadreja y Brown se encaminaban hacia las escaleras, Villar y Riggs se adentraron en los almacenes y se pusieron manos a la obra. Lo primero fue abrir las tapas de los bidones de pinturas, disolventes y aceites, y volcarlos. Enseguida los gases comenzaron a expandirse, y tuvieron que salir para no asfixiarse.

Pasaron al siguiente, donde los alemanes almacenaban las bombonas de oxígeno y acetileno. Reunieron una docena de estas últimas, algunas medio vacías, y las colocaron en un apretado círculo en torno a una parte del explosivo plástico que Villar sacó de la mochila. Después, rellenaron unos botes con la gasolina que traían y los untaron de grasa, colocándolos alrededor del explosivo plástico, junto a unas bengalas de magnesio.

Riggs ayudaba moviendo de un lado para otro las pesadas bombonas, con una expresión de miedo en su rostro sudoroso. Cualquier fallo y saltarían por los aires, pero el hosco español parecía saber lo que se hacía. Lo que más sorprendió a Gato fue verlo barrer el óxido de hierro que había por todas partes, mezclarlo cuidadosamente con algunas virutas finas de lo que parecía ser una aleación de aluminio, rellenar los frascos con la mixtura y meterlos dentro de la mochila.

Mientras Gato terminaba de colocar las bombonas, Cornín sacó de la mochila su pequeño maletín con los detonadores y extrajo dos cajas, una de hierro, del tamaño de un paquete de cigarros, y otra más grande y de madera.

Con cuidado, puso la caja grande bajo el RDX y las bengalas, extendió un cable hasta la espita de una de las bombonas y accionó un interruptor situado

en un costado del artefacto, guardándose la caja pequeña en un bolsillo.

Villar no sabía qué era aquel aparato, pero había presenciado sus efectos. Lo que acababa de colocar era un iniciador de fuego a distancia, ideado por uno de los ingenieros del servicio secreto británico.

La caja de madera contenía en su interior un receptor de radio con la misma frecuencia que el emisor que se había guardado Cornín, y que serviría para accionar el artefacto cuando se encontraran a una distancia segura. Se trataba de una frecuencia de corto alcance, no utilizada por los alemanes, para evitar una detonación accidental.

Además, la caja tenía unas pastillas de magnesio, un par de baterías, que darían una vida estimada de cuatro horas al ingenio, y un depósito de cristal rellenado de una mezcla de gasolina y ácido sulfúrico, con una ampolla en su interior de clorato de potasio y azúcar. Sobre la ampolla se situaba un percutor de acero con un muelle trabado. El dispositivo estaba conectado mediante un relé a las baterías y al receptor.

La idea era sencilla, aunque arriesgada. Cuando el emisor que Villar tenía en su bolsillo enviara la señal de radio, el relé mandaría una corriente al muelle del percutor y este rompería la ampolla, mezclando todos los componentes. Instantes después, la deflagración provocaría una enorme bola de fuego a una intensísima temperatura, potenciada por las pastillas de magnesio.

Esta bola de fuego sería el desencadenante de la explosión que habría de reventar la cueva, gracias al explosivo plástico, las bombonas de acetileno y los depósitos de propano y gasoil que los dos hombres habían repartido en puntos estratégicos.

Villar se aseguró una vez más de que el cable que serviría de antena estaba bien extendido, el interruptor accionado y todo a punto para los fuegos artificiales. Antes de abandonar el almacén, abrieron un par de bombonas de oxígeno para alimentar el fuego que iban a provocar, y se llevaron otras dos más, dejando una de ellas en el almacén de pinturas. Cuando el fuego se propagara, necesitaría «respirar» entre tanto gas inflamable.

Arrastrando un carrito que contenía una bombona de oxígeno y otra de acetileno, conectadas entre sí por un soplete, se dirigieron al cuarto donde se encontraba el depósito de propano. Para horror del ladrón, el español encendió el soplete. Ajustó la llama, lo fijó a un taburete y colocó este lo suficientemente cerca para que la lengua de fuego lamiera el contenedor. A la luz de la rugiente llamarada, pensó Riggs, el rostro del español se asemejaba al del diablo, el cornín, como decían en su tierra.

Villar dejó uno de los frascos con el polvo metálico en la otra punta de la sala y la bombona de oxígeno con la espita abierta, y abandonaron el habitáculo en busca de otro carrito que pudieran transportar a la planta superior para soldar las puertas de la salida, tal y como les había pedido el coronel.

⁂

Mientras, Brown y Weidenfeld se habían ocupado del cuerpo de guardia que vigilaba los dormitorios, despachos y laboratorios de la planta superior. Durante un rato, habían estudiado los movimientos de los soldados, pero estaba claro que estos no esperaban ninguna sorpresa. Repartidos por parejas, bastante tenían con luchar contra el sueño y el aburrimiento.

Aunque sus uniformes los señalaban como soldados de las SS, ninguno de ellos correspondía al genotipo del deseado hombre ario. No eran rubios, ni tampoco muy altos, y uno de ellos tenía la piel demasiado oscura como para pensar que sus ancestros hubieran sido descendientes de germanos puros. Era evidente que la erosión de la guerra había relajado los requisitos para entrar en las temidas tropas de élite.

Los dos comandos se encontraban agachados frente al último recodo que daba a la salida, discurriendo cómo podrían llegar hasta los cuatro centinelas que custodiaban el paso al fondo del pasillo sin que estos diesen la alarma.

El pasillo tenía unos sesenta metros de largo por ocho de ancho y terminaba en el extremo opuesto, en unas puertas dobles de acero reforzado, frente a las cuales había una mesa y una silla. Esta estaba ocupada por el que parecía estar al frente de la guardia, un dormido cabo primero, recostado contra la pared de piedra rojiza. A su lado, apoyados contra los portones, un par de soldados conversaban mientras compartían un cigarrillo, y el cuarto leía un periódico.

Las dos puertas eran las que había mencionado antes Comadreja, y Brown estuvo de acuerdo en que seguramente serían las habitaciones de la guardia.

—Si cerramos esos portones —cuchicheó Weidenfeld—, no podrán entrar.

Comadreja señalaba unas hojas de metal reforzado hacia la mitad del pasillo, que a buen seguro servirían para contener un posible motín en el interior de la gruta y dar tiempo a la guardia a desplegarse. Parecían sólidas.

—Es imposible llegar hasta allí y cerrarlas sin que nos vean —dijo el coronel, mirando su reloj, que marcaba las diez y veintidós—. Tenemos que atraerlos hasta aquí.

—¿Y cómo lo hacemos?

—Avanzaré por el pasillo hasta que me vean. Esperemos que me tomen por un ingeniero que pretende escapar. Cuando me den el alto, volveré corriendo. Esté preparado.

—Como mucho, lo seguirán dos de ellos…, y quizá den la alarma.

—No creo que se molesten tanto por un civil. Esté preparado.

Brown se revolvió el cabello, que no se había vuelto a cortar desde que abandonara los Estados Unidos, para que pareciera recién levantado de la cama, y avanzó por el pasillo hacia los centinelas, fingiendo precaución. Cerca ya de los primeros portones, uno de los soldados lo vio y se puso en alerta. Su compañero se giró para ver qué ocurría y el que leía dejó caer el periódico y empuñó su arma.

—*Achtung! Wer sind Sie?*

Brown simuló sobresalto y miró al soldado con los ojos semicerrados, como si no viera bien. Instantes después comenzó una ridícula carrera, volviendo por donde había llegado y moviendo torpemente los pies.

Dos de los centinelas corrieron tras él, ganándole rápidamente el terreno, mientras el cabo seguía durmiendo y el cuarto soldado daba dos pasos hacia delante sin saber qué hacer.

Brown dobló el recodo desde el que habían estado vigilando y se agachó, con la bayoneta del uniforme de Weidenfeld en la mano. Dejó pasar al primero de los soldados, que le pisaba los talones, y hundió su arma hasta el fondo en la ingle del segundo, sujetándolo mientras caía con un grito de dolor para volver a apuñalarlo en el corazón.

Comadreja, detrás del oficial americano, recibió al sorprendido soldado que encabezaba la persecución con un culatazo de fusil en la boca que le hizo saltar varios dientes. Otro golpe en la nuez le rompió la garganta y quedó tendido mientras se asfixiaba.

Sin perder un instante, desnudaron a uno de los centinelas y Brown se puso su uniforme, vistiendo al cadáver con la bata del coronel.

—*Alles in Ordnung?* —gritaba el soldado que se había quedado atrás.

—Agárrelo por un brazo —ordenó Brown—. Lo arrastraremos hasta la entrada. Procure que no le vean la cara. Si el guardia nos descubre, yo iré a por él. Usted ocúpese del otro.

El tercer centinela estaba dudando si despertar al cabo o no. Había escuchado el grito, y sus compañeros no respondían. Decidió esperar un poco más. El cabo tenía muy mal genio y seguro que no se tomaría muy bien que lo molestaran. Le preguntaría si entre tres no podían reducir a un viejo, y lo castigaría durante una semana.

Con un suspiro de alivio, vio aparecer a sus compañeros de espaldas, arrastrando por el suelo el cuerpo del viejo. Le traía sin cuidado qué habían hecho con él, pero podían haberle respondido.

—¿Qué estabais haciendo? —preguntó en alemán.

—Este, que trataba de largarse —respondió Comadreja también en alemán, forzando su ronca voz, como si hubiera acabado de hacer un gran esfuerzo.

—Estaba a punto de despertar al cabo. ¿Lo habéis matado? No creo que le guste.

El comando ya se encontraba a una docena de pasos cuando el centinela empezó a sospechar.

—Pero…

Brown soltó el cadáver y se abalanzó sobre el guardia, clavándole la bayoneta en la garganta. Mientras, Comadreja tapaba con una mano la boca del cabo, que se estaba despertando por el alboroto, y de una patada le quitaba la silla en equilibrio sobre la que se recostaba, en un intento de romperle el cuello en cuanto cayó al suelo. Pero el cabo era fuerte y logró propinar un puñetazo a Comadreja en la sien, atontándolo, y morderle la mano que le tapaba la boca.

No pudo hacer mucho más el alemán. Brown había acudido en ayuda de Weidenfeld, y el mango de la bayoneta ya asomaba por debajo del esternón del cabo alemán.

—¿Está bien? —le preguntó Brown, al tiempo que ayudaba a Comadreja a incorporarse.

—Creo que sí —contestó él, sacudiendo la cabeza—. El muy hijo de puta casi me arranca un dedo.

—Vaya a ver si han terminado los otros. Yo echaré un vistazo por aquí.

Comadreja se colgó el fusil al hombro, se chupó el dedo con un gesto de asco para restañar la herida y se alejó por el pasillo. Minutos después regresaba acompañado por Riggs y Villar.

—¿Han tenido contratiempos? —preguntó Brown en voz baja.

—No —contestó Villar, mostrando el emisor de radio—. Está todo preparado.

—Bien. Weidenfeld tenía razón. Estos son los dormitorios de la guardia. Debemos bloquear las puertas para que no pueda escapar nadie.

—Podemos soldar los dos portones —dijo Villar, señalando los que habían estado custodiando los centinelas y los que estaban abiertos en medio del pasillo.

—No dará tiempo —repuso Weidenfeld, comprobando el soplete—. Si conseguimos cerrar uno de ellos será suficiente. No habéis traído varilla de soldar.

—Prueba esto —dijo Cornín, ofreciéndole uno de los tarros que llevaba en la mochila, en el que había metido el óxido de hierro y la viruta fina de aluminio—. Actuará como la termita. Ponlo sobre los cerrojos y caliéntalo con el soplete.

Comadreja descubrió, maravillado, que el español tenía razón. Costó que aquella mezcolanza cogiera temperatura, pero, en cuanto lo hizo, se fundió de inmediato, a juzgar por el color de la llama, y soldó firmemente las puertas.

—Vamos —dijo Brown cuando ambos portones estuvieron asegurados, mirando de nuevo el reloj—. Nos quedan veinte minutos. Hay que largarse de aquí.

⁂

Fuera de la cueva las cosas se estaban poniendo feas. Minutos después de que el grupo de Brown descendiera por el acantilado, había llegado una patrulla de seis hombres. Traían linternas con las que barrían sin ningún entusiasmo el suelo. Empapados por la pertinaz lluvia, maldecían por lo bajo, sin que el jefe de patrulla los hiciera callar.

En una noche tan oscura resultaba muy difícil que pudieran verlos, así que los hombres del comando se limitaron a permanecer quietos tras los matorrales hasta que la patrulla pasó de largo hacia la punta norte de la isla.

—Tenemos problemas —dijo Von Weizsäcker cuando los soldados se habían alejado lo suficiente.

—Saben que estamos aquí —confirmó Menchaca.

—¿De qué están hablando? —preguntó el capitán Pickeray, mirando a uno y a otro.

—Los alemanes saben que estamos aquí —contestó el profesor, resumiendo lo que acababa de escuchar decir a los soldados de la patrulla—.

La Gestapo les ha ordenado buscarnos. Por eso hay más patrullas que los días pasados. Están peinando la isla.

—¿Qué hacemos? —preguntó el piloto—. Si nos quedamos aquí, nos descubrirán y encontrarán la cuerda.

—Hay que moverse —dijo Pickeray, tras reflexionar un instante—. Será mejor que los atraigamos a una zona más alejada.

—¿Una maniobra de distracción? —preguntó Menchaca—. Será difícil acertar con el momento. Si tardamos mucho, nos descubrirán a todos, y, si nos adelantamos, verán que los hemos engañado y vendrán por todas partes.

—Habrá que improvisar —dijo Pickeray, mirando su reloj—. Actuaremos dentro de treinta y cinco minutos. Confiemos en poder tener a los alemanes entretenidos el tiempo necesario para que el coronel consiga regresar.

—¿Cuál es el plan?

—Nos alejaremos hacia el sur, hacia el puerto. Las patrullas llevan linternas, así que las veremos desde lejos y podremos escondernos. Veremos qué encontramos para hacer un poco de ruido. En marcha.

Los miembros del comando, agachados y con los cinco sentidos alerta, se adentraron entre la maleza para quedar al abrigo del camino. La única arma que portaban, aparte del cuchillo que tenía cada uno, era la pistola con silenciador que empuñaba Gardner, al que la herida del hombro se le había vuelto a abrir.

Anduvieron casi un kilómetro antes de encontrar un búnker con una batería de tres enormes cañones de 305 milímetros que protegían la isla de un posible ataque aliado por mar.

—¿Piensas atacar esto? —preguntó Menchaca en un susurro—. Estará muy protegido.

—No hace falta que lo asaltemos —contestó Pickeray—. Bastará con que los alemanes piensen que lo queremos tomar. Es su principal defensa en esta zona contra nuestros barcos. Creerán que nuestro objetivo es neutralizarlos para abrir el mar a un posible convoy aliado.

⁂

—Disculpe, inspector —dijo el sargento de la Kriegsmarine entrando en el despacho violentamente—. Están atacando la batería Schroder.

Schlüter salió a la carrera tras el sargento Heldmann, llamando a gritos a sus hombres. Por todas partes se escuchaban órdenes y pasos apresurados.

Fuera del edificio, los soldados se ajustaban los cascos y empuñaban las armas, y ya se dirigían hacia la zona alta de la isla donde estaban enclavadas las baterías. Los oficiales gritaban instrucciones y repartían a la guarnición. No querían arriesgarse, y habían decidido mandar tropas de refuerzo a todas las baterías, incluso a los nidos de antiaéreos.

El inspector, mientras trataba de seguir el paso de su guía, no dejaba de darle vueltas a la cabeza. ¿Podía ser aquel ataque el objetivo de Brown? Pero ¿qué relación podía tener todo aquello con el científico judío?

—¿Qué importancia tiene esa batería? —preguntó Schlüter al sargento sin dejar de correr.

—Es una de nuestras principales defensas, inspector —contestó Heldmann, apretando el paso—. Está situada en el sector oeste de la isla, al sur de la parte alta. Si la toman, los enemigos podrán acercarse por mar desde esa posición.

—¿Un desembarco?

—No lo sé, señor. Las condiciones climáticas no son buenas. Mucha lluvia y oscuridad. Pero pueden desencadenar un bombardeo con cañones desde los barcos.

¿Sería aquello lo que estaba buscando el comando?, se preguntó Schlüter. ¿Trataban de facilitar un ataque a gran escala para destruir aquella posición? Algo seguía sin encajar. La pieza de Steiner no tenía cabida en aquel puzle.

Ya podían distinguir, pese a la lluvia, la forma del macizo búnker que protegía la batería. Los refuerzos habían llegado y se repartían, tratando de encontrar al enemigo. Un oficial escuchaba el parte y disponía patrullas de reconocimiento.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Schlüter.

—Un asalto a la batería —respondió el oficial, sin dignarse a levantar la mirada del plano que protegía con su cuerpo—. Los asaltantes han engañado a los centinelas haciéndoles creer que venían a reforzar el puesto. Según parece, hablaban un perfecto alemán. Una vez dentro del búnker, han desarmado a dos centinelas y han arrojado una granada en el interior.

—¿Solo eso? —preguntó alarmado el inspector.

El oficial lo miró con desagrado.

—¿«Solo eso», dice? Ha sido una falta muy grave, y los culpables serán duramente sancionados. No estoy al corriente de lo que sucede en otros cuerpos, pero, desde luego, en la Kriegsmarine no toleramos estas faltas de disciplina. No deberían haber dejado pasar a esos hombres.

—¿Dónde están los atacantes? ¿Cuántos eran? ¿Alguien los ha visto? Tengo que hablar con él.

Para el oficial de la marina, el comportamiento exaltado de aquel inspector de la Gestapo resultaba intolerable.

—Han muerto dos de ellos a causa de su torpeza, pero aún queda uno herido que ha podido verlos. Está allí.

Schlüter corrió hacia donde le indicaba. A un soldado le estaban colocando un brazo en cabestrillo. Tenía el uniforme manchado con sangre que no parecía ser suya.

—¿Usted los ha visto? ¿Cuántos eran?

—No lo sé, señor. Yo solo vi a dos de ellos. Uno era muy grande y moreno. El otro era rubio.

Schlüter sacó la fotografía de Brown y los retratos a carboncillo, y se los enseñó al soldado.

—Este era uno de ellos. El rubio. Estoy seguro.

El marinero había reconocido la fotografía de Von Weizsäcker. Y la descripción del otro coincidía con la de un testigo de Friedrichskoog: un hombre muy corpulento, alto y moreno.

Schlüter se quedó pensativo un instante. Los asaltantes se habían limitado a arrojar una granada dentro del búnker, matando a dos soldados y causando destrozos mínimos y mucha confusión. Aquello no había sido un ataque en toda regla, tan solo una maniobra de distracción. Pero ahora las patrullas se habían congregado en torno a las distintas baterías, abandonando el resto de la isla, y no había manera de volver a dispersarlas con rapidez.

—Escuchen —dijo a sus hombres. Al igual que la guarnición, habían caído en la trampa y se encontraban todos allí reunidos—. Divídanse. Tienen que peinar toda la isla. Olvídense de las zonas donde haya baterías y antiaéreos. Tampoco busquen en la zona baja de playas y el puerto. Los de la marina se encargarán de ello. Concéntrense en la parte alta, en los acantilados, los túneles y el poblado. No enciendan linternas. Si encuentran algo, que uno se quede vigilando y el otro regrese lo más rápido posible a informarme. Eviten entrar en combate. Son más, y es posible que estén mejor armados. Muévanse.

⁂

—Villar subirá el primero; después, Weidenfeld —gritó Brown nada más abandonar la cueva por los respiraderos por donde habían entrado—. Yo iré detrás y Riggs cerrará la cordada. Villar, cuando esté arriba, dé dos tirones a la cuerda si está todo bien, y subiremos. Si no lo hace, haremos estallar las cargas desde aquí.

No habían tenido demasiados problemas para retroceder sobre sus pasos y cruzar la cueva hasta los respiraderos. Sin embargo, la operación les había llevado más tiempo del previsto y ahora se tenían que dar prisa, para evitar que el equipo del capitán Pickeray atacara de nuevo la gruta, según lo acordado.

Se habían vuelto a enfundar las ropas oscuras, escondidas en el primer almacén del piso inferior. Sin duda, les serían de mayor utilidad que las batas y los uniformes alemanes para pasar desapercibidos. Una vez al pie del acantilado, Brown había ordenado que Riggs, el mejor escalador del grupo, portase el detonador, lo que no había entusiasmado a Cornín.

Con la marea en su punto más alto, las olas golpeaban con gran estruendo contra el acantilado, obligando a los hombres a gritar para poder ser escuchados. Weidenfeld se aferraba a la roca con terror. Prefería no pensar en lo que debía hacer. Una ascensión vertical por una cuerda y una pared de roca, empapadas bajo la lluvia, en medio de una oscuridad absoluta y sin saber qué o a quién se encontrarían arriba.

⁂

En lo alto del acantilado, el capitán Pickeray se asomaba al vacío, tratando de ver algo, con los ojos entrecerrados a causa del viento y de las salpicaduras de agua.

Eran las once y un minuto y ya había dado instrucciones para comenzar el descenso, temiendo lo que hallarían abajo. Si habían atrapado a Brown, los alemanes estarían alerta y caerían en sus manos según llegaran a la cueva. Además, no tenían explosivos. ¿Qué podrían hacer?

—Capitán, la cuerda está tensa —dijo en ese momento Gardner, que se disponía a bajar.

Los cuatro hombres se agacharon y examinaron el acantilado, intentando ver algo en medio de la oscuridad.

—Alguien está subiendo. Me parece que es Villar —exclamó Von Weizsäcker.

Instantes después, todos distinguieron la silueta del hosco guerrillero luchando contra el viento, que trataba de separarlo de la pared. Poco a poco la silueta fue haciéndose más grande, hasta que entre Menchaca y Pickeray pudieron tirar de él.

—¿Cómo ha ido todo? —preguntó el capitán, impaciente.

—Bien. Hemos puesto las cargas —respondió Cornín, dando los dos tirones convenidos para que los demás comenzaran a subir.

⁂

Brown sintió los tirones en la cuerda y dio la señal a Comadreja, que se aferró a ella con desesperación.

—Tranquilícese, Weidenfeld —lo animó Brown—. Enseguida estará arriba. Agárrese bien y no olvide impulsarse con las piernas. Si sube tirando de brazos, se quedará sin fuerzas. Recuérdelo.

Con una maldición, el estraperlista comenzó a subir. La cuerda resbalaba y los pies se escurrían de la roca mojada. El rugido de las olas parecía reclamarlo y en su mente imaginaba una caída en aquella negrura, golpeándose contra el acantilado antes de ser engullido por la marea.

—Maldito Brown —masculló, para sacudirse de encima un incipiente ataque de pánico.

Descargó el peso sobre las punteras de los pies en un saliente de la roca, tal y como le había enseñado Gato en los entrenamientos, y subió una mano por la cuerda. Después, impulsándose con una pierna, buscó con el pie contrario otra muesca en la pared. Un cambio de manos, y vuelta a empezar. Poco a poco se fue tranquilizando y su cuerpo recordó los automatismos. Tratando de apartar de la mente todo aquello que no tuviera que ver con la escalada, fue subiendo lentamente, sin fatigar los brazos. Un par de veces más perdió pie y quedó colgando, pero no permitió que el miedo lo inmovilizara.

Ahora notaba el peso de sus compañeros en la cordada, lo que aumentó su nerviosismo. Se habían soltado algunas piedras, sin que pudiera hacer nada por evitarlo, haciéndolo resbalar. No podía quedar mucho. Cambió de pie, tomó impulso y la esquina en la que se había apoyado se desgajó de la pared.

—¡Cuidado, piedra! —gritó.

Sin poder ver cuánto quedaba para alcanzar la cima, la sensación de pánico lo atenazó. El fragor de las olas y el silbido del viento que trataba de arrancarlo de la pared hicieron que abrazara la cuerda con desesperación.

Estaba convencido de no poder continuar; ya se veía cayendo al vacío, cuando unas manos lo agarraron por los brazos y tiraron de él hacia arriba.

—Hola, capitán —saludó con una sonrisa aliviada, viendo el rostro ennegrecido de Pickeray—. Nunca imaginé que algún día me alegraría de verlo.

—Lo mismo digo, Weidenfeld. Ha tardado mucho.

—Sí, decidí hacer un descanso para ver la puesta de sol —contestó Comadreja, tomando aire, para preguntar al cabo de unos instantes—: ¿De dónde han sacado esas armas?

—Nos las han prestado unos alemanes —dijo el capitán inglés con una sonrisa, dando una palmada a uno de los dos subfusiles MP40 robados en la batería de cañones que habían atacado en su incursión por el interior de la isla.

—¡Vaya! Veo que ustedes tampoco se han quedado mano sobre mano.

⁂

Brown no había querido esperar a que Comadreja alcanzara la cima y se dispuso a subir. A su lado, Riggs tensaba la cuerda para facilitarle el trabajo y le deseaba suerte. Sin perder un momento, el coronel buscó un punto de agarre, colocó el pie izquierdo y comenzó a subir.

Varias piedras pasaron rozándolo sin que las viera venir. Maldiciendo en silencio, retomó la ascensión, atento a que el fuerte viento no lo desestabilizara.

Tan solo había escalado algo más de tres metros cuando, de pronto, le pareció escuchar un grito apagado, y al instante una piedra de buen tamaño pasó al lado de su hombro. Alarmado, Brown siguió la trayectoria del proyectil.

—¡Cuidado, Riggs!

El aviso llegó demasiado tarde. La roca impactó en la sien de Gato, que perdió el conocimiento y se soltó de la cuerda, cayendo al vacío y siendo tragado por las olas.

—¡Riggs! —siguió gritando el coronel, tratando de encontrar al pequeño ladrón inglés.

Pero el mar lo había devorado y no quedaba rastro de él. Gato Siete Vidas las había perdido todas de golpe en mitad de la noche.

Había llegado solo a este mundo, había pasado de puntillas por él y en su muerte partía de igual manera. Un triste final para Thomas Riggs, al que el destino tan solo había concedido una única ocasión de sentir el calor de un abrazo tierno, el de una campesina desconocida que había pagado con su vida tan efímero momento.

⁂

—Bienvenido, coronel —dijo Pickeray, tirando del brazo del oficial americano. Entonces se fijó en el rostro desencajado de este—. ¿Sucede algo?

—Riggs ha caído —confesó Brown, tomando aire.

—¿Qué? —preguntó Comadreja, levantándose de un salto de la mojada hierba donde se había sentado a descansar—. ¿Qué ha ocurrido?

—Una piedra desprendida lo ha golpeado en la cabeza y ha caído al mar —explicó un Brown apesadumbrado.

—¿Está seguro? —gritó Weidenfeld forzando su voz ronca—. ¿Lo ha visto caer?

—Sí. Acababa de comenzar el ascenso. Cuando la piedra pasó a mi lado le grité, pero ya era tarde. El mar se lo ha tragado de inmediato.

Weidenfeld ahogó un grito de rabia. Había sido una de las piedras que él había soltado, sin poder evitarlo, la que había causado la muerte de su amigo.

Los hombres se quedaron sobrecogidos. Hasta el momento, todo les había salido bien desde que salieran de Inglaterra, y ahora la realidad de sus temores les caía encima como una losa. El tímido y habilidoso ladrón había muerto.

—También hemos perdido el detonador —dijo Brown finalmente.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Menchaca, viendo como Weidenfeld se derrumbaba en el suelo, con la cabeza entre las manos, abatido por un sentimiento de culpabilidad.

—Villar, ¿cree que bastará con esperar a que el depósito de propano estalle? —preguntó Brown.

—No lo sé —respondió, seco, el guerrillero—. Tenía mucho combustible. Es posible que tarde demasiado y les dé tiempo a los alemanes a descubrirlo y enfriarlo.

El propano, en estado líquido, debía hervir y gasificarse lo suficiente para estallar, pero antes saltaría la válvula de seguridad y daría la alarma.

—Hay que volver a bajar —dijo Brown con tono decidido.

—Los alemanes saben que estamos aquí —dijo Pickeray, muy preocupado—. Tienen patrullas por todas partes. Hemos hecho una maniobra de distracción para alejarlos de aquí, pero no tardarán en regresar.

—Tenemos que volar la cueva —insistió Brown.

—¿Es eso lo que le preocupa, coronel? —gritó angustiado Comadreja—. ¿Su maldita misión? Thomas ha muerto por mi culpa. Está muerto, ¿lo entiende…?

—Tranquilícese… —dijo Pickeray, poniendo las manos en los hombros del estraperlista, que se había vuelto a levantar como un rayo para encararse con el oficial americano—. No ha sido culpa suya, sargento. No ha sido culpa de nadie. Pero tenemos que finalizar la misión. Riggs ha muerto, y lo habrá hecho en balde si permitimos que los alemanes conserven el arma.

—¡No me venga con estupideces, capitán! Thomas no quiso venir. Ninguno quisimos venir. Está muerto. ¿Qué le importa a él por qué? ¿Cree que será más feliz si sabe que hemos volado la puta cueva?

—No. Y tampoco lo será si no lo logramos —intervino Brown—. Pero habrá muerto en vano, ¿no le parece? Sí, está muerto. Y pronto lo estaremos todos nosotros si no salimos de aquí. Y muchos otros también lo estarán si no conseguimos destruir esos submarinos.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo piensa hacerlo, *coronel*?

—¡Sargento! —llamó al orden Pickeray con voz amenazadora.

—Déjelo, capitán —dijo Brown, tomando una decisión—. Villar, ¿dispone de más detonadores?

—No como ese —respondió Cornín hoscamente, mostrando los restos de su maletín—. Solo estos dos lápices detonadores, pero su retardo es muy corto. Menos de diez minutos una vez activado.

Los hombres guardaron silencio. Era un suicidio. Quien bajara tendría menos de diez minutos para salir de la gruta y escalar de nuevo el acantilado. Imposible.

—Aun así, debemos destruir esa cueva… —repitió el coronel.

—¿Y quién va a hacerlo? —preguntó Comadreja, apretando los dientes.

—Yo —repuso Brown con tono tranquilo, dejando a los demás con la boca abierta—. Capitán, coja el mando y lleve a los hombres hasta el barco. Les daré todo el tiempo que pueda para que se alejen de la isla.

—¿Qué está diciendo, coronel? —protestó en voz baja Pickeray, acercando su rostro al del americano para que el resto no los oyera—. No puede estar hablando en serio.

—No hay otra forma. Márchense. No pierdan tiempo.

—Con el debido respeto, coronel. No estoy de acuerdo. Creo que habría que estudiar otras alternativas…

—No hay tiempo. En cuestión de minutos, abajo descubrirán lo que sucede, y no tendremos otra oportunidad. Obedezca, capitán, saque a estos hombres de aquí.

—¿Por qué usted, coronel? —preguntó Pickeray—. Deberíamos echarlo a suertes.

—¿A suertes? —intervino Weidenfeld indignado—. Yo no pienso…

—Iré yo —zanjó Brown, cogiendo la cuerda.

—Señor —masculló el capitán inglés, agarrando por el hombro a Brown —. Una vez dejé atrás a mis compañeros en Dunkerque y no tengo intención de volver a hacerlo. Exijo que…

—¡Es una orden, capitán! —ordenó Brown—. A partir de este momento, es usted responsable de la seguridad de estos hombres. ¡No pierda el tiempo!

—¡Me niego, señor! —contestó Pickeray, retador.

—¡Gardner! —llamó el coronel, sin desviar la mirada del terco capitán.

—¿Señor?

—Desenfunde su arma. Dispare contra todo aquel que intente impedirme bajar por esa cuerda. ¡Es una orden!

—Sí, señor —contestó el asesino, sacando la pistola con silenciador y apuntando a Pickeray—: Lo siento, capitán.

—Todos ustedes han hecho más de lo que se les podía pedir —exclamó Brown—. Si conseguimos hacer volar la cueva, miles de personas salvarán sus vidas. No es un precio muy alto. Cuando esté abajo, daré tres tirones y recogerán la cuerda. A partir de ese momento, el capitán Pickeray volverá a tomar el mando y todos ustedes lo obedecerán. Les deseo suerte.

Nadie se atrevió a decir nada y Brown, con la calma que lo caracterizaba, se limitó a cogerse de la cuerda e iniciar el descenso. Con el corazón en un puño, los hombres vieron como el coronel americano desaparecía por el acantilado. Durante un par de minutos la cuerda se movió un poco, y después hubo tres pequeñas sacudidas.

Sin perder un instante, Villar recogió la cuerda que deberían utilizar para bajar por el acantilado al otro lado de la isla y se la puso al hombro, ante el silencio sobrecogido de sus compañeros. Una sensación de vacío, como la que se experimenta ante un ataúd al descender al foso, los atenazaba.

—De veras que lo lamento, capitán —dijo Gardner al fin, guardándose el arma.

—Está bien —aceptó Pickeray, dando media vuelta—. ¡En marcha!

Aún impresionados por lo que acababan de presenciar, los seis hombres se adentraron, agachados, en la planicie, dispuestos a alcanzar el otro lado de la isla, donde habían dejado escondidas las embarcaciones.

⁂

A cincuenta metros de ellos, dos agentes de la Gestapo habían asistido a la escena, ocultos tras unos hierbajos. Siguiendo las órdenes del inspector, se habían quedado vigilantes, mientras un compañero más joven salía a la carrera hacia el puesto de mando para dar el aviso.

Ensordecidos por el fragor de las olas al golpear los acantilados, no habían podido escuchar la conversación mantenida por los espías, alcanzando apenas a ver cómo uno de ellos se descolgaba por el barranco, mientras los demás se alejaban hacia el este. Los agentes, tras deliberar entre ellos, habían decidido seguir al grupo a una prudente distancia, para no ser descubiertos. Las patrullas de la Kriegsmarine aún no habían retomado su vigilancia por esa zona y no se veía a nadie que les pudiera echar una mano si las cosas se complicaban. Los asaltantes eran seis, armados con dos subfusiles MP40 alemanes, y ellos solamente disponían de dos pistolas.

Cuando los espías llegaron al borde opuesto del acantilado, arrojaron la cuerda que llevaban por el precipicio y se dispusieron a bajar.

Los agentes se miraron entre sí, nerviosos. Aquellos hombres iban a escapar si no hacían algo de inmediato.

—¿Qué hacemos? Se van a escapar.

—El inspector ha ordenado que esperásemos refuerzos.

—Llegarán tarde. Vamos, los atraparemos por sorpresa.

El agente se puso en marcha y su compañero, maldiciendo para sus adentros, lo siguió empuñando su Luger. Uno de los espías ya bajaba por la cuerda y otro más se disponía a hacerlo, cuando los tuvieron a tiro.

—*Halt! Keine Bewegung!*

⁂

Todo sucedió muy rápido. Habían asegurado la cuerda, y Von Weizsäcker había sido el primero en descolgarse, seguido por Weidenfeld, cuando escucharon la orden. Villar, que aún mantenía la metralleta empuñada, se giró

hacia el lugar por donde asomaban los dos alemanes que los habían pillado desprevenidos.

Los agentes de la Gestapo tuvieron el tiempo justo para descerrajar tres tiros entre los dos, antes de que la lluvia de balas lanzada por Cornín y Gardner los abatiera. Pero solo hizo falta uno para quebrarle la columna al profesor español, que cayó lanzando un grito.

—Villar, baje, deprisa —urgió Pickeray, mientras se abalanzaba sobre su amigo y compañero de trinchera—. Pablo, ¿estás bien?

—Me han dado —logró articular Menchaca—. No puedo mover las piernas.

—Tranquilo, te bajaré en brazos.

—¡No! ¡No podrás! Dejadme aquí y largaos.

—No pienso perder a otro hombre.

—Escucha, viejo amigo. Enseguida llegarán más alemanes. No tiene sentido que arriesgues la vida inútilmente. Los dos sabemos que no podrás bajarme. Vete. El coronel te ha confiado una misión.

Pickeray se quedó un momento sin saber qué decir, inconsciente de que su compañero de armas tenía razón.

—Escucha, Herbert. Habla con mi mujer, ¿de acuerdo? Dile que la quiero. Cuida, por favor, de ella y de mi hijo. ¿Lo harás? ¿Por los viejos tiempos?

—No te preocupes, tienes mi palabra —repuso el capitán, tratando de esbozar una sonrisa mientras le sostenía la cabeza.

—Gracias, camarada. Ahora vete. Déjame hablar un momento con Gardner.

Pickeray se incorporó, dijo adiós con un gesto, pues no podía articular palabra, y comenzó el descenso.

—Bueno, compañero —dijo Menchaca, hablando con dificultad—. Solos otra vez tú y yo. Los alemanes no pueden pillarme vivo, lo sabes, ¿verdad?

El sicario americano asintió con la cabeza, arrodillado al lado del profesor.

—Esperaba que no tuvieras que llegar a esto —dijo Menchaca, con la voz entrecortada por el esfuerzo—. Para mí has sido un buen amigo. Date prisa. Los alemanes deben de estar al caer.

—No puedo.

—¡Sí, maldita sea! —se enfureció el español—. Para eso te trajo el coronel. ¿Te crees que no lo adiviné? Brown me dio la oportunidad de quedarme en Inglaterra, pero decidí correr el riesgo. Si los alemanes me atrapan, vosotros estaréis en peligro; lograrán sacarme información sobre el

proyecto americano, que no debe caer en sus manos. ¡Mátame, maldita sea! ¿Qué tipo de sicario eres?

La lluvia había amainado un poco y a lo lejos se escuchaban las voces de quienes habían oído los disparos llamando a los de la Gestapo, que yacían sin vida sobre la hierba.

—Enseguida estarán aquí. Hazlo, ¡rápido!

Gardner se puso en pie, sacó su pistola, comprobó mecánicamente que el silenciador estuviera bien ajustado y miró a los ojos a la única persona a la que en toda su vida habría llamado amigo, recordando cómo el español le había salvado la vida en aquel tren en llamas a punto de volar por los aires.

—Adiós, Pablo.

—Hasta la vista, amigo.

Una fracción de segundo después, Menchaca lucía un pequeño orificio entre los ojos abiertos, que Gardner cerró delicadamente. El americano no pudo velar mucho tiempo a su compañero. Las voces sonaban ahora más cerca. Los soldados no tardarían en llegar.

Capítulo XXVII

Sábado, 22 de abril de 1944
Helgoland, Alemania

Agachado de nuevo en la base de la grúa, Brown aguardaba en silencio, con los cinco sentidos alerta. El estrépito seguía siendo intenso. Viendo como los operarios continuaban llevando a cabo su trabajo, el coronel decidió que aún nadie se había percatado de su anterior presencia.

Levantando la mirada hacia el techo, donde los potentes reflectores hacían daño a los ojos, el coronel comprendió que los trabajadores no tuvieran el mínimo interés en mirar hacia allí. Solo lo hacían para comprobar si los soldados de las SS seguían vigilándolos, sin que estos pudieran tomárselo como una falta de entusiasmo laboral.

Se movió con cuidado hasta el montón de barriles tras los que habían escondido las ropas que utilizaran antes, y decidió ponerse de nuevo uno de los uniformes. Aunque no lograría superar un encuentro con algún otro soldado, seguramente le serviría para pasar desapercibido entre el resto del personal, suponiendo que no se atreverían a mirar a los ojos a quien vistiera aquel atuendo.

Con el casco bien calado, se dispuso a escalar la grúa. Ahora estaba solo y no podía permitirse ningún error. Si era descubierto, nadie le echaría una mano, y, si fallaba, los submarinos se harían a la mar próximamente, devastarían al ejército aliado y cientos de miles de personas morirían. Después pondrían rumbo a las costas de sus enemigos y les harían pagar caro su osadía.

Ya en la pasarela, se incorporó y anduvo con paso firme, tratando de no correr, hasta llegar a la otra punta, donde bajó la escalerilla y se asomó al pasillo que daba a los almacenes. Todo tranquilo. Se volvió a preguntar a qué hora cambiaría la guardia. En su visita anterior no habían permanecido demasiado tiempo dentro de la cueva, aunque se les hubiera antojado largas

horas. Imaginando que el cambio sería, como mucho, cada seis horas, pensó que con un poco de suerte aún podría tener margen.

Decidido a no perder tiempo, entró en el túnel y comprobó que las puertas que habían dejado entreabiertas para facilitar el recorrido a la bola de fuego que iba a recorrer la cueva seguían estándolo. Echó un vistazo al almacén donde se encontraba el depósito. Aún no había saltado la válvula de seguridad, pero no faltaría mucho. El lateral, allí donde daban las llamas del soplete, estaba ennegrecido, y la temperatura dentro de la estancia se había elevado considerablemente.

Dejó entreabierta la puerta, continuó hacia las escaleras y ojeó la planta superior. Nada se había movido. Despachos, laboratorios y comedores estaban desiertos, y delante de los dormitorios seguía sin haber soldados. Comprobó que las compuertas soldadas no hubiesen sido descubiertas, y luego apoyó el oído contra una de las hojas. Al otro lado no se escuchaba nada. ¿Cuándo cambiaría la guardia? Aunque lo hicieran en ese mismo instante y dieran la alarma, aún necesitarían su tiempo para derribar los portones, que, colocados para soportar un posible motín, servirían igualmente para retrasar una intrusión. Por mucho que se esforzaran, Brown debería poder llegar antes que ellos hasta el polvorín que habían organizado. Tenía tiempo, lo cual no era como para alegrarse demasiado.

El coronel americano no se hacía ilusiones: no había forma de activar la carga desde un punto de seguridad. Tal posibilidad la habían perdido en el momento en que el ladrón inglés recibiera el impacto de la roca suelta en el rostro, perdiendo el conocimiento y cayendo al mar.

Brown oyó unos pasos. Rápidamente se separó de las compuertas y retrocedió por el pasillo. Aunque estuviera a salvo del cuerpo de guardia encerrado tras los portones, aún podía ser descubierto por los que permanecían dentro.

Se encaminó directamente hacia el origen de los ruidos. Ahora escuchaba una conversación de la que no podía entender nada, pero, por el tono distendido, comprendió que aún no lo habían descubierto. Avanzó con paso ligero y llegó a ver por la espalda a un par de hombres con batas blancas que parecían encaminarse hacia el dormitorio.

Si llegaban hasta las puertas, se sorprenderían de no encontrar al par de centinelas que deberían estar de guardia. Se caló aún más el casco y, taconeando con fuerza, se dirigió hacia ellos. Como esperaba, los técnicos abandonaron la conversación y ralentizaron el paso, aproximándose hacia la

pared de piedra. Incluso uno de ellos se atrevió a girar imperceptiblemente la cabeza para mirar atrás.

Los dos operarios doblaron el último recodo, descubrieron el puesto de guardia desierto y se quedaron quietos, intrigados. Brown estaba a punto de alcanzarlos. Los hombres se giraron hacia él para ver qué ocurría. El americano no tenía más arma que su pistola, y no podía arriesgarse a que el estampido lo delatara.

Sin mediar palabra, Brown lanzó un tremendo puñetazo al plexo solar del que estaba más cerca y lo derribó. Su compañero abrió mucho los ojos, pero no le dio tiempo a más. Brown lo agarró por el rostro con la mano abierta y lo golpeó contra la pared una, dos, tres veces.

Dejó que el guiñapo cayera al suelo con la cabeza abierta y tomó por el cogote al primero. Lo sentó, se puso a su espalda con una rodilla en el suelo, que a la vez servía para hacer de tope a los movimientos del desgraciado, pasó el antebrazo derecho por la garganta y presionó, empujando a la vez con el hombro y aguantando treinta segundos antes de soltar.

Sin perder un instante, arrastró los dos cuerpos hasta el comedor, donde habían escondido antes los cadáveres de los centinelas, y entrecerró la puerta. El ataque había durado menos de un minuto, pero la sensación de peligro había aumentado. No podía perder más tiempo.

⁂

Schlüter miraba enojado los cuerpos de sus dos hombres tirados sobre los hierbajos. Presentaban varios impactos, y miraban al cielo con los ojos abiertos y un gesto de dolor en el rostro. A tres metros de ellos se encontraba el cadáver de Menchaca, uno de los espías sobre el que Schlüter no tenía conocimiento.

—Aquí no se ve nada, señor —dijo el subinspector Dinter, que se había asomado al acantilado, tirando de la cuerda por la que había descendido el comando.

—Indíqueme dónde los vieron —ordenó el inspector al agente que había dado el aviso sobre la localización de los espías.

—En el lado norte, señor —repuso este, abriendo la marcha.

Sin perderlo de vista, Schlüter, el resto de agentes y dos patrullas, bajo el mando directo del sargento de marina Heldmann, que el contraalmirante le había asignado, lo seguían a la carrera.

—Allí, señor —dijo el agente, apuntando hacia el acantilado norte—. Por allí subieron y por allí después volvió a bajar uno de ellos.

—No hay ninguna cuerda —señaló el subinspector Dinter.

—La habrán retirado —dijo Schlüter, esforzándose por ver qué había allí abajo.

—¿Por qué querría alguien bajar a ese acantilado? —preguntó extrañado el sargento Heldmann.

—¿Qué hay ahí abajo?

—Nada que yo sepa, señor —contestó el secretario del contraalmirante—. El lecho marino no es muy profundo, y nuestros buques y submarinos nunca se aproximan a esta zona. De hecho, yo nunca he visto estos acantilados desde el mar.

—Algo tiene que haber, ¿no cree? —preguntó irritado el inspector—. Volvamos. Deje aquí escondidos a algunos de sus hombres por si acaso, y a otros en el flanco sur por donde han huido.

Schlüter se dirigió directamente al despacho del contraalmirante, que seguía sin dar señales de vida, y descolgó el auricular, mientras daba instrucciones al sargento Heldmann para que ordenara la salida inmediata de cuantas patrulleras hubiera en la isla y peinaran el mar hasta dar con el comando. También deberían alertar a las guarniciones de costa y a cuantos barcos se movieran por aquellas aguas. Era vital atrapar a aquellos hombres con vida para poder interrogarlos.

—Póngame con el general Kaltenbrunner —dijo Schlüter por el aparato —. El inspector Klaus Schlüter. Tengo su autorización personal, es urgente.

Mientras se establecía la comunicación, Schlüter dividió a sus hombres en dos grupos: uno se quedaría en la isla, mientras que el otro embarcaría en una patrullera para atrapar al grueso del comando.

—Necesito hablar con el general —dijo Schlüter a través del teléfono—. Sí, señor, es urgente. Está bien, espero.

Se armó de paciencia para dar tiempo al ayudante del general a que fuera a despertarlo. Por suerte, debía de estar al tanto de su autorización, porque no había pedido más explicaciones.

—¿General? Aquí el inspector Schlüter. Estoy donde me mandó, señor —dijo Schlüter, omitiendo hacer una mención directa a la isla—. Señor, el grupo ha estado aquí, y ha huido. Han matado a dos de mis hombr… Sí, señor, han huido… Todos menos dos. Uno ha muerto, y el otro aún permanece aquí… No, todavía no lo hemos encontrado.

Schlüter escuchó las órdenes, que le llegaban entrecortadas a través del hilo telefónico, tratando de mantener la calma.

—General… —dijo, bajando la voz—, necesito saber qué han venido a buscar esos hombres, señor. El hecho de que hayan huido quiere decir que, probablemente, hayan encontrado lo que buscaban. Aquí nadie sabe nada, y aún uno anda suelto. Quizás estemos a tiempo, pero tengo que saber dónde buscar.

Schlüter contuvo la respiración durante un buen rato; tanto, que el inspector pensó que la comunicación se había cortado. El ayudante personal de Himmler mantuvo silencio, como si estuviera valorando si debía desvelar la información y calculando cuál sería la mínima necesaria.

—Aquí estoy, señor —contestó Schlüter, presto—. Lo entiendo, general… Por supuesto, señor.

Schlüter escuchó en silencio unos segundos con atención. Después, maldiciendo por la estupidez de los altos oficiales, colgó el auricular y abrió violentamente la puerta de su despacho. Fuera aguardaban sus hombres, que lo miraron expectantes.

—¡En marcha! —gritó, pasando corriendo al lado de ellos y dirigiéndose al sargento Heldmann, que se levantaba de su escritorio—. No, usted quédese —ordenó.

El inspector y los diez agentes que le quedaban, armados con metralletas facilitadas por el sorprendido secretario del contraalmirante, al que dejaban atrás sin saber exactamente qué hacer, se encaminaron de nuevo hacia el norte de Helgoland. La lluvia, que hacía un rato había amainado un poco, arreciaba de nuevo y, en medio de la oscuridad, dificultaba aún más la visión.

⁂

Brown echó un último vistazo al dormitorio principal, por si alguien se había removido en su catre con el ajetreo, pero todo parecía tranquilo. Volvió a dejar la puerta sin cerrar del todo y regresó por el pasillo hasta las escaleras que daban a la planta baja.

Un golpe. Otro. Gritos amortiguados. Una sirena empezó a aullar.

El coronel cambió de rumbo y corrió hacia las compuertas soldadas. Según se acercaba, el jaleo aumentaba. Al doblar el último recodo, no le quedó ninguna duda: los alemanes lo habían descubierto.

La poderosa puerta resistía los embates, pero sería cuestión de tiempo que consiguieran derribarla. A la carrera, recorrió el camino inverso hasta las escaleras y la descendió a saltos.

—*Was ist los?* —preguntó alarmado un tipo vestido con un buzo grasiento.

Brown le dio un rodillazo en la entrepierna y, aprovechando que el hombre se encogía por el dolor, le dio otro en el rostro, que lo derribó. Sin molestarse en ocultarlo, corrió por el pasillo hacia el almacén donde Villar y Riggs habían dispuesto los explosivos. Entró y entrecerró la puerta. El alboroto era ahora intenso. Los que dormían en la planta de arriba se habían despertado y corrían por los pasillos para ver qué ocurría.

Cuando descubrieran que las puertas no se podían abrir porque estaban soldadas, no tardarían demasiado en bajar a por un soplete para desbloquearlas, y entonces Brown sería atrapado.

Sin pensárselo un momento, el americano cogió un par de los botes que Villar había rellenado con gasolina y los vació sobre el resto de explosivos. Después, abrió las espitas de tres de las botellas de acetileno y agarró una de las bengalas.

Escuchó una pequeña explosión, y los gritos y carreras por el pasillo arreciaron. Aunque el coronel no podía entender lo que decían, por el ruido de la explosión imaginó que la válvula del depósito de propano había saltado.

Miró la bengala que le había dado el capitán del pesquero. Había llegado el momento. Le quedaban unos segundos antes de que lo descubrieran. La pequeña esperanza de huir que había mantenido tras colocar los detonadores temporales se había esfumado. No tenía alternativa. Si quería destruir la cueva, debía hacerlo ya.

No tuvo dudas sobre lo que tenía hacer. No tenía miedo. Desde el momento en que lo habían puesto al mando de aquella misión, el coronel había sabido que jamás regresaría con vida de ella.

La puerta del almacén se abrió, y dos hombres vestidos con buzos de trabajo entraron corriendo, quedándose petrificados ante Brown.

—*Was machen Sie?* —gritó uno de ellos, reaccionando y tratando de llegar hasta el oficial americano.

Sin darle tiempo a impedírselo, el coronel Lee Brown cerró los ojos, abrazó la bengala contra su pecho y la activó, mientras se dejaba caer sobre los explosivos.

⁂

El magnesio se encendió de inmediato, emitiendo una luz verde cegadora, inflamando los vapores de la gasolina e iniciando el explosivo termita casero, que en un instante llegó a los dos mil grados de temperatura. En unos segundos, superó el punto de fundición del hierro; las válvulas de seguridad de las botellas saltaron y las lenguas de fuego fueron avivadas por el oxígeno liberado.

En una sucesión de explosiones reventaron las botellas de acetileno, pulverizando el gas que contenían en su interior y lanzando metralla, que atravesó los tabiques, matando y destrozando todo cuanto encontró a su paso. Una inmensa bola de fuego recorrió la planta baja, calcinándolo todo, y ascendió luego a la planta superior, donde los trabajadores atrapados se agolpaban en torno a las compuertas.

Allí por donde pasaba la bola de fuego, que avanzaba a una velocidad de tres kilómetros por segundo, creaba un vacío que era rápidamente rellenado con los gases aún no quemados. Entró en el astillero y fue reventando bidones y botellas. El fuego hizo estallar los frascos de cristal que Villar había llenado pacientemente con la mezcla de aluminio y óxido de hierro, con fuertes explosiones.

Treinta segundos después de que Brown activara la bengala, no quedaba nadie con vida en ningún rincón de la cueva: documentos, planos, materiales…, todo había sido calcinado. Y aún faltaba por estallar el depósito de propano, con sus quince mil litros de combustible, y el de gasoil, bastante más grande.

Una de las últimas explosiones de la termita casera fabricada por Villar arrancó una plancha de hierro de las utilizadas para reforzar los cascos de los submarinos. Esta, al rojo vivo, atravesó el depósito, creando una fuga por la que escapaba violentamente el gas.

La segunda bola de fuego fue aún más terrible que la primera. Como un huracán, se desplazó buscando la salida. Reventó las enormes compuertas que cerraban el paso al mar y se llevó por delante las que el comando había soldado en mitad del túnel, calcinando a cuantos soldados se habían visto atrapados entre estas y las que daban al exterior.

La monstruosa explosión sacudió la isla entera, volando paredes y columnas, desgajando la roca más débil, en busca de una salida que aliviara la presión. Los pequeños submarinos fueron lanzados por los aires, sus depósitos se partieron y el combustible, hirviendo a una altísima temperatura, explotó, al igual que el enorme depósito de gasoil dentro de la gruta.

Las compuertas exteriores cedieron y la masa de agua fría se desbordó dentro de la cueva, e inmediatamente empezó a borbotear a causa de la temperatura interior, muy por encima de los dos mil grados.

⁂

Aunque Brown nunca llegaría a saberlo, la misión había resultado un éxito. La aniquilación había sido total. La cueva se había convertido en un infierno de humo negro, gases ardientes y agua sucia y embravecida que ya no supondría peligro alguno. Nadie, salvo el *führer*, su mano derecha Himmler, el ayudante de este, el general Kaltenbrunner, y el comando, conocerían jamás la existencia de aquellos submarinos en los que Hitler había puesto sus esperanzas para ganar la guerra.

⁂

Amparados por la oscuridad, los hombres remaban sin perder como referencia la silueta de la cada vez más lejana isla.

Nada más alcanzar la playa de rocas al pie del acantilado, Pickeray había ordenado botar al agua las lanchas que habían escondido en una pequeña oquedad que formaba la pared. El capitán había decidido que los cinco, aunque tuvieran que apretarse un poco y el bote fuese algo más inestable, embarcarían en una misma embarcación.

Manejando los remos para no hacer ruido con el motor, se alejaron de la costa un centenar de metros antes de arrancar el motor del bote vacío que remolcaban. Con un trozo de cuerda fijaron el timón y, tras abrir el gas a fondo, aproaron en dirección sur.

En cuanto la lancha salió disparada, tras encabritarse como lo haría un caballo salvaje dispuesto a galopar, los miembros del comando retomaron los remos y continuaron hacia el norte, donde esperaban hallar el camaronero del capitán Radbod.

Todavía impactados por la suerte de sus tres compañeros, dos de ellos muertos y un tercero que no tardaría en estarlo o en caer en manos de los nazis, los hombres impulsaban con energía la pequeña embarcación, tratando de aumentar rápidamente la brecha de mar que los separaba de la maldita isla.

El ruido del motor del bote que habían liberado era ya muy tenue, y los hombres se preguntaban si la treta lograría engañar a los soldados el tiempo suficiente como para permitirles alcanzar el pesquero. Entonces escucharon la primera explosión.

La noche se iluminó con las gigantescas llamaradas que brotaron de la isla. Los hombres, impactados por el dantesco espectáculo, se quedaron petrificados un instante, antes de que el capitán Pickeray los instara a continuar remando.

Una tras otra, en una apocalíptica secuencia de destrucción, fueron llegando hasta ellos más explosiones. La torturada isla, envuelta en llamas, se había convertido en un infierno del que salían proyectados trozos de roca que caían al mar como una lluvia de meteoritos.

Sin poder apartar la mirada del peñasco, que se debatía entre el oleaje y el fuego, los hombres bogaron en absoluto silencio, cada uno de ellos sumido en una oleada de emociones ante el éxito de la misión y el precio que había costado.

El capitán Pickeray pensaba en el profesor Menchaca, su antiguo compañero de armas en las trincheras españolas, un idealista que había creído en un mundo mejor, donde todos los hombres fueran iguales, y que no había dudado en abandonar su vida retirada para luchar por ello. El oficial tampoco podía evitar recordar al arrojado coronel americano, al que, a pesar de su mal comienzo, había llegado a admirar por su integridad y valentía. Un hombre de pies a cabeza que se había inmolado para salvar la vida de miles de personas y de sus compañeros.

Gardner también pensaba en el profesor español y en cómo este le había salvado la vida sacándolo del tren que estaba siendo bombardeado, sabiendo que, de no haber sido por él, en esos momentos sus pedazos se encontrarían diseminados entre los restos carbonizados del convoy.

En cambio, el sargento Weidenfeld tenía en mente al pequeño ladrón inglés. Rememoraba la pelea en la que Gato lo había derrotado limpiamente, a pesar de su menor corpulencia. Después de aquello, Riggs había resultado un gran compañero y un buen amigo. Weidenfeld, incluso, había llegado a hacer planes juntos, cuando aquella mierda de misión en la que se habían visto envueltos hubiera acabado. Planes que, ahora, no se harían realidad.

La cabeza de Von Weizsäcker era un hervidero de sensaciones: la culpabilidad por la traición; el alivio por el éxito; la pena, sobre todo por el coronel Brown, al que respetaba como nunca había respetado a ningún otro oficial, y el cansancio por la tensión acumulada, mayor que la sufrida por

cualquiera de sus compañeros. Al fin y al cabo, estos habían tenido claro quién pertenecía al bando amigo y quién al enemigo. Deseaba infructuosamente mantener todas estas ideas encerradas y aisladas, al menos hasta que pudiera reflexionar sobre ellas cuando todo aquello hubiera finalizado.

Villar era el único que se mantenía sereno. Por supuesto, había admirado la entereza del oficial americano al ofrecerse a activar las cargas, pero había perdido a demasiados familiares y amigos como para detenerse a lamentar la muerte de compañeros a los que había conocido poco tiempo atrás. En su cabeza ahora solo tenían cabida planes para escapar de allí con vida.

Continuaron remando con la vista clavada en el fuego, mientras la isla se agitaba en sucesivas explosiones. Nada podía quedar en aquella cueva. Las lenguas de fuego, enturbiadas por un espeso humo negro, se levantaban decenas de metros sobre la superficie de Helgoland. La misión se podía dar por concluida, pero eso no consoló al comando. La empresa había acabado casi con la mitad del grupo, y el resto aún no se encontraba a salvo.

Vieron los focos de las patrulleras que abandonaban el puerto por el sur de Helgoland, barriendo con sus haces las turbulentas aguas. Parecía que habían picado el anzuelo y apuntaban sus proas hacia el suroeste, en dirección a la lancha vacía. Sería un respiro que no duraría demasiado. Las patrulleras eran más veloces y, en cuanto descubrieran la trampa, volverían a por ellos. Debían darse prisa en encontrar el pesquero.

—Capitán, allí hay una luz —dijo Von Weizsäcker, señalando algo más al norte de la dirección que llevaban.

Pickeray dejó de remar y miró hacia donde decía el piloto alemán. Este tenía muy buena vista y, aunque el oficial inglés fue incapaz de ver nada, se encaminaron hacia el lugar.

—Yo también la veo —dijo al cabo de unos instantes Gardner—. Es verde.

Era la señal: luz verde si tenían el paso despejado, y roja si tenían que darse la vuelta y alejarse a toda prisa. Solo hacía falta asegurarse de que no fuera ninguna trampa. Al fin y al cabo, alguien tenía que haber alertado a los nazis de su llegada a la isla. Brown estaba convencido de que el capitán Radbod no había tenido nada que ver en todo aquello, y Pickeray había aprendido a confiar en el americano, pero nunca estaba de más ser precavido.

—Vamos a acercarnos sin hacer ruido —ordenó Pickeray—. Teniente, trate de descubrir si hay algún otro barco.

—No veo nada extraño, capitán.

Remaron más despacio. Villar tenía preparado el motor de la pequeña embarcación por si descubrían que era una trampa y tenían que huir a toda pastilla.

—Los del bote. Aquí —dijo una voz conocida en medio de la noche. El patrón frisón debía de tener aún una visión tan aguda como la de Von Weizsäcker.

Dando las últimas paletadas, los hombres abordaron con la lancha al pesquero y se dieron prisa en ascender por la escalerilla que les habían arrojado.

—¿Dónde está su jefe? —preguntó el capitán Radbod en cuanto hubieron embarcado.

—Muerto —respondió Pickeray—. Hemos perdido otros dos hombres más.

—Han organizado una buena —dijo el patrón, mirando como las llamas continuaban iluminando la silueta de la isla donde él había nacido—. Creo que será mejor que nos larguemos de aquí.

En cuanto hubieron asegurado el bote, dieron potencia al motor del pesquero y salieron a toda máquina, exprimiendo cada uno de los caballos hasta llegar a los nueve nudos, la velocidad máxima que alcanzaba la embarcación.

El capitán Radbod extendió una carta náutica sobre la mesa de la cabina y llamó la atención de Pickeray.

—Estamos aquí. Navegaremos a toda velocidad con este rumbo —dijo el frisón, señalando con el dedo—. Estamos a veinticinco millas de la costa más cercana. Unas tres horas. Sankt Peter Ording. Los dejaremos cerca de la orilla, y nos alejaremos.

—Será el primer sitio donde los alemanes nos busquen —dijo Pickeray, frunciendo el ceño.

—Es probable —contestó el patrón del pesquero—, pero a esta velocidad sería muy arriesgado buscar otro punto de desembarque. Las patrulleras alemanas estarán rastreando toda la costa, y son mucho más rápidas.

—Está bien —concedió el inglés—. ¿Ha dicho tres horas? Quizá podamos dormir un rato.

—No se preocupe. Llevamos las luces de navegación apagadas, pero las patrulleras, no. Las veremos antes que ellos a nosotros. No es la primera vez que me buscan. Aprovechen para dormir un rato.

Pickeray se acostó en una litera, pensando que podía estar tranquilo. Si Radbod hubiera querido traicionarlos, ya lo habría hecho. De nada serviría

quedarse despierto, vigilante. Además, cuando llegaran a la costa, agradecerían haber descansado. Siguiendo el ejemplo de sus hombres, que ya dormían, Pickeray apoyó la cabeza en la almohada y cerró los ojos.

Instantes después, el patrón lo sacudía.

—¿Qué sucede? —preguntó Pickeray alarmado, incorporándose en la cama de un salto.

—Una patrullera —avisó Radbod—. Nos han visto y viene hacia aquí. Tienen que esconderse.

—¿Ya? Pero si hace un segundo no había ninguna por los alrededores.

—Llevan más de dos horas durmiendo. Estamos cerca de la costa y nos hemos cruzado con varias. Esta debía de navegar al pairo, con las luces y los motores apagados, y nos ha oído llegar.

Pickeray se incorporó y miró por el cristal de la cabina. La lluvia era intensa, y solo consiguió ver un foco que barría la cubierta del pesquero, mientras una voz ladraba órdenes en alemán mediante un megáfono.

—Dice que paremos los motores —tradujo el patrón—. Si no obedecemos, nos mandarán a pique. Dos de sus hombres hablan alemán. Que permanezcan en cubierta. Los otros, escóndanse.

Radbod quitó una mampara de madera y descubrió unas estrechas escalerillas, por las que se apresuraron a bajar Pickeray, Villar y Gardner.

—¡Documentación! —exigió en alemán el subteniente que capitaneaba la patrullera al subir a bordo del pesquero—. ¿Qué hacen aquí?

—Pescar.

—¿Por qué llevan apagadas las luces de navegación?

—Para ahorrar combustible. Vamos escasos, y quizá no lleguemos a puerto.

—¿El nombre de la embarcación es *Erika*?

—Sí, señor. Es el nombre de mi mujer.

—Navegan bajo bandera alemana.

—Nuestro puerto es Büsum, señor.

El subteniente estudió atentamente toda la documentación del pesquero y la de los tripulantes. Parecía estar todo correcto, aunque, debido a la humedad, dos de las identificaciones estaban un tanto dañadas y sus fotografías eran prácticamente irreconocibles.

La orden que tenían era detener a un pesquero que faenaba con bandera danesa, de nombre *Fiona*.

—¡Registren el barco! —ordenó el subteniente a sus hombres.

Los marineros de la patrullera se movieron por el pesquero revisando todo, mientras Radbod, la tripulación, Von Weizsäcker y Weidenfeld permanecían inmóviles, bajo la atenta mirada de un marinero armado con una metralleta.

—No hay nada, señor —dijo uno de los soldados al cabo de un rato.

—Está bien. Escuche, será mejor que enciendan las luces. Si se quedan sin combustible, remen. Si los vuelvo a ver, pasarán el resto de la noche en un calabozo. ¿Me ha entendido?

El subteniente y sus hombres regresaron a la patrullera e iniciaron la tarea de desamarre. Weidenfeld, colocado a popa del pesquero, donde a la llegada de los alemanes había fingido estar recosiendo un montón de redes, siguió con la mirada los movimientos de uno de los marineros, que parecía haber visto algo extraño justo por debajo de los pies de Comadreja.

El sargento se reclinó disimuladamente sobre la amura, para ver qué era lo que había llamado la curiosidad del marinero, y se quedó helado. La pintura blanca con la que estaba escrito el nombre del barco se había corrido con la lluvia y debajo se veían unos trazos rojos.

Mientras el subteniente daba las instrucciones pertinentes y se soltaban las amarras que unían los dos barcos, el curioso marinero se asomó al costado de la patrullera y rascó la pintura blanca.

Los gritos dando la alarma fueron contestados por sus compañeros, que rápidamente empuñaron las armas. El artillero corrió a la ametralladora de cubierta, amartilló la MG42 montada sobre un trípode y apuntó al pesquero, esperando instrucciones del subteniente, que gritaba a Radbod y a sus hombres, ordenándoles que no se movieran y levantaran las manos.

Sin hacer caso de las órdenes, los pescadores se arrojaron al suelo. De la cabina surgieron Pickeray y Gardner, que comenzaron a disparar con los subfusiles, pillando a los soldados por sorpresa. En un instante, se desencadenó un infierno atronador que iluminó la noche con los fogonazos de una lluvia de balas que barría ambas embarcaciones.

Weidenfeld, protegido tras la amura, saltó a la patrullera y gateó hasta la MG42. Sin perder un instante, aferró por el pelo al artillero que la manejaba y golpeó su cabeza contra la culata varias veces, antes de dejarlo tirado y empuñar la ametralladora para arrasar la patrullera hasta quedarse sin balas.

Comadreja, con un grito de rabia, soltó la humeante ametralladora. En la patrullera, aparte de él, no quedaba nadie con vida. El sargento americano se incorporó y trató de regresar al pesquero, pero nada más levantar un pie sobre la borda cayó al suelo.

—¡Weidenfeld! —llamó Pickeray—. ¿Se encuentra bien?

Tendido sobre la cubierta, el sargento miraba, sorprendido, su desgarrada cazadora, empapada en sangre.

—¡Villar, échame una mano! —ordenó el oficial inglés, corriendo hacia la patrullera.

Entre los dos levantaron a Comadreja y lo llevaron hasta la cabina del camaronero, donde lo depositaron con cuidado en el suelo, al abrigo de la lluvia. Con rostros preocupados, Pickeray, Villar y Von Weizsäcker se arremolinaron en torno al estraperlista.

—Se pondrá bien —dijo el capitán británico, quitándole la camisa.

El sargento americano tenía el estómago destrozado. Al menos lo habían alcanzado tres veces, y había perdido mucha sangre.

—Estoy jodido —jadeó Weidenfeld con un gesto de dolor, viendo aquel amasijo. Ahora la herida le ardía como si le hubieran prendido fuego.

—La tripulación y el capitán Radbod han muerto —anunció Gardner entrando en la cabina—. El barco está inutilizado.

—Utilizaremos el bote —decidió Pickeray, incorporándose—. Rellenen el depósito para que podamos llegar hasta la orilla. Villar, ayúdeme a embarcar a Weidenfeld. Tenemos que largarnos.

⁂

Diecisiete millas al sur, frente a la isla de Trischen, el inspector Schlüter hablaba con el capitán destructor de la clase Zerstörer en el que había embarcado con sus hombres.

—Una patrullera ha interceptado un pesquero cerca de la costa —explicaba el capitán del destructor—, pero ahora no responde la radio. Otro navío que se encontraba por aquellas aguas ha oído disparos y se está acercando a ver qué es lo que ocurre.

—Tienen que ser ellos. Tenemos que atraparlos, capitán. ¿Cuánto tardaríamos en llegar hasta allí?

Al orgulloso oficial de la Kriegsmarine no le hacía ninguna gracia tener que acatar las órdenes de un simple inspector de la Gestapo, pero había recibido órdenes explícitas.

—Media hora. Algo más, quizá. El mar está muy revuelto.

—¡Media hora! —repitió Schlüter contrariado—. Ordene que las embarcaciones más próximas se dirijan hacia allí.

El inspector tomó asiento y dejó que el sanitario del destructor le recolocara los vendajes que le cubrían parcialmente el rostro y el pecho.

⁂

Tras hablar por teléfono con el general Kaltenbrunner, Schlüter había abandonado el despacho que le había cedido a regañadientes el contraalmirante de Helgoland y, seguido por sus hombres, había corrido hacia la punta norte de la isla.

Según le había confesado el general, el pequeño búnker, que apenas levantaba un metro de la planicie de la isla y cuya puerta parecía no haber sido abierta desde mucho tiempo atrás, contenía en su interior un laboratorio ultrasecreto, donde el judío Steiner había estado trabajando en un arma revolucionaria.

Schlüter se había maldecido mientras corría cuesta arriba hacia el búnker. En un grave descuido suyo, provocado por la escasez de tiempo del que disponía para encontrar al comando, había desechado la instalación como objetivo del coronel americano, al dar por buena la opinión del sargento de marina Heldmann. Según este, la insignificante fortificación había sido utilizada como estación meteorológica antes de dar comienzo la guerra, y desde entonces había permanecido abandonada.

Las instrucciones que el general había dado a Schlüter eran sencillas y tajantes: nadie debía poner en peligro aquel laboratorio. El inspector debía velar por la integridad de las instalaciones y asegurarse de que estas continuaban siendo un secreto. Ningún miembro de la Kriegsmarine tenía que sospechar nada, y mucho menos su contraalmirante.

Una vez alcanzado el búnker, al que habían llegado sin aliento, Schlüter, con la lluvia chorreándole por el rostro, había aferrado la manija de la robusta puerta, pero esta no se había movido.

—¡Derriben la puerta! —había ordenado, echándose a un lado.

Uno de los agentes de la Gestapo, un hombre joven y atlético al que Schlüter no había visto nunca hasta que el general Kaltenbrunner le asignara más hombres, había comenzado a golpear la cerradura con una pesada maza que se había agenciado a instancias del inspector.

Uno tras otro, los agentes se habían ido relevando para machacar la puerta, que se resistía. Incluso Schlüter había empuñado la maza, utilizándola con toda la fuerza que da la desesperación.

—¡Más rápido, más rápido!

Por fin la puerta había cedido y, tras unos últimos empujones, los agentes habían accedido al interior del búnker. Parte de la instalación era subterránea, y el interior, una sala redonda de poco más de ocho metros de diámetro, se encontraba vacío. Enfrente de la puerta que habían derribado, unas escaleras se adentraban más en la tierra y, sin dudar un instante, Schlüter había comenzado a descenderlas.

Tras bajar un largo tramo de escalones tallados en la roca, llegaron a un descansillo y se encontraron ante un portón de acero que también estaba cerrado. Del otro lado del portón llegaban gritos. Los golpes de la maza habían alertado a la guardia que permanecía encerrada al otro lado del portón, y ahora esta se preguntaba quiénes eran los que habían dado aquellos porrazos, dónde estaban los soldados que debían estar de guardia y cuál era el motivo por el que los portones no podían abrirse.

—¿Quién va?

—Inspector Schlüter de la Gestapo. Abran.

—¿Qué hace aquí? ¿Qué está ocurriendo?

—Hay un saboteador ahí dentro. ¡Abran inmediatamente!

—No podemos abrir los portones. Alguien los ha soldado.

Hasta al inspector habían llegado los gritos y las carreras de los centinelas allí encerrados. Un mando impartía órdenes para que trajeran una herramienta pesada con la que poder romper los puntos de soldadura, pero, al parecer, algo iba mal ahí dentro.

—¿Qué sucede? —había preguntado Schlüter.

—Han soldado también los portones interiores —habían contestado—. ¡Estamos encerrados!

La primera explosión había reventado los portones del pasillo, sacudiendo violentamente las puertas ante las que se encontraba Schlüter. A través de los quicios les había llegado una densa y negra humareda, acompañada por un escape de gases ardientes y los aullidos de los soldados envueltos en llamas.

—¡Hay que salir de aquí! —había gritado el subinspector Dinter, enfilando las escaleras.

Las puertas aún habían permanecido selladas, aunque se habían abombado por la presión de los gases y su aspecto no era tranquilizador. Los gritos de los soldados habían cesado, pero el silencio resultaba aún más inquietante que los agonizantes alaridos.

Schlüter se había resistido, pero al final, medio asfixiado, había tenido que ceder y ya seguía los pasos de sus hombres escaleras arriba. Una vez en el

exterior, pudieron tomar aire.

En ese momento había llegado la segunda explosión, que había lanzado a Schlüter por los aires. Al recuperar la consciencia, se había encontrado a bordo del destructor, atendido por un sanitario. El subinspector Dinter le había explicado lo ocurrido. Una sucesión de devastadoras explosiones habían asolado las instalaciones. Nadie habría sobrevivido allí abajo. Solo quedaba atrapar a los culpables, así que había decidido embarcar y perseguir a los saboteadores.

El inspector no se había tomado nada bien las noticias sobre el fracaso de su misión, pero había tenido que reconocer que Dinter había acertado al embarcar en aquel destructor. Debían encontrar a aquellos demonios. Por lo menos, les harían pagar por todo lo que habían hecho, aunque muy probablemente el general Kaltenbrunner no se daría por satisfecho.

Sabiendo que su cabeza pendía de un hilo muy fino, Schlüter se concentró en la persecución. Si aquella patrullera había dado con el comando, debían darse prisa. Una vez en tierra, aquellos hombres, que habían demostrado saber moverse por toda Alemania, tendrían más posibilidades de huir que a bordo de un pesquero en medio del mar.

⁂

—¡No, no, bájeme! —suplicó Weidenfeld, aullando de dolor.

Pickeray y Villar lo depositaron con cuidado sobre la cubierta, donde la lluvia mojaba el rostro del sargento, cada vez más macilento y sudoroso.

—De esta no salgo —dijo Comadreja con un suspiro de alivio.

—Se pondrá bien, ya lo verá —mintió el capitán británico, inclinado sobre el americano.

Pickeray sabía que el estraperlista estaba sentenciado. Hubieran necesitado un hospital para abrigar alguna posibilidad de salvarlo. Allí, sin atención médica, no aguantaría mucho más tiempo.

—Escuche, capitán —jadeó Weidenfeld, haciendo un esfuerzo por hablar —. La voy a palmar, lo sé. Déjeme con una granada cerca del depósito y lárguense. Cuando vengan esos hijos de perra, los haré saltar por los aires.

—Vaya… ¿Ahora tiene madera de héroe, sargento? —repuso Pickeray, tratando de desdramatizar la situación, aun a sabiendas de que Comadreja tenía razón.

—¡Déjese de tonterías, capitán! —respondió Comadreja, forzando su ronca voz—. Bastante me han jodido llevándome a esa isla de mierda.

—Tiene razón —se limitó a decir Villar, mirando a Pickeray.

El oficial inglés sabía que los dos estaban en lo cierto. Si Weidenfeld conseguía hacer estallar la patrullera que estaba punto de llegar, eso les daría algo más de tiempo para escapar y despistar a los alemanes, que no sabrían si habían muerto o no. Pero la rabia le hacía dudar: ya había dejado atrás a tres compañeros, y se veía obligado a tener que hacerlo de nuevo.

—Está bien —masculló finalmente, poniéndose en pie—. Villar, traiga un par de granadas. Dese prisa.

El guerrillero español corrió a registrar la patrullera y volvió con una caja de aquellas alargadas granadas de palo que usaban los alemanes.

—Capitán, viene otra —anunció Von Weizsäcker—. El bote está preparado.

—Bueno, sargento —dijo Pickeray, poniendo una de las granadas en manos del estraperlista—. Nunca creí que pudiera llegar a decirle esto, pero gracias.

—No se ponga sentimental, capitán, y lárguense antes de que me arrepienta.

Los comandos se despidieron de Comadreja con seriedad, compungidos, y luego, embarcaron en el bote y se alejaron empuñando los remos, con la mirada clavada en el camaronero. A lo lejos, ya se veía brillar el foco de la patrullera que llegaba en auxilio de sus camaradas, moviendo de un lado a otro el haz de luz hasta encontrar las desarboladas embarcaciones y fijarlo en ellas. Enseguida los gritos del megáfono les llegaron por encima de las olas.

Instantes después de que la recién llegada se abarloara a su compañera, una sucesión de explosiones iluminó la noche, haciendo volar metralla en todas direcciones y envolviendo en llamas las tres embarcaciones. Sobre la superficie del mar, lo que quedaba de los tres barcos empezó a arder de inmediato en una pira funeraria por el sacrificio del sargento Arthur Weidenfeld.

⁂

Domingo, 23 de abril de 1944
Sankt Peter Ording, Alemania

Cuando aún faltaba una hora para el amanecer, los cuatro supervivientes se despidieron sobre la playa de la localidad costera.

Tras haber hecho pie en la arena, el capitán Pickeray había ofrecido a sus hombres la posibilidad de elegir. Se encontraban a más de cien kilómetros del lugar donde habían acordado que serían recogidos por el submarino. Eso en el supuesto de que Londres, que no tenía conocimiento oficial de su marcha, hubiera adivinado la presencia del comando en el continente.

No se podían engañar. En el mejor de los casos, y aun contando con las documentaciones que habían usurpado a los malogrados pescadores, junto con algo de dinero y ropa seca, sería un milagro llegar hasta el punto de encuentro en la costa danesa.

La misión que los había traído hasta allí había finalizado con éxito. Ahora, y dadas las circunstancias, el capitán inglés quería dar a sus hombres la posibilidad de que cada uno escogiera la alternativa de escape que considerara más viable. Él, por su parte, viajaría hacia el norte y confiaría en que el submarino estuviera en el punto convenido.

Von Weizsäcker se apresuró a decir que se quedaba en Alemania. Lo había hablado con Brown, y prefería quedarse entre los suyos, aun sabiendo el riesgo que corría si lo atrapaban. Gardner optó por acompañar a Pickeray, mientras que Villar dijo que él continuaría solo. No tenía confianza en que el submarino se presentara y veía más posibilidades de escapar adentrándose en tierra, tratando de alcanzar la frontera española a través de Francia.

Una vez hecha la elección, no había motivo para demorarse. Pickeray y Gardner intentarían tomar un tren hacia el norte, mientras que Von Weizsäcker y Villar se dirigirían hacia el sur.

—Gracias —dijo el capitán inglés, estrechando con fuerza la mano del guerrillero republicano que había conocido en las trincheras españolas, recordando que este había participado en la misión porque él se lo había pedido—. Y suerte. Confío en que nos volvamos a ver.

Gardner estrechó la mano de Cornín con un simple gesto de reconocimiento, y de igual manera se despidió del piloto alemán.

—Suerte, teniente. Y gracias —dijo Pickeray, tendiendo la mano al piloto alemán—. Ha sido un honor tenerlo con nosotros.

—Gracias, capitán —repuso Von Weizsäcker con una sonrisa afectada. Sabía que su honor no existía ya. Era un traidor a su patria, y arrastraría esa culpa el resto de su vida.

—Suerte a todos, y hasta la vista —dijo Pickeray por última vez, antes de encaminarse, junto a Gardner, en busca de la estación de tren.

Para sorpresa de ambos, la estación se hallaba casi desierta. Desde lejos vieron cómo una aburrida patrulla revisaba las documentaciones de los escasos pasajeros sin demasiado interés.

—¿No nos buscan? —preguntó el sicario.

Pickeray se encogió de hombros y continuó caminando en paralelo a la estación, buscando un sitio idóneo para abordar el tren, al abrigo de miradas indiscretas y donde la máquina aún no hubiera cogido demasiada velocidad.

A un kilómetro hallaron un grupo de árboles en una curva de las vías, donde el tren todavía marcharía lo suficientemente lento como para poder subir sin descalabrarse, y se dispusieron a aguardar pacientemente.

Casi dos horas y media más tarde, escucharon un rumor y se pusieron en pie. Pickeray tocó con la mano la vía. Notó la vibración. Escondidos tras un grueso árbol, dejaron que la locomotora pasara arrastrando los dos coches de pasajeros semidesiertos y corrieron tras un vagón de mercancías cerrado que ocupaba el quinto puesto en el convoy.

Colgando de las manos por el costado, abrieron el pestillo y corrieron la puerta lo justo para poder entrar. Dentro, una docena de nerviosos caballos miró a los intrusos, que cerraron la puerta corrediza y se sentaron entre las balas de paja.

⁂

La explicación a por qué el pueblo de Sankt Peter Ording no estaba abarrotado de tropas en busca de los saboteadores la recibió un atónito inspector Schlüter sobre las doce del mediodía, a su llegada a la estación de tren, tras pasar la noche en vela buscando a los fugitivos, en una conversación telefónica con el general Kaltenbrunner.

—Disculpe, señor, pero no entiendo…

—No tiene nada que entender —lo cortó, tajante, el oficial desde Berlín —. Por su culpa el enemigo ha logrado su propósito. No hace falta que además se airee su torpeza. Sería insultante para nuestro *führer* y un golpe duro para los alemanes enterarse de que unos vulgares espías han entrado en nuestro país, campando a sus anchas y saboteando nuestras instalaciones, sin que la Gestapo pudiera evitarlo. ¿No le parece? Limítese a obedecer. Búsquelos con sus hombres y tráigamelos, pero no quiero que se alarme a nadie. ¿Queda claro?

El general estaba furioso. Había tenido que soportar las iras del *reichsführer* cuando le comunicó el espantoso fracaso. Himmler se había quedado sin aliento conforme Kaltenbrunner iba desgranando la terrible noticia, y después se había puesto a gritar. No solo habían perdido el arma prometida al *führer*, había dicho, sino que, además, la marina alemana sabía que algo extraño había ocurrido en una isla bajo su jurisdicción.

Debía cesar la persecución a gran escala. Nadie tenía que llegar a conocer el alcance exacto del desastre. Los espías debían ser atrapados antes de que abandonaran Alemania, pero discretamente, sin movilizar tropas y, por supuesto, retirando a la Kriegsmarine de la búsqueda.

Kaltenbrunner sabía que el inspector de la Gestapo no había tenido la culpa. Con la escasa información que le habían facilitado, bastante había hecho el hombre con seguir la pista del comando enemigo. Había sido la obsesión del *reichsführer* por mantener el secreto a toda costa lo que había provocado aquella tragedia. Una vez visto lo que aquellos hombres habían sido capaces de hacer en el centro de Berlín, la capital mejor defendida de toda Europa, volando un edificio entero, deberían haber mandado una compañía de las SS a Helgoland para atraparlos, y no una docena de agentes al mando de un simple inspector.

Ahora alguien buscaría responsabilidades y rodarían algunas cabezas, pero el general Kaltenbrunner no estaba dispuesto a que una de ellas fuera la suya. Llegado el caso, y teniendo en cuenta la magnitud del descalabro, aquel inspector habría de pagar por todos ellos.

—¿Tiene al menos una pista de hacia dónde han podido huir? —preguntó Kaltenbrunner.

—No, general —confesó Schlüter, pasándose el pañuelo por el lacrimoso ojo—. Ni siquiera sabemos si queda algún enemigo con vida. Si han desembarcado aquí, posiblemente busquen un tren y traten de cruzar a Dinamarca.

—Atrápelos. Y no me vuelva a fallar.

Schlüter trató de protestar, pero la línea ya estaba muerta. La amenaza era clara: si no conseguía apresar lo que quedaba del comando, su vida no valdría nada. Y, si los atrapaba, tal vez tampoco. Lentamente, colgó el aparato y salió de la oficina de la estación. Sus hombres aguardaban órdenes. Habían revisado todo el pueblo en busca de alguna pista.

—¿Han encontrado algo?

—Sí, inspector —respondió el subinspector Dinter—. Una barca a motor parecida a la que encontramos en alta mar cerca de la isla. Estaba escondida

en la playa.

—¿Algo más? Esto es un pueblo pequeño. Alguien ha tenido que ver algo.

—Una mujer ha visto a dos tipos que se escondían en un grupo de árboles cerca de la estación, pero cuando ha pasado el tren de las ocho treinta ya no estaban —contestó Dinter—. Asegura que no son del pueblo. Uno de ellos le ha parecido muy grande, pero no le hemos podido sacar nada más.

—¿Solo dos?

—Los demás habrán muerto —apuntó Dinter.

—O se habrán separado —reflexionó Schlüter—. En cualquier caso, es la única pista que tenemos. ¿Hacia dónde se dirigía ese tren?

—A Husum, unos cuarenta kilómetros al norte, aunque tiene varias paradas. Allí la vía se bifurca, y podrían coger otro tren que vaya al sur.

—Seguramente seguirán en el mismo tren hasta la frontera —contestó Schlüter, mirando su reloj preocupado—. Nos llevan casi cuatro horas de ventaja. Consigan un par de coches.

—Ya los tenemos, señor.

Schlüter miró al que acababa de hablar. Era aquel agente joven que no se había separado de él desde que tomaran el avión en Berlín. El que había llevado la maza para tirar la puerta del búnker. Además de voluntarioso, el agente resultaba competente, algo bastante inusual en aquellos tiempos.

—De acuerdo —concedió el inspector—. Empezaremos por Husum. ¡En marcha!

⁂

Tumbados tras una duna, Pickeray y Gardner esperaban a que fuera la hora. Se encontraban en la isla de Rømø, la más sureña de las islas danesas, y para llegar hasta allí habían tenido que sufrir una odisea.

Tras abandonar la cálida compañía de los caballos en el vagón de carga, se habían arrojado del tren cuando este comenzaba a frenar para hacer su entrada en la estación de Süderlügum. El pequeño pueblo se hallaba cerca de la frontera y, aunque Dinamarca se encontraba bajo la bota nazi, era mejor no arriesgarse, así que la habían cruzado a pie por el bosque, hasta llegar a la ciudad de Tønder, donde habían robado un par de bicicletas y pedaleado durante tres horas para alcanzar Skaerbaek. Desde allí habían necesitado otras dos horas más para llegar a su destino final: la isla de Rømø, donde estaba previsto que los recogiera el submarino.

Pickeray miró el reloj. Era luna nueva y la oscuridad era absoluta. Muy a su pesar, tuvo que encender la linterna, cuidadosamente tamizada por su manaza, para ver la hora: las diez y veintitrés. Llevaban casi tres horas y media tendidos allí, estaban hambrientos, tenían mucho frío y aún les quedaban treinta y siete minutos más antes de que se abriera el margen de diez minutos del que disponían para establecer contacto con el submarino. Tan solo quedaba rezar porque este se presentara.

⁂

Schlüter y sus hombres vigilaban la alargada playa, que de norte a sur tenía más de catorce kilómetros. Al igual que le había sucedido primero en el laboratorio de Berlín y luego en Helgoland, intuía de nuevo que su presa se encontraba cerca. Debía extremar las precauciones. Cada vez que lo había tenido al alcance de la mano, el comando había logrado escapar, no sin antes sabotear importantes instalaciones. Ahora parecía que solo trataban de salir del continente, pero el inspector no lo permitiría.

Después de salir a la carrera de Sankt Peter Ording, Schlüter había apostado por continuar sin detenerse hasta Husum. Allí la patrulla les había asegurado que solamente media docena de pasajeros había descendido del tren, y ninguno de ellos coincidía con la descripción.

El inspector había tratado de imaginar cuál era el plan de sus adversarios. Hubiese sido de esperar que eligieran como destino la frontera, pero aquellos diablos habían atentado contra toda lógica desde el primer momento. ¿Se habrían atrevido a adentrarse en Alemania, confiando en despistar a sus perseguidores?

Schlüter había considerado la posibilidad de repartir a sus hombres en dos grupos y enviar uno hacia el sur, en dirección a Hamburgo, y el otro hacia la frontera danesa, pero la idea de dividir sus escasos recursos no le agradaba.

Finalmente, había optado por hacer algunas llamadas telefónicas. En Süderlügum, la última población alemana antes de la frontera, nadie había descendido del tren, que, como era de rigor, había sido registrado en profundidad, sin hallar nada extraño. En Tønder, una tranquila localidad al otro lado de la antigua frontera, la Gestapo tampoco había visto nada irregular, pero el inspector obtuvo la promesa de que se mantendrían alerta.

Schlüter había redoblado la búsqueda en Husum. Rápidamente, sus hombres habían interrogado a cuantos se encontraban por los alrededores de

la estación de tren, sin preocuparse por no llamar la atención, tal y como ordenara el general Kaltenbrunner. Alguien tenía que haber visto algo.

Frustrado ante la falta del más mínimo indicio, el inspector había recibido con alborozo un pequeño golpe de fortuna en forma de llamada telefónica. El sargento de la Gestapo de Tønder, con el que había hablado hacía un rato, informaba de la denuncia de una sustracción de dos bicicletas en la localidad.

Sin asomo de duda, Schlüter había salido corriendo hacia la frontera. Jaleando al sargento Bachmann, que conducía el coche, el inspector había examinado un plano de la zona, tratando de adelantarse a los movimientos del comando aliado.

En Tønder había permanecido el tiempo justo para interrogar al aterrado propietario de las bicicletas robadas y al sargento del puesto que mantenía la Gestapo en la localidad, llegando a la conclusión de que los fugitivos debían de estar dirigiéndose al norte, hacia la costa.

En cada pueblo por el que habían pasado, Schlüter se había detenido para preguntar a los amedrentados lugareños si habían visto dos hombres en bicicleta. En Skaerbaek los habían visto. Sin embargo, por Ribe, diecisiete kilómetros más al norte, una patrulla de las SS que había estado toda la tarde controlando la carretera le aseguró que nadie había pasado por allí.

Maldiciendo, Schlüter había revisado de nuevo los planos. El comando debía de haber cambiado de rumbo entre Skaerbaek y Ribe. ¿Hacia dónde? ¿Se habrían dirigido hacia la costa, directamente? ¿Estaban tratando de robar un barco? ¿O tal vez un submarino los estaba aguardando?

Aquellas aguas tenían poco calado para un submarino, que podría quedar encallado si se acercaba demasiado a las playas. ¿Pero se habrían arriesgado a llegar hasta allí para robar un barco?

Si querían escapar en barco, no tenía sentido todo aquel viaje. Debía de tratarse de un submarino. ¿Dónde podría esperar un sumergible sin delatar su presencia? La única posibilidad era una de aquellas islas que salpicaban la costa.

Y la isla con mejor acceso era Rømø, que poseía un dique mediante el que se unía al continente.

Exprimiendo los motores, habían retrocedido hasta alcanzar el inicio de la escollera y habían obtenido su premio. Unos pescadores de la zona habían visto a los ciclistas cruzando el brazo artificial que llegaba hasta la isla.

Sintiendo el inspector que en aquella ocasión el comando ya no podía escapar, los vehículos se habían adentrado a toda velocidad en el dique hasta alcanzar el otro extremo, donde, sin bajarse del coche siquiera, el inspector

había apostado dos de sus hombres con instrucciones bien claras: nada debía abandonar la isla hasta que él así lo ordenara.

⁂

—Es la hora —dijo Pickeray, tras alumbrar de nuevo su reloj.

Como si sus palabras hubiesen sido escuchadas, desde el mar surgió un destello que duró un par de segundos.

—¡Allí, capitán! —señaló Gardner, incorporándose en la arena.

Pickeray, que también había visto el tímido fogonazo, empuñó la linterna, disponiéndose a contestar con la señal convenida, cuando un grito lo dejó petrificado:

—*Halt! Keine Bewegung!*

Sin dar crédito, los dos hombres vieron a unas siluetas que venían hacia ellos. Puestos en pie, echaron a correr sobre las dunas, en un desesperado intento de huida, pero una ráfaga de disparos que levantó arena a sus pies los obligó a detenerse.

—Están rodeados —gritó Schlüter, utilizando su anquilosado inglés escolar—. ¡Suelten las armas!

—¡No vamos armados! —repuso Pickeray, maldiciendo su suerte.

Sin bajar el arma, por si acaso, el inspector Schlüter avanzó por las dunas hacia los dos hombres que, desesperados, veían cómo, después de estar tan cerca de alcanzar el submarino, finalmente eran capturados.

Cegándolos con sus linternas, los agentes de la Gestapo acorralaron a sus prisioneros en un círculo cada vez más estrecho. Schlüter se preguntaba si los saboteadores sabrían que había sido su imprudencia con la linterna lo que los había delatado.

Ahora ya no tenía importancia. Según la convención de Ginebra, aquellos hombres, al no vestir el uniforme de su ejército, no tenían la consideración de prisioneros de guerra. Serían tratados como espías, y los ejecutarían. Pero antes el inspector debería hacerles confesar cuáles habían sido sus objetivos y dónde estaba el resto del comando, si es que alguno quedaba con vida.

—Levanten las manos —ordenó con mal disimulada alegría—. Están detenidos…

Las palabras del inspector Schlüter fueron bruscamente cortadas por una ráfaga de metralleta.

—Pero… ¿qué ha hecho? —preguntó Schlüter horrorizado, viendo a sus pies los cuerpos sin vida de sus prisioneros.

El joven agente de la Gestapo que le había sido asignado por el general Kaltenbrunner, el mismo que le había parecido un tipo voluntarioso y competente, sostenía entre sus manos el subfusil, aún humeante.

—Lo siento, inspector —dijo el agente, encogiéndose de hombros—. Yo también obedezco órdenes.

—¡Pero tenía que interrogarlos! —gritó Schlüter iracundo—. El general Kaltenbrunner…

—El general ha dado la orden.

⁂

Domingo, 23 de abril de 1944
Berlín, Alemania

A más de cuatrocientos kilómetros de la isla de Rømø, donde habían sido acribillados a balazos sus compañeros, Franz von Weizsäcker se esforzaba en rememorar el rostro atormentado de su prometida, asesinada por el bárbaro régimen nazi. Confiaba en que el recuerdo le infundiera valor para llamar a la puerta de la mansión ante la que se encontraba.

Las pesadillas que lo perseguían desde que el coronel Brown le mostrara aquella foto obtenida en un campo de concentración seguían torturándolo, noche tras noche. En ellas, Eva, reducida a un espectro cadavérico, lo miraba a través de una alambrada de espino con sus grandes ojos negros. Era una mirada vacía, carente de un alma que hacía tiempo había abandonado aquel cuerpo miserable. En sus sueños, Von Weizsäcker corría hacia Eva para salvarla, pero, cuanto más corría, más lejos estaba la alambrada. Al final, el piloto de la Luftwaffe despertaba sobresaltado y pasaba el resto de la noche en vela, temiendo volver a dormirse.

El teniente alemán había confiado purgar sus culpas colaborando con los aliados, pese a convertirse en un traidor. Durante las semanas que había durado la extenuante instrucción, había rezado para finalizar cuanto antes la misión que lo llevaría de regreso a Alemania y librarse de aquel tormento. Pero, una vez destruido el laboratorio berlinés, las pesadillas no se habían marchado. Eva no se daba por satisfecha con sus esfuerzos, así que Von Weizsäcker había decidido seguir a Brown hasta Helgoland.

Con la destrucción de aquella cueva, las pesadillas al fin habían desaparecido, aunque seguía sin poder recordar cómo era el rostro alegre, los ojos llenos de vida y la sonrisa perenne de su prometida. Se había aplicado en purgar sus pecados, sí, pero aún quedaba un último acto de contrición antes de que Eva lo perdonara. Y este debía ser consumado en aquella mansión berlinesa.

Había viajado en solitario a Berlín, tras despedirse de Villar en Hamburgo, hasta donde habían llegado alternando largas caminatas con tramos en los que algún camión accedía a recogerlos. La despedida había sido breve. Ambos habían compartido dos intensos y peligrosos meses de su vida, pero, ahora que todo había acabado, no tenían mucho más que decirse, aparte de desearse suerte.

En Hamburgo, el teniente Von Weizsäcker había tomado un tren, presentando la carta de identidad de uno de los malogrados pescadores del camaronero que los había llevado hasta Helgoland, solventando sin excesivos problemas los controles rutinarios. Los nazis buscaban desertores que trataran de abandonar el país, no que intentaran adentrarse en la capital.

Siguiendo el ejemplo de otros viajeros, había saltado del tren en marcha antes de que este entrara en la estación berlinesa, observando apenado como mujeres y hombres mayores arrojaban paquetes de comida por las ventanillas, para que sus parientes y amigos de la desabastecida capital pudieran recogerlos.

Con el alma en un puño, al igual que le ocurriera en su anterior visita a Berlín acompañando al infortunado coronel Brown, Von Weizsäcker había recorrido las fantasmales calles sin poder evitar mirar a aquellos espectros que deambulaban sin rumbo, vestidos con prendas remendadas que siempre parecían ser tres tallas demasiado grandes, rodeados por una densa nube de desesperanza.

Todo a su alrededor aparecía en ruinas. Muchos edificios, antaño gloriosos, habían sucumbido ante el empuje de las miles de toneladas de bombas que los aliados arrojaban día tras día. Las calles levantadas se veían envueltas de una pesada niebla de ceniza, y en el aire había un persistente tufo, mezcla del humo de los incendios, de la podredumbre de la basura y los cuerpos que yacían bajo los escombros, y del hedor de los explosivos.

Había familias enteras en las calles, sentadas sobre montones de ladrillos que habían estado recogiendo o sobre algún resto de mueble. Sin casa, sin futuro. Soldados y civiles mutilados. Niños y ancianos abandonados, así como

algún cadáver tirado en el suelo que aguardaba su turno para ser recogido. Todos en silencio, tanto vivos como muertos.

A Von Weizsäcker no se le escapaba que la orgullosa capital alemana estaba herida, quién sabía si de muerte.

Las sombras en la calle se alargaban. No quedaba mucho para que oscureciera. En otros tiempos, el teniente se hubiera despedido de Eva con un último beso y se hubiese apresurado para no llegar tarde a la cena familiar. Ahora, en cambio, el paso era fatigado mientras se encaminaba hacia el norte de la ciudad, donde, antes de que la guerra lo arrancara para llevárselo al frente, había vivido con sus padres y con su hermano Otto.

Von Weizsäcker se detuvo al doblar el último recodo. Una oleada de sentimientos encontrados lo sacudió. Frente a él se encontraba su infancia, el hogar donde había crecido, la residencia de la familia.

Si el concepto de hogar se había derrumbado para él, al menos la casona se mantenía en pie, aunque, viendo los boquetes en el jardín y las grietas de la fachada, no resultaba difícil adivinar cuánto debía haber sufrido con las visitas de los bombarderos.

El teniente abrió la verja y entró. Ninguno de sus dos perros con los que se divirtiera yendo a cazar años atrás se acercó a recibirlo, y Von Weizsäcker prefirió evitar imaginar qué habría sido de los magníficos galgos rusos.

Al fin se encontró frente a la puerta de madera tallada. Cogió la aldaba de bronce con forma de cabeza de león y la levantó, sin llegar a golpear con ella la madera. Habían sucedido tantas cosas desde que cruzara aquel portal por última vez, que ahora su decisión se tambaleaba. ¿Qué encontraría allí dentro? Tomando aire, el heredero de los Von Weizsäcker llamó a la puerta.

—¿Qué desea, señor? —preguntó un anciano que acudió a abrir.

—Hola, Odell —saludó el teniente, esbozando una sonrisa forzada.

El viejo criado de la familia abrió mucho los ojos, y a punto estuvo de caerse del susto al reconocerlo.

—¡Señorito Franz, que alegría!

El piloto entró en su casa como si fuese la de un extraño, y siguió al mayordomo, que parloteaba alborozado. Von Weizsäcker se fijó en que el traje le quedaba grande, había perdido mucho pelo y parecía que le hubieran habían caído veinte años encima desde la última vez que lo viera.

—¿Qué sucede, Odell? —dijo desde el salón una voz cascada que aún mantenía el tono autoritario.

—Hola, padre.

El anciano estaba sentado en su silla de ruedas, tapado con una manta. Al igual que el mayordomo, había perdido peso y ya no mantenía la espalda erguida. Iba vestido con un albornoz granate de bordados dorados, y prendida a este lucía su Cruz de Hierro.

—¿Franz? —dijo el anciano, sin dar crédito a sus sentidos—. ¿Eres tú?

—Sí, padre.

—¡No puede ser! —exclamó impactado el inválido—. ¡Nos dijeron que habías muerto!

—Lo sé, padre —contestó Franz acercándose, para que su progenitor pudiera verlo bien—. A punto estuve de hacerlo. Mi avión fue derribado, y los británicos me mantuvieron cuatro años prisionero en un campo.

El anciano había cogido entre sus arrugadas manos la del teniente y no dejaba de apretársela, como para asegurarse de que no se trataba de un fantasma.

—¿Y cómo has podido regresar? —preguntó confundido—. ¿Lograste escapar?

—No, padre —contestó Franz, sabiendo que había llegado el momento de la confesión—. Los británicos me concedieron la libertad por ayudarlos.

—¿Ayudarlos? —repitió el inválido, sin entender—. ¿Qué quieres decir, Franz? ¿Nos has traicionado?

—No —contestó su hijo, apretando los dientes. Había venido para hacer algo, y no se marcharía sin cumplirlo, por más pena que le diera aquel patético viejo que lo acusaba de traidor. Así lo exigía Eva—. Es usted quien nos ha traicionado. Con sus condecoraciones, sus historias del Barón Rojo y su absurdo orgullo.

El teniente se había ido inclinando poco a poco sobre la silla donde estaba postrado su padre. Ahora la rabia lo embargaba, y ya no quedaban rastros del respetuoso temor ni del orgullo que había sentido de niño por aquel hombre.

—¿Dónde está mi madre? —gritó con lágrimas en los ojos—. ¿Y mi hermano Otto? ¿Dónde está Eva? ¡Era mi prometida! ¿Qué hizo, padre, por ayudarla, cuando esos perros fueron a por ella?

El viejo criado, que había acudido al escuchar los gritos, agarraba asustado al joven Von Weizsäcker de un brazo, tirando de él para tratar de separarlo de la silla de ruedas.

—Nunca he sido partidario de Hitler, pero es nuestro *führer* —se defendió el anciano, con el demacrado rostro encendido por la indignación, golpeando con furia el reposabrazos de su silla—. Alemania necesita un líder que defienda nuestro orgullo como pueblo…

—¿Qué orgullo? —preguntó Franz, sin poder creer los desvaríos de aquel viejo que vivía al margen de la realidad—. ¡Alemania está hundida por culpa de ese loco!

—¡Teníamos que defendernos!

—¿Defendernos? —repitió Franz, llevándose las manos a la cabeza—. ¿De quién? ¿Quién ha defendido a todos los alemanes que han perdido la vida siguiendo a ese perturbado? ¿Y a los que fuimos hechos prisioneros, esos a los que el gobierno nos dio por muertos para que fuéramos olvidados? ¿Quién nos ha defendido? ¿Y a Eva? ¿No necesitaba que la defendieran también? ¿No era tan alemana como lo es usted?

—¡Era judía!

El joven Von Weizsäcker, al que el rencor trababa las palabras, se quedó petrificado, herido en lo más profundo de su alma. Lívido, contempló el rostro crispado de su padre, con las comisuras llenas de baba, al que parecía estar a punto de darle una apoplejía.

Desde la calle, a través de las ventanas sin cristales, tapadas por planchas de madera, el llanto de una lastimera sirena interrumpió la agria discusión. A puertas de la esperada invasión, los aliados estaban castigando severamente Berlín en las últimas fechas, confiando en minar la moral de la población.

—Un bombardeo, señor —advirtió el criado, preocupado ante el cariz de la discusión—. Debemos bajar al refugio. Anoche las bombas cayeron cerca.

—Baja tú, Odell —contestó el teniente sin mirarlo, en un tono que no admitía discusión—. Yo bajaré con mi padre.

Ante la renuencia del sirviente a retirarse, Franz lo condujo hasta la puerta del salón, tomándolo por el brazo suavemente pero con firmeza, y lo obligó a salir de la casa.

—Hubiese preferido verte muerto antes que traicionando a tu país —escupió el viejo Von Weizsäcker a sus espaldas, como si pudiera hacerle más daño del que ya le había causado—. Has traído la deshonra a esta familia.

—¿Aún no lo entiende, verdad? —preguntó Franz con una sonrisa turbia —. Ya no hay familia a la que deshonrar ni país al que traicionar. Ya no queda nada.

A la vez que decía esto, el joven Von Weizsäcker levantó al inválido de su silla de ruedas y lo sentó en un sillón de cuero frente a la gran chimenea.

—¿Pero qué haces? —preguntó el anciano, empezando a asustarse—. ¿No lo has oído? ¡Van a bombardear! ¡Tenemos que bajar al refugio!

—No iremos a ninguna parte —repuso Franz con tono tranquilo—. Todo ha terminado. Ahora va a pagar por el daño que ha hecho. Los dos lo

haremos.

—¡Te has vuelto loco! —chilló el anciano, tratando inútilmente de incorporarse en el sillón—. ¡Déjame salir!

Ya se podían escuchar los motores de los poderosos bombarderos acercándose. Instantes después, las primeras explosiones agitaron la castigada mansión, rompiendo el revoque del techo, que caía como nieve. Cada vez sonaban más próximas.

—¡Franz, por Dios! —imploró el anciano entre lágrimas.

Un largo y cada vez más agudo silbido anunció el final. El teniente de la Luftwaffe Franz von Weizsäcker, sentado en el sofá donde de pequeño acostumbraba a contemplar absorto cómo las llamas danzaban en la chimenea, cerró los ojos. Eva le sonreía de nuevo.

Epílogo

Sábado, 10 de junio de 1944
Saint-Jean-Pied-de-Port, Francia

En la pequeña localidad fronteriza el día comenzaba fresco y despejado. Sus habitantes cumplían con sus quehaceres diarios, intercambiando miradas nerviosas y alguna que otra disimulada sonrisa de complicidad. El día tan largamente esperado estaba más cerca. La ciudad de Bayeux ya había sido liberada y, aunque todavía era pronto para cantar victoria, los franceses habían recuperado la alegría.

Desde primeras horas de la mañana, las puertas de la muralla eran atravesadas por comerciantes, pastores y soldados alemanes que vigilaban el paso jacobino hacia Navarra. Siendo día de mercado, el ajetreo era intenso. Un pastor con la boina calada, un áspero y roído jersey de lana y un abrigo de pellejo de oveja cruzaba el puente medieval por encima del río Nive para luego enfilar la calle principal, abandonando el pueblo por la Puerta de España; correspondía con un gesto adusto a los parcos saludos de aquellos con los que se encontraba.

El pastor dejó atrás la antigua localidad y comenzó una dura ascensión, ayudándose de un cayado que en su punta tenía un tocón ancho para que no se hundiera en la nieve. A pesar de ser junio, la cumbre aún mantenía un manto blanco, aunque este, poco a poco, ya se estaba derritiendo.

Se tuvo que apartar para que una camioneta con una patrulla alemana pudiera pasar por la senda, y entonces continuó subiendo la montaña en busca del rebaño que debía de estar esperándolo en los altos pastos.

Tras dejar atrás las últimas casas, la pista se suavizó un poco. Cornín bebió un trago del agua helada que bajaba de la montaña y aprovechó para echar un vistazo al magnífico paisaje que se extendía ante él, con las altas cumbres pirenaicas a lo lejos.

Estaba hambriento. En los dos últimos días solo había podido comer un trozo de hogaza reseca de pan y un poco de queso de oveja que le había

ofrecido un viejo de la montaña. El pastor vasco, sin preguntarle quién era ni de dónde venía, había envuelto el escaso condumio en unas hojas de periódico atrasadas que Villar se había cuidado de guardar, previendo el frío y el viento de las cumbres.

El guerrillero echó de nuevo a andar por los prados silvestres, siguiendo una ruta que desde hacía siglos venían utilizando los peregrinos en su viaje hacia Compostela. El sol aún no calentaba, y a ochocientos metros de altitud hacía un frío que el asturiano, bien pertrechado y acostumbrado a la montaña, no sufría. Los dos últimos días había estado nevando, y Villar había optado por permanecer escondido en los alrededores, esperando el momento propicio.

Hacía ya casi dos meses que había finalizado la misión y desde entonces había sobrevivido como un animal, agazapado, moviéndose de sombra en sombra y alimentándose de cualquier cosa que encontrara a mano, bien fuera un puñado de bayas o un ratón de campo.

Después de despedirse del piloto alemán en Hamburgo, Villar había optado por apartarse de la costa, donde los alemanes, conocedores del inminente desembarco, se encontraban desplegados en el que llamaban con gran pomposidad el Muro Atlántico. Sin prisas, sin dejarse ver, sin sentir la tentación de pedir ayuda, se había deslizado como un espíritu, atravesando tierras desangradas por la guerra. A través de los cerrados bosques de las Ardenas, había pasado a la Francia ocupada, esquivando las poblaciones de Reims, Orleans y Angoulême, en un viaje de casi mil quinientos kilómetros hasta alcanzar la falda pirenaica.

Nada sabía del resto de actores que habían participado en el drama de Helgoland. No conocía el triste final del capitán británico que lo había reclutado ni del sicario americano. Tampoco tenía curiosidad por saber si el submarino había acudido fiel a su cita ni si el piloto alemán había podido llegar hasta su hogar.

No había llegado a conocer a Klaus Schlüter, el implacable inspector de la Gestapo que casi había logrado dar al traste con la misión. De haberlo conocido, le hubiese traído sin cuidado saber que este había pagado las andanzas del comando en Alemania con su vida en el frente ruso.

Ser el único testigo superviviente de aquella aventura carecía de cualquier importancia para Cornín. La muerte sucedía a la vida, era algo inevitable. Los demás habían muerto, y algún día lo haría él, así que para qué preocuparse.

Se apartó un poco del camino, rodeando el último caserío de la vertiente francesa para evitar ser visto. Nunca se sabía quién podía echarte el ojo

encima. La mayoría de los franceses estaban en contra de la ocupación nazi, pero siempre había colaboracionistas o chivatos.

Cornín, perro viejo en tales menesteres, conocía el paño. Entre la gente siempre hay lobos con piel de cordero. No le hacía falta oír las murmuraciones para saber que, entre los presuntos guías que se ofrecían para cruzar a los fugitivos la frontera, había ladrones y bandidos cuyo único propósito era desvalijarlos de las escasas pertenencias que pudieran llevar para comenzar una vida nueva en un lejano lugar donde no corrieran peligro.

También los había que guiaban a los prófugos hasta las patrullas alemanas, que luego eran recompensados con las treinta monedas de Judas. Incluso había guías que pertenecían a las SS o a la Guardia Civil, que se disfrazaban de pastores para capturarlos. Villar no había llegado a viejo por confiar en sus semejantes.

Unos kilómetros más arriba, caminando entre ovejas de cabeza negra y lana blanca, larga y espesa, algún perro pastor desconfiado como él y caballos de corta alzada y patas poderosas, el asturiano encontró lo que con paciencia había estado buscando durante aquellos días escondido cerca de Saint-Jean-Pied-de-Port: niebla.

Al principio solo eran unos jirones, pero pronto se convirtieron en una sopa húmeda e impenetrable que impedía la visión más allá de unos pocos pasos. El silencio implacable solo se veía roto muy de vez en cuando por algún balido lastimoso.

Calculando que había llegado a la mitad del trayecto, decidió hacer un pequeño descanso. El hambre lo había debilitado un tanto, y aún le quedaba la parte más peligrosa. El balido de una cría le llegó desde no muy lejos. Dejó la estrecha senda y se encaminó hacia allí. Entre la nieve se abrían claros donde pastaban las ovejas, y Villar se acercó a una de ellas, que daba de amamantar a una cría. La apartó con el pie y ordeñó a la madre con mano experta, bebiendo directamente de la ubre. La leche caliente y espesa le calentó las entrañas y mitigó un poco el hambre.

Se sentó sobre una roca y sacó las hojas de periódico para ponérselas en el pecho, bajo el jersey. Un enorme titular atrajo su atención. A pesar de estar escrito en francés, no le costó descifrarlo. Los ejércitos aliados habían desembarcado en Normandía. Miguel no sintió emoción alguna. Nunca llegaría a saberse que había sido gracias a un puñado de audaces hombres que las tropas aliadas habían podido hacer pie en las playas francesas.

Lo que a partir de ese momento ocurriera en Europa le daba igual. No se engañaba. La guerra estaba siendo muy larga y costosa, y, aunque los aliados

la ganaran, no estarían por la labor de implicarse en un segundo conflicto bélico, esta vez contra el dictador español.

Se levantó el apolillado jersey robado en un pajar, metió las hojas extendidas de forma que le protegieran el pecho, se abrigó, tomó el bastón, se puso en pie y prosiguió el camino, retomando la senda donde la dejara.

Siete kilómetros después, llegó a la frontera española. Habían pasado casi tres horas desde que dejara atrás la localidad francesa, y se enfrentaba al momento más delicado. Había escuchado decir en sus montañas asturianas que la frontera, permeable durante los primeros años de la guerra europea, se había cerrado a cal y canto para evitar que los fugitivos pudieran alcanzar territorio español desde el que llegar a Lisboa, o a Huelva, para luego marchar hacia el peñón de Gibraltar.

Tropas alemanas controlaban las fronteras, y en el lado español la Guardia Civil perseguía a los huidos, a los que deportaba tras su apresamiento. Miguel había sopesado la posibilidad de cruzar la frontera más al sur, por la Francia del temeroso Pétain; pero había llegado a la conclusión de que, siendo esta una vía más utilizada por las redes clandestinas de paso fronterizo, tendría más vigilancia encubierta. Al final había decidido que el paso por Saint-Jean, territorio alemán, sorprendería más a los nazis. De allí llegaría a Roncesvalles, luego a Pamplona, y después ya vería cómo acercarse hasta Santander.

Agachado, aguzó el oído. La visibilidad se reducía a unos escasos metros. Más allá estaría el puesto aduanero. Volvió a abandonar la senda y caminó por el collado, deteniéndose cada pocos pasos para escuchar. Esperaba que la espesa niebla desanimara a los soldados, que no conocían las montañas y corrían riesgo de una caída fatal. Probablemente, los alemanes supondrían que, si ellos no podían caminar en medio de aquella sopa, tampoco podrían hacerlo quienes escapaban de sus garras. Aunque no debía fiarse: era muy probable que tuvieran perros capaces de descubrirlo.

Siguió caminando, hasta que se topó con una alambrada. Estaba en la frontera. Volvió a agacharse y a escuchar. Nada. Con infinito cuidado, preparado para salir corriendo o matar, se aproximó a la cerca: una bobina de retorcido y oxidado alambre de espino, imposible de cruzar sin quedarse enganchado. Cogió el bastón, lo introdujo por debajo de la alambrada haciendo palanca para levantarla y metió debajo piedras, que allí abundaban. Un metro más a la izquierda, hizo otro tanto. Después escarbó debajo del improvisado túnel que había abierto y, tumbado sobre la espalda, se fue impulsando con las piernas hasta cruzarlo.

Aguantó la respiración. Seguía sin oír nada. Había conseguido cruzar la frontera, ya se hallaba en España. A partir de ese momento, volvería a enfrentarse a su enemigo natural, la Guardia Civil. Atrás quedaban las SS, las misiones vitales contra armas imposibles, el enemigo de idioma desconocido, las decisivas batallas por grandes ciudades y la lucha por el dominio del mundo. Ahora volvía a las montañas, donde entablaría pequeñas escaramuzas lejos de las grandes poblaciones. Al hostigamiento de un enemigo mejor armado que compartía la misma lengua y la misma sangre. A una guerra perdida de la que el mundo no quería saber nada.

De todo esto Villar era consciente, y no se molestaba en darle vueltas en su cabeza. Era lo que había. Pensar en lo que podría ser y no era suponía una pérdida de tiempo. Siendo un fatalista, no ignoraba que algún día su suerte se acabaría. Entonces, una pareja de la Guardia Civil lo atraparía en un recodo y lo mataría como a un perro. Pero, mientras llegaba ese día, Cornín continuaría acosando a los franquistas que osaran adentrarse en sus montañas.

Llegó al collado de Bentarte y allí volvió a echar un trago en la que llamaban la fuente de Roldán, el oficial de Carlomagno derrotado por los vascones siglos atrás en otra guerra, antes de adentrarse en un hayedo denso de altos árboles que no dejaban penetrar la niebla. Entre los árboles, la visibilidad aumentó, y pudo caminar más rápido, hasta alcanzar el punto más alto de la montaña y comenzar el descenso por una fuerte pendiente.

Abajo vio una antigua edificación. Era la colegiata de Roncesvalles. Continuó sin precipitarse. Seguramente la Benemérita no andaría lejos. Cuando estuvo al nivel de la colegiata, los vio. Una pareja con largos capotes y armada con viejos fusiles charlaba con un cura, ajenos todos a la sangrienta batalla que se disputaba al norte del país vecino. Villar se agachó tras un haya y esperó pacientemente. Frente a él, tenía a sus enemigos: la Iglesia y el Estado.

Cuando los guardias civiles se aburrieron y reanudaron su marcha, Cornín sacó su vieja pipa, limpió mecánicamente la cazoleta golpeándola contra el tronco y se incorporó. Junto a la bruma, se había esfumado el recuerdo del coronel Brown y su extraño comando. Con la tranquilidad que da el sentirse en casa, rodeó el claro de la colegiata y se adentró en el bosque.

Nota del Autor

Cuando era niño, los sábados por la tarde solían poner películas bélicas en la televisión. Eran tardes de *Los doce del patíbulo, Los cañones de Navarone, Un puente lejano, La gran evasión,* etc. Esta novela nació de aquellas tardes, y también del montón de sueños que generaron.

Una guerra nunca es deseable. En ella asoman los peores sentimientos del ser humano. Pero también, en ocasiones, emergen sentimientos más nobles. Este es mi pequeño homenaje a aquellos hombres y mujeres —rusos, americanos, canadienses, ingleses, australianos y de cualquier otra nacionalidad, incluidos muchos alemanes—, que tuvieron el valor y la decencia de oponerse a la barbarie y combatir por un mundo mejor.

Si algún lector cree identificar a alguno de mis personajes en aquellas películas, que sepa que no se equivoca.

Agradecimientos

Una novela, como un niño, nace con dolor y esfuerzo. Para que todo vaya bien, siempre es necesario contar con ayuda de amables y comprensivos especialistas. Por eso debo agradecer su colaboración, entre a otras muchas personas, a Gerardo Conejero, José Félix Rojas, Evaristo González, Feliz Ares, Carmelo Alonso, Javier Pujol, Carlos Rilova y Marian De Celis.

También, y especialmente, a mi hermano Pablo y a mi esposa, la doctora Rebeca Gómez, por su contribución en el día a día y por facilitar el parto con sus correcciones y sugerencias.

No puedo olvidar a quienes pensaron alguna vez que algo podría surgir de una mente vulgar como la mía y me ofrecieron su apoyo: Montse Yánez, Elena Ramírez y, cómo no, a mi editora Penélope Acero y a cuantos integran la editorial Edhasa.

Es gracias a todos ellos que este alumbramiento ha sido un éxito.

Por último, quiero dar las gracias también al coronel Lee Brown, al capitán Herbert Pickeray, al profesor Pablo Menchaca, al teniente Franz Weizsäcker, al sargento Arthur Weidenfeld, a Clint Gardner, Thomas Riggs y Miguel Villar, personajes todos ellos de ficción, porque me enseñaron que se puede llegar a ser una persona decente y estar en paz con uno mismo, incluso en las peores circunstancias.

⁂



IÑAKI BIGGI nació en San Sebastián (Gipuzkoa) en 1965. Estudió psicología en la Universidad del País Vasco, y es un apasionado autodidacta de todo lo que tiene que ver con la Historia.

Hasta la fecha tiene en su haber cuatro novelas: *El Santuario* (2005), *La fórmula Stradivarius* (2007), *Valkirias* (2018), con la que consiguió el Premio Cerros de Úbeda a la mejor novela histórica de 2018. Su última novela publicada es *Proyecto Moisés* (2020).

ÍNDICE

Anteprólogo
Prólogo
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Capítulo XIX
Capítulo XX
Capítulo XXI
Capítulo XXII
Capítulo XXIII
Capítulo XXIV

Capítulo XXV
Capítulo XXVI
Capítulo XXVII
Epílogo
Nota del Autor
Agradecimientos